



los sueños de
HEAVEN
LEIGH

V. C. ANDREWS

Lectulandia

Heaven descubre a los diez años que Sarah no es su madre y que Tom, Fanny, Keith y Jane son mediohermanos, y descubre también porqué su padre, Luke Casteel, la odia. Ellos son muy pobres, Sarah está agotada, la abuela, enferma, como la pequeña Jane, siempre quejándose de dolores estomacales y llorando. Un día Sarah no puede más y se larga dejando a Heaven con toda la carga y responsabilidad. Su padre sólo aparece de vez en cuando y el hambre es acuciante. Heaven sólo es una cría ¿qué puede hacer?. Un día Luke Castell decide vender a todos sus hijos y Heaven tiene la oportunidad de elegir a sus padres, pero pronto se arrepiente: Kitty está medio loca y la maltrata, y el joven padre, Cal, la quiere demasiado, de un modo que no debería.

Lectulandia

V. C. Andrews

Los sueños de Heaven Leigh

Casteel - 1

ePub r1.1

Titivillus 05.09.15

Título original: *Heaven*
V. C. Andrews, 1985
Traducción: José Ferrer Aleu
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Brad, Glen y Suzanne,
y
Dedicada a todos aquellos
que han sufrido, pasado hambre
y privaciones,
y han sobrevivido para triunfar.

PRIMERA PARTE

En los Willies

PRÓLOGO

Siempre que soplan los vientos de verano, oigo murmurar a las flores y cantar las hojas en el bosque; veo volar los pájaros de nuevo y saltar los peces en el río. También recuerdo los inviernos: los torturados sonidos de las ramas desnudas de los árboles al ser azotadas por el viento frío, que las obliga a arañar aquella barraca, parecida a un establo y que se aferraba precariamente a la abrupta vertiente de una cadena montañosa, a la cual los nativos del oeste de Virginia llamaban los Willies.

El viento no se limitaba a soplar en los Willies, sino que aullaba y rugía, de manera que todos los que vivían allí tenían buenas razones para mirar con ansia a través de sus sucias y pequeñas ventanas. Habitar en las faldas de las montañas bastaba para ponerle los pelos de punta a cualquiera; en especial, cuando los lobos aullaban como el viento, los linceos chillaban y los animales salvajes de los bosques campaban por sus respetos. Con frecuencia, se perdían algunos animalitos domésticos y, aproximadamente una vez cada diez años, desaparecía también un bebé de su cuna, o un niño que empezaba a andar salía de su casa y nadie volvía a verle.

Recuerdo con especial claridad aquella noche fría de febrero, que me reveló mi propio origen. Era la víspera de mi décimo cumpleaños. Yacía junto a la estufa de leña, sobre mi jergón, agitada y revolviéndome al oír a los lobos que aullaban a la luna. Por desgracia tenía un sueño muy ligero, de modo que el menor movimiento dentro de la pequeña cabaña hacía que me despertase sobresaltada. Cualquier ruido era amplificado en nuestra cabaña aislada. La abuelita y el abuelo estaban roncando. Papá llegó borracho, dando traspiés y tropezando con los muebles al pasar por encima de los cuerpos que dormían en el suelo, antes de dejarse caer sobre los chirriantes muelles de su gran cama de metal, despertando a mamá y haciendo que ésta se enfadase una vez más y levantase la voz para quejarse de que hubiese pasado de nuevo tanto tiempo en Winnerrow, en Casa de Shirley. Entonces yo no sabía todavía por qué la Casa de Shirley era un lugar tan malo y por qué disgustaba tanto a mamá que papá fuese allí.

El suelo de nuestra cabaña, con grietas de centímetro y medio entre cada dos tablas del tosco entarimado, no sólo dejaba entrar el aire frío, sino también los ronquidos de los cerdos, y los perros y los gatos que dormían fuera, así como a algunos bichos que se refugiaban debajo de él.

Pero, de pronto, surgió de la oscuridad otra clase diferente de sonido. ¿Quién se estaba moviendo en ella, al débil resplandor rojizo de la estufa? Agucé la vista y vi que era mi abuelita, encorvada, sueltos los largos cabellos grises, deslizándose sobre las ásperas tablas con el menor ruido posible. No podía dirigirse al retrete, emplazado en el exterior, y era la única de nosotros a quien le estaba permitido usar el vaso de noche cuando sus necesidades lo exigían. Todos los demás teníamos que caminar casi

doscientos metros para ir al retrete. La abuelita tenía unos cincuenta y cinco años. La artritis crónica y otras varias dolencias sin diagnosticar atormentaban su vida, y la pérdida de la mayor parte de sus dientes hacía que pareciese mucho más vieja de lo que era. Tiempo atrás, por lo que me habían dicho los que eran lo bastante viejos para recordarlo, Annie Brandywine había sido la reina de la belleza de la montaña.

—Ven, pequeña —murmuró la abuelita con voz ronca, apoyando una mano nudosa en mi hombro—, ya es hora de que dejes de llorar por la noche. Confío en que no volverás a hacerlo cuando sepas la verdad sobre ti misma. Por consiguiente, antes de que tu papá se despierte, tú y yo vamos a ir a un sitio y, antes de que volvamos, tendrás algo a lo que agarrarte cuando él eche chispas por los ojos y te amenace con los puños.

Suspiró como el viento del Sur cuando sopla con suavidad, y los mechones de cabellos grises me hicieron cosquillas en la cara, como fantasmas que viniesen a mí..., a través de ella.

—¿Quieres decir que vamos a salir, abuelita? Allá fuera hace un frío terrible —la advertí, mientras me levantaba y me ponía unos zapatos viejos de Tom que me estaban demasiado grandes—. No querrás ir muy lejos, ¿verdad?

—Tenemos que hacerlo —insistió la abuelita—. Me duele oír las palabras que mi Luke grita a su primogénita. Peor aún, se me hiela la sangre en las venas al oírte gritar cuando él pone fin a lo que apenas ha empezado. ¿Por qué has de replicarle, niña?

—Ya lo sabes, ya lo sabes —murmuré—. Papá me odia, abuelita, y no sé por qué. ¿Por qué me odia tanto?

A través de la ventana, penetraba suficiente luz de la luna para que pudiese ver aquella vieja y querida cara arrugada.

—Sí, sí, ya es hora de que lo sepas —murmuró.

Me arrojó un grueso chal negro de punto que ella misma había confeccionado y después envolvió sus propios hombros estrechos y encorvados con otro chal igualmente oscuro y tosco. Me condujo hasta la puerta y la abrió, dejando entrar una ráfaga de viento frío antes de cerrarla de nuevo. Mamá y papá, en su cama de detrás de la raída y descolorida cortina roja, gruñeron como si el viento los hubiese despertado a medias.

—Tú y yo tenemos que hacer una excursión al sitio donde dejamos a nuestros parientes. Hace años que he tratado de hacerla contigo. Ya no puedo demorarla más. El tiempo pasa deprisa. Después, es demasiado tarde.

Así, aquella fría, nevada, triste y oscura noche, las dos echamos a andar a través de los negros bosques de pinos. Una capa sólida de hielo se extendía, ondulada, sobre el río, y los lobos parecían estar cada vez más cerca.

—Sí, seguro que Annie Brandywine Casteel sabe guardar los secretos —murmuró la abuelita, como hablando consigo misma—. No muchas lo saben, ¿sabes?, no muchas nacieron como yo... ¿Me estás escuchando, niña?

—Por fuerza tengo que oírte, abuelita. Me estás gritando en el oído.

Ella me llevaba de la mano, conduciéndome muy lejos de nuestra casa. Era una locura andar por allí, ¡vaya si lo era! ¿Por qué tenía que revelarme uno de sus preciosos secretos en una helada noche de invierno como aquélla? ¿Por qué a mí precisamente? Pero yo la quería lo bastante para ayudarla a bajar por el tosco sendero de montaña. Me pareció que andábamos kilómetros en la fría oscuridad y que la vieja luna brillaba sobre nuestras cabezas con malas intenciones.

El punto de destino que me tenía reservado era un cementerio, desolado y fantasmal a la pálida luz de la luna azulada de invierno. El viento soplaba con furia y agitó sus finos cabellos blancos y los mezcló con los míos antes de que ella hablase de nuevo.

—La única cosa que puedo darte, niña; lo único que vale la pena que tengas, es lo que voy a decirte ahora.

—¿No habrías podido decírmelo en la cabaña?

—No —bufó, terca como solía mostrarse a veces, antojadiza como un viejo árbol con demasiadas raíces—. No me habrías prestado atención si te lo hubiese contado allí. Aquí, siempre lo recordarás.

Vaciló al fijar la mirada en una pequeña y fina losa sepulcral. Levantó el brazo y señaló con un dedo nudoso la lápida de granito. Yo miré con atención y traté de leer lo que estaba grabado en ella. ¡Qué extraño que la abuelita me llevase allí durante la noche, cuando tal vez los fantasmas de los que yacían rondaban en busca de cuerpos vivientes en los que introducirse!

—Tienes que perdonar a tu papá por ser como es —salmodió la abuelita, estrechándome contra ella para que nos diésemos calor—. Él es así y nada puede hacer para evitarlo, como no puede el sol evitar salir y ponerse cada día, ni las mofetas dejar de ser fétidas, ni tú dejar de ser lo que eres.

Bueno, para la abuelita era fácil hablar así. Los viejos no recuerdan lo que se siente cuando se es joven y se tiene miedo.

—Volvamos a casa —dije, temblando y tirando de ella—. He leído y oído contar lo que pasa en los cementerios cuando hay luna llena y es más de medianoche.

—No debes temer a los muertos, que no pueden moverse ni hablar.

Sin embargo, me abrazó con más fuerza y me obligó a mirar de nuevo la estrecha y hundida tumba.

—Escucha y no digas nada hasta que yo haya terminado. Voy a contarte una cosa que hará que después te sientas mejor. Hay una buena razón para que tu papá hable mal cuando te mira. En realidad no te odia. Yo he atado cabos y sé que, cuando mi Luke te mira, no te ve a ti, sino a otra persona..., y tienes que saber, pequeña, que él es muy capaz de amar. En el fondo, es un buen hombre. Sí, tuvo una primera esposa a la que amaba tanto que estuvo a punto de morir cuando ella falleció. La conoció en Atlanta. Él tenía entonces diecisiete años, y ella, catorce y tres días, según me contó más tarde ella misma —su débil voz descendió una octava—. Era hermosa como un

ángel, sí, y tu padre la adoraba. Bueno, se volvió loca por él cuando se escapaba de su casa. Se dirigía a Texas. Huía de Boston. Llevaba una lujosa maleta, llena de prendas como no has visto jamás. Había en ella toda clase de cosas bonitas, trajes de seda, un juego de cepillo, peine y espejo todo de plata, y anillos para los dedos y piedras preciosas para las orejas. Vino a vivir aquí porque cometió el error de casarse con un hombre que no era de su clase..., lo amaba.

—Abuelita, yo no sabía que papá hubiese tenido otra esposa. Creía que mamá era la primera y la única.

—¿No te he dicho que te estuvieses callada? Deja que acabe de contarte esto a mi manera... Ella procedía de una familia rica de Boston. Vino a vivir con Luke, con Toby y conmigo. Yo no quería que apareciese por aquí. Al principio no me gustó. Desde el primer momento supe que aquello no duraría, estuve segura. Demasiado buena para gente como nosotros, para la vida en la montaña y el trabajo duro. Ella pensaba que teníamos cuarto de baño. Se espantó cuando vio que debíamos salir de la casa para ir al retrete y sentarnos en una tabla con dos agujeros. Pero que me aspen si Luke no construyó otro retrete para ella sola, y lo pintó de blanco, y ella puso allí su rollo de papel de fantasía en un clavo, e incluso me ofreció dejarme usar aquel papel de color rosa que había comprado en la tienda. Lo llamaba su cuarto de baño. Y besó y abrazó a Luke por haberle hecho aquel obsequio.

—¿Quieres decir que papá no era tan malo con ella como con mamá?

—Cállate, niña. Me estás haciendo perder el hilo... Ella vino y me robó el corazón, y quizá también robó el de Toby. Se esforzaba en hacerlo todo lo mejor posible. Me ayudaba en la cocina. Tratava de embellecer nuestra cabaña. Y Toby y yo les cedimos nuestra cama, para que ella pudiese concebir sus hijos como era debido y no sobre el suelo. Habría dormido en el suelo, vaya que sí, pero nosotros no la dejamos. Todos los Casteel son hechos en la cama..., al menos eso espero y rezo que sea así. Bueno..., ella reía y estaba contenta porque iba a tener un pequeño. El hijo de mi Luke. Y a mí me daba tanta pena, tanta pena... Siempre esperaba que volviese al lugar del que había venido, antes de que la montaña acabase con ella, como hace con las personas delicadas. Pero a él le hizo feliz mientras estuvo aquí. Más feliz de lo que había sido nunca.

La abuelita se interrumpió con brusquedad.

—¿Cómo murió, abuelita? ¿Es ésa su tumba?

Suspiró antes de proseguir.

—Tu papá tenía dieciocho años cuando su esposa murió, y ella sólo catorce cuando él tuvo que enterrarla en este frío suelo, y temió marcharse y dejarla sola en la noche. Sabía que aborrecía las noches frías sin él. Mira, pequeña, durante toda la primera noche yació sobre su tumba para darle calor, y eso ocurría en febrero... Y ésta es la historia de la que vino a los montes como un ángel, para vivir aquí y amar a tu papá y hacerle más feliz de lo que había sido nunca y, según parece, de lo que volverá a ser jamás.

—Pero ¿por qué has tenido que traerme aquí para contarme todo esto, abuelita? Podrías habérmelo dicho en la cabaña. Aunque es una historia triste y dulce..., bueno, papá es más malo que un demonio; ella debió llevarse a la tumba lo que él tenía de bueno y sólo dejó lo peor para nosotros. ¿Por qué, no le enseñó a amar a los demás? ¡Ojalá no hubiese venido nunca, abuelita! ¡Nunca! Entonces papá habría querido a mamá y me querría más a mí, y no tanto a ella.

—¡Oh! —dijo la abuelita, visiblemente pasmada—. ¿Qué te pasa, pequeña, qué ocurre? ¿No lo has adivinado todavía? Aquella muchacha a la que tu papá llamaba su ángel... ¡era tu mamá! Fue la que te dio a luz y, cuando viniste al mundo, y ella casi no podía hablar..., te puso por nombre Heaven Leigh. Y no puedes decir, ¿verdad que no?, que no estás orgullosa de este nombre, que todo el mundo dice que te sienta como anillo al dedo^[1].

Me olvidé del viento. De los cabellos que revoloteaban alrededor de mi cara. Me olvidé de todo, ante la sorpresa de descubrir qué y quién era yo exactamente.

Cuando salió la luna de detrás de una nube oscura, un rayo casual de luz iluminó por un instante el nombre esculpido en la piedra:

Ángel

Amada esposa de Thomas Luke Casteel

Era extraño lo que sentía al mirar aquella tumba.

—Pero ¿dónde encontró papá a Sarah? ¿Y por qué se casó pronto?

La abuelita, como ansiosa de explicarlo todo ahora que tenía ocasión de hacerlo, empezó a hablar con más rapidez.

—Bueno, tu papá necesitaba una esposa que llenase su cama vacía. Odiaba sus noches solitarias, y los hombres tienen necesidades, niña, necesidades *físicas* que ya comprenderás un día, cuando seas mayor. Le urgía encontrar una esposa que le diese lo que le había dado su ángel, y Sarah lo intentó, hay que decirlo en su honor. Fue una buena madre para ti, te trató como a una hija. Te crió, te amó. Sarah le entregó su cuerpo a Luke de buen grado, pero no podía darle el espíritu de su ángel, y esto hace que mi hijo suspire todavía por la joven que habría hecho de él un hombre mejor. Porque entonces, él era mejor, pequeña Heaven, aunque no lo creas. Bueno, cuando tu mamá ángel aún vivía, él se levantaba temprano todas las mañanas para ir al trabajo, conducía su vieja furgoneta de reparto hasta Winnerrow, donde aprendía todo lo referente a carpintería y a construcción de casas y demás. Solía volver a la cabaña lleno de entusiasmo. Nos hablaba de construir una casa nueva para todos en el valle y decía que, cuando la tuviese, trabajaría la tierra, criaría vacas, cerdos y caballos..., pues tu papá siempre ha tenido afición a los animales. Los quiere, como tú, pequeña Heaven. Eso lo has heredado de él.

Qué extraño lo que sentí cuando la abuelita me llevó de nuevo a la cabaña y, de

debajo de un montón de trastos viejos y de cajas de cartón donde guardábamos nuestra escasísima ropa, sacó algo envuelto en una vieja colcha. Extrajo de ella una elegante maleta, de una clase fuera del alcance de los montañeses como nosotros.

—Era de ella —murmuró, para que los otros no se despertasen y la interrumpiesen en ese momento íntimo—. Perteneció a tu mamá. Le prometí que te la daría cuando fuese el momento adecuado. Y me parece que esta noche es la adecuada... Por consiguiente, mira, pequeña, mira. Mira cómo era tu mamá.

¡Como si una madre muerta pudiese ser comprimida y metida en una maleta de fantasía!

Pero, cuando miré, me quedé boquiabierta.

Delante de mí, en la habitación débilmente iluminada por el fuego del hogar, estaban las ropas más hermosas que hubiese visto jamás. Nunca había soñado que pudieran existir encajes tan delicados..., y en el fondo encontré, además, algo largo y cuidadosamente envuelto en docenas de hojas de papel de seda. Me di cuenta, por su expresión, que la abuelita estaba nerviosa observándome con atención, como para saborear mi reacción.

A la débil luz del hogar vi una muñeca. ¿Una muñeca? Lo último que habría esperado encontrar. Miré atónita, una y otra vez, la muñeca de cabellos de oro plateado, peinados de manera caprichosa. Llevaba un velo de novia, que era como una neblina que surgía de un sombrero pequeño y enjoyado. Su cara resultaba linda en extremo, de labios arqueados y bellamente formados, con la hendedura superior coincidiendo exactamente con la concavidad central inferior. El vestido de cola era blanco, de blonda, ricamente bordado con perlas diminutas y brillantes abalorios. Una muñeca novia..., con velo y todo lo demás. Incluso los zapatitos blancos eran de seda y encaje, y las finas medias estaban sujetas a un pequeño ligero, según pude ver al mirar debajo de las faldas y del velo.

—Es ella. Tu mamá. El ángel de Luke que se llamaba Leigh —susurró la abuelita—. Es una copia exacta de cómo era tu mamá cuando vino aquí después de casarse con tu papá. Lo último que me dijo antes de morir fue: «Déle a mi pequeña lo que traje conmigo...». Ahora, ya lo he hecho.

Sí, lo había hecho.

Y con ese acto cambió el curso de mi vida.

1

Así solía ser

Si Jesús murió hace casi dos mil años por salvarnos a todos de lo peor que había en nosotros, fracasó en nuestro sector, salvo los domingos entre las diez de la mañana y las doce del mediodía. Al menos en mi opinión.

Pero ¿cuál era mi opinión? No valía un comino, pensé, mientras consideraba cómo era posible que papá se hubiese casado con Sarah dos meses después de morir mi madre de parto, sí había amado tanto a su «ángel». Y que cuatro meses después de que yo naciese, y mi madre fuese enterrada, Sarah diese a luz el hijo varón que papá había deseado tanto cuando yo vine al mundo, poniendo con ello fin a la breve estancia de mi madre en la tierra.

Yo era demasiado pequeña para recordar el nacimiento de este primer hijo varón, a quien pusieron el nombre de Thomas Luke Casteel segundo y que, según me dijeron después, fue colocado en la cuna conmigo, de modo que nos mecieron y criaron juntos, aunque no nos amaron de la misma manera. Eso no hacía falta que me lo dijiesen.

Yo quería a Tom, con sus rojos cabellos heredados de Sarah y sus chispeantes ojos verdes, también heredados de su madre. Nada había en él que recordase a papá, a no ser que, más tarde, creció y se vio que sería muy alto.

Después de escuchar el relato de la abuelita sobre mi verdadera madre, en la víspera de mi décimo cumpleaños, resolví que, con la ayuda de Dios, nunca desengañaría a mi hermano Tom de su creencia de que Heaven Leigh Casteel era su verdadera hermana tanto por parte de padre como de madre. Quería conservar ese algo especial que hacía de nosotros casi una misma persona. Sus pensamientos y los míos eran muy parecidos, porque habíamos compartido la misma cuna y nos habíamos comunicado en silencio, al poco tiempo de nacer, y esto debía hacer que fuésemos especiales. Ser especiales tenía gran importancia para los dos, supongo que porque temíamos mucho no serlo.

Sarah medía un metro ochenta de estatura, sin zapatos. Una amazona muy adecuada para un hombre alto y vigoroso como papá. Sarah no estaba nunca enferma. Según la abuelita (a quien Tom llamaba a veces, en broma, *Boca Sabia*), el alumbramiento de Tom dio a Sarah un busto maduro, tan lleno que ya parecía el de una matrona cuando sólo tenía catorce años.

—E incluso después de parir —explicaba mi abuelita—, Sarah se levantaba en cuanto había acabado y reanudaba cualquier tarea que hubiese dejado sin terminar, como si no hubiese pasado por la peor ordalía que las mujeres tenemos que sufrir sin quejarnos. Bueno, Sarah era capaz de cocinar mientras trataba de animar a un recién nacido a chuparle el pecho.

Sí, pensaba yo, su buena y vigorosa salud debía ser su principal atractivo para papá. Éste no parecía admirar demasiado el tipo de belleza de Sarah; pero, al menos, no era probable que ésta muriese de parto y le sumiese en un pozo de negra desesperación.

Un año después de Tom, llegó Fanny, con cabellos de azabache como los de papá y los ojos de un azul oscuro que se volvió casi negro antes de cumplir el año. Nuestra Fanny parecía una pequeña india, morena como un grano de café; pero sólo en raras ocasiones parecía sentirse contenta.

Cuatro años después de Fanny vino Keith, llamado así por el nombre del padre de Sarah, muerto hacía mucho tiempo. Keith tenía muy suaves los cabellos de color castaño claro, y, desde el primer momento, se ganó el amor de todos, sobretodo cuando resultó ser muy tranquilo, nada enfadoso, sin gemir ni chillar, ni exigir continuamente como había hecho..., y seguía haciendo, Fanny. En definitiva, los ojos azules de Keith se volvieron de color topacio y su piel rivalizó con mi cutis, como de melocotón y crema, que mucha gente decía que yo tenía, aunque, en realidad, yo no lo sabía, porque no era muy aficionada a mirarme en nuestro rajado y turbio espejo.

Keith resultó ser un niño fuera de lo corriente en lo que a bondad se refiere. Apreciaba tanto la belleza que, cuando llegó un nuevo bebé un año después de nacer él, solía pasarse horas y más horas contemplando la delicada niña que, desde el primer momento, mostró una constitución enfermiza. Esta nueva hermanita era linda como una muñeca; Sarah permitió que yo le pusiese el nombre, y la llamé Jane, por que había visto, por aquel entonces, una Jane de belleza inverosímil en la cubierta de una revista.

Mi hermana Jane tenía suaves mechones de cabellos dorados, débilmente rojizos; ojos enormes de color de aguamarina, con largas pestañas, oscuras y arqueadas, que agitaba cuando yacía incómoda en la cuna mirando a Keith. De vez en cuando, éste alargaba una mano para mecer la cuna, y eso la hacía sonreír, con una expresión de una dulzura tan subyugadora que uno habría sido capaz de cualquier cosa por vislumbrarla de nuevo, de la misma manera que se espera ver salir el sol después de la lluvia.

A poco de nacer, Jane empezó a dominar nuestras vidas. Provocar una sonrisa en su cara angelical se convirtió en una dulce y aceptada obligación para todos nosotros. Hacerla reír era para mí motivo de satisfacción especial. Y me regocijaba cuando Jane sonreía, en vez de gemir, a causa de unos dolores misteriosos de los que no sabía hablar. En esto, como en todo lo demás, Fanny tenía que estropear lo que yo hacía de tan buen grado.

—¡Dámela! —chillaba Fanny, acercándose para golpearme las espinillas, antes de echar a correr con sus largas y flacas piernas, y gritar desde un lugar seguro de nuestro patio de tierra—: ¡Jane es *nuestra*, no tuya! ¡Ni de Tom! ¡Ni de Keith! ¡NUESTRA! Todo lo de aquí es *NUESTRO*, ¡no sólo tuyo, Heaven Leigh Casteel!

Desde entonces, Jane se convirtió en Nuestra Jane, y la llamamos así hasta que,

en definitiva, todos nos olvidamos de que había habido un tiempo en que la más pequeña, dulce y frágil de nosotros, tenía solamente un nombre.

Yo entendía de nombres y de lo que éstos podían hacer.

El mío era, al mismo tiempo, una bendición y una maldición. Trataba de convencerme de que un nombre tan «espiritual» tenía que ser una bendición. ¿Quién más, en el ancho mundo, tenía un nombre como Heaven Leigh? Nadie, nadie, murmuraba el pajarillo feliz que moraba de vez en cuando en mi cerebro, arrullándome para que conciliase el sueño y diciéndome que, a la larga, todo sería para bien..., para bien. Lo malo era que también había un viejo cuervo negro que me decía que aquel nombre tentaba al destino a hacer lo peor.

Después estaba papá.

En mi corazón, secreto y aislado, había veces en que deseaba más que nada en el mundo amar al padre solitario que tan a menudo se quedaba mirando al espacio hoscamente, como si la vida le hubiese estafado. Tenía los cabellos negros como el ébano, heredados de un antepasado realmente indio que había robado una muchacha blanca y se había apareado con ella. Sus ojos eran tan negros como sus cabellos, y su piel fuertemente bronceada, tanto en invierno como en verano; su barba no se traslucía tan oscura como habría sido lo normal en un hombre de cabellos tan negros. Sus hombros eran muy anchos. Había que verle cuando manejaba el hacha en el patio, cortando leña, cómo desplegaba un complicadísimo juego de músculos, grandes y vigorosos, de manera que Sarah, inclinada sobre el lavadero, levantaba la vista y lo miraba con tanto amor y deseo que casi se me rompía el corazón al pensar que a él no parecía importarle que le admirase y amase, ni que llorara cada vez que él no volvía a casa hasta altas horas de la madrugada.

A veces, el aire taciturno y melancólico de mi padre me hacía dudar de mis malos pensamientos. En la primavera en que cumplí mis trece años, lo observé a menudo, sabiendo lo referente a mi verdadera madre, y lo veía derrumbado en una silla, mirando al espacio con fijeza, como si soñase en algo. Oculta en la sombra, ansiaba alargar una mano y tocarle la mejilla, preguntándome si sería áspera, pues nunca le había rozado la cara. ¿Qué haría él si me atreviese a acariciarle? ¿Me abofetearía? Chillar, gritar: sin duda sería exactamente esto lo que haría; y, sin embargo, sentía en mi interior una profunda necesidad de amarlo y de ser amada por él. Una necesidad dolorosa y siempre presente, que esperaba inflamarse y estallar en una hoguera de cariño y de afecto.

Si al menos me diese, hiciese o dijese algo para animarme a creer que me amaba un poco...

Pero él nunca me miraba. Jamás me hablaba. Me trataba como si no estuviese allí.

En cambio, cuando Fanny subía corriendo los desvencijados peldaños del porche y se arrojaba sobre sus rodillas, diciéndole a gritos que se alegraba de verle, él la besaba. Y mi corazón sufría al ver cómo la atraía hacia sí para acariciarle los largos y sedosos cabellos negros.

—¿Qué has estado haciendo, Fanny?

—¡Te he echado a faltar, papá! Odio que estés fuera de casa. Aquí se está mal sin ti. Por favor, papá, ¡quédate esta vez!

—Es bueno que te echen de menos —murmuró él—. Tal vez por esto me voy.

¡Oh, qué dolor me hacía sentir mi padre cuando acariciaba los cabellos de Fanny y prescindía de los míos! Peor que el dolor causado por sus golpes y feas palabras cuando, a veces, yo hacía que se fijase en mí y le obligaba a responderme. Yo avanzaba deliberadamente, saliendo de las sombras a la luz y llevando sobre la cadera un enorme cesto de ropa que acababa de descolgar del tendedero y de plegar. Fanny me sonreía con malicia. Papá no movía los ojos para no indicar que sabía lo duro que yo trabajaba, aunque un músculo se contraía cerca de sus labios. Yo no decía nada, sino que pasaba de largo, como si él no hubiese estado ausente durante dos semanas y le hubiese visto hacía unos minutos solamente. Me encogía un poco al ver su indiferencia, aunque pretendía mostrarme también indiferente con él.

Fanny nunca trabajaba. Sarah y yo cuidábamos de todo. La abuelita llevaba la conversación; el abuelo tallaba madera con un cuchillo, y papá venía y se marchaba a su antojo, vendiendo alcohol a los fabricantes clandestinos de *whisky* y, en ocasiones, ayudándoles a elaborarlo; pero era peligroso, aunque de ello obtenía sus mayores ingresos. Al menos así lo creía Sarah, que tenía miedo de que lo pillasen y lo metiesen en la cárcel, porque a los fabricantes profesionales de licores no les gustaba la competencia de un alcohol más fuerte. Con frecuencia, él estaba una o dos semanas ausente y, en tales casos, Sarah dejaba de lavarse los cabellos y la comida era peor que de costumbre. Pero cuando papá entraba por la puerta y le dedicaba una sonrisa distraída o una palabra, ella se animaba, se atrafagaba, se bañaba y se ponía lo mejor que tenía (podía elegir entre tres vestidos, ninguno de ellos realmente bueno). Su más ferviente deseo era que no le faltara maquillaje y un vestido de seda verde que hiciese juego con el color de sus ojos cuando papá estaba en casa. Sí, era fácil ver que Sarah tenía todos sus sueños y esperanzas puestos en el día en que una verdadera cosmética y un vestido de seda verde entrasen en su vida e hiciesen que papá la amase tanto como había amado a la pobre muchacha muerta que había sido mi madre.

Nuestra cabaña, cerca del cielo, estaba hecha de tablas viejas llenas de agujeros que dejaban entrar el frío y el calor, o dejaban salir nuestro frío o calor, con el mismo lamentable resultado. Nunca había sido pintada, ni lo sería jamás. El techo era de hojalata, que se había oxidado mucho antes de nacer yo y había llorado un millón de lágrimas, para manchar la vieja madera plateada. Teníamos canalones y barriles en los que recogíamos el agua de la lluvia y con ella nos bañábamos y lavábamos los cabellos después de calentarla en la estufa de hierro forjado a la que llamábamos *Ole Smokey*. Eructaba y escupía tal cantidad de humo acre que siempre estábamos lagrimeando y tosiendo cuando nos hallábamos allí encerrados con las ventanas y la

única puerta cerradas.

En la parte delantera de nuestra cabaña estaba el imprescindible porche. Cada primavera, la abuelita y el abuelo salían afuera para adornar el combado y desvencijado porche con sus mecedoras gemelas. La abuelita hacía labor de punto y de ganchillo, tejía y trenzaba esteras, mientras el abuelo tallaba la madera. A veces, el abuelo tocaba el violín en los bailes campestres que se celebraban una vez a la semana. Pero cuanto más viejo se hacía, menos le gustaba tocar el violín y más disfrutaba con la talla de la madera.

En el interior había dos pequeñas habitaciones, con una raída cortina haciendo las veces de débil puerta del «dormitorio». Nuestra estufa no sólo calentaba la casa, sino que servía también para cocer la comida, hornear los bizcochos y calentar el agua para el baño. Una vez a la semana, antes de ir a la iglesia los domingos, tomábamos un baño y nos lavábamos los cabellos. Junto a *Ole Smokey* había un viejo armario de cocina provisto de cajones metálicos para la harina, el azúcar, el café y el té. No podíamos permitirnos el consumo de azúcar, café o té auténticos, pero, en cambio, usábamos latas de cuatro kilos de manteca para nuestras gachas y bizcochos. En casos de extraordinaria fortuna, también podíamos poner miel en las fresas silvestres. Cuando nuestra suerte era inconcebible, teníamos una vaca que nos daba leche, y siempre había pollos y gallinas, patos y ocas, que nos daban huevos y comida fresca para los domingos. Cerdos y cochinitos campaban por sus respetos y se metían debajo de nuestra casa y nos mantenían despiertos con sus malos sueños. Dentro, los podencos de papá eran los dueños de la casa, ya que todos los montañeses sabían que los perros eran terriblemente importantes cuando se trataba de conseguir un continuo suministro de carne diferente de la de las aves de corral.

Teníamos animales de sobra, contando los gatos y perros descarriados que venían a regalarnos centenares de gatitos y cachorros. Bueno, nuestro patio estaba lleno de animales errantes y de todo lo que podía soportar el desorden y el ruido inherentes a vivir con los Casteel, la escoria de los montes.

En lo que llamábamos nuestro dormitorio había una gran cama de metal, con un viejo, hundido y manchado colchón sobre unos muelles en espiral que chirriaban y chirriaban siempre que había actividad en aquella cama. A veces, lo que pasaba allí era enojosamente próximo y sonoro; la cortina servía poco para amortiguar el ruido.

En la villa y en la escuela nos llamaban escoria de los montes, basura y hez de la montaña. Serranos era su mejor piropo. Entre todos los moradores de las chozas montañesas, no había una familia más menospreciada que la nuestra, los Casteel, lo peor de lo peor. Menospreciada no sólo por la gente del valle, sino incluso por nuestros semejantes, por alguna razón que nunca comprendí. Pero..., los Casteel éramos la familia que tenía cinco miembros varones en la cárcel por delitos más o menos graves. No es de extrañar que la abuelita gritase por la noche diciendo que todos sus hijos habían sido una desgracia. Sólo le quedaba el más joven, papá, y nunca supe que le diese una alegría. Pero en él había puesto todas sus esperanzas,

aguardando el maravilloso día en que demostrara al mundo que los Casteel no eran la peor escoria de la montaña.

Bueno, he oído decir, aunque me cuesta creerlo, que hay niños en el mundo que odian la escuela; pero Tom y yo esperábamos ansiosos los lunes para salir y escapar de los confines de nuestra pequeña barraca de montaña con sus dos malolientes y atestadas habitaciones, y el largo paseo hasta el apestoso y viejo retrete.

Nuestra escuela era de ladrillos rojos y estaba justo en el centro de Winnerrow, el pueblo más próximo del valle, en el corazón de los Willies. Tenía que andar doce kilómetros de ida y otros tantos de vuelta como si no fuesen nada, siempre con Tom a mi lado y Fanny a remolque, cruel como diez víboras y con los ojos negros y el mal genio de papá. Era linda como un cuadro, pero maldecía al mundo porque su familia era tan «asquerosamente pobre», según su escueta expresión.

—... y no vivimos en una hermosa casa pintada como las de Winnerrow, donde hay verdaderos cuartos de baño —chilló Fanny, siempre quejándose de cosas que los demás aceptábamos para no sentirnos desgraciados—. Cuartos de baño interiores, ¿podéis imaginarlo? He oído decir que algunas casas tienen dos, y TRES, todos con agua corriente caliente y fría, ¿podéis creerlo?

—De Winnerrow puede creerse casi todo —le respondió Tom, haciendo rebotar una china sobre el agua del río donde nos bañábamos en verano.

Sin aquel río hubiésemos ido mucho más sucios de lo que íbamos. El río, con sus charcas, pozos y manantiales de agua fresca, hacía que la vida fuese mejor de mil maneras, compensando un tanto lo que habría sido intolerable a falta de la fresca y sabrosa agua primaveral, y nos proporcionaba un sitio donde nadar, tan bueno como cualquier piscina de la ciudad.

—¡No me escuchas, Heaven! —chilló Fanny, que siempre había de llevar la voz cantante—. Además, en Winnerrow tienen fregaderos en la cocina. ¡Fregaderos dobles! Y calefacción central... ¿Qué es calefacción central, Tom?

—Lo mismo que tenemos con *Ole Smokey*, Fanny, que lanza humo limpio en medio de nuestra cabaña.

—Tom —dije yo—, me parece que esto no es calefacción central exactamente.

Si raras veces convenía con Fanny en algún asunto, estaba de acuerdo con ella en que sería un verdadero paraíso vivir en una casa pintada, con cuatro o cinco habitaciones, y tener toda el agua caliente y fría que quisiéramos con sólo abrir un grifo... Y un retrete que quedase limpio tirando de una cadena.

¡Cielos!, al pensar en calefacción central, fregaderos dobles y retretes con cadena, me daba cuenta de lo pobres que éramos en realidad. No me gustaba pensar en ello, compadecerme de mí misma, llenarme de preocupaciones sobre Keith y Nuestra Jane. Si al menos lavase Fanny su propia ropa, sería una pequeña ayuda. Pero Fanny nunca quería hacer nada, ni siquiera barrer el porche, aunque se volvía loca por barrer las hojas del patio. Porque era divertido, pensaba yo con amargura. Allí fuera podía observar a Tom jugando a la pelota con sus amigotes, mientras Sarah y yo hacíamos

el verdadero trabajo y la abuelita charlaba por los codos.

La abuelita tenía buenas razones para no trabajar tan de firme como Sarah. Bastantes problemas tenía con levantarse cuando se había sentado o para sentarse cuando estaba de pie. El tiempo que tardaba en ir de un lado a otro, agarrándose a los muebles, parecía una eternidad. No teníamos bastantes muebles para que la abuelita pudiese ir con facilidad al sitio que quisiera.

Cuando fui lo bastante mayor, estando ya la abuelita demasiado débil para ayudar (y negándose Fanny rotundamente a dar golpe cuando tenía tres, cuatro o cinco años), Sarah me enseñó a poner los pañales a los pequeños, a alimentarles y a bañarles en una pequeña tina de metal. Ella me enseñó mil cosas. A mis ocho años, sabía hacer bizcochos, fundir la manteca para las gachas, añadir agua a la harina antes de mezclarla con la grasa caliente. Me enseñó a limpiar las ventanas, a barrer los suelos y a usar la tabla de lavar para eliminar la mugre de nuestra ropa sucia. También enseñó a Tom a hacer cuanto estaba a su alcance para ayudarme, aunque otros muchachos le llamasen marica por hacer «faenas de mujer». Si Tom no me hubiese querido tanto, quizás hubiese puesto más reparos.

Llegó una semana en que papá pasó todas las noches en casa. Sarah era feliz como un pájaro azulejo, tarareando entre dientes y mirando a papá tímidamente de vez en cuando, como si éste viniese a cortejarla y no fuese un marido cansado de transportar bebidas ilegales. Tal vez, en algún lugar de una carretera solitaria, un agente federal de Hacienda estaba esperando a Luke Casteel para meterlo en la cárcel junto a sus hermanos.

Yo estaba un día en el patio, restregando ropa sucia como de costumbre, mientras Fanny saltaba a la comba y papá lanzaba una pelota a Tom para que éste la golpease con su único juguete, un bate de béisbol que papá había conservado desde su infancia. Keith y Nuestra Jane rondaban a mi alrededor, queriendo colgar la ropa lavada; pero ninguno de los dos llegaba a las cuerdas.

—Fanny, ¿por qué no ayudas a Heavenly? —gritó Tom, lanzándole una mirada preocupada.

—¡Porque no quiero! —Fue la respuesta de Fanny.

—Papá, ¿por qué no haces que Fanny ayude a Heavenly?

Papá lanzó la pelota con tal fuerza que casi le dio a Tom, el cual bateó alocadamente, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—No debes prestar atención al trabajo de las mujeres —dijo papá, con una risotada. Se volvió hacia la casa, en el momento en que Sarah gritaba que la cena estaba a punto—. ¡Vamos allá!

La abuelita se levantó con gran trabajo de su mecedora del porche. El abuelo se levantó de la suya realizando un gran esfuerzo.

—Hacerse vieja es peor de lo que me imaginaba —refunfuñó la abuelita cuando se hubo puesto en pie, tratando de llegar a la mesa antes de que hubiese desaparecido toda la comida. Nuestra Jane corrió hacia ella para que la tomase de la mano, que era

casi lo único que podía hacer—. Me hace pensar que, a fin de cuentas, morir no es tan mala cosa.

—¡No digas eso! —rugió papá—. Estoy en casa para pasarlo bien, ¡no para oír hablar de muertos y de muerte!

Y en un santiamén, casi antes de que la abuelita y el abuelo se hubiesen acomodado en sus sillas, se zampó la comida que Sarah había tardado horas en preparar, se levantó, salió al patio y subió de un salto a la furgoneta de reparto para dirigirse sabe Dios hacia dónde.

Sarah, que llevaba un vestido que había deshecho para que pareciese otro distinto, con mangas y bolsillos nuevos tomados de su bolsa de retales, se quedó plantada en la puerta, mirando fijamente hacia fuera y llorando en silencio. Sus cabellos, recién lavados y perfumados con las últimas gotas de su agua de lilas, brillaban suaves y rojizos a la luz de la luna; pero ¿de qué le servía esto, si las chicas de la Casa de Shirley usaban auténtico perfume francés y cosméticos de verdad, y no los polvos de arroz que empleaba Sarah para quitar el brillo de su nariz?

Decidí que yo no sería otra Sarah..., ni otro ángel encontrado en Atlanta. No lo sería. Nunca.

2

La escuela y la iglesia

El canto de nuestro solitario gallo, con su harén de treinta gallinas, nos despertó a todos. El sol no era más que un halo rosado en el cielo oriental. El canto fue seguido de los murmullos de mamá al despertarse, del rumor de la abuelita y el abuelo dándose la vuelta y del primer llanto de Nuestra Jane porque siempre le dolía la barriga por la mañana. Fanny se sentó y se frotó los ojos.

—Hoy no voy a ir a la escuela —declaró malhumorada.

Inmediatamente, Keith se puso en pie de un salto y corrió a buscarle un bizcocho frío a Nuestra Jane, para que pudiese mordisquearlo y calmar los dolores producidos por el hambre y que le afectaban más que al resto de nosotros. Apaciguada, se sentó en su jergón y comenzó a comer el bizcocho, observándonos con sus lindos ojos y esperando la leche por la que pronto volvería a llorar.

—Mamá —dijo Tom, desde la puerta—, la vaca se ha ido. He salido temprano para ordeñarla... pero no está.

—¡Maldito Luke! ¡Que se vaya al infierno! —gritó Sarah—. ¡Sabía que necesitábamos esa vaca para tener leche!

—Tal vez papá no la vendió, mamá. Alguien puede haberla robado.

—La ha vendido —dijo Lisa y llanamente ella—. Ayer dijo que tendría que hacerlo. Sal a ver si puedes encontrar la cabra.

—¡Leche, leche, leche! —gimió Nuestra Jane.

Corrí hacia Nuestra Jane y la tomé en brazos.

—No llores, querida. Dentro de diez minutos beberás la mejor leche del mundo, recién ordeñada de una cabra nodriza.

Nuestro desayuno consistía en bizcochos calientes, hechos a diario y cubiertos por una capa de manteca. Hoy había también malta. Pero Nuestra Jane quería, sobretodo, su leche.

—¿Dónde está, Hev-lee? —No paraba de preguntar.

—Ya viene —le decía, esperando y rezando para que fuese verdad.

Tom tardó media hora en volver con un cubo de leche. Tenía la cara sofocada y sudorosa, como si hubiese corrido un largo trecho.

—Aquí tienes, Jane —dijo con voz triunfal, vertiendo el blanco líquido en su vaso y después en la jarra, para que Keith pudiese disfrutar también de la leche.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó mamá con recelo, oliendo la leche—. Aquella cabra pertenece ahora a Skeeter Burl, ya sabes..., y éste es un hombre ruin, muy ruin.

—Si no se entera, no se enfada —respondió Tom, sentándose para despachar su comida—. Además, si Nuestra Jane y Keith necesitan beber leche, yo voy a robarla.

Y tenías razón, mamá. Nuestra vaca está pastando ahora en el prado de Skeeter Burl.

Sarah me lanzó una mirada dura.

—Bueno, ésta era la apuesta, ¿no? Y tu papá perdió, como siempre.

Papá era jugador y, cuando perdía, todos salíamos perdiendo, y no sólo la vaca. Cada día, durante las últimas semanas, las aves de nuestro gallinero habían ido desapareciendo una a una. Yo trataba de convencerme de que volverían cuando papá tuviese una racha de suerte.

—Voy a buscar los huevos —gritó Sarah, dirigiéndose a la puerta mientras yo me vestía para ir a la escuela—. ¡Antes de que se juegue todas nuestras gallinas! Un día, cuando despertemos, ¡no habrá huevos ni nada!

Sarah era pesimista, mientras que Tom y yo pensábamos siempre que nuestras vidas mejorarían, incluso sin vacas, cabras, pollos y patos.

Nuestra Jane pareció tardar una eternidad en crecer lo bastante para ir con nosotros a Winnerrow e iniciar su instrucción en la escuela. Pero al fin, ese otoño, cumplió seis años, y debía asistir a ella, aunque Tom y yo nos viésemos obligados a llevarla a rastras todos los días. Y eso fue lo que tuvimos que hacer: arrastrarla, literalmente, todo el camino, sujetando con fuerza su manita para que no pudiese escapar y volviera corriendo a la cabaña. Si yo trataba de hacerla caminar más deprisa, arrastraba sus menudos pies y se resistía empleando todos los trucos posibles; mientras, Keith la animaba repitiéndole: «No es tan malo, no es tan malo», que era todo lo que podía decir en favor de la escuela. Pero Nuestra Jane quería estar en la cabaña, con Sarah y con la vieja muñeca que había perdido la mitad de su relleno. Desde el primer momento, odió la escuela, los *duros* asientos sin cojines y el tener que permanecer quieta y prestar atención, aunque le encantaba estar con otros niños de su edad. Nuestra Jane asistía a clase de un modo irregular, debido a su delicada salud... Y a su determinación de quedarse en casa con su mamá.

Nuestra Jane era una muñeca encantadora, pero capaz de agotar la paciencia de cualquiera con sus maullidos y con el olor a rancio de la comida que devolvía. Yo me acostumbré a reñirla, sabiendo que nos haría llegar tarde a la escuela y que todos los que asistían a ella se burlarían de nosotros por no saber leer la hora. Nuestra Jane sonreía, estiraba los frágiles y delgados brazos, e inmediatamente se helaban en mi lengua las palabras que iba a pronunciar para reprenderla. Entonces, la levantaba y llenaba de besos su linda carita.

—¿Te sientes mejor, Jane?

—Sí —murmuraba ella, con una voz que no podía ser más débil—, pero no me gusta andar. Me duelen las piernas.

—Dámela —me decía Tom, tendiendo los brazos para tomarla de los míos.

Incluso Tom, vocinglero, descarado y rudo, orgulloso de ser todo un muchacho, se volvía dulce y tierno con Nuestra Jane. Decididamente, mi hermanita pequeña

tenía el don de apoderarse de los corazones y no devolverlos jamás.

Tom la sostenía en brazos, mirando su linda carita, que se contraía para chillar si él se atrevía a dejarla en el suelo.

—No eres más que una muñeca, pequeña y bonita —le decía Tom, antes de volverse hacia mí—. Mira, Heavenly, si papá no puede regalaros muñecas a ti o a Fanny en Navidad o el día de vuestro cumpleaños, tenéis algo mejor: Nuestra Jane.

Yo no estaba del todo de acuerdo con él. Las muñecas podían guardarse y olvidarse, en cambio, nadie podía olvidar nunca a Nuestra Jane. Ella cuidaba muy bien de no ser olvidada.

Keith y Nuestra Jane mantenían una relación especial, como si fuesen, también, «gemelos de corazón». Resuelto y vigoroso, Keith corría al lado de Tom, contemplando a su hermanita con adoración y también corría a casa para cuidar de la pequeña, que inmediatamente sonreía a través de sus lágrimas cuando él le daba todo lo que ella quería. Y quería todo lo que él tenía. Keith, amable y dulce, cedía a todas sus exigencias, sin quejarse nunca, ni siquiera cuando las excesivas «demandas» de Nuestra Jane provocaban la abierta rebeldía de Tom.

—Eres tonto, Tom, y también tú, Keith —declaró Fanny—. Yo no llevaría nunca a una niña que pudiese andar tan bien como yo.

Nuestra Jane empezó a gemir.

—Fanny no me quiere... Fanny no me quiere... Fanny no me quiere...

Y así habría continuado durante todo el camino hasta la escuela, si Fanny no hubiese tendido de mala gana los brazos y tomado a Nuestra Jane de los de Tom.

—Oh, no eres mala. Pero ¿por qué no puedes aprender a andar? ¿Por qué no puedes?

—No quiero andar —dijo Nuestra Jane, abrazándose al cuello de Fanny y besándola en la mejilla.

—¿Lo veis? —comentó Fanny, con orgullo—. A mí me quiere más... Más que a ti, Heaven; más que a ti, Tom... ¿Verdad que me quieres más a mí?

Nuestra Jane, desconcertada, miró a Keith, a mí y a Tom, y después gritó:

—¡Bájame! ¡Bájame! ¡Bájame!

Fanny la soltó y Nuestra Jane cayó en un charco de barro. Gritó y después se echó a llorar, y Tom persiguió a Fanny para darle una paliza. Yo traté de calmar a Nuestra Jane y de secarla con un trapo que me servía de pañuelo. Keith empezó a llorar.

—No llores, Keith. No se ha hecho daño... ¿Verdad que no, querida? Mira, ahora ya estás seca, y Fanny te pedirá perdón... Pero deberías tratar de andar. Es bueno para tus piernas. Ahora agárrate de la mano de Keith y cantaremos todos camino de la escuela.

Mágicas palabras. Si a Nuestra Jane no le gustaba andar, disfrutaba cantando tanto como nosotros, y los tres juntos, ella, Keith y yo, cantamos hasta que alcanzamos a Tom, que había perseguido a Fanny hasta el patio de la escuela. Seis muchachos, mayores y más altos que Tom, habían formado una línea para que Fanny

se escondiese detrás. Fanny reía, sin arrepentirse en absoluto de haber dejado caer a Nuestra Jane y ensuciado el mejor vestido que tenía para ir a la escuela y que ahora se pegaba, mojado, a sus delgadas piernas.

Mientras Keith esperaba pacientemente en el salón de descanso de la escuela, sequé de nuevo a Nuestra Jane; después llevé a Keith a su clase, le desprendí de Nuestra Jane y conduje a ésta a la sección de párvulos. Sentada a la mesa con otras cinco niñas de su edad, era la más menuda allí. Qué vergüenza que todas las otras niñas llevasen lindos vestidos, aunque ninguna tenía los cabellos tan bonitos ni la sonrisa tan dulce como ella.

—Hasta luego, querida —le dije, y sus grandes ojos asustados me miraron pesarosos.

Tom me estaba esperando delante de la puerta de la clase de Miss Deale. Entramos juntos. Todos los alumnos que estaban allí se volvieron a mirar nuestra ropa y nuestros pies; que estuviesen limpios o sucios importaba poco. Siempre se reían con disimulo. Nosotros teníamos que llevar la misma ropa siempre, y todos los días nos lanzaban miradas de desdén. Eso nos dolía, pero ambos tratábamos de no hacerles caso cuando nos sentábamos en el fondo de la clase.

Delante de los alumnos, estaba la mujer más maravillosa del mundo, personificación de la dama hermosa que yo esperaba ser y rezaba por conseguirlo cuando fuese mayor. Mientras todos los colegiales se volvían para burlarse de nosotros, Miss Marianne Deale levantó la cabeza y sonrió para darnos la bienvenida. Su sonrisa no habría podido ser más cálida si hubiésemos comparecido luciendo los mejores trajes que había en el mundo. Ella sabía que teníamos que andar más que cualquiera de los otros, y que Tom y yo éramos responsables de que Keith y Nuestra Jane llegasen sanos y salvos al colegio. Nos decía un millón de cosas amables con los ojos. Con otra maestra, tal vez Tom y yo no habríamos cobrado tanta afición a la escuela. Ella hacía que nuestros días de colegiales fuesen una verdadera aventura, una búsqueda de conocimientos que un día nos sacarían, para siempre, de la montaña, de nuestra pobre choza, y nos llevarían a un mundo más grande y rico.

Tom y yo nos miramos, emocionados ambos por estar de nuevo en presencia de nuestra radiante maestra, que ya nos había mostrado algo del mundo al infundirnos el amor a la lectura. Yo estaba más cerca de la ventana que Tom, porque él, cuando miraba al exterior, sentía un ardiente afán de hacer «novillos», a pesar de su deseo de terminar la Enseñanza Media y conseguir una beca que le llevase a la Universidad. Si no podíamos abrirnos el camino de la Universidad con buenas notas, seguiríamos luchando para llegar a ella. Lo teníamos todo planeado. Suspiré al sentarme. Cada día que íbamos al colegio era una pequeña batalla ganada, que nos acercaba a nuestras metas. La mía era ser maestra como Miss Deale.

Los cabellos de mi ídolo se parecían mucho, en textura y en color, a los de Nuestra Jane, ya que eran de un rubio pálido y rojizo; sus ojos tenían un azul claro, y poseía una figura esbelta y bien formada. Procedía de Baltimore y hablaba con un

acento diferente del de todos sus alumnos. A decir verdad, yo pensaba que la maestra era absolutamente perfecta.

Miss Deale observó unos pocos asientos vacíos antes de mirar de nuevo el reloj suspirando al ponerse en pie para pasar lista.

—Permanezcamos todos en pie y saludemos la bandera —dijo—, y antes de sentarnos de nuevo, rezaremos en silencio una oración dando gracias por estar vivos, ser jóvenes y gozar de buena salud, con todo un mundo esperando que lo descubramos y mejoremos.

Bueno, si ella no sabía cómo empezar debidamente la jornada, no había nadie que lo supiese. El simple hecho de verla, de estar con ella, nos daba a Tom y a mí suficientes motivos para sentir que el futuro nos tenía reservado algo especial. Ella respetaba a sus alumnos, incluso a los que vestían tan mal como nosotros, pero nunca cedía un ápice en cuestiones de orden, pulcritud y cortesía.

Ante todo, teníamos que entregarle nuestros deberes. Como nuestros padres no podían comprarnos libros, debíamos emplear los de la escuela para completar nuestras tareas de casa durante las horas de colegio. A veces esto era demasiado, sobretodo cuando los días se acortaban y se hacía de noche antes de que llegásemos a casa.

Yo estaba garrapateando como una loca, copiando de la pizarra, cuando Miss Deale se detuvo junto a mi pupitre y murmuró:

—Heaven, tú y Tom tendréis que hacer el favor de quedaros cuando termine la clase. Tengo algo que deciros a los dos.

—¿Hemos hecho algo malo? —le dije, preocupada.

—No, claro que no. Siempre preguntas lo mismo. Pero el hecho de que os llame a ti y a Tom, no siempre significa que pretenda reprenderos.

Las únicas veces en que Miss Deale parecía disgustada con Tom y conmigo era cuando nos mostrábamos enfurruñados y renuentes a contestar sus preguntas sobre nuestra manera de vivir. Defendíamos a mamá y a papá; no queríamos que ella supiese la pobreza que imperaba en nuestra vivienda, lo mal que comíamos en comparación con los ágapes que describían los chicos de la ciudad.

En el colegio, la hora del almuerzo era la peor. La mitad de los niños del valle traían bolsas de comida, y la otra mitad comía en la cafetería. Sólo nosotros, los de la montaña, no traíamos nada, ni siquiera unas monedas sueltas para pagar un perrito caliente y una Coca-Cola. En nuestro hogar de alta montaña, desayunábamos al amanecer y tomábamos solamente una segunda comida antes de que se hiciese de noche y nos fuésemos a la cama. No almorzábamos nunca.

—¿Qué crees tú que quiere? —me preguntó Tom cuando nos reunimos brevemente durante la hora del almuerzo, antes de ir él a jugar a la pelota y yo a saltar a la comba.

—No lo sé.

Miss Deale estaba muy atareada repasando ejercicios cuando Tom y yo nos

quedamos después en clase, preocupados por Keith y Nuestra Jane, que no sabrían qué hacer si no estábamos allí cuando saliesen de sus clases.

—Explícaselo tú —murmuró Tom, y salió corriendo para recoger a Keith y a Nuestra Jane.

No podíamos fiarnos de que Fanny cuidase de ellos. De pronto, Miss Deale levantó la cabeza.

—Oh, lo siento, Heaven... ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Sólo unos segundos —mentí, pues me quedaba bastante corta—. Tom ha ido a buscar a Nuestra Jane y a Keith, para traerlos aquí. Tendrían miedo si no nos viesen a ninguno de los dos para llevarles a casa.

—¿Y Fanny? ¿No puede hacerlo ella?

—Bueno —contesté, titubeando y tratando de proteger a Fanny porque, a fin de cuentas, era mi hermana—, a veces se distrae y se le olvida.

Miss Deale sonrió.

—Sé que el camino es largo hasta vuestra casa; por consiguiente, no esperaré a que regrese Tom. He hablado con los miembros de la junta directiva acerca de vosotros dos, esperando convencerles de que os permitan llevaros libros a casa para estudiar; pero se han mostrado inflexibles y me han dicho que, si os otorgaban este privilegio especial, tendrían que dar libros gratis a todos los alumnos. En vista de ello, voy a prestaros *mis* libros.

La miré, sorprendida.

—Pero, ¿no los necesitará usted?

—No..., puedo valerme de otros. Podéis usarlos de ahora en adelante, y os llevaréis todos los libros de la biblioteca que seáis capaces de leer en una semana. Desde luego, tendréis que respetarlos, no ensuciarlos y devolverlos puntualmente. Estaba tan emocionada que estuve a punto de gritar.

—¿*Todos* los libros que podamos leer en una semana? Miss Deale, ¡nuestros brazos no tendrán bastante fuerza para llevarlos!

Se echó a reír y, aunque parezca extraño, brillaron lágrimas en sus ojos.

—Ya pensaba que dirías algo así.

Sonrió a Tom al entrar éste llevando en brazos a Nuestra Jane, que parecía agotada, y a Keith de la mano.

—Tom, creo que vas tan cargado que no podrás llevarte libros a casa.

Él la miró, pasmado.

—¿Quiere usted decir que podemos llevarnos libros a casa? ¿Que no tendremos que pagarlos?

—Así es, Tom. Y coged unos cuantos para Nuestra Jane y para Keith, e incluso para Fanny.

—Fanny no los leerá —dijo Tom, brillándole los ojos—, ¡pero Heaven y yo sí que lo haremos!

Aquel día, volvimos a casa con cinco libros para leer y cuatro para estudiar. Keith

contribuyó llevando dos libros, para que ni Tom ni yo pudiésemos negarnos a cargar con Nuestra Jane cuando se cansase. Me preocupaba ver cómo ésta palidecía cuando daba sólo unos pasos cuesta arriba.

Fanny caminaba detrás de nosotros, con un enjambre de amiguitos revoloteando como abejas alrededor de la flor más dulce. Yo sólo tenía un hermano fiel. Keith andaba rezagado unos veinte metros detrás de Fanny y sus amigos, reacio a ir con nosotros, aunque no por la misma razón que Fanny. Keith estaba enamorado de la Naturaleza, de las vistas, sonidos y fragancias de la tierra, del viento, del bosque y, sobretodo, de los animales. Yo me volví para observarle y vi que estaba tan absorto estudiando la corteza de un árbol que no me oyó cuando lo llamé:

—¡Keith! ¡Date prisa!

Corrió un breve trecho antes de detenerse a recoger un pájaro muerto y examinarlo con manos cuidadosas y ojos observadores. Si no le recordábamos constantemente dónde estaba, se retrasaba tanto que no habría podido encontrar el camino de casa. Resultaba muy extraño lo distraído que era Keith, sin saber nunca el lugar en el que se hallaba, sólo dándose cuenta de los lugares donde crecían, vivían o venían los que eran objeto de su interés.

—¿Qué pesa más, Tom, los libros o Nuestra Jane? —pregunté, pues llevaba seis de aquéllos.

—Los libros —me contestó con rapidez, dejando en el suelo a nuestra débil hermanita para que yo pudiese descargarme de los libros y tomar en brazos a Nuestra Jane.

—¿Qué vamos a hacer, mamá? —preguntó Tom cuando llegamos a la cabaña, llena de un humo que irritó nuestros ojos inmediatamente—. La niña se cansa mucho, pero necesita ir a la escuela.

Sarah miró los ojos cansados de Nuestra Jane, tocó su cara pálida y, levantando a su hija menor con delicadeza, la llevó a la cama grande y la acostó.

—Necesita un médico, pero no podemos pagarlo. Esto es lo que me pone furiosa de vuestro papá. Tiene dinero para la bebida y dinero para las mujeres..., pero no para que los médicos curen a su hija.

¡Qué amargas sonaron sus palabras!

Todos los domingos por la noche yo tenía una pesadilla. Siempre era la misma y se repetía una y otra vez, hasta que llegué a odiar ese día de la semana. Soñaba que estaba sola en la cabaña y que nevaba dentro de ella. Y cada noche me despertaba llorando.

—No pasa nada —me consoló Tom, gateando desde su jergón junto a la estufa y abrazándome después de una de mis peores pesadillas—. Yo tengo malos sueños también, de vez en cuando. No llores; todos estamos aquí. No existe ningún sitio adonde ir, salvo la escuela y la iglesia, de las que volvemos siempre. ¿No sería

estupendo que nunca tuviésemos que regresar?

—Papá no me quiere como a ti, a Fanny, a Keith y a Nuestra Jane —sollocé, e incluso eso hizo que me sintiese débil y avergonzada—. ¿Tan fea e insoportable soy, Tom? ¿Es por esto que papá me odia tanto?

—No —dijo Tom, tomándolo a broma, pero un poco confuso—. Son tus cabellos los que no le gustan. Una vez oí que se lo decía a Sarah. Pero yo creo que tus cabellos son hermosos, de veras. No tan odiosamente rojos como los míos, ni tan pálidos como los de Nuestra Jane. Ni tan negros y lisos como los de Fanny. Tienes mirada de ángel, aunque tus ojos sean negros. Pienso que, sin duda alguna, eres la niña más bonita de la montaña, y también de Winnerrow.

Había muchas niñas bonitas en la montaña y en el valle. Abracé a Tom y me di la vuelta. ¿Qué entendía él, para juzgar a las niñas hermosas? Por mi parte, sabía que había otro mundo más allá de los montes, un mundo grande, maravilloso, que conocería algún día.

—Me alegro de no ser una chica —gritó Tom al día siguiente, moviendo asombrado la cabeza al ver una hermana que podía pasar tan fácilmente del mal humor a la risa—. ¡Los cumplidos más tontos las hacen felices!

—¿No hablabas en serio cuando me dijiste aquello la noche pasada? —le pregunté, alicaída—. ¿Tampoco a ti voy a gustarte?

Giró en redondo y me hizo una mueca.

—Mira, tu cara es casi tan bonita como la mía..., y cuando sea mayor, me casaría contigo... si pudiese.

—Has estado diciendo eso desde que aprendiste a hablar.

—¿Y cómo lo sabes vos? —gritó él.

—Tom, ya sabes que Miss Deale no quiere que digas vos. Tienes que recordar tu dicción y tu gramática. Debes decir tú. Aprende a hablar como es debido, Tom.

—¿Por qué? —me preguntó él, con un brillo malicioso en sus ojos verdes.

Tiró de la cinta roja que sujetaba mi cola de caballo, y mis cabellos sueltos ondearon al viento.

—Aquí nadie se preocupa de la gramática ni de la dicción; ni mamá, ni papá; sólo vos y Miss Deale.

—¿Y a quién quieres más en todo el mundo? —le pregunté.

—Primero a ti y después a Miss Deale —admitió, riendo, Tom—. Pero, como no puedo tenerte a ti, me contentaré con Miss Deale. Voy a pedirle a Dios que impida que se vuelva vieja y fea. Entonces podré alcanzarla y casarme con ella, y me leerá todos los libros que hay en el mundo.

—Tú leerás tus propios libros, Thomas Luke Casteel.

—Heavenly (era el único que combinaba mis dos nombres de ese modo tan halagador), los otros chicos del colegio hablan de ti, piensan que sabes demasiado para tu edad... y también para la mía. Yo no sé tanto como tú. ¿Cómo es eso?

—Yo saco sobresalientes, y tú, notables y aprobados, porque haces demasiados

«novillos» y yo no los hago nunca.

Tom estaba tan sediento de conocimientos como yo, pero tenía que comportarse de vez en cuando como los otros miembros de su sexo, so pena de pelearse todos los días con ellos para que no le llamasen el niño mimado de la maestra. Cuando volvía a la cabaña después de un día de diversión en los bosques o en el río, pasaba todo su tiempo libre estudiando con detenimiento los libros que Miss Deale nos permitía llevarnos a casa.

Otras palabras que Miss Deale nos había dicho, a Tom y a mí, persistían en mi mente y me consolaban de las heridas infligidas a mi orgullo o de cuando flaqueaba mi confianza en mí misma.

—Mira —me había dicho, con una sonrisa en su bello semblante—, tú y Tom sois mis mejores alumnos. Los alumnos que todo maestro desea tener.

El día en que Miss Deale nos permitió llevarnos libros a casa, abrió para nosotros el mundo y todo lo que éste contenía.

Nos dio tesoros increíbles cuando puso en nuestras manos sus clásicos predilectos: *Alicia en el País de las Maravillas*, *A Través del Espejo*, *Moby Dick*, *Historia de Dos Ciudades* y tres novelas de Jane Austen... y todas eran para mí. En los días que siguieron, Tom hizo su propia selección, libros propios de muchachos, las aventuras de los Hardy Boys eran siete de ellos, y, cuando yo empezaba a pensar que sólo escogía libros divertidos, tomó un grueso volumen de Shakespeare, con lo que hizo que centelleasen los ojos azules de Miss Deale.

—¿Acaso esperas llegar a escritor algún día, Tom? —le preguntó.

—Todavía no tengo idea de lo que quiero ser —dijo él, con su dicción más cuidadosa, nervioso como siempre que hablaba con una persona tan culta y hermosa como Miss Deale—. A veces me asalta la idea de hacerme piloto; al día siguiente, quiero ser abogado para llegar a presidente en el futuro.

—¿Presidente de nuestro país, o de una corporación?

Él se ruborizó y se miró los pies, que no dejaban de agitarse. ¡Qué horribles eran sus zapatos! Le venían grandes, y estaban viejos y gastados.

—Supongo que presidente Casteel sonaría bastante ridículo, ¿verdad?

—No —le respondió ella con seriedad—, yo creo que suena bien. Sólo debes decidir lo que quieres ser, y dar tiempo al tiempo. Si trabajas de firme para lograr tu objetivo, y te das cuenta desde el principio de que nada que sea valioso es fácil de conseguir, pero sigues adelante, seguro que alcanzarás tu meta, sea ésta lo que fuere.

Debido a la generosidad de Miss Marianne Deale (más tarde nos enteramos de que ella misma había depositado la fianza para que pudiésemos llevarnos los libros a casa) teníamos la oportunidad de ver en ellos imágenes del mundo antiguo y de viajar por Egipto y por la India. En los libros vivíamos en palacios y caminábamos por los estrechos y retorcidos callejones de Londres. Y ambos teníamos la impresión de que, cuando fuésemos allí, no nos sentiríamos extraños en un país extranjero, ya que habríamos estado antes en él.

A mí me encantaban las novelas históricas que hacían revivir el pasado mucho mejor que los libros de texto. Hasta que leí una novela sobre George Washington, le había considerado un presidente aburrido y pesado... Y ahora me enteraba de que había sido lo bastante joven y apuesto para que las muchachas le considerasen encantador y *sexy*.

Leímos libros de Victor Hugo y de Alejandro Dumas, y nos estremecimos al conocer aventuras que era posible vivir aunque fuesen horribles. Leímos obras clásicas y también porquería; lo leíamos todo, cualquier cosa que pudiera sacarnos de aquella cabaña de los montes olvidada de Dios. Tal vez, si hubiésemos tenido un cine o un aparato de televisión, u otras distracciones, no nos hubiésemos aficionado tanto a los libros que Miss Deale permitía que nos llevásemos a casa. O quizás era una muestra de la inteligencia de Miss Deale que sólo nos «permitiese» a *nosotros* llevarnos aquellos caros y preciosos libros que, según decía, no serían tan respetados por los demás.

Y eso era verdad. Sólo leíamos después de lavarnos las manos.

Yo sospechaba que nuestro papá gustaba bastante a Miss Marianne Deale. Sabe Dios que habría podido tener mejor gusto. Según la abuelita, el «ángel» había enseñado a papá a hablar el inglés correctamente, y, dada la natural buena presencia de éste, muchas damas aristocráticas se sentían atraídas por los encantos de Luke Casteel, cuando se proponía ser encantador.

Todos los domingos, papá iba a la iglesia con nosotros y ocupaba su lugar en medio de su numerosa familia, junto a Sarah. Menuda y delicada, Miss Deale se sentaba muy modosa al otro lado del pasillo y miraba a papá. Yo estaba segura de que admiraba su apostura, aunque quizá tuviese en cuenta su falta de conocimientos. Según había oído decir a la abuelita, papá había abandonado el colegio antes de terminar el quinto curso.

Los domingos pasaban muy deprisa cuando una no podía lucir los vestidos buenos que le hacían falta, y yo siempre pensaba que tendría alguno lindo y nuevo antes del domingo próximo; pero la ropa nueva era difícil de obtener, cuando Sarah tenía que ocuparse de tantas cosas. Por consiguiente, aquí estábamos de nuevo, en el último banco, con nuestros mejores harapos y que otros habrían arrojado a la basura. Nos poníamos de pie y cantábamos con los más distinguidos y más ricos de Winnerrow y con todos los otros montañeses que no vestían mejor ni peor que nosotros y que se deleitaban viniendo a la iglesia.

Había que confiar en Dios, y había que creer en Él o considerarse un imbécil.

Aquel domingo particular, después de terminar los servicios religiosos, trataba yo de que Nuestra Jane no se ensuciase al lamer su helado delante de la droguería, no lejos del lugar donde papá había aparcado su camioneta. Miss Deale había comprado cucuruchos de helado para los cinco niños Casteel. Estaba en pie, a unos diez metros

de distancia, contemplando cómo reñían mamá y papá, sabe Dios por qué motivo; lo cual significaba que, en el momento menos pensado, papá podía darle un tortazo a mamá, o Sarah dárselo a él. Yo tragaba saliva nerviosamente, deseando que Miss Deale siguiese su camino o mirase hacia otra parte; pero ella seguía observando y escuchando, casi paralizada.

Me preguntaba qué estaría pensando, pero no pude averiguarlo.

No pasaba una semana sin que ella escribiese al menos una nota a papá referente a Tom o a mí. Él no paraba casi nunca en casa y, cuando estaba, no podía leer la pulcra y pequeña escritura de Miss Deale, pero, aunque hubiese podido hacerlo, no la habría contestado. La semana anterior, ella había escrito:

Querido Mr. Casteel:

Estoy segura de que se siente muy orgulloso de Tom y de Heaven, mis dos mejores alumnos. Desearía entrevistarme con usted, en fecha conveniente para los dos, para discutir las posibilidades de conseguir becas para ambos.

Sinceramente suya,

MARIANNE DEALE

El día siguiente, ella me preguntó:

—¿No le diste la nota, Heaven? No creo que sea tan descortés como para no contestarla. Es un hombre estupendo. Debes adorarlo.

—Claro que le adoro —repuse con cinismo—. Me gustaría convertirlo en una hermosa pieza de museo. Ponerlo en una cueva con una cachiporra en la mano y una mujer pelirroja a sus pies. Sí, el *Smithsonian* es el sitio adecuado para papá.

Miss Deale frunció los ojos azules y me miró fijamente, con extraña expresión.

—Me sorprendes, realmente me sorprendes. ¿No quieres a tu padre, Heaven?

—Le adoro, Miss Deale, de verdad que sí. Sobre todo cuando visita la Casa de Shirley.

—¡Heaven! No deberías decir estas cosas. ¿Qué puedes tú saber acerca de una casa de mala repu...? —se interrumpió y pareció confusa. Bajó los ojos—: ¿Es cierto que va allí?

—Según mamá, siempre que puede.

El domingo siguiente, Miss Deale no miró a papá con admiración; en realidad, no miró una sola vez.

Pero, aunque papá hubiese bajado puntos en la consideración de Miss Deale, ésta siguió esperándonos a los cinco hermanos en la droguería, mientras mamá y papá charlaban con sus amigos montañeses. Nuestra Jane corrió hacia la maestra con los brazos abiertos, lanzándose contra la linda falda azul de Miss Deale.

—¡Aquí estoy! —gritó, entusiasmada—. ¡Lista para un helado!

—Eso no está bien, Jane —la corregí de inmediato—. Debías esperar a que Miss Deale te lo ofreciese.

Nuestra Jane empezó a hacer pucheros, y también los hizo Fanny, fijando ambas los ojos abiertos y suplicantes en nuestra maestra.

—No hay nada malo en ello, Heaven —dijo Miss Deale, sonriendo—. ¿Por qué crees que he venido aquí? A mí también me gustan los cucuruchos de helado, y aborrezco comerlos a solas... Por consiguiente, venid y decidme de qué los preferís esta semana.

Era fácil ver que Miss Deale nos compadecía y quería obsequiarnos, al menos los domingos. En cierto modo, eso no estaba bien, ni para ella ni para nosotros, porque, si estábamos tan necesitados de regalos, también lo estábamos de conservar nuestro amor propio. Una y otra vez, el orgullo salía derrotado cuando se trataba de elegir entre chocolate, vainilla o fresa. Sabe Dios el tiempo que habríamos tardado en escoger si hubiese habido más donde elegir.

Tom se pronunció en seguida por la vainilla; yo, por el chocolate; pero Fanny quería fresa, chocolate y vainilla, y Keith quería lo mismo que Nuestra Jane, y ésta tardaba en decidirse: contemplaba al hombre de detrás del mostrador, observaba con atención los grandes botes de caramelos, miraba a un chico y una chica que, sentados, tomaban alegremente un batido, y vacilaba.

—Mirad —murmuró Fanny—, no puede decidirse, porque quiere de todo. No le dé de todo a ella, Miss Deale, a menos que también nos dé de todo a los demás.

—Naturalmente, invitaré a Nuestra Jane a todo lo que quiera: las tres clases de helado si puede con un triple cucurucho, y una tableta de chocolate para después, y una bolsa de caramelos para todos si os la lleváis a casa. ¿Quieres algo más?

Fanny abrió la boca de par en par, como para decir todo lo que queríamos y necesitábamos. Yo intervine rápidamente:

—Hace usted demasiado, Miss Deale. Déle a Nuestra Jane su cucurucho de vainilla, que de todos modos se derretirá antes de que se lo coma, y una tableta de chocolate para que la comparta con Keith. Es más que suficiente. En casa tenemos todo lo que necesitamos.

¡Qué cara más fea puso Fanny detrás de la espalda de Miss Deale! Gruñó, gimió y armó un tremendo alboroto antes de que Tom le tapase la boca con la mano.

—Tal vez podréis venir todos a almorzar un día conmigo —dijo Miss Deale como algo casual, después de una breve pausa, mientras observábamos a Nuestra Jane y a Keith lamiendo sus cucuruchos con un entusiasmo que daba ganas de llorar.

No era de extrañar que les gustasen tanto los domingos; esos días disfrutaban de los únicos festines que en su vida habían conocido.

Apenas habíamos terminado nuestros cucuruchos cuando mamá y papá aparecieron en la puerta del *drugstore*.

—Vamos —dijo papá—. Saldremos en seguida para casa, a menos que queráis ir

andando.

Entonces miró a Miss Deale, que estaba comprando apresuradamente los caramelos que Nuestra Jane y Fanny elegían con el mayor cuidado, señalándolos uno a uno. Se acercó a nosotros, luciendo el traje de color crema que, según decía la abuelita, le había comprado mi madre durante su luna de miel de dos semanas en Atlanta. Si yo no hubiese sabido la verdad, habría pensado, al ver aquel traje, que papá era un elegante y culto caballero.

—Usted debe ser la maestra de la que tanto hablan mis hijos —dijo a Miss Deale, tendiéndole la mano.

Ella se echó atrás, como si mi información sobre las visitas a Casa de Shirley hubiese puesto fin a toda su admiración por él.

—Su hijo y su hija mayores son mis mejores alumnos —le respondió ella con frialdad—, como debe usted saber, ya que le he escrito muchas veces acerca de ellos.

No mencionó a Fanny ni a Keith ni a Nuestra Jane, pues no estaban en su clase.

—Supongo que se siente muy orgulloso de Heaven y de Tom.

Papá pareció asombrado al mirar a Tom, que desvió los ojos en mi dirección. Durante dos años enteros, Miss Deale le había enviado notas comunicándole lo inteligentes que creía que éramos los dos. La escuela de Winnerrow estaba tan entusiasmada con lo que hacía Miss Deale por los desgraciados niños de la montaña (considerados a veces como medio tontos) que le permitía que nos «aguantase» un curso tras otro.

—Bueno, esto es bueno de oír en una hermosa tarde de domingo —dijo papá, mirándola a los ojos con insistencia.

Ella se negó a aguantar su mirada, como temerosa de que, si lo hacía, no podría desviar la suya.

—Yo siempre deseé tener una buena educación, pero las circunstancias me lo impidieron —se jactó él.

—Papá —dije yo, hablando fuerte y vivamente—, hemos decidido volver a casa a pie. Tú y mamá podéis marcharos; no os preocupéis de nosotros.

—¡Yo no quiero ir andando a casa! —gritó Nuestra Jane—. ¡Quiero ir en coche!

Sarah esperaba junto a la puerta de la tienda, observando con los párpados recelosamente fruncidos. Papá hizo una ligera reverencia a Miss Deale.

—Celebro mucho haberla conocido, Miss Deale.

Se agachó para levantar a Nuestra Jane sobre uno de sus brazos, levantó a Keith con el otro y salió, y todos los que estaban en la tienda debieron pensar que era el único Casteel educado y simpático que había habido en el mundo. Ningún par de labios permaneció cerrado; todos se abrieron como ante un milagro inverosímil.

Y una vez más, a pesar de todo lo que yo le había dicho para ponerla sobre aviso, se pintó cierta admiración en los crédulos ojos azules de mi maestra.

Era un día extrañamente perfecto, con los pájaros revoloteando sobre nuestras cabezas y las hojas otoñales cayendo blandamente. Yo, como Keith, me hallaba

absorta en la Naturaleza. Sólo oí a medias lo que Tom estaba diciendo, hasta que vi que los ojos negros de Fanny se abrían sorprendidos.

—¡No! Te equivocas —dijo ella—. ¡Ese muchacho nuevo y tan guapo no estaba mirando a Heaven! ¡Me miraba a mí!

—¿Qué muchacho? —pregunté.

—El hijo del nuevo droguero que ha venido a regentar el *drugstore* —me explicó Tom—. ¿No has visto el nombre de Stonewall? Él estaba en la tienda cuando Miss Deale nos compró los cucuruchos de helado, y a fe mía que pareció fijarse en ti, Heavenly; seguro que se fijó.

—¡Embustero! —chilló Fanny—. Nadie se fija en Heaven cuando estoy yo, ¡nadie!

Tom y yo hicimos caso omiso de Fanny y de su voz chillona.

—He oído decir que vendrá mañana a nuestro colegio —siguió diciendo Tom—. Me extrañó su manera de mirarte —prosiguió, en tono confuso—. Seguro que aborreceré el día en que te cases y dejemos de estar juntos.

—Siempre estaremos juntos —dije rápidamente—. Ningún chico va a convencerme de que le necesito más que a mi educación.

Sin embargo, aquella noche, acurrucada en el suelo junto a *Ole Smokey*, miré en la penumbra hacia el sitio donde me imaginaba ver, colgado de un clavo, un vestido azul novísimo, que nadie había llevado antes que yo. De forma muy tonta, como sólo pueden creerlo los jóvenes, pensé que, si vestía bien, eso cambiaría, de algún modo, el mundo que me rodeaba. Me desperté sabiendo que mi mayor deseo era un vestido nuevo... Y preguntándome también si gustaría a aquel muchacho, aunque no tuviese nada para ponerme que no fuese viejo.

Logan Stonewall

Tom, Fanny, Nuestra Jane, Keith y yo acabábamos de llegar al patio de la escuela el lunes por la mañana cuando Tom me señaló al nuevo alumno, el mismo que había descubierto mirándome en la iglesia. Al volverme a mirar hacia el campo donde jugaban los muchachos y verle a él, se me cortó la respiración. El chico nuevo se destacaba de todos los demás y vestía mejor que los muchachos del valle. El sol de la mañana le daba en la espalda y ponía una especie de fuerte aureola sobre sus cabellos negros, de modo que yo no podía ver con claridad su cara que estaba en la sombra; sin embargo, su manera de mantenerse erguido, no encorvado como algunos muchachos montañeses que se avergonzaban de su estatura, hizo que me gustase desde el primer momento. Desde luego, era una tontería simpatizar con un desconocido, sólo porque tenía cierto aire confiado que no era arrogancia, sino vigor y aplomo. Miré a Tom y supe por qué me había gustado inmediatamente un chico al que veía por primera vez. Logan y Tom tenían la gracia natural de aquellos que saben quiénes son y lo que son. Miré a Tom de nuevo. ¿Cómo podía caminar tan orgulloso a mi lado siendo un Casteel?

Deseé más que nada en el mundo tener su aplomo, su confianza, su capacidad de aceptación, cualidades que quizá yo hubiese tenido si hubiera podido contar con el amor de mi padre..., como él.

—Te está mirando otra vez —murmuró Tom, dándome un codazo y haciendo que Fanny gritase con demasiada fuerza:

—¡No está mirando a Heaven! ¡Me está mirando a Mí!

Fanny me ponía de nuevo en una situación embarazosa; pero, si el muchacho nuevo la oyó, no dio señales de ello. Permaneció erguido como un árbol de Navidad, con su pantalón de franela gris planchado a la perfección y su suéter verde y brillante, que llevaba sobre una camisa blanca y una corbata a rayas verdes y grises. Calzaba zapatos de piel, de domingo, lustrosos y brillantes. Todos los chicos del valle llevaban pantalones téjanos, jersey y zapatos de lona. Ninguno iba nunca al colegio vestido como Logan Stonewall.

¿Vio él que le mirábamos? Debió darse cuenta porque, de súbito, y de modo alarmante, vino en nuestra dirección. ¿Qué podría yo decir a un chico tan bien vestido? Habría querido hacerme invisible. A cada paso que él daba al acercarse mi pánico aumentaba. No estaba preparada para entablar relación con una persona que lucía pantalón de franela gris (no habría sabido de qué era si Miss Deale no hubiese llevado una vez un traje gris del mismo género, y si no hubiese tratado siempre de instruirme sobre telas, prendas de vestir y cosas parecidas). Traté de escabullirme con Keith y Nuestra Jane antes de que él se diese cuenta de mi vestido raído y

descolorido, con el dobladillo mal cosido, y mis zapatos gastados y casi sin suelas; pero Nuestra Jane se resistió.

—No me encuentro bien —gimoteó—. Quiero ir a casa, Hev-lee.

—No puedes volver a casa —le dije en voz baja—. Si estás siempre enferma, no terminarás el curso. Tal vez éste mediodía podré traeros, a ti y a Keith, un bocadillo y un poco de leche.

—¡De atún! —exclamó Keith, entusiasmado, pensando en el medio bocadillo de atún.

Nuestra Jane soltó mi mano y, con pasitos lentos, entró en la clase donde todos los párvulos parecían pasarlo en grande; todos, menos Nuestra Jane.

Eché a andar con apresuramiento detrás de los dos pequeños, pero no tan deprisa que Logan Stonewall no me alcanzase en el pasillo, precisamente delante de la clase de primer grado. Me volví y vi que estrechaba la mano de Tom. Logan tenía ese atractivo que había visto yo en los libros y revistas, esa distinción que sólo se consigue después de años de vivir en un ambiente cultivado y que ninguno de los montañeses podíamos tener. Su nariz era delgada y recta; su labio inferior mucho más lleno y curvado que el superior, e incluso, desde tres metros de distancia, pude ver que sus ojos, de un azul oscuro, me sonreían calurosamente. Su mandíbula inferior era cuadrada y firme, y un hoyuelo aparecía y desaparecía en su mejilla izquierda al sonreír el chico en mi dirección. Su aplomo hacía que me sintiese torpe, temerosa de hacer o decir alguna patochada, con lo cual haría que se volviese a Fanny, y si ésta hablaba u obraba mal, no importaría. Los muchachos siempre se encaprichaban de ella.

—Hola, forastero —le saludó Fanny, avanzando y sonriéndole a la cara. Fanny no se había preocupado hasta ahora de acompañar a Nuestra Jane o a Keith a sus respectivas clases—. Eres el chico más guapo que he visto en mi vida.

—Ésta es mi hermana Fanny —explicó Tom.

—Hola, Fanny...

Pero Logan Stonewall sólo la miró de una manera fugaz. Esperaba que Tom me presentase a mí.

—Y ésta es mi hermana Heaven Leigh.

Había tanto orgullo en la voz de Tom que hubiérase dicho que no veía mi feo vestido ni pensaba que yo tuviese motivos para avergonzarme de mis zapatos.

—Aquella niña pequeña que nos mira desde la puerta de la clase de párvulos es mi hermana menor, a la que llamamos Nuestra Jane, y al otro lado del pasillo, aquel niño de cabellos de color de ámbar que nos sonríe es mi hermano Keith. Ve a sentarte Keith; también tú, Nuestra Jane.

¿Cómo podía Tom tratar con tanta naturalidad a un muchacho tan distinguido y bien vestido como Logan Stonewall? Yo estaba vivamente emocionada ante aquellos sonrientes ojos de zafiro que me miraban como nunca me había mirado nadie.

—Un bonito nombre —dijo Logan, sin apartar los ojos de los míos—. Te cae muy

bien. Creo que nunca había visto un azul tan celeste en unos ojos.

—Yo tengo los ojos *negros* —gritó Fanny, poniéndose delante de mí para apartarme de su vista—. Todo el mundo puede tener ojos azules..., como los de Heaven. A mí me gusta más el azul de los tuyos.

—Miss Deale dice que los ojos de Heavenly tienen el color del aciano —le informó Tom con visible orgullo—, y no hay otra chica en quince kilómetros a la redonda que tenga en los ojos ese tono azul que yo llamo celeste.

—Te creo... —murmuró Logan Stonewall, sin dejar de mirarme.

Yo tenía sólo trece años; él no podía tener más de quince o, como máximo, dieciséis. Sin embargo, nuestros ojos parecieron aferrarse y golpear un gong que resonaría a lo largo de todas nuestras vidas.

Pero no era más que la campana de la escuela llamando a clase.

El bullicio de los niños que corrían a sus aulas y se sentaban antes de que entrase la maestra me salvó de tener que decir algo. Tom estaba riendo cuando se sentó detrás de su pupitre.

—Heavenly, nunca había visto en tu cara tantos tonos de rojo. Logan Stonewall no es más que otro muchacho. Mejor vestido que la mayoría y más guapo, pero un muchacho más.

Él no podía saber lo que yo sentía, pero frunció los párpados y me miró de una manera extraña, hasta que se volvió y agachó la cabeza, como yo agaché la mía.

Entonces, entró Miss Deale, y antes de que pudiese yo pensar lo que le diría a Logan cuando volviese a verle, llegó la hora del almuerzo. Tenía que cumplir mi promesa sobre el bocadillo y la leche. Me quedé sentada en mi pupitre, mientras todos los demás salían para almorzar. Miss Deale levantó la cabeza.

—Heaven, ¿quieres hablarme de algo?

Yo quería pedirle un bocadillo para dárselo a Keith y a Nuestra Jane; aunque, por alguna desconocida razón, no pude hacerlo. Me puse en pie, sonreí y salí a toda prisa, mirando fijamente el suelo del pasillo y rezando para encontrar un cuarto de dólar... Pero lo único que vi fueron los zapatos grises de Logan.

—Pensaba que saldrías con Tom —parecía serio, aunque sus ojos seguían sonriendo—. ¿Quieres almorzar conmigo?

—Yo nunca almuerzo.

Mi respuesta hizo que frunciere el ceño.

—Todo el mundo almuerza. Ven conmigo y tomaremos unas hamburguesas, patatas fritas y unos batidos.

¿Quería esto decir que iba a pagar mi almuerzo además del suyo? Mi orgullo se rebeló.

—Tengo que cuidar de Nuestra Jane y de Keith durante la hora del almuerzo...

—Muy bien, también les invito a ellos —ofreció con despreocupación—, y también podríamos incluir a Tom y a Fanny, si es que estás pensando en ellos.

—Podemos pagar nuestros almuerzos.

Por un segundo pareció que no sabía qué decir; después, me lanzó otra rápida mirada y se encogió de hombros.

—Está bien, si lo quieres así.

¡Dios mío...! ¡No era eso lo que yo quería! Pero mi orgullo rivalizaba con la montaña más alta de los Willies.

Él caminó a mi lado en dirección a las clases de los pequeños. En cualquier momento, pensé, lamentará su invitación. Tanto Nuestra Jane como Keith estaban esperando cerca de la clase de párvulos, y ambos parecían terriblemente ansiosos antes de que Nuestra Jane se arrojase a mis brazos, casi sollozando.

—¿Podemos comer ahora, Hev-lee? Me duele la barriga.

Casi al mismo tiempo, Keith empezó a farfullar acerca del bocadillo de atún que le había prometido.

—¿Nos ha enviado otro Miss Deale? —preguntó, con carita ilusionada y ansiosa—. ¿Es lunes hoy? ¿Nos envía leche?

Traté de sonreír a Logan, que lo oía todo y miraba pensativamente a Nuestra Jane y después a Keith. Por último se volvió a mí y sonrió.

—¿Preferís bocadillos de atún? Tal vez quede alguno en la cafetería si nos damos prisa.

Nada podía ya hacer yo, pues Keith y Nuestra Jane echaron a correr hacia allá como dos zorros que hubiesen olido unos pollitos.

—Heaven —dijo Logan muy serio—, nunca he permitido que una chica pague su almuerzo cuando yo la invito. Permíteme que ahora te invite.

En cuanto entramos en la cafetería, pude oír murmullos y comentarios. ¿Qué estaba haciendo Logan con los toscos Casteel? Tom estaba ya allí, como si Logan le hubiese invitado antes, y, por alguna razón, esto hizo que me sintiese mucho mejor. Ahora pude sonreír y ayudar a Nuestra Jane a sentarse a una larga mesa. Keith se arrimó lo más posible a ella y miró a su alrededor con timidez.

—¿Todavía quiere todo el mundo bocadillos de atún y leche? —preguntó Logan, que había pedido a Tom que le acompañase a buscar nuestros almuerzos.

Nuestra Jane y Keith siguieron en sus trece, mientras yo optaba por la hamburguesa y una Coca-Cola. Miré a mi alrededor cuando Tom y Logan se hubieron marchado, tratando de ver a Fanny. No estaba en la cafetería. Esto fue para mí otro motivo de preocupación. Fanny tenía sus propios medios de ganarse una comida.

Los que nos rodeaban seguían murmurando, sin parecer importarles que yo les oyese.

—¿Qué está haciendo con *ella*? No es más que una montañesa. Y la familia de él tiene que ser rica.

Logan Stonewall atrajo muchas miradas al volver con Tom, ambos sonrientes y contentos, trayendo bocadillos de atún, hamburguesas, patatas fritas, batidos, y leche también. Tanto Nuestra Jane como Keith estaban entusiasmados con tanta comida y quisieron sorber de mi batido, probar mi hamburguesa y comer algunas patatas fritas;

de modo que casi tuve que conformarme con la leche; además, Nuestra Jane se bebió mi Coca-Cola, cerrando los ojos con deleite.

—Iré a buscar otra —me ofreció Logan, pero yo no se lo permití, pues ya había hecho demasiado.

Descubrí que tenía quince años. Él sonrió satisfecho cuando le murmuré mi edad. Quiso saber la fecha de mi nacimiento, como si esto importase, y por lo visto así era: su madre creía en la astrología. Me dijo que había conseguido que le asignasen el mismo salón de estudio donde yo hacía todos los días mis deberes. Yo trataba siempre de terminarlos allí, para poder llevarme novelas a casa, en vez de libros de texto.

Por primera vez en mi vida, tenía un verdadero amigo, un amigo que no pensaba que fuese una chica fácil sólo porque vivía en los montes. Logan no se burlaba de mi ropa ni de mi ambiente. Sin embargo, desde el primer día, se creó enemigos en el colegio, porque les resultaba diferente, demasiado guapo y vestía demasiado bien según el estilo de la «ciudad». Su aplomo era fastidioso; su familia, demasiado rica; su padre, demasiado educado; su madre, demasiado altiva. Los otros chicos sospechaban que era marica. Aquel primer día, incluso Tom dijo que un día Logan debería demostrar lo que era. Los otros chicos le hicieron objeto de sus bromas tontas pero no tan inofensivas. Pusieron tachuelas en sus zapatos en el gimnasio; ataron los cordones de sus zapatos para que llegase tarde a clase después del gimnasio; pusieron cola en sus suelas, y echaron a correr cuando él se enfadó y amenazó con darle una paliza al culpable.

Antes de terminar su primera semana, Logan fue colocado dos cursos por delante de Tom y de mí. También él llevaba pantalones vaqueros y camisas escocesas ya, pero los *jeans* eran de un modelo más caro y las camisas procedían de una casa de Nueva Inglaterra llamada Bean's. Todavía destacaba a pesar de la ropa. Era demasiado delicado y cortés, al lado de los otros que aparecían rudos, vocingleros y toscos a su lado. Se negaba a actuar como los demás chicos; no quería emplear su sucio lenguaje.

El viernes, para sorpresa de Tom, me salté el estudio. No paró de interrogarme mientras volvíamos a casa bajo el sol brillante de septiembre. Todavía hacía bastante calor para que Tom se bañase en el río, vestido..., aunque se quitaba los gastados zapatos de lona. Yo me tumbé en la herbosa orilla con Nuestra Jane acurrucada a mi lado y Keith observando una ardilla encaramada en una rama.

—Ojalá hubiese nacido con los cabellos rubios como el oro —le dije a Tom sin pensarlo, mientras éste chapoteaba de un lado a otro.

Después, al ver cómo se volvía Tom a mirarme, me mordí la lengua. Sacudió la cabeza para secarse el agua, como suelen hacer los perros. Por fortuna, Fanny se quedó muy atrás cuando volvíamos a casa, e incluso desde donde estábamos

podíamos oír su risa cantarina resonando en los montes y a través de los bosques.

—Dime una cosa, Heavenly —comenzó Tom, en un murmullo extraño y vacilante.

—¿Qué?

—¿Por qué quisieras tener rubios los cabellos, si los tuyos son tan..., tan bonitos?

—Supongo que es un antojo tonto.

—No; espera un momento, Heavenly. Si tenemos que seguir siendo amigos, además de hermanos, tienes que ser sincera. ¿Sabes o no sabes quién tenía los cabellos rubios como el oro?

—¿Lo sabes *tu*? —dije, tratando de eludir la respuesta.

—Claro que lo sé.

Salió del agua y nos encaminamos hacia casa.

—Siempre lo he sabido —dijo a media voz—, desde que fui por primera vez a la escuela. Unos chicos me hablaron en el salón de descanso de la primera esposa de papá, que era de Boston y tenía largos y dorados los cabellos, y me dijeron que todo el mundo pensaba que no duraría mucho tiempo en la montaña. Esperaba que *tú* no lo averiguaras nunca ya que dejarías de pensar que yo era maravilloso. Porque no lo soy. No tengo sangre de Boston en las venas, ni genes cultos y civilizados..., como tú. Todos mis genes son torpes y montañeses, aunque Miss Deale y tú opinéis lo contrario.

Me dolió que dijera esas cosas.

—¡No hables así, Thomas Luke Casteel! Ya oíste lo que dijo el otro día Miss Deale. Los padres más brillantes engendran idiotas a menudo... ¡Y los idiotas pueden engendrar genios! ¿Acaso no nos explicó que es ésta la manera que tiene la Naturaleza de compensar las cosas? ¿No dijo que, a veces, cuando los padres son demasiado listos, parecen gastar en beneficio propio todo su caudal intelectual y no dejan nada para sus hijos? ¿Recuerdas lo que comentó acerca de que nada es previsible en la Naturaleza? La única razón de que no tengas tantos sobresalientes como yo es que te gusta demasiado hacer «novillos». Debes creer lo que dijo Miss Deale de que todos somos únicos, creados para un fin que sólo nosotros podemos realizar. Recuérdalo siempre, Thomas Luke.

—Recuérdalo tú también —me respondió él, mirándome con dureza— y deja de llorar por la noche porque seas así. A mí me gustas tal como eres ahora.

Sus ojos verdes eran dulces y luminosos en la penumbra del pinar.

—Eres mi linda hermana gitana, diez veces más importante para mí que mi hermana de padre y madre, Fanny, que en realidad sólo se preocupa de ella misma y los demás le importamos un bledo. Ella no me quiere como tú, y yo no puedo quererla tanto como te quiero a ti. Tú eres mi única hermana capaz de pensar en una estrella de otro universo.

Entonces me pareció tan triste que me dolió profundamente.

—Tom, ¡voy a llorar si sigues hablando! Me aflige pensar que un día te marcharás

y no volveré a verte.

Él sacudió la cabeza, agitando sus cabellos rojos.

—Nunca iré a ningún sitio que tú no quieras, Heavenly. Tú y yo tenemos que estar toda la vida juntos. Ya sabes, como dicen los libros: contra viento y marea, bajo la lluvia y bajo la nieve..., a lo largo de la noche oscura.

—Eso lo dicen del cartero, tonto —le respondí, riendo. Pero tenía lágrimas en los ojos. Alargué la mano para asir la suya, y la estreché con fuerza—. Sólo debemos prometernos que, con la ayuda de Dios, nunca emprenderemos caminos diferentes, ni reñiremos, ni dejaremos de sentir el uno por el otro lo que sentimos ahora.

Él me sostuvo en sus brazos como si fuese de cristal y pudiese romperme en cualquier momento.

Se atragantó al decir:

—Algún día te casarás... Sé que dirás que no, pero Logan Stonewall te está ya mirando con ojos de cordero degollado.

—¿Cómo puede quererme si ni siquiera me conoce?

Hundió la cara en mis cabellos.

—Lo único que tiene que hacer es mirar tu cara, tus ojos; con esto basta. Todo lo que llevas dentro está escrito en tu cara, brilla en tus ojos.

Me aparté y me enjuagué las lágrimas.

—Papá no ve lo mismo que tú, ¿verdad?

—¿Por qué permites que te maltrate tanto?

—¡Oh, Tom...! —gemí, cayendo en sus brazos y llorando ahora a lágrima viva—. ¿Cómo voy a confiar en mí misma, si mi propio padre se niega a mirarme? Debe haber algo malo en mí que hace que me odie.

Me acarició los cabellos y me dio unas palmadas en la espalda. Cuando lo miré, tenía lágrimas en los ojos también, como si compartiese mi dolor.

—Algún día descubrirá papá que no te odia, Heavenly. Sé que ese día no está lejos.

—¡No, no llegará nunca! Lo sabes tan bien como yo. Papá cree que yo maté a su ángel al nacer, ¡y ni en mil años me perdonaría! Y si quieres saber lo que pienso, ¡creo que mi madre tuvo una suerte extraordinaria al escapar de él! Pues más pronto o más tarde, ¡habría sido tan ruin con ella como lo es ahora con Sarah!

Ambos estábamos impresionados por mi franqueza. Él me empujó hacia atrás y trató de sonreír, pero su rostro sólo expresaba tristeza.

—Papá no quiere a mamá, Heavenly. Es desgraciado con ella. Por lo que he oído decir, él amaba a tu madre. Si se casó con la mía fue sólo porque ella estaba embarazada de mí y, por una vez, trató de hacer lo que debía.

—¡Porque la abuelita le obligó a hacerlo! —grité con terrible amargura.

—Nadie puede obligar a papá a hacer lo que no quiere, recuérdalo.

—Lo recuerdo —dije, pensando en cómo se negaba papá a mirarme a la cara.

Volvía a ser lunes y estábamos todos en el colegio. Miss Deale explicaba lo mucho que se gozaba leyendo las obras y los sonetos de Shakespeare, pero yo sólo pensaba en ir a la sala de estudio.

—Heaven —dijo Miss Deale, mirándome fijamente con sus azules ojos infantiles—, ¿estás escuchando, o soñando despierta?

—¡Escuchando!

—¿Cuál es el poema que acabo de comentar?

En modo alguno podía recordar una palabra de lo que ella había dicho durante la última media hora, cosa que no solía ocurrirme. ¡Oh, tenía que dejar de pensar en aquel maldito Logan! Sin embargo, cuando me hallé en la sala de estudio, con Logan sentado a mi derecha, volví a sentir aquella extraña sensación de siempre que nuestros ojos se encontraban. Sus cabellos no eran ni negros ni castaños, sino una mezcla en que el castaño dominaba más y tenía unos toques dorados en los puntos más afectados por el sol del verano. En realidad, tenía que obligarme a no mirar en su dirección, pues cada vez que lo hacía él me estaba mirando fijamente.

Logan sonrió antes de murmurar:

—¿Quién diablos tuvo ingenio suficiente para ponerte el nombre de Heaven? Nunca conocí a nadie que lo llevase.

Tuve que tragar saliva dos veces para poder expresarme con claridad.

—La primera esposa de mi padre me lo puso minutos después de nacer yo, y le añadió Leigh, porque era *su* nombre de pila. La abuelita dijo que quería darme algo que *me elevase*, y Heaven es el nombre más elevado que puede haber.

—Es el nombre más bello que oí jamás. ¿Dónde está tu madre ahora?

—En el cementerio —contesté con brusquedad, olvidándome de ser simpática y coqueta, cosa que Fanny no olvidaba nunca—. Murió a los pocos minutos de nacer yo, y mi padre no puede perdonarme que le quitase la vida.

—¡En esta sala está absolutamente prohibido hablar! —gritó Mr. Prakins—. ¡El primero que hable recibirá quince horas de castigo al terminar las clases!

Los ojos de Logan expresaron compasión y simpatía. Y, en cuanto Mr. Prakins salió de la estancia, murmuró de nuevo:

—Lamento lo que ocurrió, pero te has expresado mal. Tu madre no está muerta en un cementerio: ha pasado al gran más allá, a un lugar mejor, al cielo.

—Si hay un cielo y un infierno, he estado pensando que deben de estar aquí, en la tierra.

—Bueno, pero, ¿cuántos años tienes de verdad? ¿Ciento veinte?

—¡Ya sabes que tengo trece! —le respondí, irritada—. Pero hoy me siento como si tuviese doscientos cincuenta.

—¿Por qué?

—Porque es mejor que sentirse una niña de trece, ¡ésta es la razón!

Logan carraspeó, miró a Mr. Prakins, que nos observaba a través de una pared de cristales, y se arriesgó a murmurar de nuevo:

—¿Te parecería bien que te acompañase hoy a casa? Nunca había hablado con una persona de doscientos cincuenta años, y has despertado mi curiosidad. Estoy seguro de que me gustará lo que tengas que decirme.

Asentí con la cabeza, sintiéndome un poco mareada, pero también nerviosa. Me había metido en un lío y tal vez le defraudaría con mis respuestas ordinarias. ¿Qué entendía yo de sabiduría, de experiencia y de todo lo demás?

Sin embargo, él estaba junto al borde del patio del colegio, donde los muchachos que acompañaban a las chicas montañesas a sus casas esperaban a sus preferidas. Y allí estaba también Fanny.

Ésta giró en redondo, haciendo que los cabellos cayesen sobre su cara y echándolos de nuevo atrás, de manera que describiesen un círculo; sonrió ampliamente al ver a Logan, como si pensase que la esperaba a ella. A poca distancia de Fanny estaban Tom y Keith. Tom pareció sorprendido al ver que Logan esperaba cerca de nuestro camino. No era más que un pequeño sendero en el monte bajo que conducía a los bosques y, en definitiva, a nuestra cabaña cerca del cielo. En cuanto Fanny vio que Logan y yo nos encaminábamos a nuestro sendero, lanzó un grito tan fuerte y embarazoso que yo hubiese querido que me tragase la tierra.

—Heaven, ¿qué estás haciendo con el chico nuevo? ¡Todos sabemos que no te gustan los chicos! ¿No has dicho un millón de veces que sólo podrías ser una vieja y seca maestra de escuela?

Traté de hacer caso omiso de Fanny, aunque mi cara se puso roja como un tomate. ¿Sabía ella lo que era la lealtad fraterna? Yo la conocía demasiado bien para esperar de ella un poco de tacto. Procuré sonreír a Logan. Siempre era mejor prescindir de Fanny, si era posible.

Logan y Tom la miraron con desaprobación.

—Por favor, Fanny, no digas una palabra más —le dije, incomodada—. Vete a casa y, por una vez, empieza a preparar la colada.

—Yo nunca tengo que volver a casa en compañía de un hermano —dijo Fanny a Logan en tono zumbón, antes de dedicarle su más brillante sonrisa—. A los chicos no les gusta Heaven; les gusto yo. Y a ti también te gusto. ¿Quieres darme la mano?

Logan me miró, miró a Tom y, después, le dijo a Fanny con toda seriedad:

—Gracias, pero ahora quiero acompañar a Heaven a casa y oír lo que tiene que decirme.

—¡Deberías oírme cantar!

—Otro día, Fanny, escucharé tus canciones.

—Nuestra Jane canta... —dijo débilmente Keith.

—¡Claro que sí! —exclamó Tom, asiendo a Fanny de un brazo y tirando de ella—. Vamos, Keith. Nuestra Jane te está esperando en casa.

Era todo lo que Keith necesitaba oír para echar a correr detrás de Tom, pues Nuestra Jane había faltado a la escuela debido a otro dolor de barriga acompañado de fiebre.

Fanny se desprendió de la mano de Tom y volvió atrás, gritando furiosa y sacándome la lengua.

—¡Eres egoísta, Heaven Leigh Casteel! ¡Y también ruin, flaca y fea! ¡Aborrezco tus cabellos! ¡Aborrezco tu ridículo nombre! ¡*Todo lo tuyo me da asco, de verdad!* ¡Espera a que le diga a papá lo que haces! No le gustará que aceptes caridad de un chico forastero que se compadece de ti..., que comas sus hamburguesas y otras cosas, ¡y que enseñes a Nuestra Jane y a Keith a pedir limosna!

Ahora estaba Fanny de su peor talante; celosa, rencorosa y capaz de cumplir su amenaza..., ¡y papá me castigaría!

—¡Fanny! —gritó Tom, corriendo detrás de ella y agarrándola—. Te daré mi nueva caja de acuarelas si mantienes cerrada la boca y no dices que Logan nos ha invitado a todos a almorzar...

Fanny sonrió de inmediato.

—¡Está bien! ¡También quiero aquel cuaderno para colorear que te dio Miss Deale! ¡No sé por qué no me da nunca nada a mí!

—¿No sabes por qué? —se burló Tom, pero le prometió todo lo que ella le había pedido, aunque yo sabía lo mucho que apreciaba su caja de acuarelas y el cuaderno para colorear. Era la primera vez que tenía una caja nueva de acuarelas y un cuaderno sobre Robin Hood. Ese año, Robin Hood era su héroe preferido—. Cuando aprendas a portarte bien en el guardarropa, tal vez Miss Deale se muestre generosa contigo.

De nuevo hubiera querido que me tragase la tierra.

Fanny se dejó caer llorando en el sendero que subía gradualmente en espiral entre los altos árboles que parecían tocar el cielo. Golpeó la hierba con sus pequeños pero duros puños y gritó, porque había allí una piedra escondida que le hizo manar sangre de la mano. Chupándose la sangre, se sentó en el suelo y miró a Tom con ojos suplicantes.

—No se lo digas a papá, por favor, por favor.

Tom se lo prometió.

Yo se lo prometí. Pero todavía hubiese querido desaparecer y no ver cómo captaba Logan todo aquello con los ojos muy abiertos, como si nunca en su vida hubiese presenciado una escena tan estúpida y grosera. Traté de que mi mirada no se encontrase con la suya, hasta que sonrió y vi comprensión en ella.

—Ciertamente, tienes una familia que es capaz de hacerte envejecer *por dentro...*, aunque por fuera pareces más joven que la primavera.

—¡Has robado estas palabras de una canción! —chilló Fanny—. ¡No se debe cortejar a una chica con canciones!

—¡Oh, cállate de una vez! —le ordenó Tom, agarrándola nuevamente de un brazo y echando a correr, de manera que ella tuvo que correr también para que no le dislocase el brazo.

Esto me dio la oportunidad de quedarme a solas con Logan.

Keith se había rezagado de nuevo en nuestra pequeña comitiva; pero es que se

había detenido a contemplar un petirrojo, hipnotizado y al parecer dispuesto a no moverse en diez minutos si el pájaro no levantaba el vuelo.

—Tu hermana es realmente muy especial —dijo Logan, cuando nos hallamos prácticamente solos en el camino.

Keith estaba muy lejos detrás de nosotros y no decía nada. Yo me guardaba mis pensamientos. Los chicos del valle pensaban que todas las muchachas montañosas eran fáciles para quienes quisieran tener experiencias sexuales. A pesar de lo joven que era, Fanny había captado el espíritu de la montaña y su fácil sexualidad se había manifestado mucho antes que en las tierras bajas. Tal vez esto se debía a las muchas cópulas de que éramos testigos en nuestros corrales y en nuestras chozas de una o dos habitaciones. En nuestras montañas no hacía falta la educación sexual; el sexo le daba a una en la cara en cuanto distinguía un hombre de una mujer.

Logan carraspeó para recordarme que estaba allí.

—Estoy dispuesto a escuchar todos tus años de sabiduría acumulada. Me gustaría tomar notas, pero me resulta difícil escribir mientras camino. La próxima vez podría traer un magnetófono.

—Te estás burlando de mí —me lamenté antes de justificarme—. Resulta que vivimos con nuestros abuelos. El abuelo nunca dice nada que no sea absolutamente necesario, y raras veces encuentra las palabras adecuadas. Mi abuelita charla sin parar, hablando de lo buenos que eran los viejos tiempos y de lo mal que están ahora las cosas. Mi madrastra se queja y bufa de cólera porque tiene que hacer más de lo que puede..., y a veces, cuando vuelvo a la cabaña y me encuentro con tantos problemas, no me siento como si tuviese doscientos cincuenta años, sino como si tuviese mil, pero sin la sabiduría inherente a una vida tan larga...

—¡Eh! —me atajó él sonriendo—. Eres una chica que sabe hablar con sinceridad. Eso me gusta. Lo comprendo. Yo soy hijo único y me he criado con tíos, tías y abuelos; por consiguiente, te comprendo. Pero tienes la ventaja sobre mí de tener dos hermanos y dos hermanas.

—¿Es una ventaja o una desventaja?

—Según como lo tomes. Desde mi punto de vista, Heaven Leigh, es una ventaja tener una familia numerosa, porque nunca te encuentras solo. Yo me siento solo muchas veces y desearía tener hermanos y hermanas. Creo que Tom es estupendo, divertido y muy buen muchacho; y Keith y Nuestra Jane son unos chiquillos muy hermosos.

—¿Y qué piensas de Fanny?

Se ruborizó y pareció sentirse incómodo antes de responder, lenta y precavidamente:

—Creo que se convertirá en una belleza exótica.

—¿Es eso todo lo que piensas?

Él tenía que saber más cosas acerca de Fanny, de su promiscuidad con los chicos en el guardarropa.

—No, no es todo lo que pienso. Pienso en todas las chicas que he conocido y en todas las que espero conocer, y en que la llamada Heaven Leigh tiene cualidades para ser la más bella de todas. Creo que Heaven es excepcionalmente sincera y franca... Por consiguiente, si no te importa, y espero que no te importe, me gustaría acompañarte a casa todos los días de ahora en adelante.

¡Qué feliz me sentí! Me eché a reír antes de alejarme corriendo y volverme para gritar:

—Hasta mañana, Logan. Gracias por acompañarme.

—¡Pero todavía no hemos llegado! —gritó él, sorprendido por mi brusca huida.

Yo no quería que viese dónde vivíamos ni cómo vivíamos. Pensaba que, si conocía realmente nuestras circunstancias, no volvería a dirigirme la palabra.

—Otro día te invitaré a mi casa —le grité desde el borde de un claro moteado de luz de sol.

Él estaba en mitad del pequeño puente que había sobre nuestro estrecho riachuelo. Detrás, había un campo de hierbas amarillas y el sol se reflejaba en los cabellos y los ojos de Logan. Aunque viviese mil años, no olvidaría nunca su manera de sonreír y de agitar la mano al gritarme:

—Está bien. He presentado mi demanda. De hoy en adelante, Heaven Leigh Casteel, serás mía.

Durante el resto del camino hasta mi casa canté para mis adentros, más feliz de lo que nunca había sido, olvidando todas las promesas que me había hecho de no enamorarme antes de que tuviese treinta años.

—Hoy pareces muy contenta —comentó Sarah, mirándome desde la tabla de lavar con ojos cansados—. ¿Ha sido un buen día?

—Oh, sí, mamá, un día espléndido.

Fanny asomó la cabeza a la puerta de la cabaña.

—Mamá, Heaven ha hecho amistad con un chico del valle. Y ya sabes cómo son.

Sarah suspiró de nuevo.

—Heaven, no vas a permitirle que..., ¿verdad?

—¡Mamá! —protesté—, ¡sabes que nunca lo haría!

—¡Vaya si lo haría! —chilló Fanny desde el umbral—. Se porta de un modo vergonzoso con los chicos en el guardarropa, ¡de un modo realmente vergonzoso!

—¡Embustera! —le grité, disponiéndome a lanzarme contra ella.

Pero Tom empujó a Fanny hacia el porche, y ella se cayó y empezó a aullar inmediatamente.

—No es Heavenly quien hace eso, mamá —dijo Tom—. Fanny es la chica más indecente de todo el colegio, que no es poco decir.

—Sí —murmuró Sarah, tendiéndome la colada—, no es poco decir. Creo que sé quién es la peor, sin necesidad de que tú me lo digas. Es mi Fanny india, con sus maneras diabólicas, sus ojos seductores, que, más pronto o más tarde, la meterán en el mismo lío en que yo me encuentro. Mantente firme, Heaven, y di no, ¡NO!, ¡NO!

Ahora quítate este vestido y ponte a trabajar en el lavadero. Estos días no me encuentro muy bien. No comprendo por qué tengo que estar siempre tan cansada.

—Tal vez deberías ver a un médico, mamá.

—Lo haré cuando visiten gratis.

Acabé de lavar la ropa y, con la ayuda de Tom, la tendí para que se secase. Cuando hubimos terminado, aquello parecía el patio de un vendedor de ropa vieja.

—¿Te gusta Logan Stonewall? —me preguntó Tom.

—Sí, creo que sí... —le respondí, ruborizándome.

El pareció triste, como si Logan pudiese levantar un muro entre nosotros, cosa que nadie ni nada podría hacer jamás.

—Tom, tal vez Miss Deale te dará otra caja de acuarelas...

—No importa. Nunca seré un artista. Lo más probable es que acabe siendo un don nadie, si tú no estás aquí para ayudarme a confiar en mí mismo.

—Pero siempre estaremos juntos, Tom. ¿No juramos que no nos separaríamos bajo ninguna circunstancia?

Sus ojos verdes parecieron alegrarse, pero se nublaron de nuevo.

—Pero esto fue antes de que Logan Stonewall te acompañase a casa.

—Tú también acompañas a Sally Browne a su casa algunas veces, ¿no?

—De vez en cuando —confesó él, ruborizándose como si no supiese que yo lo sabía—, pero sólo porque se parece un poco a ti; no es tonta ni ríe sin ton ni son.

No supe qué decirle. A veces deseaba ser como las otras chicas, que se reían por tonterías y sin motivo, y no estaban siempre cargadas de unas responsabilidades que hacían que me sintiese mayor de lo que correspondía a mi edad.

Aquella misma noche, más tarde, di a Fanny un buen rapapolvo por su comportamiento y las consecuencias que podían derivarse de él. No tuvo que darme más explicaciones. Ya me había confesado, en las raras ocasiones en que éramos como hermanas que se necesitan mutuamente, que odiaba la escuela y el tiempo que ésta le robaba para divertirse con las otras chicas de su edad. Incluso a sus doce años, quería salir con chicos mucho mayores que no se habrían fijado en ella a no ser por su insistencia. Le gustaba que los chicos la desnudasen, que deslizasen las manos dentro de sus bragas e iniciasen aquellas sensaciones excitantes que sólo ellos podían producirle. Me había afligido oírle decir esto, y, todavía más, *presenciar* cómo actuaba con los chicos en el guardarropa.

—No lo haré más, no les dejaré —me prometió Fanny, que tenía sueño y estaba dispuesta a aceptar cualquier sugerencia, aunque viniese de mí.

Pero al día siguiente, a pesar de su promesa, todo volvió a ocurrir cuando fui a buscarla a su clase para recogerla y llevarla a casa. Entré a viva fuerza en el guardarropa y arranqué a Fanny e las manos de un chico del valle con la cara llena de espinillas.

—¡Tu hermana no es tan orgullosa y remilgada como tú! —Silbó el muchacho.

Y oí que Fanny reía entre dientes.

—¡Déjame en paz! —chilló cuando me la llevé de allí—. Papá te trata como si fueses invisible; por consiguiente, no tienes idea de lo bueno que es que te gusten los chicos y los hombres, y si no dejas de darme la lata con lo que debo o no debo hacer, dejaré que ellos hagan *todo* lo que quieran, y me importará un bledo que se lo digas a papá. ¡Él me quiere y *a ti* te odia!

Eso me dolió mucho y, si Fanny no hubiese venido a abrazarme con sus delgados brazos, llorando y suplicando que la perdonase, habría vuelto la espalda para siempre a una hermana tan odiosa e insensible.

—Lo siento, Heaven, lo siento de veras. Te quiero, te quiero. Pero me gusta lo que *ellos* hacen. No puedo evitarlo Heaven. No quiero evitarlo. Es una cosa natural, Heaven, ¿no es verdad?

—Tu hermana Fanny va a ser una ramera —dijo más tarde Sarah, con voz triste y apagada, mientras sacaba los jergones para que los tendiésemos en el suelo—. No puedes hacer nada por ella, Heaven. Límitate a cuidar de ti.

Papá venía a casa sólo tres o cuatro veces a la semana, como si calculase lo que iba a durar nuestra comida, y traía todo lo que podía comprar de una vez. La semana anterior había oído yo cómo la abuelita le decía a Sarah que el abuelo había sacado a papá del colegio cuando sólo tenía once años, con el fin de ponerle a trabajar en las minas de carbón, y que papá se había enfadado tanto que había huido de casa y no había vuelto hasta que el abuelo lo encontró oculto en una cueva.

—Y Toby juró a Luke que no tendría que volver a bajar nunca a las minas, pero que seguramente ganaría más dinero si lo hiciese de vez en cuando...

—No quiero que baje allí —dijo Sarah con tristeza—. No es justo obligar a un hombre a hacer algo que aborrece. Si los federales le pillasen, más pronto o más tarde, traficando con bebidas alcohólicas, se dejaría matar antes de que lo encerrasen. Y yo preferiría verle muerto a que lo metiesen en la cárcel como a sus hermanos...

Esto hizo que yo considerase a los mineros del carbón de un modo diferente a cómo lo había hecho hasta entonces.

Muchos de ellos vivían más allá de Winnerrow, desparramados en las colinas, pero no realmente en la montaña como nosotros. Con frecuencia, por la noche, y cuando no soplaban el viento, yacía despierta y me parecía oír los picos de los mineros muertos que habían sido atrapados bajo tierra y que trataban de salir de la montaña sobre la que se alzaba nuestra choza.

—¿No los oyes, Tom? —pregunté una noche en que Sarah se había ido llorando a la cama porque papá no había estado en casa en cinco días—. Pam, pam, pam... ¿No les oyes?

Tom se incorporó y miró a su alrededor.

—No oigo nada.

Pero yo sí. Un golpeteo débil y lejano. Y gritos de socorro todavía más débiles.

Me levanté y salí al porche, entonces el sonido se hizo más fuerte. Me estremecí y llamé a Tom. Fuimos juntos al lugar de donde procedía el ruido y allí estaba papá a la luz de la luna, sudoroso y sin camisa, manejando un hacha para talar otro árbol y que pudiésemos tener leña cuando llegase el invierno.

Por primera vez en mi vida, le miré con una especie de compasión asombrada. Los gritos de auxilio resonaban en mi cerebro. ¿Había sido él quien los había proferido? ¿Qué clase de hombre era, capaz de cortar leña por la noche sin haber pasado siquiera por la cabaña para saludar a su esposa y a sus hijos?

—Papá —gritó Tom—, ¿puedo ayudarte?

Papá no interrumpió sus hachazos, que hacían volar astillas por el aire, y se limitó a gritar:

—Vuelve a casa y descansa, muchacho. Dile a tu madre que tengo un nuevo empleo y que me ocupa todo el día; que el único tiempo libre que me queda es por la noche, y que por eso estoy aquí, talando árboles para que vosotros podáis hacer leña más tarde.

No dijo una palabra que indicase que me había visto al lado de Tom.

—¿Qué clase de trabajo has conseguido ahora, papá?

—En el ferrocarril, muchacho. Aprendiendo a conducir una de esas grandes locomotoras. Transportando carbón... Baja mañana a la vía, a eso de las siete, y me verás pasar...

—Seguro que mamá querría verte, papá.

Entonces me pareció que él hacía una pausa, que el hacha vacilaba antes de golpear el pino de nuevo.

—Ya me verá..., cuando me vea.

Y eso fue todo lo que dijo antes de que yo diese media vuelta y volviese corriendo a la cabaña.

Lloré sobre mi tosca almohada rellena de plumas de pollo. No sabía por qué lloraba, salvo que, de pronto, compadecí a papá... Y a Sarah todavía más.

4

Sarah

El canto de nuestro solitario gallo, con su harén de treinta gallinas, nos despertó a todos. El sol no era más que un halo rosado en el cielo oriental. El canto fue seguido de los murmullos de mamá al despertarse, del rumor de la abuelita y el abuelo dándose la vuelta y del primer llanto de Nuestra Jane porque siempre le dolía la barriga por la mañana. Fanny se sentó y se frotó los ojos.

Llegó y pasó otra Navidad sin que recibiésemos ningún obsequio que la hiciese memorable. Sólo nos dieron algunos objetos de uso corriente, como cepillos de dientes y jabón. Si Logan no me hubiese regalado un brazalete de oro con un pequeño zafiro incrustado, nunca habría recordado aquella Navidad. Yo no tenía nada que obsequiarle, salvo un gorro de punto que yo misma había tejido.

—Es magnífico —dijo él, poniéndoselo—. Siempre había querido tener un gorro rojo hecho a mano. Muchísimas gracias, Heaven Leigh. Sería estupendo que me hicieses una bufanda roja para mi cumpleaños, que será en marzo.

Me sorprendió que se pusiese aquel gorro. Era demasiado grande, y no pareció advertir que me había saltado un par de puntos y que la lana había sido tan manoseada que estaba bastante sucia. En cuanto pasó Navidad, empecé a trabajar en la bufanda. La terminé para el día de San Valentín.

—En marzo sería demasiado tarde para llevar bufanda —le dije sonriendo cuando él se envolvió el cuello con ella..., y continuaba llevando el gorro rojo al colegio todos los días.

Su afición a aquel horrible gorro me satisfacía en él más que cualquier otra cosa.

Cumplí los catorce años a finales de febrero. Logan me obsequió con otro regalo: un lindo suéter blanco que hizo que los ojos negros de Fanny echasen chispas de envidia. El día después de mi cumpleaños, al salir del colegio, Logan se reunió conmigo donde terminaba el sendero de montaña; me acompañó hasta el claro que había antes de la cabaña e hizo lo mismo todos los días que siguieron hasta que llegó la primavera. Keith y Nuestra Jane aprendieron a quererle y a confiar en él, y Fanny desplegó todas sus artes de seducción, pero Logan siguió haciendo caso omiso de ella. Enamorarme a los catorce años era tan estupendo que tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. ¡Era tan feliz!

Los gloriosos días de primavera pasaban con demasiada rapidez ahora que el amor flotaba en el aire, y yo necesitaba tiempo para disfrutarlo; pero la abuelita y Sarah me exigían de manera implacable que les dedicase todos mis ratos libres. Tenía que plantar las hortalizas, además de las otras tareas que estaban a mi cargo, pero no al de Fanny. Sin el huerto grande que había detrás de nuestra cabaña, no habríamos estado tan bien alimentados. Teníamos coles, patatas, zanahorias, coles rizadas para el

otoño, nabos y, sobretodo, tomates.

Esperaba los domingos para ver a Logan en la iglesia de nuevo. Cuando estábamos allí, sentado él al otro lado del pasillo, buscando y reteniendo mi mirada y enviándome tantos mensajes en silencio, por fuerza tenía que olvidar la pobreza de nuestras vidas. Logan compartía con nosotros muchas de las cosas que había en la droguería de su padre; cositas que él consideraba vulgares nos llenaban de satisfacción, como champú, perfumes o una maquinilla de afeitar y hojas para Tom, que empezaba a tener algo más que pelusilla sobre el labio superior.

Un domingo por la tarde convinimos en ir a pescar al salir del colegio, aunque Logan no dijo a sus padres quién era su compañera. Yo estaba convencida, por la cara de palo que ponían cuando nos cruzábamos ocasionalmente por las calles de Winnerrow, de que sus padres no querían que yo, ni ningún Casteel, se cruzase en la vida de Logan. Pero lo que a ellos les gustara parecía importarle a él menos que a mí. Yo quería que me apreciaran, pero ellos siempre conseguían evitar, de alguna manera, la presentación que Logan deseaba hacer.

Aquel día yo estaba pensando en Logan y cepillándome los cabellos con disimulo, mientras Fanny estaba en el patio atormentando a *Snapper*, el perro favorito de papá. Sarah se sentó pesadamente detrás de mí y se apartó unos largos mechones rojos de la cara antes de suspirar.

—Estoy realmente fatigada. Terriblemente cansada. Tu papá nunca está en casa. Y cuando viene, ni siquiera entra para ver cómo me encuentro.

Esto me sobresaltó, hizo que deseara ver lo que le había pasado inadvertido a papá. Me volví en redondo y la miré; entonces me di cuenta de que raras veces me fijaba en Sarah de veras, o me habría dado cuenta antes de que estaba... embarazada.

—¡Mamá! —grité—. ¿No se lo has dicho a papá?

—Si él me hubiese mirado, lo sabría, ¿no crees? —Unas lágrimas iridiscentes brillaron en sus ojos—. Lo que menos necesitamos en esta casa es otra boca a la que alimentar. Y sin embargo, la tendremos cuando llegue el otoño.

—¿Qué mes, mamá, qué día? —grité.

Me sentía trastornada ante la idea de otro bebé al que cuidar, precisamente cuando Nuestra Jane iba a la escuela ya y no era tan engorrosa como antes, y sabe Dios que había sido bastante difícil con sólo un año de diferencia entre ella y Keith.

—No cuento los días para decírselo a los médicos. No veo a ningún médico —murmuró Sarah, como si su fuerte voz se fuese debilitando por la criatura que estaba gestando.

—¡Mamá! Tienes que decirme cuándo será, ¡para que pueda estar aquí si me necesitas!

—Sólo espero y le pido a Dios que éste tenga los cabellos negros —dijo Sarah, como hablando consigo misma—. El niño de ojos negros que tu papá ha deseado siempre, un niño como él. Oh, Dios mío, escúchame esta vez y dadnos un hijo que se le parezca; entonces me amaré, como la amó a ella.

Me dolía pensar en eso. ¿Qué bien le hacía a mi padre alimentar durante tanto tiempo su dolor..., si es que era así, y cuándo había engendrado esta nueva criatura? La mayoría de las veces, yo sabía lo que ellos estaban haciendo, y hacía mucho tiempo que los muelles de la cama no crujían de aquella delatora y rítmica manera.

Di gravemente la noticia a Tom mientras nos encaminábamos al lago donde nos encontraríamos con Logan para pescar. Tom trató de sonreír, de mostrarse contento, y al fin pudo esbozar un débil guiño.

—Bueno, ya que nada se le puede hacer, tendremos que conformarnos, ¿no? Tal vez será un chico como desea papá, y esto le haga más feliz. Sería algo bueno si fuese así.

—No quise lastimarte repitiendo esto, Tom.

—No me has lastimado. Sé que siempre que me mira desearía que me pareciese más a él y menos a mamá. Pero, si a ti te gusta como soy, me doy por satisfecho.

—¡Oh, Tom! ¡Todas las chicas piensan que eres endiabladamente guapo!

—¿No es curioso que las chicas antepongan siempre la palabra *diabólicamente* para quitarle importancia a lo de *guapo*?

Me volví para abrazarle.

—Son esos seductores ojos verdes, Tom.

Incliné la cabeza para apoyar la frente sobre su pecho, debajo del mentón.

—Mamá me da pena —le comenté—; tan cansada y pesada y de tan torpe aspecto, y yo no me había dado cuenta hasta hoy. Estoy avergonzada. Habría podido ayudarla muchísimo más.

—Ya has hecho bastante —murmuró Tom, apartándose cuando vio a Logan—. Ahora sonríe y muéstrate feliz; a los chicos no nos gustan las muchachas con demasiados problemas.

De pronto, Fanny apareció, saliendo de la sombra de los árboles. Corrió directamente hacia Logan y se le echó encima, como si fuese una niña de seis años y no una de trece que se estaba desarrollando con bastante rapidez. Logan no tuvo más remedio que cogerla en sus brazos para no caer de espaldas.

—¡Caramba, cada día estás más guapo! —canturreó Fanny, tratando de besarle.

Logan la dejó en el suelo, la empujó rudamente y vino hacia mí. Pero Fanny no nos dejó en paz en todo el día, asustando a los peces con sus voces y estropeando una tarde de domingo que pudo ser muy divertida; hasta que al fin, a la hora del crepúsculo, se marchó con rumbo desconocido, dejándonos a Tom, a Logan y a mí con tres pececillos que no valía la pena que llevásemos a casa. Logan los arrojó de nuevo al agua, y vimos cómo se alejaban nadando.

—Te veré en la cabaña —dijo Tom, y se marchó, dejándome a solas con Logan.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Logan, al sentarme yo y contemplar cómo reflejaba el sol poniente toda clase de colores rosados en el lago.

Sabía que pronto aquel agua se volvería carmesí, como la sangre que vertería Sarah cuando su nuevo hijo viniese al mundo. Recuerdos de otros partos centellearon

en los oscuros recovecos de mi mente.

—No me escuchas, Heaven —insistió.

No sabía si debía o no decirle a Logan algo que era tan personal; sin embargo, se lo dije voluntariamente, como si no pudiese tener ningún secreto para él.

—Tengo miedo, Logan, no sólo por Sarah y su bebé, sino también por todos nosotros. A veces, cuando miro a Sarah y veo lo desesperada que está, no sé cuánto tiempo podrá seguir aguantando esta clase de vida, y si se marcha..., pues siempre está hablando de separarse de papá..., dejará un nuevo pequeñín a mi cuidado. La abuelita ya no puede hacer nada, salvo labor de punto o ganchillo y coser esteras.

—Y tengo entendido que ya tienes demasiado que hacer. Pero, Heaven, ¿no sabes que todo tiene solución? ¿No has oído lo que ha dicho hoy el reverendo Wise en su sermón sobre la cruz que todos tenemos que llevar? ¿No ha dicho que Dios no da a nadie una cruz demasiado pesada?

Eso había dicho, sí, pero Sarah sentía en ese momento que su cruz pesaba una tonelada, y yo no podía censurarla por ello.

Caminamos lentamente en dirección a la cabaña, reacios a separarnos.

—¿Tampoco vas hoy a invitarme a entrar en tu casa? —preguntó Logan, con cierta sequedad.

—La próxima vez..., quizás.

Él se detuvo.

—Me gustaría llevarte a mi casa, Heaven. He dicho a mis padres lo maravillosa y lo bonita que eres, pero tienen que verte y conocerte para saber que es verdad lo que les he dicho.

Me eché hacia atrás, triste por él y por mí, preguntándome por qué no dejaba que la pobreza y la vergüenza de los Casteel lo apartasen de mi lado. Entonces él avanzó rápidamente, me abrazó y me dio un beso en la boca. Me sobresaltó el contacto de sus labios, y su aspecto bajo la extraña luz del anochecer.

—Buenas noches... Y no te preocupes, pues me encontrarás cuando me necesites.

Dicho lo cual, se alejó por el camino en dirección a las limpias y hermosas calles de Winnerrow, donde subiría la escalera del apartamento de encima de la Droguería Stonewall. En una vivienda lujosa, alegre y moderna, con agua corriente y dos cuartos de baño, miraría la televisión esa noche con sus padres. Giré hacia el lugar por el que había desaparecido, preguntándome lo que sería vivir en habitaciones limpias, con televisión en color. ¡Oh!, mil veces mejor que aquí; lo sabía, lo sabía.

Si no hubiese estado pensando con tanto romanticismo en Logan y recordando su beso, no habría entrado desapercibida en la cabaña, ni me habría sorprendido cuando todo pareció estallar a mi alrededor.

Papá estaba en casa.

Paseaba de un lado a otro de la pequeña habitación, lanzando a Sarah unas miradas tan duras que parecían clavarse en ella como cuchillos.

—¿Por qué has tenido que quedar de nuevo embarazada? —vociferó, golpeando

con el puño la palma de la otra mano; después dio media vuelta para descargar un puñetazo contra la pared más próxima, haciendo que varios vasos cayesen de un estante y se estrellasen en el suelo; y teníamos los vasos justos; no sobraba ni uno.

La cólera de papá era terrible; resultaba espantoso cómo iba de un lado a otro con una energía demasiado grande para estar encerrada en un espacio tan pequeño.

—Yo trabajo noche y día para mantener a tus hijos... —gritó.

—Tú no tuviste parte en esto, ¿verdad? —chilló Sarah, y sus largos cabellos rojos se soltaron de la cinta que normalmente los sujetaba.

—¡Pero te di aquellas píldoras para que las tomases! —chilló papá—. Pagué por ellas buen dinero, esperando que tendrías el sentido suficiente para leer las instrucciones.

—¡Las tomé! ¿No te dije que las tomé? Las tomé todas, esperando que vinieses a casa, pero tú no venías y, cuando lo hiciste, no tenía ninguna.

—¿Quieres decir que las tomaste todas de una vez?

Ella se puso en pie de un salto, empezó a hablar y volvió a derrumbarse sobre la silla de la que acababa de levantarse, una de las seis sillas de respaldo recto que nada tenían de confortables.

—Me olvidaba..., siempre me olvidaba; por eso me las tragué todas, para no olvidarme...

—¡Dios mío! —gimió papá. Sus ojos negros la miraron con enojo y desdén—. ¡Estúpida! ¡Yo te había leído las instrucciones!

Dicho lo cual, salió dando un portazo. Yo estaba sentada en el suelo cerca de Tom, que tenía a Keith y a Nuestra Jane sobre sus rodillas. Nuestra Jane ocultaba la carita contra Tom, llorando como hacía siempre que sus padres se peleaban. Fanny estaba en su jergón, encogida, con los ojos cerrados fuertemente y tapándose los oídos con las manos. La abuelita y el abuelo permanecían en sus mecedoras, con una mirada inexpresiva, como si ya estuviesen acostumbrados a oír estas cosas y supiesen que volverían a oírlas muchas veces en el futuro.

—Luke volverá y cuidará de ti —consoló débilmente la abuelita a Sarah, que seguía llorando—. Es un buen chico. Te perdonará cuando vea a su nuevo hijo.

Sarah se levantó gimiendo y empezó a preparar nuestra última comida del día. Yo me apresuré a ayudarla.

—Siéntate, mamá, o vete a la cama a descansar. Yo puedo preparar esta comida.

—Gracias, Heaven..., pero tengo que hacer algo para no pensar. ¡Yo lo quería tanto! ¡Oh, sabe Dios cuánto quería a Luke Casteel, sin saber ni sospechar que es incapaz de amar a nadie que no sea él mismo...!

Aquella noche, poco después de cenar, Fanny murmuró a mi oído:

—¡Odiaré a esa nueva criatura! No la necesitamos. Mamá es demasiado vieja para tener hijos... Soy yo quien necesita tener uno.

—¡Tú no necesitas ningún hijo! —la repliqué vivamente—. Te estás lavando tú misma el cerebro, Fanny, al pensar que tener un hijo significa crecer y liberarte. Un

hijo te atará más que tu juventud; por consiguiente, ten cuidado al jugar con tus amigos.

—¡Tú no sabes nada! ¡Esto no ocurre la primera vez! Eres diez veces más chiquilla que yo, o sabrías lo que realmente quiero decir.

—¿Qué quieres decir realmente?

Ella se echó a llorar, apretándose contra mí.

—No lo sé... Quiero muchas cosas que no tenemos, y eso me duele. Tiene que haber algo que yo pueda hacer para que mi vida sea mejor. No tengo ningún amigo verdadero, como tú. Ellos no me aman como Logan te ama a ti. Ayúdame, Heaven, por favor, ayúdame.

—Lo haré, lo haré —le prometí, abrazándola y sin saber qué podía hacer, salvo rezar.

Los cálidos días de agosto parecían acortarse con demasiada rapidez. Las últimas semanas de embarazo de Sarah transcurrieron más o menos dolorosamente para ella y para todos nosotros, aunque ahora papá venía a casa más a menudo que antes y había dejado de chillar y de pasear de un lado a otro; parecía resignado al hecho de que Sarah podía tener cinco o seis hijos más antes de dar por terminada su función.

Ella andaba con pesadez por la cabaña, cruzando a menudo las rojas y callosas manos sobre el vientre que albergaba a su quinto hijo, al cual no esperaba con demasiada ilusión. Cuando no murmuraba oraciones, gritaba dando órdenes. La dulzura de Sarah en sus mejores tiempos se manifestaba ahora en raras ocasiones. Y peor aún, los gritos a los que por desgracia estábamos acostumbrados fueron sustituidos por un alarmante silencio.

En vez de chillar e insultar a papá y a todos nosotros, andaba de un lado a otro arrastrando los pies, como una vieja, a pesar de que sólo tenía veintiocho años. Apenas miraba a papá cuando éste venía a casa y ni siquiera se tomaba el trabajo de preguntarle dónde había estado, olvidándose de la Casa de Shirley, de preguntarle si todavía ganaba dinero «limpio» o si vendía aquellas bebidas alcohólicas que eran dinero «sucio». Sarah parecía encerrada en sí misma, luchando por tomar alguna decisión...

Se volvía cada día más callada, más retraída, menos dedicada a todos nosotros. Era doloroso no tener una madre, sobretodo cuando Nuestra Jane y Keith la necesitaban tanto. Su mirada se endurecía siempre que papá entraba por la puerta, una o dos veces a la semana. Éste trabajaba en Winnerrow, realizaba un trabajo honrado; pero ella se negaba a creerlo, como si buscara una razón para odiarle y desconfiar de él. A veces, yo oía que papá le hablaba a Sarah de su trabajo, pareciendo inquieto porque ella no le preguntaba nada.

—Hago trabajos para la iglesia y para las esposas de los banqueros ricos que no quieren ensuciarse sus blancas y delicadas manos.

Desde luego, papá ganaba buenos dólares haciendo trabajos manuales para los ricos, y Sarah no podía discutirlo. Papá era experto en toda clase de trabajo manual.

Nuestra Jane sentía la depresión de Sarah y parecía que su salud era más delicada que de costumbre aquel verano. Estaba siempre acatarrada, mientras que los demás nos librábamos de los resfriados con facilidad; después tuvo la varicela y, en cuanto se curó de ésta, cayó entre unas matas de zumaque y estuvo llorando noche y día durante una semana, haciendo que papá se marchase en mitad de la noche para visitar de nuevo la Casa de Shirley.

Pero también había días buenos cuando Nuestra Jane se encontraba bien. Si sonreía y estaba contenta, no había en todo el mundo una niña más hermosa que Nuestra Jane, jefe supremo de la cabaña de los Casteel. Ciertamente, toda la gente del valle decía que eran muy hermosos los hijos del malvado, cruel, hosco y turbulento Luke Casteel, y de su esposa Sarah, que, según las mujeres celosas, no sólo era vulgar, sino también francamente fea.

Un día, Keith, que raras veces quería algo, pidió lápices, y resultó que los únicos que había en la cabaña eran los que Miss Deale había regalado a Fanny hacía unos meses. (Hasta entonces, Fanny no había abierto una sola vez la caja de los lápices de colores).

—¡NO! —chilló Fanny—. ¡No puedo dar a Keith mis lápices nuevos!

—Dale tus lápices, o puede quedarse mudo para siempre —la supliqué, mirando con aprensión al callado hermanito que, como el abuelo, solía permanecer sentado en silencio sin hacer gran cosa.

Sin embargo, el abuelo veía mucho más que el resto de nosotros. ¿Quién podía, como él, cortar uno a uno los pelos de la cola de una ardilla? ¿Quién tenía, como él, unos ojos que no sólo miraban sino que veían en realidad?

—¡No me importa que se quede mudo! —gritó Fanny.

Tom cogió los lápices y los dio a Keith, mientras Fanny se desgañitaba y amenazaba con arrojarse al pozo.

—¡CALLAOS! —vociferó papá, plantándose en la puerta y observando a sus charlatanes hijos.

Se estremeció, como si el ruido le diese un terrible dolor de cabeza.

—Tú los hiciste, ¿no? —Fueron las únicas palabras de bienvenida de Sarah.

Ésta apretó los labios y no dijo más. Papá la miró echando chispas por los ojos y arrojó las provisiones que traía sobre nuestra gastada mesa de pino. Yo las observé con rapidez, tratando de calcular lo que durarían el saco de dos kilos y medio de harina, la lata de diez kilos de manteca y las bolsas de judías pintas y blancas. Yo haría sopa para alargar las coles y el jamón.

La puerta se cerró de golpe. Desalentada, levanté la cabeza. Papá estaba cruzando el patio en dirección a su vieja camioneta. Se marchaba otra vez.

Se me encogió el corazón.

Cada vez que papá se iba y abandonaba a Sarah, ésta le hacía algo terrible a uno

de nosotros... o a ella misma. Y, a veces, me costaba trabajo censurar a papá por no querer quedarse. No sólo Nuestra Jane y el resto de nosotros irritábamos los nervios de papá, sino que él y Sarah se los irritaban mutuamente. Sarah había perdido no sólo su belleza, sino también su dulce personalidad.

Las mañanas empezaban a refrescar a primeras horas y las ardillas corrían de un lado a otro, apresurándose a almacenar nueces para el invierno. Tom ayudaba al abuelo a buscar la madera que necesitaba para hacer sus tallas, lo cual no era tarea fácil, pues tenía que ser de una clase especial, no demasiado dura, ni tampoco tan blanda que pudiera romperse con facilidad al manejarla. Papá y yo estábamos hoy en el patio, solos.

—Papá —empecé a decir, tanteando el terreno—, estoy haciendo todo lo que puedo por la familia... ¿No podrías tú hacer al menos una cosa por mí, como decirme una palabra amable de vez en cuando?

—¿No te tengo dicho que me dejes en paz?

Sus penetrantes ojos se clavaron en mí antes de volverme la espalda.

—Ahora vete, si no quieres que te dé lo que te mereces.

—¿Qué es lo que me merezco? —pregunté con valentía, llevando sin duda en mis ojos un eterno recordatorio de todo lo que él había tenido antaño y perdido: *ella*.

Unos estorninos estaban posados, como oscuros soldados en miniatura, sobre las cuerdas de tender la ropa. Soñolientos, ahuecaban las plumas, cerrados los ojos, los pájaros preveían el frío que se acercaba y esperaban que les calentase el sol. Pronto nevaría por las noches en la montaña. Suspiré al amontonar la leña, sabiendo que, por más que hiciésemos, nunca tendríamos la suficiente para calentar realmente la cabaña. Había un hacha clavada en el tronco de un árbol talado, un hacha que pensé que papá podía usar contra mí si decía una palabra más. Cerré pues el «pico» y llevé al montón la leña que él había cortado limpiamente.

—Ya está —dijo papá a Sarah al asomarse ésta a la puerta—. Supongo que con esto tendréis bastante hasta que yo vuelva.

—¿Dónde vas esta vez? —le gritó Sarah, que, para cambiar, se había lavado los cabellos y tratado de aparecer bonita—. Una mujer se encuentra muy sola sin un hombre, con sólo viejos y niños por compañía.

—Volveré pronto —le gritó papá, corriendo hacia su camioneta de reparto—. Consígueme un buen trabajo y entonces vendré a casa y me quedaré todas las noches.

No volvió en toda una semana. Una noche, a hora avanzada, me senté en los escalones del porche y contemplé el cielo oscuro y tormentoso. Me afligían tristes pensamientos. Tenía que haber un sitio mejor que éste para mí. Otro lugar, en alguna parte. Un búho ululó, seguido del aullido de un lobo errante. Mil sonidos poblaban la noche. El viento otoñal del Norte silbaba y zumbaba entre los árboles del bosque; azotaba la cabaña, que temblaba, tratando de llevársela; pero toda la gente apretujada dentro de ella en busca de calor la mantenía en su sitio, o al menos así lo pensaba yo.

Contemplé la media luna, tapada a medias por las negras nubes; la misma luna

que se cernía sobre Hollywood y la ciudad de Nueva York, sobre Londres y París. Pestañeé y traté de ver el océano a través de los montes; después, cerré los ojos para imaginarme dormir en ella, con almohadas de plumas y colchas de satén.

También tendría armarios, llenos de vestidos nuevos que sólo llevaría una vez, como la reina Elizabeth, y los quemaría después, como había quemado ella los suyos para que no los llevase nadie más. Y estarían conjuntados con docenas de zapatos, de todos los colores. Comería en restaurantes de moda, a la luz de altas y esbeltas velas... Pero, por entonces, sólo poseía un duro y frío escalón donde sentarme. Y las lágrimas se helaban en mis mejillas y en mis pestañas.

Empecé a temblar y a toser; sin embargo, no quería entrar en casa y yacer en aquella colmada habitación entre Fanny y Nuestra Jane. Tom y Keith se acostaban junto al jergón usado por la abuelita y el abuelo.

Mientras los otros dormían más o menos tranquilamente, oí el rumor de unos pies viejos arrastrándose con lentitud. También escuché una respiración fatigosa, gruñidos y gemidos, al sentarse la abuelita a mi lado en el peldaño.

—Te morirás si te quedas aquí en esta noche fría. Tal vez te imaginas que esto hará que tu papá lo lamente, pero, ¿te hará eso feliz en tu tumba?

—Papá no tiene motivos para odiarme tanto, abuelita. ¿Por qué no le haces tú comprender que yo no tuve la culpa de que muriese mi madre?

—Él sabe que no la tuviste; lo sabe en el fondo de su corazón. Pero si lo confiesa, tendrá que culparse a sí mismo por haberse casado con ella y haberla traído a un lugar al que no estaba acostumbrada. Ella trató, sí, de hacerlo todo lo mejor posible; yo la vi aquí, fregando el suelo, arruinando sus lindas manos blancas, echando hacia atrás aquellos cabellos que eran dignos de verse..., y correr hacia su maleta, llena de cosas bonitas, y aplicarse crema de un tubo, procurando siempre mantener sus manos jóvenes y bonitas.

—Ya sabes, abuelita, que no puedo mirar dentro de aquella maleta y ver todas las cosas lindas que hay en ella. ¿De qué sirven vestidos como éstos en un lugar como éste, donde nunca viene nadie? Pero la otra noche tuve un sueño sobre la muñeca; soñé que era yo, que yo era ella. Algún día voy a ir a Boston y buscaré a la familia de mi madre. Tengo que hacerles saber lo que le ocurrió a su hija, pues lo más probable es que se imaginen que está viva y es feliz en alguna parte.

—Tienes razón. Nunca se me ocurrió pensarlo, pero tienes razón.

Sus viejos y delgados brazos me estrecharon un momento, y no había fuerza en ellos, ninguna en absoluto.

—Proponte con firmeza hacer lo que desees —me alentó—, y lo conseguirás, seguro que lo conseguirás.

La vida en la montaña era más dura para la abuelita que para cualquiera de nosotros. Nadie, salvo yo, parecía advertir lo difícil que le resultaba ya levantarse y

sentarse. A menudo se paraba al caminar, para llevarse una mano al corazón. A veces, su cara palidecía intensamente, y jadeaba. De nada servía aconsejarle que visitase al doctor; no creía en los médicos, ni en ningún medicamento que no hubiese confeccionado ella misma con raíces y hierbas que me enviaba a buscar.

Con Sarah triste y sombría, cada día era una ordalía para mí, salvo cuando estaba con Logan. Pero, un día terrible en que quemaba realmente el sol, lo encontré junto al río, mientras Fanny corría arriba y abajo por la orilla..., ¡completamente desnuda! Reía y le incitaba a tratar de alcanzarla.

—Si me alcanzas..., seré tuya, toda tuya —le tentaba.

Yo me quedé helada, horrorizada por la actitud de mi hermana; pero volví la mirada a Logan y esperé a ver lo que él hacía.

—¡Qué vergüenza, Fanny! —le gritó—. No eres más que una chiquilla que merece una buena paliza.

—Entonces, ¡atrápame y dámela! —le desafió ella.

—No, Fanny —dijo él—. No eres mi tipo.

Volvió la cabeza en dirección a Winnerrow, o así me pareció, y entonces salí de detrás del árbol que me había ocultado a su vista.

Él trató de sonreír, pero sólo consiguió parecer confuso.

—Ojalá no hubiese visto y oído esto. Te estaba esperando cuando se presentó Fanny. Enseguida se quitó el vestido y..., no llevaba nada debajo. Yo no tuve la culpa, Heaven; te juro que no la tuve.

—¿Por qué me das explicaciones?

—¡Yo no tuve la culpa! —repitió de nuevo, enrojecido el semblante.

—Lo sé... —dije secamente.

Conocía a Fanny y su necesidad de quitarme todo aquello que yo apreciaba realmente. Sin embargo, por lo que había oído decir, la mayoría de los chicos gustaban de las muchachas libres, sin modestia ni inhibiciones, como mi hermanita Fanny, que sin duda viviría diez vidas excitantes, mientras yo luchaba por vivir una sola.

—Mira —dijo Logan, levantándome la cabeza de manera que mis labios quedaron cerca de los suyos—, es tu tipo el que me gusta, y a ti a quien necesito. Fanny es bonita y atrevida..., pero a mí me gustan las muchachas tímidas, hermosas y dulces, y si no consigo de alguna manera casarme con Heaven, no me casaré nunca.

El beso que me dio fue como el tañido de una campana. Las oí sonar como campanas de boda repicando en el futuro. Mrs. Logan Grant Stonewall..., yo.

En ese momento, me sentí feliz. Fanny tenía razón en algunas cosas. La vida tenía que seguir. Todo el mundo necesitaba una oportunidad de vivir y de amar. Ésta era la mía.

Ahora le dio a Sarah por hablar a solas, como caminando en una pesadilla.

—Tengo que escapar, tengo que huir de este infierno —murmuraba—. Aquí no hago más que trabajar, comer, dormir, esperar y esperar a que él venga a casa... Y, cuando viene, no me da satisfacción, ninguna en absoluto.

—No digas eso, Sarah, por favor... ¿Qué haríamos sin ti?

—He cavado mi tumba con mi propio deseo —se confesó Sarah otro día—. Si hubiese tenido otro hombre, si hubiese podido...

—Me marcharía si no fuese por los niños —se decía, noche tras noche.

Y cuando volvía papá los fines de semana, le miraba fija y duramente, y veía que estaba más guapo que nunca (¡*Maldita sea!*, murmuraba) y su corazón saltaba y se asomaba a sus ojos esmeralda, y, como un estúpido reloj parado cuyas manecillas tenían que decir lo mismo una y otra vez, renacía su amor por él.

Pero de un modo demasiado visible, demasiado doloroso, el pequeño mundo de Sarah se hacía más oscuro, más triste. Y era yo quien tenía que pagar sus más graves frustraciones. Agotada al terminar la jornada, caía sobre mi jergón y derramaba lágrimas silenciosas sobre la dura almohada. La abuelita me oía y apoyaba una mano consoladora sobre mi hombro.

—Shhht, no llores. Sarah no te odia, pequeña. Es tu papá quien la vuelve loca, pero tú permaneces aquí y él no. Cuando él no está, no puede chillarle ni pegarle..., aunque tampoco lo haría si estuviese. No se puede herir con gritos y chillidos a la persona que no ama; ella ha estado gritando y chillando durante años, y él no la oye o no le importa..., y Sarah no consigue nada y por esto se vuelve contra ti.

—Pero ¿por qué se casó con ella si no la quería, abuelita? —Sollocé—. ¿Sólo para darme una madrastra que me odiase?

—Ah, el Señor sabe cómo y por qué son los hombres de esa forma —dijo la abuelita resollando.

Se volvió para abrazar al abuelo, al que llamaba cariñosamente Toby. Con un beso y una palmada en su cabeza gris, le daba más amor que cualquiera de nosotros.

—Sólo tienes que asegurarte de que te casas con el hombre que te conviene —prosiguió—, como hice yo; esto es todo. Y espera a ser un poco mayor, para que tengas sentido común. Digamos quince años.

En la montaña, la muchacha que llegaba a los dieciséis sin prometerse perdía casi toda esperanza de no convertirse en una solterona.

—Ya están murmurando —farfulló Sarah, aguzando los oídos detrás de la raída cortina roja—, hablando de mí. La chica llora de nuevo. ¿Por qué soy tan mala con ella, y no con Fanny, que causa todos los problemas? El quiere a Fanny y la odia a ella... ¿Por qué no se echa contra Fanny? ¿O Nuestra Jane, o Keith, o, sobretodo, contra Tom?

Suspiré profundamente, con temor. ¡Era horrible que Sarah pensase en volverse contra Tom!

Pero lo más terrible fue el día en que Sarah azotó a Tom con un látigo, como si con ello quisiera vengarse de papá por no haber sido nunca como ella quería que

fuese.

—¿No te dije que fueses a la ciudad a ganar dinero? ¿No te lo dije?

—¡Pero, mamá, nadie quiso darme trabajo! Allí hay muchachos que tienen segadoras mecánicas con aspiradoras para las hojas. No necesitan un chico montañés que ni siquiera tiene una segadora manual.

—¡Excusas! ¡Necesito dinero, Tom, dinero!

—Mañana lo intentaré de nuevo..., mamá —gritó Tom, levantando los brazos y tratando de protegerse la cara—. Nunca conseguiré trabajo si me presento con la cara hinchada y sangrante, ¿verdad?

Desarmada de momento, Sarah miró al suelo..., para desgracia de Tom. Éste se había olvidado de restregar sus zapatos.

—No lo has visto, ¿eh? ¡El suelo estaba limpio! ¡Acabado de fregar! ¡Y míralo ahora, todo lleno de barro!

¡Zas! Descargó su duro puño sobre la cara asombrada de Tom, que fue a chocar contra la pared, haciendo que nuestra preciosa jarra de miel robada cayese de un estante sobre su cabeza y derramase sobre él su pegajoso contenido.

—Muchísimas gracias, mamá —dijo Tom, sonriendo divertido—. Ahora tengo toda la miel que soy capaz de comer.

—¡Oh, Tommy...! —Lloriqueó ella, súbitamente avergonzada—. Lo siento. No sé lo que me pasa... No le guardes rencor a tu mamá, que tanto te quiere.

Una pesadilla, en la que figuraba una caprichosa bruja de cabellos rojos, se había instalado en nuestra casa. Una pesadilla que no cesaba cuando salía el sol, ni cuando la luna brillaba alegremente; la fea bruja de cabellos ásperos y voz chillona era despiadada, incluso para ella misma.

Estábamos en septiembre. Pronto volveríamos al colegio y el niño de Sarah podía llegar en cualquier momento. Y ella no se iba, tal como amenazaba hacer últimamente, pensando que causaría un verdadero dolor a papá cuando se llevase a su hijo de cabellos negros como él. Papá se quedaba cada vez más tiempo en la ciudad.

Todas las horas se confundían unas con otras, unas horas menos horribles que el infierno pero que estaban muy lejos del paraíso.

Durante el verano habíamos crecido visiblemente, nos habíamos hecho mayores, necesitábamos más cosas y hacíamos más preguntas. Pero, mientras el niño que llevaba Sarah en el seno hinchaba su vientre, los mayores de nosotros perdíamos energía, hablábamos menos, éramos menos exigentes.

Se estaba fraguando algo. Y ese algo me mantenía despierta y dando vueltas toda la noche, de modo que cuando me levantaba por la mañana era como si no hubiese dormido en absoluto.

Amarga estación

Logan me estaba esperando a medio camino del sendero que conducía al valle para acompañarme al colegio el primer día del curso. La atmósfera empezaba a enfriarse en los montes, pero era agradablemente templada en el valle todavía. Miss Deale seguía siendo nuestra maestra, ya que la dirección del colegio le había permitido continuar con los mismos alumnos. Yo estaba encantada con ella, como siempre; sin embargo, me distraía continuamente...

—Heaven Leigh —dijo la voz dulce de Miss Deale—, ¿estás soñando despierta otra vez?

—No, Miss Deale. No sueño despierta en clase, sólo lo hago en casa.

¿Por qué todo el mundo se reía siempre con disimulo al pensar que soñaba despierta?

Me emocionaba estar de nuevo en la escuela, donde vería todos los días a Logan, que me acompañaría a casa y me cogería de la mano, y en cuya compañía podría olvidar, momentáneamente, todos los problemas que me acosaban en la cabaña.

El andaba a mi lado en el camino de vuelta a casa y ambos discutíamos con seriedad nuestros planes para el futuro, mientras Tom abría la marcha con Nuestra Jane y Keith, y Fanny se retrasaba, rodeada de sus muchos amiguitos.

Me bastaba mirar a mi alrededor para ver que pronto el frío de la noche en la montaña helaría el agua de lluvia en los barriles y que todos nosotros necesitaríamos abrigos, suéters y botas nuevos que no podíamos comprar. Logan no me soltaba la mano y me miraba a menudo, como si no pudiese dejar de admirarme. Caminábamos despacio, muy despacio. Ahora Nuestra Jane y Keith estaban patinando y riendo, mientras Tom corría hacia atrás para ver lo que estaba haciendo Fanny con aquellos chicos.

—No me dices nada —se lamentó Logan, deteniéndose y obligándome a sentarme en un tronco carcomido—. No tardaremos en llegar al patio de tu cabaña, y entonces te adelantarás, te volverás y me dirás adiós, y, una vez más, no podré ver tu casa por dentro.

—No hay nada que ver —dije, bajando los ojos.

—Tampoco hay nada de lo que debas avergonzarte —dijo suavemente él, apretándome los dedos antes de soltar mi mano y hacerme volver la cara en dirección suya—. Si vas a compartir mi vida, y no puedo imaginarme la vida sin ti, algún día tendrás que dejarme entrar, ¿no crees?

—Algún día..., cuando sea más valiente.

—¡Eres la persona más valiente que he conocido jamás! Últimamente, Heaven, he pensado mucho en nosotros; en lo bien que lo pasamos estando juntos y en lo largas

que se hacen las horas cuando no lo estamos. Al finalizar mis estudios universitarios, pienso convertirme en un científico, brillante, desde luego. ¿No te interesaría explorar conmigo los misterios de la vida? Podríamos trabajar en equipo, como Madame Curie y su marido. Te gustaría, ¿verdad?

—Claro que sí —dije sin pensarlo—, pero ¿no sería aburrido permanecer todos los días encerrados en un laboratorio? ¿No es posible tener un laboratorio al aire libre?

Él debió pensar que era una tonta y me abrazó con más fuerza. Yo le rodeé el cuello con los brazos y apreté mi mejilla contra la suya. Era delicioso que me abrazase así.

—Tendremos un laboratorio de cristal —dijo él, en voz baja y un poco ronca, con los labios cerca de los míos—, lleno de plantas... ¿Te haría eso feliz?

—Sí..., creo que sí...

¿Iba a besarme otra vez? Si yo volvía la cabeza un poco hacia la derecha, ¿evitaría que su nariz chocase con la mía?

Si yo no sabía cómo conseguir un beso, él sí. Fue un beso dulce, conmovedor. Pero en cuanto llegué a casa, todo mi entusiasmo se perdió en el mar tempestuoso de las miserias de Sarah.

Aquel sábado amaneció un poco más brillante, un poco más templado, y, deseoso de escapar de los malos humores de Sarah, que estaba en uno de sus peores días, Tom y yo fuimos al encuentro de Logan, seguidos de Nuestra Jane y de Keith. Todos éramos buenos amigos y tratábamos de alegrar lo más posible a Keith y a Nuestra Jane.

Apenas habíamos llegado al río, donde pensábamos pescar, cuando oímos gritar a Sarah, ordenándonos que volviésemos a casa.

—¡Adiós, Logan! —grité, afligida—. Tengo que volver junto a Sarah; debe de necesitarme. Tú quédate aquí, Tom, y cuida de Nuestra Jane y de Keith.

Vi la contrariedad de Logan antes de alejarme corriendo para responder a la llamada de Sarah, que quería que lavase la ropa en vez de perder el tiempo jugando con un chico del pueblo que no servía para nada y que arruinaría mi vida. Era inútil pensar en jugar y divertirme cuando Sarah no podía sentarse cómodamente o permanecer más de unos segundos en pie, con su tarea sin terminar. Sintíéndome culpable por haberme escapado unos minutos, puse el barreño sobre el banco, traje agua caliente de la estufa y empecé a restregar la ropa sobre la vieja tabla ondulada. A través de la ventana, abierta para que saliese el humo de *Ole Smokey*, pude oír a Sarah que hablaba con la abuelita dentro de la cabaña.

—Yo pensaba que era buena cosa criarse en estos montes. Me sentía más libre que las chicas de la ciudad, que tenían que contener sus instintos sexuales hasta que tenían más o menos dieciséis años. Sólo fui tres años a la escuela, donde aprendí muy poco. No me gustaba deletrear, leer ni escribir; no me gustaba nada, salvo los chicos. Entre Fanny y yo, no hay ninguna diferencia. No podía apartar mis ojos de los

muchachos. Cuando vi por primera vez a tu hijo, mi corazón latió a toda mecha. Además, él era casi un hombre. Y yo sólo una niña. Solía ir a los bailes que se celebraban en los graneros, no me perdía uno, y allí oía a tu Toby tocar el violín y bailar con todas las chicas más bonitas, y algo que había en mi interior me decía que tendría a Luke Casteel o moriría en el empeño.

Sarah hizo una pausa y suspiró. Cuando miré por la ventana, vi que una lágrima se deslizaba por su cara enrojecida.

—Entonces Luke se fue a Atlanta y conoció a aquella chica de la ciudad, con la que se casó. Cuando me miraba al espejo, mi cara me parecía tosca como la de un caballo en comparación con la de ella. Pero esto no importaba, Annie, no importaba. Aunque estuviese casado, seguía deseando a Luke Casteel..., le quería tanto que era capaz de cualquier cosa para hacerme con él.

El abuelo estaba en el porche, meciéndose, tallando madera, sin prestar atención. La abuelita se mecía también y no parecía escuchar la charla interminable de Sarah.

—Luke no me miraba siquiera, aunque yo me esforzaba en que lo hiciese.

Yo seguía restregando ropa sucia y aguzando los oídos para escuchar mejor. Cerca de mí había un barril de agua de lluvia lleno de ranas que croaban. Las prendas que ya había lavado chasqueaban en el tendedero. Otra mirada al interior de la cabaña me reveló que Sarah estaba trabajando cerca de la estufa, cortando la masa de los bizcochos con un vasito invertido, mientras continuaba su grave y monótono discurso como si tuviese que soltarlo o reventar, y la abuelita era una buena oyente. Nunca hacía preguntas; sólo aceptaba lo que decía la otra persona, como si eso no fuese a cambiar nada; y, sin duda, no lo cambiaría.

Yo era toda oídos y cada vez me acercaba más a la ventana para oír mejor.

—Yo lo odiaba todo en ella, en aquella frágil muchacha a la que él llamaba su ángel; odiaba su manera de andar y de hablar, como si fuese mejor que nosotros, y él estaba tan loco por ella que trataba de imitar su estilo. Sin embargo, todas nosotras corríamos tras él, sobretodo cuando ella quedó embarazada; pensábamos que él querría echar alguna cana al aire, pero no nos prestaba la menor atención. Decidí conseguirle como fuese. Cuando él no pudo tenerla a ella, me tomó a mí tres veces y ocurrió lo que yo rezaba para que sucediese: me dejó preñada. Él no me quería, yo estaba convencida de ello. Tal vez, ni siquiera le gustaba. Parecía nervioso cada vez que iba conmigo e incluso, en una ocasión, me llamó ángel mientras hacíamos el amor. Cuando le dije que esperaba un hijo suyo, empezó a darme dinero para la criatura que llevaba en mi seno. Y, precisamente, cuando ya pensaba que tendría que renunciar a él y casarme con cualquier otro hombre, aquella chica de la ciudad me hizo el favor de morirse...

¡Oh, no! ¡Qué horrible era que Sarah se alegrase de la muerte de mi madre!

Sarah siguió hablando con su voz monótona y carente de emoción. Yo podía oír los débiles crujidos de la mecedora de la abuelita, que oscilaba sin parar.

—Cuando vino a pedirme que me casara con él para que su hijo pudiese tener un

padre, pensé que al cabo de un mes o dos se habría olvidado de ella, pero no fue así. Todavía no la ha olvidado aún. Traté de hacer que me amase, Annie, lo intenté de veras. Fui buena con la pequeña Heaven. Y a él le di Tom, después Fanny y más tarde Keith y Nuestra Jane. No hubo ningún otro hombre en mi vida desde que me casé. Y nunca lo habría si él me quisiera como la quiso a ella; pero no es así, y ni siquiera puedo hablar con él. No me escucha. Cuando se empeña en hacer alguna locura, no permite que diga nada para impedirselo. Se marchará y nos abandonará a todos: es lo que proyecta hacer algún día, a no tardar. Dejarme aquí para lavar la ropa, cocinar, limpiar, sufrir... Y criar a otro pequeño. Yo me quedaría para siempre, si él me amase. Pero cuando se vuelve contra mí y me llena de insultos, éstos corroen mi alma, diciéndome que estoy causando su ruina, que hago de él un animal ruin capaz de pegar a sus propios hijos, deseando que fuesen de ella y no míos. Lo sé. Lo veo en sus ojos. Nunca me amaré, nunca le gustaré. No tengo nada que él admire; sólo mi buena salud, y me la está destrozando. ¡Sabe Dios que la está destrozando!

—¿Por qué no paras de decir esas cosas, Sarah? Pareces bastante sana.

—Nunca creí que la esposa muerta se llevaría el corazón de Luke a la tumba, nunca lo creí —murmuró Sarah con voz entrecortada, como si no hubiese oído la pregunta de la abuelita—. Él ya no me importa, Annie. Ya nada me importa. Ni siquiera mis propios hijos. Sólo estoy aquí, viendo pasar el tiempo...

¿Qué quería decir? Me asaltó el pánico. Casi volqué el barreño y la tabla de lavar en cuyo borde me apoyaba.

Al día siguiente, Sarah volvió a pasear de un lado a otro, murmurando para sí y para quienes quisieran escucharla:

—Tengo que escapar, debo salir de este infierno. No hago más que trabajar, comer, dormir, esperar y esperar que él venga a casa..., y cuando lo hace, no me trae alegría, ni felicidad, ni satisfacción.

Había dicho eso mismo un millar de veces y todavía seguía allí. La cosa duraba tanto que yo pensaba que nunca se iría, aunque en mis pesadillas veía a Sarah asesinada y ensangrentada. Soñaba también que papá estaba en un ataúd, muerto de un balazo en el corazón. Muchas veces me despertaba de repente, creyendo que había oído un disparo. Miraba las paredes, veía los tres largos rifles y me estremecía de nuevo. En la montaña, la muerte, los crímenes y los entierros secretos formaban parte de la vida, que allí siempre estaba cerca de la muerte.

Entonces llegó el día... Y con él lo que todos esperábamos nerviosos. Empezó temprano, en la mañana de un domingo de septiembre, cuando yo estaba ya levantada y preparaba el agua caliente para poder lavarnos rápidamente antes de ir a la iglesia. Brotaron del dormitorio chillidos desesperados, fuertes, estridentes, aullidos de dolor.

—¡Ya viene, Annie! Annie, ¡ya viene el hijo de negros cabellos de Luke!

La abuelita se apresuró a acudir, cojeando; pero le dolían las piernas y jadeaba, haciendo con ello que mi ayuda fuese indispensable. Desde el primer dolor, Sarah pareció saber que ese parto sería diferente y más complicado que los otros. Tom

corrió en busca de papá para traerle a casa, mientras el abuelo se levantaba de mala gana de su mecedora del porche y echaba a andar en dirección al río y yo ordenaba a Fanny que cuidase de Keith y de Nuestra Jane, pero que no se alejasen demasiado de la cabaña. La abuelita y Sarah necesitaban mi ayuda. El parto era mucho más laborioso que cuando Nuestra Jane había venido al mundo en la misma cama donde habíamos nacido todos los hermanos. La abuelita, agotada, se dejó caer en una silla y farfulló instrucciones mientras hervía el agua para esterilizar el cuchillo que cortaría el cordón umbilical. Yo trataba de contener la sangre que fluía de Sarah como un río rojo y letal.

Y por fin, después de horas y horas de esfuerzo, con papá esperando en el patio junto al abuelo, Tom y Keith y Nuestra Jane, y con Fanny sin aparecer en parte alguna, de Sarah, más blanca que el papel por toda la sangre que había perdido, emergió, lenta y dolorosamente, un bebé. Un bebé pequeño y amoratado, de extraño aspecto y que se quedó anormalmente inmóvil.

—¿Niño..., o niña? —dijo resollando la abuelita, con una voz tan débil y apagada como el viento que agitaba nuestras gastadas cortinas—. Dime, muchacha, ¿es el hijo que ha de parecerse a Luke?

Yo no supe qué contestar.

Sarah se incorporó y miró fijamente, una y otra vez, tratando de echarse atrás los cabellos empapados de sudor. Recobró el color, como si tuviese litros de sangre de reserva. Yo llevé la criatura a la abuelita con rapidez, para que me dijera qué clase de bebé era aquél.

La abuelita miró el sitio donde tendría que haber estado el sexo, pero ninguna de las dos pudimos verlo.

Yo me negaba a aceptar lo que mis ojos observaban. Era desolador ver a un bebé sin nada entre las piernas. Pero ¿qué importaba que la criatura fuese niño o niña, si estaba muerta y le faltaba la parte superior de la cabeza? Era un pequeño monstruo lleno de úlceras supurantes.

—¡ESTÁ MUERTO! —gritó Sarah.

Saltó de la cama y me quitó la criatura de los brazos.

La abrazó con fuerza, besó doce o más veces aquella lastimosa media cara y después echó la cabeza hacia atrás y dio rienda suelta a su angustia con un alarido parecido al de los lobos de la montaña cuando aullaban a la luna.

—¡Han sido Luke y sus malditas putas!

Frenética y enloquecida, corrió como una furia hacia el lugar donde se hallaba sentado papá y lo llamó antes de mostrarle lo que llevaba en brazos. Él cogió al bebé con mano experta y lo miró, con incredulidad y horror.

—¡MIRA LO QUE HAS HECHO! —chilló Sarah, con la camisa manchada por los fluidos del parto—. ¡TÚ, TU SANGRE PODRIDA Y TUS PUTAS HABÉIS MATADO A TU HIJO! ¡Y HABÉIS HECHO UN MONSTRUO!

—¡TÚ ERES LA MADRE! —gritó papá, enfurecido—. ¡YO NO TENGO NADA

QUE VER CON LO QUE TÚ HAYAS CRIADO EN TU SENO!

Arrojó la criatura muerta al suelo y, después, ordenó al abuelo que la enterrase dignamente, antes de que los perros y los cerdos hiciesen presa en ella. Después dio media vuelta y se marchó. Subió de un salto a la camioneta y se fue a Winnerrow a ahogar en alcohol sus penas, si es que las tenía, y dirigirse después, sin duda alguna tambaleándose, a Casa de Shirley.

Oh, qué terrible fue aquel domingo; sobretodo cuando tuve que bañar al niño muerto en el barreño y prepararle para el entierro, mientras la abuelita cuidaba de Sarah, que de pronto había perdido todas sus fuerzas y lloraba como cualquier mujer habría hecho. Extinguido su vigor de amazona beligerante, sólo quedaba la mujer, una madre llorosa y afligida que preguntaba a Dios de rodillas por qué tenía que pagar un bebé los pecados de su padre.

«Pobrecilla criatura», pensaba yo mientras lavaba la sangre y la exudación del parto de aquel lastimoso cuerpecito que yacía flácido e inmóvil. Ni siquiera tenía que preocuparme de mantener su media cabeza fuera del agua; pero lo hacía a pesar de todo. Lo vestí con ropitas que habían llevado Nuestra Jane y Keith, y tal vez Fanny y Tom, y quizá yo también.

Finalmente, Sarah se derrumbó de bruces en la manchada cama, clavando las uñas en el colchón, llorando como yo jamás había oído llorar a una mujer.

No me fijé en la abuelita hasta que hube terminado mi tarea con la criatura muerta. Y hube de mirarla dos o tres veces para darme cuenta de que no hacía labor de punto ni de ganchillo, no zurcía ni tejía, ni siquiera se movía meciéndose. Estaba sentada, inmóvil por completo, con los ojos medio cerrados. Una débil sonrisa se había fijado en sus finos y blancos labios. Aquella sonrisa extraña, feliz, me asustó; hubiese debido estar triste, acongojada.

—Abuelita... —murmuré, temerosa, dejando la criatura limpia y vestida—, ¿te encuentras bien?

La toqué. Se inclinó hacia un lado. Le acaricié el rostro, que se estaba enfriando ya, y noté cómo la carne comenzaba a endurecerse.

¡La abuelita estaba muerta!

¡Muerta a causa de la impresión del nacimiento de un pequeño monstruo o por tantos años de lucha por soportar una vida llena de penalidades! Lancé un grito y sentí un golpe terrible en mi propio corazón.

Me arrodillé junto a la mecedora para abrazar a mi abuela.

—Abuelita, cuando llegues al cielo, dile a mi madre que me estoy esforzando por ser como ella. Por favor, ¿se lo dirás?

Oí el ruido de unos pies que se arrastraban, viniendo del porche.

—¿Qué estás haciendo con mi Annie? —preguntó el abuelo.

Volvía del río, adonde había ido para evitar saber lo que los hombres nunca quieren saber, por lo que desaparecen hasta que el parto ha terminado. Es lo que siempre hacen en la montaña: huir de los gritos y el sufrimiento de las mujeres, para

poder decirse después que ellas no han sufrido en absoluto.

Levanté mi cara surcada de lágrimas, sin saber cómo hacérselo saber.

—Abuelo...

Sus desvaídos ojos azules se abrieron de par en par al mirar a la abuelita.

—Annie..., estás bien, ¿verdad? Levántate, Annie... ¿Por qué no te levantas?

Y, desde luego, tuvo que saberlo al ver que los ojos de ella miraban hacia el interior de su propia cabeza. Se tambaleó mientras avanzaba y toda su agilidad se desvaneció, como si se le acabase la vida en el momento de saber que su querida mitad estaba muerta.

Puesto de rodillas, tomó a la abuelita de mis brazos y la estrechó contra su corazón.

—¡Oh, Annie, Annie! —Sollozó—. ¡Cuánto tiempo sin decirte que te amaba...! ¿Puedes oírme, Annie? ¿Puedes? Siempre quise portarme bien contigo. Tenía las mejores intenciones. Nunca supuse que acabaríamos así..., Annie.

Era horrible ver su sufrimiento, el terrible dolor que suponía perder una esposa buena y fiel que había estado con él desde que tenía catorce años. ¡Qué extraño que no les hubiese visto nunca, a ellos dos, abrazados sobre su jergón y con los largos cabellos de ella extendidos para que le sirviesen a él de almohada!

Necesité la ayuda de Tom para arrancar el cuerpo de la abuelita de los brazos del abuelo. Durante todo el tiempo, Sarah estuvo tumbada boca arriba, sin llorar ya y con la mirada inexpresiva clavada en la pared.

Todos lloramos en el entierro, incluso Fanny; todos, excepto Sarah, que permaneció petrificada y rígida, con la expresión vacía como una india vendedora de cigarros.

Papá ni siquiera estuvo allí. Presumí que se hallaría, borracho como una cuba, en Casa de Shirley, mientras estaban enterrando a su madre y a su último hijo. El reverendo Wayland Wise acudió con Rosalynn, su esposa de cara de póquer, para rezar por una anciana a la que todo el mundo había querido, si no respetado.

Ninguno de nosotros habría consentido que no se celebrase un entierro como era debido, con todos los rezos adecuados para que aquella anciana y aquel niño que había nacido muerto entrasen en el cielo.

—El Señor nos los da y el Señor nos los quita —salmodió el reverendo.

Levantó la cara hacia el sol.

—Señor Dios, escucha mi plegaria. Acepta a esta amada esposa, madre, abuela y sincera creyente, junto a esta pequeña y nueva alma, en el reino de los cielos. Abre de PAR EN PAR sus puertas. ¡ÁBRELAS DE PAR EN PAR! *Recibe a esta mujer cristiana, Señor, y a este niño, Señor, Señor, pues ella fue honrada, justa y fiel a su fe, y el niño es inocente, puro, ¡y está libre de culpa!*

Volvimos a casa en fila india, sin dejar de llorar.

La gente de la montaña estaba allí para darnos el pésame, para condolerse de la partida de Annie Brandywine Casteel, que era de los suyos. Volvieron con nosotros a la casa, se sentaron allí, cantaron con nosotros y también rezaron durante interminables horas. Después de eso, trajeron el licor, las guitarras, los banjos y los violines, y tocaron una alegre tonada, mientras las mujeres servían el banquete.

Al día siguiente, cuando brillaba el sol, fui de nuevo al cementerio con Tom, para contemplar la tosca tumba de la abuelita y aquella otra, diminuta, de apenas medio metro de longitud. Se me rompió el corazón al ver al «Niño Casteel», enterrado cerca de mi propia madre. En la lápida de ésta no constaba ninguna fecha.

—No mires eso —murmuró Tom—. Tu madre murió hace mucho tiempo y será la abuelita a la que más echaremos en falta. Hasta que he visto su mecedora vacía no me he dado cuenta de lo mucho que significaba en nuestras vidas. ¿Y tú?

—No —murmuré, avergonzada—. Yo sólo aceptaba su presencia como si hubiese de vivir siempre. Ahora tendremos que cuidar más al abuelo, que se encuentra solo y desorientado.

—Sí —convino Tom, asiendo mi mano y alejándome de aquel lugar doloroso que era difícil que nos inspirase amor—. Tenemos que ayudar al abuelo mientras esté con nosotros y no guardar nuestros cuidados para el día de su entierro.

Una semana más tarde, papá volvió a casa. Parecía estar sereno y muy triste. Hizo que Sarah se sentase en una silla. Cogió otra para él y habló con voz tensa, mientras Tom y yo nos situábamos al otro lado de la ventana para espiarle y escuchar.

—Fui a ver a un médico en la ciudad, Sarah. Allí es donde estuve. Me dijo que yo estaba enfermo, realmente enfermo; que mi enfermedad era contagiosa, y que tenía que cambiar de conducta si no quería volverme loco y morir prematuramente. Según él, no puedo tener relaciones sexuales con ninguna mujer, ni siquiera con mi esposa. Me dijo que necesitaba unas inyecciones para curar mi dolencia, pero no tenemos dinero para comprarlas.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Sarah, con voz fría, dura y nada compasiva.

—Tengo sífilis, en sus primeras fases —confesó papá con voz apagada—. Si perdiste aquel pequeño, la culpa no fue tuya, sino mía. Te lo digo esta vez, y se acabó. Lo siento.

—¡DEMASIADO TARDE PARA SENTIRLO! —chilló Sarah—. ¡Demasiado tarde para salvar a mi hijo! ¡TU MADRE HA MUERTO!

Incluso a mí, que lo odiaba, me impresionaron los gritos de Sarah, pues si papá había querido a alguien que no fuese él mismo, ese alguien había sido la abuelita. Le oí lanzar un profundo suspiro, en una especie de gemido, y sentarse después tan pesadamente que hizo crujir su silla... Pero Sarah todavía no había terminado de fustigarle.

—Tenías que divertirte por ahí, mientras yo permanecía aquí todo el tiempo,

esperando que me necesitases. ¡TE ODIÓ, LUKE CASTEEL! ¡Te odio todavía más por no desentenderte de una muerta a la que habrías tenido que dejar en paz!

—¿Te estás volviendo contra mí? —preguntó él con amargura—. ¿Ahora que mi madre ha muerto y que yo estoy enfermo?

—¡HAS ACERTADO! —gritó ella, poniéndose de pie de un salto y empezando a meter la ropa de su marido en una caja de cartón—. Aquí está toda tu puerca y apestosa ropa. ¡AHORA, VETE! ¡Vete antes de que nos contagies a todos tu sucia enfermedad! ¡No quiero volver a verte! ¡Nunca más!

Él se levantó, humillado, y miró a su alrededor como si viese la cabaña por última vez. Yo tuve miedo, un miedo terrible. Temblé cuando se detuvo frente a la silla del abuelo y apoyó una mano sobre el hombro de éste con suavidad.

—Lo siento, papá. Siento realmente no haber estado aquí el día del entierro.

El abuelo no respondió; sólo agachó aún más la cabeza, y las lágrimas que brotaban de sus ojos rodaron lentas, muy despacio, hasta mojarle las rodillas.

Observé en silencio cómo subía papá de nuevo a su vieja camioneta y arrancaba a toda velocidad, levantando polvo seco y esparciendo hojas muertas, creando un remolino de polvo y de basura. Se había ido, y se había llevado sus perros con él. Ahora sólo teníamos gatos que deberían cazar si deseaban seguir viviendo.

Cuando corrí a decirle a Sarah que papá se había ido y se había llevado los perros, ella se echó a llorar y se derrumbó despacio en el suelo. Yo me arrodillé a su lado.

—Mamá, ¿no era esto lo que querías? Lo has echado de casa, le has dicho que lo odiabas... ¿Por qué lloras ahora, cuando es demasiado tarde?

—¡CÁLLATE! —rugió ella, como solía hacer papá—. ¡No me importa! ¡Así es mejor, así es mejor!

¿Mejor? Entonces, ¿por qué lloraba con más fuerza todavía?

¿Con quién podría hablar yo ahora, sino con Tom? No con el abuelo, al que nunca había querido tanto como a la abuelita; sobretodo, porque parecía tan contento en su pequeño y exclusivo mundo donde sólo parecía necesitar a su esposa, que ahora se había ido.

Sin embargo, le ayudaba a sentarse a la mesa cada mañana, cuando Sarah se quedaba en la cama, y, todas las tardes, le decía cualquier cosa que se me ocurriera para consolarle, hasta que se acostumbrase a la ausencia de su mujer.

—Tu Annie se ha ido al cielo, abuelo. Muchas veces me había dicho que cuidase de ti cuando ella se hubiese marchado, y así lo haré. Y piensa una cosa, abuelo. Ahora ya no tiene dolores ni sufrimientos, y en el Paraíso podrá comer todo lo que quiera; además, no se sentirá mareada después de cada comida. Supongo que ésta es su recompensa..., ¿verdad, abuelo?

¡Pobre abuelo...! No podía hablar. Fluían lágrimas de sus pálidos y cansados ojos. Cuando había comido un poco, yo le ayudaba a volver a la mecedora que había usado la abuelita, la que tenía los mejores cojines para que fuese más confortable para sus caderas y sus articulaciones doloridas.

—Ahora nadie volverá a llamarme Toby —dijo con tristeza un día.

—Yo te llamaré Toby —me apresuré a decir.

—Yo también —ofreció Tom.

Desde la muerte de la abuelita, el abuelo hablaba de ella mucho más de lo que yo le había oído hablar desde mi primera infancia.

—¡Oh, Dios mío, esta vida es espantosa! —gritó Fanny—. Si se muere alguien más, ¡me largaré de aquí!

Sarah levantó la cabeza, miró fijamente a Fanny durante largo tiempo y desapareció por la segunda habitación, donde oí que los muelles de la cama chirriaban protestando, al tumbarse ella para llorar de nuevo.

Cuando el espíritu de la abuelita abandonó nuestra cabaña, todo el amor que nos mantenía unidos pareció desaparecer con él.

6

El final del camino

Por primera vez desde que la abuelita me la había dado, y aprovechando un momento en que todos estaban profundamente dormidos, me dirigí de puntillas al lugar secreto donde había escondido la maleta de mamá. La saqué de debajo de las viejas cajas llenas de trastos y, con suma cautela, sentada detrás de *Ole Smokey* para que Fanny no pudiese verme si se despertaba, saqué la muñeca.

Aquella muñeca novia, mágicamente hermosa, que era la imagen de mi madre para mí.

Sostuve en mis manos el largo y duro paquete durante un buen rato, recordando la noche de invierno en que la abuelita me lo había dado. Desde entonces, había hurgado una docena de veces en la maleta para acariciar alguna prenda, pero no había desenvuelto la muñeca. En muchas ocasiones había deseado contemplar aquella cara tan linda orlada de cabellos rubios y adorables; pero había temido que, si lo hacía, me resultaría demasiado dolorosa la idea de una madre que debió merecer un destino mejor del que había tenido. La débil voz de la abuelita, murmuró como un fantasma en mis oídos:

—Adelante, pequeña. Ya es hora de que aguces la mirada para ver lo que hay ahí. Muchas veces me pregunté por qué no jugabas con ella y no te ponías esos vestidos de fantasía.

Sentí que sus finos y blancos cabellos acariciaban mi cara y creí notar el frío viento invernal al tomar la elegante muñeca vestida de novia y desenvolverla. Contemplé su cara a la luz del fuego. Estaba deliciosa vistiendo su maravilloso traje blanco de encaje y su velo, con aquellos botones diminutos que lo abrochaban hasta debajo del mentón, con sus finas medias blancas y sus zapatos de seda y blanca, blancas también, que podían sacarse y ponerse de nuevo. Tenía ligas de satén azul, supongo que para llevar algo azul, y sostenía una pequeña Biblia blanca y dorada, con flores de azahar de seda y cintas blancas de satén, para llevar algo nuevo.

Incluso su ropa interior había sido exquisitamente confeccionada, con un sostén diminuto para sujetar los pequeños y duros senos, y, como desafiando la costumbre, había una rajita donde la mayoría de las muñecas aparecían sin sexo.

¿Por qué había sido fabricada de un modo diferente, más real?

La muñeca, y lo que había de significar en la vida de mi madre, era parte del misterio de ésta. Algún día, yo tendría que descubrirlo. Besé su carita y los ojos azules, miré tan de cerca que vi pequeñas motas verdes y grises y violetas en ellos, como en los míos. ¡Eran mis propios ojos!

Por la mañana, mientras Fanny había ido a visitar a una amiga y Tom estaba enseñando a Keith y Nuestra Jane a pescar, recordé que la abuelita me había dicho

que papá quiso tirar un día todo lo que mamá había dejado al morir, y que por eso ella había escondido la maleta y su contenido. Ahora yo había perdido a la abuelita. Mi mejor conexión con el pasado. Papá nunca me hablaría como lo había hecho ella. El abuelo, sin duda, no se había fijado siquiera en la muchacha a la que su hijo llamaba ángel.

—¡Oh! —suspiré al entrar Tom—. Mira, Tom, ésta es una muñeca que la abuelita me dijo que había pertenecido a mi verdadera madre. Una muñeca vestida de novia, hecha para que se le pareciese cuando ella no era más que una niña como yo. Mira lo que está escrito en el pie descalzo.

La sostuve de modo que él pudiese verlo, después de haberla vestido de nuevo decentemente, pero sin ponerle las medias y los zapatos.

Muñeca Retrato Original Tatterton
Ejemplar Único

—Ponle las medias y los zapatos y escóndela en seguida —murmuró Tom—. Fanny viene con Nuestra Jane y Keith, y esa cara es la tuya, o mucho me equivoco. Sería mala cosa dejar que Fanny destrozase algo tan hermoso.

—¿No te sorprende?

—Claro que sí, pero la descubrí hace tiempo y volví a guardarla por orden de la abuelita... Ahora date prisa, antes de que llegue Fanny.

Puse las medias y calcé los zapatos a la muñeca lo más deprisa que pude y envolví la maleta en la sucia y vieja colcha, escondiéndola de nuevo en un santiamén; sólo después enjuagué las lágrimas de mis mejillas.

—¿Todavía lloras por la abuelita? —me preguntó Fanny, que podía mostrar emociones de dolor y reír un segundo después—. Ahora está mejor que sentada aquí todo el día sin hacer nada, salvo sufrir y quejarse. Cualquier sitio tiene que ser mejor que éste.

Mi muñeca me compensaba de muchas cosas. Me compensaba, pensaba yo entonces, del mal humor de Sarah, de la enfermedad de papá, del hecho de no haber visto a Logan en una semana. ¿Dónde estaba él? ¿Por qué no me esperaba ya para acompañarme a casa? ¿Por qué no había venido a darme el pésame por la abuelita? ¿Por qué no iban él y sus padres a la iglesia? ¿Qué clase de afecto me demostraba, después que me había besado?

Entonces creí adivinarlo. Sus padres se habían enterado de la enfermedad de papá y no querían que su único hijo frecuentase a una escoria montañesa como yo. No me encontraban lo bastante buena para él, aunque yo no padeciese sífilis.

Era mejor no pensar. O hacerlo sólo en la muñeca y en el secreto de por qué mi madre, ya mayor, había querido que hiciesen una muñeca que se le pareciese.

Nada, salvo la muerte, podía impedirnos ir a la iglesia, y allí nos encaminamos,

orgullosos, llevando nuestros viejos harapos, lo mejor que teníamos, con Sarah abriendo la marcha, ya que papá se había llevado la camioneta y no venía a recogerlos. Yo asía la manaza huesuda del abuelo y tenía que tirar de él, como tiraba de Nuestra Jane, que daba la otra mano a Keith.

Todos los que estaban en la iglesia volvieron la cabeza para mirarnos, como si una familia tan desgraciada como la nuestra sólo pudiese estar compuesta de indignos pecadores.

Estaban cantando cuando entramos, cantando con sus espléndidas voces, bien adiestradas, puesto que ellos asistían a la iglesia tres veces a la semana, mientras que nosotros sólo acudíamos los domingos.

*Roca de los Siglos, ábrete para mí,
Deja que me esconda en ti...*

Escondarse, ¡qué palabra tan adecuada! Todos nosotros deberíamos hacerlo así hasta que papá recobrase la salud, Sarah pudiese reír de nuevo y Nuestra Jane dejase de llorar por una abuelita que se había ido y ya no podía abrazarla. Pero no había un lugar donde ocultarnos.

Entonces, al día siguiente, Logan se presentó delante de mi armario en el colegio, sonriéndome con los ojos aunque mantenía serios los labios.

—¿Me has añorado esta semana que he estado fuera? Quise decirte que mi abuela había enfermado y debíamos ir a verla, pero teníamos el tiempo justo para tomar el avión.

Le miré fijamente, tristes y muy abiertos los ojos.

—¿Cómo está tu abuela ahora?

—Bien. Sufrió un pequeño ataque, pero cuando nos marchamos parecía estar mucho mejor.

—Me alegro —dije con voz ahogada.

—¿He dicho algo que te haya molestado? ¡Seguro que sí! Heaven, ¿no nos juramos que siempre habría sinceridad entre nosotros? ¿Por qué estás llorando?

Incliné la cabeza y le conté lo de mi abuela, y él pronunció las palabras adecuadas para consolarme. Lloré un rato sobre su hombro y, con su brazo, rodeándome los míos, enfilamos el sendero hacia mi casa.

—¿Y qué me dices del niño que esperaba tu madrastra? —preguntó Logan, pareciendo alegrarse de que Tom y Fanny se mantuviesen alejados con Nuestra Jane y Keith.

—Nació muerto —respondí secamente—. La abuelita murió el mismo día... Supongo que todos nos quedamos un poco atontados, al perderlos a los dos al mismo tiempo.

—¡Oh, Heaven! No es de extrañar tu curiosa actitud cuando te dije que mi abuela

se había recobrado. Lo siento, lo siento en el alma. Espero que alguien me diga, algún día, las palabras que tendría que pronunciar en momentos como éste. Ahora no sé qué decirte..., salvo que estoy seguro de que habría querido a tu abuelita tanto como tú.

Sí, Logan habría querido a la abuelita, aunque ésta hubiese fastidiado a sus padres. Como les fastidiaría el abuelo, si alguna vez...

Al día siguiente, Miss Deale me pidió que me quedase unos minutos después de la clase.

—Ve tú a buscar a Nuestra Jane y a Keith —murmuré a Tom antes de subir a la tarima.

Estaba ansiosa de encontrarme con Logan, y ansiosa de evitar a una maestra, que a veces hacía demasiadas preguntas, a las que yo no sabía si tenía que contestar.

Ella me miró durante largo rato, como si viese, al igual que Logan, que mis ojos habían cambiado. Yo sabía que tenía ojeras y que estaba perdiendo peso; pero, ¿qué más podía ella ver?

—¿Qué tal marchan las cosas para ti? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos, como para impedir que le mintiese.

—Bien, muy bien.

—Me he enterado de lo de tu abuela, Heaven, y siento que hayas perdido a una persona a la que querías tanto. Te veo con frecuencia en la iglesia y por eso sé que tienes la misma fe que ella profesaba y que crees que nuestras almas son eternas.

—Quiero creerlo..., lo deseo...

—Todos lo queremos —dijo ella con suavidad, apoyando una mano sobre la mía.

Suspiré profundamente, esforzándome por no llorar. Y, sin querer ser indiscreta ni faltar a la lealtad debida a mi familia, tuve que contarle lo que estaba segura que otros le habrían dicho ya.

—Supongo que la abuela murió de un ataque al corazón —dije, antes de que las lágrimas acudiesen a mis ojos—. Sarah tuvo un hijo muerto y sin sexo, y papá se marchó; pero, por lo demás, estamos todos bien.

—Sin sexo... Todos los niños son varones o hembras, Heaven.

—Lo mismo pensaba yo, hasta que ayudé en el parto. No se lo diga a nadie, por favor, pues Sarah se disgustaría mucho si se supiese... Pero su último hijo no tenía órganos genitales.

Ella palideció.

—¡Oh...! Lamento mi falta de tacto. Oí algunos rumores, pero siempre procuro no escucharlos. Desde luego, la Naturaleza crea fenómenos a veces. Aunque, como todos los hijos de tu padre son tan hermosos, pensé, naturalmente, que tu madre tendría otra criatura perfecta.

—Miss Deale, es extraño que no le hayan dicho nada acerca de mí: Sarah no es mi madre. Mi padre se casó dos veces. Yo soy hija de su primera esposa.

—Lo sé —murmuró ella en voz baja—. Me han hablado de la primera esposa de tu padre, de lo adorable que era y de lo joven que murió.

Se puso colorada y pareció incómoda; después, empezó a arrancar motas a su caro vestido de punto.

—Suponía que querías mucho a tu madrastra y que te gustaba fingir que era tu madre —continuó.

—Es verdad que me gusta —sonreí—. Ahora tengo que marcharme, si no quiero que Logan acompañe a otra chica a casa. Gracias, Miss Deale, por su buena amistad; por instruirnos; por hacer que Tom y yo nos sintamos a gusto. Bueno, precisamente esta mañana decíamos Tom y yo que el colegio sería una lata sin nuestra maravillosa Miss Deale.

Riendo entre dientes y sonriendo con los ojos húmedos, me tocó la mano y me despidió diciendo:

—Cada vez que te veo me pareces más bonita, Heaven..., pero fíjate una meta desde ahora. No renuncies a ella para hacer como esas chicas afanosas de casarse cuanto antes.

—¡No se preocupe por eso! —dije, dirigiéndome a la puerta—. Tendré treinta años al menos cuando me meta en la cocina de un hombre para cocerle los bizcochos y lavar su ropa sucia... ¡Y darle un hijo cada año!

Y salí corriendo de la clase para ir al sitio donde pensaba que me esperaba Logan.

Aquel día era soleado y templado en el valle, con gruesas nubes blancas volando en dirección a Londres, París y Roma, mientras yo corría hacia un sitio donde una pandilla de seis o siete muchachos chillaba.

—¡Eres un marica de la ciudad! —gritó un bruto llamado Randy Mark a un chico sucio y hecho un asco que me dejó boquiabierto al ver que era Logan.

¡Oh! Por fin la habían emprendido con él, cosa que él decía que no harían nunca. Estaba en el suelo, luchando contra otro muchacho de su edad. Tenía rasgada una manga de la camisa, hinchado y enrojecido el mentón, y le caían los cabellos sobre la frente.

—Heaven Casteel no es más que una puta como su hermana. ¡A nosotros no nos deja, pero a ti sí!

—¡No es verdad! —rugió Logan, congestionado el semblante y tan furioso que parecía echar humo, mientras hacía una buena presa en una pierna de Randy y se la retorció despiadadamente—. ¡Retira todas tus calumnias acerca de Heaven! ¡Es la muchacha más decente y honrada que he conocido en mi vida!

—¡Porque no sabes distinguir las manzanas podridas de las buenas! —chilló otro muchacho.

¿Quién habría empezado todo esto, y qué habrían dicho? Miré a mi alrededor y vi a una chica de mi clase que siempre se burlaba de mi ropa harapienta y que se reía maliciosamente en ese momento. Corrí hacia el sitio donde se hallaba agazapado Tom, dispuesto a intervenir en la pelea.

—Tom —le grité—, ¿por qué no ayudas a Logan?

—Lo haría si no supiese que esto convencería a los otros de que él no sabe luchar.

Logan tiene que resolverlo, Heavenly, o sería una vergüenza para él que yo hubiese tenido que ayudarlo.

—¡Pero tú sabes que los chicos de la montaña no juegan limpio!

—No importa. Debe hacer como ellos, o siempre se meterán con él.

Fanny saltaba, terriblemente excitada, como si Logan estuviese luchando por su honor y no por el mío. Keith empujó a Nuestra Jane hacia los columpios y empezó a mecerla para que no llorase al ver sufrir a uno de sus amigos. ¡Qué sensato era Keith!, pensé, antes de volver a mirar a los contendientes que se debatían en el suelo.

Era terrible permanecer allí, contemplando cómo atacaban aquellos chicos a Logan, uno detrás de otro, sin darle tiempo a recobrar el aliento antes de que otro muchacho saltase al cuadrilátero que habían dibujado en el suelo y la emprendiese a puñetazos contra él. Logan sangraba, tenía la cara magullada e hinchada y el ojo izquierdo medio cerrado. Agarré a Tom, casi llorando.

—Tom, ¡tienes que ayudarlo ahora!

—No..., espera..., lo está haciendo muy bien.

¿Cómo podía decir eso si Logan parecía hallarse diez veces peor que cualquiera de los otros?

—Le están matando, ¡y tú dices que lo está haciendo muy bien!

—No le van a matar, tontuela. Sólo están comprobando si tiene lo que hay que tener.

—¿LO QUE HAY QUE TENER? —chillé, dispuesta a intervenir yo misma y ayudar a Logan.

Pero Tom me agarró y me detuvo.

—No te atrevas a avergonzarle con tu ayuda —murmuró en tono apremiante—. Mientras siga encajando golpes y replicando a ellos, lo respetarán. Si tú lo ayudases, todo habría terminado para él.

Mientras yo estaba allí observándole, estremeciéndome por cada golpe que recibía y gritando desafortadamente cada vez que él propinaba uno, Logan miró rápidamente en mi dirección, esquivó un puñetazo y largó un rápido *uppercut*. Grité para animarle, sintiéndome tan violenta como cualquiera de las chicas allí presentes.

Logan estaba encima de su adversario, y éste empezó a chillar.

—Ahora, pide perdón... ¡Retira todo lo que has dicho sobre mi novia! —le ordenó Logan.

—Tu novia es una Casteel... ¡y ningún Casteel es bueno!

—Retira lo que has dicho o te romperé el brazo.

Logan le retorció furiosamente el brazo y el chico gritó, pidiendo clemencia:

—¡Lo retiro!

—Discúlpate con ella, ahora que está aquí y puede oírte.

—¡Tú no eres como tu hermana Fanny! —gritó el muchacho, antes de que le rompiesen el brazo—. Pero seguro que ella va a ser una maldita puta. ¡Todo el pueblo lo sabe!

Fanny corrió hacia él y le dio varias patadas fuertes, mientras los demás se reían. Sólo entonces, Logan soltó el brazo del muchacho, le hizo dar la vuelta y le lanzó un puñetazo a la mandíbula. Inmediatamente, todos dejaron de gritar y contemplaron aquel cuerpo caído inconsciente, mientras Logan se levantaba, se sacudía la ropa y miraba, echando chispas, a todos los presentes, salvo a Tom y a mí.

Era curioso cómo desaparecieron todos, dejándonos a Tom, a Fanny y a mí plantados allí, mientras Keith y Nuestra Jane seguían usando los columpios del patio sin prestar atención a la pelea. Tom se acercó corriendo a Logan y le dio unas palmadas en la espalda.

—Has estado magnífico, chico, ¡realmente magnífico! Aquel gancho de derecha fue perfecto. Giraste sobre la pierna izquierda en el momento exacto... Ni yo mismo lo habría hecho mejor.

—Gracias por darme las lecciones —murmuró Logan, que parecía aturdido y terriblemente agotado—. Ahora, si no te importa, entraré en el colegio para lavarme. Si llegase a casa con este aspecto, creo que mi mamá se desmayaría.

Entonces me sonrió.

—¿Querrás esperarme, Heaven, hasta que vuelva?

—Claro que sí.

Contemplé sus contusiones y su ojo morado.

—Gracias por defender mi honor...

—¡Ha defendido el honor de *todos* nosotros, imbécil! —chilló Fanny.

Después, ¡válgame Dios!, corrió a abrazar a Logan y lo besó en los hinchados y sangrantes labios.

Era yo quien hubiese tenido que hacerlo.

Logan se dirigió al colegio, mientras Tom agarraba del brazo a Fanny, llamaba a Nuestra Jane y a Keith, y se encaminaban los cuatro hacia nuestro sendero. Me quedé sola en el patio y esperé a que Logan saliese del salón de descanso de los chicos. Me senté en el columpio que había usado Nuestra Jane y me di impulso, elevándome cada vez más, echándome hacia atrás y balanceándome de manera que mis cabellos sueltos casi barrían el suelo. Desde la muerte de la abuelita no me había sentido tan contenta. Cerré los ojos y me elevé aún más en el columpio.

—¡Eh! ¡Baja del cielo para que te acompañe a casa antes de que anochezca y podamos charlar por el camino!

Logan parecía un poco más limpio y menos maltrecho cuando yo arrastré los pies para frenar el columpio.

—No te han hecho mucho daño, ¿verdad? —le pregunté, preocupada.

—No, no mucho.

Me miró con su único ojo ileso.

—¿Tanto te importa?

—Claro que sí.

—¿Por qué?

—Bueno..., no lo sé, salvo que..., bueno, dijiste que era tu novia. ¿Soy tu novia, Logan?

—Si lo dije, debe ser verdad. A menos que tú te opongas.

Ya me había levantado, y él me asió la mano, tirando suavemente de mí en dirección al sendero de montaña que ascendía y ascendía en espiral.

Winnerrow tenía una sola calle principal y todas las demás partían de ésta. Aunque situado en el centro de la población, el colegio parecía apoyarse en la cadena montañosa. La villa no podía librarse de los Willies circundantes.

—Todavía no me has contestado —dijo Logan, cuando llevábamos quince minutos sin hablar, asidos de la mano y mirándonos a menudo.

—¿Dónde estuviste el pasado fin de semana?

—Mis padres quisieron ver el college al que tendré que ir. Pensaba decírtelo, pero no tienes teléfono y no tuve tiempo de ir hasta tu casa.

Volvíamos a lo mismo. Sus padres no querían que me viese, o él habría encontrado tiempo para ello. Me volví, le rodeé la cintura con los brazos y apoyé la frente en su sucia y rasgada camisa.

—Me entusiasma ser tu novia, pero tengo que advertirte una cosa: no pienso casarme hasta que esté en condiciones de ganarme la vida y de ser alguien. Quiero que mi nombre signifique algo cuando haya muerto.

—¿Buscas la inmortalidad? —Me pinchó él, estrechándome más fuerte y hundiendo la cara en mis cabellos.

—Algo así. Mira, Logan, un día vino un psiquiatra a nuestra clase y dijo que hay tres clases de personas. Primera: los que sirven a los otros. Segunda: los que vienen al mundo para proveerle de aquellos que sirven a otros. Tercera y última: los que no pueden sentirse satisfechos a menos que alcancen la meta por sí solos, no sirviendo a los demás sino por sus propios méritos y talento; que producen, pero no haciéndolo por medio de sus hijos. Yo pertenezco a la tercera clase. Tengo un lugar reservado en este mundo para mí y para las dotes innatas que poseo..., y no lo encontraría si me casara contigo.

Él carraspeó.

—¿No crees que estás exagerando la situación, Heaven? No te pido que seas mi esposa, sino sólo mi novia.

Me aparté de él con rapidez.

—Entonces, ¿no quieres realmente casarte conmigo algún día?

Él abrió los brazos en ademán de impotencia.

—Heaven, ¿podemos predecir el futuro y saber lo que queremos cuando tengamos veinte, veinticinco o treinta años? Toma lo que te ofrezco ahora y deja que el futuro resuelva lo que ha de ser.

—¿Y qué me ofreces ahora? —le pregunté, recelosa.

—Sólo mi persona, mi amistad. El derecho a besarte de vez en cuando, a estrecharte la mano, a tocar tus cabellos, a llevarte al cine, a escuchar tus sueños,

como tú escuchas los míos, y a hacer alguna tontería de tarde en tarde. Construir un pasado que después nos gustará recordar: eso es todo.

Era bastante.

Proseguimos nuestro paseo asidos de la mano, y me gustó llegar a la cabaña bajo la luz del crepúsculo que parecía adornar la casita acurrucada en la falda del monte. A fin de cuentas, él sólo tenía un ojo útil, y yo sabía que no podría ver, tal como era, la sordidez del lugar donde vivíamos hasta que entrase en él.

Me volví y tomé su cara entre las palmas de mis manos.

—Logan, ¿estaría bien, y yo me parecería demasiado a Fanny, si te besara sólo una vez por ser tal y como quiero que seas?

—Creo que podría soportarlo.

Deslicé con lentitud los brazos alrededor de su cuello (¡qué horrible parecía su ojo amoratado a tan poca distancia!), cerré los párpados y fruncí los labios, besé aquel ojo hinchado, la mejilla herida y, finalmente, sus labios. Él estaba temblando. Yo también.

Me daba miedo añadir otra palabra, miedo de que la realidad estropease la dulzura de lo que teníamos en ese momento.

—Buenas noches, Logan. Hasta mañana.

—Buenas noches, Heaven —murmuró él, como si hubiese perdido la voz—. Hoy ha sido un gran día, sí, un gran día...

En aquella hora del crepúsculo en que la abuelita solía llamar melancólica, observé a Logan hasta que se perdió de vista y desapareció en la oscuridad, antes de volverme y entrar en la cabaña que, inmediatamente, deprimió mi ánimo exaltado. Sarah había renunciado a todo intento de mantener limpia, o al menos ordenada, la barraca. Las comidas que antes habían sido adecuadas se habían ido convirtiendo en refrigerios a la buena de Dios a base de pan y gachas, sin legumbres o verduras, y, en raras ocasiones, comíamos pollo o jamón. Las lonchas de tocino habían quedado reducidas a un recuerdo en el que era mejor no pensar. El huerto, donde la abuelita y yo habíamos pasado tantas horas arrancando hierbajos y sembrando semillas, estaba descuidado totalmente. Las hortalizas se pudrían en el suelo. Como papá nunca venía a casa, no había cerdo salado ni jamón en la despensa para dar mejor sabor a nuestra sopa de alubias o coles o espinacas o nabos. Nuestra Jane se mostraba melindrosa, negándose a comer o vomitando lo que tomaba; Keith lloraba constantemente porque nunca le dábamos bastante de comer, y Fanny no hacía más que quejarse.

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo? —grité, mirando a mi alrededor—. Fanny, ve al pozo, llena el cubo, y tráelo con agua hasta los bordes, no sólo unos cuantos vasos como sueles hacer. Tom, ve al huerto y arranca lo que haya en él en condiciones de comerlo. Nuestra Jane, ¡deja de llorar! Keith, distrae a Nuestra Jane para que se esté quieta y yo pueda pensar.

—¡No me des órdenes! —gritó Fanny—. ¡No tengo que obedecerte! Sólo porque un muchacho se ha peleado por ti, ¡no debes considerarte la reina de esta montaña!

—Tienes que obedecer a Heaven —me apoyó Tom, dando un empujón a Fanny hacia la puerta—. Ve al manantial y trae verdadera agua fresca.

—¡Allí está muy oscuro! —gimió Fanny—. ¡Ya sabes que me espanta la oscuridad!

—Está bien. Iré yo a buscar agua al manantial y tú arrancarás las hortalizas y dejarás de replicar..., ¡o seré yo el rey de la montaña y te daré diez fuertes azotes en el culo!

Aquella noche, mientras yacía en su jergón y me miraba compasivamente, Tom murmuró:

—Heaven, siento en el fondo de mi corazón que esto cambiará un día para todos nosotros. Mamá volverá a ser lo que era y preparará de nuevo buenas comidas. Limpiaré la casa y tú no tendrás tanto que hacer. Papá volverá curado y será mejor con nosotros. Creceremos, nos graduaremos en la escuela superior, iremos a la Universidad, seremos tan listos que ganaremos montones de dinero y viajaremos en grandes automóviles, viviremos en mansiones, tendremos criados y nos reiremos de haber pensado que nuestra suerte era dura, sin sospechar que las cosas buenas pudiesen ser para nosotros. Nuestra situación actual hace que seamos resueltos, audaces, mejores que los que tienen un camino fácil... Al menos, así lo dice Miss Deale. Con frecuencia, no hay mal que por bien no venga.

—No me compadezcas. Sé que algún día mejorarán las cosas —dije, enjugándome unas lágrimas de flaqueza.

Él se arrastró sobre el jergón para abrazarme, y sus fuertes y jóvenes brazos me dieron sensación de calor, de seguridad.

—Yo puedo ir en busca de papá, y tú habla con mamá.

—Mamá —dije a la mañana siguiente, esperando animarla con una charla casual antes de entrar en cuestiones serias—, hace sólo unas horas que pensé que me había enamorado.

—Serás una maldita estúpida si lo haces —farfulló Sarah, mirando mi figura que estaba adquiriendo definitivamente las formas de mujer—. Vete de esta montaña, vete lejos de aquí, antes de que algún hombre te haga un crío —me advirtió—. Vete lo más deprisa y lo más lejos que puedas antes de convertirte en lo que soy yo.

Afligida, rodeé a Sarah con mis brazos.

—Mamá, no digas esas cosas. Papá vendrá a casa pronto y traerá la comida que necesitamos. Siempre vuelve antes de que estemos hambrientos realmente.

—Sí, vaya si lo hace.

El semblante de Sarah adquirió una fea expresión.

—En el momento preciso, nuestro querido Luke vuelve a casa, harto de putas y de bebida, y arroja las bolsas de comida sobre la mesa, como si nos trajese oro en lingotes. Eso es cuanto hace por nosotros, ¿no?

—Mamá...

—¡YO NO SOY TU MADRE! —chilló Sarah, con rostro enrojecido y febril—.

¡Nunca lo fui! ¿Dónde está la inteligencia que te imaginas tener? ¿No ves que no te pareces a mí en nada?

Se quedó plantada sobre los pies descalzos, desgreñados los largos cabellos rojos, que no había lavado ni peinado ni cepillado desde que su hijo había nacido muerto, como tampoco se había bañado ella en más de un mes.

—Voy a marcharme de este agujero infernal, y, si tú sabes lo que te haces, no tardarás en imitarme.

—Mamá, por favor, ¡no te vayas! —grité desesperada, tratando de asirle las manos—. Aunque no seas mi verdadera madre, yo te quiero, ¡te quiero! Siempre te he querido. Por favor, ¡no te vayas y nos dejes solos! ¿Cómo podríamos ir al colegio y dejar al abuelo? Éste no anda tan bien como cuando vivía la abuela. Ya no puede partir leña. Apenas puede hacer nada. Por favor, mamá.

—Tom puede partir la leña —dijo ella con tranquilidad fatal, como si hubiese resuelto marcharse sin preocuparse de nosotros.

—Pero Tom tiene que ir al colegio; se necesita más de una persona para talar árboles y cortar leña suficiente para todo el invierno, y papá no está.

—Ya os apañaréis. ¿No ha sido siempre así?

—¡No puedes marcharte así, mamá!

—Puedo hacer lo que me dé la gana. ¡A Luke le estará bien empleado!

Fanny la oyó y vino corriendo.

—Mamá, llévame contigo, por favor, ¡por favor!

Sarah empujó a Fanny y se echó hacia atrás para mirarnos a las dos con tranquila indiferencia. ¿Quién era esa mujer de cara impávida a la que todo le tenía sin cuidado? No era la madre a quien yo había conocido siempre.

—Buenas noches —dijo junto a la cortina que era la puerta de su dormitorio—. Vuestro papá vendrá cuando lo necesitéis. ¿No lo hace siempre?

Creo que el olor de la fruta que había sobre la mesa fue lo que me hizo cosquillas en la nariz y me despertó.

¡Cuánta comida había allí amontonada! ¿De dónde había salido, si nuestra despensa estaba vacía la noche anterior? Cogí una manzana y la mordí. Fui a llamar a Sarah para decirle que papá había venido mientras dormíamos y nos había traído comida. Al apartar la gastada cortina, me quedé helada, clavados los dientes en la roja manzana, con los ojos desorbitados... Sarah no estaba allí. La cama aparecía deshecha y vi una nota sobre el colchón.

Durante la noche, y aprovechando nuestro sueño, Sarah se había marchado a hurtadillas, dejando una nota para que se la entregásemos a papá cuando volviese..., si es que volvía.

Sacudí a Tom para despertarle y enseñarle la nota. Él se sentó en el jergón, frotándose los ojos, y la leyó tres veces antes de comprender lo que pasaba. Se le

cortó la respiración e hizo esfuerzos por no llorar. Ambos teníamos catorce años entonces. Los aniversarios se sucedían sin fiestas ni clase alguna de celebración para marcar nuestros cumpleaños.

—¿Qué hacéis levantados tan temprano? —gruñó Fanny.

Estaba malhumorada, como siempre que se despertaba y sentía los huesos doloridos por las duras tablas y la delgadez del jergón que separaba su esqueleto del suelo.

—No huelo a bizcochos cociéndose, ni a tocino friéndose... No veo gachas en la cacerola —se impacientó.

—Mamá se ha ido —le dije, con voz débil.

—Mamá nunca haría eso —contestó ella, sentándose y mirando a su alrededor—. Está en el retrete.

—Mamá no le deja notas a papá cuando va al retrete —razonó Tom—. Todas las cosas han desaparecido..., las pocas que tenía.

—Pero la comida, la comida; veo alimentos sobre la mesa —chilló Fanny.

Se levantó de un salto y corrió a coger un plátano.

—Apuesto a que papá volvió y trajo todas estas cosas... Y él y mamá están por ahí, en algún sitio, peleándose.

Al pensar mejor en todo aquello, me pareció muy probable que papá hubiese entrado por la noche, dejado la comida sobre la mesa y salido sin decir una palabra a nadie; y quizás el hecho de encontrar allí todos aquellos alimentos y saber que papá no se había tomado la molestia de quedarse, o de saludarla al menos, había dado el motivo definitivo a Sarah para marcharse, pensando que nos dejaba comida suficiente para alimentarnos hasta que él volviese.

¡Qué extraño! Nuestra Jane y Keith se tomaron la ausencia de Sarah como si siempre hubiesen vivido sobre un suelo inestable y Sarah no les hubiese dado el cariño suficiente para que vieses un cambio en la situación. Ambos vinieron corriendo hacia mí y se miraron a la cara.

—Hev-lee —gritó Nuestra Jane—, tú no vas a marcharte, ¿verdad?

¡Cuánto temor en aquellos grandes ojos de color agua marina! ¡Qué hermosa la carita de muñeca que me miraba con tanta fijeza! Le revolví los rojizos cabellos rubios.

—No, querida, yo me quedo. Keith, acércate para que pueda darte un fuerte abrazo. Hoy tendremos manzanas fritas y morcilla para el desayuno, con bizcochos..., y mira, papá nos ha traído margarina. Algún día comeremos verdadera mantequilla, ¿no es cierto, Tom?

—Bien, espero que sí —contestó, cogiendo el paquete de margarina—, pero ahora me contentaré con esto. Bueno, ¿crees realmente que papá vino esta noche, como Santa Claus, y nos dejó todo esto?

—¿Quién más podría ser?

Tuvo que darme la razón. Por muy odioso y ruin que fuese papá, procuraba que

estuviésemos bien alimentados y tuviésemos el mayor calor posible.

A partir de ese momento, la vida se redujo a lo fundamental. Sarah se había escapado y la abuelita estaba muerta.

El abuelo ya no podía hacer nada, salvo estar sentado, con la mirada perdida, tallando madera. Fui a la mecedora donde había dormido toda la noche, doblado sobre sí mismo y con aire desdichado; lo tomé de la mano y le ayudé a levantarse.

—Tom, acompaña al abuelo al retrete mientras yo preparo el desayuno, y, cuando haya comido, dale más madera para tallar; no puedo soportar verle así, sin hacer nada.

Supongo que, en un día tan desgraciado, el desayuno facilitó un poco las cosas; pudimos comer morcillas calientes, manzanas fritas y patatas, y bizcochos con algo que tenía que saber tan bien como la mantequilla.

—Ojalá tuviésemos una vaca —dijo Tom, pensando que ninguno de nosotros tomábamos suficiente leche—. Ojalá no se hubiese jugado papá la última que nos quedaba.

—Podrías robar una —sugirió Fanny, que entendía mucho de eso—. Skeeter Burl posee ahora la que era nuestra. Papá no tenía derecho a jugarse nuestra vaca; por consiguiente, debes recuperarla, Tom.

Yo sentía un vacío en mi interior, llena de preocupaciones demasiado graves para mis pocos años. Cuando lo pensé mejor, me di cuenta de que había muchas chicas de mi edad que tenían una familia propia. Sin embargo, aquellas chicas no deseaban, como yo, una educación superior. Se contentaban con vivir sus vidas de esposas y madres, y con morar en barracas. Si sus maridos las pegaban una vez a la semana, pensaban que era porque se lo merecían.

—¿No vienes, Heaven? —preguntó Tom, preparándose para ir al colegio.

Miré al abuelo de nuevo y después a Nuestra Jane, que no se encontraba muy bien. Apenas había probado el mejor desayuno que habíamos tenido en muchas semanas.

—Ve tú, Tom, y llévate a Fanny y a Keith. No soy capaz de dejar a Nuestra Jane cuando se encuentra mal. Además, no quiero ver al abuelo sentado ahí, sin hacer nada, meciéndose y olvidándose de que le conviene andar un poco.

—Él se encuentra bien. Puede cuidar de Nuestra Jane.

Yo sabía que, a pesar de decirlo, ni él mismo se lo creía. Se ruborizó y agachó la cabeza; me pareció tan desgraciado que sentí de nuevo ganas de llorar.

—Dentro de unos días lo arreglaremos todo, Tom. La vida seguirá igual, ya lo verás.

—Yo me quedaré —se ofreció Fanny—. Cuidaré de Nuestra Jane y del abuelo.

—Una solución perfecta —convino Tom, entusiasmado—. Fanny no va a terminar la segunda enseñanza. Y es lo bastante mayor para hacer cosas sencillas.

—Muy bien —dije yo, para ver su reacción—. Primero tendrás que dar un baño frío a Nuestra Jane, Fanny. Cuida de que beba ocho vasos de agua durante el día; haz que coma un poco de vez en cuando. Acompaña al abuelo cuando vaya y vuelva del retrete, y haz todo lo posible para limpiar y ordenar la casa.

—Iré al colegio —declaró Fanny—. No quiero ser la esclava del abuelo ni hacer de madre a Nuestra Jane. Iré donde están los chicos.

Tenía que habérmelo imaginado. Tom se dirigió hacia la puerta de mala gana.

—¿Qué debo decirle a Miss Deale?

—¡No le digas que Sarah se marchó y nos dejó abandonados! —le respondí vivamente—. Lo único que debes decirle es que me he quedado en casa para cuidar al abuelo, que no se encuentra bien, y a Nuestra Jane, que está enferma. Eso es todo lo que tienes que comunicarle, ¿de acuerdo?

—Ella podría ayudarnos.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero apuesto a que se le ocurriría algo.

—Thomas Luke, si quieres alcanzar tu meta en la vida, no tienes que andar por ahí pidiendo ayuda. Debes enfrentarte con cualquier dificultad y buscarle tus propias soluciones. Tú y yo juntos sacaremos esta familia adelante y encontraremos la manera de permanecer sanos y salvos. Di lo que quieras, pero impide que Logan y Miss Deale se enteren de que mamá nos ha abandonado..., porque puede volver en el momento menos pensado, cuando se dé cuenta de que ha obrado mal. Y no querríamos avergonzarla, ¿verdad?

—No —suspiró él, y pareció aliviado—. Seguro que volverá cuando lo piense mejor y comprenda que lo peor que ha podido hacer es marcharse.

Asió la mano derecha de Keith, Fanny cogió la izquierda de éste, y los tres echaron a andar hacia el colegio, dejándome plantada en el porche con Nuestra Jane en brazos. La pequeña se echó a llorar al ver que Keith se iba, resignado, al colegio, mientras yo lamentaba no poder ir con ellos.

Lo primero que hice, después de bañar a Nuestra Jane y acostarla en la gran cama de metal, fue dar al abuelo sus cuchillos y sus trozos de madera de primera calidad.

—Talla algo que le hubiese gustado a la abuelita; una coneja de grandes y tristes ojos, por ejemplo. A la abuelita le gustaban mucho las conejas, ¿no es cierto?

Pestañeó un par de veces, miró la mecedora vacía que se negaba a usar, aunque era la mejor, y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus arrugadas mejillas.

—Para Annie —murmuró, mientras tomaba su cuchillo predilecto.

Volví mi atención a Nuestra Jane y traté de que su fiebre bajase dándole más hierbas medicinales, pensando en lo que habría hecho la abuelita en un caso así; después, empecé a realizar todas las tareas que Sarah solía hacer antes de abandonarnos.

Tom pareció muy afligido cuando, al venir del colegio con la esperanza de que mamá hubiese vuelto, se encontró con que no había sido así.

—Supongo que ahora tendré que hacer de cabeza de familia —dijo, como abrumado por todo lo que se le venía encima—. No habrá dinero en casa, si alguien no sale a ganarlo. Es difícil encontrar trabajo en un taller si no se poseen las herramientas adecuadas. Las tiendas no regalan la comida, y la que hay ahora no va a durarnos mucho. Además, seguro que necesitamos zapatos nuevos. Tú no puedes ir al colegio con los que tienes, Heavenly.

—No podré ir, con zapatos o sin ellos —dije con voz apagada, moviendo los dedos de los pies, que sobresalían de los zapatos, pues éstos me estaban demasiado pequeños y había tenido que cortarlos por delante—. Sabes que no puedo dejar solo al abuelo, y Nuestra Jane está demasiado delicada para volver a la escuela. Si al menos tuviésemos el dinero necesario para llevarla a un médico, Tom...

—Los médicos no curan lo que ella tiene —murmuró el abuelo, agachando todavía más la cabeza—. Hay algo en el interior de Nuestra Jane que no funciona bien, y ningún médico puede darle lo que necesita.

—Pero, ¿cómo estás tan seguro, abuelo? —repliqué.

—Annie tuvo una vez un pequeño que era como Nuestra Jane. Lo ingresaron en el hospital, eso fue lo que hicieron. Nos costó, a Annie y a mí, todos nuestros ahorros..., y no sirvió de nada. Era mi hijo más cariñoso, y murió el domingo de Pascua. Yo me dije que era como Cristo en la cruz, demasiado bueno y dulce para este viejo y pícaro mundo.

Hete aquí que el abuelo se puso a hablar por los codos, como hacía la abuelita, siendo así que nunca había hablado mucho mientras ella vivía.

—Abuelo, ¡no digas esas cosas!

—No, abuelo —intervino Tom, asiendo mi mano con fuerza—. Los médicos pueden salvar a las personas de la muerte. La Medicina progresa de año en año. Lo que mató a tu hijo no tiene que matar a Nuestra Jane.

Tom me miró fijamente, con los ojos muy abiertos y asustados, mientras nos disponíamos a acostarnos, después de una cena compuesta de más patatas fritas, morcillas, bizcochos, gachas con especias, y manzanas para postre. Sus ojos habían perdido toda su energía.

—¿Qué vamos a hacer, Heavenly?

—No te preocupes, Tom. Tú, Fanny, Keith y Nuestra Jane iréis al colegio. Yo me quedaré en casa para cuidar del abuelo; y, al mismo tiempo, lavaré la ropa y prepararé la comida. Sé cómo hay que hacerlo —terminé, en tono desafiante.

—Pero es a ti, no a Fanny a quien le gusta ir al colegio.

—No importa. Fanny no es lo bastante responsable para quedarse en casa y dirigirlo todo.

—Se porta adrede de esa manera —me contestó Tom, con lágrimas en los ojos—. Heavenly, digas lo que digas, voy a contárselo a Miss Deale. Tal vez se le ocurra algo que pueda sernos útil.

—¡No! No puedes hacerlo. Nosotros tenemos nuestro orgullo, Tom, aunque no

poseamos nada más. Conservemos algo que podamos apreciar.

El orgullo era muy importante para los dos. Tal vez porque podíamos gozar de él con libertad y eso hacía que nos sintiésemos importantes. Nosotros, Tom y yo, teníamos que ponernos a prueba ante el mundo, y también ante nosotros mismos. Fanny no estaba incluida en ese pacto. Ya nos había demostrado que no era digna de nuestra confianza.

Hay que apañarse

Tom volvía todos los días apresuradamente para ayudarme a lavar la ropa, fregar el suelo y cuidar de Nuestra Jane; después cortaba leña, siempre tenía que cortar leña. A veces, corríamos como locos, tratando de recuperar los cerdos y cochinitos que se habían escapado a través de la frágil valla, mientras que nuestras gallinas eran comidas, una a una, por los linceos o los zorros, o robadas por los vagabundos.

—¿Ha preguntado Logan por mí? —inquirí después de haber faltado tres días al colegio.

—Desde luego. Vino a mi encuentro al salir de la clase y me preguntó dónde estabas, cómo te encontrabas y por qué no habías ido. Le dije que Sarah se encuentra enferma todavía, y también Nuestra Jane, y que tenías que quedarte en casa para cuidarles a todos. Bueno, jamás había visto una cara tan triste.

Yo me alegré de que Logan se preocupase tanto y, al mismo tiempo, sentí irritación por hallarme tan atrapada por todos nuestros problemas. Con un padre sifilítico. Con una madrastra que había huido de sus responsabilidades. ¡Oh, qué injusta era la vida!

Estaba furiosa contra el mundo y, sobretodo, contra mi padre, porque era el causante de todo aquello. ¿Y qué hacía yo, salvo volverme contra la persona a quien más quería?

—¡Deja de decir de *ti* en vez de *tuyo*, y *ti* en vez de *te*!

—Yo te quiero, Heavenly. ¿Lo he dicho bien? Aprecio lo que tú haces por esta familia... ¿Lo he dicho correctamente? Me alegro de que tú seas como eres, tan diferente de Fanny.

Me eché a llorar, me volví y me arrojé en sus brazos, pensando que él era lo mejor que había en mi vida. ¿Cómo podía decirle que yo no era una chica extraordinaria, especial, sino sólo una persona cínica, resentida, que odiaba mi vida y al hombre que había hecho de ésta lo que era?

Dos semanas después de la marcha de Sarah, miré por casualidad desde una de las ventanas delanteras y vi a Tom que volvía a casa con más libros, ¡y acompañado de Logan! ¡Tom había faltado a su palabra y le había contado a Logan nuestra desesperada situación!

Me puse a la defensiva de inmediato y corrí a la puerta, cortándoles el paso.

—Déjanos entrar, Heavenly —ordenó Tom—. Aquí hace demasiado frío para que nos impidas la entrada como si fueses una pared humana.

—¡DÉJALES ENTRAR! —chilló Fanny—. ¡ESTÁS ENFRIANDO TODA LA CASA!

—No puedes pasar —dije, enojada, a Logan—. Acostumbrado como estás a la

vida de la ciudad, te morirías de asco.

Apretó los labios, sorprendido; después dijo, con tranquila determinación:

—Apártate, Heaven. Voy a entrar. Quiero saber por qué has dejado de ir al colegio..., y Tom tiene razón: aquí hace mucho frío. Tengo los pies helados.

Pero yo me negaba a moverme. A espaldas de Logan, Tom me hacía furiosas señas para que dejase de portarme como una tonta y les dejase entrar.

—Heavenly..., gastarás toda la leña si mantienes esta puerta abierta.

Empecé a cerrar, pero Logan me empujó y entró, con Tom pisándole los talones. El viento era tan fuerte que tuvieron que cerrar la puerta entre los dos. En vez de cerradura teníamos una tabla que, al bajarla, aseguraba la puerta como una aldaba.

Frío y enrojecido el semblante, Logan se volvió a mí para disculparse.

—Siento haber tenido que hacer esto, Heaven, pero ya no creo a Tom cuando me dice que Nuestra Jane está enferma y que Sarah no se encuentra bien. Quiero saber lo que pasa.

Llevaba gafas oscuras. ¿Por qué, si el día de invierno era gris y la luz del sol tan débil y casi parecía inexistente? También se había puesto una gruesa chaqueta de invierno que le llegaba a las caderas, mientras que el pobre Tom sólo tenía suéters de segunda mano, gastados, pero que al menos daban calor a la parte superior del tronco, ya que no a la mitad inferior.

Me eché a un lado, resignada.

—Pase usted, *Sir Logan*, dijo desolada la doncella, y disfrute del espectáculo.

Él se acercó más, volvió la cabeza y pareció mirar a su alrededor, mientras Tom corría hacia la estufa y empezaba a calentarse las manos y los pies, incluso antes de quitarse los suéters. Fanny, agazapada lo más cerca posible de la estufa, no estaba dispuesta a ceder su sitio ni su jergón, aunque empezó a peinarse con apresuramiento, agitó las largas y negras pestañas, y sonrió, incitante, a Logan.

—Ven y siéntate a mi lado, Logan.

Logan no le hizo el menor caso.

—Bueno —dijo Tom alegremente—, éste es nuestro hogar, Logan.

Por lo visto, Logan no supo qué decir, pues guardó silencio.

—Aquí no necesitas gafas de sol, Logan —dije, y fui a coger a Nuestra Jane en brazos.

Después me senté en la vieja mecedora de la abuelita para acunarla. En cuanto hice eso, los chirridos del suelo animaron al abuelo a coger su cuchillo y empezó a tallar otra coneja.

Su vista era muy buena a corta distancia; pero, desde un poco lejos, no podía distinguir gran cosa. Supongo que debí parecerle como la abuelita cuando era joven y tenía un hijo sobre la falda. Keith corrió para encaramarse también sobre mis rodillas, aunque había crecido mucho y era ya demasiado pesado para esa clase de mimos. En todo caso, los tres nos calentábamos mutuamente.

Era embarazoso tener a Logan allí, en nuestros días de mayor penuria. Me

entretuve sonando la nariz de Nuestra Jane y procurando colocar bien mis revueltos cabellos. No me fijé en lo que hacía Logan hasta que se sentó junto a la mesa y volvió la cabeza en mi dirección.

—El camino es largo y frío para subir la cuesta hasta aquí, Heaven. Lo menos que podrías hacer sería procurar que me sintiese bien recibido —comentó en tono de reproche—. ¿Dónde está Sarah? Me refiero a vuestra madre.

—No tenemos cuarto de baño dentro de la casa —dije, con voz ronca—. Está ahí fuera.

—¡Oooh...! —dijo a media voz, ruborizándose ante mi franca información—. ¿Dónde está tu papá?

—Trabajando en alguna parte.

—Me habría gustado conocer a tu abuelita. Siento mucho lo que pasó.

También yo lo sentía.

Y también el abuelo, que interrumpió su tarea y levantó la cabeza. Una fugaz ráfaga de dolor acababa de borrar la satisfacción que había encontrado en alguna imagen guardada en su memoria.

—Yo tengo las manos ocupadas, Tom. ¿Quieres hervir un poco de agua para que podamos ofrecer té caliente o cacao a Logan?

Tom me miró asombrado y extendió las manos. Sabía que no teníamos cacao ni té.

Sin embargo, revolvió la casi vacía alacena hasta que encontró un poco de safrás de la abuelita. Miró con preocupación a Logan, pero puso el agua a hervir.

—No, gracias, Tom, Heaven. No puedo quedarme mucho rato; hay un largo trecho hasta Winnerrow. Quiero estar allí antes del anochecer, ya que, siendo un *chico de la ciudad*, no conozco el camino tan bien como vosotros...

Logan me sonrió y se inclinó hacia adelante.

—Dime cómo estás, Heaven. Seguro que tu madre no puede cuidar de Nuestra Jane, estando enferma. Y Fanny dejó de ir al colegio... ¿Por qué?

—¡Oh! —dijo Fanny, prestando atención—. Me echaste en falta, ¿eh? Bueno, eres muy amable. ¿Quién más me encuentra a faltar? ¿Ha preguntado alguien por mí?

—Claro —contestó Logan con despreocupación, sin dejar de mirarme—. Todos nos preguntábamos la razón de la ausencia de las dos chicas más lindas del colegio.

¿Qué podía yo decir para embellecer una vida triste de hambre y de frío? Él sólo tenía que mirar a su alrededor para ver la penuria en que vivíamos. ¿Por qué mantenía la vista fija en mi dirección, negándose a contemplar una estancia sin más comodidad que los enrollados jergones de paja que extenderíamos después sobre el suelo?

—¿Por qué llevas gafas oscuras, Logan?

Se puso rígido.

—Me parece que nunca te había dicho que llevo lentes de contacto. En mi última pelea..., bueno, recibí un puñetazo en el ojo y la lentilla me hizo un corte en el iris, y mi oftalmólogo dice que tengo que evitar la luz demasiado fuerte. Ahora bien, cuando

se protege un ojo, hay que proteger también el otro o ponerle un parche. Yo prefiero las gafas oscuras.

—Entonces, no debes ver casi nada, ¿verdad?

Él se ruborizó.

—Muy poco, si he de ser sincero. A ti te veo ahora como una figura vaga... Y creo que tienes a Nuestra Jane y a Keith sobre la falda.

—Ella no es Nuestra Jane para ti, Logan... sólo lo es para nosotros —dijo Fanny—. Puedes llamarla Jane solamente.

—Quiero llamarla como la llama Heaven.

—¿Puedes verme a mí? —preguntó Fanny, levantándose.

Sólo llevaba puestas las bragas y unos viejos chales de la abuelita sobre los hombros. Debajo de los chales, estaba desnuda de cintura para arriba. Sus menudos senos empezaban a formarse como dos duras y verdes manzanas. Fanny dejó que se abriese el chal al levantarse y saltar descalza de un lado a otro. ¡Oh, qué vergüenza hacer una cosa así delante de Logan... y de Tom!

—Ve a vestirte —le ordenó Tom, con el semblante enrojecido—. Aunque la verdad es que no tienes mucho que mostrar.

—¡Pero lo tendré! —gritó Fanny—. ¡Tendré los pechos más grandes y más bonitos de lo que nunca los tendrá Heaven!

Logan se levantó para marcharse. Esperó a Tom como si necesitase ayuda para encontrar la puerta, cuando la tenía justo delante de él.

—Si no quieres hablar conmigo, después de andar yo un trecho tan largo, Heaven, no volveré. Pensaba que sabías que soy tu amigo. He venido para demostrarte mi interés y mi disgusto cuando estoy tanto tiempo sin verte. Miss Deale está preocupada también. Dime sólo una cosa antes de irme: ¿Estáis todos bien? ¿Necesitáis algo? —Hizo una pausa esperando mi respuesta y, al no recibirla, continuó—: ¿Tenéis bastante comida? ¿Leña? ¿Carbón?

—¡No tenemos bastante de nada! —gritó Fanny con descaro.

Logan mantuvo la mirada fija en mí, no en Fanny, que se había cubierto de nuevo y estaba acurrucada y como medio dormida.

—¿Qué te hace suponer que no tenemos bastante comida? —le pregunté, con altivez.

—Sólo quería asegurarme.

—Estamos bien, Logan, muy bien. Y desde luego, tenemos leña y carbón...

—¡NO TENEMOS! —chilló Fanny—. ¡Nunca hemos tenido carbón! ¡Ojalá lo tuviésemos! ¡He oído decir que da más calor que la leña!

—Como sabes muy bien, Logan —dije rápidamente—, Fanny es un alma codiciosa, dispuesta a conseguir todo lo que pueda; por consiguiente no hagas caso de lo que dice. Estamos bien, tú mismo puedes verlo. Espero que tu iris lesionado se cure pronto y puedas quitarte esas gafas oscuras.

Entonces, él pareció molesto y permaneció cerca de Tom, que le indicaba la

salida.

—Adiós, Mr. Casteel —se dirigió al abuelo—. Hasta pronto, Keith, Nuestra Jane... Y no te quites la ropa, Fanny.

Se volvió por último hacia mí, alargando una mano como para tocarme o quizá como un ademán para atraerme hacia sí. Permanecí sentada, resuelta a no contaminar su vida con los problemas de los Casteel.

—Confío en que pronto volverás al colegio, Heaven.

Movió una mano en un ademán que abarcaba a Fanny, a Keith y a Nuestra Jane.

—Si alguna vez necesitáis algo, o sólo deseáis algo, recordad que mi padre tiene una tienda llena de cosas, y que lo que no tengamos en ella podemos encontrarlo en otra parte.

—Eres muy amable —respondí con cierto sarcasmo, sin mostrar la menor gratitud—. Debes sentirte grande y esplendido... ¡Es maravilloso que te preocupes por una chica montañesa como yo!

Lo compadecí cuando le vi plantado ante la puerta abierta, mirándome fijamente y sin saber qué decir.

—Adiós, Heaven. Puse en peligro la curación de mi ojo al venir a verte cuando la reverberación del sol sobre la nieve es aquí más fuerte de lo que pensaba. Sin embargo, vine, y ahora lo lamento. Te deseo suerte, pero no volveré para que me insultes.

¡Ooooh, no te vayas sintiéndote ofendido, Logan..., por favor...! Pero no pronuncié esas palabras. Seguí meciéndome y dejé que cerrase la puerta de golpe. Tom lo siguió, para guiarle a través de los bosques, donde podía perderse, hasta el sendero seguro del valle, por el que nunca se perdería, incluso llevando aquellas malditas gafas.

—Fuiste muy cruel con Logan —dijo Tom, al volver—. Lo compadecí de veras, por subir hasta aquí, casi ciego, y encontrarse con una odiosa muchacha que lo miró con rencor y le mintió descaradamente... Sabes que andamos escasos de todo. Y él podría ayudarnos.

—Tom, ¿quieres que todo el mundo sepa que papá tiene..., lo que sabes?

—No... pero ¿por qué íbamos a hablarle de papá?

—Habríamos tenido que darle alguna explicación de que no esté con nosotros, ¿no crees? Supongo que papá presume que todavía viene por aquí y nos abastece más o menos.

—Ya. Supongo que tienes lo cierto —convino Tom, olvidándose de la gramática, como siempre que estaba desanimado y hambriento—. Volveré a las cañas de pescar y a las trampas; por consiguiente, cruza los dedos.

Y, después de calentarse un momento las manos y los pies, salió de nuevo de la cabaña en busca de comida. Nunca podíamos conservar nuestras gallinas ponedoras si la olla exigía su muerte prematura.

A partir de la marcha de Sarah, la vida no se hizo sólo mil veces más difícil, sino también enormemente complicada. Papá no venía a casa. Eso significaba que no teníamos dinero para comprar lo que necesitábamos para ir tirando. Nuestra reserva de queroseno era tan baja que teníamos que emplear velas para alumbrarnos. Las horas me parecían largas, como fragmentos de eternidad, mientras esperaba que empezase la vida cuando volviese Tom con Fanny y Keith y, a veces, Nuestra Jane. Quería convencerme de que el abuelo no era ningún problema, de que podría volver al colegio cuando se recobrase Nuestra Jane, pues él podría apañarse solo. Pero me bastaba con mirarle para ver que se sentía perdido sin la abuelita.

—Ve —me dijo un día, cuando yo había limpiado la cabaña y me estaba preguntando qué comeríamos por la noche—. No te necesito. Me arreglaré yo solo.

Tal vez habría podido hacerlo; pero, el día siguiente, Nuestra Jane pilló otro catarro.

—Hambre... —gimió, tirando de mi pobre vestido—. Quiero comer.

—Claro, querida. Sólo tienes que volver a la cama y descansar. La comida estará lista en un periquete.

Con qué facilidad y con qué ligereza había dicho eso cuando no quedaba en casa nada que comer, salvo unos bizcochos rancios, que habían sobrado del desayuno, y media taza de harina. Oh, ¿por qué no había racionado la comida que teníamos cuando Sarah se marchó? ¿Por qué había pensado que papá se presentaría, como por arte de magia, cuando se agotasen nuestras provisiones? ¿Y dónde estaba él?

—Tom, ¿se puede pescar de noche?

Él, sorprendido, levantó la mirada de lo que estaba leyendo.

—¿Quieres que salga de noche para pescar?

—También podrías comprobar las trampas de los conejos.

—Ya las he comprobado al volver del colegio. Nada. Y de noche, ¿cómo podría encontrar lo que escondí tan bien?

—Por eso tienes que ir a pescar ahora —le murmuré al oído—. No tendremos nada que comer, salvo un par de bizcochos; y tendré suerte si puedo rebañar del bote de manteca lo suficiente como para hacer unas pocas gachas.

Hablaba en voz baja porque si Nuestra Jane o Keith lo oían, no podríamos soportar sus lamentaciones. El estómago de Nuestra Jane tenía que ser alimentado puntualmente, para que no le doliese. Y cuando ocurría así, empezaba a quejarse, y cuando se quejaba, no había manera de calmarla.

Tom se levantó y cogió un rifle de la pared. Se aseguró de que estaba cargado.

—Acaba de levantarse la veda del gamo; tal vez podré pegarle un tiro a algo... Y, si es un gamo, mejor.

—¿Quieres decir que no tendremos nada que comer si no cazas una pieza? —gritó Fanny—. ¡Jesús! ¡Nos moriremos de hambre si tenemos que confiar en tu puntería!

Tom se dirigió a la puerta, lanzó una larga, dura y desdeñosa mirada a Fanny,

después me sonrió.

—Vamos, prepara las gachas y, dentro de media hora, volveré con carne..., si tengo suerte.

—¿Y si no la tienes?

—No volveré a casa hasta que pueda traer algo.

—Bueno —dijo Fanny, dando media vuelta y mirándose en un espejito barato—, sospecho que no volveremos a ver a Tom.

Tom cerró la puerta de golpe y se alejó.

Pescar y cazar era parte de nuestra rutina cotidiana. Durante el día, pasaba parte de mi tiempo fuera de casa, poniendo trampas y cebando anzuelos. Tom montaba cepos para cazar conejos o ardillas. Ya habíamos ido en busca de setas, que la abuelita nos había enseñado a distinguir de los hongos venenosos. Habíamos cogido bayas y nos habíamos arañado las manos con las zarzas buscando judías y guisantes silvestres en los bosques; arrancado nabos en las cercanías de Winnerrow. Hurtábamos espinacas, lechugas, coles y otras verduras de los huertos de Winnerrow. Pero, cuando llegó el verdadero invierno, las zarzas dejaron de producir. Los guisantes y las judías se acabaron, los conejos y las ardillas desaparecieron en sus lugares ocultos de hibernación, y nuestras trampas, carentes de un cebo adecuado, dejaron de atraerles. Las setas eran tan enemigas de las noches glaciales como nosotros. Y por eso, nuestra despensa había quedado reducida a casi nada.

—Fanny, si sólo de vez en cuando hubieses ayudado un poco, tal vez habría podido guardar algunos guisantes y judías..., pero ahora no tengo más que unos restos de manteca y un par de bizcochos secos.

Todo eso lo dije en voz baja, para que no pudiesen captarlo los finos oídos de Keith y Nuestra Jane. Por una vez, se enderezaron las orejas del abuelo. Estiró el cuello y miró en mi dirección.

—Hay patatas plantadas en el lugar donde ahumamos el pescado.

—Las comimos todas la semana pasada, abuelo.

Nuestra Jane lanzó un terrible aullido.

—¡Quiero comer! —gritó—. Me duele. ¡Me duele la barriga! ¿Cuándo vamos a comer, Hev-lee?

—Ahora —contesté.

Corrí a levantarla y la senté a la mesa, en una silla que había preparado para ella poniendo dos tablas sobre el asiento. Besé la suave parte de atrás de su delgado cuello y revolví sus finos cabellos.

—Ven, Keith. Tú y Nuestra Jane comeréis los primeros esta noche.

—¿Qué es eso de que ellos comerán los primeros? Y yo, ¿qué? —gritó Fanny—. ¡Soy miembro de esta familia, igual que ellos!

—Niña de poca fe —le dije, y empecé a calentar la poca manteca que tenía.

Puse agua y un poco de harina en un tazón y revolví la mezcla hasta que desaparecieron los grumos; después, la vertí sobre la manteca caliente, añadí sal y

pimienta, y lo revolví todo de nuevo para que no se coagulase. La probé, eché un poco más de sal y volví a agitar la pasta, sintiendo ahora que los hambrientos ojos de Nuestra Jane y de Keith la devoraban mientras seguía calentándose en la cacerola.

El abuelo se mecía, vidriosos los ojos, cerradas las delgadas manos sobre los brazos de la mecedora, sin esperanzas de volver a comer ese día. Si Nuestra Jane y Keith eran los que más sufrían, el siguiente debía ser el abuelo, que adelgazaba con tanta rapidez que me daba ganas de llorar.

—Annie sabía hacer los mejores pasteles de arándanos —murmuró tristemente el abuelo, con los ojos cerrados y temblándole los finos labios.

—¿Sólo tienes dos bizcochos para los seis? —preguntó Fanny—. ¿Qué vas a hacer con ellos? ¿Darnos una migaja a cada uno?

—No. Daré a Keith y a Nuestra Jane medio bizcocho a cada uno, y la mitad del otro al abuelo. Tú, Tom y yo nos partiremos la otra mitad.

—¡Una migaja! ¡Lo que yo pensaba! ¡El abuelo no necesita una mitad para él solo!

El abuelo sacudió la cabeza.

—Yo no tengo hambre, Heaven. Dale mi mitad a Fanny.

—¡No! Ya lo hice esta mañana. Fanny se tomará su porción o tendrá que olvidarse de comer hasta mañana, o hasta que vuelva Tom con carne.

—¡No esperaré a Tom! —gritó Fanny, sentándose a una silla junto a la mesa—. ¡Comeré ahora! Yo soy tres veces mayor que Nuestra Jane. Ella no necesita toda una mitad.

Yo lo hacía todo lo más despacio posible, aunque no había mucho que hacer. Habían vuelto dos gatos, el blanco y el negro; ambos se habían encaramado en un estante, junto a las ollas y las cacerolas, y me miraban con ojos hambrientos y esperanzados, pues necesitaban alimentarse, al igual que nosotros. Yo los contemplaba, preguntándome si los gatos serían comestibles.

Después, miré al viejo podenco de papá, que había vuelto con los gatos. Era terrible pensar en comerse a unos animalitos queridos. Sin embargo, yo pensaba en ello.

De pronto, Fanny se colocó a mi lado, murmurando y señalando al viejo *Snapper*, el podenco predilecto de papá. Tenía dieciséis años y estaba casi ciego, pero todavía podía buscarse el sustento y parecía gordo y bien alimentado.

—Hay carne sobre esos viejos huesos —dijo Fanny con ansia—. Me gustaría volver a comer carne. Tú puedes hacerlo, Heaven; sé que puedes. Degüéllalo, como se hace con los cerdos. Habrá para Nuestra Jane, para Keith y para el abuelo; todos podremos comer...

En ese momento, *Snapper* abrió los soñolientos ojos y me miró con cariño. Volví la mirada hacia Nuestra Jane y Keith, que seguían pidiendo.

—Mejor un perro viejo que nosotros —prosiguió Fanny, en tono apremiante—. Lo único que tienes que hacer es abrirle la cabeza.

Me tendió el hacha que empleábamos en partir la leña para *Ole Smokey*. Incluso entonces ésta vomitaba un humo negro y apestoso que nos irritaba los ojos.

—Vamos. Sé que puedes hacerlo —me animó Fanny, empujándome hacia *Snapper*—. Sácalo fuera, y dale fuerte.

Snapper se puso en pie de pronto, como adivinando mis intenciones, y corrió hacia la puerta. Fanny lanzó un grito desesperado y corrió tras él. En aquel momento, la puerta se abrió y, resuelto a escapar de nuestro propósito asesino, *Snapper* desapareció en la noche.

Tom entró, sonriente, con el rifle colgado de un hombro y una bolsa con algo pesado en el otro. Su sonrisa se desvaneció al ver el hacha que yo tenía en la mano y mi expresión avergonzada y culpable.

—¿Ibas a matar a *Snapper*? —preguntó con incredulidad—. Yo pensaba que querías al perro.

—Y lo quiero —sollocé.

—Pero desconfiabas de mí, ¿verdad? —preguntó amargamente—. He ido y vuelto corriendo.

Arrojó la bolsa sobre la mesa.

—Aquí traigo dos pollos muertos. Desde luego, Race McGee se preguntará quién estuvo de caza en su gallinero y, si descubre que he sido yo, me matará; pero, al menos, moriré con el estómago lleno.

Todos comimos bien aquella noche, devorando todo un pollo y guardando el otro para el día siguiente. Pero, al otro día, cuando hubimos consumido los dos pollos, volvimos a enfrentarnos con el mismo problema. La falta de comida. Tom murmuró que no nos preocupásemos, que querer es poder.

—Ya es hora de que nos olvidemos del honor y de la honradez y nos dediquemos a robar —dijo—. No he visto un gamo. Ni un mapache. Le habría disparado a un búho incluso, pero no ululan en esta época del año. Cada día, cuando anochezca y la gente de Winnerrow se sienta a la mesa para comer, tú, Fanny y yo bajaremos al valle y hurtaremos lo que podamos.

—¡Maravillosa idea! —gritó Fanny—. Supongo que allí no tendrán escopetas colgadas de las paredes, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Tom—, pero lo averiguaremos sin duda.

Era terrible, espantoso, lo que nos dispusimos a hacer al anochecer del día siguiente, cuando todavía teníamos comida en la panza para darnos valor. Llevábamos ropa oscura y habíamos embadurnado nuestras caras con hollín. Nos deslizamos en la noche fría hasta llegar a una pequeña granja de las afueras donde vivía el hombre más ruin del mundo. Y, lo que era peor, que tenía cinco hijos gigantescos, cuatro hijas corpulentas y una esposa a cuyo lado Sarah habría parecido débil y remilgada.

Fanny, Tom y yo permanecimos ocultos entre los abetos y los espesos matorrales hasta que vimos a todos los miembros de aquella familia instalados en la cocina y

armando un alboroto que, sin duda, ahogaría el ruido que nosotros pudiésemos hacer. El patio estaba lleno de perros y de gatos, grandes y pequeños, igual que había estado el nuestro.

—Amansa a los perros —me ordenó Tom, en un murmullo sibilante y receloso—, de modo que Fanny y yo podamos asaltar el gallinero sin usar mi rifle.

Hizo un ademán a Fanny.

—Agárralos por las patas, dos con cada mano, y yo agarraré otros cuatro. Con ellos podremos aguantar durante un tiempo.

—¿Pican? —preguntó Fanny, recelosa.

—No. Por algo llaman gallinas a los cobardes. No luchan, sólo alborotan mucho.

Tom me había encargado la misión de distraer a los perros de más feroz aspecto que jamás hubiese visto. Yo sabía tratar a los animales y ellos confiaban en mí casi siempre..., pero aquel perrazo parecía ser producto de un cruce con algún bulldog inglés y su furiosa mirada indicaba que me había cobrado antipatía desde el primer momento. Yo llevaba una bolsita con cuellos, rabadillas y patas de pollo.

Los McLeroy comían y alborotaban dentro de la casa. Le arrojé una pata de pollo.

—Perrito guapo, no te enfades, no te haré daño... —le dije en voz baja—. Come esta pata de pollo... Vamos, come, come.

Olió la seca pata amarilla con disgusto y empezó a gruñir. Aquello pareció ser una señal para todos los otros perros. Debía de haber siete u ocho en el patio para proteger a los cerdos, a las gallinas y a los otros animales del corral. De pronto, todos los perros avanzaron en mi dirección, gruñendo, ladrando y mostrando los dientes más afilados que había visto en mi vida.

—¡Callaos de inmediato! —les ordené—. ¡BASTA! ¿Lo habéis oído?

En la cocina, una mujer gritó casi las mismas palabras. Los perros se callaron, indecisos. Aproveché la pausa para arrojarles los cuellos, las rabadillas y las patas que quedaban. Lo devoraron todo en un instante aunque debió parecerles poco, ya que vinieron hacia mí agitando los rabos y pidiendo más. Casi en el mismo instante, se produjo un gran revuelo en el gallinero, y los perros echaron a correr en aquella dirección.

—¡Alto! —grité—. ¡FUEGO!

Uno de los perros vaciló y se volvió a mirarme, mientras yo me agachaba y encendía con una cerilla un montón de hojas secas dejadas allí para que algún hijo o hija perezosos las barriesen y arrojasen a un hoyo para hacer abono con ellas.

—¡Mamá! —vociferó un gigante cubierto con un mono—. ¡Alguien está incendiando nuestro patio! Eché a correr.

Nunca había corrido tan deprisa, con todos los perros pisándome los talones.

Tal vez había corrido unos siete metros cuando el perro más veloz estuvo a punto de alcanzarme. Me encaramé a un árbol lo más aprisa que pude y me senté sobre una rama gruesa, mirando a los perros, enardecidos por el miedo que yo les había demostrado.

—¡Marchaos! —ordené con voz firme—. ¡No os tengo miedo!

El viejo *Snapper* salió de la oscuridad, corriendo en mi defensa, y se lanzó entre aquel montón de perros más jóvenes y vigorosos, en el momento en que el granjero McLeroy llegaba corriendo con un rifle.

Disparó su arma por encima de las cabezas de los perros y éstos huyeron en todas direcciones, dejándome colgada allá arriba, procurando no llamar la atención.

Pero, por desgracia, había salido la luna.

—¿Eres tú, Heaven Casteel? —preguntó el gigantesco granjero.

Por sus rojos cabellos hubiese podido ser pariente de Sarah.

—¿Eres tú quien ha estado robando mis pollos?

—Sus perros me han obligado a subir a este árbol cuando yo estaba buscando el podenco favorito de papá. Se marchó de casa hace semanas, volvió hace unos pocos días... Y ahora se ha vuelto a marchar.

—¡Baja de ahí! —me ordenó.

Salté ágilmente al suelo, esperando que Fanny y Tom hubiesen hurtado las gallinas y estuviesen ya camino de nuestra casa.

—¿Dónde los escondes?

—Escondo, ¿qué?

—Mis pollos.

—¿Cree usted que hubiese podido trepar a este árbol llevando pollos? Sólo tengo dos manos, Mr. McLeroy.

Detrás de él aparecieron ahora tres de sus corpulentos hijos, todos ellos con revueltas matas de cabellos rojos. También llevaban barba, espesa e hirsuta, y dos de ellos me enfocaron con sendas linternas, una de las cuales me resiguó lentamente desde la cabeza hasta los pies, para subir de nuevo.

—Mira, papá, ha crecido mucho y ahora se parece a su madre, aquella linda dama de la ciudad.

—¡Es una ladrona de gallinas!

—¿Llevo alguna encima? —pregunté, con audacia.

—Bueno, todavía no te hemos registrado —dijo un muchacho apenas mayor que Logan—. Yo la registraré, papá.

—¡Te guardarás muy bien de hacerlo! —grité—. Lo único que hacía era buscar el perro de mi papá, ¡y eso no hay ninguna ley que lo prohíba!

Había que ver cómo estaba aprendiendo a mentir, dando tiempo suficiente a Tom y a Fanny para refugiarse en la montaña.

Aquellos gigantes me dejaron marchar hacia los bosques, convencidos de que yo no era una ladrona de gallinas, pero sí una embustera.

Tom y Fanny habían conseguido huir con cinco gallinas y Tom se había embolsado seis huevos, aunque sólo quedaban tres enteros cuando llegó a la cabaña.

—Guardaremos dos gallinas —dije cuando llegué allí, sofocada y sin aliento—. Así tendremos huevos para que Nuestra Jane y Keith puedan comerlos todos los días.

—¿Dónde estuviste todo el tiempo?

—En la rama de un árbol, con los perros debajo.

Nos convertimos en unos ladrones bastante expertos, sin robar nunca dos veces en el mismo sitio. Dejábamos a los dos pequeños al cuidado del abuelo y salíamos cada noche, aprendiendo cualquier clase de truco para coger todo lo que se ponía a nuestro alcance. En la penumbra del crepúsculo invernal, esperábamos a que las mujeres descargasen de los portaequipajes de sus coches las bolsas de comestibles que traían. Algunas de ellas hacían cuatro o cinco viajes al interior de sus casas... y eso nos daba tiempo de correr, agarrar una bolsa y marcharnos rápidamente. Eran hurtos descarados; sin embargo, nos decíamos que estábamos salvando nuestras vidas y que, cuando pudiésemos, indemnizaríamos a aquellas mujeres. Un día, conseguimos una bolsa cada uno de nosotros y escapar por los pelos antes de que una mujer gritase: «Socorro. ¡Ladrones!». Resultó que todo lo que yo llevaba en mi bolsa eran servilletas de papel, papel encerado y dos rollos de papel higiénico. Fanny se desternilló de risa.

—Tonta, tienes que coger bolsas pesadas. Por primera vez en la vida, usamos papel higiénico auténtico y servilletas de papel, además del papel encerado..., aunque, ¿qué íbamos a hacer con este último? No teníamos nada que envolver y guardar en un frigorífico.

Tom y yo nos acostamos en nuestros jergones sobre el suelo, pensando que era el abuelo quien debía usar la cama para alivio de sus viejos huesos.

—Me remuerde la conciencia —murmuró Tom—. Robar a gente que trabaja duro para ganarse la vida... Tengo que conseguir un empleo, aunque no pueda volver a casa hasta la medianoche. Y también podré hurtar algo de los huertos de los ricos. Ellos no lo necesitan.

Lo malo era que la gente del valle no confiaba en la honradez de los chicos de la montaña, y no era fácil encontrar trabajo. En definitiva, todos nosotros tuvimos que deslizarnos una y otra vez hasta Winnerrow para robar. Entonces, llegó un día en que Tom hurtó un pastel que se estaba enfriando en el antepecho de una ventana, y corrió hacia la cabaña para compartirlo con nosotros. Yo no había visto nunca un pastel de tan delicioso aspecto, con la corteza muy bien alisada por los bordes y unos agujeros en la capa superior, formando una flor y llenos de zumo.

Era una tarta de manzana y sabía tan bien que no fui capaz de reñirle por convertirse en un ladrón experto.

—No te preocupes —rió Tom, con ojos chispeantes—. Este pastel que acabamos de consumir fue elaborado por la madre de tu amigo, y ya sabes que Logan daría cualquier cosa para que la familia de su Heaven fuese feliz.

—¿Quién es Logan? —murmuró el abuelo, mientras yo me regocijaba todavía con el sabor que el pastel había dejado en mi boca.

—Sí —gruñó una voz grave y conocida desde el umbral de la puerta—, ¿quién es Logan? ¿Y dónde diablos está mi mujer? ¿Por qué parece esta casa una pocilga?

¡Papá!

Entró llevando sobre el hombro un gran saco de arpillera lleno de abultados paquetes que debían ser de comida, y arrojó sobre la mesa todo lo que había traído.

—¿Dónde diablos está Sarah? —gritó de nuevo, mirándonos uno a uno.

Ninguno de nosotros encontraba palabras para decírselo. Estaba plantado allí, alto y delgado, recién afeitada su cara morena y más pálido que de costumbre, como si hubiese soportado una ordalía y perdido cinco kilos al menos; y sin embargo, parecía más fresco, más pulcro y, en cierto modo, más sano que cuando yo le había visto por última vez. Era un gigantón de cabellos negros, que olía a *whisky* mezclado con un extraño y fuerte olor estrictamente varonil. Me estremecí al ver que había vuelto; pero, al mismo tiempo, sentí un gran alivio. Por ruin que fuese, nos salvaría de morir de hambre. El invierno se nos había echado encima, nevaría todos los días y el viento silbaría alrededor de nuestra frágil cabaña, encontrando mil maneras de introducirse en ella para helarnos hasta los huesos.

—¿Acaso os habéis quedado todos mudos? —preguntó con sarcasmo—. Pensaba que había enviado a mis chicos a la escuela. Pero por lo visto no han aprendido nada. Ni siquiera a saludar a su padre y decirle que se alegran de verle en casa de nuevo.

—Nos alegramos —contestó Tom mientras yo, entre tanto, me levanté y me volví hacia el fogón, dispuesta a preparar otra comida ya que la teníamos en abundancia, a juzgar por el aspecto de aquel saco.

También estaba tratando, a mi manera, de herir a papá como tan a menudo él me había herido con su indiferencia.

—¿Dónde está mi mujer? —vociferó de nuevo—. ¡SARAH! ¡He vuelto!

Sus voces debieron de oírse en el valle..., pero no hicieron que Sarah apareciese.

Apartó las cortinas del dormitorio con las manos y se quedó plantado allí, con las piernas separadas, mirándonos sin comprender lo que pasaba.

—¿Está en el retrete? —preguntó, volviéndose de nuevo a Tom—. ¿Dónde está mamá?

—Ojalá lo supiésemos —contesté yo, al ver que Tom no respondía.

Papá miró en mi dirección, echando chispas por los ojos negros.

—Le he preguntado a Tom. Respóndeme, muchacho. ¿Dónde diablos está tu madre?

Había esperado tanto ese momento, tener la oportunidad de humillar su orgullo, que estuve a punto de saltar. Comprendí, por su expresión, que pensaba que Sarah podía haber muerto, como la abuelita, estando él ausente, y vacilé un momento antes de proseguir con duro acento:

—Tu esposa te ha abandonado, papá —dije, mirándole fijamente—. No pudo soportar más sufrimientos y pesares después de haber parido un hijo muerto. No pudo soportar esta cabaña y esta escasez, con un marido que necesitaba divertirse, mientras ella carecía de toda atención. Por consiguiente, se marchó y te dejó una nota.

—¡NO TE CREO! —rugió él.

Nadie dijo nada; sólo lo miramos, incluso Fanny.

Entonces, fue el abuelo quien encontró fuerzas para levantarse de la mecedora y enfrentarse con él.

—Te has quedado sin esposa, hijo.

Su voz pareció llena de compasión por su hijo, que había sentido dos pérdidas importantes y que, sin duda, seguiría perdiendo durante toda su vida, por su exclusiva culpa. Eso fue lo que pensé, con malevolencia, la noche en que compareció papá, después de estar ausente casi un mes.

—Tu Sarah hizo los bártulos y se marchó una noche —concluyó el abuelo con gran dificultad, pues hacía tiempo que le costaba hablar.

En silencio, con mezquina satisfacción, busqué en el estante más alto de la alacena, donde guardábamos lo poco que teníamos, y saqué de una azucarera descantillada, que según me había dicho la abuelita papá había regalado a su ángel, la breve nota doblada cuatro veces en un pequeño y duro fajo.

—Léemela —ordenó papá, como pasmado y con una rara expresión.

Querido esposo:

*No puedo seguir viviendo con un hombre que no se preocupa de nada.
Me voy a algún sitio donde pueda estar mejor. Te deseo suerte, y adiós.*

Tanto como te amé, te odio ahora.

SARAH

—¿Y esto es todo? ¿TODO? —vociferó papá, arrancándome la nota de la mano y tratando de leer aquellos garabatos infantiles—. ¿Huye de casa, me deja con cinco criaturas, y me desea suerte?

Arrugó la nota y la arrojó a la puertecilla abierta de la estufa. Pasó los delgados dedos por su negra mata de pelo.

—¡Que se vaya al infierno! —dijo, con voz sorda, antes de pegar un salto y sacudir un puño en dirección al techo de la cabaña—. Cuando la encuentre, voy a retorcerle el maldito cuello o a arrancarle el corazón, si puedo encontrarlo. Marcharse cuando no hay aquí ninguna mujer, abandonar a unos niños para que se apañen solos... ¡Maldita seas, Sarah! ¡Esperaba algo mejor de ti!

Salió de estampida y pensé que iría en busca de Sarah para matarla; pero volvió al cabo de un minuto y arrojó más provisiones sobre la mesa. Traía dos saquitos de harina, sal, lonchas de tocino, alubias, guisantes secos, una lata grande de manteca, manojos de espárragos, manzanas, patatas, ñames, bolsas de arroz y otras muchas cosas nuevas para nosotros, como cajas de galletas, mantequilla de cacahuete y jalea de pomelo.

La mesa aparecía cubierta de cosas que parecía que iban a durar todo el año.

Cuando lo hubo extendido todo, se volvió a nosotros y habló, a nadie en particular.

—Siento que vuestra abuelita haya muerto. Y lamento, todavía más, que vuestra mamá me haya abandonado, lo cual quiere decir que también os ha abandonado a vosotros. Estoy seguro de que siente haceros daño para vengarse de mí.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Ahora me marcharé y no volveré hasta que esté curado de mi enfermedad. Casi estoy bien, y me gustaría quedarme para cuidar de vosotros, pero quedándome os perjudicaría más que yéndome. Tengo un trabajo muy adecuado para mí. Por consiguiente, no derrochéis esta comida, pues no volveréis a recibirla de mí hasta mi regreso.

Me asusté y quise gritarle que no se marchara, que, sin él, no podríamos sobrevivir al crudo y frío otoño, y, mucho menos, al terrible invierno.

—¿Tenéis idea, alguno de vosotros, de adónde ha podido ir ella?

—¡Oh, papá! —gritó Fanny, tratando de arrojarse en sus brazos.

Pero él extendió una mano para impedirselo.

—¡No me toques! —le advirtió—. Tú no lo entiendes, pero es una fea enfermedad. Tuve que hacer que otro hombre envolviese todo esto. Quemad todas las bolsas y envoltorios cuando me haya marchado. Tengo un amigo que tratará de encontrar a Sarah y la hará volver. Aguantad hasta que ella regrese, o hasta que lo haga yo... Aguantad.

Por malo que fuese, por cruel y ruin que pudiese resultar algunas veces, había trabajado lo bastante, vendiendo alcohol ilegal por cuenta ajena, para comprarnos comestibles, unas cuantas golosinas y ropa suficiente, si no para vestirnos bien, al menos para abrigarnos.

Miré la ropa usada que revolvía Fanny lanzando exclamaciones. Suéters y faldas, pantalones vaqueros para Tom y Keith, ropa interior para todos nosotros y cinco pares de zapatos, aunque él no tenía ni idea de los números que gastábamos. Mis ojos se llenaron de lágrimas. No había abrigo, ni botas, ni sombreros, aunque los necesitábamos. Sin embargo, me complacía ver los gruesos y feos suéters, gastados por los que los habían usado antes que nosotros.

—¡Papá! —gritó Tom, corriendo tras él—. ¡No puedes dejarnos solos! Yo estoy haciendo todo lo que puedo, pero no es fácil, porque nadie de Winnerrow se fía de los Casteel. Heavenly ya no puede ir al colegio, ¡y yo también tengo que ir, papá! ¡Si no voy, será la muerte para mí! ¡Papá! ¿Me escuchas? ¿Me oyes?

Pero él salió, con sus oídos cerrados a las palabras lastimeras del hijo al que yo sabía que él quería. Y los gemidos y el llanto de Fanny estoy segura de que lo siguieron durante muchos días. Pero la hija llamada Heaven no suplicó, ni lloró, ni dijo una palabra. Sólo sentía la mano fría y pegajosa del destino que le estrujaba el corazón. Estábamos solos, como en mis pesadillas.

Solos en la cabaña. Sin padres, sin ninguna posibilidad de sustentarnos.

Solos, cuando soplaba el viento, cuando nevaba, cuando los senderos que llevaban al valle desaparecían bajo una capa de hielo y de nieve.

No teníamos raquetas, ni abrigos, ni esquíes; nada de lo que podía llevarnos al valle, al colegio o a la iglesia. Y aquel montón de comida, por grande que pareciese ahora, desaparecería pronto. ¿Y qué haríamos entonces?

Papá estaba de pie junto a su camioneta, mirando a todos sucesivamente, menos a mí. Me dolió que ni siquiera entonces pudiese resignarse a cruzar su mirada con la mía.

—Tened cuidado —recomendó.

Desapareció en la noche.

Oímos el zumbido de su vieja camioneta al arrancar y cuando aceleró en los oscuros caminos que lo llevarían adondequiera que fuese.

Yo hice lo que habría hecho Sarah. Empecé a guardar las cosas, sin una lágrima en mis ojos, apretando los labios en una fina y hosca línea, y me enfrenté con la responsabilidad de gobernar la cabaña hasta que él volviese.

Miseria y esplendor

Durante un breve y maravilloso momento, antes de que papá se sumergiese en la noche, dejándonos de nuevo, la esperanza había iluminado nuestros corazones, y nos habíamos elevado, para sumirnos después en una desesperación aún más profunda cuando se hubo marchado y nos hallamos otra vez solos.

Empantanados en nuestra pesadilla, permanecemos de pie, en un estrecho grupo y pudimos escuchar los ruidos aislados de la noche, cuando dejamos de oír el de la camioneta que se alejaba. Teníamos comida sobre la mesa, como demostración de que él se había preocupado un poco de nosotros, aunque no lo suficiente. Lo maldije por no haberse quedado; lo maldije por otras mil razones.

Miré la mesa cubierta con todo lo que había traído, y pensé que parecía mucho. ¿Duraría hasta que él volviese?

Metimos la carne que no consumiríamos esa noche en la primitiva caja de madera del porche que hacía las veces de nevera en invierno. En cierto modo, era una suerte que estuviésemos en invierno y no en verano, porque en verano hubiésemos tenido que tragarlo todo antes de que se corrompiese con el calor. Cuando vivía la abuelita, y Sarah y papá estaban con nosotros, éramos nueve en total, y nunca quedaba nada que pudiese estropearse.

Hasta más tarde, no advertí que papá había venido el Día de Acción de Gracias, para ofrecernos un banquete digno de tal festividad.

El hambre dictó nuestros menús. Demasiado pronto, todo lo que había traído papá, para que durase hasta su regreso, menguó hasta quedar reducido a alubias, guisantes y los eternos productos básicos de nuestra vida: bizcochos y gachas.

El viento aullador no contribuía a hacernos más dichosos, como tampoco el frío, que nos mantenía acurrucados alrededor de *Ole Smokey*. Tom y yo habíamos pasado muchas horas cortando leña en el patio, talando arbolitos y buscando ramas muertas, arrancadas por los vendavales.

La vida en la cabaña se convirtió de nuevo en aquella conocida pesadilla que ni siquiera la luz de la mañana más brillante podía disipar. Yo dejé de oír los cantos mañaneros de los pájaros (los pocos pájaros valientes que se habían atrevido a quedarse) y dejé de observar los gloriosos ocasos invernales. Mala época para vagar fuera de casa, donde podíamos pillar una dolencia mortal que nadie sería capaz de curar. Mala también para entretenernos detrás de una ventana por la que se filtraba el aire. Pero nos sobraba tiempo para apretujarnos cerca del fuego y rumiar amargos pensamientos.

Yo me levantaba al amanecer y me esforzaba en realizar todas las tareas cotidianas que antes habían estado a cargo de Sarah. Hasta que mi madrastra se hubo

marchado, no me di cuenta del mucho trabajo que me había ahorrado, incluso cuando se mostraba más perezosa. Tom trataba de ayudarme, mas yo insistía en que continuase sus estudios en el colegio. Fanny, en cambio, se encontraba más que satisfecha de poder quedarse en casa.

Lo malo era que Fanny estaba allí, no para ayudarme en el trabajo, sino para escaparse y reunirse con la clase de muchachos cuyo único destino en este mundo era la cárcel o la tumba antes de tiempo; aquellos que hacían novillos continuamente, que eran ya presas seguras del alcohol, el juego..., y las muchachas.

—No necesito más educación —declaraba desdeñosamente Fanny—. ¡Ya tengo bastante!

Decía eso millones de veces mientras se admiraba en el espejo de plata que había sido de mi madre; por desgracia, Fanny me lo había arrancado de las manos, el día en que cometí la tontería de sacarlo de su escondrijo, y lo había reclamado como suyo. Estaba deslustrado y ella no conocía su auténtico valor. En vez de luchar por arrebátárselo en el acto, y dejar que los bizcochos se quemasen en el fogón, decidí que más tarde, mientras ella durmiese, lo recuperaría para esconderlo en un lugar más seguro. Al menos, todavía Fanny no había encontrado la maleta donde guardaba la muñeca.

—Lo malo es que en el colegio se está más caliente que aquí. ¿Por qué eres tan orgullosa, Heaven? Y lo peor de todo es que me lo has contagiado a mí en parte, de modo que sólo digo la verdad cuando tú estás cerca para desmentirlo; en otro caso, gritaría a todo el mundo que tenemos hambre. ¡Que tenemos frío! ¡Que estamos en la miseria!

Fanny vertió lágrimas auténticas.

—Pero llegará un día en que no volveré a pasar hambre ni a tener frío..., ¡ya lo verás! —Sollozó amargamente—. ¡Odio este lugar! Tengo que esforzarme para no estar llorando todo el tiempo. ¡Odio el llanto! ¡Odio carecer de todo lo que tienen las chicas de la ciudad...! Quédate con tu orgullo, Heaven, para que yo pueda conservar el mío.

Hasta ese sorprendente instante, yo no sabía que lo tuviese.

—Está bien, Fanny —dije suavemente—. Lloro. Supongo que un buen llanto nos permite conservar el orgullo... Y que esto nos ayudará a ser mejores, más fuertes. La abuelita lo decía siempre.

La luna se había elevado antes de que Tom volviese del colegio; el fuerte viento cerró la puerta de golpe a su espalda antes de que él arrojase dos ardillas sobre la mesa; unas pequeñas ardillas grises que despellejó con rapidez mientras yo tapaba los ojos a Nuestra Jane y Keith miraba fijamente, con ojos desorbitados y lacrimosos, cómo eran desnudados sus «amigos» de su linda piel. Cocí la carne en seguida para hacer un estofado, añadiéndole las últimas zanahorias y patatas que nos quedaban. Keith se acurrucó en un rincón y dijo que no tenía hambre.

—Tienes que comer —le aconsejó Tom amablemente.

Fue a buscarle para llevarlo a la mesa y sentó a Keith al lado de Nuestra Jane, sobre el cojín de ésta.

—Si no comes —le dijo—, Nuestra Jane tampoco lo hará, y está demasiado débil y delgada... Por consiguiente, Keith, demuéstrole a Nuestra Jane que te gusta el estofado de Heavenly.

Transcurrían los días y Logan no volvía, ni Tom lo veía en los pasillos del colegio. Mi hermano era menor que Logan y por ello no iban los dos a las mismas aulas. Diez días después de la visita de Logan, Tom me dijo:

—Logan se ha ido con sus padres a alguna parte.

Había hecho un verdadero esfuerzo por descubrir qué había sido de Logan Stonewall.

—Su papá ha puesto otra persona al frente de la droguería hasta que regrese. Quizá se les ha muerto algún familiar.

Yo esperaba que no fuese así, pero suspiré aliviada. Lo que más temía era que Logan se trasladase de población, se olvidase de mí y, aunque no me olvidase, su enojo le impidiese volver a mirarme a la cara. Yo prefería creer que Logan se había ido de vacaciones, o incluso a un entierro, o a visitar a una abuela enferma, a pensar que había desaparecido porque yo no le gustaba ya. Pronto volvería a casa. Algún día, mejor que el que vivía entonces, comparecería, nos encontraríamos, yo le pediría perdón, él sonreiría y diría que lo comprendía, y todo volvería a su cauce normal entre nosotros.

En esos días, yo tenía que arreglar ropa y zurcirla. En una ocasión, Sarah había comprado unas telas de lance, feas, baratas y que nadie quería. Descosiendo vestidos viejos y empleándolos como patrón, ella había confeccionado prendas utilizables, aunque no se ajustasen como era debido y parecieran horribles. Yo no sabía hacer vestidos para Nuestra Jane o Fanny, y mucho menos para mí. Las camisas de Tom se deshilachaban, y no teníamos dinero para comprarle otras nuevas. Puse remiendos; zurcí desgarrones, con largas y torpes puntadas que pronto se descosieron; cosí costuras rotas y traté de cerrar con hilos los agujeros pequeños. Deshice los vestidos viejos que me habían quedado pequeños y traté de confeccionar otros para Nuestra Jane, que se sentiría feliz llevando algo nuevo y bonito. Hacía un frío terrible en la cabaña y, por mucho que me disgustase recurrir a ello, abrí la maleta mágica, revolví todas aquellas hermosas prendas de verano y saqué un suave jersey de color rosa. Tenía mangas tres cuartos y todavía era demasiado grande para que Nuestra Jane pudiese llevarlo como vestido. Pero ella, en cuanto lo vio, deseó aquel suéter con toda su alma.

—Bueno, espera a que lo arregle a tu medida.

Así lo hice, pasando una fina cinta elástica por el cuello para levantar los hombros. Y Nuestra Jane tuvo un suéter vestido largo, bonito, de abrigo y de color rosa.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Fanny cuando llegó del bosque y

recelando de inmediato en cuanto vio a Nuestra Jane corriendo llena de alegría por la cabaña y exhibiendo su vestido nuevo—. Nunca había visto esa cosa de color rosa... ¿De dónde la sacaste?

—La encontré yo cuando el viento la arrastraba —respondió Tom, que tenía una imaginación fantástica para urdir sus propios cuentos de caza—. Me hallaba tumbado de bruces, hundido en la nieve, esperando que asomase la cabeza un pavo salvaje para que pudiésemos disfrutar de una sabrosa cena navideña. Observaba el arbusto detrás del cual se había escondido. Yo estaba con la escopeta amartillada y haciendo puntería con un ojo entornado y seguro, cuando apareció esa cosa volando por el aire. A punto estuve de disparar contra ella, pero aterrizó sobre un matorral y que me aspen si no era un suéter con el nombre de Nuestra Jane en la tirilla.

—Mientes —declaró Fanny—. Es la mentira más gorda y estúpida que has dicho jamás, y mira que has dicho a decenas de millones.

—Tú debes saberlo, pues has dicho decenas de millones.

—Abuelo, ¡Tom me ha llamado embustera! ¡Hazle callar!

—Cállate Tom —dijo sumisamente el abuelo—. No debes incordiar a tu hermana Fanny.

Así iban las cosas: Fanny y Tom peleándose; Keith y Nuestra Jane permaneciendo tranquilos; el abuelo tallando madera y levantando los pies del suelo, porque continuamente se quejaba de que le dolían los callos, los juanetes y otras cosas que yo creía que podían curarse con agua y jabón. Al abuelo no le gustaba demasiado la limpieza; incluso teníamos que forzarle para que tomase un baño los sábados por la noche. Él se empeñaba en no hacer nada, salvo tallar madera.

Fanny se valía de cualquier excusa para no participar en las tareas de la casa aunque no fuese al colegio; por consiguiente, renuncié en definitiva a corregirla y decidí que, si la ignorancia era su meta y su estilo de vida, había obtenido ya el doctorado en ella. Era Tom quien tenía que terminar su educación, y los dos estábamos en eso de acuerdo.

—Está bien —me dijo él, con una conmovedora y triste sonrisa—, seguiré adelante y trataré de aprender para los dos, de forma que pueda enseñarte cuando esté en casa. Pero quizá fuese mejor que yo hablara con Miss Deale; ella podría prepararte deberes para que los hicieses aquí. ¿No te parece, Heavenly?

—Sí, si tienes cuidado para que no se entere de que estamos solos aquí arriba, en la miseria, padeciendo hambre y frío. No queremos que lo sepa, ¿verdad?

—¿Crees que sería tan horrible? Tal vez ella podría ayudarnos... —vaciló, como temeroso de que yo me enfadase.

—Mira, Tom, Miss Deale gana lo que Logan llama una miseria, y es tan generosa que lo gastaría todo por nosotros. No podemos permitir que lo haga. Además, ¿no nos dijo un día en clase que la pobreza y las penalidades endurecen el espinazo y fortalecen el carácter? Pues bien, ¡nosotros vamos a adquirir espinazos de hierro y caracteres enérgicos e inquebrantables!

Él me miró con gran admiración.

—¡Caramba, seguro que tú ya tienes ese carácter, y también una columna vertebral de hierro! Si tuvieses que mejorarlo aún, sin duda nos moriríamos de hambre.

Tom se dirigía todos los días al colegio con los deberes perfectamente terminados. Nada lo detenía, ni la lluvia que empapaba su ropa, ni el granizo, ni el viento, ni el frío. Como el cartero, hacía su ruta a pesar de todo. Iba y venía, sin llevar nunca la ropa adecuada. Necesitaba una nueva chaqueta de invierno para conservar el calor, pero no había dinero para comprarla. También le eran precisos unos zapatos nuevos y unas botas altas para mantener los pies secos, porque los zapatos que había traído papá no eran de nuestras medidas. A veces, para librarse de la horrible monotonía de la cabaña, Fanny seguía a Tom, se sentaba en clase y no aprendía nada; pero, al menos, le daba ocasión de flirtear con los chicos.

Keith sólo iba al colegio cuando Nuestra Jane estaba tan enferma que no lloraba al verle marchar.

Todavía nos bañábamos los sábados por la noche, acercando al fuego el barreño de metal. También calentábamos agua del pozo sobre la estufa, para poder lavarnos los cabellos. Nos preparábamos para la única distracción de que aún podíamos disfrutar: ir a la iglesia.

El domingo por la mañana, cuando el tiempo era relativamente bueno, salíamos al amanecer, luciendo la ropa menos mala que teníamos.

Tom llevaba a Nuestra Jane en brazos durante la mitad del camino. Yo la ayudaba a caminar el resto del trayecto o la llevaba a cuestas también. Si no hubiese tenido visiones de conos de helado, creo que no habría venido de tan buen grado. Keith patinaba y bailaba al lado de quienquiera que cuidase de su bien más apreciado: su hermanita. Fanny corría delante de nosotros siempre. Y muy atrás, el último de todos, marchaba el abuelo, arrastrando los pies y retrasándonos más aún que Nuestra Jane. El abuelo usaba bastón ya, y Tom tenía que retroceder a menudo para ayudarle a pasar sobre un tronco caído o sobre una piedra. Lo único que nos habría faltado era que el abuelo se hubiese caído y se fracturase un hueso.

El tardaba una o dos horas en descender al valle, y eso significaba que cuatro de nosotros teníamos que pasar frío durante aquel largo rato para hacerle compañía. La quinta, Fanny, estaba calentita en la iglesia mucho antes de que llegásemos nosotros, oculta en algún rincón oscuro, disfrutando de placeres adultos prohibidos. Tom la buscaba de inmediato, daba un tortazo al chico que estaba con ella y se la llevaba con él, obligándola a alisarse la falda. Todos llegábamos tarde; como de costumbre, éramos los últimos en entrar y objeto de un minucioso escrutinio que nos decía, una vez más, que éramos los peores de la montaña, la escoria entre la escoria, los Casteel.

Pero el hecho de ir a aquella pequeña iglesia blanca, con su alto campanario, nos daba ánimos. Creer, tener fe, esperar, era algo innato en nosotros.

Por arduas que fuesen para todos estas excursiones domingueras, el ir a la iglesia

no sólo nos producía satisfacción, sino que nos daba tema sobre el que hablar durante nuestras largas horas de soledad. Sentarnos en el último banco, mirar a nuestro alrededor y ver a toda aquella gente elegantemente vestida, sentirnos una pequeña parte de la raza humana una vez a la semana, nos ayudaba a soportar las torturas del resto de ésta.

Yo trataba de evitar a Miss Deale, que no siempre venía a la iglesia, pero aquel día en particular estaba allí y se volvió a sonreírnos, con alivio en sus lindos ojos, y dándonos la bienvenida con un ademán para que nos sentásemos a su lado. Compartiendo el libro de himnos conmigo, en gloriosa celebración de la vida, Miss Deale levantó su hermosa voz y cantó. Nuestra Jane alzó la carita y miró a Miss Deale con tan arrobada adoración que hizo que las lágrimas asomasen en mis ojos.

—¿Cómo hace eso? —murmuró Nuestra Jane cuando nos hubimos sentado y el reverendo Wise subió al púlpito.

—Hablaemos del canto después del oficio —susurró Miss Deale, inclinándose para levantar a Nuestra Jane y sostenerla sobre su falda.

De vez en cuando, veía yo que miraba a la pequeña, tocando su sedosos cabellos o pasando delicadamente un dedo por la suave mejilla de Nuestra Jane.

Permanecer en pie con el libro de himnos en la mano y cantar era lo mejor de todo. Lo peor venía cuando teníamos que sentarnos en silencio y escuchar los espantosos sermones sobre acciones terriblemente pecaminosas. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina e inspiraba el mayor fervor al reverendo Wayland Wise, lo cual significaba unos sermones tan terroríficos que me producían pesadillas peores que si estuviese en el infierno.

—¿Quién de vosotros no ha pecado? LEVANTÉMONOS y miremos con espanto, con admiración..., ¡con incredulidad! ¡TODOS somos pecadores! ¡Hijos del pecado! ¡Nacidos a través del pecado! ¡Nacidos en pecado! ¡Y MORIREMOS en pecado!

El pecado estaba a nuestro alrededor, dentro de nosotros, acechando en los rincones, a la sombra de nuestra naturaleza, seguro de hacer presa en nosotros.

—¡DAD Y OS SALVARÉIS! —gritó el reverendo Wise, descargando un puñetazo sobre el púlpito y haciéndolo temblar—. ¡Dad y os libraréis de las garras de Satán! Dad a los pobres, a los necesitados, a los desvalidos y a los afligidos... Y saliendo del río de vuestro oro, volverá la bondad a vuestras vidas. DAD, DAD, ¡DAD!

Teníamos algunas monedas sueltas que había ganado Tom haciendo chapuzas para las amas de casa del valle, pero seguro que sería un mala acción desprendernos de parte de ellas con la única esperanza de que el río de oro fluyese cuesta arriba hacia nosotros.

Sentada en la falda de Miss Deale, Nuestra Jane tosió y estornudó. Necesitaba que alguien la ayudase a sonarse y a ir al lavabo.

—Yo la llevaré —murmuré, conduciéndola fuera, para que se pasmasse una vez más en el lindo cuarto de aseo de señoras, con su hilera de lavabos pulcros y blancos,

su jabón líquido y sus toallas de papel.

Entró en un pequeño compartimiento donde podía sentarse sin percibir «malos» olores y disfrutar después tirando de la cadena. Tenía la manía de ir arrojando papeles para ver cómo bajaban con el agua. Cuando entramos de nuevo en la iglesia, no dejé que volviese a sentarse en la falda de Miss Deale para que no le arrugase su lindo vestido. Nuestra Jane se quejó de que le dolían los pies, porque los zapatos eran demasiado pequeños, de que tenía frío, y de que gritase tanto aquel hombre que estaba allá arriba y tardaba tanto en terminar. ¿Cuándo empezaremos a cantar de nuevo? A Nuestra Jane le gustaba cantar, aunque era incapaz de seguir una tonada.

—Silencio —la amonesté, sentando a la dulce pequeña sobre mi falda—. Esto terminará pronto y volveremos a cantar, y después iremos a comprar un helado.

Por un cucurucho de helado, Nuestra Jane era capaz de andar sobre carbones encendidos.

—¿Quién lo pagará? —murmuró Tom, preocupado—. No podemos permitir que vuelva a hacerlo Miss Deale. Y no tendremos dinero para eso si echamos nuestra calderilla en la bandeja.

—No la eches. Finge que lo haces. Nosotros somos los pobres, los necesitados, los desvalidos y los afligidos..., y los ríos no fluyen hacia arriba, ¿verdad?

Tom accedió de mala gana, aunque hubiese preferido apostar por la generosidad del Señor. Teníamos que guardar el dinero que nos quedaba para comprar helados, ya que no otra cosa, para Keith y Nuestra Jane. Al menos podíamos hacer eso por ellos. Pasaron la bandeja por el pasillo.

—Yo pagaré por todos —murmuró Miss Deale al ver que Tom se metía una mano en el bolsillo—. Guardaos lo que tengáis.

¡Y que me aspen si no dejó dos dólares enteros en la bandeja!

—Vamos —murmuré, cuando terminó el último himno.

Miss Deale se levantó para recoger su bolso, ponerse los finos guantes de piel y tomar su propio libro de himnos y su Biblia.

—¡Corred hacia la puerta y no os detengáis por nada! —los apremié.

Nuestra Jane se resistió, arrastrando los pies.

—¡EL HELADO, Hev-lee, EL HELADO! —gritó.

Y aquello dio la oportunidad a Miss Deale de alcanzarnos cuando pasábamos por delante del reverendo Wise y de su severa esposa.

—¡Esperad un momento! —gritó la maestra.

Corrió detrás de nosotros y haciendo repicar sus altos tacones sobre el resbaladizo pavimento.

—Es inútil, Tom —murmuré, mientras él se esforzaba en ayudar al abuelo y evitar que se cayese—. Esperémosla si no queremos que se caiga y se rompa una pierna.

—¡Oh, gracias a Dios! —jadeó Miss Deale cuando nos volvimos para esperarla—. ¿Por qué os marcháis tan deprisa, si sabéis que prometí un helado a Nuestra Jane

y a Keith? ¿Es que a los demás no os gustan las golosinas?

—¡Nosotros adoramos los helados! —declaró fervientemente Fanny, mientras Nuestra Jane tendía los brazos a su hada madrina.

Nuestra Jane se agarró como una lapa a la maestra.

—Ahora vayamos a un sitio donde se esté caliente y podamos sentarnos a descansar y a divertirnos un poco.

Miss Deale dio media vuelta y echó a andar en dirección a la Droguería Stonewall, con Fanny asida a su mano libre. El comportamiento era casi tan infantil como el de Keith y Nuestra Jane..., cuando hacía sólo unos minutos había estado dispuesta a seducir a cualquier granujiento del valle por un cuarto de dólar.

—¿Y cómo está vuestro padre? —preguntó Miss Deale, al entrar en el *drugstore*—. No lo he visto últimamente.

—Volverá un día de éstos —dije secamente, confiando en que no se hubiese enterado de su dolencia.

—Y Sarah, vuestra madre, ¿por qué no ha venido hoy?

—Se ha quedado en casa; no se encontraba muy bien y descansa.

—Tom me dijo que tú estabas enferma; pero tienes buen aspecto, aunque te veo mucho más delgada.

—Pronto volveré al colegio...

—¿Y cuándo volverán Keith y Jane? —insistió, y sus ojos azules me miraron con recelo.

—Ambos han estado delicados, últimamente...

—Heaven, quiero que seas sincera conmigo. Yo soy tu amiga. Debes confiar siempre en la amiga que esté para ayudarte cuando lo necesites. Los amigos comprenden. Yo deseo ayudaros, necesito ayudaros; por consiguiente, si puedo hacer algo por vosotros, quiero que tú o Tom me lo digáis. No soy rica, pero pobre tampoco. Mi padre me dejó una pequeña herencia al morir. Mi madre vive todavía en Baltimore. Por eso, antes de volver a casa para las vacaciones de Navidad, quiero que me digáis qué puedo hacer para que vuestras vidas seas soportables y más alegres.

Ahí estaba mi gran oportunidad. La buena suerte no suele llamar dos veces a la misma puerta..., pero el orgullo atenazaba mi garganta, paralizaba mi lengua, y como no dije nada, tampoco lo hicieron Tom y el abuelo. Fanny, la atrevida y desvergonzada de la familia, se había alejado, por suerte o por desgracia, para hojear unas revistas.

Mientras yo estaba de pie junto a la puerta, interrogándome sobre la conveniencia de confesárselo todo, Miss Deale se volvió a mirar al abuelo, que se había sentado cansadamente en un banco acolchado que había detrás de una mesita.

—Pobrecillo, añora a su esposa, ¿verdad? —preguntó, compasiva—. Y tú debes añorarla tanto como él.

Me miró a los ojos y sonrió con cariño.

—Acabo de tener una idea maravillosa: los helados están bien, pero no son una

verdadera comida. Pensaba almorzar en un restaurante pero no me gusta comer sola porque todo el mundo te mira. Hacedme el favor de almorzar conmigo, y así tendréis tiempo de contarme qué ha sido de vuestras vidas.

—¡Nos encantaría! —gritó ansiosamente Fanny, que había comparecido de pronto y sonreía ampliamente. Parecía un sabueso oliendo comida gratis.

—Muchísimas gracias, pero me temo que no podemos aceptar —dije vivamente, presa en la trampa de mi endiablada terquedad y lamentando no poder desprenderme de mi orgullo y ser como Fanny—. Ha sido usted muy amable, más que amable, al invitarnos; pero tenemos que estar en casa antes del anochecer.

—No le haga caso, Miss Deale —chilló Fanny—. ¡Pasamos hambre desde que papá se marchó de casa! Mamá se ha ido, la abuelita está muerta y el abuelo necesitará todo el resto del día para hacer el trayecto de regreso.

—Pero papá volverá un día de éstos —me apresuré a añadir—. ¿No es verdad, Tom?

—Sí, un día de éstos —confirmó Tom, mirando tristemente el restaurante al otro lado de la calle.

Lo habíamos observado a menudo, ansiosos de poder sentarnos una sola vez ante una mesa redonda, vestida de blanco y almidonado mantel, con un jarrito de cristal para una sola rosa granate, servidos por camareros uniformados de negro y de blanco, y en bonitas sillas con asiento tapizado de terciopelo. ¡Oh, qué hermosa combinación de blanco, rojo y oro! Allí todo debía oler a limpio y perfumado, por no hablar de lo caliente que se debía estar y de lo deliciosa que sería la comida.

—¿Se ha ido vuestra madre...? —preguntó Miss Deale, con una expresión extraña en su lindo semblante—. Bueno, he oído algunos rumores en la villa, según los cuales se había ido para siempre. ¿Es verdad eso?

—No lo sé —dije brevemente—. Puede cambiar de idea y volver. Ella es así.

—¡ELLA NO ES ASÍ! —gritó Fanny—. ¡No volverá nunca! Lo dijo en una nota que dejó. ¡Papá la leyó y se volvió loco! Después se marchó para buscarla... Y todos lo estamos pagando, Miss Deale... No tenemos madre, no tenemos padre, ni siquiera tenemos comida suficiente, ni ropa de abrigo, y la mayoría de las veces, ni leña para calentarnos... Bueno, es horrible, ¡horrible!

Hubiese matado a Fanny sin dudarle un momento. Había pregonado nuestra humillante situación en el *drugstore*, donde quizá veinte pares de oídos habían escuchado todo lo que decía.

Me quedé sofocada, deseando que me tragase la tierra o desvanecerme en humo, tan turbada y avergonzada estaba al ver cómo habían sido desvelados todos nuestros secretos a los cuatro vientos. Era como ser desnudada en público. Quise interrumpir a Fanny, que seguía hablando sin parar de nuestras vidas y de nuestros secretos familiares. Entonces, miré al abuelo y de nuevo a Keith y a Nuestra Jane, y suspiré profundamente. ¿De qué servía el orgullo ante aquellos grandes ojos hambrientos, hundidos en sus cuencas? ¿No era yo una estúpida al rechazar la bondad de aquella

mujer maravillosa y caritativa? Una idiota, decidí. Fanny tenía diez veces más sentido común que yo.

—Vamos, Heaven, si Fanny quiere comer en un restaurante y parece que Tom lo desea igualmente, y Jane y Keith están tan delgados, ¿vas tú a votar contra la mayoría? Sus deseos pesan más que el tuyo, y no hay más que hablar. La familia Casteel será mi invitada a comer este domingo y todos los domingos sucesivos hasta que vuelva vuestro padre para encargarse de vosotros.

Tuve que tragar saliva para no llorar.

—Sólo a condición de que nos permita usted pagárselo cuando podamos.

—Naturalmente, Heaven.

El destino había intervenido, vistiendo un traje caro con cuello de visón, y cuando el destino se presenta ataviado de esa manera, ¿quién puede resistirle?

Como Moisés conduciendo a su pueblo hambriento, Miss Deale cruzó Main Street, con Nuestra Jane asiendo devotamente su mano enguantada. Más orgullosa que un pavo real, entró en aquel restaurante de moda, donde hombres vestidos de negro y blanco nos miraron fijamente, como si se tratase de fenómenos de circo cuya desaparición deseasen fervientemente. Otros comensales nos observaron, fruncieron la nariz y adoptaron actitudes despectivas. Pero Miss Deale sonrió a todo el mundo.

—Buenas tardes, Mr. y Mrs. Holiday —dijo con amabilidad, saludando a una pareja de aspecto distinguido que vestía tan elegantemente como ella—. Me alegro de volver a verles. Su hijo se porta en el colegio maravillosamente. Pueden estar orgullosos de él. Para mí, es estupendo que una familia me acompañe a comer.

Avanzó como un barco entrando en su puerto, seguida de la harapienta comitiva y encaminándose a la mejor mesa del restaurante.

Una vez allí, indicó con arrogante ademán a un asombrado viejo que nos acomodase, mientras nos explicaba:

—Esta mesa tiene una vista espléndida de vuestra montaña.

Yo estaba abrumada, asustada y confusa. Me senté en una lujosa silla dorada y tapizada de terciopelo carmesí, como en un sueño de riqueza palaciega. La nariz de Nuestra Jane goteaba de nuevo. Tom agarró a Keith rápidamente y preguntó dónde estaba el lavabo de caballeros más próximo. Fanny sonreía radiante a todo el mundo, como si estuviese realmente en su ambiente, a pesar de sus harapos. Incluso antes de sentarse, y mientras el camarero sostenía su silla, se quitó uno a uno sus tres suéters. Todos los que estaban en el local observaron con asombro y disgusto, pensando, sin duda como yo, que Fanny iba a quedarse en cueros. Sin embargo, se detuvo al llegar a su raído vestido y sonrió alegremente a Miss Deale.

—Nunca me sentí tan feliz como ahora en mi desgraciada vida.

—Así me gusta, Fanny; esto hace que yo me sienta dichosa también.

Keith no era tan aficionado como Nuestra Jane a tirar de la cadena, y él y Tom volvieron a toda prisa, como temerosos de perderse algo maravilloso. Tom me miró entusiasmado.

—Un buen festín navideño, ¿verdad, Heavenly?

¡Oh, sí! Sólo faltaban cinco días para la Navidad. Contemplé el alto y espléndido árbol colocado en un rincón, y las euforbiáceas distribuidas alrededor del salón.

—¿No es estupendo, Heaven? —dijo Fanny, levantando demasiado la voz—. Cuando yo sea rica y famosa, almorzaré así todos los días, ¡todos los días del año!

Miss Deale nos sonrió a todos por turno.

—¿No es magnífico? Mucho mejor que si hubieseis ido vosotros por vuestro lado y yo por el mío. Ahora podéis decirme lo que preferís comer. Empezaremos por usted, Mr. Casteel.

—Yo comeré lo que coman los demás —murmuró el abuelo, pareciendo confuso y desplazado.

Trataba continuamente de taparse la boca con la mano, temeroso de que la gente viese los dientes que le faltaban, y tenía bajos los ojos acuosos, como asustado todavía de hallarse sentado allí.

—Miss Deale —dijo Fanny, sin vacilar—, elija usted lo mejor, lo que más le guste, y todos nos sentiremos satisfechos. Y postres también. Pero no nos dé coles ni bizcochos.

Incluso después de eso, Miss Deale consiguió conservar su expresión comprensiva.

—Sí, Fanny —asintió—, es una buena idea que yo elija lo que me guste más para todos. Veamos, ¿hay alguien a quien no le guste el rosbif?

¡Rosbif! Nunca lo habíamos comido en casa, y pondría color en las mejillas de Nuestra Jane y de Keith.

—¡Me encanta el rosbif! —exclamó Fanny, con avidez.

El abuelo asintió con la cabeza; Nuestra Jane miraba asombrada a su alrededor y Keith no apartaba los ojos de su hermanita pequeña, mientras que Tom parecía estar en la gloria.

—Todo lo que elija usted estará bien para nosotros —dije.

Hablé con humildad, sintiéndome eternamente agradecida por encontrarme allí y, al mismo tiempo, temerosa de que la pusiésemos en ridículo con nuestro defectuoso comportamiento en la mesa.

Miss Deale cogió su servilleta, que estaba doblada como una flor, la desplegó y se la puso sobre la falda. Yo la imité rápidamente, di una patada a Fanny por debajo de la mesa y ayudé a Keith a ponerse la servilleta, mientras Miss Deale ayudaba a Nuestra Jane con la suya. El abuelo siguió el ejemplo y nos imitó, lo mismo que Tom.

—Bueno, de primer plato podemos tomar ensalada o sopa. El plato fuerte será rosbif con verduras. Si alguien prefiere pescado, cordero o carne de cerdo, que lo diga.

—Comeremos rosbif —declaró Fanny, casi cayéndosele la baba.

—Bien, ¿están todos de acuerdo?

Todos asentimos con la cabeza, incluso Nuestra Jane y Keith.

—Ahora... tendremos que decidir si queremos el rosbif casi crudo, normal o muy hecho. ¿O tal vez preferiría alguien un bistec?

Tom y yo nos miramos, desconcertados de nuevo.

—Rosbif —murmuré yo.

En mis libros predilectos, todos los hombres realmente románticos comían rosbif.

—Bien, yo también lo adoro; medio hecho, diría yo, para todos. Acompañado de patatas..., y en cuanto a verduras...

—No las queremos —informó rápidamente Fanny—. Sólo la carne, las patatas y el postre.

—No es una comida muy equilibrada —siguió diciendo Miss Deale, sin levantar siquiera la mirada de la carta, mientras el camarero tomaba las nuestras y las retiraba delicadamente—. Ensalada mixta y judías verdes para todos. Eso irá muy bien, ¿no le parece, Mr. Casteel?

El abuelo asintió con la cabeza, sin decir palabra. Parecía tan intimidado que temí que fuese incapaz de comer algo. Que yo supiese, el abuelo no había comido nunca «fuera».

No fue una comida..., ¡fue un banquete!

Colocaron ante nosotros grandes platos de ensalada. Los contemplamos durante unos momentos, antes de levantar yo la mirada para ver qué tenedor empleaba Miss Deale. Entonces tomé el mío. Tom hizo lo propio, pero Fanny cogió lo que quería con los dedos, hasta que volví a darle una patada por debajo de la mesa. Nuestra Jane picaba en la suya, y Keith parecía confuso al esforzarse en engullir aquella comida extraña sin llorar. Miss Deale untó con mantequilla dos panecillos calientes y tendió uno a Nuestra Jane y a otro a Keith.

—Probad esto con la ensalada; le va muy bien.

Toda mi vida recordaré aquella ensalada compuesta de hojas verdes de una clase que nunca habíamos comido, y tomates, en aquella época del año, con diminutas mazorcas de maíz, pimientos verdes, champiñones, y otras muchas cosas cuyo nombre ignoraba. Tom, Fanny y yo devoramos rápidamente nuestra ensalada, tomando a menudo pan de la cesta, tapada, que tuvo que ser repuesta tres veces.

—Esto tiene que ser mantequilla de verdad —murmuré a Tom.

Antes de que Nuestra Jane, Keith y el abuelo pudiesen terminar sus ensaladas, llegó el «plato fuerte».

—¿Come usted así todos los días? —preguntó Fanny, brillando de dicha sus ojos negros—. Si es así, resulta un milagro que no pese una tonelada.

—No, no como así todos los días, Fanny. Sólo los domingos me doy estos banquetes, y de ahora en adelante, cuando esté en la ciudad, los compartiréis conmigo.

Demasiado bueno para poder creerlo. Con lo que nos sirvieron, podríamos vivir una semana, y resolví comérmelo todo, todo, aunque me pareciese una cantidad enorme. Creo que Fanny, Tom e incluso Nuestra Jane y Keith tuvieron la misma idea.

Sólo el abuelo tuvo dificultades con la carne, debido a los pocos dientes que conservaba.

Sentí ganas de llorar al ver tan dichosa a Nuestra Jane que comía con verdadero regocijo. Keith limpió su plato en un santiamén, aunque se pasó de la raya al inclinar la cabeza sobre el plato con intención de lamer la poca salsa oscura que quedaba.

Miss Deale me tocó el brazo para que no le riñese.

—Dile que rebañe la salsa con el panecillo, Heaven; me entusiasma ver cómo disfrutáis de esta comida.

Y sonrió, radiante.

Cuando todos hubimos vaciado nuestros platos, dejándolos tan limpios que relucían, dijo:

—Y desde luego, todos querréis postre.

—¡Nos encanta el postre! —gritó Fanny, haciendo que los otros comensales se volvieran a mirarnos otra vez—. Yo quiero este pastel de chocolate —dijo, señalando la carta de los postres.

—¿Y usted, Mr. Casteel? —preguntó Miss Deale con su voz más delicada y mirándole amablemente—. ¿Qué tomará como postre?

Yo sabía que el abuelo se sentía incómodo; sin duda, le molestaban los gases que debía tener en el estómago, no acostumbrado a consumir tanta comida de una vez y a tener que mascar durante tanto tiempo.

—Cualquier cosa... —murmuró.

—Creo que yo tomaré tarta de chocolate —dijo Miss Deale—. Pero sé que a Nuestra Jane y a Keith les encantará el pudding de chocolate que sirven aquí. Mr. Casteel, Heaven y Tom pueden elegir lo que quieran, pues a Fanny y a mí no disgustaría comer dulces si los demás no hiciesen lo mismo.

¿Tarta, pastel o pudding de chocolate? ¿Cuál de los tres? Elegí la tarta, porque Miss Deale la había escogido y debía saber lo que se hacía. El enorme pedazo de pastel de Fanny, cubierto de nata y con una cereza, me pareció delicioso mientras devoraba rápidamente la tarta. Pero al abuelo, a Tom, a Nuestra Jane y a Keith les sirvieron un pudding de chocolate en platos de fantasía tan bonitos que me hizo lamentar no haberlo escogido.

Como disfrutando al fin de los goces del Paraíso, Nuestra Jane engulló sus cucharadas de pudding de chocolate tan deprisa que terminó antes que Keith. Sonrió a Miss Deale como no lo había hecho en su vida.

—¡Estaba BUENO! —dijo, y varias personas sentadas cerca de nosotros sonrieron.

Todo había ido bastante bien hasta ese momento, salvo por Keith lamiendo su plato.

Pero yo hubiese debido saber que nuestra suerte no podía durar eternamente.

Bruscamente, sin previo aviso, Nuestra Jane se mareó, palideció y vomitó sobre la falda de lana de color vivo de Miss Deale. También salpicó el almidonado mantel y

me manchó a mí.

Los ojos de Nuestra Jane se desorbitaron y nublaron, antes de que rompiese a llorar y a lanzar gritos de terror. Trató de enterrar su cara en mi regazo, mientras yo pedía disculpas y limpiaba la porquería de la falda de Miss Deale con mi gran servilleta blanca.

—¡Oh, no te apures tanto, Heaven! —dijo Miss Deale con tranquilidad, sin parecer disgustada en absoluto mientras limpiaba su maloliente falda—. La enviaré a la tintorería y la dejarán como nueva. Ahora, que nadie se muestre preocupado; conserven todos la calma, y yo pagaré la cuenta mientras se ponen sus prendas de abrigo. Después los llevaré a casa.

Los otros comensales desviaron la mirada, desentendiéndose de la escena. Ni siquiera los camareros parecieron contrariados, como si hubiesen presumido que ocurriría algo así desde el momento en que entramos.

—Hice una cosa mala —sollozó Nuestra Jane, mientras Miss Deale firmaba el cheque—. No quería hacerlo, Hev-lee. No pude evitarlo, Hev-lee.

—Dile sólo a Miss Deale que lo sientes.

Pero Nuestra Jane era demasiado tímida para hablar, y se echó a llorar de nuevo.

—Está bien, querida Jane. Recuerdo que una vez hice lo mismo cuando tenía tu edad. Estas cosas nos ocurren a todos, ¿verdad, Heaven?

—Sí, sí —me apresuré a decir, como si me agarrase a un clavo ardiente—. Sobre todo cuando se tiene un estómago pequeño que no está acostumbrado a comer tanto.

—Yo no he vomitado *nunca* sobre *nadie* —proclamó Fanny—. *Mi estómago* sabe portarse como es debido.

—Pero no tu lengua —dijo Tom.

Llevé a Nuestra Jane al lujoso coche negro de Miss Deale. Mientras ésta conducía, subiendo y subiendo, entre las nubes del lugar donde vivíamos, empezó a nevar un poco. Yo estaba temblando, temerosa de que Nuestra Jane volviese a vomitar y ensuciase el interior del magnífico automóvil; pero la pequeña consiguió retener el resto de lo que había comido, y llegamos a casa sin ensuciar nada más.

—No sé cómo darle las gracias —dije humildemente, plantada en el desvencijado porche, todavía con mi hermanita en brazos—. Siento mucho lo que le ha ocurrido a su hermoso traje. Espero que desaparezca la mancha.

—Desaparecerá, no te preocupes.

—Por favor, vuelva a invitarnos el domingo próximo —suplicó Fanny.

Abrió la puerta de la cabaña y desapareció en el interior, cerrándola de golpe. Al cabo de un momento, volvió a abrirla.

—Y muchísimas gracias, Miss Deale —gritó—. Es usted formidable organizando fiestas.

La puerta volvió a cerrarse.

—Usted es única entre un millón —dijo roncamente Tom, inclinándose para besar la fría mejilla de Miss Deale—. Gracias por todo. Aunque viviese ciento diez años,

nunca olvidaría el día de hoy, ni a usted, ni su comida, que ha sido la mejor que he comido jamás, sin despreciar la tuya, Heavenly.

Desde luego, había llegado el momento de invitar a Miss Deale a entrar y demostrarle *nuestra* hospitalidad. Pero con esto le habría dado demasiada información, y no podía hacerlo. Aunque me daba cuenta de que ella esperaba la invitación y la ocasión de ver cómo vivíamos. La cabaña, vista desde fuera, era bastante lastimosa; pero si hubiese entrado en ella, seguro que le habría quitado el sueño.

—Gracias de nuevo, Miss Deale, por todo lo que ha hecho. Por favor, perdone a Fanny, y también a Nuestra Jane, que siente mucho lo ocurrido aunque no sabe expresarlo. La invitaría a entrar, pero he dejado la casa en un desorden terrible...

Lo cual era verdad.

—Comprendo. Tal vez vuestro padre ha vuelto y se ha estado preguntando dónde estabais. Si es así, me gustaría hablar con él.

Fanny asomó de nuevo la cabeza.

—No está aquí, Miss Deale. Papá está enfermo y...

—*Estaba* enfermo —me apresuré a interrumpirla—. Ahora está mucho mejor y lo esperamos mañana.

—Bueno, me alegra saberlo.

Sonrió y me abrazó, y yo aspiré su perfume, y sus suaves cabellos me hicieron cosquillas en la cara.

—Eres muy valiente y muy noble, pero demasiado joven para soportar tantas cosas —me dijo—. Volveré mañana por la tarde, cuando termine el colegio, y os traeré regalos para que los pongáis al pie del árbol de Navidad.

No le dije que no teníamos árbol de Navidad.

—No podemos aceptarlo —protesté débilmente.

—Sí, sí que podéis. Y debéis. Esperadme mañana a eso de las cuatro y media.

De nuevo, Fanny asomó la cabeza por la puerta; por lo visto, había estado escuchando desde detrás de las delgadas tablas.

—La estaremos esperando; no se olvide.

Miss Deale sonrió; iba a decir algo, pero pareció cambiar de idea antes de tocar mi mejilla amablemente.

—Eres una chica magnífica, Heaven. Me sabría muy mal que no terminases la segunda enseñanza, teniendo tan buenas dotes para aprender.

De pronto sonó una débil vocecilla, cuando nunca habría yo esperado que Keith dijese algo por propia iniciativa.

—Sí —murmuró Keith, agarrándose a mi falda—. Nuestra Jane dice que lo siente.

—Ya lo sé.

Miss Deale acarició la redonda mejilla de Nuestra Jane y revolvió los lindos cabellos de Keith antes de volverse para partir.

En la cabaña, donde hacía casi tanto frío como en el exterior, Tom metió más leña en *Ole Smokey*. Yo me senté y mecí a Nuestra Jane, sintiendo cómo entraba el viento frío por las aberturas de las paredes y se filtraba por las grietas del suelo y se introducía por los mal ajustados marcos de las ventanas. Por primera vez, esta cabaña me parecía totalmente irreal, no nuestra casa.

Me imaginé el restaurante con sus inmaculadas paredes blancas, su alfombra carmesí, sus muebles de fantasía; ése era el mundo que deseaba para todos nosotros. Y al pensar que aquélla había sido la mejor comida de mi vida, me di cuenta de lo míseros que éramos y me eché a llorar.

Esa noche rezaría mi más larga y sincera oración, hincada de rodillas. Permanecería así horas y horas, y esa vez Dios escucharía mi plegaria y haría que papá volviese a casa.

Sin embargo, me levanté con la aurora a la mañana siguiente, cantando al empezar mi trabajo cotidiano en la cocina; despedí a Tom al marcharse éste al colegio, y me puse a limpiar y ordenar la casa lo mejor posible, para lo cual requerí la ayuda de Fanny.

—¡No conseguirás que parezca bonita! —se lamentó ésta—. Puedes quitar el polvo, barrer y fregar, ¡y seguirá apestando!

—No, no lo creas. No apestará cuando tú y yo hayamos terminado; brillará, brillará de veras. Con que date prisa, perezosa; haz tu trabajo, ¡o se habrán acabado los banquetes para ti!

—Ella no me hará ese desaire. ¡Sé que no lo hará!

—No querrás que se siente en una silla sucia, ¿eh?

Aquello la decidió. Se esforzó en ayudarme, aunque no había pasado más de una hora cuando se tumbó en su jergón y se hizo un ovillo para continuar el sueño interrumpido.

—Así pasa más deprisa el tiempo —murmuró.

Cuando miré al abuelo, éste estaba dormitando en su mecedora, esperando también el milagro del regreso de Miss Deale a las cuatro y media.

Pero pasaron las cuatro y media sin que Miss Deale diese señales de vida.

Casi había anochecido cuando llegó Tom con una nota de Miss Deale.

Querida Heaven:

Cuando llegué a casa la noche pasada, encontré un telegrama debajo de la puerta. Mi madre está gravemente enferma en un hospital; por consiguiente, tengo que ir a su lado. Si me necesitáis, por el motivo que sea, llamad por favor a cobro revertido al teléfono que os indico al pie.

Un mozo os llevará lo que creo que necesitáis. Por favor, aceptad mis regalos como dedicados a unos niños a los que quiero como si fuesen míos.

Había escrito un número con el prefijo correspondiente, olvidándose tal vez de que no teníamos teléfono. Suspiré y miré a Tom.

—¿No te dijo nada más?

—Sí, muchas cosas. Quería saber cuándo volverá papá a casa, qué necesitábamos, la talla de nuestros trajes y el número de nuestros zapatos. Me suplicó, Heavenly, que le dijese qué era lo que más necesitábamos. Pero, ¿cómo podía decírselo, si la lista habría sido interminable? Sobre todo, necesitamos comida. Bueno, me quedé allí como un pasmarote, lamentando no ser como Fanny, poder contárselo todo, no tener orgullo..., no sentir la humillación, sin tomar lo que pudiese... Pero fui incapaz de hacerlo, y ella se ha marchado. Nuestra única amiga se ha marchado.

—Pero nos enviará regalos.

Él se echó a reír.

—¡Eh! ¿Dónde está todo tu orgullo?

Pasaron tres días, y la caja de regalos no llegó.

El día antes de la víspera de Navidad, Tom volvió a casa con malas noticias.

—He ido a la tienda de que me habló Miss Deale, a preguntar dónde estaban las cosas que ella quería que nos enviasen, y me han dicho que no llevan los encargos a domicilio en este condado. Discutí, pero insistieron en que tendremos que esperar a que ella vuelva y pague un suplemento de precio. Sin duda no se lo advirtieron, Heavenly, o Miss Deale lo habría solucionado. Sé que lo habría hecho.

Me encogí de hombros, tratando de mostrar indiferencia. Bueno, ya nos apañaríamos. Pero se me encogió el corazón.

El clima invernal de la montaña escogió ese día para atacarnos con tal ferocidad que nos pilló completamente desprevenidos. Corrimos de un lado a otro, metiendo trapos en las rendijas que podíamos alcanzar: debajo de las puertas, entre las tablas del suelo, alrededor de los temblorosos cristales de las ventanas. Nuestra cabaña pareció, por dentro, un pañuelo remendado, proporcionando buenos escondrijos a las pulgas, a las cucarachas y a las arañas, aunque hiciese frío en ellos. Los crepúsculos eran siempre cortos en la montaña y la noche caía con alarmante rapidez. Con ella aparecía el crudo frío que se instalaba en las montañas como una manta de hielo. Incluso cuando enrollábamos los jergones para dormir dentro de ellos, seguíamos sin poder calentarnos porque el suelo cercano a la estufa estaba frío. El abuelo dormía en la gran cama de metal, cuando se acordaba de abandonar su mecedora, y allí era donde yo quería que reposasen sus viejos y cansados huesos, lejos del suelo duro y frío.

—No —protestaba con terquedad—. No está bien que haga esto cuando los pequeños necesitan la cama más que yo. No me repliques, Heaven; haz lo que te digo. Mete a Jane y a Keith en la cama, y si los otros nos apretujamos un poco, nos

daremos calor mutuamente.

Me dolía quitarle la cama al abuelo, pero él podía ser muy terco en las cosas más extrañas. ¡Y yo había creído siempre que era egoísta!

—La cama es para los pequeños —insistía—, para los más débiles.

Y desde luego, éstos tenían que ser Nuestra Jane y Keith.

—¡Un momento! —gritó Fanny, con voz estridente—. Si los pequeños se merecen una cama blanda y caliente, yo vengo después. También hay sitio de sobra para mí.

—Si hay sitio de sobra para ti, también lo habrá para Heavenly —adujo Tom.

—Y si hay sitio para mí, Tom, también debería caber uno más —dije.

—¡No hay sitio bastante para Tom! —Ardió Fanny.

Pero lo había.

Tom encontró sitio a los pies de la cama, descansando la cabeza en el lado donde yacían Nuestra Jane y Keith y no había piernas largas que acercasen los pies descalzos, y además fríos, a su cara.

Tom, antes de acostarse, tenía que partir más leña para poder alimentar la estufa y obtener agua fundiendo hielo. *Ole Smokey* seguía escupiendo humo, más apestoso que nunca.

Era él quien se levantaba por la noche para echar más leña al fuego. Estábamos agotando la provisión de aquella. Tom aprovechaba todos los ratos libres al salir del colegio, hasta que se hacía completamente de noche, y todos los sábados y domingos, para cortar troncos en el bosque para la vieja estufa que devoraba la leña con la misma rapidez con que los elefantes comen cacahuets.

Manejaba el hacha con resuelto empeño hasta que los brazos y la espalda le dolían tanto que no podía dormir sin dar vueltas en la cama y llorar de dolor. Los músculos le hacían sufrir tanto que su sueño era muy ligero. Yo me levantaba para darle friegas en la espalda con aceite de ricino caliente, que, según solía decir la abuelita, era un buen remedio para todos los males. Aunque si se tomaba demasiado, podía provocar el aborto, y yo no lo dudaba. Una buena cantidad de aceite de ricino dentro del cuerpo y todo lo que había en éste se desharía y sería expulsado. Sin embargo, aliviaba el dolor de los músculos de Tom.

Cuando no oía los gemidos de Tom, podía escuchar otros sonidos en la noche: los silbidos de los bronquios del abuelo, la tosecilla incesante de Nuestra Jane, los borborigmos de hambre de la barriga de Keith; pero, sobretodo, oía pisadas en el desvencijado porche.

¿Papá que volvía a casa?

¿Osos en el porche?

¿Lobos que se acercaban cada vez más para devorarnos a todos?

Tom creía fervientemente que papá no permitiría que nos muriésemos de hambre y de frío.

—Piensa lo que quieras, Heavenly, pero él nos quiere, incluso a ti.

Yo estaba acurrucada en mi lado de la cama, con los pies sobre la rabadilla de Tom; pero tenía la cabeza vuelta de manera que podía contemplar el bajo techo, el cielo invisible encima de él, y rezaba para que papá volviese a casa de nuevo, sano y vigoroso, suplicando nuestra comprensión.

El día siguiente era la víspera de Navidad, en nuestra alacena sólo había media taza de harina, un par de cucharadas de manteca y dos manzanas secas. Aquella mañana me desperté con una tal sensación de mal augurio pesando tanto sobre mí que apenas podía moverme. Me quedé mirando aquel alimento que nos quedaba y sentí correr las lágrimas por mi semblante; Nuestra Jane podría comer todas las gachas que yo preparara y todavía se quedaría con hambre. El suelo crujió detrás de mí y Tom me rodeó la cintura con un brazo.

—No llores, Heavenly, por favor. No te rindas ahora. Algo ocurrirá que nos salvará de esta situación. Tal vez podremos vender en la ciudad algunos de los animalitos tallados por el abuelo y, en ese caso, tendremos dinero para comprar mucha comida.

—Habremos de esperar a que se funda la nieve —murmuré con voz ronca, sintiendo las punzadas del hambre que nunca cesaban.

—Mira —dijo él, volviéndose a la ventana y señalando una raya brillante en el cielo plomizo—, está aclarando. Casi puedo ver el sol entre las nubes. Dios no se ha olvidado de nosotros, Heavenly. Hará que papá vuelva, lo siento en mis huesos. Sabes que papá no nos dejaría morir de hambre aquí, solos.

Yo ya no sabía qué pensar.

Regalo de navidad

Tuve la impresión de que Tom y yo habríamos podido recorrer ciento cincuenta kilómetros en un día soleado en menos tiempo del que tardamos en arrastrarnos, aquella víspera de Navidad, hasta la caseta que teníamos para ahumar la carne, sosteniéndonos mutuamente mientras el viento aullaba en nuestros oídos y nos arrojaba nieve a la cara hasta casi cegarnos. Pero, cuando volvimos, llevábamos en los bolsillos una docena de las mejores tallas en madera del abuelo. Hacía tanto tiempo que estaban en la caseta que él no las echaría en falta.

El alivio de sentir el porche debajo de mis pies me permitió abrir los ojos por primera vez y ver lo blanco que era nuestro mundo, no a causa de la nieve recién caída sino de la vieja que el viento había acumulado alrededor de nuestra cabaña. Tom empujó con fuerza para abrir la puerta, me dio un empujón para que entrase y me siguió rápidamente.

De momento, al entrar tambaleándome, no pude enfocar mis ojos, tanto pesaban mis párpados con la nieve congelada en mis pestañas. Fanny estaba chillando, y había allí otros muchos ruidos. Sorprendida, miré a mi alrededor y me quedé petrificada por la impresión, aunque en seguida sentí renacer mi esperanza.

¡Papá! ¿Había venido a pasar el día de Navidad con nosotros...? ¡Por fin, por fin habían sido escuchadas nuestras oraciones!

Él estaba de pie, en la habitación débilmente iluminada, mirando al lugar donde Keith y Nuestra Jane estaban acurrucados juntos para darse calor. Dormían a pesar de los saltos y de los gritos de Fanny, y también dormía el abuelo en su mecedora.

Papá no pareció oír a Tom ni a mí cuando nos deslizamos sin ruido en la estancia, manteniéndonos apartados de él lo más posible. Algo en su actitud, en su manera de mirar a los dos pequeños, me había puesto en guardia.

—¡Papá! —exclamó Tom alegremente—. ¡Has vuelto a nuestro hogar!

Papá se volvió hacia él con rostro inexpresivo, como si no reconociese al robusto y pelirrojo muchacho.

—He vuelto para traeros un regalo de Navidad —dijo en tono apagado y sin la menor alegría en sus ojos.

—Papá, ¿dónde has estado? —preguntó Tom.

Mientras, yo me echaba atrás y rehusaba saludar a papá, lo mismo que él rehuía mirar en mi dirección y darse por enterado de mi presencia.

—Eso no es de tu incumbencia.

Fue cuanto dijo antes de dejarse caer al suelo, junto a la mecedora del abuelo; entonces éste se despertó lo bastante para sonreír débilmente a su hijo, y, al cabo de un momento, ambos estaban roncando.

Sobre la mesa había bolsas, sacos y cajas de comida. Podríamos alimentarnos de nuevo, y sólo cuando me hube acostado aquella noche, me pregunté qué sería el regalo maravilloso que papá nos había traído y que debía ser tan voluminoso que no había podido entrarlo en casa. ¿Vestidos? ¿Juguetes? Él nunca nos traía juguetes; sin embargo, yo esperaba todo aquello con afán.

Al día siguiente era Navidad.

—Gracias, Dios mío —murmuré llena de gratitud y me levanté para rezar de rodillas junto a la cama—. Tú lo has traído a casa en el momento oportuno.

La mañana del día de Navidad estaba yo cocinando unas setas que Tom había encontrado el día anterior en un barranco poco profundo del bosque, cuando papá se levantó del suelo, salió un momento para ir al retrete y entró de nuevo; iba sin afeitarse y tenía mal aspecto. Levantó a Nuestra Jane y a Keith de su caliente y cómoda cama. Los sostuvo sin esfuerzo en sus vigorosos brazos, mirándoles con afecto, mientras ellos lo observaban con los ojos muy abiertos y un poco asustados, como si ya no lo reconociesen. Eran hijos míos ya, no de él. No los quería tanto como yo, o no los habría dejado tantos días sin comida suficiente. Mordiéndome la lengua por pura fuerza de voluntad, seguí cocinando las setas.

Comeríamos huevos como plato extra, pero reservaría el tocino hasta que papá se marchase de nuevo. No le daría ni una fina tajada.

—Date prisa con la comida, muchacha —ladró papá—. Hoy tendremos compañía.

¿Compañía?

—¿Dónde está el regalo de Navidad? —preguntó Tom, entrando en la cabaña después de haber estado una hora cortando leña.

Papá se acercó a la ventana más próxima, sin advertir lo limpia que estaba, y miró al exterior.

—Viste a esos dos, ¡deprisa! —ordenó, sin mirarme y dejando a Nuestra Jane y a Keith en el suelo.

¿Por qué brillaban sus ojos de ese modo? ¿Quién iba a venir? ¿Sarah? Podía ser Sarah... ¿Era éste nuestro regalo? ¿Sería maravilloso, maravilloso!

Nuestra Jane y Keith corrieron hacia mí, como si yo representase su madre, su seguridad, sus esperanzas y sus sueños. Les lavé la cara con bastante rapidez. Después, les puse sus mejores vestidos, aunque eran bastante humildes.

A partir de ese momento, la vida sería mejor, pensé. Todavía conservaba el optimismo infantil que se niega a desaparecer durante el día. Me aferraba con fuerza a la esperanza, a pesar de lo que veía en los ojos de papá, percibía en el ambiente y sentía en mis huesos. Algo..., algo malo. Aquellos ojos fríos y duros miraron brevemente en mi dirección antes de posarse en Tom y en Fanny y, por último, en Keith y Nuestra Jane.

Entre sus cinco hijos, Tom era el preferido y, después, Fanny.

—Ven aquí, querida —dijo a ésta, con una dulce sonrisa—. ¿Quieres darle otro

abrazo a tu papá?

Fanny se echó a reír. Estaba dispuesta a sonreír y abrazar a cualquiera que advirtiese su presencia.

—Papá, he rezado cada noche y cada día para que volvieras. ¡Te he añorado tanto!

Hizo un mohín con el gordezuelo labio inferior y le preguntó dónde había estado.

Oí que se detenía un coche delante de la cabaña. Me acerqué a la ventana y vi en el automóvil a un hombre corpulento y a su esposa que, al parecer, esperaban una señal de papá. Miré a éste y estuve segura de que le costaba trabajo tomar alguna decisión cuando levantó a Fanny, la sentó sobre sus rodillas y acarició sus negros y largos cabellos.

—Ahora, hijos míos, tendréis que enfrentaros con unos hechos que os parecerán duros —empezó a decir, con voz ronca y brusca y ojos dolientes—. Vuestra mamá no volverá jamás. La gente de la montaña es así. Cuando toman una resolución, actúan inmediatamente y nada, salvo la muerte, puede hacerles desistir. Ella no volverá. Y lo que es más, yo no quiero volver a verla. Si asomase la cabeza por aquí, cogería mi escopeta y se la volaría.

No sonrió para mostrarnos que no lo decía en broma.

Todos nosotros guardamos silencio.

—Bueno, he conocido a una pareja buena y rica que no puede tener hijos, y desean tanto ser padres que están dispuestos a pagar buen dinero para obtener lo que quieren: un niño pequeño. Por consiguiente, tiene que ser Keith o Nuestra Jane. Ahora, no chilléis ni digáis que no, porque tiene que hacerse. Si queréis verles crecer sanos y vigorosos, y que tengan cosas buenas que yo no puedo darles, mantened cerrado el pico y dejad que esa pareja elija.

Me quedé helada. Todas las esperanzas que había concebido se las llevó el crudo viento cuando supe lo que papá se disponía a hacer. Papá era papá, y nunca, nunca, cambiaría. ¡Era un Casteel malvado, vil, corrompido y borracho! Un hombre sin alma ni corazón, ni siquiera para los suyos.

—Es el mejor regalo de Navidad que puedo hacer a Keith o a Nuestra Jane, y no debéis gritar ni llorar y echarlo todo a perder. Pensáis que no os quiero, pero no es así. Pensáis que no me ha preocupado lo que pasa en esta cabaña, pero no es así. He estado enfermo por dentro y enfermo por fuera, tratando de encontrar una manera de salvaros a todos. Y una noche oscura, cuando estaba más desesperado que un perro callejero muerto de hambre, la encontré.

Dirigió una mirada cariñosa a Fanny y otra a Tom, a Keith y a Nuestra Jane, pero a mí ni tan siquiera me miró.

—Se lo he dicho ya a vuestro abuelo. Él piensa que es una buena solución.

Fanny bajó despacio de las rodillas de papá y retrocedió hacia donde yo estaba sosteniendo a Nuestra Jane, mientras Tom apoyaba ambas manos en los estrechos y frágiles hombros de Keith.

—Papá —dijo Fanny, pálida y preocupada por una vez—, ¿qué piensas hacer?

Papá sonrió de nuevo con zalamería. (Yo pensé que parecía excepcionalmente astuto).

—Empecé a pensar en lo mucho que están dispuestos a pagar los ricos por obtener lo que desean. Yo tenía más hijos de los que podía mantener. Algunos querían hijos y no podían tenerlos. Allí hay mucha gente rica que desea algo que yo tengo en abundancia. Por consiguiente, decidí vender.

—Papá —dijo con voz fuerte Tom, echándose a temblar—, no lo dirás en serio, ¿verdad?

—Cierra el pico, muchacho —le amonestó papá, con voz grave e intensa—. No bromeo. Hablo completamente en serio. He resuelto que esto es lo mejor. La única solución. Al menos uno de vosotros se salvará de morir de hambre.

¿Era éste nuestro regalo de Navidad? ¿Vender a Keith o a Nuestra Jane?

Sentí náuseas. Estreché a Nuestra Jane con más fuerza sobre el pecho y hundí la cara en sus suaves y rizados cabellos.

Papá se dirigió a la puerta e invitó a entrar a la pareja del automóvil negro.

Entró una señora gorda con zapatos de charol de tacón alto, seguida de un hombre todavía más gordo. Ambos llevaban gruesos abrigos con cuello de piel y guantes, y en sus rostros se dibujaban amplias sonrisas satisfechas que pronto se desvanecieron al ver la hostilidad en nuestras caras. Después miraron con lentitud a su alrededor, observando horrorizados nuestra pobreza.

No había árbol de Navidad. Ni regalos, ni adornos, ni paquetes desparramados en el suelo. Nada que indicase que fuese un día distinto de todos los demás que teníamos que pasar sufriendo.

Y allí estaba papá, tratando de vender a sus propios hijos.

Algo increíble, decían los ojos expresivos e impresionados de aquella gente de la ciudad.

—¡Oh, Lester! —exclamó la mujer gorda, que era bastante bonita, poniéndose de rodillas e intentando atraer a Keith sobre su enorme pecho—. ¿Oíste lo que dijo él cuando subíamos la escalera? No podemos dejar que esta querida y preciosa criatura se muera de hambre. Mira qué ojos tan grandes y tan bonitos tiene. Qué cabellos tan finos y sedosos. Y va muy limpio. Tiene un aspecto muy dulce. Y aquella pequeñita que lleva en brazos la chica mayor es encantadora, ¿no te parece, Lester?

Yo sólo podía sentir pánico. Oh, ¿por qué los había bañado y les había lavado los cabellos el día anterior? ¿Por qué no estaban sucios, para que ellos no los quisieran? Sollocé y estreché más fuerte a Nuestra Jane, que se aferraba a mí, temblando de miedo. Tal vez Nuestra Jane o Keith estarían mejor; pero, ¿y yo?, ¿y yo? Eran míos, no de ella. Ella no había estado con ellos todas las noches, ni los había paseado, ni los había alimentado a cucharadas, dedicándoles horas y más horas que habría podido pasar jugando fuera de casa.

Marchaos, marchaos, tuve ganas de gritar; pero en vez de esto, dije:

—Nuestra Jane sólo tiene siete años.

Mi voz era ronca, resuelta como estaba a salvar a Nuestra Jane de aquella mujer, de aquel hombre.

—Ni ella ni Keith han estado nunca fuera de casa —continué—. No podrían vivir separados; llorarían y gritarían, y serían siempre desgraciados.

—Siete años —murmuró la mujer, y pareció contrariada—. Pensaba que tenía menos. Yo quería una criatura más pequeña. ¿Puedes creer que tiene siete años, Lester? ¿Y cuántos tiene el chiquillo?

—¡Ocho! —grité—. ¡*Demasiado viejo* para adoptarlo! Y Nuestra Jane está delicada —seguí diciendo, esperanzada—. En realidad, nunca ha estado muy bien de salud. Vomita con frecuencia, pilla todas las enfermedades, siempre está acatarrada y con fiebre...

Y así habría continuado, tratando de destruir las oportunidades de Nuestra Jane, porque no podía tolerar que se marchase, por su bien o por su mal... Pero papá frunció el ceño y me ordenó que me callase.

—Entonces nos llevaremos el chico —dijo el gordo llamado Lester, sacando su abultada cartera de piel—. Yo siempre he deseado un hijo, y este muchacho es un guapo chico y vale sin duda el precio que usted pide, Mr. Casteel. Quinientos dólares, ¿de acuerdo?

Nuestra Jane empezó a chillar.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! —gritó a mi oído.

Se desprendió de mi estrecho abrazo y corrió a reunirse con Keith, abrazándose a él, y siguió chillando: unos gritos terribles, que expresaban una angustia que ningún niño debería conocer. Keith vio su dolor, lo compartió y se aferró a su hermanita.

Llevada de mi desesperación, proseguí:

—Keith no les conviene como hijo. Habla poco, le asusta la oscuridad, todo le da miedo..., no podría soportar estar lejos de su hermanita. ¿Verdad que no quieres irte, Keith?

—¡No quiero irme! —gritó Keith.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! —gimió Nuestra Jane.

—¡Oh, Lester...! Es conmovedor, realmente conmovedor... No podemos separar a esas dos criaturitas. Lester, ¿por qué no nos quedamos con los dos? Podemos hacerlo y, si están los dos juntos, no llorarán ni echarán tanto en falta a su familia. Y tú tendrás el hijo que deseas y yo tendré la hija que siempre he querido, y todos seremos felices: una familia de cuatro.

¡Oh, Dios mío! Por tratar de salvar a uno, ¡los perdería a los dos!

Pero todavía no había perdido la esperanza, pues Lester vacilaba a pesar de la insistencia de su esposa. Si papá se callase... Pero se apresuró a decir, triste y dignamente:

—Esto es lo que yo llamo una mujer de calidad, un corazón de oro, dispuesta a aceptar dos en vez de uno.

Era lo único que faltaba para que Lester tomase una decisión. Sacó unos papeles, le añadió un par de líneas y firmó, y papá se inclinó sobre el documento para estampar laboriosamente su propia firma.

Aunque papá parecía tropezar con muchas dificultades para escribir y era extraordinariamente lento, yo sabía que, cuando hubiese terminado, su firma sería hermosa como la que más. Como ocurre en muchas personas ignorantes, las apariencias significaban, para papá, mucho más que el contenido.

Mientras hacían eso, retrocedí hacia la estufa y tomé el pesado atizador de hierro. Lo agarré con ambas manos, lo levanté e hice acopio de valor para gritar a papá:

—¡No hagas eso, papá! Vendrán las autoridades y te meterán en la cárcel, ¡si vendes tu propia carne y tu propia sangre! Keith y Nuestra Jane no son cerdos o gallinas que puedas vender. ¡Son tus hijos!

Papá fue más veloz que Tom, que se aprestaba a protegerme. Torció dolorosamente mi brazo, y, para que no me lo fracturase, tuve que soltar el atizador. El hurgón cayó al suelo con estruendo.

La mujerona me miró, alarmada.

—Mr. Casteel, usted nos dijo que había hablado de esto con sus otros hijos. Y que estaban de acuerdo, ¿no?

—Sí, claro que estaban de acuerdo —mintió papá.

Su atractivo, su aparente sinceridad, crearon una impresión sugestionadora de integridad que convenció fácilmente a la pareja.

—Ya saben ustedes cómo son los jóvenes hoy en día; acceden a algo y al cabo de un momento se desdicen. En cuanto vean todo lo que compraremos con este dinero, sabrán que mi decisión fue la acertada.

¡NO! ¡NO!, les gritaba yo mentalmente. No le crean, ¡es un embustero! Pero me había quedado sin habla, atrapada en el horror de saber que no volvería a ver a mi hermano y a mi hermana pequeños.

Así, en un santiamén, Keith y Nuestra Jane fueron vendidos, como cerdos en el mercado, y el hombre llamado Lester dijo a papá:

—Supongo que comprende usted, Mr. Casteel, que esta cesión le obliga jurídicamente y que nunca deberá tratar de recobrar a sus dos hijos en cuanto salgamos de aquí. Soy abogado y, como tal, he redactado un documento en el que se establece que usted sabe perfectamente lo que hace y las consecuencias de este acto, que ha actuado por su libre voluntad; que, sin que mediase disputa ni discusión, ni engaño, ni coacción, ha accedido a entregarnos sus dos hijos menores, a mí y a mi esposa, que renuncia de manera irrevocable a volver a verles o a establecer cualquier relación con ellos en el futuro.

Grité, diciendo que sin duda papá ignoraba lo que significaba *irrevocable*.

Pero nadie me hizo caso; sólo Tom vino a mi lado y me estrechó en sus brazos.

—No pasará nada, Heavenly —murmuró—. Después de oír todo eso, papá no lo aceptará.

—Y por este documento —siguió diciendo el abogado, señalando su firma, así como la de él y la de su esposa—, nos transmite el derecho a tomar todas las decisiones concernientes al futuro de sus dos hijos, llamados Keith Mark Casteel y Jane Ellen Casteel, y si, legal o ilegalmente, tratase de quitárnoslos, le pondríamos pleito y tendría que pagar todas las costas judiciales, más todos los gastos de manutención de los niños mientras hayan estado a nuestro cuidado; y desde luego, habría otros gastos, como los de médicos y dentistas, pues pensamos llevarles lo antes posible a reconocimiento médico y odontológico, y también les matricularemos en un colegio y les compraremos ropa nueva y libros y juguetes, y muebles adecuados para sus habitaciones. Además, tendremos que comprarles otros artículos que ahora no recuerdo...

¡Oh, Dios mío!

¡Papá nunca tendría dinero suficiente para recobrar a mis hermanos! ¡Aunque viviese mil años!

—Lo comprendo perfectamente —dijo papá, sin parecer preocuparse en absoluto—. Ésa es una de las razones por las que hago esto. Nuestra Jane necesita asistencia médica, y tal vez Keith también. Aunque mi hija mayor sea un poco emotiva, ha dicho la verdad; por lo tanto, saben ustedes exactamente lo que se llevan.

—Una criaturita dulce y encantadora que pronto se pondrá bien —canturreó la señora gorda, que agarraba con fuerza el bracito de Nuestra Jane para impedir que se soltase y corriese de nuevo hacia mí—. Y un chiquillo maravilloso —añadió.

Acarició la cabeza de Keith que, como siempre, se mantenía lo más cerca posible de Nuestra Jane, asiéndole la mano.

Si ella no escapaba, tampoco él lo haría.

Yo estaba llorando. Perdía al hermano y a la hermana a quienes había ayudado a criar. Todos los recuerdos de cómo eran y cómo se comportaban en su primerísima infancia, cuando andaban a gatas, acudieron en tropel a mi memoria, haciéndome verter más lágrimas. Desfilaron visiones detrás de mis ojos: todos nosotros enseñando a caminar a Nuestra Jane en la montaña, ¡y qué graciosa estaba sobre sus piernas arqueadas y sus piecitos, moviendo los brazos para conservar el equilibrio! Tom y yo guiando también los primeros pasos inseguros de Keith; yo misma, enseñándoles a hablar con claridad y corrección, y Fanny siempre celosa porque me querían más a mí y a Tom en segundo lugar.

Yo me había quedado muda, helada por la mirada autoritaria que me lanzó papá, ordenándome que no volviese a hablar mientras él se embolsaba más dinero del que había tenido jamás en su vida.

¡Mil dólares!

La excitación ponía en sus ojos negros un brillo de carbones encendidos.

—Empieza a llover, Fanny —dijo papá, mostrando vivo interés por aquellas dos personas envueltas en ricas ropas de abrigo, cuando no había mostrado ninguno por nosotros—. Busca aquel viejo paraguas que guardamos en alguna parte, para que la

señora no se estropee su elegante peinado.

Cogió en brazos a Keith y a Nuestra Jane, les ordenó que dejasen de chillar y yo corrí en busca de una colcha para envolverlos.

Volví trayendo la mejor que teníamos, tejida a mano años atrás por la abuelita.

—No tienen abrigo, ni sombrero, ni botas, ni nada —dije en tono apremiante a la dama—. Sean buenos con ellos, por favor. Deles mucho zumo de naranja y de otras frutas. Y carne, sobretodo carne roja. A Nuestra Jane le gusta mucho la fruta y come poco de todo lo demás. Pero Keith tiene mucho apetito, aunque se enfría a menudo; y ambos tienen pesadillas, por lo que conviene dejar una lucecita encendida para que no tengan miedo estando a oscuras...

—Cállate —silbó de nuevo papá.

—No te preocupes, pequeña, seré buena con tu hermano y tu hermana —me tranquilizó la dama con amabilidad, acariciando ligeramente mi mejilla y compadeciéndome—. Eres una buena chica, pareces una madrecita. Pero no debes temer por estos dos niños. Yo no soy cruel y tampoco lo es mi marido. Seremos cariñosos con ellos, los vestiremos bien y esta mañana de Navidad encontrarán en nuestra casa todo lo que puedan desear. No sabíamos si nos llevaríamos el niño o la niña; por consiguiente, compramos cosas que pudiesen servir para los dos: un caballito de balancín, un triciclo, una casa de muñecas, muchos camiones y automóviles de juguete, y vestidos..., no lo bastante para dos, pero podrán compartirlo hasta que volvamos a ir de compras. Y lo haremos mañana mismo, y adquiriremos todo lo que puedan necesitar. Ya ves que debes estar tranquila, querida. No llores. No te preocupes. Nos esforzaremos en ser unos padres maravillosos, ¿verdad, Lester?

—Sí —dijo brevemente su marido, deseoso de marcharse—. Pongámonos en marcha, querida. Se está haciendo tarde y el trayecto es largo.

Papá entregó a Nuestra Jane a la mujer, y el hombre cogió en brazos a Keith, que había dejado de resistirse y ahora sólo gritaba, igual que Nuestra Jane.

—¡Hev-lee, Hev-lee! —gimió Nuestra Jane, alargando hacia mí sus delicados brazos—. No quiero irme, no quiero...

—Date prisa, Lester. No soporto ver llorar a estas criaturitas.

Salieron los dos apresuradamente, llevándose los llorosos chiquillos, mientras papá los acompañaba con servil diligencia, sosteniendo el rasgado y viejo paraguas sobre la cabeza de la dama y de Nuestra Jane.

Me dejé caer en el suelo y sollocé.

Tom corrió a una ventana y, a pesar de que no quería mirar, yo me levanté de un salto y me planté a su lado; entonces, Fanny cayó de rodillas, miró hacia fuera y dijo:

—Ojalá me hubiesen elegido a mí. ¡Oh, Dios mío, si yo pudiese tener todas esas cosas en la mañana de Navidad! ¿Porqué no me quisieron a mí en vez de Nuestra Jane que no para de llorar? Y Keith no es mucho mejor, y se mea en la cama. ¿Porqué no se lo dijiste, Heaven? ¿Por qué no lo hiciste?

Me enjuagué las lágrimas y traté de dominar mis emociones. Intenté convencerme de que en realidad no era tan malo perder a Nuestra Jane y a Keith, si iban a tener tantas cosas buenas: naranjas para comer, juguetes para distraerse..., y un médico que curaría a Nuestra Jane.

Entonces corrí a la puerta, salí al porche y grité desesperadamente, en el momento en que el negro automóvil se disponía a arrancar:

—Y sobretodo, mándelos a los dos a buenos colegios, ¡por favor!

La dama bajó el cristal de la ventanilla y agitó la mano.

—No te preocupes, querida —gritó—. Te escribiré de vez en cuando para decirte cómo están, pero sin poner la dirección del remitente. También te enviaré fotografías.

Y volvió a subir el cristal, sofocando los fuertes y angustiados gemidos de Nuestra Jane y de Keith.

Papá ni siquiera se tomó el trabajo de entrar de nuevo en la cabaña para ver lo que pensaban sus hijos del «regalo de Navidad» que acababa de hacerles.

Corrió, como huyendo de mí y de mi mirada acusadora, de mí y de todas las palabras de ira que estaba dispuesta a lanzarle a la cara. Subió de un salto a su vieja camioneta y arrancó, mientras yo pensaba que no tardaría en malgastar sus mil dólares en prostitutas, alcohol, y juego. Y que esa noche, cuando se acostase, no pensaría ni una sola vez en Nuestra Jane, en Keith, ni en ninguno de nosotros.

Como una bandada de polluelos paralizados por acontecimientos extraños que no podíamos comprender, nos acurrucamos en el interior de la cabaña, mientras el abuelo permanecía sentado en silencio, tallando madera como si nada adverso hubiese ocurrido. Después nos miramos, y al poco rato, incluso Fanny empezó a llorar. Me enlazó con sus brazos y sollozó.

—Estarán bien, ¿verdad? Las personas mayores quieren a los niños pequeños, aunque no sean suyos, ¿no crees?

—Sí, claro que sí —dije, tratando de contener mis propias lágrimas y de guardar mi angustia para más tarde, cuando estuviese sola—. Y volveremos a verles. Si la dama nos escribe largamente, sabremos cómo están, y llegará un día en que Nuestra Jane y Keith puedan escribirnos ellos mismos, y será maravilloso..., será... maravilloso.

Se me quebró la voz y las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas antes de que consiguiese hacer una pregunta muy importante.

—Tom, ¿te has fijado en las placas de matrícula del coche?

—Claro que sí —respondió él, con voz ronca—. Maryland. Pero no tuve tiempo de ver los tres últimos números. Los primeros eran nueve-siete-dos. Recuérdales bien.

Tom se fijaba siempre en esas cosas. Yo no lo hacía nunca.

Los pequeños por quienes tanto me había preocupado se habían ido. Ya no habría llantinas por la noche y por la mañana. Ni colchones y colchas mojados, ni tanta ropa que lavar. Y habría espacio de sobra en la cama de metal.

¡Qué vacío en la pequeña cabaña, y qué tristes las horas, minutos y segundos que siguieron a la marcha de Nuestra Jane y de Keith! Tal vez, a la larga, estarían mejor así, sobretodo habida cuenta de que aquella gente parecía muy rica, pero, ¿qué sería de nosotros? ¿No valía el amor más que nada? ¿No ataba la sangre más que el dinero?

—Abuelo —dije, todavía con voz ronca—, ahora tenemos sitio para ti en la cama.

—No está bien ni es higiénico que los viejos duerman con los jóvenes —murmuró el abuelo una y otra vez, temblándole las nudosas manos como si tuviese fiebre. Sus ojos viejos y marchitos me suplicaban comprensión—. Luke es bueno, pequeña. Lo ha hecho por el bien de ellos. Aunque tú no lo comprendas. Quiso ayudarles, eso es todo. No pienses mal de tu papá, que siempre ha hecho lo que ha podido.

—Abuelo, tú hablarías bien de él hiciese lo que hiciese, porque es tu hijo, el único hijo que te queda. Pero, de hoy en adelante, ¡no será mi padre! No volveré a llamarle papá. Sólo es Luke Casteel, un sucio y ruin embustero, ¡y algún día pagará todos los sufrimientos que nos ha causado! Lo odio, abuelo, ¡lo odio de todo corazón! ¡Le odio tanto que siento náuseas!

El pobre y viejo semblante, ya pálido y enfermizo y surcado de un millón de arrugas, se puso blanco como el papel, y en realidad aquel hombre no era tan viejo.

—Las Sagradas Escrituras dicen que honrarás al padre y a la madre... Recuérdalo, pequeña Heaven.

—¿Por qué no dicen también que honrarás a los hijos, abuelo? ¿Por qué no lo dicen?

Estalló otra tormenta, que se transformó en ventisca. La nieve se acumuló hasta lo alto de nuestras ventanas y cubrió el porche. Incluso cuando Tom salió para quitar a paladas parte de la nieve, la capa de hielo nos impedía ver a través de los ondulados y baratos cristales. Por fortuna, papá había traído comida bastante para que pudiésemos aguantar unos cuantos días.

La tristeza imperaba en la cabaña sin los alegres gorjeos de Nuestra Jane y el dulce silencio de Keith. Olvidé todos los problemas que me había planteado Nuestra Jane; su llanto quejumbroso y aquel tempestuoso estómago tan difícil de satisfacer. Sólo recordaba el tierno cuerpecito, la suavidad de su cuello sobre el que se humedecían sus rizos cuando dormía. Acurrucados los dos en la cama y con los ojos cerrados, parecían dos angelitos. Recordaba a Keith y cómo le gustaba que le meciese para dormirse y que le leyese cuentos, repetidos más de mil veces; sus dulces besos de buenas noches, sus vigorosas piernas; oía su vocecilla al rezar sus oraciones; le veía junto a Nuestra Jane, ambos de rodillas, descalzos y torciendo los dedos de los pies. Nunca tenían la ropa adecuada para dormir. Sollocé, me sentí más asqueada, mala, rencorosa, y todo lo que recordaba se convertía para mí en balas de acero, que,

más pronto o más tarde, se clavarían en el hombre que tanto me había quitado.

El pobre abuelo pareció haber perdido el don de la palabra. Permanecía tan silencioso como lo había estado cuando vivía la abuelita, y ya no tallaba madera, ni tocaba el violín; sólo contemplaba el espacio y se mecía, se mecía. Muy de tarde en tarde, murmuraba alguna oración que nunca era escuchada.

Todos rezábamos oraciones que nunca eran escuchadas.

Cuando yo dormía, soñaba con Nuestra Jane y Keith, subiendo al fantástico escenario de lo que yo me imaginaba como la más alegre mañana de Navidad. Los veía envueltos en lindos saltos de cama de franela roja, jugando en un elegante cuarto de estar donde un magnífico árbol de Navidad extendía sus ramas sobre los juguetes y los vestidos nuevos colocados bajo él. Riendo con la silenciosa alegría de los sueños, mis hermanitos menores corrían de un lado a otro abriendo sus regalos, montando en pequeños automóviles, y Nuestra Jane era tan pequeña que podía meterse gateando dentro de la casa de muñecas. Había largos calcetines de colores llenos de naranjas, manzanas, caramelos y chicles, y cajas de galletas. Por fin, se servía un banquete en una mesa larga, abierta con un blanco mantel y en la que brillaba el cristal y resplandecía la plata. Un enorme pato dorado llegaba sobre una fuente de plata, rodeado de todas las cosas que habíamos comido aquel día en el restaurante, y se podía ver también un pastel de calabaza tomado de una de las lujosas revistas que yo había hojeado. ¡Oh, cuántas cosas daba en sueños a Nuestra Jane y a Keith!

Sin ellos para distraerme, oía más a Fanny, que se quejaba continuamente de no haber sido la elegida para ir con aquella rica pareja elegantemente vestida y que tenía un lujoso automóvil.

—Si hubiese tenido tiempo de lavarme los cabellos y tomar un baño, tal vez la rica dama me habría elegido a mí y no a Nuestra Jane —dijo por centésima vez—. Gastaste toda el agua caliente con ellos, Heaven. ¡Eres una egoísta! Aquellos ricachones no me quisieron porque les parecí desaliñada. ¿Por qué no nos dijo papá que nos preparásemos?

—¡Fanny! —exclamé, perdiendo la paciencia—. ¿Qué te pasa? Ir con unos forasteros a los que ni siquiera conoces. Bueno, sólo Dios sabe lo que será de...

Entonces se me quebró la voz y me eché a llorar.

Tom vino a consolarme.

—Todo irá bien. Realmente parecían personas ricas y amables. Un abogado tiene que ser inteligente. Y piensa una cosa: ¿No habría sido terrible que papá los vendiese a una gente tan pobre como nosotros?

Como cabía esperar, el abuelo se puso de parte de su hijo.

—Luke sólo hace lo que cree que es mejor, y tú contén la lengua, niña, cuando vuelvas a verle o tu castigo podría ser terrible. Ésta no es una casa adecuada para unos niños. Con esos señores estarán mucho mejor. Deja de llorar y acepta lo que no puede cambiarse. La vida es así: hay que aguantar contra viento y marea.

Hubiese debido saber que el abuelo, a semejanza de la abuelita, no me ayudaría nunca en lo tocante a papá. Siempre tendría alguna excusa para explicar el brutal comportamiento de su hijo. Un buen hombre, en el fondo. Debajo de toda su crueldad, era un caballero frustrado porque no podía encontrar el buen camino.

Sólo un padre podía amar a un monstruo, pensaba yo.

Permanecía lo más apartada posible del viejo, que me defraudaba de tantas maneras. ¿Por qué no podía el abuelo ser más enérgico y defender todos nuestros derechos? ¿Por qué no abría la boca silenciosa y empleaba la lengua como era debido? ¿Por qué tomaban todos sus pensamientos la forma de deliciosas figuritas de madera? Habría debido decir a su hijo que no podía vender a sus pequeños. Pero no dijo una palabra, ni una sola palabra.

¡Qué amargura sentía yo al pensar que mi abuelo iba a la iglesia todos los domingos que podía, para cantar y levantarse a rezar oraciones con la cabeza inclinada, y después volvía a una casa donde unos niños pequeños eran azotados, condenados al hambre, maltratados y, por último, vendidos!

—Nos escaparemos —murmuré a Tom, cuando Fanny se hubo dormido y el abuelo estaba tumbado en su jergón—. Cuando se funda la nieve, antes de que vuelva papá, recogeremos toda nuestra ropa y correremos al encuentro de Miss Deale. Ella habrá regresado ya de Baltimore. Tendrá que haber regresado. Nos dirá lo que tenemos que hacer y la manera de recuperar a Nuestra Jane y a Keith.

Sí, si alguien podía saberlo, Miss Deale era la indicada para decirnos cómo podíamos frustrar los planes de papá e impedir que nos vendiese a todos a personas extrañas. Miss Deale sabía mil cosas que papá ignoraría siempre, y tenía buenas relaciones.

Negó durante tres días sin parar.

Entonces, súbitamente, de un modo espectacular, salió el sol de detrás de las nubes. La luz brillante casi nos cegó al abrir Tom la puerta para mirar al exterior.

—Ya pasó —murmuró débilmente el abuelo—. Así salva el Señor a los suyos cuando pensamos que no viviremos una hora más.

¿Qué era lo que nos salvaba? No la luz del sol, que sólo calentaba un poco. Me volví una vez más hacia la vieja, mellada y destartalada alacena que contenía nuestra mísera reserva de comida. Y una vez más, no había nada que comer salvo las nueces que habíamos cogido en otoño.

—A mí me gustan las nueces —dijo alegremente Tom, sentándose a comer dos de ellas—. Y cuando se haya fundido la nieve lo suficiente, podremos ponernos la ropa que nos abrigue más y escapar. ¿No sería estupendo ir hacia el Oeste, donde brilla el sol? Llegaríamos a California, comiendo dátiles y naranjas y bebiendo leche de coco. Durmiendo sobre la hierba dorada y contemplando las montañas de oro...

—¿Tienen calles de oro en Hollywood? —preguntó Fanny.

—Supongo que todo es de oro en Hollywood —murmuró Tom, que seguía plantado en la puerta y mirando al exterior—. O si no de plata.

El abuelo no dijo nada.

Vivíamos en un país caprichoso. La primavera podía llegar con la rapidez del rayo y causar no menos estropicios. Días primaverales calentarían la tierra en diciembre, enero y febrero; embaucarían a las plantas para que floreciesen antes de tiempo y engañarían a los árboles para que echasen hojas; después, volvería el invierno y helaría las flores y mataría las hojas recién nacidas, y, cuando llegase la verdadera primavera, las plantas y los árboles no repetirían su hazaña porque, habiendo sido engañados una vez, se negarían a serlo de nuevo, al menos ese año.

El sol convirtió los montones de nieve en una pasta fangosa que, al derretirse, llenó barrancos, se llevó puentes..., y borró los senderos en los bosques. Nuestro puente había desaparecido y no teníamos manera de escapar. Cuando Tom volvió a casa, cansado y agotado después de su larga excursión para encontrar una salida, nos informó de la destrucción del puente más cercano.

—La corriente es rápida y caudalosa; de no ser así, podríamos cruzar a nado. En fin, mañana será otro día.

Dejé *Jane Eyre*, que estaba leyendo por segunda vez; me planté al lado de Tom y ambos guardamos silencio hasta que Fanny corrió a reunirse con nosotros.

—Juremos solemnemente —dijo Tom en voz baja, para que el abuelo no lo oyese — que nos escaparemos a la primera oportunidad; que permaneceremos juntos pase lo que pase, y que seremos uno para todos y todos para uno... Los dos habíamos jurado esto, Heavenly, pero ahora tenemos que incluir a Fanny. Fanny, pon tu mano sobre la mía; pero ante todo debes pensar de todo corazón que prefieres la muerte a separarte de nosotros.

Fanny pareció vacilar, pero después, con rara camaradería fraternal, puso su mano sobre la mía, que se apoyaba sobre la de Tom.

—Juramos solemnemente... —empezó Tom.

—Juramos solemnemente —repetimos Fanny y yo.

—Que siempre permaneceremos juntos y nos protegeremos mutuamente, en la dicha y en el sufrimiento...

Fanny vaciló de nuevo.

—¿Por qué tienes que mencionar el sufrimiento? Haces que esto parezca una boda, Tom.

—Está bien:... pase lo que pase, en los buenos y en los malos tiempos, hasta que Nuestra Jane y Keith vuelvan a estar con nosotros... ¿Os parece bien así?

—Muy bien, Tom —dije, y repetí el juramento.

Incluso Fanny estaba impresionada y pareció portarse como una verdadera hermana (cosa que no había hecho nunca) cuando se arrimó a mí y hablamos de nuestro futuro en un mundo del que nada sabíamos. Incluso nos ayudó, a Tom y a mí, a buscar bayas en el bosque, mientras esperábamos que menguase el caudal del río y fuese reconstruido el puente.

—¡Eh! —dijo de pronto Tom, horas más tarde—. Acabo de acordarme de una

cosa. Hay otro puente a unos treinta kilómetros de aquí, y podemos ir hasta él si nos empeñamos. Pero si hemos de caminar tanto trecho o más, Heavenly, no tendremos bastante con una nuez por barba, estoy seguro.

—¿Crees que podríamos hacerlo con dos nueces cada uno? —le pregunté, pues había guardado un puñado para un caso de emergencia como ése.

—Bueno, con toda esta energía, creo que podríamos caminar hasta Florida —dijo Tom, soltando una carcajada—, que debe ser un lugar casi tan bueno como California.

Nos vestimos lo mejor que pudimos, poniéndonos todo cuanto teníamos. Yo procuraba no pensar en que el abuelo se quedaría solo. Fanny estaba ansiosa por escapar de una cabaña donde sólo reinaban la tristeza, la vejez y la desesperación. Con aire culpable y renuente determinación, dimos un beso de despedida al abuelo. Éste se levantó trabajosamente, nos sonrió y asintió con la cabeza, como si la vida no hubiese tenido nunca sorpresas para él.

Yo llevaba en la mano la maleta de mi madre. Fanny la había visto al fin, pero su excitación había sido amortiguada por la idea de que nos marchábamos... a alguna parte.

—Adiós —gritamos al unísono los tres.

Pero yo retrocedí cuando Tom y Fanny salieron corriendo.

—Abuelo —dije con voz confusa y corazón realmente dolorido—, no quisiera hacerte esto. Sé que no está bien dejarte solo, pero tenemos que hacerlo para no ser vendidos como lo fueron Keith y Nuestra Jane. Compréndelo, por favor.

Él miró al frente sin decir nada, con un cuchillo en una mano y, en la otra, el trozo de madera que estaba tallando. Sus finos cabellos ondearon bajo la corriente de aire.

—Un día volveremos, cuando seamos mayores y papá no pueda vendernos.

—Está bien, pequeña —murmuró el abuelo, agachando la cabeza para que yo no pudiese ver sus lágrimas—. Pero tened cuidado.

—Te quiero, abuelo. Tal vez nunca te lo había dicho, y no sé por qué. Pero la verdad es que siempre te he querido.

Me acerqué más a él, para abrazarle y besarle. Olía a viejo, a rancio, y parecía frágil entre mis brazos.

—No te dejaríamos siuviésemos otra manera de salir de esta situación; pero hemos de marcharnos y tratar de encontrar un lugar mejor.

Él volvió a sonreír entre sus lágrimas, asintió con la cabeza como si me creyese, y siguió meciéndose.

—Luke volverá pronto con comida —me tranquilizó—; por consiguiente, no te preocupes. Perdóname si he dicho alguna cosa fea sin querer.

—¿Qué cosas feas has dicho? —tronó una voz fuerte en el umbral de la puerta abierta.

Demasiadas despedidas

Papá se erguía en el umbral de la puerta abierta, mirándonos con el ceño fruncido. Llevaba una gruesa chaqueta roja que le cubría las caderas. Nueva y flamante. Sus botas eran mejores que las que nunca le había visto usar, e igual los pantalones. Su sombrero tenía una cinta de piel que se prolongaba en unas orejeras. Traía consigo más paquetes de comida.

—He vuelto —dijo tranquilamente, como si se hubiese marchado ayer—. Y he traído comida.

Entonces se volvió para marcharse, o al menos así lo creí.

Pero hizo varios viajes a su camioneta para traer más cosas. ¿Cómo podíamos tratar de escapar entonces, si sus largas piernas nos alcanzarían fácilmente para devolvernos a casa..., si no nos perseguía con su camioneta?

Sobre todo, ya Fanny no quería escapar.

—¡Papá! —gritó, excitada y feliz, bailando a su alrededor y tratando de encontrar la manera de abrazarle y besarle antes de que hubiese entrado todas las provisiones que llevaba en la camioneta.

Trató muchas veces de arrojarse en sus brazos y al fin lo consiguió.

—¡Oh, papá! ¡Has venido a salvarnos otra vez! Sabía que lo harías, ¡sé que me quieres! ¡Ahora no tendremos que escapar! Teníamos hambre y frío, e íbamos a buscar comida, o a robarla, y sólo esperábamos a que se fundiese la nieve y reconstruyesen el puente. ¡Cuánto me alegro de no tener que hacer nada de eso!

—Conque ibais a huir para buscar comida, ¿eh? —preguntó papá, apretando los labios y frunciendo los párpados—. No podríais ir a ninguna parte donde yo no os encontrase. Ahora sentaos y comed, y preparaos, porque espero compañía.

¡Iba a ocurrir de nuevo!

El rostro de Fanny se iluminó como si alguien hubiese pulsado un interruptor eléctrico.

—¡Oh, papá! Esta vez seré yo, ¿verdad? ¿Verdad que sí? ¡Deja que sea yo!

—Arréglate, Fanny —ordenó papá, dejándose caer en una silla, de tal modo que estuvo a punto de volcarla hacia atrás—. He encontrado una nueva mamá y un nuevo papá para ti, tal como me pediste que hiciese, y son tan ricos como los que se llevaron a Jane y a Keith.

Esta información hizo que Fanny se estremeciese de dicha. Se apresuró a colocar una olla de agua sobre la estufa. Mientras se calentaba el agua, sacó el viejo barreño de aluminio que nos servía a todos de bañera.

—¡Oh, necesito una ropa mejor! Heaven, ¿no podrías arreglar uno de tus vestidos de modo que me sentase bien?

—No haré nada para ayudarte a marchar —dije, con una voz tan fría y seca como mi garganta, mientras sentía que unas lágrimas cálidas acudían a mis ojos.

A Fanny le importaba un bledo separarse de nosotros y faltar a su juramento.

—Tom, corre y tráeme más agua —dijo, con su voz más dulce—. La necesaria para llenar el barreño y lavarme los cabellos.

Y Tom obedeció, aunque de mala gana.

Tal vez papá leyó mis pensamientos. Miró en mi dirección, vio la dureza de mi mirada y quizá comprendió por primera vez por qué me odiaba: ¡era tan diferente de su ángel! Ya lo creo que era diferente. Lo habría pensado muy bien antes de enamorarme de un montañés ignorante que vivía en una choza y transportaba alcohol de contrabando. Él pareció leer en mi mente y sus labios se contrajeron en una mueca que puso al descubierto un lado de su dentadura superior y lo afeó.

—¿Vas a hacer algo ahora, pequeña? Vamos, hazlo. Estoy esperando.

Inconscientemente, cogí de nuevo el hurgón.

Entonces entró Tom, dejó rápidamente el cubo de agua en el suelo y dio un salto adelante para impedirme que usase el atizador.

—Te matará si lo haces —murmuró en tono apremiante, empujándome hacia atrás para librarme del peligro.

—Tienes un verdadero campeón, ¿eh? —dijo papá, mirando a Tom con desdén.

Después se levantó tranquilamente y bostezó, como si nada hubiese pasado y ninguno de los dos tuviese motivos para odiarle.

—Llegarán de un momento a otro. Date prisa, Fanny. Cuando veas la persona que va a adoptarte y a tratarte como a una princesa, te darás cuenta de lo mucho que te quiere tu papá.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando se detuvo un automóvil en nuestro patio sin pavimentar. Sólo que esta vez no era un automóvil extraño, sino un coche que conocíamos muy bien, por haberlo visto muchas veces en las calles de Winnerrow. Era un largo y reluciente Cadillac negro que pertenecía al hombre más rico de Winnerrow: el reverendo Wayland Wise.

¡Por fin, por fin! ¡Miss Deale había encontrado la manera de salvarnos!

Chillando entusiasmada, Fanny cruzó los brazos sobre los menudos pechos y me dirigió una mirada de orgullo y satisfacción.

—¡Me quieren A MÍ! ¡A MÍ!

En un momento se puso el que había sido mi mejor vestido.

Papá abrió la puerta e invitó cordialmente a entrar al reverendo y a su mujer de flaco rostro, que no sonrió ni habló; parecía amargada e infeliz. No abrió los ojos con extrañeza ante un ambiente que forzosamente tenía que repugnar a una persona tan acaudalada, pero entonces pensé que ya debía de haberse imaginado las tristes condiciones en que vivíamos. En cuanto al apuesto reverendo, no perdió un instante.

Me había equivocado al presumir que Miss Deale le había enviado para salvarnos, y mucho más al pensar que Dios iba a hacer un milagro. Fanny conocía la realidad

mucho mejor que yo. Aquel hombre de Dios sabía ya quién era su preferida, entre los tres hijos que le quedaban a papá; aunque, al observarnos de cerca, los ojos del reverendo se detuvieron larga y ávidamente en mi persona.

Di un paso atrás, terriblemente asustada. Lancé una mirada iracunda a papá y vi que éste meneaba la cabeza, como si no quisiera que yo viviese demasiado cerca de su casa.

Así lo confirmó al decir:

—Mi hija mayor es alborotadora, impertinente, terca, testaruda y malintencionada, reverendo Wise, Mrs. Wise. Les doy mi palabra de que la pequeña Fanny les conviene mucho más. Fanny es de trato fácil, hermosa y cariñosa. Bueno, yo la llamo mi paloma, mi gatita, mi adorable y adorada Fanny.

¡Mentira! Nunca había dado nombres cariñosos a ninguno de nosotros.

Esa vez no habría lamentaciones, ni lucha, ni resistencia. Fanny estaba encantada. Sonreía, rebosante de felicidad. El reverendo nos dio una caja de bombones a cada uno y un hermoso abrigo rojo con cuello negro de piel a Fanny. Con eso había acabado de conquistarla. ¡No necesitaba más!

Fanny no esperó siquiera a oír que tendría una habitación para ella sola, decorada a su gusto, además de otras muchas cosas, como lecciones de baile y de música.

—¡Haré lo que ustedes quieran! —gritó Fanny, y sus negros ojos brillaron de entusiasmo—. ¡Seré lo que ustedes quieran que sea! ¡Estoy dispuesta, afanosa de irme con ustedes! Y gracias por venir y por quererme; gracias, gracias.

Corrió y abrazó al reverendo.

—¡Que Dios les bendiga..., como me bendice a mí! ¡Mil veces gracias! No volveré a pasar hambre ni frío. Les quiero, les quiero..., por elegirme a mí y no a Heaven.

¡Fanny! ¡Fanny!, grité en silencio. ¿Has olvidado ya tu juramento de permanecer unida a nosotros, pasara lo que pasara? Dios no quiere que las familias se dividan y sus miembros sean repartidos entre otras personas. *Fanny, tú fuiste como una hija para mí.*

—Ya lo ven, ya lo ven —dijo papá con orgullo—. No podían elegir mejor. Es una niña encantadora y dulce de la que jamás tendrán que avergonzarse.

Me dirigió otra mirada sarcástica, mientras yo miraba fijamente al frente, avergonzada de Fanny, temiendo por ella. ¿Qué podía saber una niña de trece años? Tom seguía plantado a mi lado, asiéndome la mano, pálido el semblante, nublados los ojos por el dolor y el miedo que él sentía también.

Estábamos jugando a los cinco pequeños indios.

Desaparecían uno a uno. Ahora quedaban dos.

¿Quién sería el próximo? ¿Tom o yo?

—Estoy orgullosa de que me hayan elegido —declaró de nuevo Fanny.

Estaba entusiasmada, como abrumada por tanta maravilla. Cuando se hubo puesto el abrigo rojo nuevo, habló con voz ahogada y tono conmovedor.

—Viviré en una casa grande y rica y podréis venir a verme.

Sorbió un par de veces por la nariz, lo bastante para manifestar al menos un poco de pesar, antes de dirigirnos, a Tom y a mí, una mirada implorante. Después, cogió su caja de dos libras de bombones y sonrió antes de volverse para dirigirse al gran automóvil.

—Nos veremos en la ciudad —gritó sin mirar atrás, ni siquiera a papá.

Terminado el papeleo, el reverendo pagó los quinientos dólares en metálico, tomó el recibo cuidadosamente firmado por papá y se volvió para seguir a Fanny, precediendo en un par de pasos a su esposa. Y, como caballero que era, ayudó a Fanny y a su mujer a subir al coche. Los tres se sentaron en el asiento delantero, Fanny en medio.

La pesada portezuela se cerró de golpe.

Volví a sentir un dolor agudo, aunque no tan fuerte como lo había sentido por Nuestra Jane y Keith. Fanny quería marcharse y no había chillado, ni aullado, ni pataleado, ni agitado los brazos, como los pequeños que querían quedarse. ¿Cómo saber qué actitud era la acertada?

Y Fanny sólo iba a Winnerrow. Nuestra Jane y Keith estaban lejos, en Maryland, y Tom sólo podía recordar tres de los números de la matrícula del automóvil. ¿Bastaría con eso para llevarnos hasta ellos..., algún día?

Yo echaba en falta a Fanny, mi atormentadora, mi amiga y hermana a ratos. Fanny, que también era mi vergüenza cuando estaba en el colegio y oía sus risitas en el guardarropa. Fanny, con su sexo a punto, herencia sin inhibiciones de la montaña.

Esta vez, papá no se fue cuando se hubo marchado Fanny. Como si la información que se le había escapado a ésta al entrar él le hubiese puesto en guardia y no quisiera encontrarse con que Tom y yo nos habíamos marchado cuando él volviese a casa. Tanto Tom como yo estábamos ansiosos de que se fuese, para poder escapar antes de que nos vendiese. Esperábamos en silencio, sentados uno al lado del otro en el suelo, no lejos de la estufa. Estábamos tan próximos que yo sentía su calor, como él debía sentir el mío. Oía su fuerte respiración, como él debía oír la mía.

Papá no iba a darnos oportunidad de escapar. Se instaló en una silla dura al otro lado de la estufa, inclinándose hacia atrás antes de entornar los párpados, y tuve la impresión de que nos estaba acechando. Traté de convencerme de que pasarían días antes de que viniese alguien más. Tendríamos tiempo para huir. Mucho tiempo...

Pero no hubo tanta suerte.

Una camioneta marrón y sucia de barro, tan vieja y destartada como la de papá, se detuvo bruscamente en el patio, llenando mi corazón de un pánico que también se reflejó en los ojos de Tom. Éste me asió de nuevo la mano, la apretó con fuerza, y ambos nos acurrucamos contra la pared. Todavía no hacía dos horas que se había marchado Fanny, y aquí estaba otro comprador.

Sonaron pisadas en la escalera del porche. Unos pies pesados lo cruzaron. Tres fuertes golpes en la puerta, seguidos de otros tres. Papá abrió los ojos; se levantó de

un salto, corrió hacia la puerta y la abrió. Ahora pudimos ver un hombre bajo y fornido, de barba gris, que entró y miró a su alrededor frunciendo el ceño. Vio a Tom, que ya le pasaba la cabeza en estatura.

—No llores, Heavenly, por favor no llores —me suplicó Tom—. No podría soportarlo.

Apretó de nuevo mis dedos, me enjugó las lágrimas con su mano libre y me besó ligeramente.

—No hay nada que hacer, ¿verdad? Y menos cuando personas como el reverendo Wise y su mujer no ven nada malo en comprar niños. Ambos sabemos que se ha hecho otras veces. Y tampoco ésta será la última.

Me arrojé en sus brazos y lo estreché con fuerza. No iba a llorar, no iba a dejar que me doliese tanto esta vez. Sin duda, sería para bien. Nadie podía ser más despiadado que papá, nadie podía ser tan indolente y tan malvado. Estaríamos mejor con cualquier otra persona. Eso era indudable. Casas más cómodas, mejor comida. Sería maravilloso saber que comíamos tres veces al día, como todo el mundo en este país libre al que llaman Estados Unidos.

Pero entonces no pude más y empecé a gritar.

—¡Huye, Tom! ¡Haz algo!

Papá avanzó para impedir que Tom huyese, aunque éste no lo intentó siquiera. Sólo había una puerta, y las ventanas eran estrechas y estaban demasiado altas.

Papá no vio mis lágrimas, se negó a ver la angustia que se pintaba en la cara de Tom y se apresuró a estrechar la mano de aquel hombre vigoroso, que llevaba un mono raído y sucio. Su cara era rechoncha, por lo que podía verse de ella. Su espesa barba gris lo ocultaba todo, salvo la abultada nariz y los ojos bizcos. Sus cabellos, tupidos y grisáceos, hacían que la cabeza pareciese descansar sobre los anchos hombros, suprimido el cuello. El pecho era abultado y tenía la hinchada panza de un bebedor de cerveza, todo ello a duras penas disimulado por el holgado mono.

—Vengo a buscarle —dijo sin preámbulos.

Miró directamente a Tom, sin fijarse en mí. Estaba a un metro de distancia, y entre él y nosotros se encontraba papá.

—Si es como usted me dijo, trato hecho.

—Fíjese en él —dijo papá, sin sonreír.

Con aquel granjero, sólo estaba por el negocio.

—Tiene catorce años y mide ya casi metro setenta. Mire estos hombros, estas manos y estos pies; por ello se sabe lo que va a ser un muchacho. Toque sus músculos, fortalecidos por el manejo del hacha, y puede amontonar el heno como un hombre.

Repugnante, era cruel y repugnante tratar a Tom como si fuese un ternero en venta. Aquel granjero de cara colorada miró a Tom más de cerca, lo agarró y le observó la boca, examinando sus dientes; palpó sus músculos, los muslos y las pantorrillas, y le hizo preguntas íntimas sobre problemas de evacuación. También le

formuló otras preguntas molestas, a las que respondió papá cuando Tom se negó a contestar. Como si papá pudiese saber, o siquiera le importase saber, si Tom tenía dolores de cabeza o impulsos sexuales precoces.

—Es un muchacho sano; debe tener experiencia sexual. Yo la tenía a su edad; no dejaba a las chicas en paz.

¿Qué quería aquel hombre de Tom? ¿Funciones de semental?

El robusto granjero declaró cuál era su oficio. Tenía una granja de vacas y se llamaba Buck Henry. Necesitaba ayuda, dijo. Necesitaba una persona joven y vigorosa, deseosa de ganar un buen sueldo.

—No quiero un joven débil, indolente o perezoso, o que no cumpla las órdenes.

Papá se escandalizó.

—Mi Tom no ha sido nunca perezoso.

Miró a Tom con orgullo, mientras éste fruncía el ceño, parecía afligido y procuraba no apartarse de mi lado.

—Es fuerte y tiene buena planta —dijo Buck Henry.

Entregó quinientos dólares en efectivo a papá, firmó los papeles que éste había preparado, tomó el recibo, agarró a Tom de un brazo y tiró de él hacia la puerta. Tom trató de arrastrar los pies, pero papá estaba detrás de él y lo empujaba dándole patadas en las espinillas si no apretaba el paso. El abuelo siguió meciéndose y tallando madera.

Al llegar a la puerta, Tom se rebeló.

—¡No quiero ir! —chilló, pugnando por liberarse.

Papá se colocó rápidamente detrás de mí. Traté de escapar, pero no tuve tiempo. Papá me agarró por los cabellos. Después, bajó las manazas y las apoyó ligeramente sobre mis hombros, con los dedos separados de manera que no tenía más que cerrarlos un poco para hacer presa en mi cuello.

Tom pareció aterrado al verme cogida como una gallina a la que estuviesen a punto de retorcer el cuello.

—¡Papá! —gritó—. ¡No le hagas daño! Si vendes a Heavenly como al resto de nosotros, ¡búscales al menos unos padres buenos! Si no lo haces, un día volveré y haré que lamentos haber tenido un hijo.

Volvió hacia mí los ojos enloquecidos.

—¡Volveré, Heavenly! Te prometo que no olvidaré nuestro juramento. Siempre te agradeceré lo que has tratado de hacer por mí y por todos nosotros. Te escribiré a menudo, para mantener el contacto y que no me eches en falta. ¡Me comunicaré contigo, dondequiera que estés! Te lo juro solemnemente, y jamás faltaré a mi palabra.

Yo tenía los ojos doloridos, hinchados, como si tuviese dos soles descoloridos y tristes detrás de la más oscura de las lunas.

—Escribe, Tom..., por favor, por favor. Volveremos a encontrarnos, sé que volveremos a encontrarnos. Mr. Henry, ¿dónde vive usted?

—No se lo diga —le advirtió papá, apretando los dedos alrededor de mi cuello—. Ésta siempre quiere crear dificultades. Y no permita que Tom escriba. Al menos, que no escriba a Heaven. Debería llamarse Hell^[2].

—¡Papá! —exclamó Tom—. Ella es lo mejor que tienes, y ni siquiera lo sabes.

Tom había salido ya, y la puerta había quedado abierta. Conseguí gritarle, con voz ronca:

—Todo tiene solución, Thomas Luke. No lo olvides. ¡Sé que lograrás tu sueño!

Él se volvió, me oyó y comprendió. Agitó la mano, sonrió y subió a la camioneta; asomó la cabeza a la ventanilla y me gritó a su vez:

—Estés donde estés, y aunque quieran separarnos, ¡te encontraré, Heavenly! ¡Nunca te olvidaré! ¡Juntos encontraremos a Keith y a Nuestra Jane, como habíamos proyectado!

La sucia y vieja camioneta arrancó, se dirigió al tosco camino y desapareció, y yo me quedé sola con papá y el abuelo. Sintiéndome paralizada, terriblemente conmocionada, caí al suelo cuando papá me soltó.

Percibía lo que le esperaba a Tom.

Para él, se habían acabado la educación, la caza y la pesca, los partidos de béisbol, la jarana con sus amigos; sólo le esperaba trabajo, trabajo y más trabajo.

Tom, con su brillante inteligencia, sus sueños y aspiraciones, se vería enterrado en medio de unos pastos para vacas, viviría la vida del granjero, la vida que a menudo había dicho que no podría soportar.

Pero el panorama que se extendía ante mí me espantaba tanto como aquél.

11

Mi elección

Tom se había ido.

Me había quedado sin nadie que me amase. ¿Quién volvería a llamarme Heavenly?

Tom se llevó toda la risa, todo el entusiasmo, el brillo, el valor, la animación y el buen humor que había dado a una casa triste y en dificultades. Cuanto había en mí de alegre desapareció en aquella camioneta cuyas placas de matrícula estaban tan cubiertas de barro que no había podido leerlas. Y lo había intentado con empeño. Antes había pensado, tontamente, que me quedaría sola después de la partida de Keith y Nuestra Jane. Era, ciertamente, la única que quedaba, y era la única a quien papá odiaba.

Traté de consolarme diciéndome que yo era también la única que hacía algo útil en la cabaña, como cocinar y limpiar y cuidar al abuelo. Seguro que papá no querría dejar solo a su padre...

Yo deseaba que papá se marchase, cerrase la puerta de golpe, saltase a su camioneta y se dirigiese a Winnerrow o adondequiera que fuese ahora que tenía que mantenerse alejado de la Casa de Shirley.

Pero no se marchó. Se colocó cerca de la única puerta de nuestra cabaña, como un perro guardián, para mantenerme encarcelada hasta que también me hubiese vendido.

No hablaba; permanecía sentado, hosco y silencioso, y, cuando se hacía de noche, trasladaba su silla cerca de la estufa y allí permanecía con los pies levantados, los ojos medio cerrados y una expresión malhumorada en el semblante.

Durante el resto de la semana, después de la partida de Tom con Buck Henry, traté de encontrar la fuerza necesaria para escapar sola cuando tuviese oportunidad de hacerlo; es decir, cuando tuviese que usar el retrete.

Sin Tom, ni Keith, ni Nuestra Jane, no tenía valor ni ánimo ni voluntad para escapar a cualquier parte y salvarme de lo que era para mí un destino seguro. Si al menos pudiese enviar un mensaje a Miss Deale... ¿Habría vuelto ya? Cada noche rezaba para que Miss Deale o Logan viniesen a rescatarme.

Pero nadie acudía.

Yo era la única a quien papá odiaba, y sin duda me entregaría a personas de la peor calaña. No a gente rica. Ni siquiera a alguien de la categoría de Buck Henry. Quizá me vendería a aquella señora que dirigía la Casa de Shirley.

Cuanto más pensaba en mi destino, mayor era mi indignación. ¡Él no podía hacerme eso! Yo no era un torpe animal para ser vendido y olvidado. Era un ser humano con un alma inmortal, con el inalienable derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Miss Deale había dicho aquello tan a menudo que había

quedado grabado en mi cerebro. Pero me hacía sonreír amargamente, pues en su clase moraba un espíritu que me tendía los brazos y me decía que aguantase, que ella venía en mi auxilio. Casi me parecía oír a Miss Deale, que me gritaba para darme ánimo, con una voz que cada vez sonaba más cerca en los montes.

Dése prisa, Miss Deale, quería gritarle desde la montaña. ¡La necesito, Miss Deale! ¡Todo mi orgullo se ha desvanecido, ha sido vencido! ¡Aceptaré su ayuda sin avergonzarme! ¡Venga, venga de prisa a salvarme, pues el tiempo apremia!

Rezaba de rodillas; después me levantaba, me acercaba a la alacena de la cocina y miraba en su interior. La vida proseguía a pesar de todo y había que preparar la comida.

Cuando el abuelo volvió de su excursión de rigor trayendo más ramas de árboles, había un destello de esperanza en sus ojos enrojecidos y acuosos. Se sentó con cuidado en su mecedora. No cogió su cuchillo de esculpir, sino que me miró fijamente. *No me dejes*, suplicaban sus ojos. Quédate, imploraban en silencio, aunque me hizo un ademán para que me acercase y murmuró:

—Yo estoy bien, pequeña. Sé lo que estás pensando. Quieres escapar. Vete cuando tengas oportunidad de hacerlo. Huye cuando Luke esté durmiendo.

Le quise por decirme eso. Le quise tanto que le perdoné que hubiese guardado silencio cuando sus otros nietos habían sido vendidos; pues sabía que, por encima de todo, tenía que querer a alguien o morir.

—¿No me odiarás si te dejo aquí solo? ¿Lo comprenderás?

—No, no lo comprenderé. Pero quiero que se cumpla tu deseo. Sé que tu papá hace lo que él cree que es lo mejor. Pero tú piensas que está haciendo lo peor.

Parecía que papá había agotado el sueño en algún lugar lejano y desconocido. Ni siquiera dormitaba; ni siquiera cerraba los párpados en ningún momento. Sus ojos fríos y oscuros me seguían continuamente. No cruzaba su mirada con la mía, desafiadora; sólo miraba a través de los párpados entornados alguna parte de mi persona, mis cabellos, mis manos, mis pies, mi cintura, cualquier cosa menos mi cara.

Transcurrieron siete días, y papá permaneció en su sitio.

Entonces, Logan llegó un día a nuestra puerta, ¡llegó como un príncipe para salvarme!

Yo la abrí, esperando ver al abuelo de vuelta del retrete.

—Hola —dijo Logan, sonriendo ampliamente y ruborizándose después—. Últimamente he pensado mucho en ti, preguntándome por qué tú y Tom y los demás no veníais al colegio ahora que ha mejorado el tiempo. ¿Por qué os mantenéis todos apartados? ¿Qué habéis estado haciendo?

Él no había visto a Fanny... ¿Por qué?

Entonces le hice entrar, aunque en otras ocasiones le habría cerrado la puerta o dado mil excusas para que no lo hiciese.

—Papá está cortando leña detrás de la casa —murmuré frenéticamente— y el abuelo está en el retrete; por consiguiente, no tenemos mucho tiempo. Papá me vigila

continuamente. Estoy en peligro, Logan, ¡en un peligro terrible! Papá nos está vendiendo uno a uno. Primero fueron Nuestra Jane y Keith, después Fanny, después Tom..., y pronto me tocará a mí.

—¿Con quién estás hablando, chica? —gritó papá desde la puerta. Me encogí, mientras Logan se volvía para enfrentarse con el imponente bruto que era mi padre.

—Me llamo Logan Stonewall, señor —dijo Logan, con voz cortés pero firme—. Mi padre es Grant Stonewall, dueño de la Droguería Stonewall, y Heaven y yo hemos sido buenos amigos desde que nosotros vinimos a vivir a Winnerrow. Estaba intranquilo al ver que Heaven, Tom, Fanny, Keith y Nuestra Jane no venían al colegio; por eso he venido a ver si les ocurría algo.

—Si van o no van al colegio no es asunto tuyo —gruñó papá—. Ahora lárgate. No queremos entrometidos que vengan a preguntar lo que hacemos o dejamos de hacer.

Logan se volvió a mí de nuevo.

—Creo que debo volver a casa antes de que se ponga el sol. Cuídate mucho, por favor. A propósito, mi profesor dice que Miss Deale estará de regreso la próxima semana.

Dirigió a papá una larga y significativa mirada que hizo que el corazón me diese un salto. Me creía, ¡me creía!

—Dile a ese maestro que no se meta en lo que no le importa —rugió papá, acercándose a Logan en actitud amenazadora—. Y ahora que ya has dicho lo que querías, lárgate de una vez.

Logan miró pausadamente a su alrededor, captando una pobreza que saltaba a la vista. Comprendí que trataba de impedir que la compasión y el disgusto se reflejasen en sus ojos, pero yo los vi en ellos a pesar de todo. Los oscuros ojos azules de Logan se encontraron con los míos, transmitiéndome un mudo mensaje que no supe cómo interpretar del todo.

—Espero que volveré a verte dentro de pocos días, Heaven. Le diré a Miss Deale que no estás enferma. Ahora dime dónde están Tom y Fanny, Nuestra Jane y Keith.

—Han ido a visitar a unos parientes —dijo papá, abriendo la puerta y apartándose a un lado al tiempo que indicaba a Logan con un ademán que saliese si no quería que lo echase.

Logan lo miró airadamente.

—Cuide mucho a Heaven, Mr. Casteel.

—Vete —dijo papá con irritación y cerró de golpe la puerta detrás de Logan.

—¿Por qué ha venido ese chico? —preguntó al volverme yo hacia la estufa y salir el abuelo, tambaleándose, de la otra habitación—. Le enviaste a buscar de alguna manera, ¿eh?

—Ha venido porque se preocupa de nosotros, y Miss Deale se preocupa también, y todos se preocuparán cuando sepan lo que has hecho, Luke Casteel.

—Gracias por avisarme —dijo él con una risa burlona—. Estoy espantado,

realmente espantado.

Peor aún, estaba más alerta que nunca.

Yo esperaba y rezaba para que Logan se tropezase con Fanny y ésta le contase lo que pasaba, y que Logan hiciese algo antes de que fuese demasiado tarde. Sin embargo, sospechaba al mismo tiempo que papá había pedido al reverendo que vigilase a Fanny hasta que él tuviese ocasión de librarse de mí.

Yo había leído en los periódicos que niños adoptados habían sido vendidos por diez mil dólares, por lo que papá había sido un estúpido al no pedir aquella cantidad. Pero cinco veces quinientos significaba que tendría más dinero del que había poseído en su vida; una fortuna para cualquier montañés de los Willies para quien era inconcebible todo lo que pasase de mil.

—Papá —dije el décimo día después de la partida de Tom—, ¿cómo puedes ir a la iglesia todos los domingos y hacer lo que has estado haciendo?

—Cállate —dijo él, con una mirada tan dura como las piedras del río.

—¡NO QUIERO CALLARME! —grité—. ¡Quiero que vuelvan mis hermanos y hermanas! No tendrás que cuidar de nosotros. Tom y yo hemos encontrado la manera de mantenernos.

—¡Cállate!

¡Oh, te odio!, rugió mi voz interior, mientras el instinto me advertía que guardase silencio si no quería ser severamente castigada.

—Otros venden a sus hijos —dijo súbitamente él, pillándome desprevenida, pues parecía tratar de darme una explicación cuando yo le creía incapaz de hacer tal cosa—. No soy el primero, ni seré el último. Nadie habla de ello, pero ocurre continuamente. Los pobres tenemos más hijos que los ricos; éstos pueden mantenerlos y nosotros no, pero la mayoría de nosotros no sabemos cómo guardarnos de tenerlos... Cuando no hay nada mejor que hacer en las frías noches de invierno que acostarte y disfrutar lo más posible con tu mujer, hacemos nuestras propias minas de oro, nuestros hijos, nuestras lindas criaturas. ¿Por qué no aprovechar las leyes del equilibrio de la Naturaleza?

Era más de lo que me había dicho en toda mi vida. Y ahora estaba completamente bien; sus mejillas ya no se veían demacradas, sino que tenían el color de la salud. Sus pómulos eran fuertes y salientes... ¡En una cara de belleza maldita! Aunque hacía un calor sofocante en la iglesia, Fanny conservaba puestas aquellas pieles y se aseguraba de que todos los que estaban detrás vieses, al menos una vez, aquel manguito. Lo conseguía levantándose de vez en cuando y saliendo un momento con algún pretexto. Torció a la derecha y se metió en un pequeño recinto oculto, donde hizo algo que le llevó unos minutos; después, andando despacio, muy despacio, volvió al banco y ocupó su sitio al lado de su nueva «madre».

Desde luego, eso hizo que todo el mundo pudiese ver el nuevo atuendo que lucía Fanny. Incluidas unas botas blancas ribeteadas de piel en la parte superior.

Cuando terminó el oficio, Fanny se levantó con el reverendo Wise y su alta

esposa para estrechar la mano a todos los feligreses, que se habrían considerado defraudados si no hubiesen tenido oportunidad de dar la mano al reverendo o a su esposa antes de soportar, de algún modo, seis días enteros de vida pecaminosa, para volver después en busca de perdón. Pues parecía que, cuanto más se pecaba durante la semana, más amaba el Señor a cuantos le daban tanto que perdonar.

Si el Señor amaba tanto a los pecadores, debía estar realmente conmovido de tener a Luke Casteel en su iglesia. Y sería una suerte para mí que le pegase los pies al suelo y no lo dejase salir.

Paso a paso, lentamente, seguimos a la zaga de los otros. Nadie nos dijo una palabra, aunque unos pocos montañeses nos saludaron con la cabeza. El viento frío silbaba cada vez que alguien abría la puerta para salir. Todos, menos yo, deseaban tocar la mano del portavoz de Dios en la Tierra, el apuesto y elocuente reverendo Wise, y si no la suya, la de su esposa... o la de su reciente hija adoptiva.

Fanny parecía una princesa encantadora, con su costoso abrigo blanco de pieles y su brillante vestido de terciopelo verde, que mostraba cada vez que adelantaba una pierna, moviéndose como una bailarina estúpida para exhibirlo. Durante un breve instante, olvidé mis pérdidas, mi desamparo, y me alegré de la fortuna de Fanny.

Pero, ¡ay!, cuando vio que se acercaba su propia familia, Fanny se volvió, murmuró algo al oído de Rosalynn Wise y desapareció entre la multitud.

Papá avanzó directamente hacia la puerta, sin detenerse a mirar al reverendo o a su esposa. Me llevaba asida del brazo, sujetándolo con dedos acerados. Nadie miraba a los Casteel o a lo que quedaba de ellos.

El abuelo seguía a papá obedientemente, gacha y sumisa la cabeza gris y casi calva; hasta que desprendí el brazo de la mano de papá, me puse deliberadamente en la cola y fijé una mirada penetrante en Rosalynn Wise.

—Cuando vea a Fanny, ¿tendrá la bondad de decirle que he preguntado por ella?

—Lo haré.

Su voz era llana y fría, como si lamentase que no hubiese yo seguido el ejemplo de papá y prescindiese de ella como él había hecho.

—Y tú dile a tu padre que no vuelva a esta iglesia y que le quedaremos sumamente agradecidos si ningún Casteel vuelve a asistir al oficio.

Vivamente impresionada, contemplé a la mujer cuyo marido acababa de predicar un sermón sobre el Señor que amaba a los pecadores y los recibía de buen grado en su casa.

—Usted tiene una Casteel en su hogar, ¿no es cierto?

—Si te refieres a *nuestra hija*, su apellido ha sido legalmente cambiado por el de Wise. Ahora se llama Louisa Wise.

—¡Louisa es el segundo nombre de Fanny! —grité—. Y no pueden cambiarle el apellido mientras viva su padre.

Alguien me empujó desde atrás.

De pronto, muchas manos me obligaron a salir hacia la escalinata de madera.

Alarmada e irritada, giré en redondo para gritar algo sobre la hipocresía; pero entonces vi a Logan Stonewall delante de mí precisamente. De no haber sido por él, le habría plantado cara al mismo reverendo Wise, habría gritado toda la verdad a los presentes... Pero Logan me estaba mirando; mejor dicho, miraba como a través de mí. No me habló. No me sonrió siquiera.

¡Era como si no quisiese verme! Y yo, que había pensado que nada podía herirme ya, después de haber perdido a Sarah, a la abuelita, a Nuestra Jane, a Keith y a Tom, sentí que mi corazón se hundía en un pozo profundo de oscuridad. De desesperación.

¿Qué había pasado entre el día en que había ido a verme y el de hoy?

Logan, Logan, quise gritar, pero mi orgullo salió por sus fueros y no dije una palabra; erguí la cabeza y pasé por delante de la familia Stonewall, que permanecía apartada en un grupito de tres.

Papá me agarró del brazo de nuevo y se me llevó de allí.

Aquella noche, mientras yacía en el suelo junto a la llameante *Ole Smokey*, oí crujir las viejas tablas de pino al levantarse papá de la cama de metal y cruzar el reducido espacio de la otra habitación. Se acercó tan sigilosamente como habría hecho uno de sus antepasados indios al lugar donde yo permanecía echada inmóvil. Entre los párpados entornados, sólo pude ver sus pies descalzos y sus piernas desnudas. Simulando volverme en sueños, giré sobre un costado, dándole la espalda, y me encogí debajo de la vieja y manchada colcha.

¿Se arrodilló él en el suelo, junto a la estufa, para poder tocar mis cabellos? Sentí que algo pasaba ligeramente sobre mi cabeza. Él no me había tocado nunca. Me quedé helada, casi sin respiración. Mi corazón latió furioso; incapaz de mantener los ojos cerrados, los abrí de par en par, mirando a ninguna parte. ¿Por qué me tocaba él?

—Suaves —le oí murmurar—, como los de ella... Sedosos, como los de ella...

Entonces, su mano se apoyó en mi hombro, que de alguna manera se había librado de la colcha, y aquella mano que siempre me había maltratado cruelmente se deslizó con ternura sobre mi brazo y volvió a subir, deteniéndose en el sitio donde el hombro se unía con el cuello. Durante unos largos, largos momentos, sentí miedo, contuve el aliento y esperé que ocurriese algo terrible.

—Luke..., ¿qué estás haciendo? —preguntó el abuelo, con voz fría.

Papá apartó la mano.

¡Papá no me había pegado! ¡No me había lastimado! Mientras yo permanecía inmóvil, pensé asombrada en la delicadeza de aquella mano sobre mi hombro y mi brazo. ¿Por qué, después de tantos años, me había tocado con amor el hombro? ¿Por qué?

La voz débil del abuelo me despertó antes del amanecer. Estaba junto a la estufa, calentando agua, para darme unos momentos más de sueño. Había dormido más de lo acostumbrado, tal vez por haber estado pensando hasta tan tarde.

—¡Te vi, Luke! Y no lo toleraré. ¡No lo toleraré! Deja en paz a esta pequeña. Hay un montón de mujeres que te estarán esperando cuando sepan que estás curado; pero ahora no necesitas una mujer, y menos una niña.

—¡Es mía! —rugió papá—. ¡Y estoy curado!

Cuando me atreví a mirar, vi que su rostro estaba rojo.

—Yo la engendré... y haré con ella lo que quiera. Ya es mayor, vaya si es mayor. Su madre lo era poco más que ella cuando se casó conmigo.

La voz del abuelo silbó como el viento del Norte.

—Recuerdo una noche en que todo el mundo se oscureció para ti, y se oscurecerá aún más si tocas a esta niña. Sácala de aquí, fuera del alcance de la tentación. No es para ti, como no lo fue la otra.

El lunes por la noche, papá desapareció mientras yo dormía. Volvió cerca de la aurora. Yo me sentí como drogada cuando me desperté; oprimido el corazón, turbado el ánimo; sin embargo, me levanté para hacer lo de siempre: abrir la portezuela de la estufa de hierro, echar más leña y poner agua a hervir. Papá me observaba con atención, parecía sopesar mi humor o calcular lo que yo iba a hacer. Cuando lo miré de nuevo, pareció pensativo, como tratando de dominarse, antes de decir con voz extraña, y pronunciando mejor que de costumbre:

—Tú, mi dulce niña, vas a tener una opción. Una opción que no muchos de nosotros tenemos.

Se colocó de manera que tuve que mirarle o quedar atrapada en un rincón.

—En el valle hay dos matrimonios sin hijos que te han visto de vez en cuando, y parece que ambos te admiran; así, cuando me dirigí a ellos diciendo que necesitabas otros padres, ambas parejas se mostraron ansiosas por tenerte. No tardarán en llegar. Yo podría venderte al mejor postor, pero no lo haré.

Lo miré con ojos desafiantes; sin embargo, no pude encontrar palabras para impedirle hacer lo que se proponía.

—Esta vez, te permitiré que elijas los padres adoptivos que prefieras.

De pronto, me sentí envuelta en una capa de indiferencia. Una y otra vez resonaban en mi mente las palabras de mi abuelo: «Sácala de aquí...». Ni siquiera el abuelo me quería. Como había dicho Fanny, cualquier lugar sería mejor que éste.

¡Cualquier casa!

¡Con cualquier clase de padres!

El abuelo quería que me fuese. Estaba sentado allí, tallando una figurita, como si la venta de sus nietos le dejase indiferente.

Recuerdos de Logan Stonewall acudieron como mariposas a la llama de mi ardiente desesperación. Ni siquiera me había mirado a los ojos. No había vuelto la cabeza para seguirme con la vista, como yo esperaba que hiciese. Aunque sus padres hubiesen sido causa de su timidez o confusión, habría podido dedicarme alguna señal disimulada, pero no lo había hecho. ¿Por qué? Había subido a la cabaña. ¿Acaso lo que vio en su interior le había impresionado tanto como para cambiar hasta tal

extremo lo que sentía por mí?

«No me importa —me dije una y otra vez—. ¿Por qué habría de importarme? Él no debió creerme cuando le dije la verdad».

Por primera vez, creí sinceramente que quizá mi vida fuese mejor junto a personas decentes de la ciudad. Cuando estuviese lejos de ese lugar encontraría la manera de buscar a mis personas queridas.

—Será mejor que te arregles —dijo papá cuando hube limpiado la mesa y quitado los jergones del suelo—. Pronto llegarán.

Contuve el aliento, traté de cruzar la mirada con la suya y no lo conseguí. «Es mejor para ti», me dije. Sin apresurarme demasiado, revolví las cajas buscando la mejor ropa que tenía. Antes de ponérmela, barrí el suelo de la cabaña, y ni una sola vez papá apartó sus ojos de mí.

Hice la cama, como si fuese un día como otro cualquiera. Papá observaba todo lo que yo hacía. Conseguía que me sintiese cohibida. Me ponía nerviosa. Hacía que mis movimientos fuesen torpes y lentos cuando, por lo general, eran graciosos y rápidos. Conseguía que sintiese tantas emociones que me hallaba confusa, y el odio que había sentido por él durante toda mi vida me daba vértigo.

Dos coches nuevos y relucientes entraron en nuestro patio y aparcaron uno detrás del otro. Uno, blanco; el otro, negro. Éste era largo y lujoso; el blanco resultaba más pequeño, más llamativo, con sus asientos tapizados de rojo.

Yo me había puesto el único vestido que no se había llevado Fanny, un traje recto y sencillo que había sido azul pero que se veía gris después de tantos lavados. Debajo, llevaba una de las dos bragas que tenía. Ahora necesitaba llevar sujetador, pero no tenía ninguno. Me cepillé los cabellos rápidamente; entonces recordé la apreciada maleta. ¡Tenía que llevármela!

La cogí rápidamente. Contenía los tesoros de mi madre. La envolví en dos chales confeccionados a mano por la abuelita.

Los ojos negros de papá se fruncieron cuando me vio con la maleta que había sido de *ella*. Sin embargo, no dijo una palabra para impedir que me llevase las cosas de mi madre. Quizá sospechó que yo me habría dejado matar para salvarlas de su destrucción.

En dos ocasiones pareció que papá tenía que hacer un gran esfuerzo para apartar su mirada de mi boca. ¿Se daba cuenta ahora de lo mucho que me parecía a ella, a su «ángel» muerto? Me estremecí. Los labios de mi madre, la imagen reflejada de la muñeca (una muñeca en traje de novia), una muñeca que no parecía mayor de lo que era yo entonces.

Sumida en mis pensamientos, no oí las llamadas a la puerta. No miré a las dos parejas que entraron hasta que estuvieron allí, en medio de la habitación más grande. Ole Smokey tosió y escupió humo. Papá estrechó la mano a los recién llegados, sonriente, comportándose como un amable anfitrión. Miré a mi alrededor, tratando de ver algo que podía haber olvidado.

Entonces se hizo el silencio. Un largo y espantoso silencio al volverse cuatro pares de ojos hacia mí, el artículo en venta. Unos ojos que me reseguían de la cabeza a los pies, tomaban mis medidas, estudiaban mi cara, mis manos y mi cuerpo, mientras yo me sentía presa en una red de oscuridad tan intensa que apenas si podía verles.

Entonces supe lo que Tom debió sentir. Tom, al que notaba a mi lado, dándome fuerzas, murmurándome palabras de aliento. *Todo irá bien. Heavenly..., todo tiene solución, ¿no crees?*

Papá habló fuerte y con animación, haciendo que yo dirigiese la mirada a una pareja ya madura que estaba ligeramente adelantada a otra más joven y que se había mantenido cortésmente en segundo término para dar a los mayores la primera oportunidad de observar la mercancía en venta. Retrocedí hacia un rincón, no lejos de donde estaba el abuelo sentado y tallando madera.

Mírame, abuelo; ¡mira lo que está haciendo el bueno de tu hijo! ¡Te está robando al único ser que te queda y te quiere! Di algo para impedirselo, Toby Casteel..., ¡dílo, dílo, dílo!

Él no dijo nada, sólo siguió tallando.

El hombre y la mujer de cabellos grises, que se hallaban ante mí, eran altos y muy distinguidos; ambos llevaban abrigos grises sobre el traje, como si viniesen de un mundo extraño, rodeados de una aureola de educación e inteligencia. No miraron a su alrededor, como hicieron los dos jóvenes, para observar la terrible pobreza de la cabaña y la lastimosa actitud del abuelo, que seguía esculpiendo y actuando como si nadie hubiese entrado.

Su aspecto era arrogante, majestuoso, y sus ojos miraban amables al verme apoyada en la pared, con pánico en mi cara y en mi corazón. El hombre debió observar algo en mi expresión que puso un destello de compasión en sus ojos azules, pero la mujer no expresó nada. Igual habría podido estar pensando en el tiempo. Suspiré de nuevo, tratando de deshacer el nudo que tenía en mi garganta y sintiéndome atrapada. Ojalá hubiese podido acelerar el tiempo y que hubiesen pasado dos años ya a partir de entonces. Pero, en ese momento, mi corazón palpitaba locamente, redoblando temeroso dentro de mi pecho, mis rodillas flaqueaban y sentía náuseas. Quería que el abuelo me mirase a los ojos e hiciese algo para impedir todo aquello, pero nunca conseguí obligarle a hacer algo cuando papá se encontraba presente.

«No les gusto, no les gusto», pensé al mirar a la pareja mayor. Ellos se abstenían de animarme, ni siquiera con una sonrisa, para que los eligiese. Con una esperanza desesperada, que habría sido más propia de Fanny, dirigí una rápida mirada a la pareja más joven.

El hombre era alto y bien parecido, de lisos cabellos castaño oscuro y ojos castaño claro. Su esposa era casi tan alta como él. Debía medir metro ochenta, o poco menos, sin aquellos zapatos de altos tacones. Su abundante mata de pelo era de un

color castaño, tirando a rojizo, más oscuro y brillante que el de Sarah. Ésta no había estado nunca en un salón de belleza, y era evidente que los cabellos de aquella joven no podían prescindir de los cuidados del peluquero. Y eran tan tupidos que parecían formar una masa sólida. Sus ojos tenían un extraño color pálido, tan pálido que hubiérase dicho que no existía tal color en ellos y que sólo había unas pupilas enormes nadando en un mar incoloro. La piel tenía esa blancura de porcelana que suele acompañar a los cabellos naturalmente rojos, y era de una perfección inmaculada. ¿Una cara bonita? Sí. Muy bonita.

Tenía el aire de la gente de la montaña..., al menos atisbos de ello...

A diferencia de la pareja mayor, que lucía gruesos abrigos grises hechos a la medida, ella llevaba un traje pantalón rosa fuerte, tan ajustado que parecía pintado sobre su cuerpo. Andaba de un lado a otro observándolo todo, incluso inclinándose para mirar dentro de la estufa después de abrirla. ¿Por qué lo hizo? Al erguirse de nuevo, sonrió a todos, y a nadie en particular, y se volvió para mirar con descaro la vieja cama de metal que yo acababa de hacer, contemplar los cestos colgados del techo y quedarse boquiabierta ante los lastimosos intentos de dar comodidad e intimidad a la cabaña. Su semblante reflejaba mil expresiones que cambiaban rápidamente, como si todas luchasen por sobrevivir a nuevas impresiones que borraban anteriores sobresaltos, emociones, estremecimientos..., y otras mudas sorpresas. Con dos dedos de largas uñas laqueadas, cogió el trapo que yo había empleado para limpiar la mesa, lo sostuvo cautelosamente durante dos segundos y lo dejó caer al suelo como si hubiese tocado algo contagioso. Sus brillantes labios rojos se inmovilizaron en una sonrisa que trató de conservar.

Mientras tanto, su guapo y joven marido no apartaba los ojos de mí. Me sonreía como para tranquilizarme, y aquella sonrisa le iluminaba la cara. Por alguna razón, que hizo que me sintiese mejor, al menos él aprobaba lo que veía.

—Bueno —dijo papá, separando los grandes pies y poniendo los brazos en jarras—, tú decides, niña, tú decides...

Contemplé a una pareja y después a la otra. ¿Cómo podía juzgar por las apariencias? ¿Qué se suponía que tenía que buscar? La mujer de cabellos castaños y brillante traje de punto de color rosa sonrió de manera atractiva y eso hizo que pareciese aún más bonita. Admiré sus largas uñas pintadas, sus pendientes grandes como medios dólares; sus cabellos, sus labios, su manera de vestir. La mujer mayor, de cabellos grises, recibió mi mirada sin pestañear y no sonrió. Sus pendientes eran dos medias perlas que no llamaban en absoluto la atención.

Creí ver en sus ojos algo hostil que hizo que desviase la mirada y la fijase en su marido, el cual la rehuyó. ¿Qué podía yo saber, si no había un contacto visual? El alma se refleja en los ojos, y los ojos que rehuyen la mirada de otros son engañosos.

De nuevo me volví a la pareja más joven, que llevaba prendas «in» y no los caros trajes a medida de la pareja mayor, trajes que nunca pasarían de moda. Vestidos clásicos, pomposos, diría Fanny. En aquella época, yo no sabía nada que me

permitiese distinguir la verdadera riqueza de la vulgaridad de los nuevos ricos.

Y todo aquello sólo hacía que me sintiese menos que humana en mi holgado vestido, que me colgaba de un hombro porque el cuello era demasiado ancho y que tenía deshilachado el dobladillo porque siempre lo había querido remendar pero no había tenido tiempo de hacerlo. Plantada allí, sentí los finos y rebeldes cabellos que me hacían cosquillas en la frente, y, de manera automática, levanté una mano para apartarlos. Esto hizo que todos se fijasen en mis manos enrojecidas y agrietadas, de uñas cortas y rotas. Traté de ocultar esas manos que habían estado restregando ropa durante todos los días de mi vida y, además, fregando los platos. ¿Quién podía querer a una muchacha tan desaseada?

Ninguna de aquellas dos parejas me querría.

Fanny había sido elegida rápidamente, con avidez. Ella no se había estropeado las manos, y sus largos y lisos cabellos pesaban lo suficiente para mantenerse en su sitio. Yo era demasiado ordinaria, demasiado fea y lastimosa. ¿Quién podría quererme, si ni el propio Logan quería mirarme a los ojos ya? ¿Cómo me había atrevido a pensar que tal vez un día llegaría a amarme?

—Bueno, niña —insistió papá, frunciendo el ceño en señal de desaprobación, porque tardaba demasiado en decidirme—. Te he dicho que podías elegir, pero si no lo haces pronto, lo haré yo por ti.

Turbada, sintiendo algo parecido a una corriente subterránea, pero sin saber bien lo que era, traté de adivinar qué había detrás de la actitud fría de la pareja mayor, cuyos ojos se fijaban en mí, pero como si no quisiesen verme en realidad. Eso hizo que yo los considerase taciturnos, serios, tal vez fríos, mientras que la pelirroja de ojos incoloros sonreía, sonreía. Sarah había sido también pelirroja y encantadora..., al menos hasta que empezaron a morírsele los hijos.

Sí, la pareja joven sería agradable y menos severa. Y así fue cómo tomé mi apresurada decisión.

—Ellos —dije señalando a la pelirroja y a su guapo marido.

La esposa parecía un poco mayor; pero no importaba porque todavía era joven y, cuanto más la miraba, más bonita me parecía.

Aquellos ojos incoloros en los que nadaban peces negros y redondos adquirieron un brillo... ¿De satisfacción? La mujer vino corriendo hacia mí, me abrazó y apretó mi cara contra su voluptuoso pecho.

—Nunca te arrepentirás —me dijo, sonriendo y lanzando una mirada de triunfo a papá y después a su marido—. Seré para ti la mejor de las madres, la mejor madre del mundo...

Entonces, como si hubiese tocado carbones encendidos, dejó caer los brazos y se apartó de mí, bajando la mirada para ver si se había manchado el traje de color rosa, antes de frotarlo vigorosamente con la mano.

En realidad, vista de cerca no era tan bonita. Sus pálidos ojos, ribeteados de oscuro, estaban demasiado cerca el uno del otro, y las orejas eran demasiado

pequeñas y tan pegadas a la cabeza que casi parecían no existir. Y sin embargo, si no se la examinaba por partes, en conjunto era una mujer maravillosa.

Si he de ser sincera, nunca había visto una mujer de feminidad tan exagerada, de sexualidad tan radiante, con su abultado busto, sus caderas llenas y una cintura tan estrecha que debía sufrir para sostener todo lo que tenía que aguantar. Su chaqueta de punto estaba tan tirante en la parte superior que parecía adelgazarse sobre las zonas de mayor tensión. Los pantalones acentuaban la amplia V del bajo vientre..., haciendo que papá la mirase con una extraña sonrisa, no de admiración, sino de desdén.

¿Por qué sonreía de esa manera? ¿Cómo podía sentir desprecio por una mujer a la que no conocía? ¿O acaso la conocía? Naturalmente, tenía que haberla visto antes de montar toda esa representación.

Temerosa de nuevo, alarmada, miré a la pareja mayor. Demasiado tarde. Habían dado media vuelta y se dirigían a la puerta. Sentí una impresión de ahogo.

—Gracias, Mr. Casteel —dijo el caballero mayor.

Se apartó a un lado y ayudó a su esposa a cruzar el umbral de la puerta, y los dos parecieron aliviados al encaminarse hacia el largo automóvil negro.

Papá corrió detrás de ellos, dejando abierta la puerta; dijo unas pocas palabras en voz baja y regresó a toda prisa.

En cuanto entró, me dirigió una sonrisa burlona.

¿Habría escogido mal? Las asustadas mariposas aletearon de nuevo, sembrando la duda en mi cerebro y una indecisión, que llegaba demasiado tarde, en mi corazón.

—Me llamo Calhoun Dennison —dijo el guapo marido, adelantándose y tomando mi mano temblorosa con firmeza entre las suyas—, y ésta es mi esposa, Kitty Dennison. Gracias por escogernos a nosotros, Heaven.

Su voz era suave, poco más que un murmullo. Nunca había oído una voz así en un hombre. ¿Se trataba de una voz educada? Tenía que serlo, puesto que todas las personas mal educadas rugían, gritaban, chillaban y vociferaban.

—¡Oh, Cal! ¿No es encantadora, sencillamente encantadora? —preguntó Kitty Dennison, con voz un poco estridente—. ¿No será divertido vestirla bien y hacer que luzca su hermosura?

Yo respiraba con fatiga. Detrás de mí, el abuelo lloraba en silencio. *Abuelo, abuelo, ¿por qué no me avisaste? ¿Por qué te aflijas cuando es demasiado tarde?*

—¿Y verdad que ha sido fácil, Cal? —Rió Kitty, abrazándole y besándole, y haciendo que papá volviese la cabeza, como asqueado—. Pensé que tal vez les preferiría a ellos, con su coche grande y lujoso, y sus gruesos y caros abrigos; pero en realidad ha sido fácil, muy fácil.

De nuevo sentí pánico.

—Querida —me dijo Kitty Dennison, cuando hubo acabado de jugar con su hombre—, apresúrate y ponte tu abrigo, pero no te molestes en empaquetar tu ropa. Compraremos otra nueva. No queremos que entren gérmenes nocivos en nuestro

limpio hogar...

Contempló la cabaña de nuevo, mostrando claramente su repugnancia.

—Deseo salir de aquí cuanto antes.

Pesándome las piernas como si tuviese plomo en ellas, descolgué mi viejo abrigo de un clavo del dormitorio, me lo puse y, arriesgándome a disgustar a la mujer, cogí la maleta que había envuelto en viejos chales de la abuela. No iba a dejar que las cosas de mi madre, y en especial la linda muñeca vestida de novia, se pudriesen allí.

—No lo olvides —me gritó Kitty Dennison—. Trae sólo lo que llevas puesto.

Salí de lo que llamábamos el dormitorio, llevando mi raído y viejo abrigo y cargada con el nada atractivo bulto, y miré desafiante a Kitty Dennison. Sus ojos volvían a brillar de un modo extraño.

—¿No te dije que no trajeses nada? —chilló, pintándose la irritación en su semblante—. No puedes llevar porquerías a mi casa, no puedes hacerlo.

—Lo que no puedo es marcharme de aquí sin llevarme lo que más aprecio en el mundo —dije, con resolución—. Mi abuelita hizo estos chales con sus manos, y están limpios. Acabo de lavarlos.

—Entonces tendremos que lavarlos de nuevo —dijo Kitty, un poco apaciguada, pero pareciendo enojada todavía.

Me detuve al lado del abuelo y me incliné para darle un beso en la cabeza medio calva.

—Cuídate, abuelo. No te caigas, pues podrías romperte un hueso. Te escribiré a menudo, y siempre encontrarás alguien que... —me interrumpí, porque no quería que aquellos forasteros se enterasen que el abuelo no sabía leer—. Bueno, ya te escribiré.

—Has sido una buena chica, la mejor. No hubiese podido desear una nieta mejor. Empezó a llorar y se enjugó las lágrimas con el faldón de la camisa.

—Vete y sé muy feliz, ¿lo oyes? —añadió, quebrándosele la voz.

—Sí, lo oigo. Y tú cuídate mucho, abuelo, por favor.

—Y sé buena, ¿lo oyes?

—Seré buena —le prometí, conteniendo mis propias lágrimas—. Adiós, abuelo.

—Adiós... —dijo el abuelo y, cogiendo otro pedazo de rama, empezó a descortezarla.

¿Cuándo, si es que lo había hecho alguna vez, me había mirado de veras?

Iba a echarme a llorar y no quería que papá me viese llorando. Le miré fijamente a los ojos y, por una vez, nuestras miradas se enzarzaron en un combate silencioso. *Te odio, papá. No te diré adiós y que te cuides. Me voy, y no me importa.* «Nadie me necesita aquí. Nadie me ha necesitado, salvo Keith, Tom y Nuestra Jane... Ni Fanny, ni la abuelita, ni siquiera el abuelo, que se distrae esculpiendo».

—Bueno, no llores, pequeña —dijo Kitty, con voz fuerte—. Me viste una vez, aunque no te acuerdes. Fue en la iglesia cuando vine a visitar a mis padres, que viven en Winnerrow. Estabas sentada allí, con toda tu familia, y parecías un ángel, un ángel realmente.

Papá levantó la cabeza con brusquedad. Sus ojos, duros y oscuros, chocaron con los de Kitty. No dijo nada, ni una palabra, dejándome sumida de nuevo en la incertidumbre. Había algo misterioso entre los dos, algo que indicaba que eran más que simples conocidos. Me aterrorizó pensar que podía ser una mujer como las que solían buscar a papá..., diferentes de mi verdadera madre.

—Realmente envidié a tu madre pelirroja —siguió diciendo Kitty, como si papá no le importase un comino, lo cual hizo que me resultase aún más sospechosa—. Desde que eras así de pequeña —y señaló a la altura de la rodilla—, estuve observando a tu mamá cuando iba y venía de la iglesia con sus hijos. Y la envidié, la envidié de veras, por tener unos hijos tan hermosos.

Su voz fuerte y estridente se volvió apagada y fría.

—Yo no puedo tenerlos.

Aquellos ojos extraños se llenaron de amargura y fijaron en papá una mirada dura y acusadora. ¡Oh, oh, oh..., vaya si lo conocía!

—Alguien dirá, quizá, que me acompañó la suerte al no tener hijos propios..., pero ahora poseo uno..., que es un ÁNGEL, un verdadero ángel de carne y hueso. Aunque no tenga los cabellos rubios plateados, tiene cara de ángel y ojos azules de ángel..., ¿no es verdad, Cal?

—Sí —convino Cal—. No puede tener un aspecto más inocente, si es eso lo que quieres decir.

Para mí, no tenía sentido lo que estaban hablando, pero temía la batalla de un reconocimiento tácito entre papá y Kitty. Yo no había visto nunca a esa mujer, y no era de las que pasan inadvertidas con facilidad. Miré de nuevo a su marido, que estaba contemplando de nuevo la cabaña. Sus ojos mostraron compasión al mirar al abuelo, sentado como un muñeco de trapo en su mecedora. La expresión del abuelo no decía nada y sus manos estaban ociosas en ese momento. ¿Qué estaba pensando, si es que pensaba algo? ¿Habían la abuelita y el abuelo pensado alguna vez? ¿Se cerraban las mentes con el paso de los años? ¿Se volvían sordos los oídos viejos, para no tener que oír todas las cosas que podían hacerles desgraciados?

—Mi nombre es Kitty. No es un apodo. No me gustaría que me llamasen Katherine o Katie o Kate o Kit. Y a él puedes llamarle Cal, como hago yo, querida. Bueno, cuando vivas con nosotros podrás disfrutar con todos los aparatos de televisión que tenemos. *Diez* en total.

Miró a papá de nuevo, como para mostrarle la riqueza del hombre a quien había conquistado. Papá pareció indiferente.

¿Diez aparatos de televisión? La miré con incredulidad. ¿Por qué habían de tener tantos si con uno bastaba?

Kitty lanzó una risa estridente. Ni siquiera había captado mi muda pregunta.

—Sabía que te sorprendería. Cal tiene un negocio de reparación y venta de televisores, y algunos imbéciles le dan sus aparatos viejos por nada o casi nada; entonces, los trae a casa, los arregla y los deja como nuevos, y como nuevos los

vende a los pobres infelices que no saben ver la diferencia. Tengo un hombre elegante, guapo e inteligente, lo mejor que podía desear. Además, gana buenos dineritos, ¿verdad, Cal?

Cal pareció confuso.

Kitty rió de nuevo.

—Ahora date prisa y despídete, Heaven —dijo, adoptando aires de autoridad. Miró de nuevo con disgusto el contenido de la cabaña, como para indicar a papá lo poco que apreciaba su casa y su capacidad de ganar dinero—. Despídete de tu padre y marchémonos ya —continuó ordenando—. Tenemos que estar en casa lo antes posible.

Yo seguía plantada allí, sin mirar a papá, sin querer mirar a papá.

Era Kitty quien se encargaba de la despedida. Fue Kitty, no yo, quien se dirigió a papá.

—Yo tengo *mi* casa impecable; todo está en su sitio. Y hay un sitio para cada cosa, puedes creerme, no como esta choza.

Papá se apoyó de espaldas en la pared, sacó un cigarrillo y lo encendió. Kitty se volvió hacia mí.

—No puedo soportar la suciedad y el desorden. Tu papá nos dijo que sabías cocinar. Ojalá sea verdad.

—Sé cocinar —respondí a media voz—. Pero nunca he hecho cosas complicadas.

Un poco de miedo se traslució en mi voz al darme cuenta de que aquella mujer esperaba quizá que preparase platos de fantasía cuando, en realidad, lo único que hacía bien eran los bizcochos esponjosos y un sabroso *gravi* con manteca de cerdo.

Papá tenía una expresión extraña, medio triste y medio satisfecha, cuando miró a Kitty y a Cal Dennison.

—Ha sido una buena elección —dijo solemne, y se volvió para disimular un sollozo o una carcajada.

El hecho de que pudiese ser una carcajada me infundió más miedo del que había sentido hasta entonces. Empecé a llorar a lágrima viva. Pasé junto a papá con rapidez, sin decir nada. Él tampoco me habló.

Al llegar a la puerta, me volví y miré hacia atrás. Tenía una sensación agrídulce en la garganta; me dolía abandonar aquella casa destartada donde había aprendido a andar y donde Tom y Fanny habían dado también sus primeros pasos, y el dolor se hizo insoportable cuando pensé en Keith y en Nuestra Jane.

—¡Oh, Dios mío, haz que llegue mi día en el futuro! —murmuré, antes de volverme hacia la escalera.

El sol de finales de invierno me acarició cálidamente la cabeza al dirigirme al bonito coche blanco con asientos tapizados de rojo. Papá salió al porche; sus perros de caza estaban de nuevo allí, como si, después de alquilarlos a otros, los hubiese recuperado para tenerlos otra vez alrededor de sus piernas. Vi a los gatos y gatitos encaramados en el tejado o subidos a los barriles que guardaban el agua de la lluvia, o

atisbando desde debajo del porche, y también había cerdos que gruñían y resoplaban al hojar en el patio. Los pollos campaban por sus respetos, y un gallo perseguía a una gallina con la evidente intención de reproducirse. Miré pasmada todo aquello. ¿De dónde habían venido aquellos animales? ¿Estaban allí realmente? ¿Eran sólo fruto de mi imaginación? Me froté los ojos húmedos de lágrimas. ¡Había pasado tanto tiempo sin ver a los perros, los gatos, los cerdos y las gallinas...! ¿Los habría traído papá en su camioneta porque pensaba quedarse durante algún tiempo y cuidar del abuelo?

El cielo estaba lleno de esas nubes largas y filamentosas que se agrupan lentamente para formar otras, gordas e hinchadas, que son como prendas de dicha y abundancia en el futuro.

Cal y Kitty Dennison subieron a su coche, se acomodaron en el asiento delantero y me dijeron que yo podía tener el de atrás para mí sola. Rígida y ansiosa, me volví para contemplar lo que conocía tan bien y que hasta ahora había pensado que quería olvidar lo más rápidamente posible.

Despídete de la pobreza y de los ruidosos estómagos que nunca quedaban satisfechos realmente.

Olvídate del viejo y maloliente retrete, de la humeante estufacocina, de los gastados jergones sobre el suelo.

Di adiós a todas las miserias, así como a toda la belleza de los montes: las bayas silvestres, las flamígeras hojas del otoño, el torrente murmurador y los riachuelos de agua fresca donde saltaban las truchas y yo había ido a pescar con Tom y Logan.

Despídete del recuerdo de Keith, Nuestra Jane, Tom y Fanny.

Olvídate de las risas y las lágrimas. Vas a un lugar mejor, más rico, más feliz.

No había motivo para llorar. ¿Por qué estaba yo haciéndolo? Arriba, en el porche, papá no lloraba; sólo contemplaba el espacio con la misma mirada inexpresiva en su semblante.

Cal hizo girar la llave de contacto y puso el motor en marcha. Arrancamos a toda velocidad, haciendo que Kitty lanzase un chillido al caer hacia atrás sobre el respaldo.

—¡Más despacio, maldito imbécil! —gritó ésta—. Sé que ha sido horrible, tardaremos semanas en quitarnos de encima este mal olor; pero ahora tenemos una hija, que es lo que vinimos a buscar.

Sentí un escalofrío en la columna vertebral.

Todo iba bien. Todo iba bien.

«Voy hacia una vida mejor, hacia un lugar mejor», me repetía una y otra vez.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que papá había hecho. Vender a sus hijos a quinientos dólares cada uno. Pero, en esta última transacción, no había visto los documentos firmados, ni oído el precio de la venta. El alma de papá ardería en el infierno. Estaba segura.

Por lo que oí decir a Kitty y a su marido, nos dirigíamos a Winnerrow, donde yo había querido vivir siempre, en alguna linda casa pintada, no lejos de la Droguería Stonewall. Allí terminaría mi segunda enseñanza y podría pasar a la Universidad. Y

vería a Fanny con frecuencia, y al abuelo cuando fuese a la iglesia.

Pero, ¿qué significaba aquello?

¿Por qué había torcido Cal a la derecha y dirigía el coche más allá de Winnerrow? Tragué saliva para deshacer el nudo que se había formado en mi garganta.

—¿No dijo papá que eran ustedes del valle? —pregunté, con voz grave y asustada.

—Claro que sí, pequeña —dijo Kitty, volviéndose en el asiento de delante y sonriéndome—. Yo nací y me crié en esa ciudad de mala muerte que es Winnerrow —prosiguió en un tono de voz más pueblerino y empleando formas dialectales de la montaña—. Pero deseaba ardientemente alejarme de ella. Ahora, llevamos cinco años casados y no habríamos vuelto por aquí si no hubiésemos tenido que librarnos de la peste que hay en nuestra casa al ser redecorada por dentro y por fuera. La pintura fresca me hace vomitar. Los malos olores, como el líquido de la permanente, me dan náuseas. Ahora todas las paredes de nuestras habitaciones serán blancas. Todo blanco sobre blanco; muy bonito, muy limpio. Cal dice que todo parecerá estéril como en un hospital; pero no será así, ya lo veréis. Se verá muy bonito con todas mis cosas colocadas. ¿No crees que os gustará cuando ponga allí todas mis cosas bellas para que su color contraste más, Cal?

—Claro.

—Claro, ¿qué?

—Claro que será bonito.

Ella le dio una palmada en la mejilla y después se inclinó para besarle.

—Ahora que estamos lejos de tu viejo —salmodió Kitty, apoyando el afilado mentón sobre los brazos cruzados—, puedo ser más sincera. Yo conocí a tu madre, a la *verdadera*, no a esa Sarah. Bueno, tu verdadera madre era muy guapa. No sólo bonita, sino hermosa... y yo la odiaba de todo corazón.

—¡Oh! —balbucí, sintiéndome mareada, irreal—. ¿Por qué la odiaba?

—Pensé que Luke Casteel podía ser un buen partido. Creí que sería mío. Esto ocurría cuando yo era sólo una chiquilla y no sabía lo que hacía. Entonces yo era una maldita idiota, que me imaginaba que una cara hermosa sobre un cuerpo bello y vigoroso valía por todo. Ahora lo odio..., ¡lo odio de todo corazón!

Eso hubiera debido complacerme, pero no fue así. ¿Por qué quería Kitty a la hija del hombre al que odiaba?

No me había equivocado; hacía tiempo que ella conocía a papá. Su manera de hablar era tan defectuosa como la de él y la de todos los de nuestra comarca.

—Bien —siguió diciendo Kitty, con una voz suave y extraña que parecía el ronroneo de un gato—. Yo veía a tu verdadera madre cada vez que iba a Winnerrow. Todos los peces gordos de la ciudad se pirraban por el ángel de Luke. Nadie podía comprender que se hubiese casado con un tipo como él. Debió cegarla el amor, pienso yo. Algunas mujeres son así.

—Calla, Kitty —la amonestó Cal.

Ella no le hizo caso.

—Y allí estaba yo, chiflada por tu guapo papá. Bueno, la verdad es que todas las chicas de la población deseaban y esperaban que se acostase con ellas.

—Kitty, ya has dicho bastante.

El tono amonestador de su voz se había hecho más intenso. Ella le lanzó una mirada impaciente, se volvió y encendió la radio del coche. Hizo girar el disco hasta que encontró música popular. Fuertes y vibrantes sonos de guitarra llenaron el automóvil.

No podíamos hablar.

Kilómetros y más kilómetros se desplegaban como una larga cinta de postales que no tuviese fin. Primero en los montes, después en el llano.

Pronto, las montañas se convirtieron en sombras lejanas. Muchos kilómetros más adelante, se extinguió la luz de la tarde. Se ponía el sol y llegaba el crepúsculo. ¿Cómo habían pasado las horas tan deprisa? ¿Me habría quedado dormida sin darme cuenta? Nunca había estado tan lejos de la cabaña. Casas de campo, pequeñas y grandes, pueblecitos, estaciones de gasolina, pedazos de tierra yerma con manchas de arcilla roja.

El crepúsculo tiñó el cielo de rosa, violeta y naranja, colores celestiales ribeteados todos ellos de oro. Era el mismo cielo que había visto en la montaña; pero el ambiente campesino al que estaba acostumbrada había quedado muy atrás. Las estaciones de gasolina y los restaurantes rápidos se sucedían a docenas, todos ellos con sus alegres luces de neón que imitaban las del cielo o trataban de imitarlas sin fortuna.

—¿No es estupendo cómo se enciende el cielo? —dijo Kitty, mirando por la ventanilla—. Me gusta ir en coche a la hora del crepúsculo. He oído decir que es la más peligrosa del día, porque la gente se siente irreal, propensa al sueño... Yo siempre he soñado que tenía muchos hijos, todos guapos.

—Por favor, Kitty —le suplicó su marido.

Ella calló y yo me sumí en mis propios pensamientos. Había visto muchos crepúsculos, pero nunca una ciudad de noche. Olvidando mi fatiga, lo observaba todo con atención, sintiéndome como una verdadera pueblerina por primera vez en mi vida. Eso no era Winnerrow, sino la ciudad más grande que hubiese visto jamás.

Entonces, llegaron los arcos dorados, y el coche redujo la marcha, como atraído magnéticamente hacia el lugar, sin discusión entre marido y mujer. Entramos y nos sentamos a una mesa muy pequeña.

—¿Quieres decir que no has comido nunca en un McDonald's? —preguntó Kitty, divertida y disgustada al mismo tiempo—. Entonces, apuesto a que nunca has comido *Kentucky Fried*.

Y dirigiéndose a su marido, añadió:

—Cal, esta niña es una ignorante. Realmente *ig-no-ran-te*. Y su papá nos dijo que era muy lista.

¿Había dicho papá eso? Me pareció muy gracioso. Pero papá era capaz de decir cualquier cosa para ganarse quinientos dólares.

—El hecho de comer en restaurantes como éste no aguza la inteligencia, Kitty; sólo mitiga el hambre.

—Bueno, apuesto a que nunca has estado en un cine, ¿verdad?

—Sí que he estado —respondí rápidamente—. Una vez.

—¡Una vez! ¿Lo has oído, Cal? Esta chica lista ha estado una vez en un cine. Bueno, algo es algo. ¿Qué otras cosas inteligentes has hecho?

¿Cómo contestar a una pregunta formulada en un tono tan burlón, tan sarcástico?

De pronto, añoré al abuelo, y la mísera cabaña y su espacio familiar. Ante mis ojos, aparecieron las tristes e inoportunas imágenes: Nuestra Jane y Keith diciendo «Hevlee». Pestañee un par de veces y me alegré de haber traído aquella maravillosa muñeca. Cuando Kitty la viese, se quedaría impresionada, impresionada de verdad.

—Bueno..., ¿qué te ha parecido la hamburguesa? —me preguntó Kitty, que había despachado la suya en un santiamén y se estaba pintando de nuevo los labios de un rojo muy vivo.

Manejaba el lápiz con destreza, a pesar de sus uñas de unos centímetros de largo y pintadas de un color rosa exactamente igual al de su traje.

—Estaba muy buena.

—Entonces, ¿por qué no te la comiste toda? La comida cuesta mucho dinero. Si te invitamos, esperamos que te la acabes toda.

—Hablas demasiado fuerte, Kitty. Deja a la chica en paz.

—Tampoco me gusta tu nombre —continuó Kitty, molesta por la defensa de Cal—. Es un nombre estúpido. Heaven es un lugar, no un nombre. ¿Cuál es el segundo? ¿Resulta tan idiota como el primero?

—Leigh —le respondí, con voz glacial—. Es el nombre de pila de mi madre.

Kitty dio un respingo.

—¡Maldita sea! —exclamó, golpeándose una mano con el puño—. ¡Odio este nombre!

Volvió los ojos claros hacia su marido y se cruzaron sus miradas, apacible la de él y furiosa la de ella.

—Era su nombre, ¡el de aquella zorra de Boston que se llevó a Luke! No quiero volver a oírlo, ¿te enteras?

—Sí...

El humor de Kitty cambió de dirección y pasó del enojo a la reflexión cuando Cal se levantó para dirigirse al lavabo de caballeros.

—Siempre quise tener una chica a la que pudiese llamar Linda. Incluso yo hubiese querido tener ese nombre, Linda. Hay algo dulce y puro en él; suena bien al oído.

De nuevo me estremecí al ver los enormes y resplandecientes anillos en las grandes y vigorosas manos de Kitty. ¿Eran brillantes, rubíes y esmeraldas auténticos? ¿O eran de imitación?

Sentí alivio al encontrarme de nuevo en el coche, rodando a gran velocidad en dirección a un hogar lejano. Es decir, sentí alivio hasta que Kitty dijo a Cal que me iba a cambiar el nombre.

—Voy a llamarla Linda —dijo rotundamente—. Me gusta este nombre, me gusta mucho.

Él replicó de inmediato:

—¡No! Heaven está muy bien. Ha perdido su hogar y su familia; por el amor de Dios, no la obligues a perder también su nombre. Deja las cosas como están.

Su voz tenía ahora una energía que acalló la charla incesante de Kitty durante cinco tranquilos minutos, y, mejor aún, Cal apagó la radio.

Acurrucada en el asiento de atrás, traté de permanecer despierta observando las señales de la carretera. Entonces, me di cuenta de que Cal seguía todas las indicaciones que nos llevaban hacia Atlanta. Pasos elevados y subterráneos, hojas de trébol, autovías, pasos a nivel, puentes sobre ríos: todo nos conducía a Atlanta a través de ciudades grandes, medianas y pequeñas.

Me quedé boquiabierta al ver los rascacielos que se erguían negros en la noche, centelleando sus ventanas iluminadas y coronados de nubes como pañuelos vaporosos. Mi asombro fue enorme ante los escaparates de Peachtree Street, observé a los guardias de tráfico plantados en medio de aquel tumulto sin dar muestras de temor; también pude ver que había algunos a caballo. Los transeúntes llenaban las avenidas como si fuese mediodía y no las nueve dadas. Si me hubiese hallado en casa, habría estado durmiendo en el suelo a esas horas. Incluso en esos momentos, tenía que frotarme los ojos, irritados por el sueño. Tal vez me había dormido. De pronto, una voz fuerte empezó a cantar. Kitty había conectado de nuevo la radio y se había arrimado a Cal, el cual le pidió que se estuviese quieta.

—Hay un tiempo y un lugar para cada cosa, Kitty, y ahora no es hora ni lugar para esto. Aparta la mano.

¿Qué estaba haciendo Kitty? Me froté los ojos y me incliné hacia delante con el tiempo justo para ver cómo Cal subía la cremallera de su pantalón. ¿Estaba eso bien? Fanny habría dicho que sí. Me eché atrás rápidamente, temerosa de que Kitty me hubiese visto observando lo que en realidad no me importaba. De nuevo miré por la ventanilla. La gran ciudad, con todos sus majestuosos rascacielos, había desaparecido. Ahora rodábamos por calles menos anchas y menos concurridas.

—Vivimos en las afueras —me explicó animadamente Cal—. En un barrio llamado Candlewick. Las casas tienen planta baja y un piso encima. Son casi idénticas, aunque hay seis estilos distintos. Tú eliges el que más te gusta, y te construyen la casa. Sólo puedes distinguirlas por la decoración, interior y exterior. Esperamos que te guste vivir aquí, Heaven. Queremos lo mejor para ti y

procuraremos ofrecerte la clase de vida que habríamos dado a nuestros hijos si los hubiésemos tenido. Irás a un colegio situado a poca distancia de casa; podrás ir andando.

Kitty resopló y murmuró:

—Vaya, vaya. ¿Qué importa eso? Irá al colegio aunque sea a rastras. No voy a permitir que una niña ignorante manche mi reputación.

Me erguí en el asiento, tratando de evitar que el sueño entorpeciese mi primera visión de *mi* nuevo hogar, y observé con interés las casas que, según había dicho Cal, eran casi idénticas, aunque no del todo. Unas bonitas casas. Sin duda, cada una de ellas tenía un cuarto de baño, o tal vez más. Y todos los maravillosos aparatos eléctricos de los que no podía prescindir la gente de la ciudad.

Entonces, el coche entró en un pasadizo, la puerta del garaje se abrió como por arte de magia y entramos en él. Kitty gritó para despertarme:

—¡Ya estamos en casa, niña, ya estamos en casa!

En casa.

Abrí la portezuela del coche con rapidez y salí del garaje para contemplar la casa a la pálida luz de la luna. Tenía dos plantas. Parecía muy linda, acurrucada entre frondosos arbustos, en su mayoría de hoja perenne. Rojos ladrillos y postigos blancos. Un palacio en comparación con la cabaña que yo acababa de abandonar. Era una bonita casa con la puerta principal pintada de blanco.

—Cal, pon todas esas porquerías en el sótano, que es donde deben estar.

Observé con tristeza cómo desaparecía la maravillosa maleta de mi madre, que contenía algo mucho mejor que todo lo que pudiera tener Kitty..., aunque, naturalmente, ésta no podía saber lo que había debajo de aquellos oscuros chales de punto.

—Vamos —dijo Kitty con impaciencia—. Van a dar las once. Estoy hecha cisco. Tendrás toda la vida para mirar la casa, ¿oyes?

¡Qué rotunda sonó esa afirmación!

SEGUNDA PARTE

La vida en Candlewick

Un nuevo hogar

Kitty pulsó un interruptor cerca de la puerta, y toda la casa se iluminó. Me quedé boquiabierto.

Esa casa, tan limpia y moderna, era maravillosa. Me emocioné al pensar que iba a vivir allí. ¡Qué blancura —todo inmaculado en su *limpieza*— y qué elegancia! Me estremecí de nuevo al ver aquella nieve pura que no se fundiría con la luz del sol, que no se convertiría en fango al ser pisoteada. En el fondo, yo había sabido desde el principio que sería para mí un lugar mejor que la cabaña, con toda su suciedad y su miseria.

Pero en seguida comprendí que la casa era de Kitty. El aire autoritario adoptado por ésta y el tono en que ordenó a Cal que llevase mis «porquerías» al sótano me dijeron, claramente, que la propietaria era Kitty. No había nada en ella que indicase que vivía un hombre en ese delicado ambiente femenino, nada que sugiriese una presencia masculina, y eso fue lo que me dio la impresión de que Kitty era quien mandaba allí.

Mientras Cal seguía sus instrucciones, Kitty fue de un lado a otro encendiendo otras lámparas, como si tuviese miedo a los rincones oscuros. Pero pronto vi que en eso me había equivocado: buscaba defectos en la reciente pintura.

—Bueno, seguro que esto es mejor que tu choza en la montaña, ¿eh? Y mejor que cualquier casa de Winnerrow, que es un pueblo de paletos. Sólo quería huir de allí. No sé por qué he tenido que volver.

Un gesto de disgusto ensombreció su lindo semblante. Pronto empezó a quejarse de que los operarios, al quedarse solos, habían cometido muchos «disparates». Veía la casa de un modo diferente a como era para mí; nada tenía de admirable para ella.

—¿Ves dónde han puesto las sillas? ¿Y las lámparas? ¡Nada está en su sitio! Les dije dónde quería que colocasen cada cosa, ¡vaya si se lo dije! ¡Pero me van a oír, puedes estar segura...!

Traté de ver lo que ella veía, pero todo me pareció perfecto.

Kitty me miró, observó mi expresión pasmada y sonrió con tolerante indulgencia.

—Vamos, dime lo que piensas.

El cuarto de estar era más grande que toda nuestra cabaña entera; pero lo más sorprendente de esa habitación era el pintoresco zoo que contenía. En todas partes, en los antepechos de las ventanas, en las rinconeras, sobre las mesas y a los lados de la blanca alfombra de la escalera, fantásticos animales sostenían plantas; y se veían caras y formas de animales en los marcos de los cuadros, en las lámparas, en cestas y en bandejas de caramelos, y en los taburetes. Brotaban plantas naturales de la espalda de unas gigantescas ranas verdes de cerámica, de saltones ojos amarillos y lengua

escarlata. Enormes peces dorados, boquiabiertos y de ojos azules, sostenían otras plantas. Y había gansos azules, patos blancos y amarillos, gallinas moteadas de púrpura y rosa, conejos pardos y tostados, ardillas rojizas y cerdos sonrosados de cola retorcida.

—Vamos —dijo Kitty, agarrándome de la mano y llevándome al centro de aquel zoo doméstico—, tienes que verlos de cerca para apreciar el talento de su autora.

Me había quedado sin habla.

—Vamos, ¡di algo! —me exigió ella.

—Es muy hermoso —balbucí.

Yo estaba impresionada por toda aquella blancura: el papel de las paredes que parecían de seda; los sillones, el sofá, las pantallas de las lámparas de pies gruesos, todo era de un blanco esplendoroso.

No era de extrañar que Kitty se hubiese horrorizado al ver la suciedad de la cabaña, acumulada durante generaciones. Allí había una chimenea con el manto y la repisa de madera tallada y pintada de blanco, y el hogar de mármol, blanco también; mesas de una lujosa madera oscura que más tarde sabría que era de palisandro, y otras mesas de cristal y de bronce. Ni una mota de polvo en parte alguna. Ni una huella de dedos. Y nada fuera de su sitio.

Ella estaba en pie, a mi lado, como para ver su magnífico cuarto de estar a través de mis ojos ingenuos de campesina, mientras yo temía pisar aquella alfombra blanca que forzosamente tendría que ensuciarse en un abrir y cerrar de ojos. Miré mis ordinarios, feos y viejos zapatos y, sin pensarlo, me los quité.

Mis pies se hundieron en la alfombra mientras pasaba, maravillada, de un objeto a otro. Gatos gordos, flacos, sigilosos, furtivos, sinuosos. Perros sentados, de pie o durmiendo; elefantes y tigres, leones y leopardos, pavos reales, faisanes, loros y búhos. Una colección desconcertante de animales.

—¿No son hermosas mis creaciones? Yo lo hice todo con mis manos. Los cocí en el horno grande de la clase. Tengo otro pequeño arriba. Doy clases todos los sábados. Cobro treinta dólares a cada alumno, y tengo treinta fijos. Desde luego, ningún alumno es tan bueno como yo; pero esto es buena cosa, pues vuelven esperando superar a su maestra. ¿Te has fijado en todos los adornos de fantasía, en esas guirnalda de flores con que los engalano? Valen la pena, ¿no?

Todavía pasmada, sólo pude asentir con la cabeza. Oh, sí, tenía que impresionarme el que Kitty fuese capaz de crear maravillas tales como aquel carrusel de caballos galopando alrededor del pie blanco de una lámpara.

—Todo es muy hermoso —repetí con voz llena de admiración.

—Sabía que dirías esto.

Se irguió, orgullosa, para mostrarme lo que tal vez me había pasado inadvertido.

—La enseñanza da mucho dinero —me comentó—; no acepto cheques, y así no he de pagar impuestos. Podría tener diez veces más alumnos si renunciase a mi negocio del salón de belleza, pero no puedo resignarme a hacerlo porque gano mucho

dinero con las celebridades que vienen a la ciudad y quieren que les arregle el cabello. Tengo ocho chicas que lo hacen todo, desde decolorar el pelo hasta permanentes y cuidado de los pies. Yo me reservo para clientas especiales, y en mi establecimiento vendo miles de cosas como las que puedes ver a tu alrededor. A las clientas les encantan, les encantan.

Se echó atrás, cruzó los vigorosos brazos sobre el opulento pecho y me miró radiante.

—¿Crees que podrías hacerlo tú tan bien?

—No. No sabría por dónde empezar —confesé.

Cal entró por una puerta de atrás y miró a Kitty con cierto disgusto, como si no admirase sus «creaciones» o no le gustase que pasase tantas horas enseñando.

—¿No crees tú que soy una artista?

—Sí, Kitty, una verdadera artista... ¿Estudiaste arte en el colegio?

Kitty frunció el ceño.

—Hay cosas para las que se nace, eso es todo. Yo tengo aptitudes para esto, ¿verdad, cariño?

—Sí, Kitty, *tienes* aptitudes para esto.

Cal se dirigió a la escalera.

—¡Eh! —le gritó Kitty—. Te olvidas de que esta niña necesita ropa nueva. No podemos dejar que duerma en nuestra casa recién pintada con esos viejos harapos que lleva. Apesta, ¿no lo hueles? Coge el coche, Cal, y ve a esos almacenes K que están abiertos toda la noche, y compra alguna ropa decente para la niña, sobretodo camisas de dormir. Asegúrate de que sean de una talla grande. No quiero que le queden cortas antes de gastarlas.

—Son casi las once —dijo él, con aquella voz fría y distante que le había oído en el coche y empezaba a reconocer ahora como de desaprobación.

—¡Ya lo SÉ! ¿Te imaginas que no entiendo el reloj? Pero ninguna criatura va a dormir en mi casa limpia sin tomar un baño, sin lavarse la cabeza con champú, sin despiojarse y, sobretodo, sin ropa nueva, ¿lo oyes?

Cal lo oyó. Giró en redondo, gruñendo en voz baja, y desapareció. Papá no habría permitido nunca que una mujer le dijese lo que tenía que hacer y, mucho menos, cuándo tenía que hacerlo. ¿Con qué clase de correa Kitty tenía atado a Cal que éste la obedecía, aunque fuese a regañadientes?

—Ahora ven conmigo y te lo mostraré todo, todo, y ya verás cómo te gusta.

Sonrió y me acarició la mejilla.

—Yo conocí a tu papá, supongo que ya te has dado cuenta. Sabía que él no podía hacer nada por ti, como voy a hacerlo yo ahora. Has tenido suerte al escogerme a mí y a Cal... En cambio, tu papá ha tenido *mala* suerte. Lo ha perdido todo..., incluso sus hijos, pero le está bien empleado.

Sonrió de nuevo de aquella manera extraña.

—Ahora dime qué te gusta más —me preguntó.

—¡Oh..., me encanta leer! —respondí rápidamente—. Mi maestra, Miss Deale, solía darnos a Tom y a mí libros para que nos los llevásemos a casa, y en nuestros cumpleaños y otras fiestas nos regalaba libros también, libros nuevos. He traído unos pocos conmigo, mis preferidos, y no están sucios, Kitty. Tom y yo enseñamos a Keith y a Nuestra Jane a querer a los libros y a respetarlos como amigos.

—¿Libros...? —preguntó ella, con una expresión de disgusto en el semblante—. ¿Quieres decir que los prefieres a cualquier otra cosa? Debes de estar loca.

Dicho lo cual giró sobre sus talones y me condujo ansiosamente al comedor, aunque la fatiga enturbiaba mi visión y los cambios repentinos a que me veía sometida hacían que mis impresiones se volviesen vagas.

Sin embargo, tuve que contemplar el comedor con su gran mesa ovalada de cristal, colocada sobre un pedestal dorado constituido por tres delfines que levantaban sumisamente la cola para sostener el grueso y pesado cristal. Me tambaleé agotada, y traté desesperadamente de escuchar a Kitty, de ver todos los objetos que ésta me señalaba.

Después visitamos la blanca y resplandeciente cocina. Incluso las baldosas blancas del suelo relucían.

—Vinilo del más caro —me explicó ella—, lo mejor que puede comprarse con dinero.

Asentí con la cabeza, sin saber qué decir. Vi con ojos soñolientos todas las maravillas modernas con que había soñado durante toda mi vida: el lavavajillas, el fregadero doble de porcelana, los brillantes accesorios cromados, la gran cocina con dos hornos, los armarios blancos, los largos tableros, la mesa redonda y las cuatro sillas. En todas las partes posibles, Kitty había colocado otras obras suyas para impedir que tanta blancura resultase monótona.

Había tomado formas de animales para convertirlas en diferentes clases de recipientes. Cestas de cerámica eran en realidad botes para la harina, el azúcar, el té y el café; un cerdito rosa sostenía algunos utensilios que eran demasiado grandes para caber en un cajón, y un caballo magenta, sentado como un ser humano, guardaba las servilletas de papel de color rosa.

—Ahora, dime con sinceridad qué te parece —preguntó Kitty.

—Es muy bonito, todo tan limpio y con estos colores... Es muy bonito —murmuré, con una voz que se había vuelto ronca.

Volvimos a la parte delantera de la casa, donde Kitty examinó el cuarto de estar de nuevo y frunció los párpados.

—¡Las han colocado mal! —chilló—. ¿Quieres mirar dónde han puesto las mesitas de los elefantes? ¡Ah, ya lo veo! En los rincones, en los malditos rincones, ¡donde nadie pueda verlas! Heaven, tenemos que poner orden en este lugar inmediatamente.

Tardamos una hora en colocarlo todo de la manera que ella quería. Las grandes piezas de cerámica eran sorprendentemente pesadas.

Yo me caía de fatiga. Kitty me miró a la cara, me asió de una mano y me empujó hacia la escalera.

—Mañana lo verás todo mejor. Y te encantará. Ahora, es mejor que te prepares para acostarte.

Mientras subíamos la escalera, Kitty volvió a hablarme de las famosas estrellas de cine que eran sus clientas y que insistían en que sólo ella sabía peinarlas como era debido.

—Cuando vienen a actuar en algún espectáculo, siempre preguntan por mí. Bueno, he visto cosas que nunca podrías imaginarte. ¡Señor, lo que habré visto! Y secretos. Me los han contado a millones, pero no diré una palabra a nadie. Soy muy reservada. —Kitty hizo una pausa, me hizo girar en redondo y me miró a los ojos—. ¿Qué te pasa? ¿No me oyes? ¿No me escuchas?

Su imagen me parecía borrosa. Agotada hasta el punto de casi dormirme estando de pie, hice un esfuerzo para mostrar mayor entusiasmo por las ricas clientas de Kitty y también para excusarme sinceramente al decir que el día había sido muy largo y que no oía ni veía demasiado bien.

—¿Por qué hablas así?

Me estremecí. Siempre me había esforzado en no hablar como lo hacía la gente de la montaña, como lo hacía ella, pronunciando mal las conjunciones y tropezando en los nombres, los verbos y todo lo demás, ¡y ahora ella me criticaba!

—Miss Deale siempre insistía en que no pronunciásemos mal las palabras.

—¿Quién demonios es Miss Deale?

—Mi maestra.

Kitty lanzó un bufido.

—Nunca me han gustado el colegio ni los maestros. Nadie emplea esa clase de lenguaje yanqui. Con ese acento, te crearás muchos enemigos. Si no aprendes a hablar como nosotros, tendrás que sufrir las consecuencias.

¿Qué consecuencias?

—Sí, Kitty.

Habíamos llegado a lo alto de la escalera. Las paredes oscilaban delante de mis ojos. De pronto, Kitty se volvió, me agarró de los hombros y empezó a golpearme la cabeza contra la pared más próxima.

—¡DESPIERTA! —chilló—. Despierta y escucha esto. Yo no soy Kitty para ti. ¡Tienes que llamarme madre! No mamá, ni mamaíta, ni mamita, ¡ni, sobretodo, mami! Sólo madre, ¿comprendido?

La cabeza me daba vueltas y me dolía el corazón. Aquella mujer era asombrosamente enérgica.

—Sí, madre.

—Así está mejor. Buena chica, buena chica... Ahora vayamos a tomar ese baño.

Oh, no debía volver a cansarme nunca para no exponerme a la cólera de una mujer que podía volverse contra mí en un instante y sin ningún motivo aparente.

Kitty me condujo por un corto pasillo hacia una puerta abierta que dejaba ver una pared revestida de brillante papel negro con dibujos dorados.

—Éste es el cuarto de baño principal —me informó Kitty, entrando la primera y tirando de mi brazo—. Aquello de allí, la gente fina lo llama la taza, pero como yo no soy tan fina, lo llamo retrete. Tienes que levantar la tapa antes de sentarte, y tirar de la cadena cada vez que lo uses. No lo llenes de papel, pues puede atascarse e inundar la habitación, y menudo trabajo costaría limpiarlo. En realidad, tú cuidarás de mantener limpia toda la casa. Te explicaré cómo tienes que regar y alimentar mis plantas, y tener brillantes las macetas, y quitar el polvo y limpiar todo lo demás. También te encargarás del lavado de la ropa; pero, ante todo, tienes que bañarte.

He aquí hecho realidad mi deseo más ferviente: un cuarto de baño interior con agua corriente caliente y fría, una bañera, un lavabo, espejos en dos paredes..., pero ahora estaba demasiado cansada para disfrutar de todo ello.

—¿Me oyes, pequeña? ¿Me escuchas?

La voz estridente de Kitty perforó la niebla cada vez más espesa de mi fatiga.

—Todo esto, la pintura, el papel de las paredes y la alfombra, es completamente nuevo, como puedes ver fácilmente. Quiero que se conserve así. Tú debes cuidar de que siempre permanezca nuevo, ¿oyes?

Asentí con la cabeza.

—Y también debes saber desde el principio que espero pagues tu estancia aquí y la comida que consumas haciendo las tareas que yo te ordene. Estoy segura de que no sabes nada sobre las labores de la casa; eso me hará perder un tiempo valioso, pero aprenderás deprisa si quieres seguir viviendo con nosotros. —Hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos—. Te gusta estar aquí, ¿verdad?

¿Por qué no paraba de preguntar, cuando yo sólo había tenido tiempo de echar un vistazo a mi alrededor? Y su manera de hablar me estaba poniendo en guardia ya, destruyendo mi esperanza de que eso sería un hogar y no una cárcel.

—Sí —dije, tratando de mostrar mayor entusiasmo—. Todo es muy hermoso.

—¿Verdad que sí? —Kitty sonrió con amabilidad—. Tenemos otro cuarto de baño en la planta baja. Es tan bonito como éste y está reservado para los invitados. También tiene que permanecer brillante, inmaculado. Tú cuidarás de ello.

Mientras tanto, Kitty iba sacando botellas y frascos ocultos detrás de puertas con espejos que se abrían deslizándose, y pronto tuvo toda una colección sobre el estante, que era de mármol rosa y hacía juego con la bañera ovalada. En el «cuarto de baño principal» todo era negro, oro y rosa. Aparte de los peces irisados que nadaban en las paredes negras y doradas...

—Ahora —prosiguió Kitty, yendo a lo práctico—, lo primero que tenemos que hacer es quitar toda esta porquería de tu piel. Lavar esos sucios y desgredados cabellos. Matar los piojos que seguramente tienes. Matar los malos gérmenes. Tu padre debe llevarlos en abundancia, y tú te has estado revolcando en aquella porquería desde el día en que fuiste concebida. Bueno, las historias que cuentan en

Winnerrow de Luke Casteel ponen los pelos de punta. Pero ahora está pagando todas sus diversiones..., las está pagando bien caras.

Parecía alegrarse, con una sonrisa enigmática. ¿Cómo sabía lo de la enfermedad de papá? Iba a decirle que ya estaba curado, pero el cansancio me impidió hablar.

—¡Oh, perdóname, querida! ¿He herido tus sentimientos? Pero debes comprender que tu papá no me gusta.

Eso justificaba mi elección. Cualquier persona que no simpatizase con papá debía tener buen criterio. Suspiré y después la sonreí.

—Yo me crié en Winnerrow, mis padres viven todavía allí —siguió diciendo—. La verdad es que no querrían estar en otro sitio. La gente se vuelve así cuando no va a ninguna parte. Yo le llamo tener miedo a la vida. Temen que, si se marchasen de su pueblo, ninguna gran ciudad se daría cuenta de su existencia. En Atlanta, que es donde trabajo, serían personas sin importancia. No saben hacer nada como yo. No tienen mi talento. Bueno, como dijimos antes, nosotros no *vivimos* en Atlanta, sino en la periferia, a treinta kilómetros de distancia; tanto Cal como yo trabajamos y tenemos que luchar mucho. Allí es una batalla cotidiana, ¿sabes?, él y yo contra el mundo. Él es mío y yo lo amo. Sería capaz de matar para conservarle.

Hizo una pausa y me miró pensativa, con ojos duros y entornados.

—Mi salón está en un gran hotel de lujo al que acuden todos los ricos. No se puede comprar una casa en Candlewick a menos que ganes más de treinta mil dólares al año; pero, como Cal y yo trabajamos, algunos años doblamos esa cantidad. Esto te gustará, te gustará, querida. Irás a un colegio instalado en un edificio de tres plantas, con piscina interior y un salón donde exhiben películas; además te sentirás allí mucho más feliz que en aquella vieja escuela de segunda categoría... Y piensa que llegas justo a tiempo para empezar el nuevo semestre.

Me dolió pensar en mi vieja escuela y recordar a Miss Deale. Allí había aprendido algo acerca del resto del mundo, de un mundo mejor, diferente, que se preocupaba de la educación, de los libros, de pintura, de arquitectura, de ciencia..., no sólo de la existencia cotidiana. Y ni siquiera había podido despedirme de Miss Deale. Hubiese tenido que ser más amable, más agradecida a su interés, y dominar mi orgullo. Traté de ahogar un sollozo. Además, estaba Logan, que quizás no me había hablado porque sus padres estaban allí la última vez que nos vimos en la iglesia. O por alguna otra razón. No sólo mi querida maestra, sino también Logan, me parecían irreales en esos momentos, como sueños que nunca volvería a tener. Incluso la cabaña se había hecho borrosa en mi mente, y sólo hacía unas horas que la había abandonado.

El abuelo estaría profundamente dormido a esas horas, mientras que en Atlanta las tiendas estaban abiertas todavía con gente comprando en ellas. Como Cal, que había ido a alguna parte a buscar ropa nueva para mí, que me estaría grande. Suspiré profundamente; algunas cosas no cambiarían nunca.

Con las piernas pesadas, esperé a que Kitty acabase de llenar la curiosa bañera de color rosa.

El vapor empañaba todos los espejos, llenaba mis pulmones y nublaba el aire de manera que Kitty me parecía estar a muchos kilómetros de distancia, en un país fantástico donde habíamos sido llevadas las dos, entre las nubes y cerca de la luna, en una noche negra brumosa llena de peces dorados arrastrados, al igual que nosotras, por la corriente. Me sentía como ebria por falta de energía, tambaleándome sobre los pies, y oía, como si viniesen de la luna, las órdenes de Kitty para que me desnudase y arrojase las prendas al cubo de la basura revestido interiormente con una bolsa de plástico; de esa forma, irían a parar al vertedero de la ciudad, donde serían quemadas.

Con torpes movimientos, empecé a desnudarme.

—Vas a tenerlo todo nuevo. Me cuestan una fortuna, niña; piénsalo cuando añores aquella pocilga a la que llamabas tu hogar. AHORA, DESNÚDATE, ¡DE PRISA! Tienes que aprender a moverte cuando te hable, no a quedarte pasmada como si no oyeses ni entendieses, ¿comprendes?

Con dedos entumecidos por el miedo y la fatiga, empecé a desabrochar los botones de mi viejo vestido. ¿Por qué no se movían mis dedos mejor y más aprisa? Conseguí desabrochar dos y, mientras lo hacía, Kitty sacó un delantal de plástico de un cajón y lo extendió en el suelo.

—Ponte encima de esto y deja caer la ropa alrededor de tus pies. No dejes que nada de lo que llevas toque mi alfombra limpia ni las superficies de mármol.

Me quedé desnuda sobre el delantal de plástico y Kitty me miró de la cabeza a los pies.

—Bueno, ya veo que, a fin de cuentas, no eres tan niña. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —la respondí.

Tenía la lengua espesa y aún más espesos los pensamientos; mis ojos estaban irritados por el sueño, pestañeaban, bostezaba y me tambaleaba mientras trataba de obedecer a Kitty.

—¿Cuándo cumplirás los quince?

—El veintidós de febrero.

—¿Has tenido ya la regla?

—Sí, me vino por primera vez justo antes de los trece.

—Bueno, nunca lo habría imaginado. Cuando yo era de tu edad, tenía tetas, y bien gordas. Todos los chicos se volvían a mirarme; pero no todas podemos ser tan afortunadas, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, deseando que Kitty me dejase tomar en paz mi primer baño en una bañera de porcelana auténtica. Pero, por lo visto, no tenía intención de marcharse ni de dejarme un momento sola en el cuarto de baño.

Suspiré de nuevo y me acerqué a la taza de color rosa, al ver que ella no saldría.

—¡NO! Primero tienes que cubrirlo con papel antes de sentarte.

E incluso aquella función corporal tuvo que esperar a que Kitty extendiese papel higiénico sobre el asiento antes de volverse de espaldas. Pero, ¿de qué me servía eso si aún podía oír y había espejos en todas partes que lo reflejaban todo, aunque

estuviesen empañados por el vapor?

Después, Kitty entró en acción. Se agachó junto a la bañera y me dijo, mientras comprobaba la temperatura del agua:

—El agua debe estar caliente cuando te metas en ella. Tienes que frotarte con un cepillo y poner azufre y jabón de brea en tus cabellos para matar todos los bichos que debes de llevar entre ellos.

Quise hablar y decirle a Kitty que me bañaba más a menudo que la mayoría de la gente de la montaña y que me lavaba los cabellos una vez a la semana (lo había hecho aquella mañana), pero me faltaba energía para hablar y defenderme. Toda clase de emociones confusas bullían en mi interior, haciendo que me sintiese más débil y cansada aún.

Me sentía terriblemente mareada. Gritos silenciosos se ahogaban en mi garganta; se helaban las lágrimas antes de llegar a mis ojos, y, como Fanny hacía a menudo, tenía ganas de chillar, de coger una rabieta, de dar patadas y hacerle daño a alguien, sólo para mitigar mi propio dolor interno; pero no hice nada, esperando que se llenase la bañera.

Y se llenó. De agua hirviente.

Todo lo que era rosa en la pequeña habitación pareció volverse rojo de repente, y, en medio de aquella niebla roja e infernal, vi que Kitty se quitaba la blusa de punto y los pantalones. Debajo sólo llevaba un sujetador rosado de bikini y unas bragas tan exiguas que apenas si cubrían lo que tenían que tapar.

Me aparté cansadamente y observé que Kitty vertía en la bañera parte del contenido de un frasco de color castaño. Olí a Lysol.

Había conocido ese producto en el colegio, cuando me quedaba hasta tarde para ayudar a Miss Deale y los encargados de la limpieza lo empleaban en los lavabos. Pero nunca había oído decir que la gente se bañase con Lysol.

Sin darme cuenta, había cogido una toalla de color rosa, tan grande y tan gruesa que tuve la impresión de que podría ocultarme bien tras ella. Y no es que en la cabaña nos hubiese preocupado mucho la modestia, sino que me daba vergüenza que Kitty viese lo delgada que estaba.

—¡Suelta esa toalla! No debes tocar mis toallas limpias. Todas las de color rosa son mías, y sólo yo las uso, ¿me oyes?

—Sí, señora.

—Sí, madre —me corrigió—. Tienes que llamarme siempre madre... Dilo así.

Yo lo repetí, agarrando todavía la toalla y temiendo la impresión de aquella agua tan caliente.

—Las toallas negras de terciopelo son de Cal, recuérdalo bien. Cuando las mías se decoloren y estén casi blancas, te las daré. De momento, puedes usar alguna de las viejas que traje a casa de mi salón.

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirar el vapor que salía de la bañera llena de agua.

—Ya está todo preparado.

Me dirigió una sonrisa que quería ser tranquilizadora.

—Ahora desliza los pies sobre el delantal de plástico, haciendo que éste se mueva con ellos; así, cuando estés lo bastante cerca, podrás meterte en la bañera.

—El agua está demasiado caliente.

—Claro que está caliente.

—Me quemaré.

—¿Cómo podrías salir limpia de ahí sin que el agua escaldase la suciedad de tu piel? ¿Cómo? ¿Eh? Vamos, ¡métete!

—Está demasiado caliente.

—No... *está... demasiado... caliente.*

—Sí que lo está. Está hirviendo. Y yo no estoy acostumbrada al agua caliente, sólo a la templada.

—Ya lo sé... Precisamente por eso tengo que quitarte la mugre con agua realmente caliente.

Kitty se me acercó.

El denso vapor casi ocultaba el cepillo rosa de mango largo que llevaba en la mano derecha. Golpeó con él la palma de la izquierda. La amenaza era inconfundible.

—Y otra cosa. Cuando te diga que hagas algo, lo que sea, tienes que hacerlo sin discutir. Hemos pagado buen dinero por ti; ahora eres nuestra y podemos hacer contigo lo que queramos. Te he comprado porque una vez fui lo bastante idiota para enamorarme de tu papá y dejar que me rompiese el corazón. Me dejó preñada y me hizo creer que me quería, pero no era así. Le dije que me mataría si no se casaba conmigo... y él se echó a reír y contestó: «Adelante», y se largó. Se marchó a Atlanta, donde conoció a tu mamá y se casó con ella..., ¡con ELLA! Y yo me quedé plantada con un crío y tuve que abortar, y ahora ya no puedo tener hijos. Pero tengo la hija de ELLA..., y aunque ahora ya no eres un bebé, sigues siendo hija de él. Pero no vayas a pensar que, porque estuve una vez enamorada de tu papá, voy a dejar que gobiernes mi vida. En este Estado, hay leyes que harían que te encerrasen si se descubriese que eres tan mala que tu papá tuvo que venderte.

—Pero..., pero... yo no soy mala. Papá no tenía que venderme.

—Bueno, no te quedes ahí plantada ni quieras discutir conmigo. ¡MÉTETE en la bañera!

Me acerqué a la bañera con cuidado, moviendo los pies descalzos de manera que, tal como me había ordenado Kitty, el delantal de plástico se deslizase con ellos. Hacía todo lo posible para dar tiempo al agua de enfriarse un poco. Primero cerré los ojos y me tambaleé sobre una pierna al estirar la otra sobre aquella agua que desprendía tanto calor. Fue como meter un pie en el infierno. Lanzando un débil grito, lo retiré y me volví a Kitty con ojos suplicantes, al mismo tiempo que ella me arrancaba la toalla rosa y la arrojaba al cesto de la ropa sucia.

—Madre, de veras que está demasiado caliente.

—*No está demasiado caliente*. Yo me baño siempre con el agua así, y si yo puedo soportarla, también tú has de poder.

—Kitty...

—Di madre.

—Madre, ¿por qué tiene que ser tan caliente el agua?

Tal vez le gustó a Kitty el tono sumiso de mi voz, pues cambió de talante, como si un mago la hubiese tocado con su varita.

—Oh, mi cielo —me arrulló—, todo lo hago por tu bien, de veras. El calor matará todos los gérmenes. Yo no te obligaría a nada que pudiese perjudicarte.

Sus ojos de aguamarina se ablandaron, y también el tono de su voz; parecía amable, maternal, y me hizo pensar que me había equivocado. Kitty era una buena mujer que necesitaba una hija para amarla. Y yo necesitaba una madre que me amase.

—Mira —dijo Kitty, metiendo la mano y el brazo hasta el codo en el agua—, no está tan caliente como te parece. Ahora, métete dentro como una buena chica y siéntate; permite que tu *madre* te deje la piel más limpia de lo que nunca la has tenido en tu vida.

—¿Estás segura de que, cuando te bañas tú, el agua está tan caliente?

—No te engañe, pequeña. Yo siempre me baño con el agua a esta temperatura. —Mientras hablaba me empujó un poco—. En cuanto pasa la primera impresión, te sientes bien, realmente bien; te relajas y tienes ganas de dormir. Mira, pondré unos cristales de espuma de color rojo. Te gustará. Saldrás oliendo como una flor, y también parecerás una rosa.

Kitty tuvo que vaciar un poco la bañera para echar el producto espumante y abrir de nuevo el grifo del agua caliente para fundir los rosados cristales; con lo cual, por desgracia, soltó parte del agua que había podido enfriarse un poco gracias a mis maniobras dilatorias.

He aquí convertido en realidad uno de mis sueños: un baño de espuma perfumada, en una bañera de color de rosa y rodeada de espejos... Pero no iba a disfrutar mucho con éste.

Sabía que iba a quemarme.

—Te gustará, querida, te gustará. ¿Te pediría yo que hicieses algo que pudiese perjudicarte? ¿Crees que te lo pediría? También fui niña como tú, y nunca tuve ocasión de disfrutar de las cosas buenas que yo te daré. Llegará un día en que te pondrás de rodillas para darle gracias al Señor por haberte sacado de las profundidades del infierno. Piensa en el agua caliente como en *agua bendita*. Es lo que yo hago. Y piensa en cosas frías, como el hielo, toneladas de hielo machacado, y que estás sentada sobre hielo, bebiendo refrescos. Piensa en eso. No te dolerá. A mí nunca me ha dolido, a pesar de que tengo la piel tan delicada como un bebé.

De pronto, Kitty se movió. Me pilló desprevenida y, en un abrir y cerrar de ojos, en vez de probar el agua de nuevo, ¡caí de bruces dentro de ella!

Aquel agua me quemó como si se hubiesen licuado los carbones encendidos de

Ole Smokey. Me incorporé ciegamente, sacando las rodillas y agarrándome con las manos al borde de la bañera, tratando desesperadamente de salir de allí; pero Kitty me retenía, agarrándome de los hombros con sus vigorosas manos y retorciéndome el cuerpo de modo que me hizo sentar dentro del agua. ¡Entonces pude gritar!

Grité una y otra vez, agitando los brazos como habría hecho Nuestra Jane, o Fanny, y chillando:

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

¡Zas!

¡Kitty me dio una bofetada!

—¡CÁLLATE! ¡Maldita seas! ¡Cállate! No quiero que chilles cuando venga Cal. Pensaría que he sido cruel contigo. Y no es verdad, ¡no es verdad! Hago lo que debo; eso es todo.

¿Dónde estaba Cal...? ¿Por qué no venía a salvarme?

Era terrible, tan terrible que ya no podía ni gritar; sólo jadear, llorar, debatirme tratando de empujar a Kitty, de impedir que el brutal cepillo me arrancase la piel roja y abrasada. Me escocía todo el cuerpo..., incluso por dentro. El agua con Lysol penetraba en mis partes más íntimas. Yo le suplicaba con los ojos que tuviese compasión, pero Kitty seguía frotando con furia los gérmenes, la contaminación, la suciedad de los Casteel.

Me parecía oír al reverendo Wayland Wise rezando y cantando para franquearme la entrada del Paraíso, mientras yo flotaba en el borde de la inconsciencia. Me hallaba bajo los efectos del *shock*. Tenía la boca abierta y los ojos también; por encima de mí, la cara de Kitty era como una luna pálida y malévola, como empeñada en destruir.

El baño se prolongaba más y más, hasta que el agua empezó a enfriarse al fin y Kitty vertió sobre mis cabellos el champú oscuro de un frasco de color naranja. Si mi cuero cabelludo no hubiese estado ya escaldado, tal vez el champú no me habría escocido tanto, pero, en ese momento, me dolió, ¡me hizo mucho daño! Encontré fuerzas de flaqueza y me debatí hasta que casi hice caer a Kitty dentro de la bañera.

—¡ESTATE QUIETA! —chilló, dándome una fuerte bofetada—. ¡Te estás comportando como una maldita imbécil! ¡No está tan caliente!

Metió los brazos en el agua y acercó su cara a la mía.

—¿Lo ves? —me dijo—. No está caliente. Yo no grito.

¡Oh, oh, oh..., vaya si *estaba* caliente!

Fue la peor experiencia de mi vida: dar manotazos y retorcer el cuerpo, patear y luchar, y no poder librarme de Kitty, que consiguió untar todos y cada uno de mis cabellos con aquel jabón hediondo y casi negro. Era lo peor que podía hacerle a mi melena. Ésta era larga y suave, y, al revolverla de aquella manera, la enmarañaría de tal suerte que sería imposible desenredarla después. Traté de decírselo a Kitty.

—¡Cállate, maldita seas! ¿Crees que no sé cómo hay que lavar los cabellos? ¡Soy una profesional! ¡Una profesional! He estado haciendo esto durante toda mi vida adulta. La gente paga para que yo les lave el cabello, y tú te quejas. Si vuelves a

gritar, abriré el grifo del agua caliente de nuevo y te mantendré sumergida hasta que la piel se desprenda de la cara.

Traté de permanecer quieta y dejar que Kitty hiciese lo que le viniese en gana.

Después de lavados los cabellos, había que matar todo lo que pudiese ocultarse entre ellos, para lo cual Kitty tomó de nuevo aquel cepillo de mango largo y frotó con él mi ya torturada piel. Lloriqueando, conseguí estarme quieta en el agua, que se fue enfriando poco a poco, hasta que ya no tuve que retorcerme, ni gritar, ni hacer nada, para impedir que Kitty terminase la inspección y limpieza de todos los lugares donde podría ocultarse algún bichito.

—Yo no tengo piojos, madre... No los tengo ni los he tenido nunca...

Kitty no me hizo caso. Estaba resuelta a hacer lo que se había propuesto, aunque me costase la vida.

Era como una pesadilla del infierno: vapores de calderas infernales, una cara pálida cerniéndose encima de mí, una cara que ya no se veía bonita porque los cabellos que pendían en mechones mojados sobre ella, le daban el aspecto de una odiosa luna llena de roja boca que no paraba de decir que me comportaba como una niña pequeña.

¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío!, murmuraba yo, aunque no oía que saliese ningún sonido de mi garganta. Me sentía como un pollo en la cacerola después de bien cocido, y al que fregasen con un cepillo, haciendo que la piel, enrojecida y reblandecida, escociese de un modo terrible.

Me convertí en Nuestra Jane y empecé a llorar con desesperación, sin control. El Lysol disuelto en el agua se metía en mis ojos y parecía quemarlos. A tientas, busqué el grifo del agua fría, lo abrí y me remojé la cara con aquella agua, aliviando el dolor que sentía en los ojos.

Aunque parezca extraño, Kitty no me lo impidió. Sólo parecía atenta a terminar su inspección de la hendedura entre mis nalgas. Puesta a cuatro patas, seguí arrojando agua fría sobre mi cara, el pecho, los hombros y la espalda.

—Ahora voy a quitarte toda la espuma —dijo Kitty con cariño, dándome palmadas en el irritado trasero como si fuese un bebé—. Todos los gérmenes se han marchado; ya no queda ninguno. La niña está limpia, limpia; es dulce, buena y obediente. Vuélvete, y deja que tu madre te enjuague.

Hundida en mi infierno particular, me volví resignadamente en la bañera, levantando los pies y pasándolos sobre el borde de aquélla para sentir un poco de alivio y de frescor.

—Ahora voy a tener mucho cuidado de que nada de esto se meta en tus ojos, pero tú tienes que ayudarme estándote quieta. Esta cosa ha matado tus piojos, si es que tenías alguno. Ahora eres casi una persona nueva. Esto te gusta, ¿verdad? Quieres que te demos lo mejor, ¿no? Deseas que Cal y yo te amemos, ¿no? Pero no podremos hacerlo si no colaboras. Tu deber es mantenerte limpia, hacer lo que nosotros te digamos. No llores más. Y no le digas a Cal que esto te ha dolido, pues entonces él

sería quien lloraría. Es débil y tiene el corazón muy tierno, ¿sabes? Todos los hombres son así. Parecen niños. No se les puede decir porque se ponen furiosos; pero es la verdad. Las mujeres les dan miedo a todos; no hay un hombre en este viejo mundo ruin que no le tenga miedo a mamá, a la mujer, a la hija, a la hermana, a la tía, a la abuelita, a sus queridas amiguitas. Son orgullosos, eso sí. Demasiado orgullosos. Temen el rechazo, cuando somos nosotras quienes lo recibimos siempre. Nos desean, no pueden dejarnos en paz, pero cuando nos han logrado, preferirían no haberlo hecho o, peor aún, preferirían no necesitarnos. Por consiguiente, rondan por ahí pensando que pueden encontrar otra mujer que sea diferente. Y ninguna de nosotras es diferente. Por tanto, sé amable con él, hazle creer que estás admirada por lo grande, vigoroso y maravilloso que es, con ello me harás un gran favor y yo sabré corresponderte.

Kitty hurgaba más y más en mi enredada mata de pelo.

—Vi la choza en que vivías. Conozco lo que se oculta detrás de esta cara dulce e inocente. Tu mamá tenía la misma expresión. Yo la odiaba entonces. Procura que no acabe odiándote *a ti* también.

El agua estaba fría ya, mitigando el ardor de mi piel y del irritado cuero cabelludo. Kitty sonreía. Sonreía y abanicaba el vapor.

Cuando salí de la bañera y me planté sobre una estera blanca que Kitty había sacado del armario, sentí el alivio de continuar con vida. Todo el cuerpo me escocía, y, cuando me miré en los largos espejos, vi que estaba completamente roja, incluso el blanco de los ojos. Pero estaba viva... y limpia. Más limpia de lo que había estado en toda mi vida: en esto Kitty tenía razón.

—¿Lo ves, lo ves? —me dijo cariñosamente, abrazándome y besándome—. Todo ha terminado ya, todo ha terminado, y estás como nueva. Como nueva. Estás flamante, impecable. Y ahora, querida, voy a aplicarte una loción muy buena que refrescará tu pobre piel enrojecida. No quise asustarte. No sabía que tu piel fuese tan delicada, pero tienes que reconocer que debía hacer algo drástico para eliminar la suciedad acumulada durante tantos años. El hedor de aquellos orinales y de aquel retrete exterior se había metido en tu piel y pegado a tus cabellos; tú no lo oías, pero yo sí. Ahora, estás más limpia que un bebé recién nacido.

Sonriendo, tomó un frasco grande de color rosa con una etiqueta dorada, y me frotó delicadamente con una loción que me produjo una sensación refrescante.

De alguna manera, conseguí dirigirle una sonrisa agradecida. En realidad, Kitty no era tan mala. Se parecía al reverendo Wayland Wise, que vociferaba e infundía el temor al castigo de Dios para que todos fuésemos mejores. Dios y el agua caliente venían a ser lo mismo en este aspecto.

—¿No te encuentras mucho mejor que antes? Yo te salvé del arroyo, ¿verdad? ¿No te sientes renacida, fresca, como nueva? ¿No estás dispuesta ahora a enfrentarte con un mundo que te condenaría de no haber sido por mí?

—Sí...

—Sí..., ¿qué?

—Sí, madre.

—Como puedes ver, has sobrevivido —dijo Kitty.

Me secó los cabellos con una toalla y me envolvió en otra descolorida, antes de emplear una tercera para secar mi cuerpo casi en carne viva.

—Tu piel está un poco roja —me animó—, pero continúa en su sitio. Te habrá dolido, mas todos los medicamentos que curan son dolorosos. Hay que sufrir para ser toda una mujer, pulcra y decente.

La voz hipnótica de Kitty en aquel vaporoso ambiente me infundía una impresión de seguridad al mitigarse el dolor. Entonces, comenzó a peinar mi melena, todavía húmeda.

¡Uy!

¡Cómo dolía!

Los cabellos se habían enredado en gruesos mechones que Kitty estaba resuelta a desenredar aunque tuviese que tirar de ellos uno a uno.

—Deja que lo haga yo —grité, arrancándole el peine de las manos—. Sé cómo hay que hacerlo.

—¿Sabes *TÚ cómo hay que hacerlo*? ¿Te has pasado años y más años de pie hasta que te ha dolido la cintura? ¿Has estudiado el cabello? Responde.

—No —murmuré, tratando de desenredar mis cabellos con los dedos antes de intentar usar el peine—, pero conozco mi pelo. Cuando ha sido lavado, hay que tener cuidado de que no se enrede al mesarlo, como has hecho tú.

—¿Estás tratando de enseñarme mi oficio?

En aquel momento, una puerta se cerró de golpe en la planta baja. La voz suave de Cal gritó:

—¿Dónde estás, cariño?

—Aquí arriba, amor mío. Ayudando a esta pobre niña a librarse de la suciedad. En cuanto haya terminado con ella, voy a cuidarme de ti.

Entonces, me habló al oído:

—Ahora no vayas a quejarte a él, hermanita. Lo que hagamos nosotras a solas no es de su incumbencia..., ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza, sujeté la toalla sobre mi cuerpo y me eché atrás.

—Querida —dijo Cal desde el otro lado de la puerta cerrada del cuarto de baño—, he comprado ropa nueva para Heaven, incluido un par de camisones. No sabía su talla y tuve que imaginármela. Ahora bajaré de nuevo para preparar el sofá-cama.

—No va a dormir abajo —dijo Kitty, con aquella voz extraña y llana.

Él pareció contrariado.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde puede dormir? El otro dormitorio está lleno a rebosar con esos trastos de cerámica que deberían estar en tu taller. Sabías que ella vendría. Podías haberlo sacado todo; pero no, no quisiste hacerlo. Querías que la niña durmiese en el sofá, y ahora no quieres. ¿Qué te pasa, Kitty?

Kitty me sonrió, pero sus labios parecían rígidos. Se acercó a la puerta sin hacer ruido, reteniendo mi temerosa mirada con sus ojos autoritarios.

—Ni una palabra, querida, ni una palabra a él..., ¿lo has entendido?

Echando sus rojos cabellos hacia atrás, adoptó un aire seductor al descorrer el cerrojo y entreabrir la puerta.

—Es una niña terriblemente modesta, amor mío. Tiéndeme uno de esos camisones y pronto estaremos contigo.

¡Pam!

Cerró la puerta de golpe y me arrojó un fino camisón delicadamente estampado.

Yo nunca había tenido un camisón, pero siempre había esperado el trascendental momento de ponerme una prenda para dormir. Había considerado que era un gran lujo tener ropa especial para acostarse, siendo así que nadie te veía cuando te habías metido en la cama. Pero, en cuanto me hubiese puesto ésta, se acabó toda la ilusión.

La rigidez de la tela nueva molestaba a mi irritada piel. La puntilla fruncida del cuello y de las mangas me rascaba como papel de lija.

—Ahora recuérdalo bien. Todas tus toallas, trapos y cepillos de dientes serán blancos, o casi blancos. Los míos son de color rosa vivo. Los de Cal son negros..., no lo olvides.

Sonrió, abrió la puerta, me condujo un corto trecho por el pasillo y me hizo entrar en el gran dormitorio contiguo al cuarto de baño.

Cal estaba allí, empezando a soltarse los pantalones. Se los abrochó rápidamente y se ruborizó al entrar nosotras. Yo agaché la cabeza para ocultar mi confusión.

—Bueno, Kitty —empezó a decir él, en tono seco—, ¿no has aprendido a llamar antes de entrar? ¿Y acaso piensas acostarla aquí..., en nuestra cama?

—Sí —respondió Kitty sin vacilar.

La miré y pude ver su expresión, una expresión rara, muy extraña.

—Dormiré en medio —continuó—. Yo en un lado y tú en el otro. Ya sabes lo salvajes y obscenas que son las chicas de la montaña, y a ésta voy a tener que amansarla cuidando de que nunca se quede sola en la cama.

—¡Santo Dios! —rugió Cal—. ¿Te has vuelto loca?

—Soy la única que tiene sentido común aquí.

Terrible declaración.

—¡No lo consentiré, Kitty! O duerme abajo, ¡o la devolvemos!

Le plantaba cara. ¡Bravo!

—¿Qué sabes tú de eso? Te criaste en una gran ciudad. Esta niña no tiene moral, a menos que nosotros se la enseñemos. Ahora mismo empezaremos las lecciones. Cuando le hayamos enseñado el camino recto, podrá dormir en el sofá de la planta baja; pero no antes.

Entonces, él me vio la cara, a pesar de que yo había tratado de esconderme detrás de Kitty.

—¡Dios mío! ¿Qué le has hecho en el rostro?

—Se lo he lavado.

Él sacudió la cabeza con incredulidad.

—¡Le has arrancado la piel! ¡Maldita seas, Kitty! ¡Debería caérsete la cara de vergüenza!

Me miró con amabilidad y me tendió los brazos.

—Ven, veré si puedo encontrar algún medicamento para curar esa piel tan irritada.

—¡Déjala en paz! —chilló Kitty—. He hecho lo que debía, y ya sabes que soy incapaz de causar daño a nadie. Estaba sucia y olía mal; ahora está limpia y dormirá en nuestra cama hasta que pueda confiar en ella y dejarla sola por la noche.

¿Qué se imaginaba Kitty que iba a hacer yo?

Cal pareció frío, presto a retirarse, como si la ira le enfriase en vez de inflamarle, como a papá. Se dirigió al cuarto de baño, cerró la puerta de golpe, y Kitty lo siguió corriendo, para decirle lo que pensaba, mientras yo suspiraba y, cediendo a la necesidad, subía a la enorme cama. Tan pronto me hube tumbado en ella, me quedé dormida.

La fuerte voz de Cal me despertó. Un sentido innato del tiempo me dijo que sólo había dormido unos minutos. Mantuve los ojos cerrados y oí que los dos discutían.

—¿Por qué diablos llevas ese camisón tan fino de encaje negro? ¿No es uno de los que sueles ponerte para darme a entender lo que quieres? Kitty, no puedo hacer nada con una niña en la cama, y entre los dos.

—Naturalmente, no espero que lo hagas.

—Entonces, ¿a qué diablos viene ese camisón negro de blonda?

Entreabrí los párpados para echar un vistazo. Kitty se había puesto un camisón ceñido, negro y transparente, que apenas disimulaba su desnudez. Cal estaba plantado a su lado, en calzoncillos y con un bulto en la ingle que hizo que volviese a cerrar inmediatamente los ojos.

«Por favor, Dios mío —recé—, no dejes que lo hagan en la cama... estando yo aquí; por favor, por favor».

—Ésta es mi manera de enseñarte a ejercitar tu propio dominio un poco —respondió remilgadamente Kitty, subiendo a la cama y tendiéndose a mi lado—. No puedes dominarte, ¿sabes? Eso es todo lo que quieres de mí, y no lo tendrás hasta que haya enseñado a esta niña a ser como quiero que sea.

Yo escuchaba, asombrada de que él se sometiese a lo que ella quería. Papá nunca lo habría consentido. ¿Qué clase de hombre sería el marido de Kitty? ¿No era siempre el hombre el cabeza de familia? Me sentí un poco asqueada de que no la replicase y le plantase cara.

Cal se metió en la cama, a mi otro lado. Me puse tensa al sentir el roce de su piel vellosa contra mi brazo. Me irritaba que no hubiese bajado a preparar el sofácama,

que no se hubiera impuesto a su mujer y ocupado su cama para hacer en ella lo que le viniese en gana; y, sin embargo, por alguna razón, lo compadecía.

Ya sabía quién era el verdadero hombre en esa familia.

Su voz grave resonó encima de mí.

—No aprietes demasiado, Kitty —avisó Cal, antes de volverse de espaldas y meter un brazo debajo de la almohada.

—Te amo, querido, te amo. Cuanto antes aprenda esta niña sus lecciones, más pronto podremos tener esta cama para nosotros solos.

—¡Jesús! —Fue todo lo que dijo él.

Era horrible dormir entre un hombre y su esposa, y saber que a él le molestaba mi presencia. Ya no simpatizaría conmigo, y yo había confiado en su protección. Sin ella, ¿cómo podría soportar el extraño comportamiento de Kitty y sus cambios de humor? Tal vez era así como quería demostrarme Kitty que nunca me había querido. ¡Un procedimiento odioso!

«Madre, madre —gemí en silencio, añorando desesperadamente a la madre muerta hacía tiempo, enterrada en la falda de la montaña donde los lobos aullaban a la luna y el viento silbaba entre las hojas—. ¡Oh, si pudiese volver a estar en casa, con la abuelita todavía viva, con Sarah cortando los bizcochos, con el abuelo tallando madera, con Tom, Fanny, Keith y Nuestra Jane corriendo en los prados...!».

Empezaba a sospechar..., que el Paraíso estaba en Winnerrow, y que lo que me esperaba era el infierno.

No, no podía ser. No sería, si lograba que Kitty me quisiera y confiase en mí.

No, si podía, de algún modo, convencer a Kitty de que no haría nada peligroso o perverso cuando durmiese sola en el sofácama de la planta baja. Olvidé el dolor de mi irritada piel y me sumí de nuevo en un sueño profundo y consolador.

Soñadora febril

Como si todavía viviese en la cabaña de los Willies, sentí cantar el gallo en mi mente.

Me desperté con el cuerpo rígido y dolorido; cualquier movimiento me hacía daño. Al recordar la noche pasada, y el baño caliente, pensé que había tenido una pesadilla, pero el escozor de mi piel me demostró que lo ocurrido no había sido un sueño.

Las cinco, me dijo una especie de reloj que parecía llevar dentro. Pensé en Tom y en cómo solía estar fuera ya, cortando leña o cazando a esas horas; raras veces encontraba a Tom durmiendo cuando me despertaba en los Willies, donde hubiese querido estar en esos momentos. Desorientada, alargué un brazo para acariciar el cuerpo blando y dulce de Nuestra Jane y toqué un brazo vigoroso y cubierto de vello. Entonces me desperté del todo y miré a mi alrededor, aunque me repugnaba ver a Kitty o a su marido durmiendo, despatarrados en la ancha cama. La débil luz de la mañana penetraba entre las cortinas descorridas.

Con rígidos movimientos, pasé cuidadosamente sobre Cal, pensando que, si despertaba a alguien, prefería que fuese él. Salté de la cama y volví a mirar a mi alrededor, admirando muchas de las cosas que veía, mientras que otras me desconcertaban; por ejemplo, el descuido con que Kitty había dejado sobre el suelo toda la ropa que se había quitado. Era algo que nunca hacíamos en la cabaña. En las novelas, había leído que las damas elegantes no tiraban nunca su ropa al suelo. ¡Y con lo escrupulosa que era Kitty en cuestiones de orden y de limpieza! Entonces pensé que ella no debía temer encontrar cucarachas ni otros bichos en la ropa desparramada por el suelo, cosa que siempre me había preocupado cuando colgaba la mía en un clavo. Sin embargo..., no hubiese debido hacerlo. Recogí sus prendas y las colgué ordenadamente en el armario, sorprendida al ver tantos vestidos allí.

Salí en silencio de la habitación, cerré la puerta detrás de mí y suspiré aliviada. Oh, no podía seguir durmiendo entre marido y mujer... Sencillamente, no estaba bien.

¡Qué silenciosa estaba la casa! Caminé por el pasillo, entré en el cuarto de baño y me miré al espejo que ocupaba toda la pared. ¡Oh, mi pobre cara! Estaba roja e hinchada; cuando la toqué, la encontré fofa en algunos sitios y dura e irritada en otros. Tenía como una erupción de puntitos rojos que me quemaban como si hubiese fuego en ellos. Y otras rozaduras más grandes sangraban un poco incluso, como si me las hubiese rascado durante la noche. Lágrimas incontenibles surcaron mis mejillas... ¿Volvería a ser bonita algún día?

¿Qué me había dicho siempre la abuelita?

«Toma lo que tienes y saca el mejor partido de ello...».

Bueno, debería aceptar lo que ya no tenía remedio. Aunque, al quitarme el camisón nuevo, me dolía todo el cuerpo, y los brazos al levantarlos, y también las piernas al moverlas. En realidad, me dolía la piel a cada movimiento. ¿Cómo había podido dormir tan profundamente? ¿Tan grande era mi fatiga que ni siquiera había percibido el dolor? Pero la noche, más que descanso, me había dado malos sueños sobre Tom, Keith y Nuestra Jane, dejando en mi mente turbadoras impresiones que todavía persistían cuando usé, por primera vez, aquel asiento de color rosa y vacilé en tirar de la cadena. Después, traté frenéticamente de desenredar la imposible maraña de mis cabellos.

A través de las delgadas paredes que separaban el cuarto de baño del dormitorio, llegaron hasta mí los gemidos y gruñidos de Kitty, como si el nuevo día le hubiese planteado problemas inmediatos.

—¿Dónde diablos están mis zapatillas? ¿Dónde diablos se ha metido esa pequeña imbécil? Será mejor que no gaste toda el agua caliente..., ¡será mejor que no la gaste!

La voz tranquila y suave de Cal tranquilizó a Kitty, como si ésta fuese una niña pequeña mimada.

—No te enfades con ella, Kitty —la advirtió—. Fuiste tú quien quiso adoptarla, no lo olvides. Aunque no puedo comprender por qué te empeñas en que duerma en nuestra cama. Una chica de su edad necesita una habitación propia, para adornarla, soñar en ella y guardar sus secretos.

—¡Aquí no habrá secretos! —Saltó Kitty.

Él siguió hablando, como si no le hubiesen interrumpido, y renació mi esperanza.

—Desde el principio me mostré contrario a esto. Sin embargo, ahora la compadezco. Sobre todo después de lo que le hiciste anoche. Y cuando pienso en aquella mísera cabaña y en tantos esfuerzos que realizó por hacerla habitable, me doy cuenta de lo afortunados que somos al tener todo esto. Kitty, aunque no te guste sacar de allí tu torno de alfarero y los demás trastos, podríamos poner una cama y un tocador en aquella habitación. Una mesita de noche, una lámpara y, quizás, un pupitre donde podría hacer sus deberes. Vamos, Kitty..., ¿qué me dices?

—¡Digo que NO!

—Querida, parece ser una buena chica, muy dulce.

Trataba de persuadirla, tal vez con besos y abrazos. Bueno, por el ruido que armaban, casi podía ver lo que estaban haciendo.

¡Un chasquido! ¡El chasquido de una mano dura sobre carne blanda!

—Crees que es bonita, ¿verdad? Ya te has dado cuenta, ¿eh? Pero no podrás tenerla, no lo olvides. Yo soy tolerante y tengo mucha paciencia, pero no andes tonteando con una chiquilla que va a ser tu hija.

¡Y cómo gritaba!

—No vuelvas a pegarme, Kitty —oí decir a Cal, con voz dura y fría—. Te aguanto muchas cosas, pero no toleraré la violencia física. Si no puedes darme amor

y ternura, no me toques.

—No te ha dolido, ¿verdad, cariño?

—La cuestión no es si duele o no. Lo que ocurre es que no me gustan las mujeres violentas, ni las que gritan y levantan la voz. Y las paredes son muy delgadas. Estoy seguro de que Heaven piensa que la tratas bien, como una madre a una hija a la que quiere. Pero meterla en la cama con sus padres... Es una adolescente, Kitty, no una niña.

—No lo comprendes, ¿eh? —Kitty parecía más que malhumorada—. Yo sé cómo son las chicas de la montaña; tú no las conoces. No puedes imaginarte las cosas malas que hacen, y no necesitan de la presencia de un hombre. Si quieres que haya paz en esta casa, déjame hacer las cosas a mi manera.

Ni una palabra de Cal para defenderme. Nada sobre el baño de agua hirviendo y el daño que me había causado. ¿Por qué? ¿Por qué era tímido cuando Kitty estaba en casa, y en cambio la había puesto a raya en el coche?

Se abrió la puerta del dormitorio. Las zapatillas con plumas de Kitty sonaron sobre el suelo del pasillo, avanzando en mi dirección. Sentí pánico. Agarré rápidamente una de las viejas toallas descoloridas y envolví con ella mi dolorido cuerpo.

Kitty entró sin llamar, me lanzó una mirada dura y, sin decir palabra, se quitó el tenue camisón negro y se sentó desnuda en el retrete. Iba a salir, pero ella me detuvo.

—Arréglate la cabeza... ¡Tienes un aspecto horrible! —dijo secamente.

Agaché la cabeza, tratando de no ver ni oír nada. Empecé a peinarme cuidadosamente y con la mayor rapidez que permitían mis enmarañados cabellos.

Al poco rato, Kitty estaba en la ducha, cantando tonadas campesinas a voz en grito, mientras yo continuaba tratando de desenredar mi melena.

Kitty salió de la ducha, se secó el cuerpo con una esponjosa toalla de color rosa y me miró frunciendo el ceño.

—Que sea la última vez que entro aquí y veo lo que acabo de ver, ¿me oyes?

—Lo siento, pero tuve miedo de que, si tiraba de la cadena, os despertaría a ti y a tu marido. Mañana usaré el cuarto de aseo de la planta baja.

—Será lo mejor —murmuró Kitty—. Ahora acaba de arreglarte y ponte uno de los lindos vestidos que te compró Cal. Esta tarde, Cal y yo te llevaremos a dar un paseo, nos acercaremos a Atlanta y te enseñaré mi salón; verás qué bonito es y cómo me quieren las chicas. Mañana iremos a la iglesia y el lunes empezarás a ir al colegio con otras chicas de tu edad. Estoy sacrificando mis lecciones de cerámica por ti, no lo olvides. Hoy hubiese podido ganar mucho dinero, pero renuncio a él, con tal de empezar a encauzarte como es debido.

Volví a prestar toda la atención a mis cabellos, mientras Kitty se maquillaba y se vestía toda de color rosa. Prendió en su mata de pelo rojizo una cosa de alambre de extraño aspecto y después se volvió, radiante, hacia mí.

—¿Qué me dices?

—Estás muy hermosa —le respondí con sinceridad—. Nunca había visto una mujer tan guapa.

Los pálidos ojos de Kitty resplandecieron. Sus labios se dilataron en una sonrisa, mostrando unos dientes grandes, blancos e iguales.

—¿Verdad que no dirías que tengo treinta y cinco años?

—No —le contesté.

Era mayor que Sarah y sin embargo parecía más joven.

—Cal sólo tiene veinticinco y me preocupa un poco tener diez años más que mi marido. Es un hombre estupendo, realmente magnífico, aunque sea tan joven... Pero no digas mi edad a nadie, ¿lo oyes?

—Si lo dijese no me creerían.

—Oh, eres muy amable —dijo Kitty en tono más suave. Se acercó y me dio un rápido apretón y un ligero beso en la irritada mejilla—. En realidad, no quería que tu piel se pusiese tan roja e irritada. ¿Te duele mucho?

Asentí con la cabeza y Kitty buscó un ungüento para aplicarlo con delicadeza sobre mi cara.

—Temo que exagero las cosas a veces. No deseo que me odies. Lo que más deseo en el mundo es que me quieras como habrías querido a tu madre. Lo siento, pero tienes que admitir que hemos destruido todas las cosas malas que se habían pegado a tu cuerpo como el musgo a un árbol podrido.

Decía todo lo que, en secreto, yo había deseado oír. Abracé impulsivamente a Kitty y besé su mejilla con mucho cuidado para no estropear el perfecto maquillaje.

—Y hueles tan bien... —murmuré, aliviada y con lágrimas en los ojos.

—Tú y yo nos llevaremos muy bien, vaya que sí —dijo Kitty, sonriendo entusiasmada.

Entonces, para demostrármelo, tomó el peine de mi mano y empezó a trabajar en mis enmarañados cabellos. Delicadamente, y con gran habilidad, los convirtió en un momento en una suave cascada. Después cogió un cepillo, el cual me dijo que podría usar en adelante, y los cepilló una y otra vez empleando procedimientos misteriosos. Sumergiéndolo en el agua, sacudiendo la mayor parte de ésta, enroscando los cabellos en sus dedos... Y cuando me miré al espejo de nuevo, vi una hermosa cabeza de brillantes y rizados cabellos oscuros orlando una cara blanca y dos enormes ojos azules.

—Gracias —murmuré agradecida, queriendo a Kitty por haber sido tan amable, y más que dispuesta a olvidar la tortura de la noche pasada.

—Muy bien, vayamos ahora a la cocina y después daremos el paseo que te he prometido. Tenemos que darnos prisa. ¡Tengo tanto que hacer!

Bajamos juntas la escalera. Cal estaba en la cocina ya.

—He puesto a hervir el agua para el café, y hoy yo prepararé el desayuno —dijo con voz alegre.

Estaba atareado friendo tocino y huevos en sartenes separadas, y por esto no

podía volver la cabeza.

—Buenos días, Heaven —me saludó, dejando cuidadosamente el tocino sobre servilletas de papel y rociando la parte superior con grasa caliente—. ¿Prefieres las tostadas o los bizcochos ingleses? A mí me entusiasman estos últimos, sobretudo con jalea de grosella o mermelada de naranja.

Sólo cuando nos hubimos sentado a la linda mesita redonda para comer volvió a verme realmente. Sus ojos se abrieron compasivos al ver mi cara, sin advertir siquiera el delicioso peinado.

—¡Dios mío, Kitty! Es una vergüenza hacer que una cara tan linda parezca la de un payaso. ¿Qué diablos es ese mejunje blanco con que la has untado?

—Bueno, querido, es lo mismo que habrías usado tú.

Él pareció contrariado, disgustado, y se volvió para coger un periódico.

—Por favor, no vuelvas a lavarle la cara, Kitty. Deja que lo haga ella misma —dijo desde detrás del periódico, como si su enojo no le permitiese mirar a Kitty.

—Con un poco de tiempo, se restablecerá perfectamente —declaró Kitty con tranquilidad, cogiendo la parte del periódico que él había dejado a un lado—. Come, Heaven. Hoy tenemos mucho que hacer. Voy a mostrarte cómo será tu vida, ¿verdad, querido?

—Sí —dijo él bruscamente—, pero habría sido mucho mejor que no hubiese tenido que ver a Heaven en este estado.

A pesar de mi cara, y una vez me hube quitado el ungüento, lo pasé muy bien viendo Atlanta y el hotel donde tenía Kitty su salón de belleza, decorado en rosa, negro y oro, y donde las damas ricas permanecían sentadas bajo relucientes caperuzas blancas ribeteadas de rosa y oro, y donde trabajaban ocho lindas muchachas, todas ellas rubias.

—¿Verdad que son bonitas? —preguntó Kitty, con orgullo—. Me gustan los cabellos dorados y brillantes, dan una impresión de sol y de alegría..., no esos cabellos rubios plateados y mates que apenas tienen color.

Me estremecí, sabiendo que se refería a los cabellos de mi madre.

Me presentó a todo el mundo, mientras Cal permanecía en el vestíbulo del hotel, como si Kitty no quisiera tenerle allí con todas aquellas chicas.

Después me llevaron de compras. Yo llevaba un lindo abrigo nuevo azul, que había elegido Cal y me sentaba perfectamente. Por desgracia, todo lo que a Kitty le gustaba para mí (faldas, blusas, suéters, ropa interior) era una talla demasiado grande y los pesados y ordinarios zapatos blancos que ella pensaba que tenía que llevar no me gustaban en absoluto. Incluso las muchachas del valle de Winnerrow llevaban zapatos mejores. Traté de decírselo a Kitty, pero ella recordaba los zapatos que había llevado cuando tenía mi edad.

—¡No digas una palabra más! Las niñas no llevan zapatos de fantasía para ir al colegio.

Sin embargo, cuando estuvimos de nuevo en el coche, tuve que sentirme feliz con

tantas cosas nuevas, más de las que había llevado en toda mi vida. Tres pares de zapatos. Los más bonitos, para ponérmelos al día siguiente cuando fuésemos a la iglesia. Comimos de nuevo en un restaurante de servicio rápido que pareció disgustar a Cal.

—Ya sabes, Kitty, que aborrezco esta clase de comida grasienta.

—A ti te gusta tirar el dinero para darte postín. A mí no me importa comer lo que sea, con tal de que sea barato.

Cal no replicó; sólo frunció el ceño y enmudeció, dejando que Kitty llevase el peso de la conversación y explicase todo lo que veíamos, mientras él conducía el automóvil.

—Éste es el colegio al que vas a ir —dijo, al pasar el coche lentamente por delante de un gran edificio de ladrillos rojos rodeado de varios metros cuadrados de prado y campos de juego—. Los días de lluvia podrás tomar el autobús amarillo, pero cuando haga sol irás andando. Cal, querido, ¿le hemos comprado todo lo que necesita para el colegio? —gritó.

—Sí.

—¿Por qué te enfadas conmigo?

—No estoy sordo. No tienes que gritar.

Kitty se arrimó más a él y yo me eché hacia atrás en el asiento, tratando de no ver cómo le besaba a pesar de que el tráfico era intenso.

—Te amo, corazón mío, te amo. Te amo tanto que me duele el corazón.

Él carraspeó.

—¿Dónde dormiré Heaven esta noche?

—Con nosotros, querido. ¿No te conté lo que pasa con las chicas de la montaña?

—Sí..., ya me lo dijiste —respondió él con sarcasmo.

No añadió ni una palabra más, ni siquiera cuando nos sentamos aquella noche para que yo pudiese ver la televisión en color por vez primera. La encontré tan emocionante que me quedé sin aliento. ¡Qué hermosas eran todas aquellas chicas que bailaban, y qué poca ropa llevaban! Después, daban una película de miedo y Cal desapareció.

Yo ni siquiera me había dado cuenta de su salida.

—Es lo que hace cuando se enfada —me informó Kitty, levantándose para cerrar el televisor—. Va a esconderse en el sótano y finge que trabaja. Nosotras nos iremos arriba. Tomarás otro baño, te lavarás los cabellos y yo no entraré mientras tú estés dentro.

Hizo una pausa y pareció pensativa.

—Aprovecharé para bajar y amansar a mi hombre.

Rió entre dientes y se dirigió a la cocina, dejando que yo disfrutase de mi baño en la bañera de color rosa.

Yo odiaba dormir de nuevo entre Kitty y Cal. Me repugnaba la manera en que ella lo hostigaba y atormentaba, dándome la impresión de que no le amaba la mitad de lo

que él la amaba a ella. ¿Sería verdad que Kitty odiaba a los hombres?

El domingo, de nuevo, fui la primera en levantarme. Bajé descalza la escalera, crucé corriendo la cocina, busqué la puerta del sótano y la encontré en un corto pasillo de la parte de atrás. Cuando estuve abajo, envuelta en la penumbra, busqué y busqué entre todos los trastos que Kitty no mantenía limpios y ordenados, hasta que encontré mi maleta en un estante alto sobre un banco de trabajo. Los chales de la abuelita estaban pulcramente doblados al lado de aquélla. Subí al banco para bajar la maleta, preguntándome si Cal la habría abierto.

Todo lo que guardaba dentro de ella estaba exactamente igual a como lo había dejado yo. Había metido en ella los seis libros que más me gustaban de los que me había regalado Miss Deale..., e incluso uno de versos infantiles que Keith y Nuestra Jane solían pedirme que les leyese cuando se iban a la cama. Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver aquel libro...

«Cuéntanos un cuento, Hev-lee... Que sea largo, Hev-lee. Léelo otra vez, Hev-lee».

Me senté junto al banco de trabajo, saqué un bloc y empecé una carta a Logan. A toda prisa, con la viva impresión de hallarme rodeada de peligros, le escribí para contarle mi desesperada situación, lo mucho que necesitaba encontrar a Tom, a Keith y a Nuestra Jane, y para pedirle que hiciese todo lo posible por averiguar dónde vivía Buck Henry. Le di los tres primeros números de la matrícula de Maryland. Cuando hube terminado la carta, salí apresuradamente por la puerta principal para ver el número de la casa. Pero tuve que correr hasta la esquina para saber el nombre de la calle. Cuando volví a entrar por la puerta que había dejado abierta, pensé que había sido una tonta: allí había revistas amontonadas cuidadosamente y que llevaban el nombre de Kitty, así como la dirección y el número del distrito postal. Busqué un sobre y sellos en una pequeña mesa escritorio.

Después, lo único que necesitaba era encontrar la ocasión de echar al correo mi primera carta. En el sótano, mi hermosa muñeca vestida de novia dormía tranquilamente, esperando el día maravilloso en que ella y yo, con Tom, Keith y Nuestra Jane, nos encaminaríamos a Boston, dejando que Fanny se divirtiese en Winnerrow.

Subí la escalera de puntillas y me dirigí al cuarto de baño, después de haber escondido mi carta debajo de la alfombra del pasillo. Cerré la puerta detrás de mí y lancé un suspiro de alivio. La carta a Logan era mi camino hacia la libertad.

—Mira, Cal, nuestra niña se ha vestido ya para ir a la iglesia. Por una vez, llegaremos puntuales.

—Esta mañana estás muy guapa —dijo Cal, mirando mi vestido nuevo y mi cara, que ya no estaba roja y cuya hinchazón había desaparecido casi.

—Estaría mejor si hubiese dejado que yo la peinase —dijo Kitty, mirándome con ojos críticos.

—No, deja en paz sus cabellos; no me gustan los peinados complicados y

perfectos. Así parece una flor silvestre.

Kitty frunció el ceño y miró larga y duramente a Cal antes de meterse en la cocina y preparar el desayuno con tal rapidez que nunca hubiese creído que lo supiese hacer tan bien. Tortillas. Bueno, yo no sabía que los huevos pudiesen ser tan ligeros y esponjosos. Zumo de naranja... ¡Oh, ojalá Nuestra Jane, Keith y Tom estuviesen bebiendo también zumo de naranja!

—¿Te gusta mi tortilla?

—Es deliciosa, madre. Realmente, sabes cocinar muy bien.

—Espero poder decir lo mismo de ti —dijo secamente ella.

La iglesia a la que asistimos no se parecía en nada a las que había visto hasta entonces; era una catedral de piedra, alta, espléndida, muy oscura en su interior.

—¿Es una iglesia católica? —pregunté en voz baja a Cal al entrar, mientras Kitty hablaba con una conocida.

—Sí, pero ella es baptista —me respondió él, también en voz baja—. Kitty está tratando desesperadamente de encontrar a Dios y prueba todas las religiones, una vez al menos. En este momento, dice que es católica. La semana próxima puede ser judía, o metodista, y una vez fuimos incluso a una ceremonia mahometana. No digas nada que pueda hacer que se sienta en ridículo. A mí me sorprende el mero hecho de que vaya a la iglesia.

Me gustó el oscuro interior de aquella catedral, con tantos cirios encendidos, sus capillas e imágenes sagradas, y el sacerdote allá arriba, envuelto en una larga túnica y pronunciando palabras que no podía comprender pero que me imaginaba que se referían al amor de Dios por los hombres y no a su deseo de castigarles. Nunca había oído aquellos cánticos, pero traté de seguirlos, mientras que Kitty sólo movía los labios sin emitir un sonido. Cal hacía lo mismo que yo.

Antes de salir, Kitty tuvo que visitar el tocador de señoras, y lo aproveché para ir a echar al correo mi carta a Logan. Cal me observó con ojos tristes.

—¿Escribiendo a casa ya? —me preguntó al volver yo—. Creí que esto te gustaba.

—Y me gusta. Pero necesito averiguar dónde paran Tom, Nuestra Jane y Keith. Fanny debe de estar muy bien con el reverendo Wise, mas tengo que mantener el contacto con mi familia, si no quiero que nos separemos para siempre; por lo tanto, es mejor que empiece en seguida. La gente va de un lado a otro... Tal vez no los encontraría nunca si dejase pasar demasiado tiempo.

Con delicadeza, me obligó a volver mi cara hacia la suya.

—¿Sería tan horrible que te olvidases de tu antigua familia y aceptases la nueva?

Lágrimas punzantes llenaron mis ojos. Parpadeé para contenerlas, o al menos lo intenté.

—Cal, creo que has sido maravilloso para mí... y Kitty, quiero decir mi madre, procura serlo también..., pero quiero a Tom, a Nuestra Jane y a Keith..., incluso a Fanny. Llevamos la misma sangre, hemos sufrido mucho juntos, y eso nos ata con

más fuerza que la propia dicha.

Un destello compasivo relució en sus ojos castaño claro.

—¿Te gustaría que te ayudase a buscar a tus hermanos?

—¿Lo harías?

—Me encantaría hacerlo, si es que puedo. Dame todos los datos que tengas, y haré todo lo posible.

—Todo lo posible, ¿para qué? —preguntó Kitty, mirándonos a los dos con dureza—. ¿Qué estáis murmurando? ¿Eh?

—Todo lo posible para que Heaven se sienta feliz en su nuevo hogar; esto es todo —dijo él con toda tranquilidad.

Kitty mantuvo el ceño fruncido al dirigirse hacia el coche blanco, y fuimos otra vez a comer más platos combinados que costaban poco dinero. Después, Cal propuso ir a ver una película, pero a Kitty no le gustaba el cine.

—No puedo soportar estar sentada a oscuras, con tantas personas extrañas a mi alrededor —se lamentó—. Además, la niña tiene que levantarse temprano para ir al colegio mañana.

Aquella sencilla palabra, *colegio*, hizo que me sintiese feliz. Un colegio en una gran ciudad..., ¿cómo sería?

Aquella noche volvimos a ver la televisión y, después, me acostaron en su cama entre los dos. Esta vez, Kitty se puso un camisón rojo ribeteado de encaje negro. Cal ni siquiera la miró. Se deslizó en la cama y se arrimó a mí. Me abrazó ligeramente con sus robustos brazos y hundió la cara en mis cabellos. Me sentí terriblemente asustada. Y sorprendida.

—¡Fuera de la cama! —chilló Kitty—. ¡No quiero que una mocosa seduzca a mi marido! Cal, ¡aparta ese brazo de ella!

Me pareció que Cal reía entre dientes mientras yo bajaba la escalera para abrir el sofácama que Cal me había enseñado a preparar. Llevaba en los brazos un par de sábanas, mantas y una almohada de plumas extraordinariamente blanda. Por primera vez en mi vida..., tenía una cama propia. Y una habitación para mí sola, llena a rebosar de unos animales tan pintorescos que es extraño que pudiese conciliar el sueño allí.

En el instante en que abrí los ojos, pensé en aquel colegio nuevo en el que había cientos o incluso miles de alumnos nuevos entre los que no conocería a uno solo. Aunque mi ropa era mucho mejor que la que había llevado hasta entonces, llevaba visto lo suficiente de Atlanta para saber que no se parecía a la que solían llevar la mayoría de las chicas de mi edad. Eran imitaciones baratas de vestidos, faldas, blusas y suéters mejores. Señor, haz que no se rían de mí por llevar una ropa tan holgada, recé en silencio mientras tomaba rápidamente un baño y me ponía lo mejor de lo que había escogido Kitty.

Algo debió de ocurrir aquella noche en el dormitorio de Kitty, algo que hacía que estuviese con peor humor que de costumbre por la mañana. En la cocina, sus ojos pálidos me escudriñaron de la cabeza a los pies.

—Hasta ahora todo te ha resultado fácil, pero hoy empieza tu *verdadera* vida. Espero que te levantarás temprano y que, de ahora en adelante, te ocuparás de la cocina por la mañana en vez de perder el tiempo en el cuarto de baño con tus cabellos durante horas y horas.

—Pero, madre, yo no sé cómo hay que usar una cocina como ésta.

—¿No te lo enseñé ayer... y anteayer?

Desde la cocina económica hasta el lavavajillas, desde el triturador de basura hasta el frigorífico, volvió a enseñarme cómo funcionaba todo. Después, me condujo una vez más al sótano, donde había una lavadora y secadora de ropa en un pequeño compartimiento exclusivo para ella, con estantes llenos de más animales de su colección, y armarios con cajas y frascos de jabón, detergentes, suavizantes, blanqueadores, ceras, barnices, productos de limpieza, limpiacristales, limpiadores de inodoros, abrillantadores de bronce, de cobre y de plata..., y podría continuar la lista hasta el infinito. Me pregunté cómo podía quedarles dinero para la comida.

En nuestra casa de la montaña, el alimento había sido el objetivo principal de nuestras vidas; no nos habíamos imaginado, ni considerado siquiera necesario, ninguno de estos productos de limpieza. Sólo jabón para todo: para lavarnos la cabeza, para el baño y para lavar la ropa sucia sobre una tabla. No era de extrañar que Kitty me considerase una hereje.

—Y allí —dijo Kitty, señalando un gran espacio lleno de instrumentos de aspecto técnico— es donde tiene Cal su taller doméstico. Le gusta pasar el tiempo aquí abajo. Ahora bien, no toques sus cosas. Algunas de ellas pueden ser peligrosas. Como aquella sierra eléctrica y todos esos útiles de carpintero. Las chicas como tú, que no estáis acostumbradas a estas cosas, lo mejor que podéis hacer es manteneros lejos de ellas. Recuérdalo bien, ¿me oyes?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, madre.

—Ahora volvamos a lo que interesa. ¿Crees que puedes lavar y secar tu ropa sin romperla ni quemarla?

—Sí, madre.

—Ojalá sea verdad.

De vuelta en la cocina, nos encontramos con que Cal había puesto agua a calentar para el café y se había sentado para hojear el periódico de la mañana. Al entrar nosotras, dejó el periódico a un lado y sonrió.

—Buenos días, Heaven. Estás muy tranquila y muy bonita para ser el primer día que vas a un colegio nuevo.

Kitty se volvió de repente.

—¿No te dije que pronto estaría perfectamente? —replicó Kitty, en tono quisquilloso, sentándose y agarrando una sección del periódico de la mañana—. Tengo que ver qué celebridades vienen a la ciudad... —murmuró.

Yo me había quedado plantada en medio de la cocina, sin saber qué hacer. Kitty me miró con ojos fríos, duros, implacables.

—Está bien, niña, prepara el desayuno.

Preparé el desayuno. Quemé las finas lonchas de tocino que hasta aquel día nunca había freído. En casa, lo comíamos en gruesas tajadas, no en esas lonchas tan delgadas y envueltas en papel de fantasía.

Kitty frunció las cejas y observó sin hacer comentarios.

Quemé las tostadas, al no darme cuenta de que había movido la palanca intentando limpiar las huellas de los dedos con una esponja que Kitty me había dado antes, diciéndome que debía mantener el metal cromado limpio de manchas y de huellas de dedos.

Freí demasiado tiempo el pan que pidió Cal, y apenas si probó los huevos que parecían de goma. El café fue la gota que colmó el vaso. Kitty se levantó como movida por un resorte, cruzó el suelo resbaladizo de la cocina... ¡y me largó una tremenda bofetada!

—¡CUALQUIER MALDITA IMBÉCIL SABE TOSTAR EL PAN!
¡CUALQUIER IDIOTA SABE FREÍR TOCINO! ¡Hubiese debido figurármelo!

Me empujó hasta la mesa y me obligó a sentarme.

—Hoy lo haré yo, pero será obligación tuya a partir de mañana, y si vuelves a hacer lo mismo que hoy, ¡te COCERÉ en agua hirviente la próxima vez! Cal, será mejor que vayas a tu trabajo y desayunes en cualquier otra parte. Yo tengo que retrasarme otra hora para matricular a esta niña en el colegio.

Cal besó la maquillada mejilla de Kitty. No fue un beso largo ni apasionado; sólo un besito de cortesía.

—No te enfades con la niña, Kitty. Esperas demasiado de ella, sabiendo que no está acostumbrada a los aparatos modernos. Dale tiempo y verás lo bien que lo hace. Sus ojos me dicen que es inteligente.

—¿También te lo dice su manera de cocinar?

Él se marchó.

Al quedarme a solas con Kitty, sentí una nueva ola de ansiedad. Había desaparecido la mujer considerada que me cepillaba el cabello y enroscaba éste en sus dedos. Yo había aprendido ya a temer los irracionales y tempestuosos cambios de humor de Kitty; la conocía lo bastante para no dejarme engañar por sus muestras de interés. Sin embargo, Kitty me enseñó de nuevo, con sorprendente paciencia, el funcionamiento de la cocina, del lavavajillas y del triturador de basura; después, me dio instrucciones precisas sobre la forma en que tenía que apilar los platos.

—No quiero que al abrir uno de estos armarios esté ni un plato fuera de su sitio, ¿comprendido?

Asentí con la cabeza. Ella me dio una fuerte palmada en la mejilla.

—Ahora date prisa y acaba de vestirte, ya es hora de ir al colegio.

El edificio de ladrillos me había parecido enorme desde el exterior. Dentro de él, temí perderme. Cientos de adolescentes hormigueaban por allí, luciendo trajes maravillosos. El mío no armonizaba en absoluto con ellos. Ninguna otra muchacha llevaba unos zapatos tan feos como los míos ni calcetines blancos. El director, Mr. Meeks, sonrió a Kitty como pasmado de ver una mujer tan voluptuosa en su despacho. El busto de ella estaba al nivel de sus ojos, y apuesto a que no pudo levantarlos el tiempo suficiente para darse cuenta de que su visitante tenía también una cara hermosa.

—Claro que sí, Mrs. Dennison, prestaré la mayor atención a su hija. Desde luego, desde luego...

—Ahora tengo que marcharme —dijo Kitty dirigiéndose a la puerta—. Obedece en todo lo que te digan tus profesores y vuelve andando a casa. Te he dejado una lista de lo que hay que hacer cuando yo no esté allí. Encontrarás las tarjetas sobre la mesa de la cocina. Espero encontrar la casa limpia y aseada, ¿comprendido?

—Sí, madre.

Sonrió al director y salió contoneándose, y que me aspen si él no salió hasta el pasillo para observar su partida. Por su manera de seguirla con la mirada, me di cuenta de que Kitty era capaz de despertar la fantasía de los hombres que exageraban todas sus diferencias femeninas.

El primer día fue difícil. No sé si me imaginé una hostilidad o si ésta fue real. Me sentía cohibida con mis largos e indómitos cabellos, y mi vestido barato y mal ajustado (mejor que todos los que había llevado antes, pero que, a fin de cuentas, no me satisfacía), y visiblemente desolada al no saber adónde ir o cómo encontrar el lavabo de las niñas. Una muchacha bonita y de cabellos castaños se compadeció de mí y me mostró el colegio entre clases.

Me hicieron unas pruebas para ver qué curso me correspondía después de mi educación campesina. Bueno, Miss Deale me había enseñado todo eso hacía tiempo. Entonces pensé en Tom y brotaron lágrimas de mis ojos. Me destinaron al noveno curso.

De alguna manera, conseguí desenvolverme en el colegio y pasar aquel día excepcionalmente largo y fatigoso, y lentamente, lentamente, volví andando a mi casa. No hacía tanto frío como en la montaña, pero las vistas no eran tan hermosas. No había agua blanca saltando sobre rocas, ni conejos, ni ardillas, ni mapaches. No era más que un día de invierno como otro cualquiera, bajo un cielo gris, y en el que me hallaba rodeada de caras extrañas que me decían que era forastera en el mundo urbano.

Llegué a Eastwood Street, entré en el número 210 empleando la llave que me había dado Kitty, me quité mi abrigo azul nuevo, lo colgué cuidadosamente en el armario del vestíbulo y corrí a la cocina; allí me quedé mirando las tarjetas de cinco

por ocho que había sobre la mesa. Casi podía oír a Kitty diciendo:

«Lee esto; es una lista de instrucciones. Léelas y aprende tus deberes».

«Sí».

«Sí, ¿qué?».

«Sí, madre».

Sacudí la cabeza para despejarla; después, me senté a leer las tarjetas en la cocina sin sol, que parecía menos alegre sin todas las luces encendidas. Me había advertido que debía encender lo menos posible las luces cuando estuviese sola en casa, y que no debía mirar la televisión a menos que Kitty o Cal la estuviesen viendo también.

La lista de lo que tenía que hacer y no hacer llenaba cuatro tarjetas.

TAREAS

1. Todos los días, después de cada comida, limpiar los tableros de la cocina y los fregaderos.

2. Después de cada comida, emplear otra esponja para lavar la puerta del frigorífico; procurar que todo esté limpio y ordenado en su interior, y comprobar los compartimientos de la carne y las verduras para asegurarte de que no hay nada en mal estado. Deberás cuidar de que todo se consuma antes de estropearse.

3. Usar el lavavajillas.

4. Triturar la basura blanda en el sumidero y no olvidar abrir el agua fría cuando esté funcionando.

5. Los platos limpios tienen que secarse inmediatamente y guardarse en los armarios en el sitio correspondiente. No poner nunca un vaso dentro de otro.

6. Los cubiertos de plata deben colocarse en las correspondientes bandejas para tenedores, cuchillos y cucharas, no arrojarse en el cajón de cualquier manera.

7. La ropa tiene que clasificarse antes de lavarla. Las prendas blancas con las blancas. Las de color con las de color. Mi ropa interior está en una bolsa de malla: usa un programa suave. Para mis vestidos lavables, usa agua fría y jabón para agua fría. Lava por separado los calcetines de Cal. Lava por separado las sábanas, fundas de almohada y toallas. Por último, lava tu ropa por separado.

8. Secar la ropa tal como se indica en el secador que te enseñé a utilizar.

9. Colgar la ropa en los armarios. La mía en el mío, la de Cal en el

suyo. La tuya en el cuarto trastero. Dobla la ropa interior y ponla en los cajones correspondientes. Dobla las sábanas y las fundas de almohada igual que las que encontrarás en el armario de la ropa blanca. Cuida de que todo esté en orden.

10. Limpiar diariamente la cocina y los baños con agua caliente a la que añadirás desinfectante.

11. Una vez a la semana, fregar el suelo de la cocina con el líquido que te mostré, y una vez al mes, eliminar la capa de cera y poner otra nueva. Una vez a la semana, fregar el suelo de los cuartos de baño y limpiar la ducha. Limpiar la bañera después de cada baño que tomes o que tomemos Cal o yo.

12. A días alternos, pasar la aspiradora sobre todas las alfombras de la casa. Apartar los muebles a un lado una vez a la semana y barrer todos los rincones. Mirar debajo de las sillas y las mesas, por si hubiese arañas y telarañas.

13. Quitar el polvo todos los días, levantando los objetos.

14. Lo primero que hay que hacer cuando Cal y yo nos hayamos marchado es limpiar la cocina. Haz la cama con ropa limpia y cambia las toallas de los cuartos de baño.

Las tarjetas se cayeron de mi mano. Me senté, pasmada. Kitty no necesitaba una hija, ¡quería tener una esclava! Y yo habría estado dispuesta a hacer cualquier cosa por complacerla, si ella me hubiese amado y hubiera sido como una madre para mí. No era justo que el destino me robase siempre a una madre cuando yo creía haberla encontrado.

Lágrimas ardientes y amargas rodaron por mis mejillas al darme cuenta de la futilidad de mi sueño de conquistar el amor de Kitty. ¿Cómo podía vivir aquí, o en cualquier parte, sin alguien que me amase? Me enjuagué las lágrimas, traté de contenerlas, pero siguieron fluyendo como un río sin control. Tener alguien que me necesitase, que me quisiera lo bastante para preocuparse por mí, ¿era pedir demasiado? Si Kitty pudiese comportarse como una verdadera madre, con gusto haría yo todo lo de su lista y más aún; pero no paraba de exigir, de dar órdenes, y yo sentía que abusaba de mí sin consideración. Nunca decía por favor o, ¿tienes la bondad...? Incluso Sarah había sido más considerada en esto.

Seguí sentada, sin hacer nada, sintiéndome más traicionada a cada momento que pasaba. Papá tenía que saber cómo era Kitty, y me había vendido a ella sin compasión, castigándome por algo que no podía remediar ni deshacer.

La amargura secó mis lágrimas. Sólo permanecería en aquella casa hasta que

pudiese escapar, y Kitty lamentaría el haberme comprado para hacer más trabajo en un solo día que el que había hecho Sarah en un mes.

Allí había diez veces más trabajo que en la cabaña, a pesar de todos los aparatos de limpieza. Sintuéndome extraña, débil, contemplé las tarjetas tiradas sobre la mesa, olvidándome de leer la última. Cuando más tarde la busqué, no la pude encontrar.

Preguntaría a Cal, que parecía apreciarme, lo que podía haber escrito Kitty en aquella última tarjeta. Pues si yo no sabía lo que tenía que hacer, podía apostar diez contra uno a que Kitty se enteraría de algún modo.

Permanecí sentada en la cocina durante un rato, todo limpio y brillante a mi alrededor, mientras mi corazón añoraba la vieja y destartalada cabaña, oscura y sucia, los olores familiares y toda la belleza del mundo exterior. En mi nueva casa no había gatos amigos que se frotasen contra mis piernas, ni grandes perros, que agitasen la cola con furia para mostrar lo fieros que eran. Sólo animales de cerámica, de colores caprichosos, sosteniendo utensilios de cocina; caras de gato haciendo muecas en la pared; patos de color rosa desfilando hacia una charca invisible. Yo sentía mareo al ver tantos colores sobre el blanco en todas partes.

Cuando miré el reloj, me levanté de un salto. ¡Qué forma de correr el tiempo! Empecé a correr de un lado a otro. ¿Cómo podría terminar todo el trabajo antes de que volviese Kitty? Aquellas mariposas atolondradas aleteaban de nuevo en mi cerebro, destruyendo la confianza que tenía en mí misma. Ni en un millón de años sería capaz de complacer a Kitty. Había algo tenebroso y traidor en ella, algo resbaladizo y feo oculto detrás de aquellas amplias sonrisas y acechando en aquellos ojos de aguamarina.

Recuerdos de mi vida acudieron como fantasmas a hostigarme. Logan, Tom, Keith, Nuestra Jane... y Fanny... ¿Os tratan también a vosotros de esta manera?

Pasé la aspiradora, quité el polvo, fui cuidadosamente de una planta a otra, comprobando lo que estaba sucio o mojado. Volví a la cocina para empezar a preparar la comida de la noche, que según me había dicho Kitty debía llamarse *comida* y no *cena*, porque Cal insistía en esto por ser la principal del día.

A eso de las seis, llegó Cal. Parecía tan descansado que me pregunté si había hecho algo en todo el día. Me sonrió ampliamente.

—¿Por qué me miras así?

¿Cómo podía yo decirle que era el único en quien instintivamente confiaba, que sin él no habría podido aguantar un minuto más en aquella casa? No podía decirle eso la primera vez que nos encontrábamos a solas.

—No lo sé —murmuré, tratando de sonreír—. Supongo que esperaba que parecieses..., bueno, sucio.

—Siempre tomo una ducha antes de venir a casa —me explicó, con una débil y extraña sonrisa—. Es una de las normas de Kitty: su marido no puede entrar sucio en casa. Tengo una muda de ropa para ponérmela al terminar la jornada. Allí soy también el jefe, y tengo seis empleados, pero a menudo me gusta meterle mano a un

viejo aparato.

Sintiéndome tímida delante de él, señalé la colección de libros de cocina.

—No sé cómo organizar la comida para Kitty y para ti.

—Yo te ayudaré —dijo él inmediatamente—. Ante todo, tienes que prescindir de los almidones. Kitty adora los spaghetti, pero la hacen engordar, y si aumenta medio kilo pensará que tú tienes la culpa.

Trabajamos juntos, preparando una cazuela que Cal dijo que gustaría a Kitty. Me ayudó a cortar las hortalizas para la ensalada mientras hablaba:

—Me alegro mucho de tenerte aquí, Heaven. En otro caso hubiese tenido que hacer esto yo solo, como antes. Kitty aborrece cocinar, aunque lo hace muy bien. Piensa que yo no me gano el sustento, porque le debo miles de dólares y estoy con el agua al cuello, y ella es quien tira de los cordones de la bolsa. Yo era un chiquillo cuando me casé con Kitty. La veía inteligente, hermosa, maravillosa, y parecía empeñada en ayudarme.

—¿Cómo la conociste? —le pregunté, observando cómo partía la lechuga y lo cortaba todo en lonchas finas y sesgadas.

Él me enseñaba a preparar la ensalada y era como si sus atareadas manos le soltasen la lengua, casi como si hablase más para sí mismo que para mí mientras cortaba y picaba la verdura.

—A veces, uno se mete en la trampa, pensando que el deseo y la necesidad son amor. Recuerda esto, Heaven. Yo estaba solo en una gran ciudad, tenía veinte años y me dirigía a Florida para las vacaciones de primavera. Conocí a Kitty por casualidad, en un bar, la primera noche que pasé en Atlanta. Pensé que era, sin discusión, la mujer más bella que había visto jamás —rió amargamente—. Yo era ingenuo y joven, Heaven. Había venido de mi casa de Nueva Inglaterra; estudiaba en Yale y me faltaban dos años para graduarme. Solo en Atlanta, me sentía perdido. A Kitty le ocurría lo mismo y descubrimos que teníamos muchas cosas en común. Al poco tiempo, nos casamos. Ella me inició en los negocios. Yo había proyectado, siempre, ser profesor de Historia, ¿te imaginas? En vez de eso, me casé con Kitty. Desde entonces no he estado en una Universidad. Tampoco he vuelto a ir a casa. Ni siquiera me escribo con mis padres. Kitty no quiere que mantenga relación con ellos. Está avergonzada, teme que pudiesen descubrir que no terminó la segunda enseñanza. Y yo le debo al menos veinticinco mil dólares.

—¿Cómo gana ella tanto dinero? —le pregunté, casi olvidando lo que estaba haciendo.

—Kitty produce en los hombres el efecto del aceite de ricino: los deja emocionalmente debilitados y económicamente agotados. ¿Te ha contado que se casó por primera vez cuando tenía trece años? Bueno, ha tenido otros tres maridos, y todos se han portado con ella generosamente, con tal de librarse de un matrimonio que debió resultarles abominable al cabo de un tiempo. Además, tengo que decir, en su honor, que el salón de belleza que tiene es el mejor de Atlanta.

—¡Oh! —dije, agachando la cabeza.

No había esperado esa confesión. Sin embargo, me gustaba tener a alguien que me hablase como a una persona mayor. No supe si hacía bien al seguir preguntando.

—¿No amas a Kitty?

—Sí, la amo —confesó con voz ronca—. Si entiendo qué la hace ser de la manera que es, ¿cómo podría no amarla? Pero hay algo que quiero decirte, ahora que tengo oportunidad de hacerlo. Hay veces en que Kitty puede ser muy violenta. Sé que te metió en agua muy caliente la primera noche que estuviste aquí, pero no dije nada porque no habías sufrido ninguna lesión importante. Si entonces hubiese comentado algo, ella te habría tratado aún peor la próxima vez que se hubiese hallado contigo a solas. Sólo debes tener cuidado en hacer todo lo que ella quiera. Halágala, dile que parece más joven que yo... Y obedécela, obedécela siempre y muéstrate sumisa.

—¡Pero no lo comprendo! —exclamé—. ¿Para qué me quiere, salvo para ser su esclava?

Me miró, visiblemente sorprendido.

—¡Cómo! ¿No lo has adivinado, Heaven? Tú representas para ella el hijo que perdió al abortar el engendrado por tu padre, después de lo cual quedó incapacitada para tener más hijos. Te quiere porque eres parte de él, y te odia por la misma razón. A través de ti, espera llegar un día hasta él.

—¿Desea hacerle daño a través de mí?

—Algo así.

Reí con amargura.

—¡Pobre Kitty! De cinco hijos que tuvo papá, soy la única a quien él desprecia. Hubiese debido elegir a Fanny o a Tom... Papá los *quiere*.

Se volvió, me rodeó con sus brazos y me estrechó cariñosamente, como yo había deseado siempre que papá lo hiciese. Conmovida, me abracé a aquel hombre que casi representaba un extraño para mí; mi necesidad de cariño era tan grande que me aferraba ansiosamente a lo que podía; después, me sentí avergonzada y tímida, y estuve a punto de llorar. Él carraspeó y me soltó.

—Sobre todo, Heaven, no dejes que Kitty se entere de lo que acabas de decirme. Mientras piense que tienes algún valor para tu padre, serás valiosa para ella. ¿Comprendes?

Se preocupaba por mí. Podía verlo en sus ojos y, confiando en que sabría guardar un secreto, le conté lo de la maleta que estaba en el sótano, y lo que contenía. Él me escuchó como lo habría hecho Miss Deale, compasivo y comprendiéndolo todo.

—Algún día iré a Boston, Cal, a ver a la familia de mi madre. Y llevaré la muñeca conmigo, para que sepan quién soy. Pero no puedo presentarme allí hasta que haya descubierto...

—Lo sé —dijo él, con una breve risa y brillándole los ojos por fin—. Debes llevarte a Tom, a Keith y a Nuestra Jane. Pero, ¿por qué diablos llamas Nuestra Jane a tu hermana menor?

Se echó a reír de nuevo cuando se lo dije.

—Tu hermana Fanny parece un tipo de persona muy interesante. ¿Tendré algún día el gusto de conocerla?

—Bueno, espero que sí —contesté, frunciendo el ceño con preocupación—. Ahora vive con el reverendo Wise y su esposa, y éstos la llaman Louise, que es su segundo nombre.

—¡Ah, el bueno del reverendo! —dijo él, con voz lenta y solemne y aire pensativo—. El hombre más rico y afortunado de Winnerrow.

—¿No te resulta simpático?

—Siempre desconfío de los hombres muy afortunados..., y muy religiosos.

Me gustaba estar con Cal en la cocina, trabajando con él e ir aprendiendo de lo que hacía. Una semana antes, hubiese parecido inverosímil que pudiera sentirme a gusto con un hombre al que apenas conocía. Yo era tímida, pero estaba ansiosa de tenerle como amigo, como padre sustituto, como confidente. Y su manera de sonreírme me decía que sería todo eso.

Nuestra cazuela cocía en el horno; el cronómetro se disparó y mis bizcochos quedaron en su punto. Kitty no había vuelto ni telefoneado para explicar la causa de su retraso. Observé que Cal miraba varias veces su reloj, frunciendo el entrecejo con gesto preocupado. ¿Por qué no telefoneaba para saber lo que pasaba?

Kitty no volvió a casa hasta las once, y Cal y yo estábamos en el cuarto de estar viendo la televisión. Lo que había quedado en la cazuela se había secado hacía rato; por consiguiente, no podía saberle tan bien como a nosotros. Sin embargo, comió con fruición, como si le importase poco que la comida se hubiese secado y enfriado.

—¿Hiciste esto tú sola? —me preguntó varias veces.

—Sí, madre.

—¿No te ha ayudado Cal en nada?

—Sí, madre; me ha dicho que no debía preparar platos feculentos, y me ha ayudado con la ensalada.

—¿Te lavaste las manos con Lysol disuelto en agua?

—Sí, madre.

—Está bien.

Estudió la cara inexpresiva de Cal.

—Bueno, limpia todo esto, niña —me dijo—; después tomaremos el baño y nos iremos a la cama.

—De hoy en adelante dormiré aquí abajo —impuso Cal, con voz acerada y mirándola fríamente—. La semana próxima iremos a comprar muebles nuevos y sustituiremos con ellos todos los trastos del dormitorio pequeño. Dejaremos allí la rueda de alfarero y todo lo que tienes guardado en los armarios, pero pondremos una cama, un sillón, una mesita y un tocador.

Me asustó la mirada que nos lanzó Kitty a los dos; me asustó de veras.

Sin embargo, accedió. Yo iba a tener una habitación propia, un verdadero

dormitorio, como lo tenía Fanny en la casa del reverendo Wise.

Siguieron días de colegio y de duro trabajo. Me levantaba temprano y me acostaba tarde; tenía que limpiarlo todo cuando Kitty terminaba de comer, aunque llegase a casa a medianoche. Descubrí que a Cal le gustaba que estuviese a su lado cuando veía la televisión. Todas las tardes preparábamos la comida y cenábamos los dos si Kitty no había llegado aún.

Yo me iba adaptando al régimen del colegio e hice algunas amigas que no encontraban extraña mi manera de hablar, aunque nunca me dijeron lo que pensaban de mis vestidos baratos y demasiado holgados, o de mis horribles zapatones.

Por fin, llegó el sábado y pude dormir hasta tarde; además, Kitty nos había dado permiso, a Cal y a mí, para ir a comprar aquellos muebles para mi uso exclusivo.

Y debido a esas compras, que se anunciaban brillantes y prometedoras, trabajé de firme durante toda la mañana para terminar las tareas de la casa. Cal tenía la mitad del día libre y estaría en casa al mediodía, para almorzar. ¿Qué comía la gente de la ciudad cuando almorzaba en casa? Hasta ese día, yo había almorzado en el colegio. La pobre Miss Deale había tratado muchas veces de compartir el contenido de su bolsa con toda una clase de chiquillos subalimentados. Yo nunca había probado un *sandwich* hasta que ella me obligó a comer uno. El jamón, la lechuga y los tomates eran mis alimentos predilectos, aunque a Tom y a Keith les gustaban bastante la mantequilla de cacahuete, la jalea... Y, sobretodo, el atún.

Me parecía oír a Tom cuando decía: «Por eso trae seis. ¿Cómo podría una dama pequeñita como Miss Deale comer seis bocadillos? Por consiguiente, nosotros la ayudamos cuando comemos nuestra parte».

Suspiré con tristeza al pensar que me había marchado sin despedirme de Miss Deale, y suspiré de nuevo al pensar en Logan, que todavía no había contestado a mi primera carta.

Estos recuerdos de días pasados hicieron que me retrasase en el trabajo, de modo que tuve que revisar la planta baja, el cuarto de estar y el comedor, antes de terminar en el piso de arriba. Siempre esperaba encontrar libros en algún estante, o guardados en un armario, pero no hallé ninguno. Ni siquiera una Biblia. Había muchas revistas, folletos religiosos que Kitty guardaba en los cajones de la mesa y revistas del hogar que apilaba cuidadosamente sobre la mesa del café. Pero ni un libro.

En la pequeña habitación que Kitty había convertido en salón casero de cerámica, habitación que iba a ser mía, había una estantería en una pared, llena de diminutos animales y de personas en miniatura, lo bastante pequeños todos como para caber en su horno de tamaño reducido. También había unos armarios a lo largo de otra pared, cerrados con llave. Contemplé sus puertas, preguntándome qué secretos guardarían.

De nuevo en la planta baja, coloqué los platos sucios en el lavavajillas con sumo cuidado, llené los compartimientos con su detergente respectivo y después me eché

hacia atrás y, con temor, esperé a que aquel aparato estallase o lanzase los platos como si fuesen proyectiles. Pero seguía funcionando después de casi una semana de ser manejado por una pueblerina de la montaña. Sentí un extraño entusiasmo, como si aprendiendo a pulsar los botones adecuados hubiese ganado el control de la vida urbana.

Fregar el suelo no era nada nuevo para mí; salvo que éste tenía que ser encerado y se requería una lectura más atenta de las instrucciones consignadas en el frasco de cera. Regué las numerosas plantas de Kitty y descubrí que algunas de ellas no eran naturales, sino artificiales. Dios mío, pensé, no permitas que note que he regado unas cuantas antes de ver que no eran naturales.

Llegó el mediodía y me encontró sin terminar ni la cuarta parte de las cosas que tenía que hacer según la lista de las tarjetas. Había que ver el tiempo que se perdía aprendiendo a manejar aquellas máquinas, enrollando los cordones tal como estaban antes, abriendo y cerrando las conexiones, y guardándolo todo en perfecto orden. ¡Dios mío, en casa habría hecho lo mismo con una vieja escoba!

Me había enredado con el cordón de la aspiradora cuando se cerró la puerta del garaje de golpe y apareció Cal en el vestíbulo de atrás, mirándome de una manera extraña e intensa, como si tratase de descubrir lo que yo sentía en realidad.

—Hola, pequeña —me saludó después de observarme con unos ojos que no parecían muy felices—, no hace falta que trabajes como una esclava. Ella no está aquí. Tómalo con calma.

—Pero todavía no he limpiado las ventanas, ni quitado el polvo a todas las chucherías, ni...

—Siéntate. Descansa un poco. Deja que prepare yo nuestro almuerzo. Después iremos a comprar los muebles que necesitas..., ¿y qué te parecería si, por una vez, fuésemos al cine? Bueno, dime qué quieres para almorzar.

—Cualquier cosa que te apetezca a ti me parecerá bien —dije, con acento culpable—. Pero debería terminar las tareas de la casa...

Él sonrió con amargura, mirándome todavía de aquella manera extraña.

—Kitty no llegará a casa hasta las diez o las once de la noche, y dan una película especial que creo que deberías ver. Conviene distraerse un poco de vez en cuando. Además, presumo que tú no te has divertido mucho. No todo es desagradable en la vida de la montaña, Heaven. En algunas puedes encontrar belleza, alegría de vivir, paz e incluso una música maravillosa...

Sí, ya eso lo sabía.

No todo había sido malo. Nos habíamos divertido corriendo y riendo, nadando en el río, practicando juegos inventados por nosotros mismos, persiguiéndonos. Los malos tiempos llegaban cuando papá estaba en casa. O cuando nos apretaba el hambre.

Sacudí la cabeza de nuevo para borrar recuerdos que me entristecerían. No podía creer que él quisiera llevarme al cine, sobretodo cuando...

—Pero tienes *diez* televisores, dos y tres en algunas habitaciones.

Él sonrió de nuevo. Era doblemente guapo cuando lo hacía, aunque sus sonrisas nunca duraban lo bastante para hacer que pareciese realmente feliz.

—No todos funcionan. Sólo son utilizados como pedestales de las obras de arte de Kitty.

Hizo un guiño irónico al decir eso, como si no admirase debidamente los esfuerzos artísticos de su mujer.

—De todos modos, la televisión no es como el cine, donde hay personas reales a tu lado que comparten tu satisfacción.

Lo miré un momento y bajé la vista. ¿Por qué me estaba desafiando con los ojos?

—No he estado nunca en un cine, Cal; ni una sola vez.

Me acarició la mejilla, mirándome con cariño.

—Entonces ya es hora de que vayas; por consiguiente, corre a arreglarte mientras yo preparo un par de bocadillos. Ponte aquel lindo vestido azul que te compré; se adaptará bien a tu figura.

Se adaptó bien.

Me miré al espejo, que sólo había conocido la clase de belleza de Kitty y, ya que las quemaduras de mi cara habían desaparecido sin dejar huellas, me encontré realmente bonita. Mis cabellos brillaban como nunca. Cal era amable y bueno conmigo. Cal me apreciaba y con ello demostraba que había hombres que podían apreciarme, aunque papá no fuese uno de ellos. Cal me ayudaría a encontrar a Tom, a Keith y a Nuestra Jane. Esperanza..., ahora la tenía..., una esperanza en alza.

A la larga, todo sería para bien. Iba a tener mi propio dormitorio, con muebles nuevos, mantas nuevas, almohadas de verdad... Brillante día éste. ¿Quién habría podido soñar que Cal sería como un verdadero padre? Me imaginé que Tom me sonreía, al bajar corriendo la escalera para ir al cine por primera vez en mi vida.

Mi propio padre se había negado a quererme; pero no me dolía tanto porque tenía otro padre mejor.

Cuando hay música

Los bocadillos de jamón, lechuga y tomate de Cal fueron deliciosos. Y cuando sostuvo la nueva chaqueta azul para que introdujese los brazos en ella, le dije:

—Puedo llevar la cabeza gacha para que la gente no se dé cuenta de que en realidad no soy tu hija.

Él sacudió la cabeza con tristeza y no rió.

—No. Mantenla alta. Siéntete orgullosa. No tienes nada de qué avergonzarme y yo me enorgullezco de acompañarte la primera vez que vas al cine.

Apoyó ligeramente la manos en mis hombros.

—Pido a Dios que Kitty no haga nunca nada para estropear tu rostro.

Sin duda, dejó muchas cosas por decir al quedarnos los dos plantados allí, como presos en el lodazal de lo que era Kitty y de lo que sería capaz de hacer. Él suspiró profundamente, me asió de un brazo y me condujo hacia el garaje.

—Heaven, si algún día es demasiado dura contigo, quiero que me lo digas. Yo la quiero mucho, pero no consentiré que te perjudique, física o emocionalmente. Debo confesar que puede hacer ambas cosas. No temas venir a pedirme ayuda cuando la necesites.

Eso me causó una gran satisfacción, me hizo sentir que al fin tenía un padre como era debido. Me volví en redondo y le sonreí; él se ruborizó y desvió la mirada rápidamente. ¿Por qué había de aturullarle mi sonrisa?

Durante todo el trayecto hasta la tienda de muebles, permanecí sentada a su lado, llena de orgullo, ilusionada por la perspectiva de tantas cosas buenas que tendría en un solo día: muebles nuevos y una sesión de cine. De pronto, Cal dejó de estar triste y pareció animarse, asiéndome de un codo y guiándome en aquella tienda llena de tantas variedades de dormitorios que no podía decidirme. El vendedor me miró a mí y después a Cal, tratando, al parecer, de adivinar nuestra relación.

—Mi hija —dijo Cal con orgullo— escogerá lo que más le guste.

Lo malo era que me gustaba todo, y, en definitiva, fue Cal quien eligió lo que consideró más adecuado para mí.

—Esta cama, aquel tocador y aquella mesa —ordenó—. No son demasiado infantiles y podrás usarlos hasta que tengas veinte años o más.

Una breve ráfaga de pánico pasó por mi pecho: ya no viviría con él y con Kitty cuando tuviese veinte y pico de años; estaría con mis hermanos y hermanas en Boston. Traté de indicárselo cuando el vendedor se apartó.

—No —me contradijo Cal—. Tenemos que hacer planes para el futuro como si lo conociésemos. Obrar de otra manera elimina el presente y hace que pierda su significado.

No comprendí lo que quería decir con eso, pero me gustó pensar que deseaba que ocupase un puesto permanente en su vida.

La idea de lo bonita que iba a quedar mi habitación debió poner destellos en mis ojos.

—Pareces tan bonita..., como si alguien hubiese pulsado para ti el resorte de la felicidad.

—Estaba pensando en Fanny, que vive en la casa del reverendo Wise. Ahora tendré una habitación tan bonita como debe ser la suya.

Sólo por decir eso, él compró una mesita de noche y una lámpara de ancho pie azul.

—Y los dos cajones de la mesa deben poder cerrarse con llave, para el caso de que tengas algún secreto...

Era extraño cómo nos había acercado aquella salida de compras, parecía que el hecho de proyectar juntos una linda habitación nos atase con un lazo especial.

—¿Qué película vamos a ver? —pregunté cuando estuvimos de nuevo en el coche.

Él me miró de nuevo con aquella expresión curiosa y un poco burlona en sus ojos castaños con destellos dorados.

—Si estuviese en tu lugar, creo que eso no me importaría.

—Y no me importa, pero puede que a ti sí.

—Ya lo verás —dijo para terminar.

Era emocionante ir al cine en coche, contemplando la multitud en la calle. Mucho mejor que cuando nos acompañaba Kitty y estropeaba la diversión con las tensiones que creaba. Yo no había estado nunca en un cine y temblaba excitada al ver tanta gente reunida en un lugar, gastando el dinero como si lo tuviesen a espuestas. Cal compró palomitas de maíz, refrescos de cola y dos barritas de caramelo, y sólo entonces nos sentamos en butacas contiguas en la penumbra. Yo no había imaginado que hubiese tanta oscuridad en el cine.

Abrí mucho los ojos cuando empezó la película en color con una mujer que cantaba en la cima de una montaña. ¡*Sonrisas y lágrimas!* Bueno, ésa era la película que Logan había querido ver conmigo. No podía sentirme disgustada por ello, y mucho menos cuando Cal compartía conmigo la gran caja de mantecosas y saladas palomitas de maíz. Estaban calientes todavía, y no me cansaba de comerlas. Ocasionalmente, metíamos los dos la mano en la caja al mismo tiempo. Encontrarme sentada allí, comer, beber y recrear mis ojos con la belleza de la película, me daba tal satisfacción que tenía la impresión de estar viviendo en un álbum de fotografías con sonido, movimiento, baile y canto. Realmente, ése tenía que ser el día más alegre de toda mi vida.

Permanecía como hechizada, con el corazón rebotando de dicha, sintiendo, como por arte de magia, que yo estaba en aquella película. Los niños eran Tom, Fanny, Keith, Nuestra Jane..., y yo. Así es como hubiésemos debido ser nosotros, y no me

habría importado en absoluto que papá hubiera tocado un silbato y contratado una monja para educarnos... ¡Oh, si mis hermanos y hermanas pudiesen estar con nosotros!

Después del cine, Cal me llevó a un restaurante elegante llamado Midnight Sun. Un camarero apartó mi silla y esperó a que me sentase. Cal me miraba sin dejar de sonreír. No supe qué hacer cuando el camarero me tendió la carta, salvo dirigirle una mirada de impotencia. De pronto, sentí añoranza de Tom, de Nuestra Jane, de Keith y del abuelo, hasta el punto de que estuve a punto de comenzar a llorar... Pero él no lo notaba. Cal estaba viendo algo hermoso escrito en mi semblante, como si mi juventud y mi inexperiencia le hiciesen sentirse diez veces más hombre que cuando estaba con Kitty.

—Si confías en mí, elegiré para los dos. Pero primero dime lo que prefieres. ¡Ternera, buey, pescado, cordero, pollo, pato, o qué!

De nuevo acudieron a mi mente recuerdos de Miss Deale, con su lindo traje de color magenta, sonriente, pareciendo orgullosa de estar con nosotros..., cuando nadie más quería darse por enterado de que existíamos. Pensé en sus regalos... ¿Habrían llegado? ¿Estarían en el porche de la cabaña, cuando allí no había nadie que pudiese llevar aquella ropa? ¿O comer aquella comida?

—¿Qué carne prefieres, Heaven?

Dios mío..., ¿cómo podía saberlo? Fruncí el entrecejo, concentrando mi atención en el complicado menú. Había comido rosbif cuando Miss Deale nos llevó a un restaurante no tan elegante como éste.

—Prueba algo que siempre hayas deseado comer —me aconsejó Cal con amabilidad.

—Bueno —murmuré en voz alta—, he comido pescado, del río próximo a la cabaña, carne de cerdo, muchos pollos y rosbif en una ocasión. Éste me gustó mucho; pero, ahora, preferiría algo que fuese completamente nuevo para mí. Elige tú.

Él se echó a reír y pidió ensalada y ternera *cordón bleu* para dos.

—En Francia, los niños beben vino desde pequeños, pero creo que es mejor que esperemos unos años antes de que tú lo pruebes.

Me había animado a pedir *escargots*, y sólo cuando hube terminado mi media docena me explicó que eran caracoles con mantequilla caliente y ajo. El trocito de pan francés que empleaba para rebañar la deliciosa salsa tembló de pronto en mi mano.

—¿Caracoles? —pregunté, inquieta, aunque convencida de que quería gastarme una broma—. Nadie, ni siquiera la gente más torpe de la montaña, come unos bichos tan repugnantes como los caracoles.

—Heaven —dijo él, con una cálida sonrisa en los ojos—, va a ser divertido enseñarte todo lo que ignoras del mundo. Pero no digas nada de esto a mi mujer. Es muy reacia a los restaurantes; piensa que cobran demasiado. ¿Sabes que desde el día que nos casamos no hemos comido una sola vez fuera de casa, salvo en

establecimientos de comida rápida? Kitty no aprecia la cocina de *gourmet* y, en realidad, no sabe lo que es. Aunque está convencida de todo lo contrario. Si se pasa media hora preparando un plato, se imagina que éste es de *gourmet*. ¿Te has fijado en lo deprisa que guisa? Es porque se niega a hacer cosas complicadas. Calentar comida: así es como yo llamo a su arte culinario.

—Pero tú dijiste que Kitty había sido una magnífica cocinera.

—Y lo es, si te gusta su menú del desayuno... Es lo que prepara mejor, además de platos campesinos que no me gustan.

Aquel mismo día empecé a enamorarme de la vida urbana y sus costumbres, tan diferentes de las de la montaña, e incluso de la vida en el valle.

Apenas habíamos entrado en casa cuando volvió Kitty de su clase nocturna de cerámica, y nos miró con irritación.

—¿Qué habéis estado haciendo todo el día?

—Fuimos a comprar los nuevos muebles —dijo Cal, como sin darle importancia.

—¿A qué establecimiento? —preguntó, entornando los párpados.

Cal se lo dijo y ella arrugó el entrecejo.

—¿Cuánto?

Cuando él le dijo la cifra, se llevó una mano de largas uñas a la frente y pareció horrorizada.

—¡Cal, maldito imbécil, hubieses debido comprar muebles baratos! ¡Ella no distingue lo bueno de lo malo! Conque ya puedes devolverlos todos si los traen cuando yo no esté en casa. Si me encuentro aquí, ¡seré yo quien los devuelva!

Se me encogió el corazón.

—No lo harás, Kitty —dijo él, volviéndose hacia la escalera—, aunque estés aquí. Y conviene que sepas que también compré los mejores colchones, las mejores almohadas y las mejores sábanas, y una bonita colcha que hará juego con las cortinas.

—¡ERES UN MALDITO IMBÉCIL MULTIPLICADO POR DIEZ! —chilló Kitty.

—Está bien, soy un maldito imbécil que lo pagará todo con su dinero, no con el tuyo. Buenas noches, Heaven. Vamos, Kitty, pareces cansada... A fin de cuentas, fue idea tuya que fuésemos a Winnerrow a buscar una hija. ¿Pensabas que ella dormiría en el suelo?

Yo apenas pude contenerme cuando llegaron los muebles dos días más tarde. Cal estaba allí para indicar dónde debían colocarse. Expresó el deseo de hacer empapelar la habitación.

—Aborrezco tanta blancura, pero ella nunca me pregunta qué color prefiero.

—Ya está bien así, Cal. Me encantan los muebles.

Cuando se hubieron marchado los transportistas, él y yo hicimos la cama con las nuevas y lindas sábanas floreadas; después, pusimos las mantas y lo cubrimos todo con la bonita colcha a cuadros.

—¿Te agrada el azul? —me preguntó—. Yo estoy terriblemente cansado del rosa

vivo.

—Me gusta mucho el azul.

—Azul de flor de aciano, como tus ojos.

Estaba plantado en medio de mi pequeña habitación, más bonita de lo que había podido imaginar, y parecía demasiado alto y demasiado masculino para todas aquellas cosas delicadas que había elegido.

Empecé a dar vueltas, contemplando unos accesorios que no sabía que él hubiese adquirido. Un juego de pesados sujetalibros de bronce para los volúmenes que había guardado yo en el cuarto trastero junto con mi ropa, una carpeta de sobremesa, un vaso para lápices, un juego de pluma y lápiz, una lamparita de mesa y varios cuadros enmarcados para la pared. Las lágrimas subieron a mis ojos; había comprado demasiadas cosas.

—Gracias —balbucí.

Fue todo cuanto pude decir antes de que la voz se me quebrase y vertiese todas las lágrimas que había ahorrado durante años.

Oculté la cara sobre la estrecha y linda cama, y Cal se sentó desmañadamente en el lado opuesto, esperando a que terminase. Después carraspeó.

—Tengo que volver al trabajo, Heaven; pero, antes de marcharme, te tengo reservada otra sorpresa. La dejaré sobre tu mesa para que puedas disfrutar con ella cuando yo me haya ido.

El ruido de sus pisadas al salir hizo que me volviese, me sentase en la cama y le gritase una vez más:

—Gracias por todo.

Oí que su coche arrancaba; todavía continuaba sentada en la cama..., y sólo entonces miré hacia la mesa.

Había una carta sobre el papel secante azul oscuro..., una sola carta.

Ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta allí ni cuándo me senté; pero lo hice y me quedé mirando con fijeza, y durante largo rato, mi nombre escrito en el sobre. Miss Heaven Leigh Casteel. En el ángulo superior izquierdo figuraban el nombre y la dirección del remitente. ¡Logan!

¡No me había olvidado! ¡Me había escrito! Por primera vez, empleé un abridor de cartas. Logan tenía una bella caligrafía, no a base de garabatos como la de Tom, ni tan exacta y perfecta como la diminuta de papá.

Querida Heaven:

No puedes imaginarte lo preocupado que he estado por ti. Gracias a Dios, me has escrito y ahora podré dormir tranquilo sabiendo que te encuentras bien.

Te añoro tanto que me duele el corazón. Cuando el cielo es brillante y azul, me parece ver tus ojos, pero esto sólo hace que te recuerde aún más.

Para ser sincero, tengo que decirte que mi madre escondió tu carta para que nunca pudiese leerla; pero, un día, la encontré en su escritorio al buscar unos sellos, y, por primera vez en mi vida, me enfadé de veras con mi madre. Discutimos y la obligué a reconocer que había escondido tu carta. Ahora confiesa que hizo mal y me ha pedido perdón, como también a ti.

Veo con frecuencia a Fanny; está muy bien y su aspecto es magnífico. Es terriblemente presumida y, si he de serte sincero otra vez, creo que el reverendo Wise debe tener más trabajo con ella de lo que pensaba.

¡Fanny dice que a ella no la vendieron!, que vuestro padre renunció a todos sus hijos para que no se muriesen de hambre. Me resulta odioso no poder creerlo a las dos pero tú nunca me mentiste, y es a ti a quien creo. No he visto a tu padre. En cambio, he visto a Tom. Vino a la tienda y me preguntó si tenía tu dirección, para poder escribirte. Tu abuelo está en una residencia de ancianos de Winnerrow.

No sé cómo puedo ayudarte a buscar a Keith y a Nuestra Jane. Sigue escribiendo, por favor. Todavía no he visto a ninguna que me guste tanto como Heaven Leigh Casteel.

Ni la buscaré. Hasta que vuelva a verte.

Te quiere como siempre,

LOGAN

Lloré de nuevo, de feliz que me sentía.

Poco después de llegar la carta de Logan, cumplí los quince años. Como ya sabía que no me convenía llamar la atención sobre mi persona, nada les dije a Kitty ni a Cal; pero éste se enteró, no sé cómo, y me hizo un regalo increíble: ¡una máquina de escribir nueva!

—Te servirá para hacer tus deberes en casa.

Sonrió ampliamente, contento al verme rebosante de satisfacción.

—Puedes aprender mecanografía en el colegio —me aconsejó—. Nunca está de más saber escribir a máquina.

Pero, aunque me gustó muchísimo la máquina de escribir, no fue lo que más me emocionó en mi cumpleaños. ¡Oh, no! Fue una enorme tarjeta de felicitación que llegó por correo, ilustrada con bonitas flores, endulzada con una poesía y conteniendo un pañuelo de seda y una carta de Logan.

Sin embargo, ansiaba tener noticias de Tom. Ahora que tenía mi dirección, ¿por qué no me escribía?

En todo un colegio de señoritas, conseguí hacerme con dos buenas amigas, que me invitaron a visitar sus casas varias veces. Ninguna de las dos comprendía por qué yo tenía que rehusar siempre. Después, para desgracia mía, cansadas o resentidas,

empezaron a apartarse de mí poco a poco. ¿Cómo podía decir a nadie que Kitty me privaba de tener amigas que me quitarían tiempo para las labores de la casa que debía hacer todos los días? También tenía que privarme de ir con chicos, aunque no enteramente por la misma razón. Yo quería salir con Logan, no con ellos. Me estaba reservando para Logan y no ponía en duda que él hacía lo mismo por mí.

La casa en la que yo trabajaba como una esclava para tenerla limpia y ordenada no podía conservarse así cuando llegaba Kitty y destruía diez horas de trabajo con sus descuidados hábitos. Las plantas que yo regaba y abonaba, y a las que quitaba el polvo, se mustiaban por exceso de cuidado, y entonces Kitty me regañaba por mi estupidez.

—Cualquier maldita imbécil sabe cuidar una planta..., ¡cualquier maldita imbécil!

Encontró sus plantas de seda salpicadas de agua y me abofeteó por ser una idiota montañesa carente de cerebro.

—Sólo estás pensando en los chicos, ¡puedo verlo en tus ojos! —me gritó al sorprenderme una tarde sin hacer nada cuando llegó inesperadamente—. ¡No te sientes en el cuarto de estar si nosotros no estamos en casa! ¡Te prohíbo que veas la televisión cuando estés sola! Tienes que trabajar, ¿lo oyes?

Todos los días me levantaba temprano a preparar el desayuno para Kitty y Cal. Ella volvía raras veces antes de las siete o de las ocho, cuando Cal y yo habíamos comido ya. Pero, por alguna razón, eso no la molestaba. Casi con alivio, se dejaba caer en una silla de la cocina y se quedaba mirando el plato reflexivamente, hasta que yo le servía la comida que devoraba en cuestión de segundos, sin apreciar el trabajo que me había costado aprender sus platos preferidos.

Antes de irme a la cama, tenía que poner la cocina en orden y echar un vistazo a las habitaciones para asegurarme de que todo estaba en su sitio y de que no había quedado ningún periódico o revista sobre una mesa o en el suelo. Por la mañana, me apresuraba a hacer mi cama antes de que entrase Kitty para comprobarlo; después, bajaba corriendo para empezar a preparar el desayuno. Antes de salir para el colegio, lavaba la ropa en la máquina mientras hacía las camas, metía la vajilla sucia en el lavavajillas, enjugaba todas las gotas, manchas, huellas de dedos y demás, y sólo cuando la puerta se cerraba a mi espalda empezaba a sentirme libre.

Estaba bien alimentada, con ropa adecuada y de abrigo; pero, sin embargo, había veces en que pensaba con añoranza en mi hogar y me olvidaba del hambre, del terrible frío y de todas las privaciones que hubiesen debido dejarme marcada para siempre. Añoraba a Tom dolorosamente. Echaba en falta a Nuestra Jane, a Keith, al abuelo e incluso a Fanny. Las cartas de Logan hacían que a él no le añorase tanto.

Iba al colegio en autobús, pues llovía todos los días y Kitty no quería comprarme un impermeable ni unas botas. «Pronto llegará el verano», decía, como si no hubiese primavera, y eso me entristecía aún más. La primavera era una estación milagrosa en la montaña; la vida resultaba mejor y las flores silvestres se abrían dando a los

montes una belleza que Candlewick no conocería nunca. En el colegio estudiaba con mucho más empeño que otras alumnas, apresuradamente, para volver a casa y entregarme a las tareas del hogar.

Los muchos televisores que había en las habitaciones eran una tentación constante para mí. Me sentía sola en la casa vacía y, a pesar de la orden de Kitty de no conectar ningún aparato cuando no estuviesen ellos, pronto me aficioné a los seriales televisados. Por la noche soñaba con los personajes. Bueno, ellos tenían todavía más problemas que los Casteel, aunque no de tipo económico, mientras que los nuestros habían estado siempre relacionados con cuestiones de dinero, o al menos así me lo parecía a mí.

Día tras día observaba el cajón de la correspondencia, esperando las cartas de Logan, que llegaban con regularidad, y previendo siempre la tan esperada carta de Tom que no llegaba. Un día, desesperada por no saber de Tom, escribí a Miss Deale, explicándole cómo habíamos sido vendidos por nuestro padre y suplicándole que me ayudase a encontrar a mis hermanos y hermana.

Pasaron semanas, y no llegó ninguna carta de Tom. La que había escrito a Miss Deale me fue devuelta con la nota de «Desconocida en esta dirección».

¡Entonces Logan dejó de escribir! Mi primera idea fue que tenía otra chica. Terriblemente dolida, dejé también de escribirle. Cada día que pasaba sin saber de Logan me hacía pensar que nadie me quería lo suficiente y durante tiempo bastante para que me hiciese bien. Excepto Cal. Él era mi salvador, el único amigo que tenía en el mundo, y cada día puse más confianza en él. La casa silenciosa se animaba cuando llegaba, ponía la televisión y yo podía olvidarme de las tareas domésticas. Empecé a esperarle con impaciencia al irse acercando las seis y tenía la comida casi lista. Me esforzaba en poner bien la mesa y proyectar menús que sabía que a él le gustarían. Pasaba horas preparando sus platos preferidos, sin importarme ya que Kitty engordase a causa de la pasta que tanto le gustaba a él, y también a mí. Cuando el reloj de encima de la repisa de la chimenea daba las seis, aguzaba los oídos para escuchar el ruido de su coche. Y cuando entraba por la puerta de atrás, me apresuraba a tomar su abrigo y gozaba con su saludo ritual que era el mismo cada día:

—Hola, Heaven. ¿Qué hay de nuevo?

Sus sonrisas iluminaban mi vida; sus bromitas me hacían reír. Empecé a verle más grande que a tamaño natural y olvidé todas sus flaquezas en lo tocante a Kitty. Lo que más me complacía era que escuchaba, escuchaba de verdad, cuando yo le hablaba. Veía en él la clase de padre que siempre había deseado, necesitado; que no sólo me quisiese, sino que apreciara también lo que yo era. Él comprendía, nunca criticaba y, se tratase de lo que fuera, siempre se ponía de mi parte. Aunque, con Kitty, eso servía de poco.

—Escribo y escribo, y Fanny no me contesta, Cal. Le he escrito cinco cartas desde que estoy aquí, y ni siquiera he recibido una postal. ¿Tratarías tú de esta manera a una hermana?

—No —dijo él, sonriendo tristemente—, pero se da el caso de que los miembros de mi familia no me escriben, por lo que yo tampoco lo hago, desde que me casé con Kitty, que no acepta competencias en mi afecto.

—Y Tom tampoco se comunica conmigo, aunque Logan le dio mi dirección.

—Tal vez Buck Henry no le deja tiempo para que escriba cartas o impide que las eche al correo.

—Pero sin duda podría encontrar una manera...

—Ten paciencia. Un día encontrarás una carta de Tom en el buzón. Estoy seguro de ello.

Le quise por decir esto; le quise por hacer que me sintiese bonita, por decir que era una buena cocinera, por apreciar todo lo que hacía para mantener limpia la casa. Kitty nunca veía nada de mi trabajo, a menos que lo hiciese mal.

Transcurrieron semanas durante las cuales Cal y yo nos aproximamos más y más, como unos verdaderos padre e hija. (Con frecuencia, Kitty no volvía a casa hasta las diez o las once de la noche). Yo sabía que Cal era lo mejor de mi vida en Candlewick, y estaba dispuesta a hacer algo especial por él. Tenía enorme afición a los platos de fantasía a base de huevos; por consiguiente, iba a preparar, por primera vez en mi vida, lo que él pedía a menudo a Kitty: un *soufflé* de queso. Una dama muy divertida me enseñaba por televisión todo lo referente a la cocina del gourmet.

El día perfecto era el sábado, antes de nuestra excursión a Atlanta para ver una película.

Yo temía fracasar, como me ocurría en la mayoría de mis experimentos; por eso, cuando lo saqué del horno, me sorprendí al ver lo bien que había quedado. Dorado, alto y ligero. ¡Me había salido bien! Si hubiese podido darme una palmada en la espalda, lo habría hecho. Corrí al armario donde se guardaba la vajilla de porcelana, deseando servir el *soufflé* en los platos de lujo que se merecía. Después, bajé hasta la mitad de la escalera del sótano, me incliné sobre la baranda y grité con mi voz más remilgada:

—El almuerzo está servido, Mr. Dennison.

—Subo inmediatamente, Miss Casteel —respondió él.

Nos sentamos en el comedor, donde él contempló con admiración mi alto y maravilloso *soufflé* de queso.

—Bueno, es precioso, Heaven —dijo, probándolo—, y delicioso —añadió, cerrando los ojos para saborearlo—. Mi madre solía hacer *soufflés* de queso sólo para mí; pero no debías tomarte tanto trabajo.

¿Por qué parecía inquieto en su propio comedor, como si nunca hubiese comido antes en él? Miré a mi alrededor, sintiéndome también muy inquieta.

—Ahora tendrás que limpiar muchos platos antes de que vayamos a divertirnos en la ciudad...

Oh, eso era todo.

Nadie se movió nunca con más rapidez de lo que lo hice yo aquella tarde. Metí las

lindas piezas de porcelana en la máquina lavaplatos; mientras ésta funcionaba, subí corriendo al piso de arriba para bañarme y vestirme. Cal estaba listo y me esperaba, sonriéndome; pareció aliviado al ver que el comedor se había convertido de nuevo en una sala de museo. Iba a dirigirme hacia la puerta cuando recordé una cosa.

—Un momento; volveré en seguida. No quisiera que Kitty volviese a casa y se encontrara con que su vajilla de porcelana no está exactamente en su sitio.

Mientras yo terminaba de arreglar las cosas, él decidió volver al sótano para guardar sus propios instrumentos. Entonces, sonó el timbre de la puerta. Recibíamos visitas tan de tarde en tarde que aquel sonido me sobresaltó. Fui rápidamente a abrir. El cartero me sonrió.

—Una carta certificada para Miss Heaven Leigh Casteel —dijo alegremente.

—Sí —asentí, ansiosa, contemplando el montón de cartas que llevaba en la mano.

Extendió una tablilla con un papel. Me tembló la mano al estampar mi retorcida firma.

En cuanto hube cerrado la puerta, me senté en el suelo. El sol que se filtraba a través de los cristales de fantasía de las ventanas contiguas a la puerta iluminó el sobre de una carta que estaba segura me enviaba Tom... Pero no era así; la caligrafía me resultó desconocida.

Queridísima Heaven:

Espero que no te importará mi familiaridad. Estoy segura de que me perdonarás cuando leas las buenas noticias que voy a darte. Tú no conoces mi nombre, y yo no puedo firmar esta carta. Soy la señora que fue a visitaros con su esposo para convertirse en madre de tus encantadores hermanos pequeños.

Recordarás que prometí escribirte y mantener el contacto contigo. No puedo olvidar el gran amor y preocupación que demostraste sentir por tus hermanitos, y te admiro y respeto por ello. Los dos pequeños están estupendamente; creo que se van adaptando muy bien a su nueva familia y ya no echan tanto en falta a la suya verdadera.

Tu padre no quería darme tu dirección; sin embargo, yo insistí, pensando que debía cumplir mi promesa.

Nuestra Jane, como la llamabais vosotros, se ha recobrado de una operación para corregir una hernia diafragmática. Puedes buscar este término en un diccionario médico y sabrás con exactitud la causa de que la pequeña estuviese tan delicada. Te alegrará saber que ahora rebosa salud, aumenta de peso y tiene buen apetito. Está tan sana y normal como cualquier niña de siete años y medio. Tanto ella como Keith toman diariamente todo el zumo de fruta que quieren. Por la noche, dejo una lamparita encendida en sus habitaciones. Asisten a un buen colegio

privado, y todos los días los llevamos y traemos en coche. Tienen muchos amigos.

Keith da pruebas de un gran talento artístico, y a la querida Jane le gusta cantar y escuchar música. Está tomando lecciones de música, y Keith tiene un caballete propio, con todo lo necesario para dibujar y pintar. Posee una habilidad especial para dibujar animales.

Espero haber contestado todo lo que habrías querido preguntarme y haberte dado información suficiente para que no estés preocupada. Tanto mi marido como yo queremos a esos dos chiquillos como si fuesen nuestros. Y creo que ellos nos corresponden en igual medida.

Tu padre dice que ha encontrado buenos hogares para todos sus hijos, y yo rezo para que sea verdad.

En correo aparte te envío fotografías de tus hermanos.

Mis más cordiales saludos para ti.

R.

Así firmaba la carta, con sólo una inicial, y sin ninguna dirección que pudiese orientarme. Mi corazón palpitó con furia cuando volví a contemplar el sobre, tratando de descubrir huellas dactilares, números ocultos y nombres de calles. El matasello correspondía a Washington, D. C. ¿Qué significaba eso? ¿Se habrían marchado de Maryland? ¡Oh, gracias a Dios que los médicos habían descubierto el mal de Nuestra Jane y la habían curado!

Permanecí sentada allí durante un largo rato, pensando en Keith, en Nuestra Jane y en la dama que había tenido la bondad de escribirme. Releí la carta una y otra vez, enjugándome las lágrimas. Era maravilloso saber que Nuestra Jane se encontraba bien y contenta; que ella y Keith tenían todo lo que necesitaban, pero no me gustaba que me dijese que se habían olvidado de mí y de Tom, no me gustaba en absoluto.

—Heaven —dijo Cal, que se había acercado a mí—, ¿prefieres quedarte sentada en el suelo leyendo cartas, en vez de ir al cine?

Me levanté al instante, mostrándole la carta, contándole ansiosamente su contenido aunque él la estaba leyendo ya. Pareció tan complacido como yo. Después, empezó a buscar entre su propia correspondencia.

—Mira, aquí hay otra carta dirigida a Miss Heaven Leigh Casteel —dijo, sonriendo y tendiéndome un pesado sobre de color castaño.

Contenía una docena de instantáneas y tres fotografías tomadas en el estudio de un profesional.

¡Oh, Dios mío! Las instantáneas eran de Keith y Nuestra Jane, jugando sobre el césped de un jardín, detrás de una casa grande y hermosa.

—Fotos Polaroid —me informó Cal, mirando por encima de mi hombro—. Unos chiquillos preciosos.

Contemplé a los dos adorables niños, que llevaban costosas prendas adecuadas para el juego, sentados ambos en un cajón de arena y protegidos por un toldo de colores. Detrás de ellos, había una piscina, con sillas y mesas colocadas sobre los embaldosados bordes. También estaban allí el hombre y la mujer, en traje de baño, sonriendo a Keith y a Nuestra Jane con cariño. ¡Era verano en el lugar donde se hallaban! ¡Verano! ¿Quería decir que estaban en Florida? ¿O en California? ¿O en Arizona? Estudié las otras instantáneas que mostraban a Nuestra Jane riendo mientras Keith la empujaba en un columpio. Otras habían sido tomadas en el bonito dormitorio de mi hermanita, con todos sus juguetes y muñecas. Nuestra Jane durmiendo en una camita caprichosa, con abundancia de volantes, y con un dosel de color rosa. Keith aparecía en su cuarto azul con toda clase de juguetes y de libros ilustrados. Después, abrí una carpeta de lujosa cartulina y vi a Nuestra Jane vestida de gala, llevando puesto un traje rosa de organdí con volantes, rizados los cabellos, como una estrella de cine, sonriendo a quien le estaba haciendo la foto. Había también una fotografía de Keith, luciendo un traje azul muy bonito y una pequeña corbata, y una tercera foto en la que estaban los dos juntos.

—Estas fotografías cuestan mucho dinero —dijo Cal por encima de mi hombro—. Mira cómo van vestidos. Sin duda, son unos niños muy queridos, bien cuidados y felices. Fíjate en el brillo de sus ojos. Unos niños infelices no podrían fingir unas sonrisas que iluminan sus semblantes. Según como lo mires, deberías dar gracias a Dios de que tu padre los vendiese.

No me di cuenta de lo mucho que lloraba hasta que Cal enjugó mis lágrimas apretándome sobre su pecho.

—Vamos, vamos... —me arrulló, reteniéndome en sus brazos y dándome su pañuelo para que me sonase la nariz—. Ahora puedes dormir por la noche sin llorar por ellos. En cuanto tengas noticias de Tom, todo tu mundo se iluminará. Hay muy pocas Kittys en el mundo, Heaven. Siento que tengas que sufrir por su causa..., pero yo estoy aquí. Haré cuanto pueda para protegerte de ella.

Me estrechó con fuerza, de manera que sentí todas las curvas de mi cuerpo apretadas contra el suyo. Me alarmé. ¿Estaba eso bien? ¿Debía apartarme para hacerle comprender que no tenía que hacerlo? Pero, sin duda, no estaría mal, o él no lo habría hecho. Sin embargo, me sentí lo bastante inquieta para empujarle, aunque le sonreí llorosa y me volví para salir, pero antes escondí cuidadosamente la carta y las fotografías. Por alguna razón, no quería que Kitty viese lo adorables que eran los otros dos hijitos de papá.

Aquel sábado fue todavía más especial que los anteriores. Ya podía disfrutar de veras, sabiendo que Nuestra Jane y Keith no sufrían..., y, algún día, también sabría de Tom.

Eran las diez y media cuando Cal y yo volvimos de Atlanta, los dos llegamos bastante cansados por haber querido hacer demasiadas cosas: ver una película de tres horas, comer en un restaurante y hacer algunas compras. Prendas para mí que Cal no

quería que viese Kitty.

—Esos zapatos que llevas me disgustan tanto como a ti. Sin embargo, no dejes que ella vea los nuevos —me advirtió, antes de entrar en el garaje—. Los de lona están bien para el gimnasio, y los Mary Janes que te compró para ir a la iglesia son demasiado infantiles para ti. Guardaré éstos encerrados en un armario de mi taller y te daré un duplicado de la llave. Si yo estuviese en tu lugar, no permitiría que Kitty viese aquella muñeca o cualquier otra cosa que haya pertenecido a tu madre. Me avergüenza decir que siente un odio anormal por aquella pobre niña muerta que no podía saber que le estaba quitando a Kitty el único hombre a quien ésta podía amar realmente.

Eso era doloroso, muy doloroso. Volví mis grandes ojos tristes en su dirección.

—Ella te ama, Cal. Sé que te ama.

—No, no me ama, Heaven. Me necesita de vez en cuando, para jactarse de su «presa», un universitario, «su hombre», como suele decir a menudo. Pero no me quiere. Debajo de todas esas exageradas curvas femeninas se oculta un alma mezquina y fría que odia a los hombres..., a todos los hombres. Tal vez tu padre fue el causante de que ella reaccione así, no lo sé. Pero la compadezco. Durante años he tratado de ayudarla a superar su traumatizada infancia. Su padre y su madre la pegaban, obligándola a meterse en agua muy caliente para matar sus pecados y atándola a la cama para que no se fuese con algún muchacho. Entonces, en cuanto se vio libre, se escapó con el primer hombre que encontró. Ahora he renunciado a mi empeño. Estoy aguantando hasta que llegue el día en que no pueda soportarlo más. Entonces, me marcharé.

—¡Pero tú dijiste que la querías! —grité.

¿No se había quedado porque la amaba? ¿Podía ser la compasión lo mismo que el amor?

—Entremos —dijo con brusquedad—. Allí está el coche de Kitty. Ha vuelto ya, y va a armar el gran follón. No digas nada. Déjame hablar a mí.

Kitty estaba en la cocina, paseando de un lado a otro.

—¡Bien! —gritó cuando entramos por la puerta de atrás—. ¿Dónde habéis estado? ¿De qué os sentís culpables? ¿Qué habéis estado haciendo?

—Fuimos al cine —contestó Cal, pasando junto a ella y encaminándose a la escalera—. Comimos en uno de esos restaurantes que a ti no parecen gustarte. Ahora, nos iremos a la cama. Sugiero que le des las buenas noches a Heaven, que debe estar tan cansada como yo después de limpiar la casa antes del mediodía.

—¡No ha hecho nada de lo que puse en la lista! —Saltó Kitty—. ¡Salió contigo y dejó todo patas arriba!

Tenía razón. En realidad, no había limpiado mucho la casa, porque nada parecía haberse ensuciado y ella raras veces se tomaba el trabajo de comprobarlo.

Traté de seguir a Cal, pero Kitty alargó una mano y me agarró del brazo. Cal no miró hacia atrás.

—¡Maldita estúpida! —Silbó—. Metiste mis piezas de porcelana en el lavavajillas, ¿verdad? ¿No sabes que nunca empleo mi Royal Dalton y Lenox a menos que tengamos invitados? ¡No es para usarla a diario! ¡Has desportillado dos platos! Has amontonado las tazas ¡y roto el asa de una de ellas! ¡Y has rajado otra! ¿No te tengo dicho que no debes apilar las tazas, sino colgarlas?

—No, no me habías dicho eso, sólo que no las metiese una dentro de otra.

—¡Te lo dije! ¡Te lo advertí! ¡Nunca debes hacer lo que yo te digo que no hagas! Tres cachetes.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

Tres cachetes.

—¿No viste los ganchos debajo de los estantes?

Claro que había visto los ganchos, pero no sabía para qué servían. Ella no había colgado las tazas allí. Traté de explicarme, de pedir disculpas, prometiendo pagar los platos rotos. Me lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Cómo vas a hacerlo, imbécil? Esos platos cuestan ochenta y cinco dólares cada juego individual. ¿De dónde vas a sacar tanto dinero?

Me quedé aterrada. ¡Ochenta y cinco dólares! ¿Cómo podía yo saber que aquellos platos de fantasía se usaban sólo para ser mirados y no para comer en ellos?

—¡Maldita imbécil! Era lo mejor que tenía. Había tardado años en poder pagar todas esas tazas, platos, fuentes y demás... Y ahora vienes tú y lo destrozas todo... ¡Maldita idiota, escoria de la montaña!

Me dolía la presa que había hecho en mi brazo. Traté de liberarlo.

—No volveré a hacerlo, madre. ¡Lo juro!

—¡Claro que no volverás a hacerlo!

¡Zas! Me golpeó la cara una, dos, tres veces.

Me eché hacia atrás, tambaleándome; sentí que un ojo empezaba a hincharse y que mi nariz sangraba a causa de unos puñetazos dignos de un boxeador.

—Ahora, sube a tu habitación. Te quedarás en ella todo el día de mañana, con la puerta cerrada. No irás a la iglesia ni comerás hasta que puedas convencerme de que es cierto que sientes haber estropeado mis mejores cosas, que sólo podían lavarse a mano.

Subí la escalera, sollozando, para ir a la pequeña habitación amueblada a mi gusto y al de Cal, oyendo cómo Kitty maldecía detrás de mí y decía unas cosas tan horribles sobre la escoria y la basura de la montaña que pensé que sus palabras quedarían grabadas en mi cerebro para siempre. En el pasillo tropecé con Cal.

—¡Oh, Dios mío! —gimió al ver mi cara—. ¿Por qué?

—Desportillé sus mejores platos..., rompí el asa de una taza..., puse en la máquina sus cuchillos con mango de madera...

Él echó a andar, bajó la escalera y, por primera vez, le oí levantar la voz.

—Kitty, el hecho de que te maltratasen cuando eras niña no es razón para que tú lo hagas con una muchacha que trata de hacer las cosas lo mejor posible.

—No me quieres —sollozó ella.

—Claro que te quiero.

—¡NO, NO ME QUIERES! ¡Crees que estoy loca! Cuando sea vieja y fea me abandonarás. Te casarás con cualquier otra mujer más joven que yo.

—Por favor, Kitty, no me vengas otra vez con eso.

—Cal..., yo no quise hacerlo. No quiero hacerle daño. Ni hacértelo a ti. Sé que en realidad no es mala..., sólo que hay algo en ella... Y algo en mí..., que no comprendo... Esta noche estoy ansiosa, Cal.

¡Señor! Lo que pasaba detrás de la pared de su dormitorio me había enseñado demasiado bien la causa por la que él seguía aguantando, a pesar de todas las maneras que ella tenía de castrarle.

En aquella habitación, con la puerta cerrada con llave, Cal era como masilla en sus manos. Ella no le amorataba un ojo, ni le hacía sangrar la nariz. Antes al contrario, él aparecía sonriendo por la mañana, le brillaban los ojos y andaba con ligereza.

El día siguiente era domingo, y Kitty me perdonó el haber desportillado sus platos de porcelana, roto el asa de una taza y estropeado un costoso cuchillo..., ya que volvía a tener a Cal bajo su férula. Sin embargo, cuando él y yo estábamos en el coche, esperando a que Kitty acabase de comprobar si me había olvidado de hacer alguna cosa, me dijo sin mirarme:

—Te prometo hacer todo lo que pueda para ayudarte a encontrar a Tom. Y cuando estés en condiciones de ir a Boston para visitar a los parientes de tu madre, yo mismo haré algún trabajo detectivesco o pagaré a otros para que averigüen el paradero de la familia de aquélla. Debieron de ser muy ricos, pues he oído decir que una muñeca-retrato de Tatterton, cuesta varios miles de dólares. Un día debes mostrarme esa muñeca, Heaven; el día en que confíes en mí plenamente.

Para demostrarle lo mucho que confiaba en él, bajé con Cal al sótano aquella misma tarde, mientras Kitty dormía la siesta en el piso de arriba. Primero tuve que meter un montón de ropa de Kitty en la lavadora, y, mientras estaba funcionando, abrí mi preciosa maleta de los sueños y saqué, amorosamente, la muñeca.

—Vuélvete de espaldas —ordené—, para que pueda arreglarle el vestido y poner en orden sus cabellos... Ahora puedes mirar y decirme qué te parece.

Él pareció pasmado al ver la muñeca vestida de novia, con sus largos cabellos de oro con reflejos de plata. Durante un largo momento se quedó sin hablar.

—Bueno, ésta eres tú con los cabellos rubios —dijo al cabo de un rato—. ¡Qué hermosa debía ser tu madre! Pero tú eres igualmente adorable...

Con apresuramiento, envolví la muñeca de nuevo y la guardé. Por alguna razón me sentía muy turbada. ¿Por qué, después de ver la muñeca, me miró Cal como si no me hubiese visto nunca antes?

¡Había tantas cosas que yo no sabía! Tantas cosas que me mantenían despierta por la noche en la pequeña habitación, todavía ocupada en gran parte por todos los

objetos que Kitty se negaba a sacar de allí. Kitty y Cal discutían de nuevo acerca de mí.

—¡No vuelvas a decirme que no! —dijo Cal, en voz baja pero intensa—. La noche pasada me dijiste que me querías todos los días, todas las noches. Y ahora me echas a patadas. Soy tu marido.

—No puedo permitirte. Ella está en la habitación contigua. Donde tú querías que estuviese.

—¡TÚ la metiste en nuestra cama! Para mí, ¡es como si todavía permaneciese entre los dos!

—Yo he estado ahí; las paredes no son lo bastante gruesas. Me cohíbe pensar que ella puede oírnos.

—Por eso tenemos que retirar de allí todas tus cosas. Entonces podremos poner su cama junto a la otra pared, mucho más lejos de lo que está ahora. Tienes un horno grande en tu clase. Y también podemos quitar todos los otros trastos.

—¡No son trastos! ¡Deja de llamar a mis cosas así!

—Está bien. No son trastos.

—Las únicas veces que puedo conseguir que te animes es cuando la defiendes a ella...

—Bueno, Kitty, no pensaba que quisieras que me animase.

—Te burlas de mí. Siempre te burlas de mí diciendo eso, cuando sabes muy bien lo que quiero decir...

—No; ojalá estuviese enterado de lo que te propones realmente. Ojalá supiese quién y cómo eres, las ideas que bullen debajo de esos cabellos rojos...

—¡No son rojos! ¡Son cobrizos! Ticiano... —dijo ella, muy acalorada.

—Está bien, llámalos como quieras. Pero te diré una cosa: si vuelves a pegar a Heaven y veo, al llegar a casa, que sangra por la nariz o tiene contusiones en la cara o los ojos amoratados..., te abandonaré.

—¡Cal! ¡No digas eso! ¡Yo te amo, te amo! No me hagas llorar..., no podría vivir sin ti. No la pegaré, te lo prometo. En realidad, no quiero hacerlo...

—Entonces, ¿por qué?

—No lo sé. Ella es bonita, joven..., y yo me estoy haciendo vieja. Pronto tendré treinta y seis años, y ya no estaré lejos de los cuarenta. La vida no va a ser buena conmigo después de los cuarenta, Cal.

—Claro que lo será.

Su voz era más suave, más comprensiva.

—Eres hermosa, Kitty, y mejoras cada año que pasa. No parece tener más de treinta.

—¡Quiero que parezcan veinte! —gritó ella.

—Buenas noches, Kitty —dijo él, con cierto tono de disgusto—. Yo tampoco volveré a tener los veinte años, pero no me aflijo por ello. ¿Qué tenías tú a esa edad, salvo inseguridad? Ahora, sabes quién y cómo eres. ¿No es un alivio?

No; saberlo, por lo visto, resultaba horrible para Kitty.

Sin embargo, aquel verano, para celebrar el traumático trigésimo sexto cumpleaños de Kitty, Cal reservó habitaciones en un buen hotel próximo a la playa, y, en agosto, el mes del león, nos hallábamos los tres debajo de una sombrilla playera. Kitty causó sensación en la playa con su breve bikini de color rosa. Se negó a abandonar la sombra del llamativo quitasol a rayas rojas.

—La piel es delicada, se quema con facilidad... Pero id vosotros, Heaven, Cal. No os preocupéis por mí. Permaneceré sentada aquí, aguantando, mientras vosotros os divertís.

—¿Por qué no me dijiste que no querías venir a la playa?

—No me lo preguntaste.

—Pero yo pensaba que te gustaba nadar y tomar baños de sol...

—Eso demuestra lo que sabes de mí: nada.

Nadie podía divertirse cuando Kitty no lo hacía.

Aquellas vacaciones fueron un fracaso, cuando habrían podido ser muy divertidas si Kitty hubiese querido compartir el agua con nosotros; pero convirtió la celebración de su cumpleaños en una tortura.

El día que volvimos de las vacaciones, Kitty hizo que me sentara a la mesa de la cocina y, con los adminículos de su voluminoso estuche, empezó a hacer mi primera manicura. Yo sentía vergüenza de mis uñas cortas y rotas, al mismo tiempo que admiraba las suyas, largas y perfectamente cuidadas, con todas las cutículas eliminadas y sin una sola melladura..., ¡ni una sola! Agucé los oídos al iniciar ella su lección sobre la manera de tener unas uñas tan bonitas como las suyas.

—Tienes que dejar de mordértelas, y aprender a portarte como una mujer. Las chicas de la montaña no adquieren, de manera natural, los modales que debe tener una mujer. Bueno, hacerse una mujer requiere tiempo, práctica y mucha paciencia con los hombres.

El acondicionador de aire producía un zumbido suave e hipnótico mientras ella seguía hablando.

—Todos los hombres son iguales, ¿sabes?, incluso los de labia más dulce. Como Cal. Todos quieren lo mismo y, como eres una chica de la montaña, sabes muy bien qué es. Se mueren por acostarse contigo y, cuando lo han conseguido, si concibes un crío, se desentienden del asunto. Dicen que no es suyo, aunque sí lo sea. Si te contagian una enfermedad les importa un bledo. En fin, atiende mi consejo y no escuches a los muchachos de pico de oro..., o a los hombres, incluido el mío.

Kitty acabó de pintarme las uñas de un rosa brillante.

—Ya está. Tienen mejor aspecto, ahora que no necesitas restregar sobre una tabla de lavar o emplear lejía. Los nudillos ya no están rojos. Y la cara se ha curado, no ha sufrido ningún daño, ¿verdad?

—No.

—No, ¿qué?

—No, madre.

—¿Me quieres?

—Sí, madre.

—No me quitarías nada que fuese mío, ¿verdad?

—No, madre.

Kitty se levantó para marcharse.

—Me espera otro día duro de estar en pie. Tengo que esclavizarme para hacer que las otras mujeres parezcan bellas.

Suspiró profundamente y miró sus tacones de doce centímetros. Tenía los pies muy pequeños para su estatura; como su cintura, parecían más propios de una mujer bajita y delicada.

—Madre, ¿por qué no te pones unos zapatos bajos para trabajar? Es una pena que tengas que sufrir con unos tacones tan altos como éstos.

Kitty miró con desdén mis pies descalzos. Traté de esconderlos debajo de la falda, que llegaba hasta el suelo cuando estaba sentada.

—Los zapatos que llevas puestos dicen a la gente el material del que estás hecha. Yo estoy hecha del mejor: el acero. Puedo soportar el dolor, el sufrimiento..., mientras que tú no puedes.

Era una manera loca de pensar. Me juré a mí misma no volver a mencionar sus lastimosos y exiguos zapatos, que le torcían los dedos de los pies de tal manera que después no podía enderezarlos. Por mí, podían dolerle los pies... ¿Qué me importaba?

Los días de verano fueron de mucho trabajo en la casa y en la cocina, aunque los sábados los pasaba bien. Pronto aparecieron señales anunciadoras del otoño, y los escaparates se llenaron de artículos escolares, así como de suéters y faldas, abrigos y botas. Yo llevaba ocho meses allí y, aunque Logan había empezado a escribirme de nuevo, seguía sin tener noticias de Tom. Eso me dolía tanto que empecé a pensar que era mejor perder toda esperanza de recibirlas..., cuando hete aquí que encontré una carta en el buzón.

¡Oh, Thomas Luke, que alegría al ver tu escritura, qué alegría! ¡Dame buenas noticias, por favor!

Con la carta en la mano, era casi como si tuviese a Tom a mi lado. Corrí a sentarme y abrí cuidadosamente el sobre, para no rasgar la dirección del remitente. Me escribía con el sabor de la montaña, pero añadiendo un elemento nuevo..., algo que me pilló por sorpresa e hizo que, a pesar mío, sintiese celos.

Querida Heavenly:

Bueno, espero que recibas esta carta. Me he devanado los sesos

escribiéndote, ¡y nunca he recibido tu respuesta! Veo a Logan de vez en cuando, y él insiste en que te escriba. Lo hago, pero no sé lo que ocurre con mis cartas; por consiguiente, seguiré probando.

Ante todo, Heavenly, quiero que sepas que estoy muy bien. Mr. Henry no es cruel ni mezquino como sin duda pensabas, pero sabe sacar el mejor partido de uno.

Vivo en su casa de campo, que tiene doce habitaciones. Una de ellas es la mía. Es una bonita habitación, limpia y hermosa en su sencillez. Él tiene dos hijas; una se llama Laurie y tiene trece años, y la otra se llama Thalia y tiene dieciséis. Las dos son bonitas y tan buenas que, en realidad, no sé cual me gusta más. Laurie es más divertida; Thalia es seria y piensa más en todo. Les he hablado de ti y ambas dicen que tienen muchas ganas de conocerte.

Logan me informó de la operación de Nuestra Jane y de lo bien que se encuentra, y de que también Keith está bien y contento. Ya supondrás que eso me ha quitado un gran peso de encima. Lo que me preocupa es que, según Logan, hablas muy poco de ti misma. Por favor, escíbeme y cuéntame lo que ha ocurrido desde la última vez que estuvimos juntos. Te echo terriblemente en falta. Sueño contigo. Añoro los montes, los bosques, las cosas divertidas que solíamos hacer. Nuestras charlas sobre nuestros sueños, y tantas otras cosas. Lo único que no añoro es el hambre, el frío y las privaciones. Aquí tengo montones de ropa buena y de abrigo, y me sobra la comida, sobretodo la leche (imagínate) y el queso a todas horas.

Te escribiría una carta de doscientas páginas si no tuviese que terminar tantas labores antes de irme a la cama. Pero no te preocupes, por favor. Estoy bien, y algún día, a no tardar, volveremos a encontrarnos.

Te quiere, tu hermano,

TOM

Permanecí sentada pensando en Tom mucho tiempo, después de haber terminado de leer la carta. Más tarde, la escondí junto con las de Logan. ¿Habría impedido Kitty, de algún modo, que las cartas de Tom llegasen a mi poder? En realidad, era imposible, porque yo estaba en casa todos los días mientras ella trabajaba, y era yo quien entraba la correspondencia casi a diario. Miré a mi alrededor en mi atestada habitación y supe que Kitty había estado revolviéndolo todo. En realidad, no era mi habitación, ya que Kitty guardaba sus «cosas» encerradas en aquellos armarios y, evidentemente, revisaba todas mis pertenencias. Su gran torno de alfarero se hallaba en un rincón, y en todas partes había estantes, llenos de chucherías, que habrían sido más adecuados para mis libros. Pero a Kitty no le interesaba tener libros en sus estantes. Me senté delante de mi mesita y empecé a contestar la carta de Tom. Todas

las mentiras que yo le había contado a Logan convencerían también a Tom de que Kitty era una madre angelical, la mejor que habría podido encontrar..., pero no necesitaba decir mentiras acerca de Cal, que *era* el mejor padre posible.

Es realmente maravilloso, Tom. Cada vez que lo miro, pienso que es como hubiese debido ser papá. Resulta estupendo saber que al fin tengo un verdadero padre al que puedo querer y que me quiere. Por consiguiente, no te preocupes por mí. Y no olvides que un día vas a ser presidente... Y no de una empresa de productos lácteos.

Ya que había tenido noticias de Tom, sabía que Nuestra Jane y Keith eran felices, y Logan me había escrito que Fanny estaba gozando como nunca en su vida; ¿de qué tenía que preocuparme? De nada. De nada en absoluto...

Latidos del corazón

La luz mañanera de la ciudad me encontró despierta a eso de las seis, siendo así que antaño me levantaba al amanecer para empezar mi jornada. Tomé una rápida ducha en el otro cuarto de baño, el de la planta baja, me puse ropa limpia y empecé a desayunar. Esperaba con ilusión volver al colegio y reanudar mis descuidadas amistades. Sin saberlo Kitty, tenía un traje nuevo que me sentaba a la perfección. Cal había pagado demasiado por él, pero yo lo lucía con orgullo. Veía que los muchachos me miraban con muchísimo más interés ya que mi figura no quedaba oculta por la holgada tela. Por primera vez en mi vida empecé a sentir el poder que tienen las mujeres sobre el sexo contrario, por el solo hecho de ser hembras y bonitas.

Podía perderme en clase escuchando a la profesora cuando hablaba de personas eminentes que habían dejado sus huellas en la Historia. ¿Pasaban los historiadores por alto los defectos de carácter, sólo para ayudar a los estudiosos como yo a redoblar siempre su esfuerzo? ¿Dejaría yo una huella? ¿La dejaría Tom? ¿Por qué me sentía tan impulsada a ponerme a prueba? Miss Deale había hecho siempre que la gente del pasado pareciese humana, falible, y eso nos había dado esperanza tanto a Tom como a mí.

Hice nuevas amistades que no comprendían, como no lo habían comprendido mis viejas amigas, que no pudiese invitarlas a mi casa.

—¿Cómo es tu madre? Bueno, es una mujer de bandera. Y tu padre... ¡Uy, qué hombre!

—¿Verdad que es estupendo? —decía yo, con orgullo.

Era curiosa la manera que tenían de mirarme. Las profesoras me trataban con una consideración especial, como si Kitty les hubiese dicho que yo era una montañesa torpe y que no podía tener mucha inteligencia. Estudiaba como una loca para demostrarles que aquello no era verdad, y, en seguida, me gané su respeto. Era especialmente buena en mecanografía. Me pasaba horas y horas escribiendo cartas a máquina..., cuando Kitty no se encontraba en casa. Si ella estaba, el tecleo de la máquina de escribir le producía dolor de cabeza. Todo daba dolor de cabeza a Kitty.

Cal cuidaba de que yo tuviese docenas de lindos vestidos, faldas y blusas, pantalones, *shorts*, trajes de baño; prendas que Cal y yo elegíamos cuando íbamos de compras en Atlanta, y que él guardaba encerradas bajo llave en uno de los armarios del sótano que Kitty creía que sólo contenían instrumentos peligrosos. Ella temía al equipo electrónico casi tanto como a los insectos. En un pequeño armario del pasillo destinado a guardar equipo de limpieza, los feos y demasiado holgados vestidos, elegidos por Kitty para mí, pendían junto a la aspiradora, las bayetas, las escobas, los cubos y otros trastos.

También había un armario en mi dormitorio, pero siempre estaba cerrado.

Aunque tuviese la ropa adecuada, debía rehusar las invitaciones que me hacían, pues tenía que volver a casa lo más rápidamente posible para terminar de limpiar la blanca vivienda que tantos cuidados requería. El trabajo del hogar me estaba robando la juventud. Aborrecía los cientos de plantas de interior que tanta atención necesitaban; odiaba las adornadas y elefantinas mesas, con sus tontas gemas de imitación, que tenían que ser lavadas con sumo cuidado y brillantadas. Si todas las mesas no hubiesen estado tan llenas de objetos, habría podido limpiar el polvo con rapidez; pero tenía que levantar y cambiar de sitio cada pieza, poniendo cuidado de no rascar la madera. Después, debía correr a doblar la ropa interior de Kitty, colgar sus vestidos y sus blusas, guardar las toallas en el armario y asegurarme de que sólo los extremos doblados asomasen en la parte de delante. Kitty tenía mil normas para mantener su casa como una sala de exposiciones. Y sólo sus «chicas» venían a admirarla.

La tarde de los sábados pesaba más que todos los malos tratos a los que Kitty me consideraba acreedora. Los duros y brutales cachetes que me prodigaba con motivo del más insignificante error, las crueles palabras encaminadas a destruir la confianza en mí misma, eran más que compensados por las películas, las deliciosas comidas en el restaurante, las visitas a los parques de atracciones cuando el día no era demasiado frío o lluvioso. En el zoo, Cal y yo arrojábamos cacahuetes a los elefantes y granos de maíz a los patos salvajes, a los cisnes y a los gansos que llegaban corriendo desde el lago. Yo me había entendido siempre con los animales, y a Cal le entusiasmaba mi habilidad en hablar con los pollos, los patos, las ocas e incluso los elefantes.

—¿Cuál es tu secreto? —bromeó él al ver que una cebra, de aire arisco, husmeaba la palma de mi mano buscando una golosina—. No vienen corriendo a mí como lo hacen contigo.

—No lo sé —le respondí con una débil y triste sonrisa, pues Tom solía preguntarme lo mismo—. Me gustan los animales y tal vez ellos lo comprenden de alguna manera misteriosa.

Entonces le hablé de los días en que me había dedicado a robar y en que ciertos perros guardianes no se habían dejado seducir por mis habilidades.

Llegó el verdadero otoño, con vientos fríos que se llevaban las hojas de los árboles y me traían tristes recuerdos de la montaña y del abuelo. Logan me había dado, en una de sus cartas, la dirección de la residencia donde papá había internado al abuelo y eso me decidió a escribirle. Cierto que no sabía leer, pero pensé que alguien podría leerle mi carta. Me preguntaba si Fanny iría a verle alguna vez, si papá aparecería de vez en cuando por Winnerrow para visitarles, a ella y a su padre. Me preguntaba tantas cosas que, a veces, andaba de un lado a otro como aturdida, como si la mejor parte de mí estuviese todavía en los Willies.

Plantaba tulipanes, narcisos, lirios y azafranes, siempre con la ayuda de Cal, mientras Kitty permanecía sentada en la sombra supervisando la operación.

—Hazlo como es debido. No eches a perder los seiscientos dólares que me han costado esos bulbos holandeses. Pobre de ti si lo haces, escoria de la montaña.

—Kitty, si vuelves a llamarla así, arrojaré sobre tu falda todas estas lombrices que hemos sacado del suelo —la amenazó Cal.

Ella se puso en pie de inmediato y entró corriendo en la casa, haciendo que Cal y yo riésemos al cruzarse nuestras miradas. Él alargó la mano enguantada y me tocó la cara.

—¿Por qué no tienes tú miedo a las lombrices, las cucarachas y las arañas? ¿Hablas su lenguaje también?

—No. Odio a todos esos bichos tanto como Kitty, pero no me asustan como a ella.

—¿Prometes que me llamarás a mi lugar de trabajo si las cosas se ponen demasiado difíciles aquí? No permitas que vuelva a hacerte daño. ¿Me lo prometes?

Asentí con la cabeza y, durante un breve instante, me estrechó sobre su pecho y pude oír los fuertes latidos de su corazón. Después, levanté la mirada y vi que Kitty nos estaba mirando fijamente desde la ventana. Me aparté, fingiendo que él sólo había estado cuidando mi mano herida...

—Nos está observando, Cal.

—No me importa.

—A mí sí. Puedo llamarte, pero necesitas tiempo para venir a casa y es posible que, cuando llegues, ya me haya despellejado la espalda.

Él me miró durante largo rato, como si nunca la hubiera creído capaz de hacer tal cosa y en ese momento hubiese cambiado de opinión. La aprensión permanecía en sus ojos cuando guardamos nuestras herramientas de jardinería y entramos en la casa, donde encontramos a Kitty dormida en un sillón.

Entonces, vinieron las noches. En definitiva, no tuve que tratar de no escuchar, pues Cal abandonó todo intento de discutir con Kitty y dejó de besarla con apasionamiento, limitándose a rozarle la mejilla con los labios, como si ya no la deseara. Yo sentía crecer su furia interior y su frustración, al mismo tiempo que las mías.

El Día de Acción de Gracias asé mi primer pavo comprado en la tienda, para que Kitty pudiese invitar a sus «chicas» y jactarse de *su* arte culinario.

—No tiene importancia —decía una y otra vez, cuando ellas encomiaban sus dotes de ama de casa y de cocinera—. Y tengo tan poco tiempo... Heaven me ayuda un poco —declaró generosamente mientras yo servía la mesa—, pero ya sabéis cómo son las muchachas..., perezosas, sin que nada les interese salvo los chicos.

Llegó Navidad, con mezquinos regalos de Kitty y caros y secretos obsequios de Cal. Los dos asistieron a muchas fiestas, dejándome sola en casa, viendo la televisión. Sólo entonces me enteré de que Kitty tenía un problema con la bebida. Una copa provocaba en ella una reacción en cadena, de modo que tenía que beber más y más, y, muchas veces, Cal tuvo que subirla a cuestas a su habitación, desnudarla y meterla en

la cama, incluso con mi ayuda.

Me producía una extraña impresión al desnudar a una mujer desvalida con ayuda de su marido, una acción íntima que hacía que me sintiese inquieta. Sin embargo, un lazo silencioso pero firme nos unía a Cal y a mí. Sus ojos se encontraban con los míos y los míos se encontraban con los de él.

Él me quería, yo sabía que me quería..., y por la noche, cuando me acurrucaba en mi cama, sentía su presencia protectora guardando mi sueño.

Un hermoso sábado de finales de febrero, él y yo celebramos mi decimosexto cumpleaños. Hacía un año y más de un mes que vivía con él y Kitty. Sabía que Cal no era como un verdadero padre, ni como un tío, ni como cualquier hombre que hubiese conocido hasta entonces. Era alguien que necesitaba una amistad y una familia a la que amar con tanta intensidad como yo, y se inclinaba por la hembra que estaba más cerca y a su alcance. Nunca me reñía ni me criticaba; jamás me hablaba con dureza, como solía hacer Kitty.

Cal y yo éramos amigos. Yo sabía que lo quería. Él representaba para mí lo que nunca había tenido, un hombre que me amaba, que me necesitaba, que me comprendía, y por el que yo habría dado la vida de buen grado.

Como regalo de cumpleaños me compró medias de nilón y zapatos de tacón alto, que yo me ejercitaba en llevar cuando Kitty no estaba en casa. Era como aprender a andar de nuevo, sobre unas piernas nuevas y más largas. Con las medias puestas y los tacones altos, tenía plena conciencia de mis piernas, pensaba que eran magníficas y las alargaba inconscientemente para que todos pudiesen admirarlas. Eso hacía reír a Cal. Desde luego, tenía que esconder los zapatos y las medias, con todos mis otros vestidos nuevos, en el sótano, al que Kitty nunca bajaba sola.

La primavera llegó con rapidez a Atlanta. Debido a los grandes esfuerzos de Cal y míos, teníamos el jardín más espectacular de Candlewick. Un bello lugar del que Kitty no podía disfrutar porque las abejas revoloteaban sobre las flores, las hormigas se arrastraban por el suelo y algunas orugas geómetras pendían de hilos finísimos y se enredaban en los cabellos. Una vez, Kitty estuvo a punto de romperse el cuello al sacudir una de ellas de su hombro, chillando desafortunadamente.

Kitty tenía miedo de los lugares oscuros, donde podían esconderse arañas o cucarachas. Las hormigas le daban pánico en el jardín; en la cocina, faltaba poco para que le produjesen ataques al corazón. Una mosca posándose en su brazo la hacía gritar, y si había un mosquito en la habitación, no pegaba ojo en toda la noche y nos mantenía despiertos a todos, quejándose del zumbido de aquel «maldito bicho».

Le daba miedo la oscuridad. Le daban miedo los gusanos, la suciedad, el polvo, los gérmenes, las enfermedades y otras mil cosas en las que yo nunca había pensado.

Cuando se ponía demasiado pesada con sus múltiples exigencias, yo corría a mi habitación, me tumbaba en la cama, cogía un libro que había traído a casa de la

biblioteca del colegio... Y me perdía en el mundo de *Jane Eyre* o de *Cumbres borrascosas*. Releí estos dos libros antes de ir a la biblioteca y buscar una biografía de las hermanas Brontë.

Poco a poco, iba haciendo que retrocediesen los pequeños objetos de cerámica de Kitty, en favor de mi colección de libros, que eran como un tesoro para mí. Había subido la muñeca del sótano, y todos los días la sacaba del último cajón y contemplaba su linda carita, resuelta a encontrar un día a los parientes de mi madre.

De cuando en cuando, también me ponía alguno de los vestidos de mi madre, pero eran viejos, delicados, y decidí que era mejor dejarlos desplegados y lo más planos posible, y guardarlos para el día en que fuese a Boston.

Tom me escribía largas cartas, y Logan lo hacía de cuando en cuando, casi sin decirme nada. Por mi parte, seguía escribiendo a Fanny, aunque ésta no me respondía. Mi mundo era tan cerrado, tan restringido, que empecé a sentirme desconectada de todos..., de todos excepto de Cal.

Sin embargo, mi vida se había hecho más fácil en muchos aspectos. Las tareas domésticas, que un día me habían aterrorizado por la complejidad de las instrucciones, ya no me resultaban tan abrumadoras. Igual habría podido nacer con una batidora en una mano y una aspiradora en la otra. La electricidad ya formaba parte de mi vida y, si he de ser sincera, tenía la impresión de que siempre había sido así. Cal se me aparecía cada día más como mi salvador, mi amigo, mi compañero y mi confidente. Era mi tutor, mi padre, mi pareja en los cines y los restaurantes; tenía que serlo, ahora que los chicos del colegio habían dejado de invitarme a los bailes o al cine. Cómo podía dejarle solo si una vez me había dicho: «Heaven, si te citas con otros para ir al cine, ¿con quién iría yo? Kitty aborrece las películas, y a mí me divierten; ella odia los restaurantes que a mí me gustan. Por favor, no me abandones por unos muchachos que no te apreciarán como yo... Deja que te lleve al cine. A ellos no les necesitas, ¿verdad?».

Esta pregunta hacía que me sintiese muy culpable, como si le traicionase al pensar en acudir a una cita. Muchas veces traté de pensar que Logan me era tan fiel como yo a él... Y, sin embargo, no podía dejar de preguntarme si lo sería. Al cabo de un tiempo dejé de mirar a los chicos, pensando que era mala cosa animarles y quizá perder al único amigo que tenía de fiar.

Para complacer a Cal hacía lo que él quería, iba adonde él deseaba, llevaba lo que le agradaba y me peinaba como le gustaba a él. Y mientras tanto, crecía y crecía mi resentimiento contra Kitty. Por causa de ella, él se estaba volviendo hacia mí. Era un hombre maravilloso, y, sin embargo, hacía que me sintiese extraña, culpable, sobretudo cuando se pintaba en sus ojos aquella mirada candente, como si yo le gustase mucho..., demasiado tal vez.

Mis amigas del colegio empezaron a mirarme de una manera extraña. ¿Sabían que salía con Cal?

—¿Tienes un amigo fuera de aquí? —me preguntó Florence, mi mejor amiga—.

Háblame de él. ¿Le dejas..., bueno, ya sabes... llegar hasta el fin?

—¡No! —la respondí, indignada—. Además, no tengo ningún amigo.

—¡Vaya si lo tienes! ¡Tu rubor te ha delatado!

¿Me había ruborizado?

Volví a casa a quitar el polvo con el plumero y la aspiradora, a regar los cientos de plantas, a realizar las interminables tareas, y en ningún momento dejé de pensar en la causa de mi rubor. Algo excitante se estaba produciendo en mi cuerpo, despertándolo, provocándome estremecimientos inesperados en los momentos más inesperados. Una vez me miré en el espejo del cuarto de baño, llevando sólo un bikini, y este mero hecho me produjo una reacción sexual. Eso me asustó e hizo que me sintiese ruin, al pensar que podía emocionarme con sólo verme ligeramente vestida. Nunca tendría el abultado pecho de que tan orgullosa estaba Kitty; pero el que tenía me parecía más que adecuado. Mi cintura había adelgazado y sólo medía cincuenta y nueve centímetros, aunque parecía que nunca rebasaría el metro sesenta y nueve que tenía de estatura. Bastante alta, me dije. No quería ser una gigante como Kitty.

Meses antes de su temido trigésimo séptimo aniversario, Kitty empezó a mirar los calendarios, tan afligida por el anuncio de la madurez, que se sumió en un estado de depresión profunda. Cuando Kitty se encontraba así, Cal y yo teníamos que reflejar sus sentimientos, so pena de que nos acusara de insensibilidad e indiferencia. Él, que no cesaba de desearla, se sentía terriblemente frustrado cuando Kitty, después de incitarle y provocarle, le gritaba: ¡NO, NO, NO!

—Ahora no... Mañana por la noche...

—¿Por qué no me dices *nunca*, si eso es lo que quieres? —gritó él.

Y bajó al sótano para manejar su sierra eléctrica y romper alguna cosa en vez de dañarla a ella.

Seguí a Kitty al cuarto de baño, esperando poder hablar con ella de mujer a mujer; pero ella estaba demasiado preocupada mirándose al espejo.

—Odio hacerme vieja —gimió.

Se miró más de cerca en un espejo de mano, mientras las luces teatrales del cuarto hacían resaltar las diminutas arrugas que ella consideraba escandalosas.

—No veo ninguna pata de gallo, madre —le dije con sinceridad, sintiendo crecer mi aprecio por ella cuando se portaba más o menos como un ser humano normal.

Si a veces daba yo un resbalón y la llamaba Kitty, ya no me corregía. Sin embargo, yo seguía recelando, preguntándome por qué no exigía mi respeto como antes.

—Tengo que ir pronto a mi casa —murmuró, mirándose más intensamente al espejo—. No está bien lo que le estoy haciendo a Cal.

Distendió los labios para ver todos sus dientes, buscando alguna mancha amarilla, algún trozo de encía en mal estado, y después se examinó los cabellos por si descubría alguna hebra blanca.

—Tengo que pisar el suelo de mi casa —continuó—, dejar que los que viven allí me vean mientras aún conserve mi belleza. La belleza no dura siempre, como yo solía pensar. Cuando tenía tu edad, creía que nunca me haría vieja. Entonces, no me preocupaban las arrugas; ahora, no dejo de pensar en ellas, de buscarlas.

—Te miras demasiado de cerca —le dije, compadeciéndola.

También me sentí un poco nerviosa, como siempre que estaba encerrada a solas con ella en una habitación.

—Creo que pareces diez años más joven de lo que eres en realidad.

—PERO ESO NO HACE QUE PAREZCA MÁS JOVEN QUE CAL, ¿VERDAD? —gritó con amargura—. Comparado conmigo, parece un chiquillo.

Era verdad. Cal parecía más joven que Kitty.

Aquel mismo día, más tarde, cuando estábamos comiendo en la cocina, Kitty volvió a hablar con tristeza de su edad.

—Durante mi juventud era la chica más guapa de la ciudad, ¿no es cierto, Cal?

—Sí —asintió él.

Pinchó con gran entusiasmo el pastel de manzana con el tenedor. (Yo había estudiado libros de cocina durante meses para prepararle su postre predilecto).

—Ciertamente, eras la chica más guapa de la ciudad —reconoció.

¿Cómo lo sabía? Él no la conocía entonces.

—Esta mañana he visto un pelo blanco en una de mis cejas —gimió Kitty—. Ya no puedo sentirme contenta de mí misma.

—Estás magnífica, Kitty, absolutamente magnífica —dijo él, sin mirarla siquiera.

Ella hacía que la madurez pareciese terrible, incluso antes de llegar a ella. En realidad, cuando Kitty se vestía de gala, con su maquillaje completo, era una mujer magnífica. Lástima que su comportamiento no pudiese ser igual que su aspecto.

Llevaba dos años y dos meses viviendo con Kitty y Cal cuando ella me dijo:

—Pronto, cuando termine el curso en junio, volveremos a Winnerrow.

Me conmovió la idea de tornar al lugar donde esperaba, ilusionada, que vería de nuevo al abuelo y a Fanny. Y la perspectiva de conocer a los extraños y crueles padres de Kitty me intrigaba. Ella los odiaba. La habían convertido en lo que era (según Cal) y, sin embargo, ella iba a volver a su casa.

En abril, Kitty fue de compras, trayendo regalos para mí: tres vestidos nuevos de verano, esta vez a mi medida, vestidos caros de una tienda de lujo. Y también me permitió elegir tres pares de zapatos nuevos y realmente bonitos, uno rosa, otro azul y el otro blanco, para que hiciesen juego con los vestidos.

—No quiero que los míos piensen que te trato mal. Hay que comprar pronto, para que otros no se lleven lo mejor. Las tiendas te ofrecen ropa de verano en invierno y ropa de invierno en verano, y tienes que darte prisa para no quedarte sin nada.

Por alguna razón, sus palabras quitaron emoción a los preciosos vestidos que me

había comprado sólo para demostrar algo a unos padres a los que decía que odiaba.

Al cabo de unos días me llevó por segunda vez a su salón de belleza en el gran hotel y me presentó a sus nuevas «chicas» como su hija. Parecía estar muy orgullosa de mí. El salón era más grande, más adornado, con lámparas de cristal y luces indirectas que hacían que todo resplandeciese. Tenía *esthéticiennes* que daban masajes faciales en pequeños compartimientos, empleando cristales de aumento a través de los cuales las especialistas podían observar los menores defectos en el cutis de las clientas.

Kitty me sentó en un sillón de cuero de color rosa que subía y bajaba, se inclinaba hacia atrás y giraba sobre su eje, y, por primera vez en mi vida, me lavaron el cabello con champú, y me lo recortaron y marcaron. Estaba allí, con el delantal de plástico hasta el cuello y cubriéndome los hombros, mirándome al gran espejo, y me llevé un susto de muerte cuando vi llegar a Kitty para inspeccionarme, coger las tijeras y cortar mis cabellos todavía más. Permanecí en tensión y dispuesta a levantarme de un salto del sillón si cortaba demasiado. Sus ocho «chicas» nos habían rodeado para admirar el arte de Kitty con las tijeras. No cortaba los cabellos de golpe, sino por capas y cuidadosamente con la punta de las tijeras, y, cuando hubo terminado, se echó atrás y sonrió a todas sus «chicas».

—¿No os había dicho que mi hija era una belleza? ¿Y no he mejorado yo su don natural? Barbsie, tú la viste cuando vino aquí por primera vez. ¿No crees que ha mejorado? ¿No se ve que ha estado bien alimentada y bien tratada? Es mi hija, y las madres no deberíamos jactarnos de nuestros hijos; pero no puedo dejar de hacerlo siendo ella tan hermosa..., y mía, toda mía.

—Kitty —dijo la mayor de sus «chicas», una mujer de unos cuarenta años—, no sabía que tuvieses una hija.

—No quería que alguna de vosotras pudiese perderme el respeto por haberme casado tan joven —dijo Kitty, tan espontáneamente como si fuese verdad—. No es de Cal; pero, ¿verdad que se le parece?

No, yo no me parecía a él. Lo tomé a mal y añadí otro bloque a mi torre de resentimientos que algún día habría de derrumbarse.

Me di cuenta, por las caras que ponían las «chicas», de que no la creían; sin embargo, ella siguió insistiendo en que yo era suya, aunque antes se lo hubiese dicho de un modo diferente. Más tarde, a la primera oportunidad, se lo conté todo a Cal. El frunció el entrecejo y pareció afligido.

—Va de mal en peor, Heaven. Vive una vida de fantasía. Se hace la ilusión de que eres la criatura a la que destruyó. Habría sido sólo un poco mayor que tú si ella no hubiese abortado. Ten mucho cuidado en no hacer algo que pueda ponerla en el disparadero..., pues Dios sabe que es imprevisible.

Como una bomba con una mecha larga...

Esperando que yo le aplicase la cerilla.

Sin embargo, cuando Kitty hubo mejorado mi aspecto, me sentí llena de infantil

gratitud, como siempre que me daba la menor muestra de amabilidad. Tomaba todos sus pequeños favores y los atesoraba como si fuesen joyas preciosas que garantizaban mi seguridad. Por cada amable detalle, eliminaba un pesado bloque de mi torre de hostilidad; aunque, momentos después, una sola palabra de ella podía hacer que la torre se elevase aún más.

Me desperté con lo que pensé que era una brillante idea. Haría algo maravilloso por Kitty, quizá para ocultar mi creciente resentimiento. Ya que no se mostraba desagradable, la temía todavía más. Había algo en sus ojos, en aquellos ojos pálidos y más que extraños.

Cal telefoneó temprano la mañana del día en que habíamos proyectado sorprender a Kitty con una fiesta de primavera.

—¿No es demasiado trabajo? En realidad, no podemos hacer que sea una sorpresa —añadió, con cierta impaciencia—. A ella no le gustan las sorpresas. Tendré que decírselo. Si llegase a casa con un cabello fuera de su sitio o saltado el esmalte de una uña, nunca me perdonaría, ni te perdonaría a ti. Querrá parecer perfecta, lucir su mejor vestido y llevar los cabellos recién peinados. Tú procura que la casa aparezca inmaculada, y tal vez entonces se sienta satisfecha de exhibirse.

Redactó la lista de invitados, incluyendo todas las «chicas» de Kitty y sus maridos, y sus alumnos de cerámica (de ambos sexos) con sus cónyuges. Incluso me había dado cien dólares para que pudiese comprar un regalo de mi libre elección para Kitty. Un bolso rojo de cuero que costaba sesenta y cinco dólares fue lo que elegí. Con el dinero sobrante compré adornos para la fiesta. Kitty diría más tarde que había malgastado el dinero; pero yo me arriesgué a despertar su cólera.

Cal telefoneó la tarde de la fiesta, la cual pensamos que podía ser una especie de celebración de la graduación de sus alumnos.

—Mira, Heaven, no te preocupes en hacer un pastel. Puedo comprar uno en la panadería y así no tendrás tanto trabajo.

—¡Oh, no! —dije rápidamente—. Los pasteles de panadería son mucho menos sabrosos que los confeccionados en casa, y ya sabes cómo habla siempre de los pasteles de su madre y de lo difícil que es hacerlos bien. Kitty se burla de mí como cocinera y tal vez si hago un buen pastel cambiará de idea, ¿no crees? Además, lo he hecho ya. No darás crédito a tus ojos cuando veas las rosas y las hojitas verdes de dulce que le he puesto encima y en los lados. Aunque me esté mal decirlo, es el pastel más hermoso que he visto en mi vida... Y también el primero que me ha dado ganas de comerlo.

Suspiré, porque nunca había celebrado una fiesta con invitados; ninguno de mi familia lo había hecho en los Willies. Incluso nuestros cumpleaños los habíamos celebrado contemplando, en los escaparates de Winnerrow, pasteles hechos probablemente de cartón. Suspiré al admirar el delicioso pastel.

—Sólo espero que sea tan sabroso como parece indicar su aspecto —dije.

Él se echó a reír, me aseguró que sería delicioso, y los dos colgamos el teléfono.

La fiesta tenía que empezar a las ocho. Cal comería en la ciudad, lo mismo que Kitty, la cual correría después a casa para arreglarse para su fiesta «sorpresa».

En mi habitación, saqué la muñeca vestida de novia y la senté en la cama para que pudiese observarme mientras empezaba a vestirme, pasándome por la cabeza un vestido maravilloso de georgette azul de aciano. Para mí, la muñeca representaba a mi madre y, a través de aquellos ojos de vidrio, su alma me miraba con admiración, amor y comprensión. Me di cuenta de que estaba hablándole a la muñeca mientras me cepillaba los cabellos y los peinaba según un nuevo estilo menos infantil. El vestido, junto con unos lindos zapatos nuevos y unas medias, había sido el regalo de Cal en mi decimoséptimo aniversario.

A las seis estaba preparada para la fiesta. Pensé que era una tonta por haberme apresurado tanto, como los niños que no pueden esperar para vestirse. Comprobé toda la casa una vez más. Había colgado alegres cintas de papel de la lámpara del comedor, y Cal había puesto globos después de marcharse Kitty por la mañana. La casa tenía un aire muy festivo; sin embargo, empecé a aburrirme cuando no me quedó nada por hacer, salvo sentarme y esperar la llegada de los invitados. De nuevo en mi habitación, miré desde la ventana. La tarde se estaba oscureciendo con rapidez excepcional, al acumularse unas nubes de tormenta en el cielo, ocultando el sol poniente. Pronto empezó a caer una lluvia ligera. Los días lluviosos me producían siempre somnolencia. Me tendí en la cama, colocando mi falda para que no se arrugase, y entonces tomé a mi muñeca en brazos y me sumí fácilmente en dulces sueños sobre mi madre.

Las dos corríamos por los montes, ella con sus brillantes cabellos rubios, yo con mis largos cabellos negros. Entonces, los míos adquirirían el color de los suyos, y los de ella el de los míos, y yo no sabía ya quiénes éramos. Reíamos a la manera silenciosa con que se ríe en los sueños..., y quedamos como paralizadas en el tiempo..., paralizadas, paralizadas...

Me desperté de pronto. Lo primero que vi fueron los ojos saltones y amarillos de una rana verde en forma de maceta. ¿Qué me había despertado? Miré a un lado y otro sin volver la cabeza. ¿Aquel pez dorado? ¿Aquella mesa elefantina que no era tan perfecta como algunas de la planta baja? Todos los trastos de cerámica, indignos de ser contemplados o vendidos, iban a parar a mi habitación. ¿Por qué fijaban todos sus miradas vidriosas en mí?

Un fuerte trueno retumbó en lo alto. Casi de inmediato, zigzagueó un relámpago. Estreché con más fuerza a mi muñeca.

Bruscamente se abrió el cielo. No era una agradable llovizna de verano. Me incorporé y miré a través de la borrosa ventana, vi que la calle estaba inundada, que las casas de enfrente parecían desenfocadas y lejanas, como pertenecientes a otro mundo. Me acurruqué en la cama, olvidándome de mi hermoso vestido de georgette. Con mi «madremuñeca» en brazos, me dormí de nuevo.

La lluvia redoblaba con fuerza, amortiguando todos los demás ruidos. El trueno

retumbaba en lo alto como aquellas fabulosas bolas gigantes que había oído Rip Van Winkle, rodando todas al mismo tiempo, chocando con estrépito, creando fuertes chispas eléctricas que iluminaban la oscuridad a intervalos de pocos segundos. Como un director de cine mágico, adaptaba todos los ruidos de la Naturaleza a mis escenas soñadas...

En el vaporoso sueño, más hermoso que la realidad, Logan y yo bailábamos en un verde bosque umbrío. Él era mayor y yo también..., y algo se producía entre nosotros, una especie de excitación eléctrica que hacía que mi corazón latiese deprisa y más fuerte...

Una figura salió de la oscuridad, no con un vaporoso vestido blanco como un fantasma, sino de rosa vivo. ¡Kitty!

Me senté en la cama, frotándome los ojos.

—Bueno... —dijo lentamente Kitty, con su voz más monótona y amenazadora, cuando por un momento cesó el trueno—, mira lo que está haciendo ahora esta escoria montañesa. Vestida de gala y tumbada en la cama.

¿Tan terrible era lo que hacía yo que Kitty parecía la encarnación de la cólera de Dios el día del Juicio Final?

—¿Me oyes, idiota?

Me levanté de un salto, como si me hubiese dado una bofetada. ¿Cómo podía tratarme de esa manera, después de haber estado yo trabajando como una esclava todo el día para prepararle una fiesta? ¡Basta! ¡Ya era suficiente! Por fin me había cansado de sus insultos, estaba harta y asqueada de ellos. Esta vez no me acobardaría, no me dejaría intimidar... ¡No! ¡Yo no era una escoria montañesa!

Mi rebelión estalló como una hoguera gigantesca; tal vez porque su mirada era tan dura que me recordó todas las veces que me había abofeteado sin motivo.

—Sí, ¡te oigo, bocazas!

—¿QUÉ HAS DICHO?

—He dicho *BOCAZAS*, ¡*TE OIGO*!

—¿Qué?

Su voz se había hecho más fuerte, más exigente.

—Kitty *BOCAZAS*. Kitty *VOCERAS*. La Kitty que todas las noches grita *NO* a su marido con tal fuerza que no puedo dejar de oírlo. ¿Qué te pasa, Kitty? ¿Has perdido tu apetito sexual ahora que te estás haciendo vieja?

Ella no me oía. La había distraído lo que yo tenía en mis brazos.

—¿Qué diablos tienes ahí? Te he pillado, ¿eh? Tumbada ahí, a su lado, ¡como si no te hubiese dicho un millón de veces que no debes hacer esas porquerías!

Arrancó la muñeca de mis brazos, encendió con rapidez todas las luces de la habitación y la miró fijamente. Me levanté de un salto para salvar a mi tesoro.

—¡Es ella! ¡*ELLA*! —gritó, arrojando contra la pared aquella muñeca que era para mí como una joya de familia—. ¡El *ángel maldito* de Luke!

Corrí a recoger la muñeca, casi dando un traspiés porque me había olvidado que

llevaba zapatos de tacón alto. Di gracias a Dios porque no se había roto; sólo se le había desprendido el velo de novia.

—¡DAME ESA COSA! —me ordenó Kitty.

Avanzó para arrancarme la muñeca. Pero la distrajo mi vestido y me resiguí con la mirada, hasta ver las medias y los zapatos plateados.

—¿De dónde has sacado ese vestido y esos zapatos?

—Adorno pasteles y los vendo a las vecinas por veinte dólares la pieza —mentí con el mayor descaro.

Estaba furiosa contra ella por haber arrojado mi muñeca contra la pared y tratado de destruir la cosa más preciosa que poseía.

—¡No mientas y no me vengas con esas estupideces! ¡Y dame esa muñeca!

—¡NO! No te daré esta muñeca.

Me miró echando chispas por los ojos, pasmada de que me atreviese a replicarle, y, empleando el tono más duro de su voz, me dijo:

—Tú no puedes decirme no, escoria montañesa, y pensar que te irás de rositas.

—He dicho no, Kitty, y me mantengo en mis trece. Ya no podrás atropellarme más. No te tengo miedo. Soy mayor, he crecido, ahora soy más vigorosa..., y más dura. No estoy debilitada por la escasez de alimento; tengo que darte las gracias por ello, pero no te atrevas a poner la mano sobre mi muñeca.

—¿Qué me harías si lo hiciese? —preguntó, con voz grave y amenazadora.

La crueldad de sus ojos me pasmó tanto que me quedé sin habla. No había cambiado en nada. Durante todo el tiempo que habíamos vivido en aparente paz, ella había estado alimentando una especie de odio en su interior que había estallado y brotado de sus pálidos y penetrantes ojos.

—Bueno, escoria montañesa, ¿no me oyes?

—Sí, te oigo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho: *Kitty*, Sí, te oigo.

—¿QUÉ?

Su voz era ahora más fuerte, más exigente.

De manera agresiva, cansada de mostrarme humilde e impotente, levanté la cabeza con orgullo y repliqué, furiosa:

—Tú no eres mi madre, Kitty Setterton Dennison. No tengo que llamarte madre. Kitty es suficiente. He intentado quererte, olvidar todas las cosas horribles que me has hecho, pero ya no voy a seguir haciéndolo. Sólo puedes ser humana y amable unos breves instantes, ¿verdad? Y yo fui lo bastante estúpida para organizar una fiesta con el único objeto de complacerte, para que tuvieses ocasión de lucir tu porcelana y tú cristal... Pero ha estallado la tormenta, y tú también, porque no sabes comportarte como una madre. Han vuelto los malos tiempos. Puedo verlo en tus ojos acuosos que brillan en la oscuridad de esta habitación. No es de extrañar que Dios no te permitiese tener hijos, Kitty Dennison. *Dios sabe lo que se hace.*

Un relámpago iluminó el rostro de Kitty, mortalmente pálido, mientras las luces parpadeaban. Habló a breves sacudidas.

—He venido a arreglarme para la fiesta... ¿Y qué me encuentro sino una embustera, engañosa y ruin escoria montañesa que no agradece nada de lo que he hecho por ella?

—Aprecio todo lo bueno que me has dado, y por eso organicé la fiesta, pero tú destrozas mis buenos sentimientos cuando me atacas. Tratas de destruir lo que me pertenece, mientras yo hago lo posible por proteger lo que te pertenece a ti. ¡El daño que me has causado no podré olvidarlo en toda la vida, Kitty Dennison! No he hecho nada para merecer tu castigo. Todo el mundo duerme sobre un costado o boca abajo..., y nadie, salvo tú, piensa que es pecaminoso. ¿Quién te dijo cuáles eran las buenas y las malas posiciones para dormir? ¿Acaso Dios?

—¡NO ME HABLES ASÍ CUANDO ESTÉS EN MI CASA! —chilló Kitty, lívida de furor—. Te he visto quebrantando mis normas. Sabes que no debes dormir sobre un costado y abrazada a algo..., y es lo que estabas haciendo. ¡LO HACÍAS!

—¿Y qué hay de malo en dormir sobre un costado? ¡Dímelo! ¡Me muero de ganas por saberlo! ¡Debe ser algo relacionado con tu infancia y con algo que te hicieron!

Mi tono era tan duro y agresivo como el suyo.

—Eres una sabihonda, ¿eh? —respondió, furiosa—. Te imaginas que eres mejor que yo porque sacas sobresalientes en el colegio. Gasto buenos dineros para vestirte bien, ¿y de qué me sirve? ¿Qué proyectas hacer? No tienes talento. No sabes cocinar ni a medias. No conoces nada sobre la limpieza de la casa, sobre la manera de hacer que las cosas parezcan bonitas..., pero crees que eres mejor que yo porque no pasé del quinto grado. Cal te habrá contado eso de mí, ¿verdad?

—Cal no me ha contado nada de nada, y si no acabaste tus estudios estoy segura de que fue porque no pudiste esperar a acostarte con algún hombre y a escaparte con el primero que te pidió que te casaras con él... como hacen todas las chicas perdidas de la montaña. Aunque te criaste en Winnerrow, no eres mejor que cualquier pelandusca montañesa.

Era culpa de Kitty, no mía, si Cal empezaba a mirarme de una manera que me inquietaba, olvidando que se presumía que debía ser mi padre, mi campeón. Era culpa de Kitty. Mi furor iba en aumento al pensar que ella apartaría de mí al único hombre que me había dado lo que más necesitaba: un verdadero padre. Sin embargo, ella fue la primera que recobró la voz.

—¡ÉL TE LO DIJO! SÉ QUE TE LO DIJO, ¿NO ES CIERTO? —chilló, con voz aguda y estridente—. Tú hablaste acerca de mí a mi propio marido, le contaste mentiras, ¡has hecho que no me quiera como antes!

—Nunca hablamos de ti. Sería demasiado aburrido. Sólo tratamos de imaginar que no existes; eso es todo.

Entonces, arrojé más leña al fuego, pensando que, si lo había encendido, igual podía alimentarlo con toda la madera podrida que había estado acumulando desde el

día de mi llegada. Ninguna de las palabras duras que me había dirigido había sido olvidada o perdonada; ni una bofetada, ni la nariz sangrante o el ojo amoratado... Todo había sido guardado para que explotara en ese momento.

—No volveré a llamarte madre, Kitty, porque nunca lo fuiste y nunca lo serás. Eres Kitty, la peluquera. Kitty, la falsa profesora de cerámica.

Giré sobre el tacón de uno de mis zapatos plateados y señalé la hilera de armarios empotrados. Me eché a reír, a reír de veras, como si aquello me divirtiese, aunque no fuera así, porque no era más que una baladronada.

—Detrás de esas puertas de armario cerradas tienes moldes profesionales, Kitty, miles de moldes *comprados*, todavía con la etiqueta del remitente en las cajas en que llegaron. ¡Tú no *creas* ninguno de esos animales! Compras los moldes, viertes la arcilla en ellos, y los exhibes como originales tuyos. Eso es un fraude. Podrían llevarte a los tribunales por ello.

Kitty guardaba un silencio extraño en ella.

Eso hubiera debido servirme de aviso para que me callase, pero tenía años de frustrado rencor en mi interior y necesitaba escupirlo, como si Kitty fuese un compendio de papá y de todo lo demás que había contribuido a arruinar mi vida.

—Cal te dijo eso —declaró Kitty, en voz pausada y amenazadora—. *Cal... me... traicionó.*

—No.

Abrí un cajón de mi mesa y saqué una pequeña llave de bronce.

—La encontré un día que estaba limpiando esta habitación y no pude resistir la tentación de abrir los armarios que siempre tenías cerrados.

Kitty sonrió. Su sonrisa no podía ser más dulce.

—¿Qué sabes tú de arte, escoria de la montaña? *Yo hice los moldes.* Vendo los moldes a buenos clientes... Los guardo bajo llave para que las ladronas como tú no podáis robarme mis ideas.

A mí no me importaba lo que dijese.

Que se derrumbase el cielo, que hinchase la lluvia el océano y lo arrojase sobre la ciudad de Candlewick, arrastrándola al fondo del mar para dormir un sueño eterno junto a la perdida Atlántida..., ¿qué me importaba a mí? Podía marcharme en esos días en que el tiempo era cálido. Viajaría haciendo autostop. ¿A quién le importaría? Quería vivir. Era fuerte. De alguna manera conseguiría volver a Winnerrow y, cuando estuviese allí, arrancaría a Fanny de las manos del reverendo Wise, encontraría a Tom, salvaría a Keith y Nuestra Jane... Pues yo había pensado la manera de que todos pudiésemos sobrevivir.

Para demostrar mi fuerza, mi determinación, di media vuelta y metí la muñeca debajo de la cama; después, deliberadamente, me arrojé sobre ésta y me acurruqué sobre un costado, agarrando la almohada y apretándola contra mi cuerpo. Entonces, se me ocurrió pensar, por vez primera, qué era aquella «cosa mala» que Kitty presumía que yo hacía. Las chicas del colegio hablaban a veces de ello, de sus

placeres solitarios, y traté, a lo tonto, de imitarlas pasando una pierna sobre la almohada y restregándome contra ella. Eso no duró más que un par de segundos.

Unas manos vigorosas me agarraron por debajo de las axilas y me arrancaron de la cama. Chillé y traté de liberarme de Kitty, intenté volverme de manera que pudiese arañar su cara o causarle algún otro daño que la obligase a soltarme. Pero yo era como un gatito debatiéndose entre las fauces de un tigre poderoso. Kitty me arrastró escalera abajo, me hizo entrar en el comedor, que yo había adornado, me levantó y me tumbó sobre el duro cristal de la mesa.

—Estás dejando huellas de dedos en el limpio cristal de la mesa —dije sarcásticamente, con idiota intrepidez delante de la peor enemiga que tendría jamás—. Estoy harta de dar brillo a tus mesas, de cocinar tus comidas, de limpiar tu estúpida casa llena de animales abigarrados.

—¡CÁLLATE!

—¡NO QUIERO CALLARME! Por una vez voy a decir lo que pienso. ¡TE ODO, KITTY DENNISON! Y hubiese podido quererte si me hubieses dado la menor oportunidad. ¡Te odio por todo lo que me has hecho! Tú no das una oportunidad a nadie, ni siquiera a tu marido. En cuanto una persona te quiere, haces algo deplorable que obliga a esa persona a que se vuelva a mirarte y te vea tal como eres en realidad. ¡UNA LOCA!

—¡Cállate!

¡Con qué tranquilidad lo dijo esta vez!

—No te muevas de la mesa. Quédate sentada ahí. No te muevas hasta que yo vuelva.

Kitty desapareció.

Ahora podía echar a correr. Huir por la puerta y despedirme de la casa de Candlewick. En la autopista encontraría alguien que me llevaría. Pero, esa mañana, los periódicos habían publicado unas horribles fotos en primera página. Dos muchachas habían sido violadas y asesinadas junto a la autopista.

Tragué saliva y permanecí sentada, inmóvil, indecisa, lamentando, demasiado tarde, todas las cosas que le había dicho. Sin embargo..., no huiría como una cobarde. Seguiría sentada, le demostraría que no me daba miedo nada de lo que pudiese intentar, pues, ¿podía hacerme algo peor de lo que ya me había hecho?

Kitty volvió, sin traer un látigo ni un palo o una lata de Lysol para rociarme la cara. Sólo traía una caja estrecha y larga de cerillas para la chimenea.

—Iremos a hacer una visita a Winnerrow —dijo Kitty, con su voz más monótona y temible—. Iremos para que puedas ver a tu hermana Fanny y a tu abuelo. Para que yo pueda ver a mi hermana Maisie y a mi hermano Danny. Volveré a tocar mis propias raíces, a renovar mis votos de no ser nunca como ellos. Voy a exhibirte. No quiero que parezcas fea, como si no te cuidase bien. Te has vuelto más bonita de lo que yo pensaba. Los chicos de la montaña tratarán de pillarte. Por consiguiente, voy a salvarte de tus peores instintos de una manera que no se verá. Pero tú aprenderás

desde hoy a no desobedecerme. No volverás a hacerlo jamás. Y, si quieres saber dónde está tu hermanita Nuestra Jane y lo que le ha ocurrido al niño llamado Keith, harás lo que yo te diga. Yo sé dónde están y quién los tiene.

—¿De veras sabes dónde están? —pregunté muy excitada, olvidando todo lo que había dicho para irritar a Kitty.

—¿Sabe el cielo dónde está el sol? ¿Sabe un árbol dónde plantar sus raíces? Claro que lo sé. En Winnerrow no hay secretos, no para los que son como uno de ellos..., y ellos se imaginan que yo lo soy.

—¿Dónde están, Kitty? ¡Dímelo, por favor! Tengo que encontrarles antes de que Nuestra Jane y Keith se olviden de quién soy. ¡Dímelo! ¡Por favor! Sé que fui mala hace un momento, pero tú lo fuiste también. Por favor, Kitty.

—Por favor, ¿qué?

¡Oh, Dios mío!

No quería decirlo. Me retorcí sobre el resbaladizo cristal agarrándome al borde con tal fuerza que, si no hubiese estado biselado, me habría cortado los dedos.

—Tú no eres mi madre.

—Dilo.

—Mi verdadera madre está muerta, y Sarah fue mi madrastra durante años...

—Dilo.

—Lo siento..., madre.

—¿Qué más?

—¿Me dirás lo que sabes acerca de Keith y de Nuestra Jane?

—¿Qué más?

—Siento haber dicho tantas cosas feas..., madre.

—Decir que lo sientes no es bastante.

—¿Qué más puedo decir?

—Nada. *No ahora*. Vi lo que hacías. Oí lo que me dijiste. Me llamaste falsa y basura de la montaña. Sabía que te volverías contra mí más pronto o más tarde, que harías algo asqueroso en cuanto me diese la vuelta. Tenías que tumbarte de costado, retorcerte una y otra vez y darte gusto, ¿no? Te has puesto en contra mía..., y ahora voy a hacer todo lo posible para librarte del mal.

—¿Y me dirás después dónde están Keith y Nuestra Jane?

—Cuando haya terminado. Cuando te haya salvado. Entonces..., tal vez.

—Madre..., ¿por qué enciendes esa cerilla? La luz ha vuelto ya. Y no necesitamos velas hasta que la oscuridad sea total.

—Ve a buscar la muñeca.

—¿Por qué? —grité, desesperada.

—No preguntes. Haz lo que te digo.

—¿Me dirás lo que sabes acerca de Keith y de Nuestra Jane?

—Te lo diré todo. Todo lo que sé.

Sostenía una larga cerilla encendida.

—Ve a buscar la muñeca antes de que me queme los dedos.

Eché a correr y lloré al ponerme de rodillas para buscar debajo de la cama y sacar la muñeca que representaba a mi madre muerta, a mi joven madre cuya cara yo había heredado.

—Perdóname, madre —grité, cubriendo de besos la dura cara de la muñeca.

Corrí de nuevo. Tropecé en el antepenúltimo escalón y me caí. Me levanté y anduve cojeando hacia Kitty con la mayor rapidez posible y sintiendo un dolor tan terrible en el tobillo que a duras penas podía sofocar mis gritos.

Kitty estaba de pie cerca de la chimenea del cuarto de estar.

—Ponla ahí —ordenó fríamente, señalando los morillos que sostenían la parrilla.

Había leña amontonada, colocada por Cal como adorno, ya que Kitty no quería que el humo ensuciase y «apestase» su limpia casa.

—Por favor, no la quemes, Ki..., madre...

—Demasiado tarde para reparar el mal que has hecho.

—Por favor, madre. Perdóname. No destruyas mi muñeca. No tengo ninguna fotografía de mi madre. Nunca la vi. Esto es todo lo que tengo.

—¡Embustera!

—Madre..., *ella* no pudo impedir lo que hizo papá. Ahora está muerta..., y tú estás viva. Al final has triunfado. Te casaste con Cal, y éste es diez veces mejor que mi padre.

—¡Pon esa porquería allí! —ordenó.

Me eché hacia atrás, haciendo que ella avanzase con aire amenazador.

—Si quieres saber dónde están Keith y Nuestra Jane..., tienes que darme esa odiosa muñeca por tu propia voluntad. No hagas que tenga que arrancártela por la fuerza, o nunca encontrarás a tus hermanos pequeños.

¡Por mi propia voluntad!

Por Keith.

Por Nuestra Jane.

Le tendí la muñeca.

Observé cómo arrojaba Kitty mi querida muñeca vestida de novia sobre la parrilla. Las lágrimas surcaron mis mejillas al caer yo de rodillas e inclinar la cabeza y rezar mentalmente una oración..., como si fuese mi propia madre la que estuviese tendida sobre su pira funeraria.

Observé con horror cómo se inflamaba el vestido de blonda con perlas y abalorios de cristal y cómo prendía el fuego en los cabellos de oro plateado; la piel que hubiérase dicho maravillosamente viva pareció fundirse; dos pequeñas lenguas de fuego consumieron las largas, oscuras y rizadas pestañas.

—Ahora escucha, saco de basura —dijo Kitty cuando hubo terminado y mi insustituible muñeca-retrato quedó convertida en cenizas—. No vayas a decirle a Cal lo que he hecho. Sonríe y muéstrate feliz cuando lleguen los invitados. ¡DEJA de llorar! ¡No era más que una muñeca! ¡Sólo una muñeca!

Pero aquel montón de cenizas en la chimenea representaba a mi madre, mi reivindicación de un futuro que hubiese debido ser el suyo. ¿Cómo podría ya demostrar quién era yo? ¿Cómo?

Incapaz de contenerme, hurgué en las cenizas calientes y saqué de ellas una cuenta de cristal que había rodado desde la parrilla. Brilló en la palma de mi mano como una lágrima. Una lágrima de mi madre.

—¡Oh, te odio, Kitty, por lo que has hecho! —Sollocé—. ¡No era necesario! ¡Te odio tanto que quisiera que hubieses sido TÚ la que hubieses ardido en la chimenea!

Entonces me golpeó. Dura y brutalmente, una y otra vez, hasta que caí al suelo, y aún siguió dándome golpes en la cara y puñetazos en el estómago..., hasta que perdí el conocimiento.

Por fortuna, perdí el conocimiento.

Mi salvador, mi padre

Poco después de terminar la fiesta y de marcharse todas las amigas de Kitty, Cal me encontró tumbada de bruces sobre el suelo de la habitación donde dormía; ya no podía considerarla mi habitación. Se quedó plantado en el umbral, recortada su silueta por la luz del pasillo a su espalda. Yo estaba demasiado dolorida para moverme. Mi hermoso vestido nuevo estaba sucio y desgarrado. Y aunque él estaba allí, seguí tumbada como un guiñapo, llorando. Por lo visto, siempre tenía que llorar por algo que había tenido y perdido después. Mi orgullo, mis hermanos y hermanas, mi madre..., y su muñeca.

—¿Qué sucede? —preguntó Cal, entrando en la habitación y cayendo de rodillas a mi lado—. ¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado?

Seguí llorando.

—Heaven, querida, ¡tienes que decírmelo! Traté de escabullirme más pronto de la fiesta, pero Kitty se agarró a mi brazo como una lapa. Decía que no te encontrabas bien, que tenías calambres. ¿Por qué estás en el suelo? ¿Dónde has estado durante la fiesta?

Con delicadeza me obligó a volverme y observó mi cara hinchada y pálida, antes de contemplar mi vestido desgarrado y mis medias llenas de carreras. En sus ojos brilló una expresión de furor tal, que me asustó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, apretando los puños—. ¡Debí suponerlo! De nuevo te ha hecho daño, ¡y yo no se lo he impedido! ¡Por eso no me ha soltado un momento esta noche! Dime lo que ha sucedido —preguntó de nuevo, acunándome en sus brazos.

—Vete —sollocé—. Déjame sola. Pronto estaré bien. En realidad no me ha hecho daño...

Buscaba las palabras adecuadas para calmar su ansiedad y mi propia aflicción, que empezaba a pensar que yo misma había provocado. Tal vez era una escoria de la montaña y me *merecía* todo lo que Kitty me había hecho. Debía ser culpa mía. Papá no me quería. Y si mi propio padre no podía amarme, ¿quién lo haría? *Nadie* me querría nunca. Estaba perdida, sola... Y nunca tendría quien me amase lo bastante.

—No, no me iré.

Tocó ligeramente mis cabellos, recorriendo con sus labios toda mi cara dolorida e hinchada. Tal vez pensaba que eso se debía sólo al llanto y no a los golpes. La luz no era suficiente para que pudiese verme bien. ¿Pensaba que sus besitos podían mitigar el dolor? Sin embargo, lo calmaron un poco.

—¿Te duele mucho? —preguntó en tono compasivo.

Parecía tan triste, tan cariñoso... ¡Qué tiernas eran las puntas de sus dedos sobre

mi ojo hinchado!

—Estás muy hermosa, yaciendo en mis brazos, con la luz de la luna iluminando tu semblante. Pareces medio niña y medio mujer, mayor de diecisiete años, pero todavía tan joven, tan vulnerable y pura...

—Cal..., ¿todavía la quieres?

—¿A quién?

—A Kitty. Pareció confuso.

—¿Kitty? No quiero hablar de ella. Quiero que hablemos de ti. Y de mí.

—¿Dónde está Kitty?

—Sus amigas —dijo él, con voz burlona y sarcástica— decidieron que se merecía un regalo especial. —Hizo una pausa y sonrió con ironía—. Han ido todas a ver striptease masculino, y me han dejado aquí para que te haga de canguro.

—¿Como si fuese una niña pequeña...?

Lo miré fijamente, con lágrimas en los ojos. Su sonrisa se hizo más tirante, más cínica.

—Prefiero estar aquí contigo, más que en cualquier otra parte del mundo. Esta noche, con toda aquella gente bebiendo y comiendo, riendo chistes tontos, me di cuenta de algo por primera vez. Me sentía solo porque tú no estabas allí. —Su voz se hizo más grave—. En realidad, entraste en mi vida contra mi voluntad. No quería asumir el papel de padre, aunque Kitty sintiese que había de hacer el de madre. Pero ahora tengo miedo de que Kitty trate de dañarte de alguna manera horrible. He procurado estar aquí el mayor tiempo posible. Y sin embargo, no te he salvado de nada. Dime qué te ha hecho hoy.

Podía decírselo. Podía hacer que la odiase. Pero tenía miedo, no sólo de Kitty, sino también de él, un hombre adulto que en aquel preciso instante parecía encaprichado por completo de una niña de diecisiete años. Yací flácida en sus brazos, agotada del todo, escuchando los latidos de su corazón.

—Te ha pegado, ¿verdad, Heaven? Vio que llevabas un vestido nuevo y caro y trató de desgarrarlo, ¿no es así? —preguntó con voz entrecortada por la emoción.

Sumida en mis propios pensamientos, no advertí siquiera que él había asido mi mano para apoyarla sobre su pecho. Yo podía sentir, debajo de su camisa, los rítmicos latidos de su corazón haciendo que me pareciesen que formaba parte de él. Quería hablar y decirle que era casi como una hija suya y que no debía mirarme de aquella manera. Pero nadie me había mirado hasta entonces con amor, con un amor que tanto necesitaba desde hacía tiempo. ¿Por qué le tenía miedo?

Él me consolaba y asustaba al mismo tiempo, hacía que me sintiese buena y que me sintiese culpable. Le debía muchísimo, tal vez demasiado, y no sabía qué hacer. Una curiosa y velada expresión se pintó en sus ojos, como si yo hubiera pulsado, sin saberlo, algún resorte, quizá porque yacía tan sumisamente en sus brazos. Para sorpresa mía, sus labios reseguían mi cuello, saboreando el gusto y el tacto de mi carne. Me estremecí de nuevo, deseando decirle que se detuviese, pero temerosa de

que, si se lo decía, él dejaría de quererme. Si lo apartaba de mí, ya no tendría a nadie que me protegiese de Kitty o que se preocupase de lo que pudiese sucederme...

Por consiguiente, no dije nada.

Había pasado de las lágrimas a un territorio desconocido, donde me hallaba atrapada sin saber qué hacer o qué sentir... No podía haber nada malo en la dulce ternura que mostraba al rozar mis labios con los suyos, tocándome con delicadeza, como si temiese asustarme con un acercamiento demasiado audaz... Entonces vi su cara.

¡Estaba llorando!

—Quisiera que no fueses sólo una niña preciosa. Desearía que ya fueras mayor.

Aquellas lágrimas que brillaban en sus ojos llenaron mi corazón de compasión por él. Estaba tan atrapado como yo, endeudado con Kitty hasta el cuello; y le era imposible echar por la borda todo el esfuerzo y el tiempo que le había costado aprender electrónica. Yo no podía apartarle y darle una bofetada después de haberse portado de forma amable conmigo y de haberme salvado en Candlewick de una vida que habría podido ser mucho peor.

Sin embargo, murmuré «Nooooo»; pero eso no impidió que siguiera besándome o acariciándome donde le venía en gana. Me estremecí de la cabeza a los pies, como si Dios me estuviese observando desde lo alto y condenándome al infierno por toda la eternidad, como decía el reverendo Wise, y donde Kitty me recordaba a diario que iría a parar con toda seguridad. Me sorprendió que quisiera apoyar la cara sobre mi pecho mientras sus lágrimas brotaban como una lluvia caliente y sollozaba entre mis brazos.

¿Qué había dicho o hecho yo para que pensase lo que estaba pensando? Me invadió un sentimiento de culpa y de vergüenza. ¿Era realmente malvada de nacimiento, como decía siempre Kitty? ¿Por qué había atraído todo eso sobre mí?

Quería gritar y decirle lo que había hecho Kitty, quemar la muñeca de mi madre, pero tal vez él hubiera pensado que quemar una muñeca era una cosa trivial, aunque triste. ¿Y qué significaban unas cuantas bofetadas cuando había soportado tantas?

¡Sálvame, sálvame!, quería gritar.

«No hagas nada más para llevarte mi orgullo, por favor, por favor». Pero mi cuerpo me traicionaba. Me gustaba que me abrazase, me meciese, me acunase, me acariciase. Algo que sentía que era precioso me parecía malvado y perverso un segundo después. Toda mi vida había echado en falta unas manos que me tocasen amables, amorosas. Toda mi vida había deseado tener un padre que me amase.

—Te amo —murmuró él.

Me besó en los labios de nuevo, y yo no le pregunté cómo me amaba, si como a una hija o como a algo más.

No quería saberlo. No en ese momento cuando, por primera vez en mi vida, me sentía valiosa, digna de ser amada y deseada por un hombre bueno como él..., aunque, en el fondo, me sintiese alarmada.

—¡Qué suave y dulce eres! —murmuró, pasando los labios sobre mi pecho descubierto.

Cerré los ojos, tratando de no pensar en lo que le estaba permitiendo hacer. Ya no me dejaría nunca sola con Kitty. Encontraría mil maneras de mantenerme a salvo y de obligar a Kitty a decirle dónde estaban Keith y Nuestra Jane.

Por fortuna, el hecho de poder acariciar mis muslos, mi abdomen y mis nalgas por debajo del vestido desgarrado pareció satisfacerle lo bastante. Tal vez porque yo empecé a hablar, para que recordase quién era. En un torrente de palabras, lo vomité todo: la muñeca quemada, la manera en que Kitty había conseguido que se la entregase, diciendo que sabía dónde estaban Keith y Nuestra Jane.

—¿Crees realmente que puede decírmelo? —le pregunté.

—No sé de lo que ella está enterada —respondió breve, amargamente, volviendo en sí al extinguirse la mirada pasmada de sus ojos—. No sé si sabe algo, aparte de ser cruel.

Miró mis ojos abiertos y asustados.

—Lo siento. No debí hacer esto. Perdóname por haberme olvidado de quién eres, Heaven.

Asentí con la cabeza, palpitándome el corazón mientras observaba cómo sacaba del bolsillo de su camisa una cajita envuelta en papel de estaño y atada con una cinta de seda azul. La puso en mi mano.

—Esto es un regalo para felicitarte por ser tan buena estudiante y hacer que me sienta orgulloso de ti, Heaven Leigh Casteel.

Quitó el envoltorio, levantó la tapa y, sobre un fondo de terciopelo negro, apareció un elegante reloj de oro. Me miró a los ojos, suplicante.

—Sé que estás esperando el día en que puedas huir de esta casa, de Kitty y de mí —me dijo—. Por consiguiente, te ofrezco un reloj calendario para que puedas contar los días, las horas, los minutos y los segundos, hasta que encuentres a tus hermanos pequeños. Y te juro que haré todo lo posible para averiguar lo que Kitty sabe. Pero, por favor, no huyas de mí.

La verdad se reflejaba en sus ojos. Y también el amor que sentía por mí. Miré y miré, y, por último, tuve que aceptar, extender el brazo y dejar que sujetase el reloj sobre mi muñeca.

—Como es natural —dijo con amargura—, no debes dejar que Kitty vea este reloj.

Se inclinó para besar mi frente con ternura, sujetando mi cara entre las palmas de sus manos antes de decir:

—Perdóname por pasarme de la raya. A veces, necesito furiosamente a alguien, y tú eres tan dulce, joven, comprensiva... Y tan necesitada de afecto como yo...

No advirtió que me había torcido un tobillo, porque me obligué a no andar hasta que él hubiese salido y cerrado la puerta de mi habitación. Después, no pude dormir. Cal estaba cerca, peligrosamente cerca, y estábamos los dos solos en la casa. Él se

encontraba en la otra habitación, a pocos pasos de distancia. Casi podía percibir, a través de las paredes, la necesidad que tenía de mí, y el terrible miedo de que esa necesidad superase su sentido de la honestidad hizo que me levantase. Me puse una bata sobre la camisa de noche y bajé llena de dolores al cuarto de estar, donde me tumbé en el sofá blanco esperando a que Kitty regresara a casa.

La lluvia cayó continuamente durante toda la noche, repicando contra los cristales de las ventanas, tamborileando sobre el tejado, mientras redoblaba el trueno y brillaban relámpagos lejanos, manteniéndome en vilo. Sin embargo, tenía un propósito. Quería enfrentarme con Kitty y salir vencedora esta vez. De alguna manera, tenía que obligarla a decirme dónde estaban Keith y Nuestra Jane. Apreté en la mano la pequeña cuenta de cristal con un trocito de encaje blanco chamuscado que había encontrado en la chimenea. Sin embargo, sentada en su sofá, en la pulcra casa blanca, con todas sus criaturas variopintas a mi alrededor, me sentí abrumada por su superioridad numérica. Me quedé dormida y no oí los pasos vacilantes de Kitty cuando llegó a casa, borracha como una cuba.

Me despertaron sus voces en el dormitorio.

—¡Me he divertido mucho! —vociferaba Kitty—. ¡La fiesta más estupenda que he celebrado jamás! De ahora en adelante, la celebraré todos los años... ¡Y tú no podrás impedírmelo!

—Puedes hacer lo que te dé la gana —le respondía Cal, al acercarme más a la escalera—. Me importa un bledo lo que hagas o lo que digas.

—Entonces, vas a dejarme..., ¿verdad?

—Sí, Kitty. Voy a dejarte —le contestó él, para mi sorpresa y mi satisfacción.

—Ya sabes que no puedes hacerlo. Estás pegado a mí. En cuanto te vayas, te quedarás sin nada. Me apropiaré de tu taller, y todos los años que has estado casado conmigo no te habrán servido de nada, y te encontrarás de nuevo sin un penique..., a menos que acudas a tu mamá y a tu papá y les digas lo imbécil que has sido.

—Tienes una manera de hablar muy convincente, Kitty.

—Te amo. ¿No es esto lo único que cuenta? —dijo Kitty, y su voz sonó vulnerable de pronto.

Miré hacia arriba, preguntándome lo que estaría pasando. ¿La estaba él desnudando, lleno de deseo, sólo porque esa vez iba ella a dejarle?

A la mañana siguiente, cuando oí que Cal estaba en el cuarto de baño de la planta baja, me levanté y empecé a preparar el desayuno. Cal estaba silbando bajo la ducha. ¿Se sentía feliz?

Kitty bajó del piso de arriba visiblemente cambiada, sonriéndome como si no hubiese quemado mi bien máspreciado y no me hubiese dado golpes en la cara.

—¡Oh, querida! —Me arrulló—. ¿Por qué te quedaste arriba durante la fiesta que me ofreciste? ¿Eh? ¿Por qué lo hiciste? Te encontré a faltar, de veras. Quería

presentarte a todas mis amigas. Bueno, todas las chicas se mueren por verte, pero tú te escondiste y no dejaste que vieran que mi hijita está más guapa cada día. Realmente, pequeña, tienes que acostumbrarte a los calambres mensuales y olvidarte de ellos... En otro caso, nunca podrás gozar de ser una mujer.

—¡Dime dónde están Keith y Nuestra Jane! —le grité—. ¡Prometiste que me lo dirías!

—Bueno, ¿de qué estás hablando, querida? ¿Cómo puedo yo saberlo?

Sonrió, vaya que sí, como si hubiese olvidado por completo todo lo que me había hecho. ¿Estaba fingiendo? ¡No podía ser de otra manera! ¡No estaba tan chiflada!

Pero entonces se me ocurrió la idea más terrible: ¡la de que estaba realmente loca!

Cal entró y dirigió a Kitty una mirada de disgusto, aunque no dijo nada. A espaldas de ella, su mirada se encontró con la mía, para transmitirme un mensaje de advertencia. «*No hagas nada. No digas nada.* Deja que Kitty haga su comedia, y nosotros haremos la nuestra». Se formó un nudo en la boca de mi estómago. ¿Cómo podría vivir día tras día en ese ambiente? Bajé los ojos para observar los huevos que se freían en la sartén.

Estábamos en mayo, en pleno bullicio y agitación de los preparativos para los exámenes. Yo estudiaba horas y más horas para sacar buenas notas. Cuando el mes tocaba ya a su fin, empezó a soplar un extraño viento del Nordeste que se llevó el calor primaveral y trajo de pronto un frío impropio de la estación. Calefacciones que habían sido apagadas en marzo fueron de nuevo encendidas. Suéters guardados con bolas de naftalina aparecieron nuevamente, junto con faldas de lana. El viernes de mayo más frío que he pasado en mi vida, me quedé hasta tarde, hablando con Mr. Taylor, mi profesor de Biología. Me preguntó si me gustaría llevarme a casa el hámster de nuestra clase, Chuckles, para el fin de semana.

El dilema con que me enfrentaba debió reflejarse claramente en mi expresión turbada cuando, plantada junto a la gran jaula de alambres del hámster, deseaba decir toda la verdad sobre Kitty y su odio diabólico a todos los animales, mientras que, en otras circunstancias, me habría encantado encargarme de la hembra hámster preñada, que era la favorita de la clase de biología.

—¡Oh, no! —dije rápidamente, al insistir él—. Ya le he dicho, Mr. Taylor, que mi madre no quiere tener animales en casa. Dice que son sucios, que huelen mal, y está siempre olfateando el aire en busca de algún olor desconocido.

—Vamos, Heaven —dijo Mr. Taylor—, sé que estás exagerando. Tu madre es una mujer encantadora; se nota en su manera de sonreír.

Sí, ¡qué dulces y amables eran las sonrisas de Kitty Dennison! ¡Y qué ciegos podían estar los hombres! Incluso los eruditos, como Mr. Taylor.

La voz de mi profesor adquirió un tono persuasivo, mientras el furioso viento del Nordeste azotaba el edificio del colegio y me hacía temblar incluso con la calefacción

encendida. Él siguió camelándome:

—Las autoridades nos obligan a apagar la calefacción durante los fines de semana, y todas las otras alumnas se han marchado ya. ¿Quieres que este animalito que está a punto de ser madre se hiele en esta habitación y lo encontremos muerto el lunes? Vamos, querida, acepta la responsabilidad de querer a un animal... El amor trae siempre responsabilidades y cuidado, ¿sabes?

—Pero mi madre odia a los animales —dije con voz débil, pues por mi gusto habría tenido a *Chuckles* durante toda una semana.

Él debió ver cierto deseo en mi expresión, pues insistió.

—Aquí hace mucho frío —dijo, observando mi cara con ojos calculadores—. Aunque *Chuckles* tenga comida y agua, el frío puede ser excesivo para una madrecita en ciernes encerrada en una jaula.

—Pero..., pero...

—No hay pero que valga. Es tu deber. Es tu obligación. Yo pasaré el fin de semana fuera con mi familia; de no ser por eso, me lo llevaría. Claro que podría dejarla sola en casa, con abundancia de comida y su bebedero lleno de agua..., pero puede parir el día menos pensado. Y quiero que tú estés presente, con la cámara de cine que te enseñé a emplear, para mostrar a la clase el milagro del nacimiento, si éste se produce cuando el animalito esté contigo.

Y así me dejé persuadir, contra mi mejor criterio, y la tostada y blanca *Chuckles* entró en la flamante casa blanca y rosada de Kitty, entre las brillantes criaturas de cerámica, y fue instalada en el sótano, lugar al que nunca iba Kitty, ahora que tenía una esclava que le lavaba y secaba la ropa.

Sin embargo, Kitty era imprevisible. Sus cambios de humor eran sorprendentes, dramáticos y, sobretodo, peligrosos. Sumamente agitada, preparé un lugar despejado y limpio, a salvo de corrientes de aire, para colocar la gran jaula. Al pie de una ventana alta y soleada, me pareció el sitio perfecto. Encontré un biombo viejo, con el dorso de laca desconchado, y lo puse en pie. Ahora *Chuckles* estaría protegida no sólo de las corrientes de aire, sino también de los crueles ojos verdemar de Kitty, si ésta se atrevía a entrar en el sótano. No había ninguna razón para que llegase hasta el lugar donde había instalado cómodamente a *Chuckles* junto a una pared lejana. Sólo sentía una ligera aprensión por la seguridad del animalito.

—Ahora estáte tranquila, *Chuckles* —dije al pequeño animal, que se sentó sobre las ancas y mordisqueó con delicadeza un trozo de manzana que yo le había dado—. No uses demasiado la rueda. Dado tu estado, podría serte perjudicial.

La maldita rueda crujía y chirriaba, e incluso después que la hube sacado y untado con aceite sus partes móviles, seguía haciendo ruido cuando la hacía girar con los dedos. *Chuckles* corría como loca por su jaula, reclamando la devolución de su rueda de ejercicio. Cuando puse de nuevo ésta en la jaula, *Chuckles* saltó inmediatamente dentro de ella y empezó a hacerla girar; la rueda siguió chirriando, pero menos.

Subí al vestíbulo de atrás y apliqué el oído a la puerta cerrada del sótano. Todo

estaba en silencio allá abajo. Abrí la puerta y escuché. Tampoco oí nada. Bien. Bajé cinco, seis, siete escalones y me detuve a escuchar. Sólo entonces pude oír un débil sonido..., pero no importaba. Kitty no entraría nunca sola en el sótano, y nada podría hacer si Cal estaba en su banco de trabajo. Yo había terminado con el lavado de la ropa; por consiguiente, no había nada que comprobar.

Pocos minutos después encontré unas sillas viejas y coloqué una de ellas a cada lado del biombo, para que éste no pudiese caer sobre la jaula. Lo toqué, vi que estaba bastante seguro y dije una vez más a *Chuckles* que fuese buena chica.

—... y, por favor, no tengas tus pequeños antes de que yo haya preparado la cámara.

Chuckles continuó haciendo funcionar la rueda.

Fue otra de aquellas extrañas tardes en que Kitty no trabajó horas extraordinarias como solía hacer. Tenía una expresión turbada en sus pálidos ojos.

—Tengo jaqueca —se lamentó, quejicosa—. Me iré a la cama temprano —anunció después de cenar—. No quiero oír el lavavajillas, ¿te enteras? Hace vibrar la casa. Tomaré unas píldoras y dormiré y dormiré...

¡Magnífico!

El sábado empezó como otro día cualquiera. Kitty se levantó de mal humor, cansada, frotándose los ojos hinchados e irritados, quejándose de sentirse como drogada.

—No sé si podré ir a mis clases —murmuró, sentándose a la mesa del desayuno, mientras yo preparaba las salchichas, tostándolas lo justo y añadiendo un poco de agua para que no se secasen—. Estoy cansada siempre. La vida ya no tiene aliciente para mí. No lo comprendo.

—Tómate el día libre —sugirió Cal, desplegando el periódico de la mañana y empezando a leer los titulares—. Vuelve a la cama y duerme hasta que puedas levantarte sin sentirte cansada.

—Pero debería ir a mis clases. Mis alumnas me estarán esperando...

—Tendrías que ir a un médico, Kitty.

—¡Sabes que *odio* a los médicos!

—Sí, lo sé; pero tus constantes jaquecas indican que no estás bien o que necesitas gafas.

—¡Sabes que no voy a ponerme unas malditas gafas que hagan que parezca una vieja!

—Podrías llevar lentes de contacto —dijo él, pareciendo fastidiado, y me miró—. Yo estaré trabajando todo el día, al menos hasta las seis. Acabo de contratar a dos nuevos operarios que necesitan adiestrarse.

Le estaba diciendo que no esperase demasiada distracción por su parte esa noche.

Kitty se frotó los ojos de nuevo y contempló el plato que le puse delante, como si

no reconociese su desayuno predilecto de salchichas, huevos fritos y maíz a medio triturar.

—No tengo apetito para nada...

Se levantó y se volvió, diciendo que se iba a la cama y que dormiría hasta que se despertase sin dolor de cabeza.

—Puedes llamar por teléfono, excusándome de acudir a la clase —me dijo.

Durante toda la mañana, estuve fregando y limpiando, y no oí ni vi a Kitty. Almorcé sola. Por la tarde quité el polvo, pasé la aspiradora por la planta baja y atendí rápidamente las necesidades de *Chuckles*, que evidentemente no quería que me marchase y la dejase sola. Indicaba eso a su manera, juguetona y conmovedora, sentándose y levantando las patitas de delante, adoptando una actitud mimosa cuando me volvía para marcharme. De no haber sido por Kitty, habría llevado a *Chuckles* a mi habitación todas las noches.

—Está bien, querida —le dije, rascándole la suave y peluda cabecita y provocando sonidos de contento en su garganta—. Juega cuanto quieras. El demonio de esta casa se ha drogado con Valium, y esto hace que estés segura, segura.

Cal no me llevó al cine aquel sábado; los dos nos quedamos viendo la televisión y hablando poco.

Domingo.

Los fuertes cantos de Kitty me despertaron temprano.

—Me encuentro muy bien —gritó a Cal, mientras yo me levantaba y me dirigía rápidamente a la escalera y al cuarto de baño de la planta baja—. Quiero ir a la iglesia. HEAVEN —vociferó al oírme pasar por delante de su puerta abierta—, ve en seguida a la cocina, perezosa, y prepara el desayuno. Iremos a la iglesia. Todos. Daremos gracias al Señor por haberme quitado el dolor de cabeza...

Bueno, ¡parecía que volvía a ser la de siempre!

Sintiéndome cansada, abrumada por el exceso de trabajo, corrí de un lado a otro para hacerlo todo antes de que ella bajase. Me dirigí al cuarto de baño para tomar una rápida ducha antes de empezar a preparar el desayuno. Pero no, sería mejor poner primero el agua para el café y ducharme mientras se calentaba. Después de la ducha, iría a ver a *Chuckles* mientras se freía despacio el tocino.

Pero alguien había puesto ya el agua en la cafetera; estaba caliente y humeando. Me encaminé al cuarto de baño pensando que Cal había estado en la cocina, afanoso de tomar sus dos tazas de café de la mañana.

Colgué la bata y el camisón en un gancho de la puerta del cuarto de baño, antes de volverme para entrar en la bañera.

¡Entonces vi a *Chuckles*!

Chuckles... en la bañera..., ¡toda ensangrentada! Una larga tira de intestinos salía de su boca; las diminutas crías salían por el otro extremo. Caí de rodillas, sollozando,

vomitando el contenido de mi estómago vacío en la bañera, para que se mezclase con la sangre y con los otros nauseabundos elementos.

La puerta se abrió detrás de mí.

—Alborotando otra vez, ¿eh? —preguntó una voz dura desde el umbral—. Gritando y chillando como si hubieses visto algo inesperado. Vamos, toma tu baño. No voy a permitir que una sucia montañesa entre en mi iglesia sin tomar antes un baño.

Miré a Kitty con ojos desorbitados de horror, de odio.

—*¡Has matado a Chuckles!*

—¿Has perdido la cabeza? Yo no he matado a ningún *Chuckles*. Ni siquiera sé de qué me estás hablando.

—*¡MIRA EN LA BAÑERA!* —grité.

—No veo nada —dijo Kitty, mirando directamente al lastimoso animalito muerto y toda aquella porquería sanguinolenta—. Cierra el desagüe y llena de agua la bañera. Te estaré observando. *¡No voy a llevar a una montañesa sucia a mi iglesia!*

—*¡CAL!* —chillé lo más fuerte que pude—. *¡AYÚDAME!*

—Cal está en la ducha —dijo Kitty con tranquilidad—, haciendo lo que puede para lavar sus pecados. Haz tú lo mismo..., *¡lava los tuyos!*

—*¡Estás loca, loca de remate!* —grité.

Kitty empezó a llenar con toda calma la bañera. Me puse en pie de un salto y agarré una toalla para cubrir mi desnudez.

Al hacerlo, aparté la mirada de Kitty durante un breve instante.

Fue suficiente. Ella lanzó el brazo rígido, a la manera de un bate de béisbol, golpeándome y tirándome contra la bañera. Tropecé, perdí el equilibrio y Kitty me atacó de nuevo, pero esta vez conseguí esquivar el golpe y, chillando, corrí hacia la escalera, llamando a Cal con toda la fuerza de mis pulmones.

—*¡VUELVE AQUÍ Y TOMA TU BAÑO!* —gritó Kitty.

Golpeé la puerta del baño de arriba, gritando para que Cal me oyese; pero éste le había dado toda la fuerza al agua y estaba cantando a voz en grito; por eso no podía oírme. Esperé que Kitty subiese en cualquier momento y me obligase a sentarme en aquella bañera de suciedad y de muerte. Armándome de valor, hice girar la manija de la puerta. *¡Cal la había cerrado por dentro! ¡Maldición!*

Me dejé caer en el suelo y esperé a que él saliese. En el momento en que cerró el agua, me levanté y lo llamé de nuevo. Cal entreabrió la puerta con precaución, chorreando todavía agua de sus cabellos y con una toalla enrollada a la cintura.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado, tomándome entre sus brazos e inclinando la cara mojada sobre mis cabellos, mientras yo me agarraba a él con desesperación—. *¿Por qué estás tan asustada?*

Se lo conté todo. Que había instalado a *Chuckles* en el sótano y que Kitty había enroscado algo a su cintura y apretado hasta quitar la vida a una inofensiva e indefensa criatura.

Puso cara hosca al soltarme y agarrar su bata; después, se dirigió al cuarto de baño de la planta baja, conmigo pisándole los talones. Esperé en la puerta, incapaz de mirar de nuevo a la pobre *Chuckles*. Kitty había desaparecido.

—No hay nada en la bañera, Heaven —dijo él, volviendo junto a mí—. Está limpia como una patena.

Miré a mi vez. Era verdad. La hámster muerta y sus crías habían desaparecido. La bañera resplandecía. Todavía envuelta en mi toalla, seguí a Cal para visitar el sótano. La jaula estaba vacía y tenía la puerta abierta de par en par.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? —gritó Kitty desde arriba—. Ve a tu ducha, Heaven, y date prisa. No quiero llegar tarde a la iglesia.

—¿Qué hiciste con *Chuckles*? —le grité al llegar al vestíbulo de atrás.

—¿Te refieres a aquella rata que maté? La tiré. ¿Acaso querías guardarla? Cal —dijo, volviéndose hacia él, con expresión dulzona—, está enfadada porque he matado una sucia y vieja rata en la bañera. Ya sabes que no puedo soportar las ratas en mi casa.

Sus ojos fríos se clavaron amenazadores en los míos.

—Ve, Heaven —me aconsejó Cal—. Yo hablaré con Kitty.

Yo no quería irme. Deseaba quedarme y ponerlo todo en claro, hacer que Cal viese a Kitty tal como era, una loca que debería estar encerrada en un manicomio. Pero me sentía tan débil y mareada que sólo podía obedecer. Me duché, me enjaboné los cabellos e incluso preparé el desayuno, mientras Kitty protestaba una y otra vez, con creciente vehemencia, diciendo que nunca había visto un hámster, que ni siquiera sabía qué aspecto tenían y que jamás bajaba sola al sótano.

Volvió sus ojos pálidos hacia mí.

—¡Te odio por tratar de volver a mi hombre contra mí! Iré a visitar a las autoridades del colegio y les diré lo que has hecho a esa pobre y pequeña criatura, tratando de echarme la culpa a mí. Fuiste tú, ¿eh? Yo nunca habría hecho una cosa tan ruin... ¡Lo hiciste tú para culparme! Puedes quedarte aquí hasta que termines tus estudios, ¡pero después te largarás! Por mí, ¡puedes irte al infierno!

—*Chuckles* estaba preñada, Kitty. ¡Tal vez fue eso lo que no pudiste soportar!

—¿Oyes cómo miente esa niña, Cal? Yo no he visto ningún hámster. ¿Lo has visto tú?

¿Podía creer Cal que yo hubiese hecho algo tan horrible? No, no, seguían diciéndome sus ojos. Déjalo pasar esta vez, por favor, por favor.

¿Por qué no buscó la prueba en el cubo de la basura? ¿Por qué no se decidió a acusar a Kitty? ¿Por qué, Cal, por qué?

La pesadilla continuó en la iglesia.

*Gracia sorprendente...
¡Qué dulce el sonido...!*

Todo el mundo cantaba con devoción. ¡Qué aislada me sentía plantada allí, al lado de Kitty, luciendo mi mejor vestido nuevo! Parecíamos unos cristianos tan buenos, tan respetables y temerosos de Dios..., pero el recuerdo del pequeño hámster muerto no se apartaba de mi cabeza. ¿Quién me creería, si me atrevía a contarlo?

Kitty dejó caer su limosna en la bandeja; Cal hizo lo propio. Yo miré la bandeja y después la cara inexpresiva del diácono que la pasaba. Me negué a arrojar un penique.

—Echa algo —murmuró Kitty, dándome un codazo—. No quiero que mis amigos piensen que eres una hereje, una desagradecida que no sabe apreciar los dones vertidos sobre ella.

Me levanté y salí de la iglesia, oyendo toda clase de murmullos detrás de mí. La locura de Kitty lo coloreaba todo, haciendo que mirase a las personas y me preguntase cómo eran realmente en su interior.

Ya en la calle, empecé a andar deprisa, dejando a Kitty y a Cal en la iglesia. Pero no había caminado dos manzanas cuando el coche de Cal se detuvo a mi lado y Kitty se asomó a la ventanilla para gritarme:

—Vamos, pequeña, no seas tonta. No puedes ir a ninguna parte con sólo dos pavos en el bolsillo, y éstos pertenecen al Señor. Sube. Ahora me siento mejor. Tengo la mente completamente clara, aunque esta noche y esta madrugada ha estado a punto de darme un ataque.

¿Estaba tratando de decirme que no sabía lo que hacía cuando había asesinado a *Chuckles*?

Subí de mala gana al automóvil. ¿Adónde podía ir con sólo dos dólares en mi bolso?

Durante todo el trayecto desde la iglesia hasta casa, estuve pensando en lo que iba a hacer. Ella había creído que tenía que matar a *Chuckles*. Sólo los locos realizaban acciones sádicas como ésa. ¿Y qué excusa razonable podría dar a Mr. Taylor cuando lo viese?

—No puedes decirle la verdad —dijo Cal cuando tuvimos ocasión de estar a solas, mientras Kitty dormía de nuevo para librarse de otro ataque de jaqueca—. Tienes que hacer que parezca que *Chuckles* murió de parto.

—¡La estás protegiendo! —grité, irritada.

—Te creo, pero también quiero que termines tus estudios. ¿Podrías hacerlo si acudiésemos ahora a las autoridades y tratásemos de hacer que la internasen? Ella se defendería. Tendríamos que probar que está loca, y sabes tan bien como yo que Kitty sólo muestra su parte peor cuando está contigo o conmigo. Sus «chicas» creen que es maravillosa, generosa y abnegada. Su ministro de la iglesia la adora. Tenemos que convencerla de que vea a un psiquiatra, por su propio bien. Y nosotros, Heaven, podemos jugar nuestro juego hasta entonces. Mientras tanto, ahorraré para que, cuando llegue el momento, tengas dinero suficiente para escapar de este infierno.

Me dirigí a la puerta y dije, con voz tranquila:

—Ya me apañaré, a mi manera, en el momento que yo elija.

Se quedó un instante mirando atrás, como un niño extraviado, antes de cerrar la otra puerta sin ruido.

Gracia salvadora

Nuestras vidas en Candlewick tomaron un giro inesperado después de la muerte de *Chuckles*. Mr. Taylor aceptó ingenuamente mi excusa de que *Chuckles* había muerto de parto. Un día después, apareció otro hámster en la jaula que yo había devuelto; también era una hembra y estaba preñada (casi igual a la que había matado Kitty) y se llamaba *Chuckles*. Era doloroso, realmente doloroso, ver que una vida más o menos importaba poco.

«No voy a querer a este animalito —me dije—. Tendré mucho cuidado en no poner cariño en nada mientras Kitty represente un papel en mi vida».

Después de ese incidente, como si aquel asesinato fuese motivo de vergüenza para su espíritu, Kitty se sumió en un profundo y prolongado silencio, sentada durante horas en su dormitorio, contemplando el espacio y peinando y cepillando sus cabellos, atormentándolos hasta que conseguía que se mantuviesen tiesos como las cerdas de un cepillo; entonces, los alisaba de nuevo, y repetía una y otra vez la operación, hasta que pareció mentira que le quedase un cabello sano.

Parecía haber sufrido un drástico cambio de personalidad. De vocinglera y agresiva, se había convertido en reflexiva y demasiado callada, con lo cual me recordaba en cierto modo a Sarah. Pronto dejó de cepillarse los cabellos y de arreglarse las uñas y la cara. Ya no le preocupaba su aspecto. Yo observaba cómo tiraba sus mejores prendas interiores, incluidas docenas de caros sujetadores. Lloraba y después se hundía en un pozo oscuro de reflexión. Yo me decía que tenía bien merecido todo lo que le estaba pasando.

Durante una semana, Kitty se excusó de ir al trabajo, para quedarse en la cama, contemplando el vacío. Cuanto más se retiraba Kitty, más perdía *Cal su* calidad abstracta, olvidaba sus malos humores y asumía un aire nuevo y confiado. Por primera vez, parecía controlar su vida, mientras Kitty perdía el control de la suya propia.

Aquello resultaba extraño, tan extraño que yo no podía dejar de preguntarme qué era lo que estaba pasando. ¿Podía ser un sentimiento de culpa, de vergüenza y de humillación, lo que hacía que Kitty no tuviese valor para enfrentarse con el día de mañana? ¡Oh, Dios mío, haz que cambie para bien..., para bien, señor!

Terminó el colegio y empezó el verano.

Las temperaturas subieron por encima de los noventa grados Fahrenheit, y Kitty seguía pareciendo una autómatas. El último lunes de junio, fui a ver por qué no se había levantado todavía para ir a su salón de belleza. La encontré tumbada en la

cama, negándose a mirar en mi dirección y a responder cuando la llamaba con su nombre. Permanecía allí, como paralizada. Cal debió pensar que todavía dormía cuando él se había levantado. Vino corriendo de la cocina cuando le llamé para decirle que Kitty estaba gravemente enferma. Llamó a una ambulancia e hizo que la llevaran con urgencia al hospital.

En el hospital le hicieron todas las pruebas conocidas por la ciencia médica.

La primera noche que pasé en casa, a solas con Cal, fue muy desagradable. Yo estaba segura de que me deseaba, de que quería convertirse en mi amante. Podía verlo en su manera de mirarme, lo notaba en los largos e incómodos silencios que se producían súbitamente entre nosotros. Nuestra fácil relación se había desvanecido, y yo me sentía perdida, vacía. Lo mantenía a raya fijando una rutina cotidiana para los dos e insistiendo en que pasáramos todo el tiempo posible con Kitty en su habitación del hospital. Yo estaba todos los días allí, haciendo cuanto podía, pero Kitty no experimentaba ninguna mejoría, salvo empezar a pronunciar algunas palabras.

—A casa —murmuraba una y otra vez—. Quiero ir a casa.

Todavía no, decían los médicos.

Yo podía hacer lo que quisiera en la casa: tirar los cientos de fastidiosas plantas que tanto trabajo representaban para mí; guardar en el desván algunas de aquellas chillonas piezas de cerámica; pero no hice nada de eso. Seguí realizando las tareas que me había enseñado Kitty: cocinar, fregar, quitar el polvo y manejar la aspiradora, aunque todo eso me agotase. Tenía la impresión de que, trabajando como una esclava, purgaba mis actos pecaminosos con Cal. Me censuraba por hacer que él me desease de una manera que estaba prohibida. Era mala, como siempre había dicho Kitty. La basura montañesa de los Casteel que salía a la superficie. Y entonces, contradiciéndome, pensaba: «¡NO! Yo era hija de mi madre, medio bostoniana..., pero..., pero..., había perdido la batalla».

Yo era la culpable.

Me estaba convenciendo de ello. Si Fanny no había podido dejar de ser como era, tampoco yo podría.

Desde luego, sabía desde hacía tiempo la pasión latente que Cal sentía por mí, una muchacha diez años más joven que él, impulsada hacia él de mil maneras por la propia Kitty. Yo no comprendía a Kitty, quizá no la comprendería nunca; pero, desde aquel día horrible en que quemó la muñeca, la necesidad y el deseo que tenía él de mí se habían hecho diez veces más intensos. No miraba a otras mujeres; en realidad, no tenía una esposa, y ciertamente era un hombre normal que necesitaba desahogarse de alguna manera. Si yo seguía rechazándole, ¿se apartaría de mí y me dejaría completamente sola? Yo lo amaba y lo temía al mismo tiempo, quería complacerle y quería rechazarle.

Podía salir más a menudo con Cal por las tardes, estando Kitty en el hospital, sometida a todas las pruebas médicas que un ejército de doctores era capaz de imaginar, sin que nunca la encontrasen nada anormal. Y ella no decía nada que

pudiese darles una clave de su misteriosa dolencia. En un pequeño despacho de hospital, el equipo de médicos que la atendía habló con Cal y conmigo, buscando una orientación, y ninguno de los dos supo qué decirles.

Durante todo el trayecto, desde el hospital hasta casa, Cal no dijo una palabra. Tampoco yo. Sentía su dolor, su frustración y su soledad..., de no haber sido por mí. Cada uno de los dos, en campos diferentes, luchando por sobrevivir a las heridas infligidas por Kitty. En el garaje, me abrió la portezuela. Corrí hacia la escalera y busqué refugio en mi habitación, donde me desnudé, me puse un lindo camisón y lamenté no poder cerrar la puerta con cerrojo. No había cerrojos en la casa de Kitty, salvo en los cuartos de baño. Me tendí inquieta en la cama, temerosa de que él subiese, me hablase, me forzase..., ¡y yo le odiaría por ello! ¡Le odiaría tanto como odiaba a papá!

Pero no hizo nada de eso.

Oí su estéreo en la planta baja, tocando la música que le gustaba a él, no la que le gustaba a Kitty. Música española... ¿Estaría bailando solo? Sentí una compasión inmensa, y también un sentimiento de culpa. Me levanté, me puse una bata y me dirigí vacilando a la escalera, dejando una novela sin terminar sobre la mesita de noche. No paraba de decirme a mí misma que era la música lo que me atraía hacia el piso de abajo.

En realidad, el pobre Cal no iba a ninguna parte; se había casado con la primera mujer que le había llamado la atención. Amarme a mí era otro error, lo sabía muy bien. Lo compadecía, lo amaba y desconfiaba de él. Me abrumaba mi propia necesidad, mi propia culpa, mis propios temores.

Él no bailaba, aunque la música seguía tocando. Estaba de pie, contemplando la alfombra oriental, pero sin verla, a juzgar por la opacidad de sus ojos. Crucé la puerta y me planté a su lado. Él no se volvió para hablarme, no dio la menor señal de haberse dado cuenta de mi presencia; siguió con la mirada fija, como si contemplase un mañana interminable con Kitty como su esposa, pero sin ser nada para él, salvo una carga confiada a su cuidado. Y sólo tenía veintisiete años.

—¿Qué es esa canción que está sonando? —pregunté con voz baja y asustada, haciendo un esfuerzo para tocarle el brazo a modo de consuelo.

Él no se limitó a decírmelo, sino que cantó la letra a media voz, y, aunque yo viva más de doscientos años, jamás olvidaré la dulzura de aquella canción y la manera en que él me miraba al cantar las frases sobre un extraño en el paraíso.

Tomó mi mano entre las suyas y me miró a los ojos. Los suyos me parecieron luminosos y profundos, distintos de como los había visto hasta entonces, iluminados por la luna y las estrellas; y más aún, le vi a él en mi mente como si fuese Logan, la perfecta alma gemela que me amaría durante toda la vida, como yo quería y necesitaba ser amada.

Creo que la música me subyugó tanto como su voz y sus ojos dulces, pues mis brazos se alzaron y rodearon su cuello sin que yo se lo ordenase. Ni fue por mi

voluntad que una de mis manos se apoyase en su nuca, que mis dedos se introdujeran entre sus cabellos, y que mi otra mano sujetara su cabeza para atraerla suavemente de manera que pudiese encontrar mis labios ansiosos de ser besados. No; ocurrió, y nada más. No por mi causa, ni por la de él; la culpable fue la luz de la luna reflejada en sus ojos, la música que flotaba en el aire, la dulzura de nuestros labios al encontrarse... Todo eso hizo que ocurriese lo que sucedió.

Sus manos sujetaron, codiciosas, mi cabeza, se deslizaron sobre mi espalda, como moldeándola, y se apoyaron en mi cadera, vacilando antes de acariciar fugaz y ligeramente mis nalgas y subir de nuevo para rozar brevemente mis senos, descubriéndome de nuevo, tratando de despertarme al buscar mis labios con los suyos.

Lo empujé.

—¡Basta!

Le di un bofetón. Grité:

—¡NO, NO! —Y subí corriendo la escalera.

Cerré la puerta a mi espalda y lamenté una vez más que no hubiese cerrojo o que yo careciese de lo que en Fanny era algo natural, y me desprecié por pensar eso.

Porque lo amaba, con un amor tan profundo, tan intenso, que me dolía pensar que mi mano había golpeado su adorado semblante. Los chicos de Winnerrow me habrían llamado coqueta o algo mucho peor. Deseaba gritarle que lo sentía. Quería ir a su encuentro en su habitación, pero me retenían todas las palabras que había pronunciado Kitty para hacer que me sintiese mala, sucia, asquerosa.

De nuevo, una fuerza poderosa me empujó hacia la escalera. Miré hacia abajo. Él estaba todavía allí, pegado al suelo del cuarto de estar como una estatua, y la misma música seguía sonando. Bajé la escalera, impulsada por alguna romántica idea de sacrificarme para complacerle. No se volvió ni habló cuando llegué a su lado. Mi mano se deslizó insegura hasta la suya y le apreté los dedos. No reaccionó.

—Siento haberte golpeado —murmuré.

—No lo sientas. Lo tuve bien merecido.

—Pareces muy amargado.

—Estaba plantado aquí como un imbécil, pensando en mi vida y en todas las estupideces que he cometido..., la peor de las cuales fue pensar que tú me amabas. Pero no me amas. Sólo quieres tener un padre. Podría odiar a Luke tanto como tú por haberte defraudado cuando más lo necesitabas; de no haber sido así, no habrías necesitado tanto un padre.

De nuevo, lo rodeé con mis brazos. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y esperé su beso..., y esa vez no echaría a correr. Hacía mal y lo sabía, pero le debía muchísimo, más de lo que nunca podría pagarle. No le incitaría para chillar después que no, como había hecho Kitty durante años. Yo lo amaba. Lo necesitaba.

Ni siquiera cuando él me tomó en brazos, me llevó a su habitación, me tendió en su cama y empezó a hacer aquellas cosas malas me di cuenta de lo que había iniciado,

y ya era demasiado tarde para detenerle. Su cara sudorosa rebosaba felicidad, sus ojos estaban empañados, sus acciones hacían chirriar los muelles de la cama, mientras yo me sentía sacudida por la pura fuerza animal de su arrebató amoroso. Conque eso era todo. Esa presión intermitente, ese dolor cálido y lacerante que aparecía y desaparecía..., y si mi mente consciente estaba aturullada y no sabía cómo responder, mi inconsciente físico tenía un conocimiento innato y se movía bajo aquellos impulsos como si en otras vidas lo hubiese hecho así diez mil veces con otros hombres amados. Cuando terminó todo, y él se volvió de lado sin dejar de estrecharme entre sus brazos, yací como aturdida por lo que le había y me había permitido hacer. Corrieron lágrimas por mis mejillas y empaparon la almohada. Kitty quemó lo mejor de mí cuando arrojó mi muñeca al fuego.

Sólo había dejado el lado oscuro del ángel que había ido a la montaña y muerto en ella.

Él me despertó durante la noche con delicados besos sobre mi cara y mi pecho desnudo, y repitió su pregunta. Me pareció oír chillar a Kitty: NO, NO, NO, como le había gritado tantas veces al preguntarle él lo mismo. Pero yo asentí y lo abracé, y de nuevo nos fundimos en uno. Cuando hubimos terminado, quedé de nuevo aturdida y asqueada de mis actos, de mi respuesta demasiado entusiasta. ¡Escoria de la montaña!, habría gritado Kitty, y me pareció oír a todo Winnerrow vociferando contra los Casteel. *¡Era cuanto cabía esperar de una Casteel, de una basura de Casteel!*

Los días y las noches transcurrieron con rapidez, y yo no podía detener lo que había empezado. Cal rebatía todas mis objeciones, diciendo que era una tontería sentir vergüenza cuando Kitty se lo había buscado, que yo no obraba peor que muchas chicas de mi edad, y que él me amaba, me amaba de veras y no como un muchacho que sólo hubiese querido aprovecharse de mí. Pero nada de lo que me decía borraba aquel sentimiento de vergüenza ni el conocimiento de que lo que hacía con él era malo, muy malo.

Estuvo dos semanas solo conmigo y pareció sentirse muy feliz al fingir yo que ya no me sentía avergonzada ni culpable. Entonces, una mañana, se marchó temprano para ir a buscar a Kitty y traerla de nuevo. Yo saqué brillo a la casa y la llené de flores. Kitty yació en su cama, mirando inexpresiva lo que yo había hecho para adornarlo todo, y sin dar muestras de reconocer el lugar donde se hallaba. Y sin embargo, había dicho que quería estar en casa... Quizá sólo pretendía con ello poder golpear el suelo de su habitación con un bastón para llamar nuestra atención. ¡Oh, cómo llegué a odiar el ruido de aquel bastón golpeando un suelo que era el techo del cuarto de estar!

Una vez a la semana, una de las operarías del salón de belleza de Kitty venía para lavarle la cabeza, peinar sus rojos cabellos y arreglar las uñas de sus manos y pies. Yo pensaba que Kitty debía ser la inválida más hermosa de la ciudad. A veces, me

conmovía su impotencia, al verla tumbada allí, envuelta en su lindo camisón de color rosa, largos, espesos y perfectamente peinados los cabellos. Sus «chicas» parecían apreciarla mucho; venían a menudo a charlar y a reír, mientras yo les servía golosinas en los mejores platos de porcelana de Kitty y me afanaba después en mantener limpia la casa, en acompañar a Cal y llevar sus libros y pagar las facturas, usando el talonario de cheques de Kitty.

—A ella no le gustaría que yo hiciese esto —dije, frunciendo el ceño y chupando la punta de un bolígrafo—. Deberías hacerlo tú, Cal.

—Yo no tengo tiempo, Heaven.

Tomó el montón de facturas de la pequeña mesa escritorio de Kitty y las colocó en un archivador.

—Mira, hace un hermoso día de verano, y llevamos casi un mes cuidando constantemente a Kitty. Tenemos que pensar seriamente en lo que hemos de hacer con ella. Las enfermeras que te ayudan cuestan una fortuna. Y cuando vuelvas al colegio, necesitarás otra..., para que esté atendida las veinticuatro horas del día. ¿Has tenido ya noticias de su madre?

—La escribí, diciéndole que Kitty estaba muy enferma. Pero todavía no me ha contestado.

—Muy bien..., cuando lo haga, telefonaré y hablaré con ella. Está en deuda con Kitty. Y quizás antes de que empiece el curso escolar podamos encontrar alguna solución permanente —suspiró y miró a Kitty—. Al menos parece que le gusta la televisión.

Nunca le había visto un aspecto tan triste.

¿Se merecía Kitty lo que le estaba pasando? Ella se lo había buscado, y Dios, en sus misteriosos caminos, prevalecía a fin de cuentas. En cuanto a mí, mi propio agotamiento me hacía decir que sí, que volver a Winnerrow y poner a Kitty al cuidado de su madre era una buena idea. Además, me daría la oportunidad de ver a Fanny, al abuelo..., y de buscar a Tom, por no hablar de Logan. Aunque, ¿por qué tenía que buscar a Logan ya?

Por fin llegó una carta de Reva Setterton, la madre de Kitty.

—Detesto volver allí —dijo Cal después de leer la breve carta que no mostraba gran preocupación por una hija enferma—. Estoy seguro de que piensan que me casé con Kitty por su dinero; pero, si no nos quedamos allí con ella, pensarán que hay algo entre tú y yo.

No me miraba al decir eso; sin embargo, percibí un deje de melancolía y de deseo en su voz que hizo que me sintiese culpable de nuevo. Tragué saliva, me estremecí y traté de no pensar en lo que podían implicar sus palabras.

—Además, necesitas un descanso. Trabajas demasiado cuidándola, incluso cuando está la enfermera. Si nos quedamos aquí, me arruinaré con lo que cuestan las enfermeras. Y no puedo dejar que abandones el colegio para atender a Kitty. Y lo peor es que ella no parece tener ningún mal, salvo su deseo de permanecer en casa y

mirar la televisión.

—Vuelve a la vida y ámalo antes de que sea demasiado tarde —grité a Kitty aquel día, tratando de hacerle comprender que estaba perdiendo a su marido.

Lo había empujado hacia mí con su frialdad, su crueldad y su incapacidad de dar.

Más tarde, cuando llegué a casa, le dije a Cal, con voz baja y asustada, no queriendo abandonarle en esos momentos en que no tenía a nadie:

—Kitty no estaría aquí día y noche sin moverse, si no le ocurriese algo grave.

—Pero la he hecho reconocer por los mejores especialistas del lugar. Le han hecho todas las pruebas imaginables y no han encontrado nada.

—¿Recuerdas lo que dijeron aquellos médicos cuando te dieron su diagnóstico? Confesaron que a veces el cuerpo es tan misterioso para ellos como para nosotros. Aunque los neurólogos digan que parece perfectamente sana, no saben lo que pasa dentro de su cerebro, ¿verdad?

—Cuidando de ella estamos arruinando nuestras vidas, Heaven. Necesito tenerte más tiempo conmigo. Al principio, pensé que esto podía ser una suerte disfrazada. — Lanzó una risita breve y dura—. Tenemos que llevar a Kitty a Winnerrow.

Le miré a los ojos, sin saber qué decir.

Kitty estaba en la cama, llevaba puesto un camisón de color rosa subido debajo de una mañanita del mismo color y adornada con pequeños volantes plisados. Sus cabellos rojos eran cada vez más largos y parecían notablemente sanos.

Su tono muscular no parecía tan flácido, ni sus ojos tan indiferentes o apáticos cuando se volvieron en nuestra dirección al entrar los dos juntos.

—¿Dónde estabais? —preguntó con voz débil, mostrando poco interés.

Antes de que pudiésemos contestarle, se quedó dormida, y no pude dejar de sentir compasión por aquella mujer que había sido vigorosa y sana y parecía que iba a quedarse inmóvil durante el resto de su vida.

Pero también sentía excitación y alivio, y hasta una cierta ilusión, como si Winnerrow me hubiese dado algo además de sufrimiento.

—Cal..., hay veces en que creo que se encuentra mejor —dije al salir de la habitación de Kitty.

Él frunció los párpados sobre sus ojos castaños.

—¿Por qué lo crees?

—No lo sé. No es por lo que hace o deja de hacer. Pero cuando estoy en su habitación, quitando el polvo de los objetos de encima de su tocador, tengo la impresión de que me está observando. Una vez levanté la cabeza y habría podido jurar que vi una emoción fugaz en sus ojos, no aquella mirada vacía que tiene por lo general.

La alarma se pintó en los ojos de él.

—Razón de más para que actuemos de prisa, Heaven. Amándote me he dado

cuenta de que a ella no la quise jamás. Me sentía solo y sólo traté de llenar un vacío en mi vida. A ti te necesito; te amo tanto que parece que me va a estallar el corazón. No te apartes de mí, haces que me sienta como si te estuviese forzando.

Sus labios sobre los míos trataban de infundirme la misma pasión que él experimentaba; sus manos hacían todo lo posible para provocar en mí el grado de excitación que él alcanzaba con tanta facilidad. ¿Por qué no podía yo vencer la impresión de que me estaba ahogando, de que me sumergía cada vez que hacíamos el amor?

Me poseía, con su cuerpo, con su voluntad, con su necesidad, tanto que empezó a asustarme como me había Kitty asustado antes. Y no es que el daño fuese corporal..., sino que me sentía irremediabilmente dañada, mental y moralmente. Pero a pesar de todo le amaba y tenía la misma hambre insaciable de cariño.

Y me convencía de que volver a casa sería mi salvación, la de él y la de Kitty.

Estaría con Tom, vería al abuelo, visitaría a Fanny y encontraría a Keith y a Nuestra Jane. Esa letanía, repetida una y otra vez, fue para mí como un lavado de cerebro. Convertí Winnerrow en una especie de refugio, creyendo que allí se hallaban todas las soluciones.

TERCERA PARTE

Regreso a Winnerrow

La familia de Winnerrow

Cal y yo preparamos una especie de cama para Kitty en el asiento de atrás, cargamos el equipaje en el maletero y emprendimos el viaje un día soleado de mediados de agosto, pocos días antes de que ella cumpliera los treinta y siete años. Kitty llevaba dos meses de invalidez y, a juzgar por su actitud ausente, parecía probable que continuase igual.

El día antes, sus «chicas» le habían lavado y arreglado los cabellos, así como las uñas de las manos y los pies, y esa mañana yo la había bañado y frotado con una esponja, le había puesto su lindo sujetador de color rosa y vestido con un traje pantalón nuevo de verano, también de color rosa. La había peinado lo mejor que había podido y maquillado después para darle un mejor aspecto. Pero, por primera vez durante un viaje, Kitty no dijo una palabra. Yacía como muerta, como aquella muñeca que había quemado despiadadamente.

Todas las cosas que hubiésemos podido decir en nuestro viaje de regreso a Virginia Occidental quedaron inexpresadas, mientras Cal y yo permanecíamos sentados en el asiento de delante con bastante espacio entre los dos para haber colocado allí a Kitty si ésta hubiese podido mantenerse erguida. Pronto morarían Kitty y Cal con la familia de ella, y él ya no podría acudir a mí con sus afanes. Ojalá no se enterasen nunca los Setterton de lo que habíamos hecho los dos. Eso me turbaba tanto que casi me sentía enferma. ¿Pensaba Cal lo mismo? ¿Lamentaba sus declaraciones de amor a una pueblerina de la montaña?

Había llegado para nosotros, o pronto llegaría, el momento de la verdad. Sus ojos permanecían fijos en la carretera, y los míos en el paisaje cambiante. Dentro de pocas semanas, empezaría de nuevo el curso en el colegio, y antes teníamos que decidir lo que haríamos con Kitty.

No podía dejar de comparar ese viaje de verano con el de invierno que habíamos hecho más de dos años atrás. Todo lo que entonces fue impresionante se había convertido en vulgar. Los arcos dorados de Macdonald's ya no provocaban mi pasmo o admiración, y las hamburguesas ya no me sabían bien después de haber comido en los mejores restaurantes de Atlanta. ¿Qué iba a hacer Cal conmigo? ¿Podría olvidar su amor y su necesidad, si Kitty volvía a ser como antes? Suspiré y me obligué a pensar en el futuro cuando sólo tuviese que depender de mí misma. Había pasado ya mis exámenes finales y solicitado el ingreso en seis Universidades diferentes. Cal había dicho que iría conmigo al college y sacaría su propio título mientras yo empezaba mi educación superior.

Sólo cuando llegamos a la mitad del trayecto de Winnerrow comprendí por qué había venido Miss Deale a nuestra cordillera, a dar lo mejor de su talento a los que

más lo necesitábamos. Eramos los olvidados, los desvalidos de las regiones mineras. Hacía tiempo, yo le había dicho a Tom en broma que sería otra Miss Deale; en esos momentos, al mirar a mi alrededor, supe que, sobretodo, deseaba ser una maestra inspiradora como ella. Ya tenía dieciséis años; Logan habría vuelto para pasar las vacaciones, pero pronto se iría a la Universidad. ¿Vería culpa y vergüenza en mi semblante? ¿Observaría algo en él que le advirtiese que ya no era virgen? La abuelita había dicho siempre que sabía cuándo una muchacha era «impura». Yo no podía hablarle a Logan de Cal; me sería imposible decírselo a nadie, ni siquiera a Tom. Sentada en el coche, sentía el peso de mi vergüenza.

Kilómetros y más kilómetros de paisaje desfilaron por nuestro lado. Después, llegamos a la tierra montañosa, y subimos y subimos por las serpenteantes carreteras. Las estaciones de gasolina se espaciaron más y más. Los grandes, nuevos y amplios moteles fueron sustituidos por pequeñas cabañas acurrucadas en los bosques densos y umbríos. Unos pequeños edificios destartalados y sin pintar anunciaron otra ciudad provinciana cerca del camino de tierra batida, hasta que también quedaron detrás de nosotros. No había ninguna autopista que nos llevase a los Willies. ¡Qué pavoroso sonaba entonces ese nombre!

Veía el paisaje como debió verlo mi verdadera madre diecisiete años atrás. Si hubiese vivido, entonces sólo tendría treinta y uno. ¡Oh, qué lástima que hubiese tenido que morir tan joven! No, no había *tenido* que morir. La ignorancia y la estupidez de la montaña la habían matado.

¿Cómo tuvo mi madre valor para casarse con Luke Casteel? ¿Qué locura se apoderó de ella para hacerle abandonar una ciudad culta como Boston y terminar allí arriba, donde la gente se burlaba de la educación y la cultura, y la opinión general era la de *mándalo todo al diablo... la vida es corta... aprovecha lo que puedas y corre, corre, corre*? Correr durante toda la vida, tratando de escapar de la pobreza, de la fealdad, de la brutalidad, sin conseguirlo nunca.

Volví la cabeza para mirar a Kitty. Me pareció que estaba durmiendo.

Llegamos a una encrucijada. Cal torció a la derecha, apartándonos del camino que conducía a nuestra pequeña y mísera cabaña en las tierras altas. Todo me parecía familiar, como si nunca me hubiese marchado de aquí. Todo volvía a mi memoria, colmándome de recuerdos, y los conocidos aromas de la miel, de las fresas y de las moras maduras me hacían cosquillas en la nariz.

Me parecía oír los banjos que tocaban y el violín del abuelo; ver la mecedora de la abuelita y a Tom corriendo por allí, oír el llanto de Nuestra Jane, y ver que Keith no se apartaba de ella, con cariñosa solicitud. De toda esa ignorancia montañesa, de toda esa estupidez, brotaban todavía los dones de Dios, los niños, no frustrados, por sus genes, como algunos podrían creer, sino felices en muchos aspectos.

A medida que transcurrían los kilómetros me impacientaba más, me excitaba más.

Entonces, aparecieron los anchos campos verdes de las afueras de Winnerrow; lindas casas de campo rodeadas de terrenos de cultivo donde pronto se recogerían las

cosechas de verano. Después, vinieron las casas de los más pobres del valle, no mucho más afortunados que los verdaderos montañeses. Y más allá, más arriba, estaban las chozas de los mineros de carbón, salpicando los montes junto a las cabañas de los clandestinos traficantes de licor.

La parte más honda del valle estaba reservada a los opulentos; era el lugar donde el limo más rico de la montaña era vertido por las fuertes lluvias primaverales e iba a parar, en definitiva, a los huertos de las familias de Winnerrow, proporcionando un suelo fértil a quienes menos lo necesitaban y produciendo una gran abundancia de plantas y de flores, para que las ricas mansiones de Winnerrow pudiesen cultivar los mejores tulipanes, narcisos, lirios, rosas y toda clase de flores con que adornar sus bellamente pintadas casas victorianas. No era de extrañar que aquella población se llamase Winnerrow^[3]. Todos los ganadores del sector vivían en Main Street, y todos los perdedores, en los montes. Hacía tiempo que los dueños de las minas de carbón habían construido sus lujosas casas en Main Street, y también los dueños de las minas de oro que habían dejado de producir. Después, aquellas casas eran propiedad de los dueños de la fábrica de algodón o de sus directores.

Cal condujo el coche por Main Street, dejando atrás las casas delicadamente pintadas de los ricos, las más modestas de la clase media y las de los que trabajaban en las minas en calidad de directores o de capataces. Winnerrow tenía también la suerte, o la desgracia, de poseer fábricas de algodón que confeccionaban telas para sábanas y manteles, colchas nudosas de fantasía, alfombras y esteras. La pelusa de esas fábricas, invisible en el aire, era respirada por muchos obreros que, más pronto o más tarde, acababan escupiendo sus pulmones (como hacían los mineros de carbón), sin que nadie pusiera pleito a los dueños de las fábricas..., o de las minas. Nada se podía hacer. Había que trabajar para vivir. Así estaban las cosas. Uno tenía que arriesgarse.

Pensaba todo eso mientras contemplaba las hermosas casas que habían despertado mi admiración durante mi infancia y que en cierto modo, debía confesarlo, seguían despertándola todavía. «Mira todos aquellos porches», decía la recordada voz de Sarah en mi cabeza. Cuenta los pisos por las ventanas: primero, segundo y tercero. Mira aquellas cúpulas: algunas casas tienen dos, tres, cuatro. Casas bonitas como las de las fotografías de las postales.

Me volví de nuevo para observar a Kitty. Tenía los ojos abiertos.

—¿Estás bien, Kitty? ¿Necesitas algo?

Volvió hacia mí los pálidos ojos verdemar.

—Quiero ir a casa.

—Casi hemos llegado, Kitty..., casi hemos llegado.

—Quiero ir a casa —repitió, como un loro pronunciando la única frase aprendida.

Dejé de mirarla. ¿Por qué me causaba miedo todavía?

Cal redujo la velocidad y entró en un paseo curvo que conducía a una hermosa casa pintada de amarillo pálido con ribetes blancos. Tenía tres plantas decoradas de

un modo recargado; debió de ser construida al comenzar el siglo, con porches en la planta baja y en el primer piso, y una pequeña galería en el segundo, que debía ser el ático. Los porches rodeaban la casa por los cuatro costados, me explicó Cal al detener el coche. Después, se apeó y abrió la portezuela de atrás para poder levantar a Kitty del asiento y llevarla hasta el porche principal, donde se hallaba la familia, esperando inmóvil.

¿Por qué no bajaban corriendo para recibir a Kitty? ¿Por qué se quedaban allí plantados, apiñados, observando a Cal con Kitty en brazos? Kitty me había dicho que se habían alegrado al escaparse ella para casarse cuando tenía trece años. «Nunca me quisieron; ninguno de ellos», recordé que me había dicho más de una vez. Y, a juzgar por su falta de entusiasmo, no se alegraban de verla de nuevo, sobretodo estando enferma e inválida... Pero, ¿podía yo censurarles por ello? Si había sido capaz de hacerme todo lo que me había hecho, ¿qué no les habría hecho a ellos? Se mostraban generosos, más que generosos, al aceptarla.

Permanecí sentada donde estaba, vacilando, reacia a abandonar el aislamiento y la seguridad del coche.

Cal, con Kitty en brazos, subió los cinco anchos escalones del porche y se detuvo en el último, entre las blancas balaustradas. La familia miró fijamente a Kitty. Por fin resolví que Cal necesitaba ayuda y que yo era la única que parecía dispuesta a prestársela.

Parecía una repetición de la historia que solía contarnos la abuelita, de cómo ella y el abuelo se habían quedado esperando cuando papá había traído a casa a la esposa a quien llamaba su ángel y que a ellos no les había gustado..., al principio. *¡Oh, madre, qué doloroso debió ser para ti! ¡Y qué doloroso podía ser para Kitty!*

Corrí para alcanzarles y vi cómo me miraban todos aquellos ojos. No eran unos ojos amistosos, pero tampoco hostiles; los cuatro se volvieron a mirar a Cal, como si éste llevase en brazos a una desconocida inoportuna. Estaba claro que, en realidad, no la querían, pero habían aceptado hacerse cargo de ella y cuidarla lo mejor posible... «hasta que todo hubiese terminado, de la manera que fuese...».

Aquella mujer alta e imponente a la que Kitty se parecía debía ser su madre, Reva Setterton, ataviada con un fino y brillante vestido de seda verde, con grandes botones dorados en fila india hasta el dobladillo. Sus zapatos eran también verdes y, desde luego, estúpida de mí, me impresionaron.

—¿Dónde he de llevarla? —preguntó Cal, cambiando la postura de Kitty para soportar mejor su peso, mientras ésta miraba a su madre de forma inexpresiva.

—Su antigua habitación la está esperando —dijo la mujer, torciendo los finos labios en imitación de una sonrisa.

Después alargó una mano vigorosa y colorada y estrechó brevemente la mía sin mucho entusiasmo. Sus cabellos castaños tenían anchos mechones blancos que daban la sensación de que un palo de caramelo se había derretido y formado un gran burujo sobre su cabeza. El hombre bajito y elegante que estaba a su lado tenía una franja de

cabellos grises en forma de herradura alrededor del sonrosado y calvo cráneo. Cal me lo presentó como Porter Setterton.

—El padre de Kitty, Heaven. Ahora voy a llevarla a su habitación —siguió diciendo Cal—. Ha sido un viaje muy largo; tenía que estar incómoda en el asiento de atrás. Espero haber enviado dinero bastante para todo lo que ella pueda necesitar.

—Podemos hacernos cargo de ella —dijo la madre de Kitty, lanzando a su hija otra dura mirada de desprecio—. No parece enferma, con todos esos potingues que lleva en la cara.

—Más tarde hablaremos de eso —dijo Cal.

Se dirigió a la casa, mientras era observado de la cabeza a los pies por la hermana de Kitty, Maisie, pálida e insípida imitación de lo que debió ser Kitty cuando tenía diecisiete años.

El joven granujiento y de cabellos de color de arena, llamado Danny, no podía apartar los ojos de mí. Presumí que tendría unos veinte años.

—Tienes que habernos visto muchas veces —dijo Maisie, acercándose a mí y tratando de mostrarse amistosa—. Nosotros os veíamos, a ti y a tu familia. Todo el mundo miraba siempre a los mon..., quiero decir a los Casteel.

Miré a Maisie y a Danny con atención, tratando de recordarles, pero sin conseguirlo. Pues, ¿a quién había visto yo en la iglesia, salvo al reverendo, a su esposa, a las chicas más lindas y a los chicos más guapos? También a Miss Deale..., y esto era todo. Las personas mejor vestidas habían atraído mi atención, haciendo que envidiase lo que llevaban. Pero, en esos momentos, yo vestía mucho mejor que cualquiera de los que había visto en la única iglesia de Winnerrow.

Hasta entonces, Danny no había dicho una palabra.

—Debo ayudar a Kitty —dije, mirando hacia el coche—. Tenemos nuestras cosas en el portaequipajes... y las necesitaremos para cuidar de ella.

—Yo las traeré —se ofreció Danny, moviéndose al fin. Mientras, yo me volví para seguir a Reva Setterton al interior de la casa y fui seguida a mi vez por Maisie a poca distancia.

Mr. Setterton acompañó a Danny hasta el coche de Cal.

—Tienes un nombre muy bonito —dijo Maisie, subiendo la escalera detrás de mí—. Heaven Leigh. Sí, es muy bonito. Mamá, ¿por qué me pusiste un nombre tan feo como Maisie? ¿Es que no tienes imaginación?

—Calla la boca y dame las gracias por no haberte puesto Estúpida.

Maisie agachó la cabeza, sofocada. Tal vez los relatos de Kitty de una infancia de pesadilla, tal como le había explicado hacia tiempo a Cal, eran ciertos a fin de cuentas.

Por lo que pude ver de la casa, ésta parecía espaciosa, limpia y bastante bonita, y pronto me condujeron a un dormitorio donde Kitty había sido instalada ya en una cama de hospital y envuelta en su modesto camisón de color rosa. Mientras la cubría con la sábana, Cal me miró, sonrió y después se dirigió a la madre de Kitty.

—Reva, aprecio en lo que vale vuestro ofrecimiento de aceptar a Kitty y de hacer cuanto podáis por ella. Yo tenía enfermeras durante todo el día; pero, si podéis arreglaros con una de noche, os enviaré semanalmente un cheque para pagar su salario y los gastos del tratamiento de Kitty.

—Nosotros no somos pobres —declaró Reva—. Ya te dijimos que podíamos hacernos cargo de ella.

Miró alrededor de la bonita habitación.

—Puedes llamarme Reva, pequeña —me dijo—. Ésta era la habitación de Kitty. No está mal, ¿verdad? Aunque, por lo que Kitty decía, parecía que la tuviésemos en una pocilga. Solía llamarla su cárcel. Sólo deseaba hacerse mayor y escapar con algún hombre..., con el primero que quisiera cargar con ella... Y mírala ahora. Éste es el fruto del pecado, de no haber hecho nunca lo que debía...

¿Qué podía yo decir a eso?

En un cuarto de hora lavé a Kitty con una esponja de baño y le puse un bonito camisón limpio. Ella me miró con ojos soñolientos, como con cierto asombro en su mirada turbia, y después se quedó dormida. ¡Qué alivio ver cerrados aquellos ojos extraños!

Poco después todos nos encontrábamos sentados en un agradable cuarto de estar de la planta baja, mientras Cal explicaba aquella extraña enfermedad de Kitty que ningún médico podía diagnosticar. Los labios de Reva Setterton se torcieron hacia arriba en una mueca desdeñosa.

—Kitty se estaba quejando siempre de todo. Nada de lo que yo hacía la complacía. Nunca me quiso; tampoco a su padre o a nadie, a menos que fuese varón y guapo. Quizás esta vez podré compensar todos mis fracasos del pasado..., ahora que ella no puede replicarme y hacer que me enfurezca.

—Cierto, cierto —declaró Maisie, pegándose a mí como una lapa—. Cuando Kitty viene aquí sólo nos trae dificultades. No le gusta nada de lo que hacemos o decimos. Odia Winnerrow. Nos aborrece a todos y, sin embargo, vuelve una y otra vez...

Sin parar de hablar, Maisie me siguió a mi habitación, me observó mientras deshacía las maletas y se quedó boquiabierta al ver toda la fina ropa interior y los lindos vestidos que habían llenado mi armario desde que Kitty había enfermado lo bastante para no preocuparse del dinero que Cal gastaba en mí.

—Apuesto a que es muy difícil vivir con ella —siguió diciendo Maisie.

Se tumbó sobre la colcha amarilla y me miró con admirados ojos verdes. Carecía de algo que había tenido Kitty: vitalidad y rudeza.

—Kitty nunca fue realmente una hermana para mí. Se marchó y se casó cuando yo era tan pequeña que casi no puedo recordarlo. Nunca le gustó la comida preparada por mamá. Ahora tendrá que comerla, tanto si le gusta como si no. —Sonrió afectadamente, como un gato satisfecho—. No le agrada nada de lo que hacemos o decimos. Nuestra Kitty es muy rara. Pero me entristece pensar que está yaciendo en

la cama, incapaz de moverse. ¿Cuál ha sido la causa?

Era una buena pregunta, tan buena, que los médicos se la habían formulado muchas veces.

Cuando Maisie hubo salido, me dejé caer en un sillón tapizado con una tela de algodón amarilla y estampada, y empecé a reflexionar sobretodo aquello. ¿Cómo había empezado? ¿Después de que ella matase a Chuckles? Cerré los ojos y me concentré, recordando y tratando de descubrir una clave. Tal vez empezó el día en que Kitty llegó furiosa a casa, porque la mitad de sus clientas había llegado tarde a la cita.

—¡Malditas puercas mujeres! —había gritado Kitty—. Sin duda se imaginan que son mejores que yo, que pueden tenerme esperando como si no tuviese nada más que hacer. Tengo hambre, tengo un hambre atroz..., ¡y sigo perdiendo peso! Quiero comer y comer y comer.

—Prepararé la comida lo más deprisa que pueda —le había respondido yo, corriendo del fregadero a la cocina.

—Voy a tomar un baño... Espero que habrás terminado cuando vuelva.

Y subió la escalera haciendo repicar los tacones de sus zapatos.

Casi podía ver a Kitty allá arriba, despojándose del uniforme de color rosa, dejándolo caer al suelo, quitándose la ropa interior y dejándola caer también. Una ropa que yo tendría que recoger después y lavar y guardar. Había oído el ruido del agua en la bañera, y a Kitty cantando a voz en grito la misma canción que entonaba siempre que se bañaba:

*En el fondo del valle... valle... valle...
Silba el tren por la tarde... tarde... tarde...*

Y así una y otra vez, hasta que la canción corroía mi cerebro, destrozaba mis nervios. Sólo aquellos dos versos, repetidos hasta hacerme desear taparme los oídos con algodón.

Entonces, el grito.

Aquel grito prolongado, horrible.

Yo había subido corriendo la escalera, esperando encontrarme con que Kitty hubiese resbalado en la bañera y se hubiera roto la cabeza..., y lo único que había visto había sido a Kitty plantada en silencio delante del espejo del cuarto de baño, contemplando con ojos desorbitados su seno derecho desnudo.

—Cáncer, tengo cáncer de mama.

—Debes ir a un médico, madre. Quizá no es más que un quiste o un tumor benigno.

—¿Qué diablos significa «benigno»? —chilló—. Van a cortarme, a rajarme con uno de sus bisturís, a mutilarme... ¡Y entonces, ningún hombre me querrá! Quedaré

lisiada, sólo seré media mujer, ¡y nunca podré tener un hijo! ¡Nunca sabré lo que se siente amamantándolo...! Me lo han dicho, me han asegurado que no tengo cáncer. Pero yo sé que lo tengo. ¡Lo sé!

—¿Has ido ya a ver a un médico..., madre?

—Sí, ¡maldita seas! ¡SÍ! Pero, ¿qué entienden ellos? ¡Sólo saben lo que tienes cuando estás en tu lecho de muerte!

Había sido algo de locura. Kitty había seguido hablando y gritando hasta que tuve que llamar por teléfono a Cal y pedirle que viniese a casa de inmediato. Después, había subido de nuevo la escalera y me había encontrado con Kitty tumbada en la ancha cama, mirando al techo pero sin ver nada. Era cuanto podía recordar...

Después de nuestra primera comida en casa de los Setterton, que en realidad fue muy buena, ayudé a Reva y a Maisie a fregar los platos; luego las tres nos reunimos con Mr. Setterton en el porche. Aproveché la primera ocasión que se me presentó para recordar a Cal lo ocurrido aquel día, mientras Reva Setterton se afanaba en el piso de arriba, obligando a Kitty a tragar alimento.

—Se lo ha comido —dijo cuando volvió, sentándose muy tiesa en una mecedora de bambú—. Nadie va a morir de hambre en mi casa.

—Reva, hace unos meses Kitty dijo que había descubierto un bulto en su pecho. También comentó que había ido a visitar a un médico, el cual le aseguró que no tenía ningún tumor maligno. Pero, ¿cómo podemos saber si fue en realidad? En todo caso, cuando estuvo dos semanas en el hospital, le hicieron un reconocimiento completo y no encontraron nada sospechoso.

Por alguna extraña razón, la madre de Kitty se levantó y salió del porche.

—¿Y eso es todo? —preguntó Maisie, abriendo mucho los ojos verdes—. Fue una estúpida al callarse hasta saber... Pero la verdad es que tiene unos pechos magníficos, ¿no? Siendo así, difícilmente puedo censurarla por no querer saber.

—Pero —dijo Cal, sentado a mi lado—, sus médicos la reconocieron a fondo, Maisie.

—Eso podía no significar nada para Kitty —aseguró Maisie, con sorprendente complacencia—. El cáncer de mama es frecuente en nuestra familia. Tiene una larga historia. A mamá le extirparon los dos senos. Ahora los lleva postizos. Por eso se ha marchado. No puede soportar que la gente hable de ello. Pero nadie lo diría, ¿verdad? A nuestra abuela materna le extirparon uno, y también a la madre de papá, aunque ésta murió antes de que pudiesen cortarle el otro. Kitty ha tenido siempre un miedo terrible a perder aquello de lo que está tan orgullosa. —Maisie contempló reflexivamente sus propios senos menudos—. Yo no tengo mucho, comparado con ella, pero me sabría muy mal perder uno de ellos, vaya que sí.

¿Podía ser ésa la sencilla explicación?

Algo en que ni los médicos ni Cal ni yo habíamos pensado. Su secreto. La razón

de que Kitty se hubiese recluso en un mundo solitario... donde el cáncer no existía.

Transcurrieron dos horas, y fueron suficientes para que yo percibiese algo distinto en Cal, desde que estaba en casa de los padres de Kitty; algo que ponía una distancia entre nosotros. Yo no comprendía del todo lo que era, aunque me sentía aliviada al tener la impresión de que ya no me necesitaba tanto como antes. Tal vez fue compasión por Kitty lo que ablandó su mirada cuando se sentó cerca de su cama y trató de asirle la mano. Yo lo observé desde el umbral y vi que procuraba consolar a Kitty; después, me volví y me alejé de allí.

Lo que había sucedido entre Cal y yo seguiría siendo el más vergonzoso y terrible secreto.

Bajé al porche, preguntándome qué iba a hacer, y entonces pensé en Tom. ¿Tendría la dicha hoy de volver a verle? ¿De ver a Fanny también?

Y Logan..., ¿cuándo nos reuniríamos de nuevo? ¿Me reconocería, se alegraría de mi regreso..., o me volvería la espalda como había hecho la última vez, cuando estaba al lado de sus padres? Nunca me había dicho una palabra para explicar aquella actitud, como si pensara que me había pasado inadvertida.

Aquella primera noche, Maisie y yo dormimos juntas en su habitación, y a Cal le pusieron una cama supletoria en el dormitorio de Kitty. A la mañana siguiente, me levanté muy temprano y me vestí mientras los otros estaban todavía en la cama. Había puesto un pie en el primer peldaño de la escalera cuando oí la voz de Cal a mi espalda:

—¿Adónde vas, Heaven?

—A visitar a Fanny —dije en voz baja, temerosa de volverme y cruzar mi mirada con la de él, sintiéndome mil veces más avergonzada en Winnerrow de lo que me había sentido en Candlewick.

—Deja que te acompañe. Por favor.

—Cal —le supliqué—, si no te importa, preferiría ir sola. Mi relación con Fanny ha sido siempre difícil. Si tú estuvieses presente, tal vez no hablaría con franqueza. Y necesito oír la verdad y no un rosario de mentiras.

La voz de él sonó ronca.

—¡Qué pronto te escapabas, Heaven, en cuanto te encuentras en territorio familiar! ¿Acaso huyes de mí? ¿Te vales de un pretexto para escapar? No lo necesitas; yo no soy tu dueño. Ve a lo tuyo, y yo me quedaré aquí para cuidar a Kitty y hacer planes con sus padres; pero te echaré en falta mientras estés ausente.

Me dolió escuchar su voz apesadumbrada, aunque me alegró poder escapar de la casa y dejarlo todo atrás. Cada paso que daba para alejarme del hogar de los Setterton hacía que me sintiese más joven, más feliz.

Iba a ver a Fanny.

Pero mis pies prefirieron dar un rodeo para pasar por delante de la Droguería Stonewall. Mi pulso se aceleró al acercarme a la tienda familiar. Desde luego, no esperaba ver a Logan por el mero hecho de estar pensando en él y preguntarme qué

aspecto tendría ya. Miré al interior, a través del amplio escaparate, con el corazón encogido, y no lo vi. Suspiré y entonces capté la mirada interesada de dos ojos azules oscuros pertenecientes a un guapo mozo que se apeaba de un coche deportivo también azul oscuro. Me quedé petrificada, mirando a... Logan Grant Stonewall.

¡Oh, Dios mío!

Él pareció presa de la misma ilusión que yo y, como yo a él, me miró con incredulidad.

—Heaven Leigh Casteel... ¿Eres tú, o estoy soñando?

—Soy yo. ¿Eres tú, Logan?

Su rostro se iluminó al instante. Avanzó con rapidez hacia mí, me asió ambas manos y las estrechó con fuerza, mirándome a los ojos con intensidad. Después respiró hondo.

—Has crecido... Realmente has aumentado en belleza —balbució, ruborizándose, y sonrió—. No sé por qué me sorprende; siempre había dicho que serías muy hermosa.

Yo me sentía cohibida, enredada en una tela de araña que yo misma había tejido, deseosa de arrojarme en los brazos que él me tendía como invitándome a hacerlo.

—Gracias por contestar todas mis cartas..., o la mayoría de ellas.

Él pareció desconcertado porque yo no hacía el próximo movimiento.

—Cuando recibí tu nota diciendo que traeríais aquí a Kitty Dennison, escribí a Tom para decírselo.

—También yo le escribí —murmuré, pensando en lo guapo que era, en lo alto y vigoroso que parecía.

Sentí vergüenza y asco por no haber rechazado a Cal, por no haber esperado a gozar de un amor limpio, puro y legítimo. Bajé los ojos, temerosa de que pudiese encontrar en ellos algo que yo no quería que viese. Temblé al sentirme culpable y retrocedí un paso para no contaminarle con mis pecados.

—Será maravilloso volver a ver a Tom —dije débilmente, tratando de librar mis manos de su apretón al avanzar él y estrecharlas con más fuerza.

—¿Y menos maravilloso volver a verme a mí?

Me atrajo con delicadeza y me soltó las manos para deslizar los brazos alrededor de mi cintura.

—Mírame, Heaven. No bajas los ojos. ¿Por qué te portas como si ya no me quisieras? He esperado tanto este día, preguntándome qué te diría, qué me dirías tú, y lo que haríamos..., y ahora ni siquiera quieres mirarme a los ojos. Desde que te fuiste, sólo he estado pensando en ti. A veces voy a tu cabaña y paseo por aquellas habitaciones abandonadas, recordando lo dura que debió ser tu vida y lo valiente que fuiste, sin quejarte nunca y sin compadecerte de ti misma. Eres como una rosa, Heaven, como una hermosa rosa silvestre, más dulce y más adorable que todas las demás. Por favor, abrázame. ¡Bésame y dime que todavía me quieres!

Dijo todo lo que yo había soñado que me diría; de nuevo me sentí abrumada por

mi culpa (¡si él supiese la verdad!), y, sin embargo, no pude resistir la súplica de sus ojos, ni el afán de mi propia naturaleza romántica que decía: «¡Sí, Logan!». Lo rodeé con mis brazos y sentí que me levantaba del suelo y me hacía girar en el aire. Bajé la cabeza para poder apoyar mis labios en los de él y lo besé con tanto apasionamiento que temí dejarle sin aliento, aunque él respondió a mi beso con el mismo fervor. Cuando nos separamos, le brillaban los ojos y respiraba con fuerza.

—¡Oh, Heaven, sabía que esto sería así...! —jadeó.

Entonces, enmudecimos los dos, pegados nuestros jóvenes cuerpos. Él me atrajo hacia sí de manera que pude sentir su excitación. Me recordó a Cal. ¡Y no era eso lo que yo quería! Traté de apartarme, encogiéndome y empujándole, estremeciéndome, presa de un extraño terror, no sólo de Logan, sino de todos los hombres. «¡No me toques así! —Quería gritarle—. Sólo bésame, abrázame, ¡y no pases de ahí!».

Desde luego, él no comprendió mi resistencia. Así lo expresaba la sorpresa que se pintaba en sus ojos; pero me soltó.

—Perdóname, Heaven —dijo, en voz baja y humilde—. Supongo que olvidé que han pasado dos años y ocho meses desde la última vez que nos vimos..., pero tus cartas daban a entender que nunca nos sentiríamos como dos extraños...

Traté de parecer normal y en modo alguno asustada.

—Me he alegrado muchísimo de verte de nuevo, Logan, pero ahora tengo prisa...

—¿Quieres decir que te marchas? ¿Que sólo habremos estado estos minutos juntos? ¿No has oído que te he dicho que te quiero, Heaven?

—Pero tengo que irme, de verdad.

—Donde quiera que vayas, allá iré yo.

¡NO! ¡Déjame en paz, Logan! ¡Ahora no me quieres!

—Lo siento, Logan. Voy a ver a Fanny, y después al abuelo..., y creo que es mejor que vea a Fanny a solas. ¿Tal vez mañana...?

—No tal vez; es una cita. Mañana temprano, digamos a las ocho, para que podamos pasar todo el día juntos. Me dijiste muchas cosas en tus cartas, pero no las suficientes. Heaven...

Giré en redondo, tratando de sonreír.

—Hasta mañana temprano. Nos veremos durante todo el día, si es eso lo que quieres.

—¿Si es eso lo que quiero? ¡Es claro que lo quiero! ¡Pero no me mires así, Heaven! ¡Como si te asustase! ¿Qué te pasa? ¡No me digas que nada! ¡Has cambiado! Ya no me quieres, ¡y no tienes valor para decírmelo!

—No es verdad —gemí.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó, con una expresión más madura en su joven semblante—. Si no ponemos en claro esto, sea lo que fuere, levantará más pronto o más tarde un muro entre nosotros que no podremos escalar.

—Adiós, Logan —dije, alejándome a toda prisa.

—¿Dónde? —me gritó con desesperación—. ¿Aquí o en casa de los Setterton?

—Ve allí. A cualquier hora después de las siete —le dije, con una risita nerviosa—. Me levantaré temprano para atender a Kitty.

Si hubiese vuelto a él todavía inocente, como una niña a la que él pudiese enseñar... Y sin embargo, aun así, me gustaba, me gustaba, de verdad, alejarme sabiendo que sus ojos me seguían con una admiración tan grande que casi podía sentirla sobre mi piel. Su devoción daba calor a mi corazón. Entonces oí que corría para alcanzarme.

—¿Hay algún mal en que te acompañe hasta la casa parroquial y desaparezca después? No puedo esperar hasta mañana para saber la verdad. Heaven..., aquel día, en la cabaña, me dijiste que tu papá había vendido a Keith, a Nuestra Jane, a Fanny y a Tom. ¿Te vendió a ti también?

—Sí —contesté en tono seco, poniendo demasiada irritación en mi voz, ya que él seguía dudando incluso en ese momento—. Me vendió como un animal, ¡por quinientos pavos! ¡Y me llevaron a trabajar como una esclava para una loca que odia a papá tanto como yo!

—¿Por qué me gritas? ¡Yo no te vendí! Siento muchísimo lo que has sufrido..., ¡aunque nadie lo diría por tu aspecto! Estás estupenda, vistes prendas caras y elegantes, como si acabasen de presentarte en sociedad, y vienes y me dices que te han vendido y que has sido tratada como una esclava. Si todas las esclavas acaban pareciendo reinas de belleza, tal vez las chicas deberían optar por la esclavitud.

—¡Qué observación más ruda, Logan Stonewall! —Salté, sintiéndome tan susceptible como Kitty en sus peores días—. ¡Solía pensar que eras amable y comprensivo! ¡El hecho de que no puedas ver mis cicatrices no quiere decir que no las tenga!

Yo estaba llorando y se me quebró la voz. ¡Se había mostrado tan cariñoso hacía sólo unos minutos! Incapaz de seguir hablando, e irritada conmigo misma por perder siempre el control y romper en lágrimas infantiles, me volví de nuevo para marcharme de allí.

—No te vayas..., Heaven. Lo siento. Perdóname por ser tan rudo. Dame otra oportunidad. Hablando lo pondremos todo en claro, como solíamos hacer.

Por su propio bien, yo debía escapar y no volver a verle nunca; sin embargo, no podía prescindir de un muchacho al que había querido desde el primer momento en que le había visto. Olvidando por un instante nuestras diferencias, caminamos juntos hasta que llegamos a la hermosa casa del reverendo Wayland Wise.

Me asió la mano mientras yo contemplaba la casa rectoral.

Un edificio blanco inmaculado; una mansión piadosa, grande, rodeada de ocho metros cuadrados de hermosos jardines y césped bien cuidado. Aquella casa hacía que la de Kitty en Candlewick pareciese una choza. Suspiré. Suspiré de nuevo por Fanny, que era una jovencita de dieciséis años y cuatro meses; por Tom, que, como yo, tenía diecisiete; por Keith, que pronto tendría doce, y por Nuestra Jane, que tendría once. ¡Oh, volver a verles, saber que estaban sanos y eran felices!

Pero, ante todo, debía hablar con Fanny.

Una vez allí, me quedé plantada, observando la casa más grande de Winnerrow. Columnas corintias flanqueaban el largo porche. Los escalones eran de ladrillos rojos intrincadamente colocados. Geranios rojos y petunias rojas crecían en enormes macetas de terracota. En el porche, había unos achaparrados sillones blancos de mimbre con los respaldos imitando colas de pavos reales.

En los altos y viejos árboles gorjeaban los pájaros; un canario amarillo, en una jaula blanca de mimbre colgada del techo del porche, empezó a cantar con alegría. Me sorprendió oír aquellos trinos que venían de arriba; sin duda habían colocado allí al pájaro para salvarle de los gatos y de las corrientes de aire. Fanny había deseado siempre tener un canario en una jaula blanca; ya lo tenía.

Pero, aparte del canto de los pájaros, no se oían más ruidos.

La silenciosa mansión no revelaba nada sobre sus moradores.

¿Cómo podía parecer amenazadora una casa tan hermosa?

Los Casteel encontrados

Pulsé varias veces el timbre de la puerta. Esperé durante lo que me pareció una eternidad y mi impaciencia fue en aumento. Me volví varias veces a mirar si Logan se había marchado, tal como yo deseaba que hiciese, pero seguía allí, apoyado en el tronco de un árbol y sonriendo cuando yo miraba en su dirección.

Entonces, sonaron débiles pisadas dentro de la casa. Me puse rígida y escuché con atención. Eran unos pasos lentos, furtivos... Después se entreabrió la pesada puerta de roble. Unos ojos endrinos me miraron; unos ojos chispeantes entre los párpados entornados; unos ojos recelosos, hostiles. Sólo Fanny tenía aquellos ojos casi negros; sólo Fanny... y papá.

—Vete —dijo la voz inconfundible de Fanny.

—Soy yo..., Heaven —exclamé, excitada—. He venido a verte, a saber cómo estás. No puedes echarme.

—Vete —murmuró Fanny, en tono apremiante—. Puedo hacer lo que quiera. ¡Y no deseo verte! ¡Ya no te necesito! Ahora soy Louisa Wise. Tengo todo lo que quería. Y no me agrada que vengas a estropearlo todo.

Todavía podía herirme con sus ruines y egoístas palabras y modales. Yo siempre había creído que, debajo de su capa de hostilidad y de celos, Fanny me quería. La vida la había deformado de un modo diferente de como me había deformado a mí.

—Soy tu hermana, Fanny —le supliqué en voz baja, temerosa de que Logan oyese sus palabras de «bienvenida»—. Necesito verte, hablar contigo, saber si tienes noticias de Keith y de Nuestra Jane.

—No sé nada —susurró Fanny, abriendo la puerta un poco más—. No quiero saber nada. Vete, déjame en paz.

Pude ver que mi hermana se había convertido en una joven muy bonita, de largos cabellos negros y figura bien formada, capaz de romper muchos corazones masculinos. Siempre la había creído capaz de hacerlo sin el menor remordimiento; pero me dolió que no me dejase entrar en su casa ni mostrase interés por saber cómo y dónde había estado yo.

—¿Has visto a Tom?

—No quiero verle.

Me estremecí, herida en lo más vivo.

—¡Te escribí muchas cartas, Fanny Casteel! ¿No las recibiste? —pregunté, aguantando la puerta para que no pudiese darme con ella en las narices—. ¡Maldita seas, Fanny! ¿Qué clase de persona eres? Cuando alguien se muestra amable y se toma el trabajo de escribir, lo menos que puede hacerse es contestarle..., ¡a menos que te importe un bledo!

—Creo que has comprendido la situación —replicó Fanny.

—¡Espera un momento! ¡No puedes cerrarme la puerta! ¡No permitiré que lo hagas!

—¡Tú nunca escribiste! ¡Ni una sola vez! —gritó Fanny, y se volvió para mirar alarmada por encima del hombro—. Tienes que marcharte, Heaven —dijo bajando la voz, en tono apremiante y con una expresión de temor en los ojos—. Ellos están durmiendo en el piso de arriba. El reverendo y su esposa no quieren que nada les recuerde mi origen. Me han advertido que no debo hablar nunca contigo ni con cualquier otro Casteel. Desde que estoy aquí, no he sabido nada de papá.

Se enjugó una lágrima que había brotado de uno de sus ojos y resbalado por su mejilla.

—Yo pensaba que papá me quería más que a vosotros; pero, por lo visto, no es así.

Brotó otra lágrima y esta vez no la secó.

—Me alegro de que estés bien —dijo, mirándome a la cara, antes de dilatar un poco sus rojos y gordezuelos labios—. Ahora tengo que dejarte. No deseo que se despierten y me riñan por hablar contigo. Lárgate de aquí, Heaven Leigh; no quiero conocerte; me gustaría no haberte conocido nunca; no me traes nada bueno a la memoria de nuestros viejos tiempos en la montaña, cuando éramos pequeñas. Sólo recuerdo el hambre, los malos olores, los pies fríos y la escasez de todo.

Introduje el pie en la rendija de la puerta antes de que Fanny la cerrase con más fuerza de la que mis manos habrían podido resistir.

—¡Espera un momento, Fanny Louisa Casteel! He estado pensando en ti noche y día durante más de dos años: ¡no puedes decirme que me vaya! Quiero saber cómo has estado, si te han tratado bien. Me preocupo por ti, Fanny, aunque yo te tenga sin cuidado. No he olvidado los buenos ratos que pasamos cuando vivíamos en la montaña y trato de olvidar los malos. Recuerdo cuando nos apretujábamos para darnos calor, y te quiero, aunque siempre fuiste un incordio para mí.

—¡Vete de aquí! —gritó Fanny, llorando ahora abiertamente—. No puedo hacer nada por ti, no puedo.

Me dio una patada brutal en el pie y cerró la puerta de golpe. Corrió el cerrojo por dentro y me quedé sola en el porche.

Casi cegada por las lágrimas, bajé la escalinata dando traspiés, y Logan estaba allí, rodeándome con sus brazos y tratando de consolarme.

—¡Maldita sea por hablarte de ese modo! ¡Maldita sea!

Yo me aparté, tan dolida por la indiferencia de Fanny que estuve a punto de ponerme a gritar. ¿De qué servía brindar amor a personas que se volvían contra ti en el momento en que ya no te necesitaban? ¿Qué me importaba perder a Fanny? Nunca había sido una hermana afectuosa para mí... Entonces, ¿por qué me dolía tanto?

—¡Vete, Logan! —chillé, agitando los puños cuando trató de abrazarme de nuevo—. No te necesito; ¡no necesito a nadie!

Me separé de él, pero me agarró de un brazo y me hizo girar en redondo, de modo que sus vigorosos brazos me atrajeron de nuevo contra él.

—¡Heaven! —gritó—. ¿Qué te pasa? ¿Qué te he hecho yo?

—Suéltame —le supliqué débilmente.

—Escucha —dijo, en tono apremiante—. Estás descargando tu enojo contra mí, cuando es Fanny la que te ha herido. Siempre ha sido una mala hermana, ¿verdad? Creo que presumí desde el principio que se comportaría así. Lamento que estés tan ofendida; pero, ¿por qué te vuelves contra mí? Yo quería estar cerca de ti cuando me necesitases. ¡Quiero que me necesites, Heaven! ¡No me rechaces! Yo no he hecho nada, salvo admirarte, respetarte y amarte. De verdad, no podía creer que tu padre fuese capaz de vender a sus hijos. Ahora lo creo. Perdóname por no haber confiado plenamente en ti hasta ahora.

Me desprendí dando un tirón.

—¿Quieres decir que en todo este tiempo no has hablado con Fanny de mí?

—He tratado muchas veces de hablarle de ti..., pero ya sabes cómo es. Retuerce las cosas de manera que llega a convencerse de que quiero hablar de ella y no de ti. Fanny sólo se preocupa de sí misma.

Se ruborizó y se miró los pies.

—He descubierto que es mejor dejar a Fanny en paz.

—Ella todavía juega fuerte, ¿verdad? —pregunté con amargura, sospechando que Fanny, como de costumbre, se habría mostrado audaz con él... y preguntándome si él habría caído como todos los demás.

—Sí —dijo Logan, levantando los ojos—. Es muy difícil tener a Fanny a raya... y lo mejor es mantenerse lejos.

—¿De la tentación?

—¡Basta! Hago todo lo que puedo para que las chicas como Fanny no intervengan en mi vida. Desde que te marchaste, no he dejado de esperar que una muchacha llamada Heaven me amase realmente un día. Una joven dulce e inocente; una joven que se interese por mí y me dé su afecto. Alguien a quien pueda respetar. ¿Cómo podría respetar a una persona como Fanny?

¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podría respetarme..., a mí?

Nos alejamos de la casa del reverendo Wise, sin mirar atrás. Por lo visto, Fanny se había adaptado bien a su nueva vida.

—Se avergüenza de su antigua familia, Logan —dije, con voz lacrimosa—. Pensé que se alegraría de verme. Hubo un tiempo en que ella y yo no hacíamos más que pelearnos, pero somos hijas del mismo padre y la quiero a pesar de todo.

De nuevo, trató de abrazarme, de besarme. Lo aparté y volví la cara a un lado.

—¿Sabes dónde está mi abuelo? —le pregunté a media voz.

—Claro que lo sé. Le visito de vez en cuando para poder hablar de ti con él, y a menudo le ayudo a vender sus animales tallados. Es bueno, ¿sabes?, un verdadero artista con su cuchillo. Y te está esperando. Sus ojos se iluminaron cuando le dije que

vendrías. Y me dijo que tomaría un baño, se lavaría los cabellos y se pondría ropa limpia.

Otra vez sentí un nudo en la garganta... ¿Iba el abuelo a bañarse sin que nadie se lo pidiese? ¿Iba a lavarse los cabellos y a cambiarse de ropa por su propia iniciativa?

—¿Has visto a Miss Deale o sabido algo de ella?

—No está aquí —dijo él, reteniendo mi mano entre las suyas—. Se marchó antes que tú, ¿no te acuerdas? Desde entonces, nadie ha vuelto a saber de ella. Yo paso a menudo por nuestro antiguo colegio, sólo para recordar tiempos pasados, y me siento en un columpio como entonces. Ya te dije que también había estado en tu cabaña y paseado por sus habitaciones vacías...

—¡Oh!, ¿por qué hiciste eso? —grité, avergonzada.

—Fui allí para comprenderte, y creo que lo conseguí. Pensar que de aquella cabaña pudo salir una muchacha tan inteligente y hermosa como tú, y también un chico como Tom, me llena de admiración y de respeto. No sé si yo habría podido luchar en vuestra situación con tanto valor y empuje, y cuando veo a Tom...

—¿Has visto a Tom? ¿Cuándo? —le pregunté ansiosa.

—Lo he visto y pronto tú lo verás también.

Sonrió tristemente al ver mi expresión.

—No llores. Él está bien, y es un gran tipo, Heaven. Espera y lo verás.

Nos estábamos acercando a Martin's Road, que era una de las zonas más pobres de la población, a unas doce manzanas del lugar donde vivía Fanny en la casa más grande de todas.

—Mrs. Sally Trench dirige una residencia, y es ella quien cuida de tu abuelo. He oído decir que tu padre envía dinero todos los meses para pagar su estancia.

—No me importa lo que haga mi padre. —Pero me sorprendió saber que podía preocuparse hasta el punto de enviar dinero para mantener a un viejo del que nunca había hecho mucho caso.

—Desde luego que te importa tu padre, aunque no quieras reconocerlo. Tal vez siguió un mal camino, pero tú estás viva y bien. Fanny parece bastante feliz, y Tom también. Y cuando encuentres a Keith y a Nuestra Jane, sin duda te sorprenderás al ver lo bien que están los dos. Tienes que aprender a esperar lo mejor, no lo peor, Heaven; es la única manera de que puedas ser feliz y no desgraciada.

Lo miré y sentí un gran peso en el corazón y una profunda herida en el alma. Había habido un tiempo en que también yo creía en esa filosofía..., pero ya no podía. Había puesto a prueba esa manera de pensar con Kitty y Cal, esforzándome en complacerles a los dos, y el destino me había jugado una mala pasada, tal vez nos la había jugado a todos. ¿Cómo podía yo restablecer la confiada inocencia que había perdido? ¿Cómo podía hacer retroceder el reloj y decirle a Cal que no?

—Heaven..., ¡nunca amaré a nadie como te amo a ti! Sé que ambos somos jóvenes e inexpertos y que el mundo está lleno de otras personas que puede que nos atraigan más adelante; pero, en este instante, tienes mi corazón en tus manos y puedes

arrojarlo, pisotearlo y aplastarlo. ¡Te ruego que no lo hagas!

Yo no podía hablar, atenazada la garganta por la culpa que sentía, por la vergüenza de no ser como él se imaginaba que era.

—Mírame, por favor. Necesito que me ames, y ahora no me dejas que te toque, que te abrace. Ya no somos niños, Heaven. Somos lo bastante mayores para sentir emociones adultas... Y compartir placeres adultos.

¡Otro hombre que quería algo de mí!

—Mi familia me ha dado muchos motivos de preocupación. No sé cómo he logrado salir adelante —conseguí decir.

—Yo diría que lo lograste de maravilla...

Su sonrisa insinuante y turbada se desvaneció; sus ojos adquirieron una expresión grave, y por un momento creí ver en aquellas pupilas tormentosas y azules toda la devoción y todo el amor que un océano podía contener. ¡Para mí, para mí! Una eternidad de amor, de solicitud, de fidelidad. Me estremecí y, durante un instante, sentí que había esperanza donde no podía existir.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, cuando eché a andar a paso vivo—. ¿He dicho algo que te ha molestado? ¿Recuerdas el día que nos juramos amor eterno?

Recordaba igual que él aquel día maravilloso en que, tumbados en la orilla del río, habíamos prestado nuestro infantil juramento de amarnos para siempre. Yo supe más tarde que nada dura eternamente.

Entonces había sido fácil hacer promesas, pensando que ni él ni yo cambiaríamos jamás. Ahora todo *había cambiado*. Yo no era digna de él, si es que lo había sido alguna vez. Curiosamente, el hecho de ser una escoria de la montaña resultaba mucho menos humillante que ser lo que era desde que había permitido que Cal me tocara: una cualquiera que se había avenido a ser utilizada por un hombre.

—Supongo que tú no habrás tenido más amiga que yo, ¿verdad?

Él no pareció advertir el dejo amargo de mi voz.

—Sólo alguna cita casual.

Habíamos llegado a Martin's Road. Y allí, en la esquina, se alzaba un monstruoso caserón pintado de verde, un verde pálido de espuma de mar, como el de los ojos de Kitty.

Rodeaba la casa una amplia zona de césped cortado a la perfección. Era difícil imaginarse al abuelo encerrado en una casa tan grande como aquélla. Todas las viejas mecedoras del porche estaban vacías. ¿Por qué no estaba el abuelo allí, tallando madera?

—Si quieres, te esperaré aquí mientras hablas con él —dijo Logan pensativo.

Contemplé aquellas altas y estrechas ventanas, me imaginé las escaleras que debía haber en el interior, y pensé que el abuelo podía estar ahora tan débil y lisiado como había estado la abuelita.

La residencia se encontraba en una calle flanqueada de árboles. Todas las casas parecían bien cuidadas. Tenían un jardín delantero; había periódicos de la mañana

tirados en los peldaños de los porches o cerca de las puertas. Algunos maridos, desaliñados a hora tan temprana, paseaban perros sujetos con correas.

Muchas noches, yo había visitado Winnerrow en sueños. Sus calles estaban oscuras y desiertas, no ladraban los perros, ni cantaban los pájaros, ni se oía el menor ruido. Sueños terribles en los que caminaba sola, siempre sola, buscando a Nuestra Jane, a Keith y a Tom. Nunca al abuelo, como si mi subconsciente creyese que siempre estaría en la cabaña del monte, sobreviviendo de algún modo, por el mero hecho de quererlo yo.

Logan habló de nuevo:

—He oído decir que tu abuelo hace labores de limpieza para pagar su habitación y su manutención cuando tu padre se olvida de pagar a Sally Rensch o retrasa el envío del dinero.

El sol, que apenas si se había elevado sobre el horizonte, despedía ya rayos ardientes sobre el valle. No soplabla la brisa refrescante de los Willies. ¡Y pensar que siempre había creído que el valle representaba el paraíso!

—Vamos —dijo Logan, asiéndome de un codo y guiándome a través de la calle y por la entrada enladrillada—. Te esperaré aquí, en el porche. No te apresures. Tengo todo el día..., y toda mi vida..., para estar contigo.

Una mujer gorda y de aspecto descuidado, de unos cincuenta y cinco años, respondió a mi tímida llamada y me miró con grave interés; después, acabó de abrir la puerta y me invitó a entrar.

—He sabido que mi abuelo, Mr. Toby Casteel, reside aquí con ustedes —declaré.

—Sí, querida, está aquí..., y tú eres muy bonita. Realmente bonita, vaya que sí. Me encanta el color de tus cabellos y esos labios tan lindos..., hechos para besar, podríamos decir.

Suspiró, miró hacia una ventana próxima y frunció el ceño al ver su propia imagen reflejada, antes de volverse de nuevo hacia mí.

—¡Pobre viejecito! Siento debilidad por las personas como él. Lo acepté cuando nadie lo quería, tiene una linda habitación y come mucho mejor de lo que comió en su vida. Te apuesto diez contra uno, veinte contra uno, a que es así. Me gusta apostar. Tengo que hacerlo. Esta clase de negocio es como un juego. La gente es engañosa, realmente engañosa. Vienen jóvenes, meten aquí a sus padres, dicen que pagarán y después no lo hacen. Se marchan para no volver, y su viejo o su vieja se pasan aquí toda la vida esperando y esperando unos visitantes que nunca llegan y unas cartas que nadie escribe. Es una vergüenza, una horrible vergüenza lo que hacen los hijos a los padres cuando éstos son viejos y ya no les sirven de nada.

—Tengo entendido que mi padre envía dinero todos los meses.

—¡Oh, sí, sí! Tu padre es un hombre magnífico, tanto en su aspecto como en sus actos. Recuerdo cuando era un muchacho y todas las chicas andaban detrás de él para cazarle. No puedo decir que las censure; pero él fue después muy diferente de lo que la mayoría pensaba que sería, vaya que sí.

¿Qué quería decir? Papá era un sinvergüenza de los pies a la cabeza, y todo Winnerrow tenía que saberlo.

Ella sonrió, mostrando unos dientes postizos tan blancos que parecían de yeso.

—Una bonita casa, ¿eh? Y tú eres Heaven Casteel, ¿verdad? Vi a tu mamá un par de veces; una verdadera belleza, demasiado buena para este odioso mundo, y supongo que Dios debió pensar lo mismo. Tú tienes el mismo aspecto que ella, delicado, como si no pudieses aguantar demasiado. —Me miró con ojos pequeños pero amistosos antes de fruncir el ceño—. Tienes que irte de este lugar, querida. No estás hecha para nuestro ambiente.

Habría seguido charlando durante todo el día si no le hubiese pedido ver a mi abuelo.

—No tengo mucho tiempo. Quisiera ver a mi abuelo ahora mismo.

La mujer me condujo a través del oscuro vestíbulo de la casa. Antes de subir la empinada escalera, pude ver de reojo unas habitaciones, anticuadas, con lámparas de pantallas con abalorios colgantes y retratos amarillentos suspendidos de cordones de seda fuertemente trenzados. Al estar en su interior, el gran caserón me parecía terriblemente viejo. Sólo el exterior había sido restaurado y recién pintado. Dentro, no había nada nuevo y pulcro, salvo el olor a Lysol.

Lysol...

Toma tu baño ahora, montañesa.

Usa mucho Lysol, estúpida.

Líbrate de la suciedad de los Casteel.

Me estremecí.

Cruzamos una estancia de la segunda planta que parecía tomada de un catálogo de Sears de los años treinta.

—Puedes estar cinco minutos con él —me dijo la mujer, yendo a lo práctico—. Tenemos que alimentar tres veces al día a dieciséis personas, y tu abuelo tiene que hacer su parte del trabajo.

¡El abuelo no había contribuido nunca a los trabajos de la casa!

¡Con qué brusquedad podían cambiar algunas personalidades! En tres tramos más de empinada y retorcida escalera. Las nalgas debajo del tenue vestido de algodón parecían dos animales salvajes luchando entre sí; tuve que mirar a otra parte. ¡Oh! ¿Cómo había podido el abuelo subir esa escalera, aunque fuese sólo una vez? ¿Y cómo podía salir de casa? Cuanto más subíamos, más viejo parecía el caserón. Arriba nadie se preocupaba de si se desconchaba la pintura de las paredes o corrían cucarachas por el suelo. Las arañas tejían sus redes en rincones oscuros, las tendían desde una silla a una mesa, desde una lámpara al suelo. ¡Qué miedo le habría dado todo aquello a Kitty...!

En el piso más alto, seguimos un estrecho pasillo donde había muchas puertas cerradas; llegamos a la del fondo y, al abrirse ésta, vi una habitación pequeña y destartada, con una vieja cama combada, un pequeño tocador..., y el abuelo sentado

en una vieja y crujiente mecedora. Había envejecido tanto que apenas lo reconocí. Se me encogió el corazón el ver la segunda mecedora; ambas habían sido traídas de nuestra mísera cabaña de los Willies, y el abuelo hablaba como si la abuelita siguiese todavía sentada en la suya.

—Trabajas demasiado en tu labor de punto —murmuró—. Tienes que prepararte para cuando llegue la pequeña Heaven...

Aquí arriba hacía un calor inverosímil. No había hermosos paisajes alrededor, ni perros o gatos o cerdos o pollos que hiciesen compañía al abuelo. No había nada, salvo unos pocos muebles viejos y gastados. Y él debía sentirse tan solo que había forzado su imaginación y puesto a su Annie en la mecedora vacía.

Plantada delante de la puerta abierta, oí que la patrona se alejaba pesadamente y sentí que me invadía una tremenda oleada de compasión.

—Abuelo, soy yo, Heaven Leigh.

Sus desvaídos ojos azules se volvieron en mi dirección, con más sorpresa que interés al oír una voz diferente y ver una cara distinta. ¿Había alcanzado ya ese nivel de infelicidad donde nada importa en realidad?

—Abuelo —murmuré de nuevo, con lágrimas en los ojos y doliéndome el corazón al verle de aquella manera—, soy yo, la pequeña Heaven. Así solías llamarme, ¿no te acuerdas? ¿Tanto he cambiado que no me reconoces?

Pero poco a poco pareció saber quién era yo. Trató de sonreír, de mostrar alegría. Sus ojos pálidos se iluminaron y se abrieron un poco más. Me arrojé en sus brazos, que se separaron con lentitud para recibirme..., justo a tiempo. Mientras él lloraba en silencio, lo abracé con fuerza y le enjuagué las lágrimas con mi pañuelo.

—Vamos, vamos —me consoló el abuelo con voz ronca, mientras me acariciaba los cabellos—, no llores. Aquí no sufrimos, ni Annie ni yo. Nunca habíamos estado tan bien, ¿verdad, Annie?

¡Oh, Dios mío...! ¡Miraba la mecedora vacía y veía a la abuelita! Incluso alargó una mano hasta el sitio donde habría estado la de ella si se hubiese hallado sentada allí. Después, casi con alivio, se inclinó para extender unas hojas de periódicos viejos en el suelo, a sus pies, y empezó a descortezar un trozo de rama de árbol. Sentí consuelo al ver moverse aquellas manos.

—La señora nos paga a Annie y a mí por trabajar, por ayudarla en la cocina y por hacer estas figuritas —dijo el abuelo en voz baja—. No me gusta desprenderme de ellas. Nunca pensé que vendería alguna, pero eso significa tener cosas buenas para Annie. Ahora no oye muy bien. Voy a comprarle una trompetilla. En cambio, yo oigo a la perfección. Y no necesito gafas... ¿Eres tú, pequeña Heaven? ¿Eres tú de verdad? Estás muy guapa, como tu mamá cuando llegó. Annie, ¿de dónde vino el ángel de Luke? Últimamente estoy perdiendo la memoria...

—La abuelita tiene muy buen aspecto, abuelo —conseguí decir, arrodillándome a su lado y apoyando una mejilla en su mano nudosa que se había quedado inmóvil por un momento—. ¿Os tratan bien aquí?

—No estamos mal —dijo vagamente, pareciendo desconcertado al recorrer la estancia con la mirada—. Y me alegro mucho de verte tan sana y tan bonita; tan bonita como tu verdadera mamá. Eres el cielo del ángel de Luke. El corazón se alegra al ver tu cara, tan parecida a la de tu mamá que diríase que ésta ha resucitado.

Hizo una pausa y me miró inquieto antes de proseguir:

—Sé que no quieres a tu papá, que ni siquiera deseas saber nada de él; pero sigue siendo tu padre y eso no puedes remediarlo. Sé que mi Luke se ha metido en un trabajo peligroso; así lo he oído decir, aunque no conozco la clase de trabajo que es. Pero gana muchísimo dinero. Nos ha instalado aquí, a Annie y a mí, con su dinero; no dejó que nos muriésemos de hambre.

¡Qué agradecido parecía estar por nada! ¡Por aquella horrible y pequeña habitación! Entonces me sentí avergonzada, porque allí estaba mejor que solo en la cabaña.

—Abuelo, ¿dónde está papá?

Me miró con ojos inexpresivos y bajó de nuevo la mirada sobre la madera que estaba tallando.

—Como un muerto saliendo de la tumba —murmuró—. Como si Dios se hubiese equivocado una vez y tratase de remediarlo ahora. *Que Dios la ayude.*

Sentí una impresión extraña al oír aquello. Sabía que él no se daba cuenta de que había pronunciado esas espantosas palabras en voz alta. Sin embargo, me sentí como condenada. Y para empeorar aún más las cosas, siguió hablando con aquella voz extraña y confusa, como si se dirigiese a Annie.

—Mírala, Annie. ¿Quieres mirarla?

—¡Deja de farfullar, abuelo, y dime dónde está papá! ¡Dime dónde puedo encontrar a Keith y a Nuestra Jane! Tú ves a papá... Tiene que haberte dicho dónde están.

Su mirada vacía se perdió en el espacio. Pareció haberse quedado sin voz para contestar a mi pregunta. Era inútil.

Él había dicho cuanto tenía que decir, y me levanté para marcharme.

—Volveré pronto, abuelo —dije desde la puerta—. Y ahora cuidate, ¿lo oyes?

Me reuní con Logan en el porche.

Había alguien con él. Un hombre alto y joven, de cabellos castaños, que se volvió a oír el repiqueteo de mis tacones. Le miré..., y sentí que me flaqueaban las rodillas.

¡Oh, Dios mío!

¡Era Tom!

Mi hermano Tom, que me sonreía plantado allí, como solía hacerlo antaño... Pero, en esos dos años y ocho meses, se había desarrollado tanto que parecía el vivo retrato de papá.

Avanzó en mi dirección, sonriendo y tendiéndome los brazos.

—¡No puedo dar crédito a mis ojos!

Entonces corrí a su encuentro y quedé presa en sus vigorosos brazos; nos

besamos, nos abrazamos, riendo y llorando, tratando los dos de hablar al mismo tiempo.

Pronto bajamos los tres por Main Street, asidos del brazo, yo entre los dos. Nos detuvimos en un banco del parque, situado delante de la iglesia; desde luego, la casa rectoral estaba al otro lado de la calle. Si Fanny se hubiese asomado en aquel momento habría podido vernos, aunque era demasiado cobarde para participar en aquella reunión familiar.

—Bueno, Tom —murmuré—, dime todo lo que no me dijiste en tus cartas.

Tom miró a Logan y pareció un poco confuso. Logan se puso en pie de inmediato y se excusó diciendo que tenía prisa por volver a casa.

—Lo siento, Logan —se disculpó Tom—, pero sólo tengo diez minutos para entrevistarme con mi hermana y he de contarle muchas cosas; pero te veré dentro de una semana.

—Y a ti te veré mañana en la iglesia —me dijo Logan.

Logan se fue y yo me regocijé mirando a Tom. Sus chispeantes ojos verdes se fijaron en los míos.

—¡Que me aspen si no fueres un remedio para los ojos cansados!

—«Si no eres» es la forma correcta de decirlo.

—Debí pensarlo. ¡Sigues siendo la maestra!

—No estás más flaco que antes, pero eres mucho más alto. Te encuentro muy guapo, Tom. Nunca pensé que te parecerías tanto a papá.

¿Qué oyó en mi voz que hizo que la sonrisa se borrara de sus ojos y de sus labios?

—¿No te gusta el aspecto que tengo ahora?

—Claro que me gusta. Estás muy guapo, pero, ¿por qué tienes que parecerte tanto a él? —Casi grité.

Comprendí que, sin pretenderlo, había herido sus sentimientos.

—Lo siento, Tom —farfullé, apoyando una mano sobre la de él—. Es que me has pillado por sorpresa.

Él tenía una expresión extraña.

—Muchas mujeres piensan que papá es el hombre más guapo del mundo.

Fruncí el entrecejo y desvié la mirada.

—Por favor, no me hables de él. Y ahora, dime: ¿Sabes algo de Keith y de Nuestra Jane?

Volvió la cabeza de manera que lo vi de perfil, y de nuevo me asombró que se pareciese tanto a papá.

—Sí. Sé que están bien. Nuestra Jane vive y está curada. Si papá no hubiese hecho lo que hizo, sin duda estaría muerta.

—¿Tratas de excusarle?

Se volvió de nuevo hacia mí y sonrió.

—Hablas igual que hace unos años. No alimentes tu odio, Heavenly..., sofócalo

antes de que te devore y te haga peor de lo que es él. Piensa en los que te queremos. No estropees todo lo bueno que puede traer el futuro, sólo porque tuviste un padre cruel. La gente cambia. Ahora él cuida de la manutención del abuelo, ¿no? Nunca habrías pensado que lo haría, ¿verdad? Y Buck Henry no es tan malo como nos pareció la primera vez que lo vimos. Como puedes observar, no paso hambre, ni estoy enfermo, ni me mato trabajando. Y me graduaré en la escuela superior lo mismo que tú.

—Tus cabellos ya no son rojos como el fuego.

—Es una lástima, pero me alegro. Dime si mis ojos tienen todavía un brillo diabólico.

—Sí, lo tienen.

—Entonces no he cambiado tanto, ¿verdad?

Su semblante era franco y honrado; sus ojos claros y brillantes no ocultaban nada, mientras que yo tenía que agachar la cabeza y esconder los míos, por miedo de que él descubriese mi terrible secreto. Si llegaba a saberlo, ya no me respetaría como lo había hecho siempre. Pensaría que yo no era mejor que Fanny..., o tal vez peor.

—¿Por qué ocultas tus ojos, Heavenly?

Sollocé y traté de aguantar de nuevo su mirada. Si pudiese contárselo todo, decírselo de manera que viese que había sido atrapada por las circunstancias en Candlewick de la misma manera que lo había sido Fanny por sus genes montañeses... Empecé a temblar con tanta fuerza que Tom alargó los brazos y me cogió entre ellos de modo que pudiese apoyar mi cabeza sobre su hombro.

—Por favor, no llores, si tanto te alegra verme, o harás que yo lllore también. No he vertido una lágrima desde el día en que Buck Henry me compró a papá. Aquella noche lloré mucho, preguntándome qué habría sido de ti después de llevarse me él de allí. Pero estás bien, ¿verdad, Heavenly? No te ha ocurrido nada malo, ¿eh?

—Claro que estoy bien. ¿Acaso no lo parece?

Estudió mi cara al tratar yo de sonreír y disimular la culpa y la vergüenza que sentía. Y lo que vio debió satisfacerle, pues sonrió.

—Bueno, Heavenly, es estupendo poder estar aquí contigo. Ahora, cuéntame todo lo que te ha pasado desde el día en que me marché, y cuéntalo deprisa, porque tendré que irme dentro de pocos minutos.

La urgencia de su voz hizo que yo mirase a mi alrededor. ¿Estaría Buck Henry con él?

—Tú primero, Tom. Hazme un relato de todo lo que no me dijiste en tus cartas.

—No tengo tiempo —dijo, poniéndose en pie de un salto y tirando de mí para que me levantase también. Entonces vi una figura robusta y conocida que venía calle abajo—. Es él y me está buscando. Abrázame deprisa, porque debo irme. Ha venido a comprar medicamentos para dos vacas enfermas. La próxima vez que nos veamos tendrás que contarme más cosas sobre tu vida en Candlewick. Tus cartas decían muy poco. Hablabas mucho de cine, de restaurantes y de ropa nueva. En fin, me parece

que fue una suerte que papá nos vendiese.

Había sombras en las verdes profundidades de sus ojos, unas sombras oscuras que advertí y me hicieron dudar de que fuese tan feliz como decía. Pero, antes de que pudiese preguntarle, se alejó gritando:

—Voy a reunirme con Mr. Henry, pero espérame el próximo sábado. Traeré a Laurie y a Thalia, y podremos almorzar o comer juntos... ¡o las dos cosas si tenemos suerte!

Me quedé, mirándole, triste al ver que se marchaba tan pronto; era la única persona que podría comprender..., si me atrevía a decírselo. Rodaron lágrimas por mis mejillas, mientras observaba cómo se reunía con aquel hombre que yo no podía creer que fuese apreciado por Tom. Sin embargo, éste tenía buen aspecto. Parecía contento y lleno de vigor. Las sombras de sus ojos debieron de ser reflejos de las mías, pues yo siempre me había reflejado en él.

El sábado volvería a verle. ¡Qué largos se me harían esos días!

El amor de un hombre

Cal me estaba esperando cuando regresé, al fin, a la casa de los Setterton.

—¡Heaven! —exclamó cuando me vio en la escalinata—. ¿Dónde diablos has estado? Estaba muy preocupado por ti.

Era el hombre que me amaba, que me había hecho feliz con su amabilidad y sus cuidados, pero me había avergonzado cuando me había dado su amor; y, sumando ambas cosas, me sentía atrapada. Al aceptar un rápido abrazo y un beso apresurado, me envolvió una espesa niebla de desesperación. Yo lo quería por todo lo que había hecho para salvarme de la ruindad de Kitty y, sin embargo, lamentaba desesperadamente que no se hubiese limitado a representar el papel de padre y se hubiese convertido en mi amante.

—¿Por qué me miras así, Heaven? ¿Es que sólo puedes amarme en Candlewick, y no en Winnerrow?

¡Yo no quería amarle de la manera que él deseaba! No podía permitir que me impusiera de nuevo sus deseos.

—Hoy he visto a Tom, a Fanny y al abuelo —murmuré.

—¿Y estás llorando? Yo pensaba que eso te haría feliz.

—Nada resulta nunca exactamente como uno se imagina que va a ser, ¿verdad? Tom es tan alto como papá, y sólo tiene dieciséis años.

—¿Y cómo está el abuelo?

—Es muy viejo y da mucha pena. Se imagina que la abuelita vive todavía y que está sentada a su lado en la mecedora —reí entre dientes—. Sólo Fanny continúa como siempre. No ha cambiado en absoluto de carácter, pero se ha convertido en una belleza.

—Estoy seguro de que no le llega a la suela del zapato a su hermana —dijo él en voz baja, rozándome ligeramente el pecho con la mano.

En aquel momento, Maisie abrió la puerta persiana y nos miró fijamente. ¡Lo había visto! ¡Oh, Dios mío!

—Kitty te ha estado llamando —dijo Maisie a media voz—. Será mejor que vayas a ver lo que quiere. Nada de lo que hace mamá por ella le parece bien.

El domingo por la mañana nos levantamos todos temprano para ir a la iglesia. Kitty tenía que esperar hasta el lunes para ver a los médicos.

—Iremos todos a la iglesia —dijo Reva Setterton, cuando me vio en el vestíbulo—. Desayuna deprisa para que puedas venir. Ya he atendido yo a mi hija; ahora se encuentra bien y podemos dejarla sola durante unas pocas horas.

Cal estaba en la puerta de su dormitorio, mirándome de una manera inquietante. ¿Se daba cuenta de que era mejor que nunca volviésemos a estar solos? Seguramente debía saber que Logan era la persona adecuada para mí, y me dejaría marchar sin ulteriores exigencias. Le miré con ojos suplicantes, pidiéndole que restableciese nuestra relación en la forma correcta..., pero él frunció el ceño y se volvió, pareciendo dolido.

—Yo me quedaré con Kitty, mientras los demás vais a la iglesia —dije—. No quiero dejarla sola.

De inmediato, Cal siguió a la familia de Kitty hacia la puerta. Se volvió para lanzarme una larga y calculadora mirada antes de torcer los labios en una ligera y taimada sonrisa.

—Sé buena con tu *madre*, Heaven.

¿Era sarcasmo lo que percibí en la voz de Cal?

Así fue cómo me quedé en casa, mientras Logan debía de estar esperándome en la iglesia. ¡Qué estúpida había sido al presumir que Reva Setterton se quedaría en casa con su hija! ¡Y con qué indiferencia ella misma había propuesto dejarla sola!

Subí la escalera poco a poco para ver cómo seguía Kitty.

Ésta yacía en la ancha cama y parecía que su cara brillaba de tanto frotarla. No sólo la tenía roja e irritada, como la había tenido yo después de aquel baño con agua hirviente, sino que sus tupidos cabellos rojos habían sido peinados con raya en medio y recogidos en dos largas trenzas que le llegaban hasta el pecho. Su madre le había puesto un camisón blanco de algodón como los que solían usar las ancianas, abrochado hasta el cuello; la clase de camisón, corriente y barato, que Kitty despreciaba. Nunca me había parecido menos atractiva.

Su madre descargaba sobre ella su venganza, de la misma manera que Kitty había descargado la suya sobre mí al escaldarme..., y, sin embargo, sentí una oleada de indignación. ¡Aborrecí a Reva Setterton por hacerle eso a una mujer indefensa! ¡Era de una crueldad inconcebible! Como una madre protectora, busqué lo necesario para deshacer lo que Reva había hecho. Saqué la camisa de noche más linda de Kitty y le quité el feo y vulgar camisón que llevaba, antes de aplicar una loción a su irritada piel; después, le puse con cuidado el camisón de blanda de color rosa y empecé a deshacer las apretadas trenzas. La peiné lo mejor que pude y a continuación unté con delicadeza su irritado rostro con crema hidratante y empecé a maquillarla.

Mientras me esforzaba en reparar el daño, hablaba sin parar.

—Madre, empiezo a comprender lo que tienes que haber pasado. Pero no temas. Acabo de aplicar una loción hidratante a todo tu cuerpo, y crema a la cara para suavizarla. Sé que no te maquillaré tan bien como tú lo haces, pero intentaré que resulte lo mejor posible. Mañana te llevaremos al hospital y los médicos te examinarán el pecho a fondo. Los tumores no se heredan necesariamente, madre. Espero que me dijese la verdad cuando afirmaste haber ido al médico... ¿Fuiste de verdad a verle?

Ella no me respondió, aunque pareció que me escuchaba y se formó una lágrima en la comisura de su ojo izquierdo. Seguí hablando, mientras usaba el colorete, le pintaba las cejas, pasaba el lápiz por sus labios y ponía rímel en sus pestañas. Cuando hube terminado, volvió a parecer la de antes.

—¿Sabes una cosa, Kitty Dennison? Todavía eres una mujer hermosa y es una vergüenza que te quedes tumbada aquí, sin cuidar de tu persona. Lo único que tienes que hacer es decirle a Cal que lo amas y lo necesitas, deja de rechazarle, y él será el mejor marido del mundo. Papá no tenía condiciones de esposo. Hubiese debido saberlo. ¡Es un granuja nato! Lo mejor que podía ocurrirte fue que te dejase plantada y que llegase Cal. Tú odias a mi madre cuando deberías compadecerla. Mira lo que él le hizo.

Kitty empezó a llorar. Lágrimas silenciosas rodaron por su cara y estropearon el reciente maquillaje.

El lunes por la mañana, muy temprano, una ambulancia condujo a Kitty al hospital. Cal y yo la acompañamos. Su madre y su padre se quedaron en casa. Maisie y Danny habían ido de excursión a la montaña.

Durante cinco horas estuvimos Cal y yo sentados en los duros e incómodos sillones del hospital, esperando el veredicto sobre Kitty. A veces, yo le asía la mano; otras, él cogía la mía. Estaba inquieto y fumaba un cigarrillo tras otro. Cuando Kitty gobernaba su casa, él no había fumado nunca; ahora lo hacía sin parar. Por fin, nos llamó un médico a su despacho, donde permanecimos sentados mientras él trataba de explicar la situación con frialdad.

—No sé cómo pudo pasar inadvertido antes, aunque a veces es muy difícil descubrir un tumor cuando la mujer tiene unos senos tan grandes como su esposa, Mr. Dennison. Le hicimos una mamografía del pecho izquierdo, ya que, por alguna razón, éste parece ser afectado con más frecuencia que el derecho en las mujeres. Y, en efecto, tiene un tumor profundo debajo del pezón, que es el sitio donde resulta más difícil de descubrir. Tiene unos cinco centímetros; muy grande para esta clase de tumor. Estamos casi seguros de que su esposa sabe que tiene ese tumor desde hace algún tiempo. Cuando nos dispusimos a hacer la mamografía, salió de pronto de su letargo y se resistió. Gritó y chilló, diciendo: «¡Dejadme morir!».

Cal y yo nos quedamos pasmados.

—¿Puede hablar ahora? —preguntó Cal.

—Su esposa ha podido hablar siempre, Mr. Dennison. Pero no quería hacerlo. Sabía que tenía un tumor. Nos ha dicho que prefiere morir a que le extirpen un pecho. Cuando las mujeres adoptan una actitud tan firme a este respecto, no podemos insistir; sugerimos alternativas. Ella ha rechazado la quimioterapia, pues le ocasionaría la pérdida del cabello. Quiere que probemos la radioterapia..., y dice que, si eso no da resultado, está dispuesta a «reunirse con su Hacedor».

Hizo una pausa y algo que no pude interpretar pasó fugazmente por sus ojos.

—Con sinceridad, debo decirles que el tumor ha alcanzado un tamaño en el que no puede ser tratado con radiaciones..., pero como ella no está dispuesta a aceptar otro tratamiento, no tenemos más alternativa que intentarlo..., a menos que puedan ustedes convencerla de lo contrario.

Cal se levantó y pareció estremecerse.

—Ni una vez en mi vida pude convencer de algo a mi esposa. Estoy seguro de que tampoco podré ahora, pero lo intentaré.

Lo hizo lo mejor que pudo. Yo estuve con él mientras la suplicaba junto a su cama.

—Por favor, Kitty, deja que te operen. Quiero que vivas.

Ella se encerró de nuevo en su mutismo. Sólo cuando me miró brilló algo en sus ojos verdes y pálidos; no sabría decir si fue odio u otra cosa.

—Vete a casa —me ordenó Cal, sentándose en la única silla que había en la habitación—. La convenceré, aunque tenga que estarme un mes aquí.

Eran las tres de la tarde del lunes, y los tacones de mis zapatos repicaban sobre el pavimento. Llevaba unos pendientes azules que me había regalado Cal hacía sólo una semana. Siempre me estaba comprando cosas, todo lo que pensaba que yo podía desear. Incluso me hubiera dado el cofrecito de joyas de Kitty; pero yo me sentía incapaz de usar algo que le perteneciese a ella. La suavidad de aquella hermosa tarde hacía que me sintiese más joven y lozana que nunca, desde aquel primer día en que Kitty me había llamado escoria montañesa. Le pasara lo que le pasara a Kitty, ella misma se lo había buscado; pudo haber salvado su pecho si hubiese actuado a tiempo y sólo le habría quedado una pequeña cicatriz que ningún hombre hubiese percibido jamás.

Yo rezaba para que Cal pudiese convencerla de someterse a la operación. También rogaba para que Kitty viese lo bueno que era él, pues sabía que, en tal caso, él me dejaría libre. Amaba a Kitty, la había amado siempre, y era ella la que le había tratado mal, como si no pudiese querer a ningún hombre después del daño que le había causado mi padre.

¡Papá! ¡Todo llevaba a papá siempre!

Oí unas pisadas detrás de mí. No me volví a mirar.

—¡Eh! —gritó una voz conocida—. Ayer te estuve esperando.

¿Por qué apreté el paso, si yo había estado esperando también que me buscara?

—No corras, Heaven. Por muy deprisa que vayas y por mucho que te alejes, no podrás librarte de mí.

Giré en redondo y esperé a que Logan se acercara. Él podría ser todo lo que yo había soñado que sería; pero era demasiado tarde para que yo pudiese considerarle algo mío. Demasiado tarde.

—¡Vete! —le grité—. ¡Ahora no me necesitas!

—Espera un momento —gruñó él, agarrándome de un brazo y obligándome a

caminar a su lado—. ¿Por qué te portas así? ¿Qué te he hecho yo? Un día dices que me quieres y el siguiente me rechazas... ¿Qué te pasa?

El corazón me dolía tanto que me sentí flaquear. Sí, lo amaba, siempre lo había amado y siempre lo amaría; pero debía mantenerme firme.

—Lo siento, Logan, pero no puedo olvidar cómo te hiciste el distraído aquel último domingo antes de que papá me vendiese a los Dennison. Yo necesitaba tu ayuda; tú veías en mi interior y eras todo cuanto yo tenía después de haberse marchado Miss Deale. Mi caballero andante, mi salvador, y no hiciste nada, ¡absolutamente nada! ¿Cómo puedo confiar en ti después de aquello?

Él se puso colorado y el dolor se reflejó en su mirada.

—¿Cómo puedes ser tan torpe, Heaven? Te imaginas que estás sola en este mundo con tus problemas, y que nadie más los tiene. Sabes que aquel año estuve mal de la vista. ¿Qué crees que estaba haciendo mientras tú pasabas hambre allá arriba, en la cima de tu montaña? Yo estaba casi ciego en el valle, hasta el punto de que tuvieron que enviarme a un hospital especial para que me operasen de los ojos. ¡Allí es donde me encontraba! Muy lejos de aquí, recluido en un hospital, con la cabeza inmovilizada y los ojos vendados hasta que cicatrizasen las heridas. Después, tuve que llevar gafas oscuras y no esforzarme en absoluto hasta que las retinas quedaron de nuevo bien sujetas. Aquel día que pensaste que te había visto en la iglesia, estaba *tratando* de encontrarte. Sólo percibía imágenes confusas, pero te buscaba, ¡tú eras la única razón de que estuviese allí!

—¿Ves bien ahora? —le pregunté, con un nudo en la garganta.

Él sonrió y después me miró a los ojos hasta que fue *mi* visión la que se hizo confusa.

—Te estoy viendo como si tuviese veinte ojos. Dime que me perdonas por aquel domingo tan remoto.

—Sí —murmuré.

Sofiqué todas las lágrimas que pugnaban por brotar de nuevo y me mordí el labio antes de inclinar la cabeza y apoyar un momento la frente sobre su pecho. Recé en silencio a Dios para que hiciese que él me perdonara cuando le dijese aquello, si es que un día tenía que confesarle que yo no era como él se imaginaba, que había perdido la virginidad. Allí, y en aquel momento, no podía decírselo. Con resolución empecé a conducirlo hacia la zona boscosa de Winnerrow.

—¿Adónde vamos? —me preguntó, entrelazando sus dedos con los míos—. ¿A ver tu cabaña?

—No; tú fuiste siempre allí solo y descubriste lo que yo quería ocultarte. Pero hay otro lugar que habría debido mostrarte hace años.

Agarrados de la mano, nos dirigimos al herboso sendero que conducía al cementerio. Yo le miraba de vez en cuando. Nuestras miradas se encontraron en varias ocasiones, y tuve que desviar la mía. Él me amaba. Estaba segura. ¿Por qué no había sido yo más firme y mostrado más resistencia? Empecé a llorar, di un traspie y

él alargó en seguida los brazos para sostenerme. Me vi presa de ellos.

—Te amo, Heaven —murmuró con voz ronca, y sentí en mi cara su cálido aliento antes de que me besara—. Toda la noche pasada permanecí despierto, pensando en lo maravillosa que has sido siempre, en tu fidelidad y abnegación para con tu familia. Eres una de esas mujeres en las que un hombre puede confiar, una mujer a la que puede dejarse sola, sabiendo que permanecerá fiel.

Imposibilitada de hablar por el dolor que sentía, traté de impedir que entrase demasiada luz de sol en las sombras de mi corazón, mientras él seguía hablando sin parar, familiarizándome con sus padres, sus tíos, tías y primos, hasta que llegamos a la orilla del río donde tantas horas habíamos pasado juntos tiempo atrás. Allí, el tiempo había permanecido inmóvil. Logan y yo podíamos ser los mismos adolescentes que se enamoraron a la sazón. Nos sentamos de nuevo, tal vez en el mismo sitio, tan cerca que se rozaron nuestros hombros y nuestros muslos. Contemplé el agua que ondulaba sobre las piedras. Y sólo entonces inicié el relato más difícil de mi vida. Sabía que él me odiaría cuando hubiese terminado.

—Mi abuelita solía decir que mi verdadera madre venía a este manantial de aquí —dije, señalando el agua que brotaba de una grieta en la roca— a llenar nuestro viejo cubo de madera de roble con este agua, ya que creía que la del pozo no era buena para beber o para hacer sopa o para los tintes que hacía la abuelita para colorear medias viejas con las que trenzaría una alfombra para ponerla debajo de la cuna e impedir que entrase aire por las rendijas del suelo. Estaba arreglando la cabaña lo mejor posible para cuando yo naciese...

Él se había tumbado a mi lado sobre la hierba y jugueteaba con largos mechones de mis cabellos. Era romántico estar sentada allí junto a Logan, como si fuésemos los primeros y nadie hubiese amado antes que nosotros. Me imaginaba a los dos, jóvenes y tiernos, puros y resplandecientes, en la flor de nuestras vidas..., pero otra abeja había libado ya en la mía... Él jugaba con mis manos; primero con una, después con la otra, besándome las puntas de los dedos y las palmas, antes de doblar aquéllos sobre los regalos que sus labios habían puesto en mis manos.

—Por todos los días en que tanto te necesité y tú te habías ido.

Me atrajo hacia sí de modo que la mitad superior de mi cuerpo quedó sobre su pecho y mis cabellos fueron como un velo oscuro que cubrió nuestros rostros mientras nos besábamos, y entonces yací apoyando la mejilla en su pecho y protegida por sus brazos. Si yo hubiese sido de la forma que él pensaba que era, ¡cómo habría disfrutado ese momento! Pero me sentía igual que un moribundo en el último destello gozoso de su vida; el sol, con todo su esplendor, no podía despejar las nubes de mi conciencia.

Cerré los ojos; deseaba que él siguiese hablando sin cesar y no me diese ocasión de arruinar sus sueños..., y los míos.

—Nos casaremos cuando los rosales estén en flor todavía, el año en que me gradúe en el *college*. Antes de que empiece a nevar, Heaven.

Sacudí la cabeza y me dejé llevar a medias por su fantasía. Volví a cerrar los ojos y regulé mi respiración para que coincidiese con la suya. Él me acarició la espalda, los brazos y, a modo de tanteo, el pecho. Me sobresalté y me incorporé, sentándome en el suelo. Mi voz tembló al decir:

—Vayámonos de aquí. Tienes que ver las cosas como son, para comprender quién y lo que soy yo.

—Sé quién eres y lo que eres, Heaven. ¿Por qué me miras como si tuvieses miedo? Soy incapaz de hacerte daño; te amo.

No me amaría cuando supiese la verdad. Sólo Cal sabía lo que yo había pasado y podía comprenderme. Yo era una Casteel, había nacido tarada y a Cal no le importaba, al menos como les importaría a los perfeccionistas Stonewall. Una y otra vez se había apartado Logan de Fanny, porque era demasiado alocada y libre en su comportamiento.

—Tengo un extraño deseo —dije, con voz débil y temblorosa—. Si no te importa, Logan, quisiera visitar una vez más la tumba de mi madre. Cuando ésta murió, me dejó una muñeca que era su retrato; pero no pude salvarla del fuego. La necesitaba para demostrar quién soy cuando vaya a Boston a buscar a la familia de mi madre.

—¿Piensas ir allí? —gritó él, con voz grave e inquieta—. ¿Por qué? Cuando nos casemos, ¡mi familia será la tuya!

—Algún día tendré que ir. Siento que debo hacerlo, no sólo por mí sino también por mi madre. Ella huyó de la casa de sus padres y nunca volvieron a tener noticias suyas. No pueden ser demasiado viejos y habrán estado preocupados durante todos estos largos años. A veces, es mejor saber la triste verdad que estar siempre preguntándose lo que habrá pasado...

Él se apartó de mí, aunque adaptó sus pasos a los míos mientras subíamos la cuesta.

Pronto adquirirían las hojas colores embrujados y resplandecería brevemente el otoño en la montaña. En el valle, donde el viento no sopla con fuerza, los padres Stonewall rechazarían a la joven Casteel por considerarla poca cosa para su único hijo. Alargué una mano para coger la suya, amándole como sólo los muy jóvenes pueden amar. Él sonrió en seguida y se acercó más.

—¿Tengo que repetir diez millones de veces que te amo para que me creas? ¿Debo hincarme de rodillas para pedir tu mano? ¡Nada de lo que puedas decirme podrá hacer que deje de amarte y respetarte!

¡Oh, sí, yo podía decir algo que haría que todo cambiase! Apreté su mano con más fuerza y seguí conduciéndole, siempre cuesta arriba, rodeando altos pinos y corpulentos robles y nogales, hasta que se fueron convirtiendo en árboles de hoja perenne..., y entonces llegamos al cementerio. Sólo quedaba sitio para unos pocos más. Había cementerios mejores y más modernos en la tierra baja, donde no era tan difícil llevar máquinas para segar la hierba y hombres para cavar las fosas.

Nadie cortaba la hierba donde yacía mi joven madre en soledad. Sólo se

distinguía su tumba por un estrecho montículo que empezaba a hundirse y por una lápida barata en forma de cruz.

Ángel
Amada esposa de Thomas Luke Casteel

Solté la mano cálida de Logan, caí de rodillas, incliné la cabeza y recé para que algún día, algún maravilloso día, me reuniese con ella en el Paraíso.

Al pasar por delante del jardín del reverendo Wayland Wise, había cortado una rosa roja, y la coloqué en un jarrito barato de cristal que había enterrado al pie de la tumba, hacía años. No había agua cerca de allí para poder ponerla en el jarro y mantener la rosa viva y fresca. La flor se marchitaría y se volvería parda. Como se había marchitado y muerto mi madre antes de que yo llegase a conocerla.

El viento sopló con fuerza y azotó las largas ramas de los árboles, mientras yo seguía arrodillada allí haciendo acopio de valor para decir lo que tenía que expresar.

—Marchémonos ya —dijo Logan con impaciencia, contemplando el sol de la tarde que iniciaba su rápido descenso detrás de las cimas de los montes.

¿Qué sentía él?

¿Acaso lo mismo que yo?

Los débiles sonidos del atardecer vibraron en todas direcciones, resonando en los valles, cantando con el viento a lo largo de las quebradas, moviendo las hojas del verano, murmurando entre las altas hierbas que no habían sido cortadas en muchos años.

—Parece que va a llover...

Todavía no podía decírselo.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Heaven? ¿Hemos venido para que pudieses arrodillarte, llorar y olvidar la satisfacción de estar vivos y enamorados?

—No escuchas, Logan. Ni miras, ni comprendes. Ésta es la tumba de mi verdadera madre, que murió al nacer yo, que murió a la tierna edad de catorce años.

—Eso ya me lo has dicho otras veces —dijo él con suavidad, arrodillándose a mi lado y pasando un brazo sobre mis hombros—. ¿Todavía te duele tanto? Ni siquiera la conociste.

—Pues la conozco. Hay veces en que, cuando me despierto, me siento igual que debió sentirse ella. Como si ella fuese yo, y yo ella. Amo estos montes y los odio. Nos dan mucho pero también nos lo roban. Resulta un lugar solitario aunque es hermoso. Dios bendijo la tierra y maldijo a la gente, por eso acabamos sintiéndonos pequeños e insignificantes. Quiero marcharme, y deseo quedarme.

—Entonces, decidiré yo por ti. Volveremos al valle y, dentro de dos años, nos casaremos.

—No tienes por qué casarte conmigo, lo sabes muy bien.

—Te amo. Siempre he estado enamorado de ti. Nunca he querido a nadie más. ¿No es ésta bastante razón?

Ahora rodaban lágrimas por mis mejillas y caían como gotas de lluvia sobre la rosa roja. Levanté la cabeza contemplando las nubes de tormenta que se acercaban con rapidez, me estremecí y empecé a hablar. Él me estrechó sobre su pecho.

—Por favor, Heaven, no me cuentes nada que pueda estropear lo que siento por ti. Si pensabas decir algo que pudiese causarme dolor, no lo hagas, por favor, ¡no lo hagas!

Pero lo dije, como tenía proyectado, allí, donde ella pudiese oírme.

—No soy lo que tú crees...

—Eres todo lo que yo quiero que seas —dijo rápidamente él.

—Te amo, Logan —murmuré, bajando la cabeza—. Creo que te he amado desde la primera vez que te vi y, sin embargo, dejé que otro...

—¡No quiero oír nada de esto! —dijo con pasión Logan.

Se había puesto en pie de un salto y yo hice lo mismo. Quedamos frente a frente. El viento agitó mis cabellos, que rozaron sus labios.

—Lo sabes, ¿verdad?

—¿Lo que ha estado diciendo Maisie por ahí? No, no lo creo. No me importan las habladurías. Tú eres mía y yo te amo... ¡No trates de convencerme de que existe una razón para que no pueda amarte!

—¡Pero la hay! —grité con desesperación—. Candlewick no fue el lugar feliz que quise hacerte creer cuando te escribí aquellas cartas. Te mentí..., y Cal fue...

Él giró en redondo y echó a correr.

Corrió hacia el sendero que conducía a Winnerrow, y me gritó:

—¡No! ¡No! ¡No quiero oír nada más! No quiero oírlo; no me lo digas. ¡No me lo digas *nunca*!

Traté de alcanzarle, pero él tenía las piernas mucho más largas que yo y los finos tacones de mis zapatos se clavaban en la tierra blanda y retrasaban mi marcha.

Subí por el sendero para visitar de nuevo la cabaña que me abrumaba con su aspecto desolado. En la pared había una mancha pálida donde había estado colgado antaño el poster del tigre de papá y debajo del cual habían puesto nuestra cuna cuando Tom y yo éramos pequeños. Miré la estufa de hierro, cubierta de herrumbre donde los hongos no la teñían de verde, y contemplé, con lágrimas en los ojos, las primitivas sillas de madera confeccionadas hacía mucho tiempo por algún Casteel ya muerto. Los barrotes estaban flojos y faltaban algunos de ellos. Todas las pequeñas mejoras que habíamos hecho para adecentar el lugar habían desaparecido. ¡Y Logan lo había visto todo! Entonces lloré, larga y amargamente, por lo que nunca había tenido y por lo que todavía podía perder. El viento empezó a aullar en el silencio de la cabaña y comenzó a llover. Sólo entonces me levanté del suelo para regresar a Winnerrow, donde no existía un hogar para mí.

Cal estaba en el porche de la casa Setterton, paseando de un lado a otro.

—¿Dónde has estado que vuelves mojada y con la ropa desgarrada y sucia?

—Logan y yo hemos visitado la tumba de mi madre... —murmuré con voz ronca, sentándome con cansancio en el escalón más alto, sin reparar en que seguía lloviendo.

—Pensé que estabas con él.

Se sentó a mi lado, tan indiferente a la lluvia como yo, y hundió la cabeza entre sus manos.

—Yo he estado todo el día con Kitty, y me siento agotado. No quiere comer. Le han puesto tubos intravenosos en el brazo y mañana empezarán la radioterapia. Kitty no había visitado a ningún médico como te contó. El tumor ha ido creciendo durante dos o tres años. Y ella prefiere morir a perder lo que considera su femineidad.

—¿Qué puedo hacer para ayudaros? —murmuré.

—Quédate conmigo. No me abandones. Soy un hombre débil, Heaven, ya te lo he dicho otras veces. Cuando te vi paseando con Logan Stonewall me sentí viejo. Hubiese debido saber que la juventud pide juventud y que yo soy un viejo imbécil caído en su propia trampa.

Trató de arrimarse a mí. Me levanté de un salto, con pánico en el corazón. Él no me amaba como Logan. Sólo me necesitaba para reemplazar a Kitty.

—¡Heaven! —gritó—. ¿También tú te apartas de mí? Por favor, ¡te necesito!

—¡Tú no me amas! —grité—. ¡La amas a ella! ¡Siempre la has amado! Incluso cuando se mostraba cruel conmigo, ¡tú la disculpabas!

Él se volvió cansadamente, caídos los hombros, y se dirigió a la puerta de entrada de la casa Setterton.

—Tienes razón en algunas cosas, Heaven. No sé lo que quiero. Deseo que Kitty viva y, al mismo tiempo, que muera, para sacármela de encima. Te amo a ti y sé que hago mal. ¡Nunca hubiese debido dejar que ella me convenciese para traerte a nuestra casa!

¡Pam!

Las puertas siempre se cerraban de golpe delante de mí.

Sin un milagro

Transcurrió una semana. Yo atendía a Kitty en el hospital a diario. No había visto a Logan desde el día en que huyó de mí, dejándome bajo la lluvia, y sabía que dentro de otra semana volvería a la Universidad. Muchas veces, pasé por delante de la Droguería Stonewall con la esperanza de verle, aunque trataba de convencerme de que a él no le convenía una persona como yo, y de que yo estaría mejor sin alguien que no pudiese perdonarme por no ser perfecta. Logan debió pensar que me parecía demasiado a Fanny. Y si Cal advirtió que me sentía desgraciada por no ver a Logan, no dijo nada a ese respecto.

Las horas pasadas en el hospital, junto a la cama de Kitty, hacían que todos los días pareciesen terriblemente largos. Cal se sentaba a un lado del lecho, y yo al otro. Él le cogía la mano durante casi todo el tiempo, mientras que yo tenía las mías cruzadas sobre la falda. Sentada allí, casi sintiendo el sufrimiento de Kitty como propio, reflexionaba sobre las complejidades de la vida. Había habido un tiempo en que me hubiese alegrado de ver a Kitty impotente, incapaz de abofetearme e insultarme para destruir mi orgullo. Sin embargo, yo estaba llena de compasión, deseosa de hacer todo lo posible para aliviar su dolor, cuando podía hacer tan poco para mitigarlo. A pesar de todo, lo intentaba, pensando que me estaba redimiendo; luchaba por encontrarme de nuevo digna y pulcra, y trataba de olvidar lo que Kitty había hecho para despertar mi odio.

Las enfermeras le administraban los medicamentos, pero yo era la que me cuidaba de bañarla. Ella me hacía señas indicadoras de que prefería que fuese yo quien me encargase de las cosas secundarias que las enfermeras no tenían tiempo de hacer, como aplicar loción a todo su cuerpo o cepillarle el cabello y peinarla como ella quería. A menudo, mientras lo hacía, pensaba que hubiese podido quererla de veras si ella me hubiese dado la menor oportunidad. La maquillaba dos veces al día, la perfumaba con su esencia predilecta, le pintaba las uñas, y ella me observaba continuamente con aquellos ojos pálidos y extraños.

—Cuando yo me muera tienes que casarte con Cal —murmuró una vez.

Levanté la cabeza, sorprendida, e iba a preguntarle algo, pero ella cerró los ojos de nuevo, cosa que solía hacer para indicar que no hablaría aunque estuviese despierta. *¡Oh, Dios mío, haz que se ponga bien! ¡Por favor!*, rezaba una y otra vez. Yo quería a Cal y lo necesitaba como padre, pero no podía amarle de la manera que él deseaba.

Otras veces, mientras la atendía, yo charlaba sin parar, hablaba conmigo misma tanto como le hablaba a ella; contándole cosas de su familia y del gran interés que mostraban por su salud (aunque eso no era cierto), tratando de levantar su ánimo y

darle esperanza, así como valor para luchar contra aquella cosa que controlaba su vida. Con frecuencia sus ojos se llenaban de lágrimas. Otras veces, aquellos ojos opacos verde mar se fijaban en los míos sin la menor expresión. En ocasiones, tenía la impresión de que Kitty estaba cambiando, para bien o para mal, no habría sabido decirlo.

—No me mires así, madre —le dijo un día con una especie de resentimiento nervioso.

Tenía miedo de que Maisie la hubiese visitado y le hubiese contado que había visto contactos o pequeñas muestras de afecto entre Cal y yo. *Pero no fue culpa mía, Kitty, no lo fue*, habría querido decirle mientras le ponía el lindo y nuevo camisón, y colocaba sus brazos de manera que no pareciese tan falta de vida.

Apenas había terminado de arreglar a Kitty cuando entró su madre, y frunció el entrecejo con desaprobación, cruzando los vigorosos brazos sobre el hinchado pecho artificial, y con mirada despectiva y amenazadora.

—Estaría mejor sin toda esa pintura —graznó, mirándome con acritud—. Te ha enseñado malas costumbres, ¿eh? Ha querido hacerte igual que es ella. Te ha contagiado sus defectos, ¿no es eso? Yo le pegué muchas veces para librarle del mal. Pero no lo conseguí. No pude. Todavía lo lleva dentro, emponzoñándola, matándola... El Señor gana siempre al final, ¿no crees?

—Si quiere usted decir que todos tenemos que morir, Mrs. Setterton, sí, tiene razón. Pero una buena cristiana como usted debería creer en la vida después de la muerte...

—¿Te estás burlando de mí, pequeña? ¿Te estás burlando?

Vi brillar en sus ojos la misma ruindad que había visto en los de Kitty. Mi indignación creció.

—A Kitty le gusta estar bonita, Mrs. Setterton.

—¿Bonita? —preguntó ella, mirando a Kitty como si fuese un ser abominable—. ¿No tiene camisones que no sean de color rosa?

—A ella le *gusta* el rosa.

—Lo cual demuestra su mal gusto. Las pelirrojas como ella no deben llevar prendas de color rosa. Pero ella se las ha puesto toda su vida y sigue haciéndolo.

—Todo el mundo debería llevar el color que más le guste. Ella puede elegir —insistí.

—Pero no tienes que hacer que parezca un payaso.

—No; yo le pinto la cara para que parezca una estrella de cine.

—¡Una *ramera* dirías mejor! —declaró rotundamente Reva Setterton, antes de volver la gélida mirada en mi dirección—. Ahora sé lo que eres. Maisie me lo ha contado. Yo sabía que el marido de ella no podía ser nada bueno, pues, de haberlo sido, *ella* no lo habría querido. No es buena, nunca lo ha sido, ni siquiera cuando era pequeña... ¡Y tú tampoco lo eres! ¡No te quiero en mi casa! ¡Ni vuelvas a presentarte por aquí, escoria montañesa! Vete al motel de Brown Street, que es donde van todas

las de tu ralea. He hecho que ese hombre se lleve todas tus cosas junto con las suyas.

El asombro y la indignación hicieron que abriese mucho los ojos antes de que la vergüenza hiciese enrojecer mi semblante. Ella lo advirtió y sonrió con crueldad.

—No quiero volver a verte jamás. ¡Escóndete cuando me veas llegar!

Temblando, extendí los brazos.

—Tengo que seguir visitando a Kitty. Ella me necesita ahora.

—¡Ya me has oído, desvergonzada! ¡No vuelvas a acercarte a mi casa!

Y salió furiosa de la habitación, después de mirar a Kitty sin una palabra de simpatía, de ánimo o de compasión. ¿Había venido sólo para hacerme saber lo que pensaba de mí?

Kitty se había quedado mirando la puerta, con un pálido fulgor desesperado en los ojos.

Las lágrimas trazaron surcos torcidos en mis mejillas cuando me volví de nuevo hacia ella y le arreglé la mañanita antes de continuar con sus cabellos.

—Estás muy guapa, Kitty. No creas nada de lo que acabas de oír. Tu madre es una mujer muy extraña. Maisie me enseñó los álbumes de fotografías de la familia, y te pareces muchísimo a tu madre cuando ésta tenía tu edad..., salvo que tú eres más bonita, y sin duda por eso te ha envidiado siempre.

(¿Por qué era tan amable con Kitty, cuando ella había sido tan cruel conmigo? Tal vez porque Reva Setterton debió de hacerle a Kitty muchas de las cosas que ésta me había hecho a mí).

—Vete —consiguió decir Kitty cuando hube terminado con ella.

—¡Madre!

—¡*No soy tu madre!*

Algún terrible dolor se reflejó en sus ojos; una frustración tan angustiada y horrible que tuve que agachar la cabeza para disimular la compasión que sentía.

—Siempre deseé ser madre; deseé tener un hijo, más que nada en el mundo. Tenías razón cuando me dijiste aquello. No sirvo para ser madre. Nunca he servido. Y no sirvo para vivir.

—¡Kitty!

—¡Déjame tranquila! —gritó débilmente—. Tengo derecho a morir en paz... Y cuando llegue el momento, sabré lo que tengo que hacer.

—¡No, no tienes derecho a morir! ¡No, cuando tienes un marido que te ama! ¡Tienes que vivir! Tienes a Cal, y él te necesita. Lo único que tienes que hacer es obligar a tu cuerpo a luchar. Hazlo por Cal, Kitty. Por favor. Él te quiere. Siempre te ha querido.

—¡Vete! —gritó, con un poco más de fuerza—. ¡Ve con él! Cuídale cuando yo me haya ido. ¡Será pronto! Ahora, él es tuyo. ¡Te lo regalo! Sólo lo tomé por marido porque había algo en él que me recordaba a Luke, que me decía cómo habría podido ser Luke si se hubiese criado en alguna buena familia de la ciudad.

Emitió un sollozo gutural, un sonido ronco y áspero que me partió el corazón.

—La primera vez que estuve con él, después de que viniese a mi casa y se sentara a mi mesa, entorné los párpados y me imaginé que *era* Luke. Y durante todo el tiempo que he estado casada con él, sólo le he permitido que me poseyese cuando, practicando mi juego imaginativo, lo he convertido en Luke.

¡Oh, Kitty! ¡Pero qué tonta, qué tonta has sido!

—Pero Cal es un hombre maravilloso. ¡Y papá no es bueno!

El pálido fuego de sus ojos pareció avivarse.

—También he oído decir eso de mí durante toda mi vida, y no soy mala, ¡no lo soy! ¡No lo soy!

No pude aguantar más. Salí a tomar el aire fresco de septiembre.

¿Qué clase de jugarreta gastaba el amor al sentido común? ¿Por qué precisamente un hombre, cuando había tantos entre los que elegir? Sin embargo, ahí estaba yo, esperando encontrar a Logan. Loca por verle y que me dijese que comprendía y que me perdonaba. Pero cuando pasé por delante de la Droguería Stonewall, no vi a Logan en ninguna parte. Me detuve bajo la llovizna, al pie de un olmo corpulento, y miré a través de la calle a las ventanas del apartamento situado encima de la tienda de la esquina. ¿Estaba él allá arriba y me miraba? Entonces vi a su madre en una de las ventanas, antes de que tirase del cordón y corriese las cortinas, como si me cerrase la entrada. Sabía que ella quería apartarme para siempre de la vida de su hijo. Y hacía bien, hacía muy bien...

Me encaminé a Brown Street, donde se encontraba el único motel de la ciudad. Las dos habitaciones que Cal había alquilado estaban vacías. Después de lavarme y ponerme ropa limpia, salí de nuevo bajo la lluvia y volví a pie al hospital; allí encontré a un Cal triste, sentado en el sofá de la sala de espera, mirando distraídamente una revista que tenía en la mano. Levantó la vista cuando yo entré.

—¿Algún cambio? —le pregunté.

—No —respondió bruscamente—. ¿Dónde has estado?

—Quería ver a Logan.

—¿Lo has visto? —preguntó secamente.

—No...

Él me estrechó una mano con fuerza.

—¿Qué podemos hacer y cómo podremos vivir así? Esto puede durar seis meses, un año, tal vez más. Yo pensé que sus padres serían una solución. Pero no lo son. Están retirando su ayuda financiera. Kitty sólo puede contar contigo y conmigo, o con nadie, hasta que se cure..., o se muera.

—Entonces, tú y yo cuidaremos de ella —dije, sentándome y reteniendo su mano en la mía—. Puedo ponerme a trabajar.

Él no dijo nada. Continuamos sentados, asidos de la mano, mientras él miraba la pared.

Vivimos dos semanas en aquel motel. No vi a Logan. Estaba segura de que había vuelto a la Universidad, sin despedirse siquiera de mí. Empezaba el curso, y eso me decía con demasiada claridad que yo no volvería a entrar en una clase y que la Universidad no era más que un sueño que se desvanecía como una nube en el ocaso. Y el empleo que había pensado conseguir con facilidad, porque podía escribir a máquina noventa palabras por minuto, no se materializaba.

Llegaron las primeras señales verdaderas del invierno, y, aunque había visto dos veces a Tom, sus visitas eran demasiado cortas para que pudiésemos decirnos realmente todo lo que necesitábamos hablar. Buck Henry le estaba esperando siempre, echaba chispas por los ojos cuando me veía y obligaba a Tom a darse prisa, mucha prisa. Yo iba cada día a visitar al abuelo, esperando que papá estuviese allí; pero no lo encontraba nunca. Traté una y otra vez de ver a Fanny, pero ésta no quería siquiera salir a la puerta. Una criada negra respondía a mis preguntas.

—Miss Louisa no habla con desconocidas —me decía cada vez, negándose a reconocer que yo era hermana de Fanny, no una desconocida.

Yo aborrecía el motel y la manera en que la gente nos miraba a Cal y a mí, aunque él tenía su habitación y yo la mía, y no nos habíamos acostado juntos desde que habíamos llegado a Winnerrow. Cuando íbamos a la iglesia nos trasladábamos en coche a otra ciudad y rezábamos allí, sabiendo que el reverendo Wise no nos permitiría entrar en su templo.

Una mañana me desperté y sentí frío. El fuerte viento del Norte agitaba las hojas de los árboles y sacudía las cortinas cuando me levanté y empecé a vestirme. Pensé dar un paseo antes de desayunar.

Era un día gris y lluvioso, y la niebla cubría los montes. Miré hacia arriba, en dirección a nuestra cabaña; vi nieve en los picos a través de la niebla. Allí nevaba y en el valle llovía..., y ahí era donde yo había deseado estar tantas veces.

Oí unas fuertes pisadas detrás de mí y apreté el paso; una figura alta me alcanzó y caminó a mi lado. Pensé que vería a Cal, ¡pero era Tom! De inmediato, mi corazón se alegró.

—¡Gracias a Dios que has vuelto! El sábado pasado te esperé largo tiempo, rezando para que acudieses. ¿Estás bien, Tom?

Él se echó a reír y se volvió para abrazarme, pensando que mi preocupación por su salud era tonta e innecesaria.

—Esta vez puedo quedarme una hora entera. Pensé que podríamos desayunar juntos. Tal vez se reunirá Fanny con nosotros y casi será como en los viejos tiempos.

—He tratado de visitar a Fanny, Tom, y ella se niega a hablar conmigo. Una doncella negra abre la puerta, y por eso ni siquiera puedo ver a Fanny. Tampoco sale a la calle.

—Tenemos que probar —dijo Tom, frunciendo el entrecejo—. No me gustan los

rumores que he escuchado. Nadie ve a Fanny ya, todo lo contrario a lo que ocurría antes de que tú vinieses. Hubo un tiempo en que Fanny iba a todas partes para lucir sus nuevos vestidos y jactarse de cuánto le daban los Wise. Ahora, ni siquiera va a la iglesia los domingos, ni a ningún acto social, y tampoco lo hace Rosalynn Wise.

—Supongo que será para no encontrarse conmigo —dije con cierta amargura— y que Mrs. Wise se queda en casa para que Fanny permanezca en su habitación. En cuanto yo me vaya, Fanny saldrá de su escondite.

En el restaurante, frecuentado por conductores de camión, comimos un suculento desayuno, riéndonos al recordar nuestras frugales comidas cuando vivíamos en los Willies.

—¿Has decidido ya a cuál de las dos hermanas prefieres? —le pregunté cuando él pidió la cuenta.

—No —me dirigió una tímida sonrisa—. Me gustan las dos. Pero Buck Henry dice que, si me caso con Thalia, me enviará a la Universidad y dejará la granja a Thalia. Si escojo a Laurie, tendré que apañarme solo... Por eso he decidido no casarme con ninguna de las dos, marcharme en cuanto termine la segunda enseñanza y establecerme por mi cuenta.

Hasta entonces, su tono había sido ligero; de pronto se puso serio y adoptó un acento grave.

—¿Qué te parecería si me llevases contigo cuando vayas a Boston?

Le estreché la mano y me eché a reír al pensar que él había dicho precisamente las palabras que yo esperaba oír. La gente de Boston no tendría tantos prejuicios como la de allí; y vería lo que valíamos en realidad. En Boston yo podría encontrar un empleo con facilidad y enviar dinero a Cal para contribuir a los gastos de Kitty. El había puesto en venta la casa de Candlewick, pero aunque la vendiese, el dinero no duraría lo bastante si ella no sanaba pronto o...

—No pongas esa cara, Heavenly. Todo se solucionará, ya lo verás.

Cogidos del brazo nos dirigimos a la residencia, a visitar al abuelo.

—No está aquí —dijo Sally Trench al abrir la puerta en respuesta a la fuerte llamada de Tom—. Vuestro padre vino y se lo llevó.

—¿Ha estado papá aquí? —exclamó Tom, pareciendo increíblemente dichoso—. ¿Dónde llevó al abuelo?

Sally Trench no lo sabía.

—Se marcharon hace cosa de media hora —nos informó antes de cerrar la puerta de golpe.

—¡Papá puede estar todavía en la ciudad, Heavenly! —gritó Tom, muy excitado—. Si nos damos prisa, ¡tal vez podremos encontrarle!

—Yo no quiero verle. ¡Jamás! —grité.

—¡Pues yo sí! Es el único que puede decirnos dónde están Keith y Nuestra Jane.

Ambos empezamos a correr. Winnerrow era una ciudad fácil de registrar; tenía una sola calle principal y doce laterales. Mientras corríamos, observábamos los

escaparates de las tiendas y preguntábamos a los transeúntes. El sexto hombre a quien preguntamos había visto a papá.

—Creo que iba al hospital.

¿Por qué iría allí?

—Ve tú solo —dije con frialdad, ante la insistencia de Tom.

Tom extendió las grandes y callosas manos en ademán de impotencia. Su expresión no podía ser más triste.

—Tengo que serte sincero, Heavenly. Te he estado mintiendo todo el tiempo. En mis cartas y en las fotos que incluía en ellas. Las fotos eran de unas amigas del colegio llamadas Thalia y Laurie. Buck Henry no tiene hijos; los que tuvo yacen en un cementerio. La hermosa casa de que te hablaba pertenece a los padres de Laurie y está a diez kilómetros de aquí, junto a la carretera. La casa de Buck Henry pudo ser bonita antaño, pero ahora se está arruinando y necesita ser reparada. Él es un tirano que me hace trabajar de doce a catorce horas al día.

—¿Quieres decir que me mentiste? Todas aquellas cartas que me escribiste a Candlewick..., ¿eran mentira?

—Sí. Mentiras inventadas para que no te inquietases por mí —dijo él, con ojos suplicantes—. Sabía lo que debías estar pensando y no quería que te preocupases; pero ahora tengo que decirte que odio aquella granja. Y odio tanto a Buck Henry que a veces pienso que si no me escapase sería capaz de matarle... Ahora comprenderás por qué tengo que huir de él y encontrar a papá. Debo hacerlo.

Para ayudar a Tom a conseguir lo que quería, y para volver a ver a Keith y a Nuestra Jane, yo era capaz de cualquier cosa, incluso de enfrentarme con el hombre a quien más odiaba en el mundo.

—¡De prisa! —me apremiaba Tom, y pronto corrimos los dos en dirección al hospital.

—Tal vez Cal estará con Kitty esta vez —jadeé al entrar en el vestíbulo del hospital y mirar a nuestro alrededor.

—Sí —dijo una enfermera, cuando Tom le preguntó por Luke Casteel—, ha estado aquí...

—Pero, ¿dónde está ahora?

—No lo sé... Hace una hora que preguntó el número de la habitación de Mrs. Dennison.

Papá había venido a ver a Kitty... ¿O a mí?

Tom apretó con más fuerza mi mano y empezó a tirar de mí.

Todas las enfermeras y auxiliares me conocían ya y me saludaron por mi nombre al conducir yo a Tom hacia el ascensor que nos llevaría a la habitación de Kitty. Me sentía extraña, casi aturdida, y temerosa de lo que diría y haría al ver a papá. Sin embargo, cuando me hallé en la habitación de Kitty y vi a ésta pálida y débil, y a Cal llorando de rodillas al lado de su cama, tardé varios momentos en superar la desilusión de no ver a papá. Después, me impresioné al observar lo feliz que parecía

Kitty. Tumbada en la estrecha cama, nos sonrió radiante a Tom y a mí. ¿Por qué?

—Tu papá ha venido a verme —me dijo en una voz tan débil que apenas pude oírla—. Preguntó por ti, Heaven; dijo que deseaba verte. Que lamentaba mucho lo que había hecho en el pasado y que esperaba que tú le perdonases. Mira, yo nunca había pensado que volvería a oír la voz de Luke Casteel... ¿Cómo te pareció, Cal?

—Humilde —dijo Cal, con voz ronca.

—Sí, eso es. Se ha mostrado humilde, arrepentido.

Tenía los ojos brillantes, como si hubiese presenciado un milagro. Y había estado cuatro días sin hablar.

—Me miró, Heaven, como nunca me había mirado en su vida. Cuando yo lo amaba y hubiera dado la vida por él, no me veía siquiera... me tomaba como si fuese un objeto y se marchaba. Pero ha cambiado, ha cambiado..., y al marcharse ha dejado esta nota para ti.

Era la suya una felicidad febril, frenética, como si tuviese prisa, mucha prisa. Por primera vez vi que se estaba muriendo, muriendo ante nuestros ojos; tal vez había comenzado a morir hacía meses, antes de volver a Candlewick, y Cal y yo nos habíamos acostumbrado tanto a sus erráticos cambios de humor que no habíamos comprendido que eran manifestaciones de depresión, de frustraciones..., y de una terrible ansiedad secreta sobre aquel bulto. Al tenderme el sobre con mi nombre escrito en él, su mano me pareció escuálida, de uñas largas, como de bruja. Pero, por primera vez, su sonrisa parecía amable, cariñosa.

—¿Te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí, Heaven? Por fin he tenido una hija... ¿Y no es estupendo que Luke haya venido a verme? Fuiste tú quien le envió a buscar, ¿verdad? Debiste ser tú, porque cuando entró miró a su alrededor como si esperase verte. Bueno, Heaven, lee lo que te dice en la carta.

—Éste es mi hermano Tom —dije al fin.

—Me alegro de conocerte, Tom —dijo Cal, poniéndose en pie y estrechándole la mano.

—¡Oh, eres como Luke cuando tenía tu edad! —exclamó Kitty, entusiasmada y con un brillo extraño en sus ojos pálidos—. Si tuvieses los cabellos y los ojos negros, serías exactamente igual que tu papá. ¡Lo serías, lo serías!

La mujer diabólica de cabellos rojos y largas uñas pintadas, con las que había arañado muchas veces mi piel, resultaba conmovedora en ese momento. Imágenes de lo que había sido pasaron fugaces por mi mente; todos los insultos que me había lanzado sin la menor consideración a mis sentimientos resonaron otra vez en mis oídos; y, sin embargo, mis ojos se llenaron de lágrimas en vez de alegrarse de que Dios le diese su merecido al fin. Llorando me senté en la silla que me acercaba Cal, abrí la carta de papá y empecé a leer en silencio.

—Léela en voz alta, hija —murmuró Kitty.

La miré de nuevo, percibiendo algo diferente en ella; después, empecé a leer con voz débil:

Querida hija:

A veces un hombre hace lo que cree necesario y más tarde descubre que habría podido resolver sus problemas de una manera mejor. Te pido que me perdones por lo que hice y que ahora no puede cambiarse.

Nuestra Jane y Keith están sanos y son felices. Aman a sus nuevos padres, y también Fanny ama a los suyos.

Yo he vuelto a casarme y mi esposa insiste en que trate de reunir a mi familia de nuevo. Ahora poseo una hermosa casa y gano mucho dinero. Tengo pocas esperanzas de poder recobrar a Keith y a Nuestra Jane, o a Fanny, pero espero que tú y Tom vengáis a vivir con nosotros. Tu abuelo estará también allí.

Tal vez ahora podré ser un padre al que puedas querer en vez de odiar.

TU PADRE

Había una dirección y un número de teléfono debajo del nombre, pero yo era casi incapaz de leer. Él nunca me había llamado hija antes, nunca se había considerado como mi padre. ¿Por qué ese cambio? Arrugué la carta y la arrojé al cubo que había junto a la cama de Kitty.

La cólera dominaba todas mis otras emociones. ¿Cómo podía fiarme de un hombre que había vendido a sus hijos? ¿Qué seguridad podía tener de que Tom y yo estaríamos bien en su compañía? ¿Qué estaría haciendo él para ganar tanto dinero? ¿O se había casado precisamente por dinero? ¿Cómo iba yo a creer todo lo que me decía? ¿Cómo podía yo saber que Keith y Nuestra Jane, o Fanny, vivían felices? ¿Cómo saberlo, antes de verlo con mis propios ojos?

Tom se apresuró a recuperar la arrugada carta, la alisó con cuidado y la leyó en silencio. A cada línea que leía su semblante se iluminaba más.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó Kitty, mirándome con dulzura—. Es una carta muy bonita, ¿verdad, Cal? Tómala, Heaven, y guárdala, porque llegará un día en que necesitarás volver a verle...

Se le quebró la voz y empezó a llorar.

—Vamos, Tom —dije, volviéndome para salir.

—Espera un momento —murmuró Kitty—. Tengo algo más para ti.

Sonríó débilmente y sacó un sobre pequeño de debajo de la almohada.

—Conversé largamente con tu papá, y él me dio esto para que lo guardase y te lo entregase a su debido tiempo. Es mi manera de tratar de compensar lo que te hice...

—vaciló, miró a Cal y después siguió hablando—. Creo que el tiempo adecuado es ahora.

Yo estaba temblando cuando tomé el segundo y pequeño sobre. ¿Qué podía decir papá para compensar todo lo que nos había hecho? Tal vez Nuestra Jane y Keith

estaban bien; pero, ¿cómo podía estar segura de ello, cuando aquel horrible granjero había tratado a Tom como a un esclavo y Kitty había hecho lo mismo conmigo? Entonces, levanté los ojos y vi que Tom me miraba con atención, como si yo tuviese su vida en mis manos..., y tal vez era así. Bueno, ¿qué podía perder con leer más mentiras?

De nuevo leí su pequeña escritura. Mis ojos se abrieron de par en par y mi corazón aceleró su ritmo.

Papá había venido al hospital con la esperanza de encontrarme a mí.

Tu abuelo me ha dicho que estás empeñada en ir a Boston a buscar a los padres de tu madre. Si prefieres ir allí, en vez de venir a vivir conmigo y con mi esposa, te incluyo un billete de avión que compré a tu nombre. También he telefonado a tus abuelos de Boston para anunciarles tu posible llegada. Aquí está su dirección y el número de su teléfono. Escríbeme para decirme cómo van las cosas.

Mis músculos se contrajeron a causa de la impresión que sentí. ¿Por qué hacía él eso? ¿Para librarse de mí por segunda vez? Había dos direcciones al pie de la carta, una de ellas escrita apresuradamente en lápiz. Miré los nombres: Mr. y Mrs. James L. Rawlings.

Levanté la cabeza.

—Heaven —dijo Cal con voz suave—, fue Kitty quien persuadió a tu padre de que pusiese en esa nota los nombres del matrimonio que compró a Nuestra Jane y a Keith. Ahora sabes dónde están, y algún día podrás ir a verles.

Me había quedado sin habla; apenas si podía pensar.

Tom estaba leyendo por encima de mi hombro.

—¿Lo ves, lo ves, Heavenly? ¡No es tan malo como pensabas! Ahora podemos ir a visitar a Nuestra Jane y a Keith. Pero recuerdo el contrato que el abogado hizo firmar a papá... Nunca podremos llevárnoslos...

Se detuvo en seco, mirándome a la cara. Yo me sentía extraña, me flaqueaban las rodillas, todas mis emociones parecían fluir al mismo tiempo. Había deseado con tanto ardor encontrar a Keith y a Nuestra Jane, y parecía que podría conseguirlo. Pero el billete de avión que tenía en la mano era como un chantaje para obligarme a permanecer fuera de sus vidas. Todavía temblando, metí el pequeño sobre y su contenido en uno de mis bolsillos, y me despedí de Kitty antes de salir al pasillo y dejar a Tom hablando todavía con Cal.

Cal podía quedarse allí. No me importaba.

Cansada de esperar en el pasillo, mientras Tom seguía hablando en voz baja con Cal, le grité:

—¡Tom! ¡No voy a esperarte toda la Eternidad!

Me volví y eché a andar. Tom me alcanzó y, ya fuera del hospital, me dirigí al motel, pensando que ese mismo día volaría hacia Boston...

—¿Vendrás conmigo a Boston, Tom?

Él acortó sus largas zancadas para seguir mi paso. Había agachado la cabeza para protegerla del viento y de la lluvia.

—Heavenly, tenemos que hablar.

—Podemos hacerlo mientras nos dirigimos al motel. Recogeré mis bártulos. Kitty es feliz..., ¿has visto su cara? Cal ni siquiera me ha mirado. ¿Por qué no dices que quieres venir conmigo?

—¡Todo ha cambiado! ¡Papá es diferente! ¿No puedes notarlo en sus cartas? Fue a ver a esa mujer, y ella ha observado su cambio. ¿Por qué no puedes verlo tú? Quiero ir contigo, Heavenly, lo sabes muy bien, y Mr. Dennison me ha dicho que me pagaría el viaje si me hacía falta... Pero primero tengo que ver a papá. Estoy seguro de que ha ido a la casa de los Setterton a buscarte, y quizás ha ido también a visitar a Buck Henry y sospecha que estoy contigo. Podemos alcanzarle si nos damos prisa.

—¡NO! —grité, sintiendo que mi cara enrojecía de ira—. Ve tú si crees que debes hacerlo, ¡pero yo no quiero volver a verle jamás! ¡No puede limpiar todo el pasado con dos breves notas!

—Entonces prométeme que no harás nada hasta tener noticias mías.

Se lo prometí, sintiéndome todavía aturdida por todo lo que había sucedido para confundir mi odio.

—Tom..., ¿vendrás conmigo a Boston? Ven, y después, cuando nos hayamos aposentado, iremos a visitar a Keith y a Nuestra Jane.

Él se alejaba de mí ya. Al llegar a la esquina, se volvió para agitar una mano y sonreír.

—Aguenta, Heavenly. ¡No te atrevas a ir a ninguna parte antes de saber de mí!

Observé cómo se alejaba con paso alegre, como si creyese que encontraría a papá y que, con papá, tendría una vida mejor que con Buck Henry.

En la habitación del motel, me tumbé en la cama y lloré con amargura hasta quedarme débil y agotar todas mis lágrimas. Antes de dormirme resolví no volver a llorar jamás. Me desperté cuando sonó el teléfono; respondí y oí la voz de Tom que me decía que había encontrado a papá y que venían los dos a verme.

—Estaba en la Droguería Stonewall preguntando por ti y por mí, Heavenly. Ha cambiado. Cuando lo veas, ¡no vas a creerlo! Se arrepiente de todas las cosas malas que hizo y dijo, y así te lo dirá cuando te encuentre... Por consiguiente, espéranos. ¿Me lo prometes?

Colgué sin prometerle nada.

¡Tom me había traicionado!

Salí del motel y fui a sentarme en el parque a solas. Sólo cuando hubo anochecido, y pensé que Tom habría desistido de verme, volví al motel y me tendí en la cama.

Tom no iría conmigo a Boston... Preferiría quedarse con papá, ¡a pesar de todos nuestros juramentos!

Y Logan se había marchado a la Universidad, sin hacer el menor esfuerzo por volver a verme. ¿Qué me quedaba, sino mis abuelos maternos en Boston? Incluso Cal parecía indiferente con respecto a mí, ya que se había entregado a Kitty. Yo necesitaba a alguien. Tal vez el destino había hecho que todo sucediese así para que fuese a reunirme con mis abuelos en Boston.

Estaba haciendo la maleta cuando llegó Cal y me dijo que sabía que Tom había encontrado a papá y que habían venido los dos al motel a recogerme, pero que no me habían encontrado.

—Te han buscado por toda la ciudad, Heaven. Tom pensaba que ya habías volado hacia Boston y estaba muy afligido. De todos modos, él y tu padre renunciaron a buscarte. ¿Dónde estabas?

—Me escondí en el parque —confesé.

Cal no me comprendía; sin embargo, me tomó en brazos y me meció como si yo tuviese seis años en vez de dieciséis.

—Si te llaman preguntándote por mí, diles que no me has visto —le supliqué.

—Está bien —accedió, mirándome con ojos preocupados—. A pesar de todo, creo que deberías ver a Tom de nuevo y hablar con tu padre. Tal vez éste ha cambiado, Heaven. Quizás esté arrepentido. Entonces, no tendrías que volar a Boston y podrías vivir con tu padre y con su nueva esposa.

Le volví la espalda. Papá no había cambiado.

Cal me dejó sola y seguí haciendo mi maleta, pensando en el lío en que me había metido al elegir a Kitty Dennison y su marido. Casi había terminado cuando Cal volvió a abrir la puerta y me miró fijo, entornando los párpados.

—¿Sigues pensando en ir a Boston?

—Sí.

—¿Y qué será de mí?

—¿Qué será de ti?

Se ruborizó y tuvo la discreción de agachar la cabeza.

—Los médicos han reconocido a Kitty hace un rato. Sé que te parecerá increíble, ¡pero está mejor! Mucho mejor. El número de sus leucocitos es casi normal. El de plaquetas está subiendo. El tamaño del tumor se ha reducido un poco, y si esto continúa, ¡creen que vivirá! La visita de tu padre ha hecho que recobrase la voluntad de luchar. Ahora dice que siempre me ha querido más que a nadie, y que sólo lo ha sabido cuando ha estado a las puertas de la muerte. ¿Qué hacer? No puedo abandonar a mi esposa cuando me necesita tanto, ¿verdad? Por eso, quizá será mejor que te vayas a Boston con mis buenos deseos y todo mi amor... Y tal vez algún día volvamos a encontrarnos y podrás perdonarme por haber abusado de una joven, dulce y hermosa criatura.

Me quedé pasmada, boquiabierta por el asombro.

—¡Tú no me has querido nunca! —grité, en tono acusador y con voz entrecortada —. ¡Te divertiste conmigo!

—¡Yo te *quiero*! ¡Te querré siempre! Y espero que, dondequiera que vayas, me ames un poco también. Tú estuviste a mi lado cuando más lo necesitaba. Ve, olvídate de Kitty y de lo que te hizo, y no te interpongas en la vida de Tom cuando todo se pone en su favor. Fanny se siente feliz donde está. Deja que Keith y Nuestra Jane continúen como hasta ahora. La familia de tu madre podría poner reparos si te presentases con otros en Boston. Y a mí, olvídate. Hice mi cama cuando me casé con Kitty. No tiene por qué ser también la tuya. Vete ahora, mientras tengo fuerzas para hacer lo que debo. Márchate antes de que ella salga curada de aquel hospital y vuelva a ser la de antes y te persiga y te destruya por haberle quitado lo que ella considera suyo en exclusiva. En realidad, Kitty no cambiará nunca. Ha estado a punto de morir, temerosa de lo que hay al otro lado..., pero en cuanto se recobre, querrá vengarse de ti. Sí, por tu propio bien, vete ahora..., vete hoy mismo.

Yo no sabía qué decir, ni qué hacer. Sólo podía mirarle, con la visión enturbiada por las lágrimas, mientras él paseaba arriba y abajo.

—Heaven, cuando tu padre estuvo en la habitación de Kitty, fue ella quien le suplicó que te dijese dónde estaban Nuestra Jane y Keith. Fue su regalo para compensarte de todo lo que te ha hecho.

Yo no comprendía nada, y sin embargo el corazón me palpitaba con tal fuerza que parecía querer saltar de mi pecho.

—¿Cómo puedo creer todo lo que digan Kitty o papá?

—Tu padre se dio cuenta de que huías de él y pensó que nunca querrías volver a verle; por eso le dio a Tom más fotografías de Nuestra Jane y de Keith, para que te las diese a ti. Yo las he visto, Heaven. Los dos han crecido desde que recibiste sus últimas fotos. Tienen unos padres que los adoran, viven en una casa espléndida y van a los mejores colegios del país. Si piensas ir allí, no olvides que les llevarás recuerdos tristes que ellos quieren sin duda olvidar... Piensa en eso antes de introducirte en sus nuevas vidas. Dales tiempo para crecer un poco más, Heaven, y dátelo tú para ablandarte.

Dijo muchas más cosas, que yo me negué a escuchar.

También me dio un dinero que papá le había entregado para mí. Contemplé los billetes en mi mano. Un fajo de billetes de veinte dólares, por un total de quinientos: el precio que Kitty y Cal habían pagado por mí. Abrí mucho los ojos para mirar a Cal, con tristeza, y éste me volvió la espalda.

Era cuanto necesitaba para decidirme. ¡Me marcharía! ¡No regresaría nunca! ¡No volvería a ver a Logan! Había terminado con Winnerrow, con los Willies, y con todos los que decían que me querían.

El primer avión con destino a Atlanta, donde enlazaría con otro para Boston, salía

a las nueve del día siguiente. Cal me llevó en su coche al aeropuerto y cargó con mi equipaje. Parecía nervioso, ansioso por marcharse, antes de darme un beso de despedida; miró fugazmente mi semblante, bajó la mirada hasta mis zapatos y después la alzó de nuevo lenta, muy lentamente.

—Tu avión sale dentro de veinte minutos. Me gustaría quedarme y esperar contigo..., pero debo volver junto a Kitty.

—Sí, debes hacerlo —dije seca. No iba a decirle adiós, no se lo diría... y, sin embargo, me despedí—. Adiós..., adiós...

No iba a llorar ni afligirme al verle alejarse sin volver la cabeza; a pesar de mi intención, lo hice, aunque vi que retardaba el paso y vacilaba antes de encogerse de hombros, erguir el cuello y alejarse a toda prisa. Volvía a Kitty y a lo que le reservase el futuro.

Veinte minutos de espera. ¿Cómo podía pasar el tiempo? Ya no tenía a nadie, ahora que Logan había huido de mí y que Tom había preferido irse con papá. En cuanto a Fanny, hacía tiempo que había decidido que no me necesitaba... Me asaltaron nuevas dudas en oleadas de miedo. ¿Cómo sabía que la familia de mi madre me aceptaría? Pero tenía quinientos dólares, y, aunque las cosas no marchasen bien en Boston, encontraría la manera de sobrevivir.

—¡Heaven! ¡Heaven!

Era una voz familiar la que me llamaba. Me volví y contemplé a la linda muchacha que corría en mi dirección. ¿Era Fanny? ¡Fanny que corría con lentas y torpes zancadas!

—Heaven —jadeó, abrazándome—, Tom vino a decirme que te marchabas, y no podía dejar que lo hicieras pensando que me tenía sin cuidado, cuando no es así. ¡Qué miedo he tenido de llegar tarde! Siento haberme portado mal contigo, ¡pero ellos no querían que te hablase!

Se apartó y, sonriendo con alegría, abrió su grueso abrigo de pieles y me mostró el vientre hinchado. Después me murmuró al oído:

—Traigo aquí al hijo del reverendo. Va a ser un encanto, estoy segura. Mrs. Wise lo hará pasar por suyo y me dará diez de los grandes... ¡Entonces me iré a Nueva York!

Nada podía sorprenderme más. Me la quedé mirando, asombrada.

—¿Venderás a tu hijo por diez mil dólares?

—Tú no lo harías nunca, ¿verdad? —me preguntó—. No hagas que me arrepienta de haber obedecido a Tom cuando me dijo que viniese a despedirme de ti.

Asomaron lágrimas a sus ojos oscuros.

—Hago lo que creo que debo, lo mismo que tú.

Se apartó y sólo entonces vi a Tom, que me estaba sonriendo dulce y cariñosamente. Avanzó unos pasos y me abrazó.

—Cal Dennison me telefoneó y me dijo que salías hoy para Boston, Heavenly..., y me pidió que no trajese a papá.

Me eché hacia atrás y grité:

—No vienes conmigo, ¿eh?

Él extendió las manos en ademán suplicante.

—¡Mírame! ¿Qué crees que dirían tus abuelos si llevases contigo a tu medio hermano? ¡Ellos no me querrían! ¡Soy un montañés de los pies a la cabeza! ¡Como papá! ¿No lo has dicho tú misma muchas veces desde que volviste aquí? No soy fino y elegante como tú, que tienes cultura y buenos modales. Pienso en tu bienestar, Heavenly, cuando digo que tengo que quedarme con papá aunque preferiría irme contigo.

—¡Mientes! ¡Prefieres quedarte con papá!

—Escucha, Heavenly, por favor. No puedes presentarte a la familia de tu madre con todos tus parientes de la montaña. Quiero que tu vida se desenvuelva bien, y no sería así si yo fuese contigo.

—¡POR FAVOR, Tom! ¡Te necesito!

Él sacudió la cabeza, agitando los rojos cabellos.

—Si me necesitas algún día, después de estabilizarte, escíbeme y me reuniré contigo, lo juro. Pero de momento debes empezar tú sola.

—Tiene razón —le apoyó Fanny, acercándose y mirando nerviosa a su alrededor, tan ansiosa por marcharse como lo había estado Cal—. Ha sido Tom quien me ha obligado a venir, y me alegro de haberlo hecho. Te quiero, Heaven. No deseaba darte con la puerta en las narices..., pero no tenía más remedio. Mrs. Wise irá conmigo a un lugar donde nadie nos conozca, para que tenga allí mi hijo. Cuando todo haya terminado, ella volverá a Winnerrow con *su propio* hijo y dirá a todo el mundo que es suyo, y que yo no era más que una Casteel desvergonzada que me escapé con un tipo tan desvergonzado como yo.

—¿Y no te importará?

—No. No puedo permitírmelo. —Sonrió y se echó hacia atrás—. Tom, tenemos que volver antes de que me echen en falta. Me lo prometiste, ¿no?

Fanny, que siempre había dicho que ansiaba tener un hijo, estaba vendiéndolo, como papá había vendido los suyos.

Me volví a Tom de nuevo.

—Así pues, vas a quedarte con papá y su nueva esposa. ¿Por qué no me hablas de ella? ¿Es una de las chicas de la Casa de Shirley?

Él se ruborizó y pareció inquieto.

—No, no es de esa clase. Y ahora tengo que llevar a Fanny a su casa. Que tengas suerte, Heavenly. Escribe...

Y con estas palabras me besó en la mejilla, agarró a Fanny del brazo y se alejaron los dos a toda prisa.

—¡Adiós, adiós! —les grité, agitando frenéticamente la mano para despedirme de Fanny, la cual se volvió y me sonrió a través de sus lágrimas.

¡Oh, cuánto odiaba las despedidas! ¿Volvería a ver a Fanny o a Tom?

¿Y por qué se volvía Tom para sonreírme de aquella extraña y triste manera? Los seguí con la mirada hasta que se perdieron de vista; después, me volví y me senté de nuevo, pensando que sólo faltaban diez minutos para emprender el vuelo.

Era un aeropuerto pequeño, con un cuidado y pequeño parque desde el que podía observar los aviones que aterrizaban. Empecé a pasear de un lado a otro bajo la débil luz del sol otoñal, con el viento azotando mis cabellos y desgredándolos de nuevo. Casi tuve la impresión de haber vuelto a la montaña.

Mis ojos se inundaron de lágrimas.

Y llegó el momento de subir al aparato, en el que estaban ya embarcando los pasajeros. Por primera vez en mi vida, tomaba un avión. Subí la rampa, me senté y me ceñí el cinturón, como si lo hubiese hecho muchas veces. En Atlanta hice transbordo a otro aparato, más grande, que aterrizaría en Boston.

Empezaría una nueva vida en un nuevo lugar, donde mi pasado sería desconocido.

Era extraño que Kitty pudiese sentirse tan feliz sólo porque papá hubiese ido a verla una vez, le hubiera llevado rosas y le hubiese pedido perdón, siendo así que Cal le había llevado rosas cien veces y le había pedido perdón un millón, sin apaciguarla ni hacerla feliz, ni infundirle la voluntad de sobrevivir. ¿Quién habría pensado que papá pudiese inspirar un amor tan duradero?

Pero ya me había preguntado eso otras veces y no había encontrado la respuesta. ¿Por qué preguntármelo de nuevo?

Cerré los ojos y resolví no pensar más en el pasado y despejar el camino para el futuro. Kitty y Cal volverían a Candlewick cuando ella saliese del hospital, y vivirían en su casa blanca y rosada, y alguna otra persona cuidaría de regar todas aquellas plantas. Busqué un pañuelo en mi bolsillo para enjugarme los ojos y sonarme la nariz. Para distraerme, abrí el periódico de Winnerrow que había comprado en el aeropuerto y lo ojeé por casualidad.

Sólo tenía cuatro hojas, en la cuarta vi una antigua fotografía de Kitty Setterton Dennison, tomada cuando tendría unos diecisiete años. Había sido muy bonita, de cara fresca, animada y dulce. ¡El retrato iba acompañado de una nota necrológica!

Kitty Setterton Dennison, de 37 años de edad, falleció hoy en el Memorial Hospital de Winnerrow. Sobreviven a la difunta su marido, Calhoun R. Dennison; sus padres, Mr. y Mrs. Porter Setterton; su hermana, Maisie Setterton, y su hermano, Daniel Setterton. Las exequias se celebrarán en la casa de la familia Setterton, de Main Street, el miércoles a las 2 de la tarde.

Tardé un rato en asimilarlo.

Kitty *estaba muerta*. Había muerto el día antes de salir yo de Winnerrow. Cuando Cal me había llevado al aeropuerto, tenía que saberlo, ¡y no me lo había dicho...!

¿Por qué?

Había escapado... ¿Por qué?

Entonces sospeché la razón.

Hundí la cara entre las manos y sollocé de nuevo, no tanto por Kitty como por el hombre que al fin habría recobrado la libertad perdida a los veinte años.

«Libre al fin —me pareció oírle gritar—, para hacer lo que quiera y como quiera...», y no había deseado que yo le privase de ese derecho.

¿Qué clase de loco mundo era éste, donde los hombres podían tomar amor y dejarlo después? Cal quería seguir solo su camino.

Sentí una gran amargura.

Tal vez yo debería ser así, más parecido a un hombre: tomarlos y dejarlos sin preocuparme demasiado. Nunca tendría un marido; sólo amantes para herirles y tirarles, como había hecho papá. Sollozando, doblé el periódico y lo metí en la bolsa del respaldo del asiento que tenía delante.

Entonces, una vez más, saqué una fotografía de un sobre grande y de color castaño que me había dado Tom justo antes de alejarse con Fanny y que de momento no había considerado importante. «Guarda esto», me había dicho en voz baja, como si no quisiera que Fanny lo oyese. Ellos estaban aquí, Nuestra Jane y Keith, y parecían mayores, más vigorosos, más felices. Contemplé largamente la cara linda y dulce de Nuestra Jane, y entonces vi a quién se parecía. ¡A Annie Brandywine Casteel! La abuelita renacida en Nuestra Jane, de la misma manera que podía ver algo del abuelo en el joven y hermoso semblante de Keith. Sí, se merecían lo mejor, lo mejor de lo mejor, yo no haría nada para llevarles recuerdos desagradables.

Mis lágrimas se secaron. Estaba segura de que algún día alcanzaría Fanny su meta, sin importarle lo que tuviera que hacer para lograrlo.

Y yo, ¿qué? Ya sabía que todo acontecimiento en la vida de una persona cambiaba alguna de sus facetas. ¿Qué era yo en ese momento? Erguí los hombros al pensar eso. De entonces en adelante caminaría con audacia, sin sentir miedo ni vergüenza, sin timidez y sin dejar que otros se aprovecharan de mí. Aunque no me dices nada más, Kitty, me regalaste un verdadero conocimiento de mi fuerza. Sobreviviré contra viento y marea, pase lo que pase.

Más pronto o más tarde, triunfaré.

En cuanto a papá, volvería a verme. Todavía tenía una enorme deuda que pagar, y lo haría antes de que yo abandonase este mundo que tan despiadado se había mostrado conmigo.

De momento, iría a Boston, a la casa de mi madre. Donde me transformaría, como por arte de magia, en todo lo que mi madre había sido..., y más.

FIN

Notas

[1] *Heaven*, cielo en inglés (N. del T.) <<

[2] *Hell*, infierno en inglés (N. del T.) <<

[3] *Win*, ganar en inglés (*N. del T.*) <<